POR AMOR,
VENCIÓ A LA MUERTE.
PARA EL MUNDO,
SE CONVERTIRÁ EN
UN ARMA LETAL.
UNA CORTE DE NIEBLA Y FURIA
SARAH J. MAAS
Lectulandia

Por amor, venció la muerte. Para el mundo, se convertirá en un arma mortal.

Tras rescatar a su amado Tamlin de la malvada reina Amarantha, Feyre regresa a la Corte Primavera con los poderes de una Alta Fae. Pero no consigue olvidar los crímenes que debió cometer para salvar al pueblo de Tamlin… ni el perverso pacto que cerró con Rhysand, el Alto Lord de la temible Corte Noche.

Mientras Feyre es arrastrada hacia el interior de la oscura red política y pasional de Rhysand, una guerra inminente acecha y un mal mucho más peligroso que cualquier reina amenaza con destruir todo lo que Feyre alguna vez intentó proteger. Ella deberá entonces enfrentarse a su pasado, aceptar sus nuevos dones y decidir su futuro.

Lectulandia

Sarah J. Maas

Una corte de niebla y furia

Una corte de rosas y espinas - 2

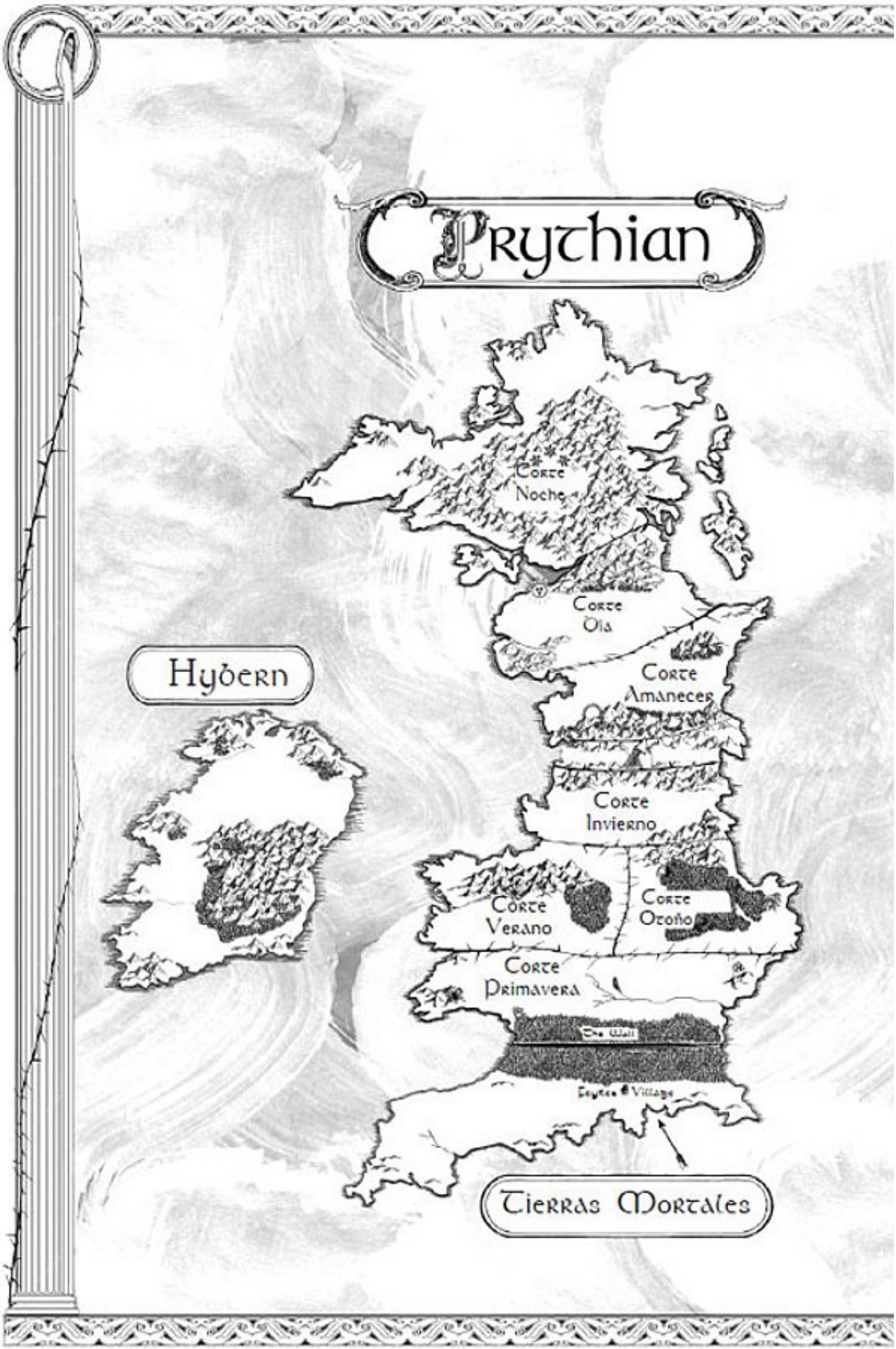
ePub r1.0
Titivillus 29.09.16

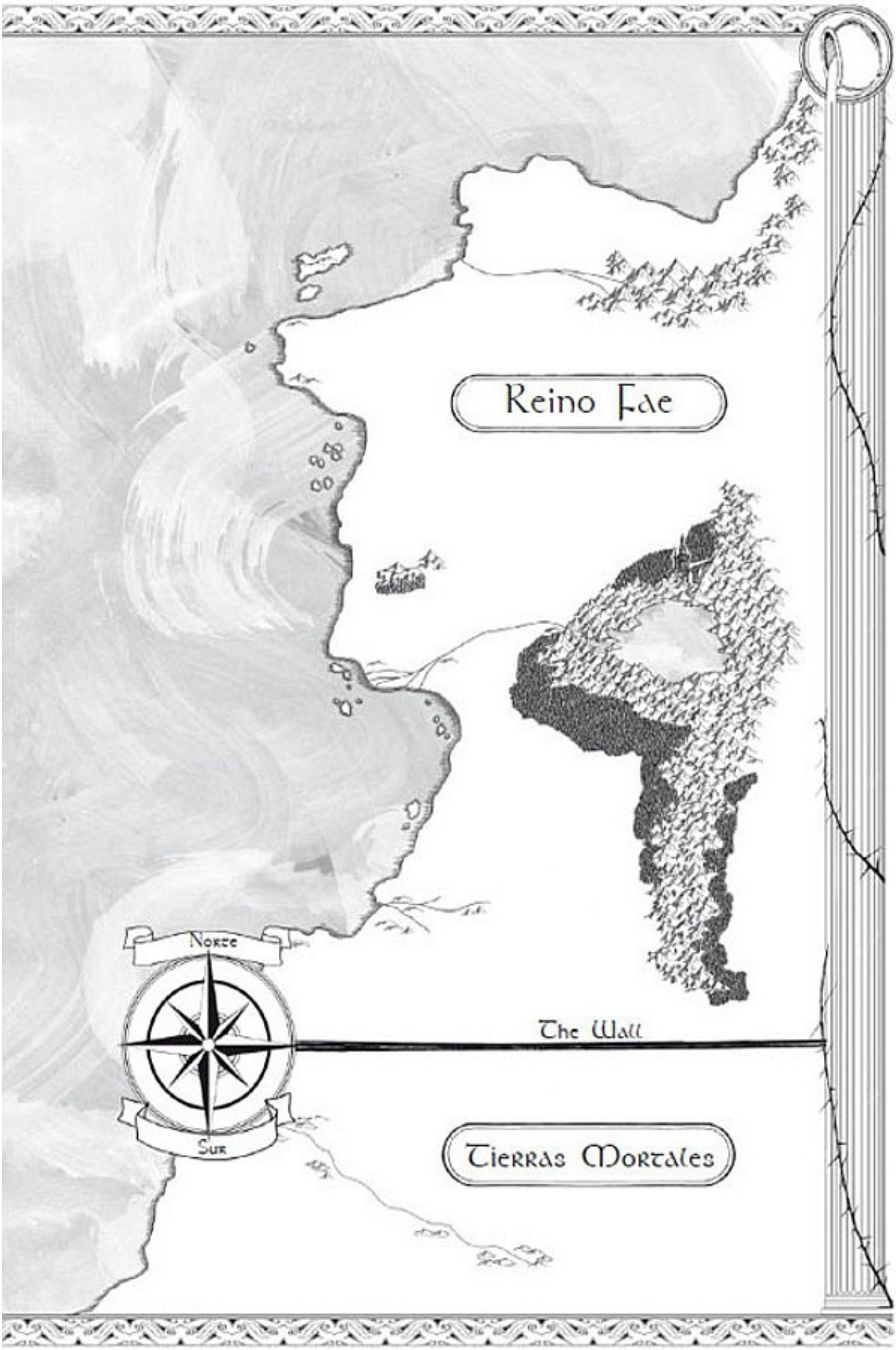
Título original: *A Court of Mist and Fury*
Sarah J. Maas, 2016
Traducción: Márgara Averbach

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Josh y Annie…
mi Corte de Sueños


Prythian
Hybern
Corte Noche
Corte Ola
Corte Amanecer
Corte Invierno
Corte Verano
Corte Otoño
Corte Primavera
Tierras Mortales


Reino Fae
Norte
Sur
The Wall
Tierras Mortales

Tal vez siempre estuve quebrada y sin luz por dentro.

Tal vez otra persona, alguien que hubiera nacido entera y buena, habría bajado la daga de fresno y se habría arrojado en brazos de la muerte antes que aceptar lo que estaba por pasarme.

Sangre por todas partes.

Era un esfuerzo enorme apretar la mano alrededor del puño de la daga; me temblaba la mano empapada, roja. Mientras yo me fracturaba poco a poco por dentro y el cadáver tendido del joven alto fae se enfriaba sobre el suelo de mármol.

Yo no conseguía soltar la daga, no podía moverme de mi lugar sobre el cuerpo.

—Bien —ronroneó Amarantha desde el trono—. Otra vez.

Había otra daga de fresno y otro Fae de rodillas. Hembra.

Yo sabía las palabras que ella me dirigiría. La oración que estaba por recitar.

Sabía que iba a asesinarla de todos modos, como había asesinado el joven que estaba frente a mí.

Para liberarlos a todos, para liberar a Tamlin, sí, lo haría.

Yo era la carnicera que mataba inocentes y la salvadora de una tierra.

—Cuando estés lista, hermosa Feyre —dijo Amarantha arrastrando las sílabas, el pelo rojo, brillante, tan lustroso como la sangre que yo tenía en las manos. Que

manchaba el suelo.

Asesina. Carnicera. Mentirosa. Engañadora. Monstruo.

Yo ya no sabía a quién me refería. Las líneas que me separaban de la reina se habían borrado hacía mucho.

Los dedos se me aflojaron sobre la daga, y la daga cayó al suelo con un ruido metálico y salpicó líquido rojo sobre el charco de sangre. Unas gotas se me pegaron a las botas gastadas: lo que quedaba de una vida mortal que ahora estaba tan lejos de mí que podría haber sido uno de mis sueños afiebrados de los últimos meses.

Me enfrenté a la hembra que esperaba la muerte, la capucha sobre la cara, el cuerpito firme. Me preparé para el final que yo iba a darle. A ella, la víctima del sacrificio.

Levanté la segunda daga que me esperaba sobre un almohadón de terciopelo negro; el mango helado, en la mano húmeda, caliente. Los guardias tiraron la capucha hacia atrás con un gesto brusco.

Yo conocía la cara que me estaba mirando.

Conocía esos ojos entre azules y grises, ese pelo entre rubio y castaño, esa boca entera y esos pómulos agudos. Conocía las orejas, delicadamente arqueadas ahora, los miembros que habían cambiado los contornos y se habían llenado de poder; toda imperfección humana, suavizada en un brillo sutil, inmortal.

Conocía el vacío, la desesperación, la corrupción que le goteaba en la cara.

No me temblaron las manos cuando busqué el mejor ángulo para la daga.

Mientras me tomaba de ese hombro de huesos finos y miraba al interior de esa cara odiada…, y sí, sí, era mi cara, mi cara.

Hundí la daga de fresno en mi propio corazón, que la esperaba.

PARTE UNO
LA CASA DE LAS BESTIAS

Capítulo 1

Vomité en el baño, tomada de los costados fríos del inodoro, tratando de contener los sonidos del estómago.

La luz de la luna caía sobre la enorme habitación de mármol; la única iluminación en ese lugar mientras yo vomitaba todo en silencio, hasta el final.

Tamlin no se había movido cuando me desperté bruscamente. Y cuando no pude diferenciar entre la oscuridad de mi cámara y la noche infinita de los calabozos de Amarantha, cuando el sudor frío que me cubría el cuerpo me pareció la sangre de esos inmortales, salí corriendo hacia el baño.

Había estado ahí unos quince minutos, esperando que las arcadas se detuvieran, que los temblores que quedaban se hicieran cada vez menos frecuentes y desaparecieran, como ondas sobre una laguna.

Me tomé del material frío, jadeando, contando las respiraciones.

Solamente una pesadilla. Una de muchas —y las tenía tanto dormida como despierta—, una de tantas que me perseguían en esos días.

Habían pasado tres meses desde Bajo la Montaña. Tres meses de ajustarme a mi cuerpo inmortal, a un mundo que luchaba por volver a poner todas las piezas en su lugar después de que Amarantha lo hiciera pedazos.

Me concentré en la respiración, en inspirar por la nariz, soltar el aire por la boca.

Una y otra vez.

Cuando me pareció que ya no iba a vomitar, me levanté despacio…, pero no fui muy lejos. Solo hasta la pared más cercana, cerca de la ventana quebrada, porque ahí veía el cielo de la noche, porque ahí era posible que la brisa me acariciara la cara pegajosa. Recliné la cabeza contra la pared, apoyé las manos contra el suelo de mármol congelado. Real.

Eso era real, sí. Yo había sobrevivido; había salido viva de Bajo la Montaña.

A menos que esto fuera un sueño…, solamente un sueño afiebrado en los calabozos de Amarantha, y yo me despertara en mi celda y…

Me llevé las rodillas al pecho. Real. *Era real*.

Mastiqué la palabra.

La mastiqué hasta que conseguí soltar las piernas y levantar la cabeza. El dolor me atravesó las manos… De alguna forma, las tenía apretadas en puños tan cerrados que las uñas casi me habían perforado la piel.

Fuerza inmortal…, más una maldición que un regalo. Yo había abollado y estropeado toda la vajilla de plata que toqué durante los primeros tres días en la Corte Primavera, había tropezado sobre esas piernas más rápidas, más largas, con tanta frecuencia que Alis había sacado todos los objetos valiosos de mis habitaciones (se había puesto particularmente gruñona cuando volqué una mesa con un florero de ochocientos años de antigüedad) y había quebrado no uno, no dos, sino *cinco* puertas de cristal solamente porque las cerré con demasiada fuerza sin intención.

Respiré por la nariz y abrí los dedos.

La mano derecha era lisa, suave. Totalmente Fae.

Levanté la izquierda y la doblé y vi los rulos de tinta negra que me cubrían los dedos, la muñeca, el brazo hasta el codo, empapados de la oscuridad de la habitación. Daba la impresión de que el ojo en el fondo de la palma me miraba, tranquilo y astuto como un gato, la pupila partida más ancha que un rato antes ese mismo día. Como si se ajustara a la luz, como si fuera cualquier otro ojo.

Lo miré con furia.

Miré con furia lo que fuera que estuviera vigilándome a través del tatuaje.

No había sabido nada de Rhys en los tres últimos meses. Ni un susurro. No me había atrevido a preguntar a Tamlin o a Lucien o a cualquier otro… no fuera a ser que la pregunta convocara al alto lord de la Corte Noche, le recordara de alguna forma el trato tonto que yo había hecho con él Bajo la Montaña: una semana de vida con él todos los meses a cambio de salvarme, a cambio de atravesar el umbral de la muerte.

Pero aunque Rhys se hubiera olvidado (lo cual era un milagro), yo no lo conseguía. Ni Tamlin ni Lucien ni ningún otro. No con ese tatuaje a la vista.

Aunque al final, Rhys…, aunque no hubiera sido exactamente un enemigo.

Para Tamlin, lo era. Para cualquier otra corte. Tan pocos cruzaban las fronteras de la Corte Noche y vivían para contarlo. Nadie sabía lo que había realmente en la parte norte de Prythian.

Montañas y oscuridad y estrellas y muerte.

Pero yo no me había sentido enemiga de Rhys cuando le hablé por última vez en las horas que siguieron a la derrota de Amarantha. Y después, no le había contado nada a nadie sobre ese encuentro, ni lo que él me dijo ni lo que yo le confesé.

Agradece que tienes ese corazón humano, Feyre. Deberías sentir lástima por los que no sienten nada.

Cerré los dedos en un puño y así tapé ese ojo del tatuaje. Me puse de pie y descargué el inodoro antes de inclinarme sobre el lavamanos y enjuagarme la boca, después la cara.

Ojalá no sintiera nada.

Ojalá mi corazón humano hubiera cambiado con el resto de mí, convirtiéndome en mármol inmortal. En lugar de ese pedazo de oscuridad destrozada que era mi corazón ahora, esa oscuridad que dejaba escapar su purulencia, que contaminaba el resto de mi ser.

Cuando volví a deslizarme hacia el dormitorio oscurecido, Tamlin seguía durmiendo, el cuerpo desnudo tendido sobre el colchón. Durante un momento, admiré los músculos poderosos de esa espalda, destacados con tanto amor por la luz de la luna; el cabello rubio, enredado por el sueño y los dedos que yo le había pasado por la cabeza mientras hacíamos el amor.

Por él, había hecho todo eso; por él, me había perdido voluntariamente, a mí misma y a mi alma inmortal.

Y ahora tenía que vivir durante toda una eternidad.

Seguí caminando hacia la cama, cada paso más entumecido, más pesado que el anterior. Las sábanas estaban frías y secas y yo me deslicé entre ellas, la espalda hacia Tamlin y puse los brazos a mi alrededor, en un abrazo. Con el oído Fae, a veces me preguntaba si no oía un cambio en la respiración de Tamlin, apenas un instante. Nunca había tenido el valor de preguntarle si en realidad estaba despierto.

Él no se despertaba cuando las pesadillas me arrastraban fuera del sueño; no se despertaba cuando, noche tras noche, yo vomitaba todo lo que había comido. Si él lo sabía, si me oía, no decía nada al respecto.

Yo sabía que a él lo perseguían sueños similares; que esos sueños lo sacaban del sueño con tanta frecuencia como a mí. La primera vez que pasó, me había despertado y había tratado de hablarle. Pero él me rechazó, me separó la mano del cuerpo, la piel cubierta de transpiración, y de pronto, ahí estaba esa bestia de pelo y garras y cuernos y colmillos. Había pasado el resto de la noche tendido frente a la puerta, monitoreando la pared de ventanales.

Desde entonces, había pasado así muchas noches.

Enroscada en la cama, me tapé con las mantas; necesitaba esa tibieza para defenderme de la noche fría. La situación se había transformado en un trato establecido sin palabras: no dejar que Amarantha ganara la partida, reconociendo que seguía atormentándonos tanto en nuestros sueños como cuando estábamos despiertos.

De todos modos, era más fácil no tener que explicar. No tener que decirle a Tamlin que, aunque yo lo había liberado, aunque había salvado a su pueblo y a todo Prythian de Amarantha, eso me había destrozado.

Y que yo no pensaba que la eternidad fuera suficiente para curarme.

Capítulo 2

—Quiero ir.

—No.

Crucé los brazos, metiendo la mano con el tatuaje bajo el bíceps izquierdo, y abrí los pies un poco sobre el polvo de la entrada de las caballerizas.

—Hace tres meses. No pasó nada y la aldea no está ni a diez kilómetros de dista…

—No.

La media mañana entraba por debajo de la puerta de las caballerizas y hacía brillar el cabello dorado de Tamlin mientras él terminaba de acomodarse la bandolera de dagas sobre el pecho. La cara —hermosa en un sentido tosco, exactamente como la había soñado yo en los largos meses en que él había usado la máscara— estaba tensa; los labios, una línea fina.

Por detrás, ya sobre el caballo tordillo, junto con otros centinelas Fae, Lucien, meneaba la cabeza sin decir nada en un gesto de advertencia, el ojo de metal entrecerrado. *No lo presiones*, parecía estar diciéndome.

Pero cuando Tamlin se fue caminando a zancadas hacia el semental negro ya ensillado, apreté los dientes y lo seguí, furiosa.

—La aldea necesita toda la ayuda que pueda recibir.

—Y nosotros seguimos cazando a las bestias de Amarantha —dijo él y montó en un único movimiento fluido. A veces, yo me preguntaba si los caballos no serían para mantener un aspecto de civilización, de normalidad. Para fingir que ellos no eran capaces de correr más rápido, que no vivían a medias como los animales del bosque. Cuando el semental empezó a andar, los ojos verdes de Tamlin parecían pedacitos de hielo.

—No tengo los centinelas que necesitaría para escoltarte.

Tomé la rienda.

—No necesito escolta. —Se me tensó la mano sobre el cuero, obligué al caballo a detenerse y el anillo dorado que yo llevaba en el dedo, junto con la esmeralda cuadrada, brilló bajo el sol.

No habían pasado ni dos meses desde que Tamlin me pidiera en matrimonio, dos meses en los que había tenido que aguantar presentaciones sobre flores y ropa y disposición de los invitados y comida. Había habido un respiro corto un mes antes, gracias al Solsticio de Invierno, pero en ese período yo no había hecho otra cosa que cambiar la contemplación de las puntillas y la seda por la contemplación de las coronas y las guirnaldas de la celebración. De todos modos, había sido un alivio.

Tres días de fiesta, bebida, intercambio de regalitos, que terminaron en una ceremonia larga, más bien odiosa, sobre las colinas de la noche más larga del año para escoltar al mundo en el pase de un año a otro mientras el sol moría y volvía a nacer. O algo así. Celebrar un feriado de invierno en un lugar que siempre estaba atrincherado en la primavera no había hecho mucho para mejorar mi falta general de alegría festiva.

Yo no había prestado demasiada atención a las explicaciones sobre el origen, y los Fae también debatían todavía si la costumbre había surgido en la Corte Invierno o en la Corte Día. Las dos reclamaban esa fecha como la fiesta más sagrada. Lo único que me importaba a mí era que, durante esa noche interminable, había tenido que tolerar dos ceremonias: una, durante la puesta del sol antes de la infinita entrega de regalos y el baile y la bebida en honor de la muerte del sol viejo; y la otra, durante el amanecer siguiente, con los ojos rojos y los pies doloridos, para dar la bienvenida al sol renacido.

Ya era suficientemente malo que se me hubiera pedido que estuviera de pie frente a los cortesanos reunidos y los inmortales de menor alcurnia mientras Tamlin llevaba a cabo sus muchos brindis y saludos. Yo había olvidado convenientemente mencionar que mi cumpleaños también caía en esa noche, la más larga del año. Ya había recibido bastantes regalos y sin duda recibiría muchos más el día de la boda. Y no veía la utilidad que pudiera tener todo eso… esas *cosas*.

Ahora, solamente quedaban dos semanas entre ese momento y la ceremonia. Si yo no salía de la mansión, si no tenía un día o dos de cualquier cosa que no fuera gastar el dinero de Tamlin y que me arrastraran a…

—Por favor. Los esfuerzos para la recuperación de la aldea son tan lentos…

Podría cazar para llevarles algo de comida…

—No es seguro —dijo Tamlin y espoleó al caballo para que volviera a andar. El pelo del animal brillaba como un espejo negro, incluso a la sombra de las caballerizas —. Especialmente para ti.

Había dicho eso cada vez que teníamos esa discusión, cada vez que yo le rogaba que me dejara ir hasta la aldea más cercana de los altos fae para ayudar a reconstruir lo que había quemado Amarantha en los últimos años.

Lo seguí hacia el día brillante, sin nubes, fuera de las caballerizas; el pasto que cubría las colinas cercanas ondulaba en la suave brisa.

—Todos quieren volver, todos quieren un lugar donde vivir…

—Y todos te ven como a una bendición…, una hacedora de estabilidad. Si te pasara algo… —Se quedó en silencio mientras detenía el caballo en el borde del sendero de tierra que lo llevaría a los bosques del este. Lucien lo esperaba unos metros más allá—. No tiene sentido reconstruir nada si las criaturas de Amarantha atraviesan estas tierras y lo destruyen todo otra vez.

—Los muros están de pie…

—Algo se metió antes de que los arregláramos. Ayer Lucien estuvo persiguiendo a cinco naga.

Di vuelta la cabeza hacia Lucien, que se encogió. No me lo había contado en la cena la noche anterior. *Había mentido* cuando le pregunté por qué rengueaba. Se me dio vuelta el estómago, no solamente por la mentira sino por…, por los naga. A veces, soñaba con la sangre de esas criaturas sobre mí cuando los maté, con esas caras burlonas de serpiente cuando trataron de llevarme hacia el bosque.

Tamlin dijo con suavidad:

—No puedo hacer lo que tengo que hacer si estoy preocupado por tu seguridad.

—Pero si voy a estar segura. —Como alta fae, con mi fuerza y mi velocidad, tenía una buena oportunidad de escapar si pasaba algo.

—Por favor, por favor, te pido que hagas esto por mí, esto nada más —dijo Tamlin y acarició el cuello del semental que pedía rienda con impaciencia. Los otros ya habían puesto los caballos a un trote cómodo; el primero estaba ya casi dentro de la sombra del bosque. Tamlin movió el mentón de alabastro hacia la mansión que acechaba detras de mí—. Estoy seguro de que hay cosas en las que podrías ayudar en la casa. O podrías pintar. Probar el nuevo equipo de pintura que te regalé en el Solsticio de Invierno.

Yo tenía que resolver cuestiones de la planificación de la boda en la casa; Alis se negaba a dejarme levantar ni un dedo. No por quién era yo para Tamlin, por lo que iba a ser para él muy pronto…, sino por lo que había hecho por ella, por sus chicos, por Prythian. Todos los sirvientes se portaban de la misma forma conmigo; algunos seguían llorando de gratitud cuando se cruzaban conmigo en los pasillos. Y en cuanto a pintar…

—De acuerdo —jadeé. Me obligué a mirarlo a los ojos, me obligué a sonreír—.

Ten cuidado —dije y lo decía en serio. La idea de que él saliera a los bosques, a cazar a los monstruos que una vez habían servido a Amarantha…

—Te amo —dijo Tamlin con tranquilidad.

Asentí y le murmuré una respuesta mientras él trotaba hasta donde seguía esperándolo Lucien, con el ceño apenas fruncido. No me quedé a verlos partir.

Me tomé un tiempo para retroceder por los jardines mientras los pájaros de la primavera gorjeaban con alegría y la grava me crujía bajo los zapatos endebles.

Yo odiaba los vestidos brillantes que se habían convertido en mi uniforme diario, pero no tenía el corazón para decírselo a Tamlin, no cuando él había comprado tantos, no cuando parecía tan feliz de verme elegir uno de ellos. No cuando sus palabras no estaban lejos de la verdad. El día en que me pusiera la túnica y los pantalones de siempre, el día en que me colgara armas como si fueran joyas, eso enviaría un mensaje claro hasta muy lejos en estas tierras. Así que yo me ponía los vestidos y dejaba que Alis me arreglara el pelo, aunque solo fuera para comprar a todos algo de paz y comodidad para este pueblo.

Por lo menos, Tamlin no había estado en desacuerdo con la daga que yo llevaba a un costado, sostenida por un cinturón enjoyado. Me la había regalado Lucien, la daga quiero decir, en los meses anteriores a Amarantha; el cinturón, en las semanas después de su caída cuando yo llevaba la daga a todos lados. *Si vas a armarte hasta los dientes, por lo menos, que te quede bien,* había dicho.

Y sin embargo, aunque reinara la estabilidad durante cien años, yo dudaba de que me despertase una mañana y no me pusiera ese cuchillo sobre el cuerpo.

Cien años.

Sí, tenía eso…, tenía siglos frente a mí. Siglos con Tamlin, siglos en este lugar hermoso, tranquilo. Tal vez consiguiera entenderme a mí misma en ese camino. Tal vez no.

Me detuve frente a las escaleras que llevaban a la casa cubierta de hiedra y rosales, y miré hacia la derecha…, al jardín formal de rosas y las ventanas detrás de él.

Solamente una vez había puesto un pie en mi viejo estudio de pintura, cuando acababa de volver.

Y todas esas pinturas, todos los colores y suministros, todas esas telas en blanco que me esperaban para recibir historias y sueños y sentimientos… Lo había odiado. Un momento después, había salido de la habitación y no había vuelto nunca.

Había dejado de catalogar color y textura y sentimiento, había dejado de notarlos. Apenas si conseguía mirar las pinturas que colgaban dentro de la mansión.

Una voz suave, femenina, gorjeó mi nombre desde las puertas abiertas de la mansión y la tensión que yo sentía en los hombros se aflojó un tanto.

Ianthe. La alta sacerdotisa, además de alta fae y amiga de la infancia de Tamlin, que había tomado la responsabilidad de ayudar a planificar las festividades de la boda. Y que había decidido adorarnos a mí y a Tamlin como si los dos fuéramos

dioses recién creados, bendecidos y elegidos por el Caldero.

Pero yo no me quejaba…, no cuando Ianthe conocía a todos en la corte y fuera de ella. Se había quedado conmigo en distintas ceremonias y cenas, pasándome detalles sobre los que venían, y era la mayor razón por la que yo había sobrevivido al remolino alegre del Solsticio de Invierno. Después de todo, ella había presidido varias ceremonias, y yo había estado más que feliz de dejarle elegir qué forma debían tener las guirnaldas y coronas de flores que adornarían la mansión y los jardines, qué vajilla de plata complementaba mejor cada comida…

Tamlin era el que pagaba mi ropa diaria, y el ojo de Ianthe el que la seleccionaba. Ella era el corazón del pueblo, ordenada por la Mano de la Diosa para alejarnos de la desesperación y la oscuridad.

Yo no estaba en una posición que me permitiera dudar de ella. Hasta el momento, Ianthe no me había llevado hacia ningún desastre y yo había aprendido a temer los días en que ella estaba ocupada en su propio templo, lejos, en los jardines, supervisando acólitos y peregrinos. Sin embargo, hoy, sí…, pasar un rato con Ianthe era mejor que cualquier otra alternativa.

Me levanté las faldas del vestido color rosado aurora en una mano y ascendí las escaleras de mármol hacia la casa.

La próxima vez, me prometí. La próxima vez convencería a Tamlin de dejarme ir a la aldea.

—Ah, no, no vamos a dejar que *ella* se siente tan cerca de él. Se harían pedazos y nos mancharían de sangre los manteles de lino. —Por debajo de la capucha pálida, entre azul y gris, Ianthe frunció el ceño, arrugando el tatuaje que mostraba varias etapas del ciclo de la luna. Escribió el nombre que había borrado unos momentos antes en uno de los esquemas de ubicaciones en las mesas.

El día se había puesto tibio, la habitación estaba un poco cerrada a pesar de la brisa que pasaba por las ventanas. Pero ella seguía con la túnica pesada puesta.

Todas las altas sacerdotisas usaban túnicas ondulantes, retorcidas con arte y formadas por varias capas de tela aunque no fueran matronas. La cintura estrecha de Ianthe se veía con claridad, marcada por un cinturón fino de piedras color celeste cielo, piedras límpidas, cada una un óvalo perfecto, sostenidas por un trabajo en plata que brillaba en el aire. Y sobre la capucha, una diadema haciendo juego, una banda delicada de plata con una piedra grande en el centro. Ella había plegado un panel de tela debajo de la diadema, un círculo pensado para ponerse sobre la frente y los ojos cuando necesitara rezar, rogarle al Caldero y a la Madre o pensar.

Una vez, me había mostrado el aspecto de esa tela cuando se bajaba sobre la cara: visibles, solamente la nariz y la boca sensual, entera. La Voz del Caldero. A mí, esa imagen me había puesto nerviosa: con la parte superior de la cara cubierta había convertido a la hembra brillante, astuta en una esfinge, en Otra. Por suerte, la

mantenía hacia arriba la mayor parte del tiempo. De vez en cuando, hasta se sacaba la capucha por completo para que el sol le jugara en el cabello largo, dorado, levemente ondeado.

Los anillos de plata le brillaron sobre los dedos arreglados por una manicura cuando volvió a escribir un nombre.

—Es como un juego —dijo y respiró por la nariz respingada—. Todas estas piezas que compiten por poder o dominación, todas dispuestas a derramar sangre si hace falta. Seguramente para ti es una adaptación muy extraña.

Semejante elegancia, semejante riqueza, pero el salvajismo seguía ahí. Los altos fae no eran la nobleza de risa tonta tan común en el mundo mortal. No. Si se peleaban, el asunto terminaría sin duda con alguien partido en pedazos sanguinolentos. Literalmente.

Una vez yo había temblado de miedo por verme obligada a compartir el espacio con ellos.

Flexioné los dedos y los tatuajes me picaron en la piel cuando se estiraron y contorsionaron.

Ahora era capaz de pelear junto con los Fae o contra ellos. No es que quisiera intentarlo, por supuesto.

Estaba demasiado vigilada, demasiado vigilada y demasiado juzgada. Si había vuelto la paz, ¿por qué aprendía a pelear la novia del alto lord? Ese había sido el razonamiento de Ianthe cuando cometí el error de mencionarlo en la cena. Para darle crédito, Tamlin había notado razones de los dos lados: yo había aprendido a protegerme a mí misma y eso estaba bien…, pero los rumores se esparcirían con rapidez.

—Los humanos no son mucho mejores —dije al final. Y porque Ianthe era casi la única entre mis nuevos compañeros que no parecía particularmente atónita o asustada frente a mí, traté de charlar con ella y dije—: Probablemente, mi hermana Nesta encajaría muy bien.

Ianthe inclinó la cabeza, la luz del sol hizo brillar la piedra azul que ella llevaba sobre la capucha.

—¿Van a venir tus parientes mortales?

—No. —Yo no había pensado en invitarlos…, no había querido exponerlos a Prythian. O al ser en el que me había convertido.

Ella hizo sonar varias veces un dedo fino, largo, sobre la mesa.

—Pero ellos viven cerca del muro, ¿verdad? Si fuera importante para ti tenerlos aquí, Tamlin y yo podríamos asegurarles un viaje seguro. —En las horas que habíamos pasado juntas, yo le había contado mucho sobre la aldea, y la casa en la que vivían mis hermanas, sobre Isaac Hale y Tomas Mandray. No había sido capaz de mencionar a Clare Beddor…, ni de contar lo que le había pasado a su familia.

—Con todo lo que vio —dije, luchando contra el recuerdo de esa chica humana y lo que le habían hecho—, mi hermana Nesta detesta a tu especie.

—*Nuestra* especie —corrigió Ianthe con tranquilidad—. Eso ya lo discutimos.

Yo me limité a asentir.

Pero ella siguió:

—Somos antiguos y astutos y disfrutamos usando palabras como cuchillos y garras. Van a juzgar cada una de las palabras que salgan de tu boca, Feyre, van a juzgar la forma de cada frase y seguramente van a usarlas contra ti. —Como para suavizar la advertencia, agregó—: Tienes que estar en guardia, lady.

Lady. Un nombre sin sentido. Nadie sabía cómo llamarme. Yo no había nacido alta fae. Estaba hecha, revivida, el nuevo cuerpo fabricado por los Siete Lores de Prythian. Por lo que sabía, no era la compañera de Tamlin. No nos habíamos apareado… todavía.

Honestamente…, honestamente, Ianthe, con ese cabello largo, dorado, esos ojos majestuosos, esos rasgos elegantes y ese cuerpo flexible, se parecía más a lo que habría debido ser la compañera de Tamlin. Con ella hubiera debido aparearse. Con una igual. Una unión con Tamlin —un alto lord y una alta sacerdotisa— habría enviado un mensaje claro de fuerza a cualquiera que amenazara a nuestras tierras. Y habría asegurado el poder que, sin duda, quería Ianthe para sí misma.

Entre los altos fae, las sacerdotisas supervisaban las ceremonias y los rituales, registraban las historias y leyendas y aconsejaban a los lores y ladies en asuntos importantes y asuntos menores. Yo no había visto ninguna magia en ella, pero cuando le pregunté a Lucien, él frunció el ceño y dijo que la magia surgía en las ceremonias y podía llegar a ser totalmente letal si ella lo deseaba. Yo había tratado de descubrir señales de ese poder en el Solsticio de Invierno, había notado la forma en que se ubicó Ianthe para que el sol le cubriera los brazos levantados, pero no noté ondas ni sonidos de poder. De ella o de la tierra que teníamos bajo los pies.

No sé lo que había esperado de Ianthe, una de las doce altas sacerdotisas que gobernaban con sus hermanas todos los territorios de Prythian. Anciana, célibe y callada, hasta ahí habían llegado mis expectativas, marcadas por las leyendas mortales; y entonces, Tamlin anunció que una vieja amiga suya iba a ocupar y renovar el complejo de templos abandonados de nuestras tierras. Pero al día siguiente, Ianthe había entrado en nuestra casa como una brisa fresca que atropelló instantáneamente todas esas expectativas. Sobre todo, lo de «célibe».

Las sacerdotisas se casaban, tenían hijos, podían divertirse como quisieran. Hubiera sido una deshonra para la fertilidad, ese don del Caldero, ponerles llave a sus instintos, a esa magia inherentemente femenina de traer vida al mundo, me había dicho Ianthe una vez.

Así que mientras los siete altos lores regían a Prythian desde sus tronos, las doce altas sacerdotisas lo hacían desde los altares, los hijos tan poderosos y respetados como cualquier descendiente de lores. Ianthe, la más joven en tres siglos, seguía sin casarse, sin hijos, lista para *disfrutar a los machos más finos que tiene para ofrecer esta tierra*.

Muchas veces, yo me preguntaba cómo se sería ser así de libre y así de firme.

Cuando no contesté a su dulce reproche, Ianthe dijo:

—¿Pensaste en el color de las rosas? ¿Blancas? ¿Rosadas? ¿Amarillas? ¿Rojas…?

—Rojas no.

Odiaba ese color. Más que ninguna otra cosa en el mundo. El cabello de Amarantha, la sangre, las curvas en el cuerpo quebrado de Clare Beddor, fijado a la pared en Bajo la Montaña.

—Terracota podría quedar lindo, con todo el verde… Pero tal vez es demasiado Corte Otoño… —Otra vez, el dedo que golpeaba sobre la mesa.

—El color que quieras. —Si hubiera sido sincera conmigo misma, habría tenido que admitir que Ianthe se había convertido en un dolor de cabeza. Pero parecía dispuesta a hacerlo todo… y se preocupaba cuando yo no conseguía hacerlo.

Las cejas de ella se elevaron un poquito.

A pesar de ser alta sacerdotisa, ella y su familia habían escapado a los horrores de Bajo la Montaña. Literalmente: se habían ido. Su padre, uno de los aliados más poderosos de Tamlin en la Corte Primavera y capitán de las fuerzas, había sentido que venían tiempos turbulentos y se había llevado a Ianthe, a su madre y a dos hermanas más jóvenes a Vallahan, uno de los incontables territorios de los inmortales del otro lado del océano. Vivieron escondidos en la corte extranjera durante cincuenta años mientras el pueblo moría asesinado y esclavizado.

Ella no lo había mencionado ni una sola vez. Y yo sabía perfectamente bien que no debía preguntar.

—Cada uno de los detalles de la boda es un mensaje, no solo para Prythian sino para el mundo entero —dijo ella. Ahogué un suspiro. Ya lo sabía…, ella me lo había dicho antes—. Sé que no te gusta mucho el vestido…

Eso era un eufemismo. Yo odiaba la monstruosidad de tul que ella había seleccionado. Tamlin también, aunque se había reído hasta las lágrimas cuando se lo mostré en la privacidad de mi habitación. Pero me había dicho, muy serio, que aunque el vestido pareciera absurdo, la sacerdotisa sabía lo que estaba haciendo. Yo hubiera querido seguir charlando sobre el asunto; disgustada por el hecho de que él estuviera de acuerdo conmigo, pero se hubiera puesto del lado de ella… El problema era que eso requería más energía de la que valía la pena que yo gastara.

Ianthe siguió diciendo:

—Ese vestido dice lo que hay que decir. Me pasé un tiempo en las otras cortes para ver cómo se opera. Confía en mí.

—Confío en ti —dije y señalé vagamente los papeles que teníamos delante—. Tú sabes cómo hacer estas cosas. Yo no.

La plata tintineó en la muñeca de Ianthe, tan parecida a los brazaletes que usaban los Hijos de los Benditos del otro lado del muro, tan parecida, sí, que a veces, yo me preguntaba si esos humanos tontos no habrían sacado la idea de las altas sacerdotisas

de Prythian…, si habría sido una sacerdotisa como Ianthe la que había esparcido esa estupidez entre los humanos.

—Es un momento importante también para mí —dijo Ianthe con cuidado, ajustándose la diadema sobre la capucha. Los ojos verdeazules se fijaron en los míos —. Tú y yo somos tan parecidas…, tan jóvenes, no nos hemos probado todavía entre estos…, estos lobos. Te estoy agradecida, a ti y a Tamlin, por permitirme presidir esta ceremonia, por invitarme a trabajar con esta corte, por ser parte de esta corte. Las otras altas sacerdotisas no me quieren demasiado, ni yo a ellas, pero… —Meneó la cabeza; la capucha se movió con ella—. Juntos —murmuró—, los tres, unidos, somos formidables. Los cuatro, si contamos a Lucien. —Hizo un ruido fuerte por la nariz—. No porque él quiera tener mucho que ver conmigo…

Esa afirmación llevaba a alguna parte, sí.

A menudo, Ianthe encontraba formas de mencionar a Lucien, de acorralarlo en las reuniones, de tocarle el hombro o el codo. Él la ignoraba. La semana anterior, yo le había preguntado a él si ella lo quería para sí y Lucien me había mirado, había hecho una mueca suave y después se había alejado a grandes zancadas. Yo lo tomé como un sí.

Pero una unión con Lucien habría sido casi tan beneficiosa como una con Tamlin; la mano derecha de un alto lord *y además*, hijo de otro alto lord… Cualquier hijo que pudieran tener los dos habría sido poderoso, envidiado.

—Tú sabes que es difícil para él…, digo, cuando hay hembras involucradas — dije sin ningún tono en especial.

—Estuvo con *muchas* hembras desde la muerte de su amor.

—Tal vez contigo es diferente, tal vez significaría algo para lo que él no está preparado. —Me encogí de hombros, buscando las palabras correctas—. Tal vez por eso no quiere acercarse.

Ella lo pensó y yo recé para que comprara mi media mentira. Ianthe era ambiciosa, inteligente, hermosa y valiente, pero yo no creía que Lucien le hubiera perdonado ni le perdonase nunca por huir durante el reinado de Amarantha. A veces, me preguntaba sinceramente si mi amigo no le cortaría el cuello por eso.

Finalmente, Ianthe asintió.

—¿Por lo menos estás emocionada con la boda?

El día que Tamlin me había pedido que me casara con él, me había sentido emocionada, sí. Había llorado de alegría mientras le decía que sí, sí, mil veces sí, y le hacía el amor en el campo de flores silvestres al que él me había llevado para la ocasión.

Ianthe asintió.

—La unión está bendecida por el Caldero. Tu supervivencia a los horrores de Bajo la Montaña es una prueba.

Y entonces vi la mirada que me dirigió…, directa a los tatuajes de la mano izquierda.

Tuve que hacer un esfuerzo para no meter la mano debajo de la mesa.

El tatuaje que ella llevaba en la frente estaba trazado en una tinta azul medianoche, pero de alguna forma le quedaba bien, parecía acentuar los vestidos femeninos, las joyas de plata brillante. A diferencia de la brutalidad elegante del mío.

—Podríamos conseguirte guantes —ofreció ella en un tono que no le daba importancia al asunto.

Y eso enviaría otro mensaje…, tal vez a la persona que yo deseaba tan desesperadamente que se hubiera olvidado de mi existencia.

—Lo voy a pensar —dije con una sonrisa tranquila.

Era lo único que se me ocurría para no salir corriendo antes de que terminara la hora y Ianthe flotara hacia su propia habitación de plegaria —regalo de Tamlin cuando ella volvió a la Corte Primavera— para ofrecer el agradecimiento que se le ofrecía al Caldero todos los mediodías por la liberación de nuestra tierra, mi triunfo y la dominación asegurada de Tamlin sobre su tierra.

A veces, pensaba en pedirle que rezara también por mí.

Que rezara para que un día yo aprendiera a amar los vestidos y las fiestas y mi rol de novia linda de mejillas sonrojadas.

Cuando Tamlin entró en mi habitación, silencioso como un ciervo a través del bosque, yo ya estaba en la cama. Levanté la cabeza buscando la daga que mantenía siempre en la mesa de luz, pero me relajé cuando vi esos hombros anchos, la luz de la vela que se le deslizaba sobre la piel bronceada y le hundía la cara en sombras.

—¿Estás despierta? —murmuró. Oí la preocupación en esa voz. Él había estado en el estudio desde la cena, resolviendo la pila de papeles que Lucien le había arrojado sobre el escritorio.

—No podía dormirme —dije, mirando cómo se le movían los músculos al caminar hacia el baño para lavarse. Había estado tratando de dormir por una hora, pero cada vez que cerraba los ojos el cuerpo se me trababa y las paredes de la habitación se cerraban sobre mí. Había abierto las ventanas, pero… esa iba a ser una noche muy larga.

Volví a acostarme sobre las almohadas, escuchando los sonidos firmes, eficientes de Tamlin, que se preparaba para la cama. Tenía su propio dormitorio porque sabía que, para mí, era vital tener mi propio espacio.

Pero dormía conmigo noche por medio o más. Yo nunca había visitado su cama todavía, aunque me preguntaba si nuestra noche de bodas cambiaría eso. Rezaba por no despertarme bruscamente y vomitar sobre las sábanas cuando no reconociera el lugar en el que estaba, cuando no supiera si la oscuridad que veía era permanente.

Tal vez esa era la razón por la que él no había intentado imponer nada sobre ese tema todavía.

Él entró en la habitación, la túnica y la camisa en la brisa, y yo me apoyé sobre

los codos para verlo detenerse al borde de la cama.

Mi atención fue directamente hacia los dedos fuertes, inteligentes, que desabrocharon el pantalón.

Dejó escapar un ruidito de aprobación y yo me mordí el labio inferior mientras él se sacaba los pantalones y después la ropa interior, revelando esa longitud gruesa, orgullosa. Se me secó la boca y arrastré la mirada hacia arriba, hacia el torso musculoso, las superficies del pecho, y entonces…

—Ven —gruñó él, con tanta rudeza que las palabras fueron difíciles de discernir.

Empujé las mantas, dejando descubierto mi cuerpo desnudo, y él siseó con fuerza.

Los rasgos se le llenaron de hambre furiosa mientras yo me arrastraba a través de la cama y me levantaba sobre las rodillas. Le tomé la cara entre las manos, la piel dorada enmarcada por dedos de marfil y cabello negro en curvas, y lo besé.

Él me sostuvo la mirada en el beso, incluso cuando yo me acerqué todavía más, y él me besó con un ruidito cuando me rozó el vientre.

Las manos callosas del alto lord me tocaron las caderas, la cintura, después me sostuvieron mientras él bajaba la cabeza. Un roce de esa lengua contra el borde del labio me hizo abrirme para él, abrirme del todo, y él entró en una ráfaga, reclamándome, marcándome como al ganado con su símbolo.

Entonces, gemí, la cabeza hacia atrás para que él tuviera más acceso. Las manos me tomaron la cintura, después se movieron…, una hacia atrás, la otra entre los dos.

Eso…, ese momento…, cuando éramos él y yo, y nada entre nuestros cuerpos…

La lengua de él me rozó el paladar mientras me pasaba un dedo por el centro del cuerpo, y yo jadeé, y se me arqueó la espalda.

—Feyre —me dijo contra los labios, el nombre como una plegaria más devota que las que hubiera ofrecido al Caldero ninguna Ianthe en la mañana oscura del solsticio.

La lengua volvió a recorrerme la boca, siguiendo el mismo ritmo que el dedo que él me metía en el cuerpo. Se me ondularon las caderas. La palma de la mano de él me tocó el grupo de nervios en el ápice de los muslos y yo gruñí su nombre temblando.

La cabeza hacia atrás, tragué el aire fresco de la noche, y entonces, las manos de él me bajaron hacia la cama con dulzura, con delicadeza, con amor.

Él se tendió sobre mí, bajó la cabeza hasta mis senos, y lo único que hizo falta fue una presión de los dientes sobre el pezón para que yo le clavara las uñas en la espalda, le envolviera las piernas alrededor del cuerpo y él se acercara a lo que tengo entre ellas. Esto…, yo necesitaba *esto*.

Él hizo una pausa, los brazos temblorosos mientras se sostenía sobre mí.

—Por favor —jadeé yo.

Él me pasó los labios por la mandíbula, el cuello, la boca.

—Tamlin —rogué. Él me palmeó un seno, el dedo sobre el pezón. Yo gemí y él se hundió en mí con un empujón enorme.

Durante un momento, yo no fui nada, nadie.

Después nos fundimos, dos corazones que latían como uno, y me prometí que siempre sería así mientras él empujaba unos centímetros, los músculos de la espalda flexionados bajo mis manos. Después volvió a caer sobre mí. Una y otra y otra vez.

Yo me rompí una y otra y otra vez contra él, mientras él se movía y murmuraba mi nombre y me decía que me amaba. Y cuando el relámpago volvió a llenarme las venas, la cabeza, cuando jadeé su nombre, ahí llegó su propio alivio. Yo me aferré a él en cada una de esas de ondas de temblores, saboreé el peso de Tamlin, el sentimiento de esa piel, esa fuerza.

Durante un rato la habitación se llenó solamente con el sonido raspado de nuestras dos respiraciones.

Fruncí el ceño mientras él retrocedía, pero no se fue muy lejos. Se estiró a mi lado, la cabeza sobre un puño y me trazó círculos lerdos sobre el vientre, los senos.

—Lamento lo que pasó antes —murmuró.

—Estoy bien —jadeé yo—. Entiendo.

No era una mentira, pero tampoco era totalmente cierto.

Los dedos de él llegaron más abajo, hicieron círculos abajo, cerca de las piernas.

—Tú…, tú eres todo para mí —dijo él, con la voz espesa—. Necesito…, necesito que estés bien. Saber que no pueden tocarte…, que ya no van a lastimarte.

—Lo sé. —Los dedos bajaron más. Tragué saliva y dije de nuevo—: Lo sé. —Le saqué el pelo de la cara—. ¿Pero y tú? ¿Quién te protege a ti?

Se le tensó la boca. Apenas volvió a tener todos sus poderes, supo que él no necesitaba nadie que lo protegiera, nadie que lo guardara. Casi vi las esposas invisibles de nuevo, no contra mí, sino contra la idea de lo que él había sido apenas meses antes: una criatura atada a los caprichos de Amarantha, el poder de la Corte Primavera, apenas un arroyuelo comparado con la cascada que caía ahora a través de ese cuerpo. Respiró hondo para tranquilizarse y se inclinó para besarme el corazón, justo entre los senos. Esa era respuesta suficiente.

—Pronto —murmuró, y los dedos volvieron a la cintura. Yo casi gemí—. Pronto vas a ser mi mujer y todo va a estar bien. Vamos a dejar todo esto en el pasado.

Arqueé la espalda, para pedirle que bajara la mano, y él dejó escapar una risita ronca. Casi ni me escuché hablar cuando me moví para llevar los dedos a ciertos lugares con una orden silenciosa.

—¿Y cómo van a llamarme, entonces? —Él me tocó el vientre, bien abajo, y se inclinó a ponerme la boca sobre el pezón.

—¿Mmmm? —dijo y el rumor contra el pezón hizo que me retorciera…

—¿Van a llamarme «la mujer de Tamlin»? ¿O voy a tener… un título?

Levantó la cabeza lo suficiente como para mirarme.

—¿Quieres un título?

Antes de que yo pudiera contestar, me mordisqueó el seno, después lamió ese dolor leve…, lamió mientras los dedos se me metían en el cuerpo. Me acarició despacio, círculos tentadores.

—No —jadeé yo—. Pero no quiero que nadie… —Que el Caldero me llevara, ese *dedo* maldito…— No sé si voy a poder tolerar que me llamen alta lady.

Los dedos volvieron a entrar en mí y él gruñó, satisfecho, por la humedad que yo tenía entre las piernas, una humedad tanto suya como mía.

—No van a hacer eso —me dijo contra la piel, y volvió a ponerse sobre mí y me llenó de besos—. No hay altas ladies.

Me tomó de los muslos para abrirme las piernas, bajó la boca y…

—¿Qué quiere decir eso, que no hay altas ladies?

El calor, el roce…, todo se detuvo.

Él me miró desde su lugar, abajo, entre mis piernas, y yo casi llegué al orgasmo con esa imagen. Pero lo que había dicho, lo que implicaba… Me besó el interior de los muslos.

—Los altos lores se casan. Toman consortes. Nunca hubo una alta lady.

—Pero la madre de Lucien…

—Ella es la lady de la Corte Otoño. No es una alta lady. Y tú vas a ser la lady de la Corte Primavera. Te van a llamar como la llaman a ella. Y van a respetarte como la respetan a ella. —Bajó la mirada hacia lo que estaba a centímetros de su boca.

—Así que la madre de Lu…

—En este momento no quiero oír ningún nombre de macho en esos labios —gruñó él y bajó la boca contra mí.

Al primer contacto de esa lengua, dejé de discutir.

Capítulo 3

Seguramente la culpa había golpeado mucho a Tamlin porque, aunque él no volvió en todo el día siguiente, Lucien me esperaba con una oferta para inspeccionar el progreso de la reconstrucción en la aldea.

Yo no la había visitado hacía ya un mes, no recordaba la última vez en que había dejado la mansión y los jardines. Habían invitado a algunos de los aldeanos a las celebraciones del Solsticio de Invierno, pero yo no había hecho más que saludarlos, por la enormidad de la multitud.

Los caballos ya estaban ensillados frente a las puertas de las caballerizas y conté los guardias que esperaban en los portones distantes (cuatro) de los dos lados de la casa (dos en cada esquina) y en el jardín que acababa de cruzar (dos). Aunque ninguno me dirigió la palabra, los ojos de todos me pesaban en el pecho.

Lucien hizo un movimiento para montar la yegua mora, pero yo le corté el camino.

—¿Te caíste del caballo, maldita sea? —siseé, empujándole el hombro.

Lucien retrocedió y tropezó; la yegua relinchó, alarmada, y yo parpadeé mirando mi mano extendida. No quise pensar en lo que pensarían los guardias que miraban la escena. Antes de que él pudiera decir nada, le exigí:

—¿Por qué mentiste sobre los naga?

Lucien cruzó los brazos, el ojo de metal entrecerrado, y movió la cabeza para sacarse el pelo rojo de la cara.

Tuve que desviar la mirada por un momento.

El pelo de Amarantha era más oscuro…, y la cara de un blanco cremoso, para nada el oro bronceado por el sol de la piel de Lucien…

Estudié las caballerizas detrás de él. Por lo menos era un lugar grande, abierto; los peones estaban ahora en la otra ala. Generalmente estar ahí dentro me era tolerable, y lo hacía sobre todo cuando el aburrimiento era tan grande que decidía visitar a los caballos. Tenía una larga lista de qué lugares toleraba y cuáles no, y la lista estaba ordenada para medir hasta qué punto esos lugares hacían que me sudara el cuerpo, que se me cerrara la garganta.

—No te *mentí* —dijo Lucien, tenso—. Técnicamente, me caí del caballo. —Le dio un golpecito al flanco de la yegua—. Después de que uno de ellos le hiciera un tacle a ella.

Qué forma tan inmortal de pensar la mentira.

—¿Por qué?

Lucien cerró la boca con fuerza.

—¿Por qué?

Se retorció para ponerse otra vez de cara a la yegua, siempre paciente. Pero yo vi la expresión en esa cara…, la *lástima* en esos ojos.

Dejé escapar un:

—¿No podemos ir yendo?

Él se dio vuelta despacio.

—Son cuatro kilómetros y medio.

—Y tú podrías llegar corriendo en pocos minutos. Me gustaría saber si yo puedo seguirte el ritmo.

El ojo de metal chirrió y yo supe lo que iba a decir antes de que él abriera la boca.

—No importa —dije y caminé hacia mi yegua blanca, una bestia de temperamento dulce, aunque fuera un poco malcriada y perezosa. Lucien no trató de convencerme de nada y se quedó callado mientras íbamos desde la mansión hacia el camino del bosque. La primavera estaba a pleno, como siempre; la brisa cargada de lilas; los arbustos al costado del camino, llenos de vida. No había ninguna señal del Bogge, de los naga, de ninguna de las criaturas que habían hecho estallar tanta oscuridad en el mundo.

Le dije por fin:

—No quiero tu lástima, mierda.

—No es lástima. Tamlin dijo que te dijera… —Hizo una mueca.

—No soy de vidrio. Si los naga te atacaron, *merezco* saberlo…

—Tamlin es mi alto lord. Si él me da una orden, yo la cumplo.

—No tenías esa mentalidad cuando desobedeciste sus órdenes para mandarme a cazar al Suriel. —Y casi me muero en el intento.

—Entonces, estaba desesperado. Todos estábamos desesperados. Pero ahora…, si queremos una oportunidad para reconstruir, necesitamos orden, Feyre. Necesitamos reglas y jerarquía y *orden*. Así que lo que él dice, se hace. Yo soy el primero al que miran los demás, yo doy el ejemplo. No me pidas que arriesgue la estabilidad de la corte… No ahora. Él te está soltando la rienda todo lo que puede…

Dejé salir un suspiro corto, forzado de mis pulmones tensos.

—A pesar de que te niegas tanto a estar con Ianthe, suenas como ella.

Él siseó.

—No tienes *ni idea* de lo mucho que le cuesta a él dejarte salir del castillo. Está bajo una presión mayor de la que te imaginas.

—No tuvo ningún problema en dejarme cazar cuando yo era humana. Cuando las fronteras eran mucho más inseguras.

—No le importabas tanto como ahora. Y después de lo que pasó en Bajo la Montaña… —Las palabras me sonaron como campanas en la cabeza, entre los músculos demasiado tensos—. Está aterrorizado. *Aterrorizado* con la idea de verte en manos de sus enemigos. Y ellos lo saben…, sí, saben que lo único que tendrían que hacer para dominarlo es tomarte a ti como rehén.

—¿Crees que no soy consciente de eso? ¿Espera que pase el resto de mi vida en esa mansión, dando órdenes a los sirvientes y usando ropa linda?

Lucien miraba el bosque siempre joven.

—¿No es eso lo que quieren todas las mujeres humanas? ¿Un lord inmortal buen mozo como marido, alguien que las llene de riquezas por el resto de sus vidas?

Yo me aferré a las riendas con tanta fuerza que la yegua sacudió la cabeza.

—Es bueno saber que sigues siendo un hijo de puta, Lucien.

El ojo de metal se entrecerró despacio.

—Tamlin es un alto lord. Tú vas a ser su esposa. Hay tradiciones y expectativas que tienes que sostener. Que todos nosotros tenemos que sostener; es la única manera de presentar un frente sólido y curarnos de lo que pasó con Amarantha; la única de destruir a todos los enemigos que traten de tomar lo que es nuestro. —Ianthe me había soltado casi el mismo discurso el día anterior—. Está llegando el tiempo del Diezmo —siguió, sacudiendo la cabeza—, el primero que llama Tamlin desde…, desde la maldición. —Estaba apenas encogido—. Le dio tres meses al pueblo para poner sus asuntos en orden y quería esperar hasta que hubiera empezado el año nuevo, pero el mes que viene va a exigir el Diezmo. Ianthe le dijo que ya es tiempo…, que el pueblo está listo.

Esperó y quería escupirle la cara porque él sabía, *sabía* que yo no tenía la menor idea de lo que era el Diezmo y estaba tratando de que yo lo admitiera.

—Dime —dije, con la voz sin tono.

—Dos veces por año, generalmente cerca de los solsticios de Invierno y Verano, cada miembro de la Corte Primavera, sean altos fae o inmortales inferiores, tienen que pagar un Diezmo, según sus entradas y su estatus. Así es como mantenemos el

funcionamiento de las propiedades, cómo pagamos centinelas, comida y sirvientes. A cambio, tienen la protección de Tamlin, su orden, su ayuda cuando es necesario. Es un toma y daca. Este año estiró el Diezmo un mes más… para darles tiempo extra para reunir fondos. Para celebrar. Pero pronto van a llegar emisarios de cada grupo, cada aldea, cada clan para pagar el Diezmo. Como esposa de Tamlin, vas a tener que sentarte con él. Y si no pueden pagar… Se supone que te sientes ahí mientras él los juzga. A veces se pone feo. Yo voy a ver quién vino y quién no, quién no paga. Y después, si no pagan en los tres días de gracia que él les va a ofrecer, se supone que él los cace. Las mismas altas sacerdotisas…, Ianthe…, le dan derechos de caza para eso.

Horrible…, brutal, quería decir yo pero la mirada de Lucien… Ya tenía a demasiados a mi alrededor que me juzgaban todo el tiempo.

—Dale tiempo, Feyre —dijo Lucien—. Pasemos el Diezmo, después la boda el mes siguiente, y más tarde…, vamos a ir viendo.

—Ya le di tiempo —dije—. No puedo quedarme encerrada en esta casa para siempre.

—Él lo sabe, no lo dice pero lo sabe. Confía en mí. Tienes que perdonarlo si la muerte de su familia le impide ser…, ser liberal con tu seguridad. Perdió a todos los que quería. Todos pasamos por eso.

Cada una de esas palabras era combustible agregado al pozo hirviente que yo llevaba en las entrañas.

—No quiero casarme con un alto lord. Quiero casarme con él solamente.

—No existe uno sin el otro. Él es lo que es. Siempre, *siempre* va a tratar de protegerte, te guste o no. Háblale del asunto…, háblale en serio, Feyre. Ya lo van a resolver. —Nuestras miradas se encontraron. Un músculo tembló en la mandíbula de Lucien—. No le pidas que elija.

—Pero, Lucien, es que me estás escondiendo cosas deliberadamente…

—Él es mi alto lord. Su palabra es *ley*. Tenemos esta única oportunidad, una, Feyre, para reconstruir y hacer el mundo como debería ser. Yo no voy a empezar ese nuevo mundo traicionando la confianza que él me tiene… Aunque tú…

—¿Aunque yo qué?

Palideció y se pasó una mano por la mata de pelo color cobre.

—Me obligaron a mirar mientras mi padre mataba a la hembra que yo amaba. Mis hermanos me *obligaron* a mirar.

Se me encogió el corazón por él, por el dolor que lo perseguía.

—No hay ningún hechizo mágico, ningún milagro que pueda traerla de vuelta. No hubo ninguna reunión de altos lores para esa resurrección. Yo miré y ella murió y nunca, nunca voy a olvidar el momento en que *oí* cómo dejaba de latir su corazón.

Me ardían los ojos.

—Tamlin consiguió lo que yo nunca voy a tener —dijo Lucien, la respiración audible—. Todos oímos cómo se te quebraba el cuello. Pero tú conseguiste volver. Y dudo de que él olvide ese sonido. Va a hacer todo lo que esté en su poder para

protegerte de esos peligros, aunque eso signifique tener secretos, aunque implique hacerte obedecer reglas que no te gustan. En eso, no va a cambiar. Así que no se lo pidas…, todavía no.

Yo no tenía palabras en la frente, en el corazón. Darle tiempo a Tamlin, dejar que se adaptara… Era lo menos que podía hacer.

El rumor del trabajo de construcción empezó a tapar los gorjeos de los pájaros del bosque mucho antes de que llegáramos a la aldea: martillos sobre clavos, personas que gritaban órdenes, ganado.

Salimos del bosque y la vimos: una aldea a mitad de la reconstrucción, edificios pequeños y lindos de madera y piedra, estructuras provisorias para proteger los suministros y el ganado… Lo único que parecía absolutamente terminado era el gran pozo en el centro del pueblo y algo que tenía aspecto de taberna.

A veces, me seguía sorprendiendo el aspecto totalmente normal de Prythian, los parecidos absolutos entre ese reino y las tierras mortales. Podría haber estado en mi propia aldea, allá, en casa. Esta era una aldea mucho más linda, más nueva, pero los puntos principales, la disposición… Todo igual.

Y cuando Lucien y yo entramos en el corazón del caos y todos dejaron de trabajar o de vender o de moler grano para mirarnos, me sentía tan forastera como antes.

Mirarnos, mirarme a mí.

Como una onda de silencio, los sonidos murieron desde el lugar donde estábamos hasta en el otro extremo de la aldea.

—Feyre Rompemaldiciones —susurró alguien.

Bueno, ese nombre era nuevo.

Agradecí las mangas largas de la ropa de montar y los guantes que hacían juego que me había puesto cuando entramos a la aldea.

Lucien detuvo la yegua frente a un alto fae macho que parecía estar a cargo de construir una casa frente a la fuente.

—Vinimos a ver si necesitan alguna ayuda —dijo, con la voz suficientemente alta para que todos lo oyeran—. En este día, nuestros servicios son para la aldea.

El macho palideció.

—Nuestra gratitud por eso, mi señor, pero no necesitamos nada. —Los ojos me miraron, cada vez más anchos—. La deuda está pagada.

El sudor que sentía en las palmas se hizo más espeso, más tibio. Mi yegua levantó un casco y volvió a apoyarlo con fuerza en la calle de tierra rojiza.

—Por favor —dijo Lucien, inclinando la cabeza con gracia—. El esfuerzo de la reconstrucción también es para nosotros. Queremos compartirlo. Sería un honor para nosotros.

El macho meneó la cabeza.

—La deuda está pagada.

Y sucedió lo mismo en todos y cada uno de los sitios en los que nos detuvimos en la aldea: Lucien desmontaba, pedía que nos permitieran ayudar; lo rechazaban con

amabilidad, con reverencia.

En veinte minutos, estábamos volviendo hacia las sombras y el crujido de las hojas.

—¿Te dejó traerme hoy para que yo dejara de pedirle venir? —dije, con la voz ronca.

—No. Decidí traerte yo. Y por esa razón, exactamente. No quieren tu ayuda, no la necesitan. Tu presencia es una distracción y un recordatorio de lo que sufrieron.

Yo me encogí.

—Pero ellos no estuvieron en Bajo la Montaña. No reconocí a nadie.

Lucien se estremeció.

—No. Amarantha tenía…, tenía campos para ellos. A los nobles, a los inmortales superiores…, se les permitió vivir Bajo la Montaña. Pero si el pueblo de una corte no trabajaba para que ella tuviera más bienes y más comida, lo encerraba en campos en una red de túneles, en la Montaña. Miles, amontonados en cámaras y túneles sin luz, sin aire. Durante cincuenta años.

—Nadie me dijo…

—Estaba prohibido hablar de eso. Cuando Amarantha se olvidaba de ordenar a sus guardias que los alimentaran, algunos se volvieron locos y empezaron a atacar a los demás. Algunos formaron bandas que recorrían los campos y… —Se frotó las cejas con el pulgar y el índice—. Hicieron cosas horrendas, Feyre. Ahora, están tratando de recordar lo que es ser normal…, de recordar cómo vivir.

La bilis me quemaba la garganta. Pero esa boda…, sí, tal vez la boda sería el comienzo de la curación.

Y sin embargo, sentía como si una manta me ahogara los sentidos, me disminuyera las sensaciones de sonido, de gusto, los sentimientos.

—Sé que querías ayudar —ofreció Lucien—. Lo lamento.

Yo también lo lamentaba.

La vastedad de mi existencia sin fin bostezó frente a mí.

Y yo dejé que me tragara.

Capítulo 4

Unos días antes de la ceremonia, empezaron a llegar los invitados y yo agradecí que nunca fuera a ser alta lady, nunca igual a Tamlin en poder y responsabilidades.

Cuando pensaba en eso había una parte chiquita, olvidada, de mí que rugía y aullaba con fuerza, pero…

Cena tras cena, almuerzos y pícnics y cacerías.

Me presentaron y me pasaron de uno en otro y a mí me dolía la cara por la sonrisa que llevaba pegada ahí día y noche. Empecé a desear la boda solamente porque sabía que, cuando hubiera terminado, ya no tendría que ser amable y charlar con cualquiera, no tendría que *hacer* nada por una semana. Un mes. Un año.

Tamlin lo toleraba todo de esa forma feroz, tranquila, tan típica de él, y me decía una y otra y otra vez que las fiestas eran una manera de presentarme a su corte, de dar a su pueblo algo que celebrar. Me aseguraba que él odiaba las reuniones tanto como yo y que Lucien era el único que realmente las disfrutaba, pero… lo descubrí sonriendo varias veces. Y en realidad, se lo merecía, se lo había ganado. Y todos los que venían también lo merecían.

Así que lo aguanté, aferrada a Ianthe cuando Tamlin no estaba a mi lado o, si los dos estaban juntos, dejando que ellos se encargaran de las conversaciones mientras yo contaba las horas hasta que terminara todo.

—Deberías irte a la cama —dijo Ianthe; las dos mirábamos a los invitados reunidos en el gran salón. La había visto frente a las puertas hacía treinta minutos y agradecía la excusa para dejar a la banda de amigos de Tamlin, el grupo que me había secuestrado para dedicarme una larga conversación. O más bien una no conversación, porque yo no hablaba. Y ellos me miraban directamente a los ojos o trataban de hablar de cosas comunes. De cacerías, sobre todo. En general, la conversación se empantanaba después de tres minutos.

—Una hora más —dije. Ianthe se había puesto su túnica pálida de siempre, la capucha levantada y esa diadema de plata con la piedra azul.

Los altos fae machos la miraban cuando pasaban cerca del lugar donde estábamos las dos de pie, junto a la pared con paneles de madera cerca de las puertas principales, y la miraban con miedo y respeto o con deseo o tal vez con las dos cosas y a veces, las miradas también me rozaban a mí. Yo sabía que los ojos muy abiertos de los machos no tenían nada que ver con el vestido verde brillante que yo llevaba, ni con mi linda cara (que no era tan linda si se la comparaba con la de Ianthe). Por eso, trataba de ignorarlos.

—¿Estás lista para mañana? ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —Ianthe tomó un traguito del vaso de vino brillante que tenía en la mano. El vestido que yo llevaba esa noche era un regalo de ella…, verde Corte Primavera, lo había llamado ella. Alis se había quedado cerca sin decir nada mientras yo me vestía, en un silencio que me puso nerviosa. Para que Ianthe pudiera seguir con sus obligaciones.

—Estoy bien. —Yo había pensado en lo patético que sería si le pidiera a ella que se quedara a vivir en la corte después de la boda. Si le revelaba que me daba miedo que me dejara ahí, entre esas personas, hasta Nynsar, una festividad menor de primavera que celebraba el fin de la siembra y regalaba los mejores ramos floridos de la estación. Y para Nynsar, faltaban meses y meses. Hasta el hecho de que ella viviera en su propio templo me hacía sentir demasiado lejos.

Finalmente, dos machos que habían estado dando vueltas (pasaron dos veces frente a nosotras) reunieron el coraje para acercarse a las dos, a ella.

Yo me recliné contra la pared, la madera me tocó la espalda, mientras ellos flanqueaban a Ianthe. Hermosos, como eran hermosos la mayor parte de ellos, con armas que los marcaban como altos fae, guardianes de las tierras de Tamlin. Tal vez hasta trabajaban bajo las órdenes del padre de Ianthe.

—Sacerdotisa —dijo uno e hizo una gran reverencia.

Para entonces, yo me había acostumbrado a que todos le besaran los anillos de plata y le pidieran oraciones para ellos, sus familias o sus amores. Ianthe recibía todo eso sin un solo cambio en esa bella cara.

—Bron —dijo ahora al de la izquierda, alto y de cabello castaño—. Y Hart —agregó mirando al de la derecha, pelo negro y cuerpo un poco más poderoso que el de su amigo. Movió los labios en una muequita coqueta, linda, que yo había aprendido a interpretar como indicación de que estaba buscando compañía para esa noche—.

Hace mucho tiempo que no os veo, ¿siempre buscando problemas?

Ellos se quedaron de pie e hicieron comentarios típicos del coqueteo hasta que empezaron a mirar en mi dirección.

—Ah —dijo Ianthe y la capucha se movió cuando ella se dio vuelta—. Permitidme presentaros a lady Feyre. —Bajó los ojos e hizo un movimiento profundo con la cabeza—. La Salvadora de Prythian.

—Sí, lo sabemos —dijo Hart con tranquilidad y se inclinó hasta la cintura; lo mismo hizo su amigo—. Estuvimos con vos en Bajo la Montaña.

Yo me las arreglé para inclinar la cabeza mientras ellos se enderezaban.

—Felicitaciones por mañana —dijo Bron con una sonrisa—. El final que corresponde, ¿verdad?

Un final que correspondiera hubiera sido que yo terminara en una tumba, y ardiera para siempre en el infierno.

—El Caldero —dijo Ianthe— nos ha bendecido a todos con esta unión. —Los machos murmuraron su acuerdo, inclinando la cabeza de nuevo. Yo los ignoré.

—Tengo que decir… —siguió Bron—, esa prueba…, la del Wyrm…, ¡brillante! Una de las cosas más brillantes que vi en mi vida.

Me costó un enorme esfuerzo no empujarme contra la pared hasta quedar completamente pegada a ella, no pensar en el olor del barro, en el crujido de los dientes del gusano, esos dientes que partían la carne y se cernían sobre mí.

—Gracias.

—Ah, suena espantoso —dijo Ianthe, acercándose un poco cuando notó que yo ya no mantenía la sonrisa blanda de siempre. Me puso una mano en el brazo—. Tu valentía es una inspiración para todos.

Yo me sentí tan agradecida, tan patéticamente agradecida por el roce que me ayudaba a afirmarme… Por el apretón. Así supe que ella inspiraría a hordas de mujeres Fae a unirse a su orden… y no para adorar a la Madre y al Caldero, sino para aprender la forma en que vivía ella, la forma en que era capaz de brillar así, de amarse a sí misma, de moverse de macho en macho como si ellos fueran platos ofrecidos en un banquete.

—Nos perdimos la caza el otro día —dijo Hart, la voz neutra, indiferente—. Así que no tuvimos ocasión de ver vuestros talentos de cerca, pero creo que el alto lord nos va a enviar cerca de la propiedad el mes que viene… Va a ser un honor cabalgar con vos.

Tamlin no iba a permitirme salir con ellos. Ni en mil años. Y yo no tenía ningún deseo de decirles que no me interesaba volver a usar el arco y la flecha en toda mi vida ni cazar absolutamente nada. La caza a la que me habían arrastrado hacía dos días había sido demasiado para mí. A pesar de que todos me miraban, no había disparado ni una sola flecha.

Los dos seguían esperando una respuesta, así que dije:

—El honor sería mío.

—¿Mi padre os puso en servicio mañana o vais a estar en la ceremonia? —dijo Ianthe mientras ponía una mano sobre el brazo de Bron para distraerlo. Precisamente la razón por la cual me gustaba estar con ella en esas reuniones.

Bron le contestó enseguida, pero los ojos de Hart siguieron sobre mí…, sobre mis brazos cruzados. Sobre mis dedos tatuados. Dijo:

—¿Sabéis algo del alto lord?

Ianthe se puso tensa y Bron pasó una mirada inmediata sobre la mano cubierta de tinta.

—No —dije, sosteniendo la mirada de Hart.

—Ahora que Tamlin recuperó sus poderes, seguramente tiene miedo.

—Es obvio que no conocéis a Rhysand. No muy bien.

Hart parpadeó y hasta Ianthe se quedó callada. Seguramente eso era lo más seguro, lo más afirmativo que yo le hubiera dicho a nadie en esas reuniones.

—Bueno, vamos a ocuparnos de él si hace falta —dijo Hart, moviendo un poco los pies mientras yo seguía sosteniéndole la mirada sin preocuparme por suavizar la expresión.

Ianthe le dijo a él y a mí:

—Las altas sacerdotisas están ocupándose de ese asunto. No vamos a permitir que nuestra salvadora reciba semejante trato.

Yo fijé la cara para que mi expresión fuera neutral. ¿Era *esa* la razón por la que Tamlin había buscado a Ianthe? ¿Para hacer una alianza? Se me apretó un poco el pecho. Me volví hacia ella.

—Me voy. Dile a Tamlin que lo veo mañana.

Mañana, porque esa noche, me había dicho Ianthe, no estaríamos juntos. Como dictaba una costumbre muy antigua.

Ianthe me besó la mejilla; la capucha me protegió como un escudo del resto de la habitación durante un instante.

—Estoy a tu disposición, lady. Mándame llamar si necesitas algo.

Yo no pensaba hacer tal cosa, pero asentí.

Mientras me deslizaba hacia la escalera, miré al frente, donde charlaban Tamlin y Lucien, rodeados de un círculo de machos y hembras, todos altos fae. Tal vez no tan refinados como algunos, pero… Tenían el aspecto de personas que han estado juntas durante mucho tiempo, que pelearon unas junto a las otras. Los amigos de Tamlin. Él me los había presentado y un instante después, yo ya me había olvidado sus nombres. No había intentado aprenderlos.

Tamlin echó la cabeza hacia atrás y rio y los otros aullaron con él.

Me fui antes de que él me descubriera; me moví con facilidad a través de las salas repletas de invitados hasta que llegué a la planta alta, vacía, en el ala residencial de la mansión.

Sola en mi dormitorio, me di cuenta de que no recordaba cuándo me había reído con ganas por última vez.

El techo me apretaba, cada vez más bajo, las puntas, grandes, romas, tan calientes que yo veía el calor que salía de ellas incluso desde donde estaba, encadenada al suelo. Encadenada porque era analfabeta y no sabía leer la adivinanza escrita en la pared y Amarantha estaba feliz mientras me empalaba así.

Más y más cerca. No había nadie que me salvara de esa muerte horrenda.

Iba a dolerme. Iba a dolerme y sería lento y yo gritaría… tal vez hasta pidiera a gritos por mi madre que, de todos modos, nunca se había preocupado por mí. Tal vez terminara rogándole a mi madre que me salvara…

Me temblaron los miembros cuando salté en la cama, luchando contra cadenas invisibles.

Me habría arrojado hacia el baño si las piernas y los brazos no me hubieran temblado tanto, si hubiera podido respirar, respirar, *respirar*…

Miré la habitación despacio, temblando. Real…, esto era real. Los horrores, los horrores estaban en las pesadillas. Yo había salido de allí; estaba viva; estaba a salvo.

Una brisa nocturna flotó a través de la ventana abierta, me tocó el pelo, me secó el sudor frío. El cielo oscuro me llamaba, las estrellas tan débiles y pequeñas, como motas de escarcha.

Las palabras de Bron describían mi encuentro con el Wyrm como un deporte. Como si yo no hubiera estado a un mínimo error de terminar devorada, de ver mis propios huesos esparcidos por el barro.

Salvadora…, sí, y payasa, aparentemente.

Tropecé hacia la ventana abierta y la empujé para abrirla más, para aclarar la vista en la oscuridad tocada de estrellas.

Apoyé la cabeza contra la pared, disfrutando de las piedras frías.

En pocas horas estaría casada. Lo mereciera o no, tendría mi final feliz. Pero esta tierra, este pueblo…, *ellos* también tendrían su final feliz. Los primeros pasos hacia la curación. Hacia la paz. Y entonces, las cosas estarían bien.

Entonces, *yo* estaría bien.

Realmente odiaba ese vestido de boda.

Una monstruosidad de tul y chifón y gasa, tan diferente de los vestidos sueltos que me gustaba usar: la parte superior bien al cuerpo, la curva del cuello en una onda que mostrara bien los senos y las faldas… Las faldas, casi una carpa brillante, prácticamente flotaban en el aire dulce de la primavera.

Con razón se había reído Tamlin. Hasta Alis, mientras me vestía, había tarareado en voz baja sin decir nada. Seguramente porque Ianthe había seleccionado personalmente el vestido para que complementara la historia que ella iba a tejer ese

día…, la leyenda que proclamaría al mundo.

Tal vez yo habría podido manejar todo eso de no ser por las mangas largas, infladas, tan grandes que casi las veía brillar por el rabillo del ojo. Me habían enrulado el pelo, medio recogido, medio suelto, adornado con perlas y joyas, y el Caldero sabía qué más; me había costado todo mi autocontrol no encogerme frente al espejo cuando me miré antes de bajar las escaleras hacia el salón principal. El vestido siseaba y crujía a cada paso.

Más allá de las puertas cerradas del patio, frente a las que me detuve un instante, el jardín estaba inundado de cintas y linternas en sombras de crema, rosado y azul cielo. Había trescientas sillas en el patio más grande para los miembros de la corte de Tamlin. Yo me adelantaría por el pasillo principal, tolerando las miradas, en camino hacia la tarima, donde me esperaría Tamlin.

Entonces, Ianthe consagraría y bendeciría nuestra unión justo antes de la puesta del sol, como representante de *todas* las altas sacerdotisas. Había insinuado que todas querían estar presentes y que, por medio de alguna argucia ella había conseguido dejar afuera a las otras once. Ya fuera para reclamar atención o para ahorrarme que todas me persiguieran como una manada de lobos. Yo no sabía por qué lo había hecho. Tal vez por las dos cosas.

La boca se me puso seca como un papel cuando Alis arregló la cola hinchada del vestido a la sombra de las puertas del jardín. Crujieron y suspiraron la seda y la gasa, y yo me aferré al ramo pálido con las manos enguantadas con tanta fuerza que casi quebré los tallos.

Los guantes, largos hasta el codo para esconder las marcas de tinta. Ianthe me los había mandado en persona esa mañana en una caja forrada de terciopelo.

—No te pongas nerviosa —dijo Alis, la piel de corteza de árbol, rica y brillante en esa luz miel y oro.

—No estoy nerviosa —dije, con la voz muy ronca.

—Estás moviendo los dedos como mi sobrino más joven cuando están por cortarle el pelo. —Terminó de toquetearme el vestido y espantó a algunos sirvientes que habían venido a espiarme antes de la ceremonia.

Yo fingí que no los veía ni a él ni a la multitud brillante de sol, sentada en el patio allá delante, y jugué con una invisible mota de polvo en la manga.

—Estás hermosa —dijo Alis con tranquilidad. Yo estaba casi segura de que sus ideas sobre el vestido eran iguales a las mías, pero le creí.

—Gracias.

—Y suenas como si estuvieras a punto de entrar a tu funeral.

Me pegué una sonrisa en la cara. Alis puso los ojos en blanco. Pero me empujó hacia las puertas que se abrieron con un viento inmortal para que el sonido grande de la música entrara por ellas.

—Se va a terminar en un abrir y cerrar de ojos —me prometió ella y me empujó hacia el final de la luz del día.

Trescientas personas se pusieron de pie y se volvieron hacia mí.

Desde mi última prueba, no había visto una reunión semejante reunida ahí para mirarme a mí, para juzgarme a mí. Toda vestida de un lujo semejante al que llevaban los que estaban en Bajo la Montaña. Las caras borrosas, fusionadas.

Alis tosió desde las sombras de la casa y yo recordé empezar a caminar, mirar hacia la tarima…

A Tamlin.

Pero me quedé bruscamente sin aliento y tuve que apelar a toda mi voluntad para seguir bajando las escaleras, para que no se me doblaran las rodillas. Él estaba resplandeciente en una túnica verde y oro, una corona de hojas de laurel lustradas sobre la cabeza. Había soltado el brillo de su interior y dejaba que se vieran claramente la luz inmortal y la belleza…, y lo hacía para mí.

Puse los ojos en él, en mi alto lord, los ojos anchos, ardientes, mientras bajaba hacia el pasto suave, sembrado de pétalos de rosas blancas…

Y rojas.

Como gotas de sangre entre las blancas, pétalos rojos, esparcidos sobre el camino, adelante.

Me obligué a levantar la mirada, a mirar a Tamlin, ese macho que tenía los hombros hacia atrás y la cabeza alzada.

Tan ciego ante la verdadera extensión de la oscuridad y la ruptura inmensa que yo llevaba en mi interior. Ante lo poco preparada que yo estaba para llevar ropa blanca cuando tenía las manos tan sucias.

Todo el mundo estaba pensando en eso. Tenían que estar pensando en eso, sin duda.

Todos los pasos que daba eran demasiado rápidos, todos me llevaban hacia la tarima y hacia Tamlin. Y hacia Ianthe, vestida en varias túnicas color azul oscuro, brillante bajo la capucha y la corona de plata.

Como si yo fuera buena…, como si no hubiera matado a dos de su pueblo.

Como si yo no fuera una asesina, una mentirosa.

Un grupo de pétalos rojos ahí delante…, exactamente la sangre del joven Fae en un charco a mis pies.

Diez pasos antes de la tarima, después de esa mancha roja, empecé a caminar más despacio.

Y al final, me detuve.

Todos me miraban, exactamente como lo hicieron cuando casi terminé muerta, todos espectadores de mi tormento.

Tamlin me tendió una mano ancha, las cejas levemente unidas sobre la frente. A mí, me latía el corazón con fuerza, con demasiada fuerza.

Estaba por vomitar.

Ahí, sobre los pétalos de rosa, exactamente ahí, sobre el pasto y las cintas que separaban el pasillo de las sillas que lo flanqueaban.

Y entre la piel y los ojos, me latía y golpeaba algo que se elevaba y empujaba, algo que levantaba un látigo contra mí desde mi sangre…

Tantos ojos, demasiados ojos que me presionaban, demasiados testigos de los crímenes que yo había cometido, de todas las humillaciones…

No sé por qué me había molestado en usar guantes, por qué había dejado que Ianthe me convenciera de eso.

El sol que se iba ya estaba demasiado caliente, el jardín demasiado cerrado. Era tan imposible escapar de él como del voto que yo estaba por pronunciar, un voto que me ataría a Tamlin para siempre, que encadenaría a Tamlin a mi alma quebrada y agotada. La cosa que yo llevaba dentro de mí se estaba enturbiando y me temblaba el cuerpo con una fuerza que se hacía más y más grande, y buscaba una salida…

Para siempre…, yo nunca iba a sentirme mejor, nunca conseguiría librarme de mí misma, de ese calabozo en el que había pasado tres largos meses…

—Feyre —dijo Tamlin, la mano firme que buscaba la mía. El sol se hundió por debajo del labio de la pared del jardín occidental; las sombras entraron como una corriente, enfriando el aire.

Si me daba vuelta, empezarían a hablar, pero yo no conseguía dar los primeros pasos, no podía, no podía, no podía…

Iba a derrumbarme, ahí mismo, en ese mismo momento…, todos verían lo arruinada que estaba.

Ayúdame, ayúdame, ayúdame, le rogué a alguien, a quien fuera. Le rogué a Lucien, de pie en la primera fila, el ojo de metal fijo en mí. Le rogué a Ianthe, la cara serena y paciente y hermosa debajo de la capucha. *Sálvame, por favor…, sácame de este lugar. Que esto se termine*.

Tamlin dio un paso hacia mí…, la preocupación como una sombra sobre esos ojos verdes.

Y yo retrocedí un paso. *No*.

La boca de Tamlin se endureció. La multitud murmuró. Las guirnaldas de seda con globos de luz dorada, luz de magia inmortal, parpadearon una vez y se encendieron, volvieron a la vida sobre nosotros, a nuestro alrededor.

Ianthe dijo con suavidad:

—Ven, Novia, y únete a tu verdadero amor. Ven, Novia, y que por fin, triunfe el bien.

El bien. No, yo no era el bien. Yo no era *nada*, y mi alma, mi alma eterna estaba maldita…

Traté de conseguir que los pulmones que me traicionaban tomaran aire para decir la palabra. *No…, no*.

Pero no tuve que decirla.

El trueno sonó detrás de mí como si alguien hubiera arrojado dos enormes piedras una contra la otra.

Todos gritaron y cayeron hacia atrás, algunos desaparecieron corriendo por los

costados del patio. Se abrió la oscuridad.

Yo giré en redondo y a través de la noche que se movía como humo en el viento, descubrí a Rhysand, que en ese momento se enderezaba las solapas de la chaqueta negra.

—Hola, Feyre, amor —ronroneó.

Capítulo 5

No debería haberme sorprendido. No sabiendo cómo le gustaban los espectáculos a Rhysand. Cómo hacía un arte de su capacidad para enfurecer a Tamlin.

Ahí estaba.

Rhysand, alto lord de la Corte Noche, de pie frente a mí; la oscuridad le salía del cuerpo como tinta que se abre en el agua.

Inclinó la cabeza, y el pelo tan negro que era azul brilló con el movimiento. Los ojos color violeta parpadearon en la dorada luz inmortal y se fijaron en Tamlin; levantó una mano hacia el sitio en el que Tamlin y Lucien y los centinelas habían sacado a medias las espadas, y calculaban cómo sacarme del medio, cómo acabar con él…

Y cuando él levantó la mano, ellos se detuvieron.

Ianthe, en cambio, retrocedió despacio, la cara sin color.

—Qué boda tan bonita —dijo Rhysand, metiéndose las manos en los bolsillos; las espadas quedaron sin desenvainar. El resto de la multitud presionó hacia atrás, algunos se treparon sobre las sillas para escapar.

Rhys me miró despacio y chasqueó la lengua cuando vio los guantes de seda. Lo que se me arremolinaba dentro de la piel, sobre el brazo, se quedó quieto y frío de pronto.

—Fuera —gruñó Tamlin y empezó a caminar hacia nosotros. Las garras le salieron bruscamente por los nudillos.

Rhys volvió a chasquear la lengua.

—Ah, no, no me parece. No cuando vengo a cobrarme lo que me prometió Feyre.

Sentí que el estómago se me retorcía en el vientre. No, no ahora.

—Si tratas de romper el acuerdo, ya sabes lo que pasa —siguió diciendo Rhys mientras se reía un poquito, mirando a la multitud que seguía tratando de escaparse, se empujaba, se caía. Desvió la mandíbula hacia mí—. Te di tres meses de libertad. Por lo menos podrías parecer contenta de verme.

Yo estaba temblando demasiado; no conseguía decir nada. Los ojos de Rhys se llenaron de disgusto. Pero la expresión desapareció cuando volvió a enfrentarse con Tamlin.

—Me la llevo ahora.

—No te atrevas —ladró Tamlin. Detrás de él, la tarima estaba vacía; Ianthe había desaparecido por completo. Junto con la mayoría de los invitados.

—¿Interrumpí algo? Y yo que pensé que ya habrían terminado. —Rhys me dedicó una sonrisa que destilaba veneno. Sabía…, a través del lazo que nos unía, la magia que había entre nosotros, fuera cual fuese, sabía que yo había estado a punto de decir que no—. Por lo menos Feyre pensaba eso, me parece.

Tamlin ladró:

—Terminemos la ceremonia…

—Me parece que tu alta sacerdotisa —dijo Rhys— también piensa que la ceremonia se terminó hace rato.

Tamlin se puso duro cuando miró sobre el hombre y descubrió que el altar estaba vacío. Cuando volvió a mirarnos, las garras ya estaban a medio camino de desaparecer en los nudillos.

—Rhysand…

—No estoy de humor para negociar —dijo Rhys—, aunque podría hacerlo para mi ventaja, estoy seguro. —Salté cuando me pasó la mano por el codo—. Vamos.

Yo no me moví.

—Tamlin —jadeé.

Tamlin dio un paso, uno solo, hacia mí; la cara dorada se le puso cetrina, pero seguía mirando a Rhys.

—Dime un precio.

—Ni te molestes —dijo Rhys con lentitud, y me pasó el brazo bajo el codo. Todos los puntos de contacto que había entre los dos me eran intolerables, aborrecibles.

Él me llevaría otra vez a la Corte Noche, el lugar que, según se decía, Amarantha había tomado como modelo para construir Bajo la Montaña, un lugar lleno de depravación, tortura y muerte…

—Por favor, Tamlin.

—Tanto drama —dijo Rhysand y se me acercó, cuerpo contra cuerpo.

Pero Tamlin no se movió…, y ahora, las garras estaban bien dentro de la piel. Puso la mirada en Rhys, los labios hacia atrás en una mueca agresiva.

—Si la lastimas…

—Ya sé, ya sé —dijo Rhysand arrastrando las vocales—. La devuelvo en una semana.

No…, no, no era posible que Tamlin hiciera ese tipo de amenaza, no… Eso significaba que estaba dejando que Rhysand me llevara con él. Aunque Lucien miraba a Tamlin con la boca abierta, la cara blanca de furia y sorpresa.

Rhys me soltó el hombro, pero me pasó la mano por la cintura, apretándome contra él mientras me susurraba en el oído:

—Sostente bien.

Después, rugió la oscuridad, hubo un viento que me arrastró con fuerza; el suelo quedó muy abajo; el mundo desapareció a mi alrededor. Lo único que quedó fue Rhys, y yo lo odié mientras me aferraba a él, lo odié con todo el corazón…

Después, la oscuridad desapareció.

Olí perfume a jazmín primero…, después vi estrellas. Un mar de estrellas que titilaban más allá de unos pilares de piedra lunar que enmarcaban una vista panorámica de montañas infinitas cubiertas de nieve.

—Bienvenida a la Corte Noche. —Eso fue lo único que dijo Rhys.

Era el lugar más hermoso que yo hubiera visto en mi vida.

Se llamara como se llamase el edificio, estaba bien arriba en una de las montañas de piedra gris. El salón a nuestro alrededor estaba abierto a los elementos, no tenía ventanas, solamente pilares como torres y cortinas de gasa que se sacudían en esa brisa con perfume a jardín.

Ahí tenía que haber algo de magia, algo que mantuviera el aire tibio en la mitad del invierno. Para no mencionar la altitud o la nieve que cubría las montañas, o los enormes vientos que movían velos de esa nieve en los picos y la convertían en niebla vagabunda.

La habitación tenía pequeñas áreas para sentarse, comer o trabajar, separadas con cortinas o plantas exuberantes o alfombras espesas esparcidas sobre el suelo de piedra lunar. En la brisa se hamacaban algunas luces redondas y linternas coloridas de vidrio, colgadas de los arcos del techo.

Ni un grito, ni un alarido, ni una queja, ni un ruego en el aire.

Detrás de mí había una pared de mármol blanco, interrumpida de tanto en tanto por umbrales abiertos que llevaban a escaleras sin mucha luz. Seguramente el resto de la Corte Noche estaba en esa dirección. Con razón no oía gritar a nadie…, sin duda todos estaban ahí abajo.

—Esta es mi residencia privada —dijo Rhys, con voz neutra. Tenía la piel más oscura de lo que yo recordaba…, dorada ahora, no pálida.

Pálida, claro, por haber estado encerrado durante cincuenta años en Bajo la Montaña. Lo miré de arriba abajo, buscando alguna señal de las enormes alas membranosas, que según había admitido disfrutaba tanto cuando volaba. No, nada. Solamente el macho Fae, que me dedicaba una sonrisa afectada.

Y esa expresión familiar.

—¿Cómo te atreves…?

Rhys resopló.

—Ah, cómo extrañé esa mirada en tu cara. —Se acercó a mí, los movimientos felinos, los ojos color violeta cada vez más abiertos…, letales—. De nada, ya lo sabes.

—¿Por qué?

Rhys se detuvo a menos de medio metro, metió las manos en los bolsillos. En ese edificio, no parecía que la noche le saliera por los poros, y, a pesar de su perfección, tenía un aspecto casi normal.

—Por salvarte cuando me lo pediste.

Su mirada fija se hundió en mi mano izquierda.

Y no me avisó, me tomó del brazo con un sonido despectivo y me arrancó el guante. El roce era como la marca sobre el ganado y yo me encogí, cedí un paso, pero él se mantuvo firme hasta que me sacó los dos guantes.

—Te oí rogarle a alguien, a *cualquiera*, que te rescatara, que te sacara de ahí. Te oí decir *no*.

—Yo no dije nada.

Él me dio vuelta la mano, y me apretó con más fuerza mientras examinaba el ojo que me había tatuado. Dio un golpecito con el dedo sobre la pupila. Una vez. Dos.

—Yo lo oí perfectamente.

Le arranqué la mano.

—Llévame de vuelta. Ahora mismo. No quería que me secuestraran.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué mejor momento para traerte? Tal vez Tamlin no notó que estabas a punto de rechazarlo frente a toda su corte…, tal vez ahora me puedas echar la culpa a mí por lo que pasó.

—Eres un hijo de puta. Dejaste bien claro que yo tenía dudas.

—Siempre tan agradecida…

Luché para tomar aire, una única respiración profunda.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Qué quiero? Primero que nada, quiero que digas gracias. Después quiero que te saques ese vestido espantoso. Tienes el aspecto de… —La boca se cortó en una línea cruel—. Tienes exactamente el aspecto que él y esa sacerdotisa quieren que tengas: el de una damisela frágil con ojos de gama.

—Tú no sabes nada de mí. Ni de nosotros.

Rhys me miró con una sonrisa sabia.

—¿Y Tamlin? ¿Alguna vez te pregunta por qué se te revuelve el estómago todas las noches? ¿O por qué no puedes entrar en ciertas habitaciones o ver ciertos colores?

Me quedé congelada. Era como si él me hubiera desnudado.

—Sal ahora mismo de mi cabeza.

Tamlin tenía horrores propios que enfrentar, que solucionar.

—Lo mismo digo. —Él se alejó unos pasos—. ¿Crees que me gusta despertarme todas las noches con tus vómitos? Tú mandas todo por ese lazo —señaló el brazo—, y a mí no me gusta estar en primera fila mirando eso cuando estoy tratando de dormir.

—Hijo de puta.

Otra risita. Pero no le quería preguntar lo que quería decir con eso, con lo del «lazo» entre nosotros. No quería darle la satisfacción de demostrar curiosidad.

—En cuanto a qué otra cosa quiero de ti… —Hizo un gesto hacia la casa que teníamos detrás—. Te lo digo mañana en el desayuno. Por ahora, lávate. Descansa. —La rabia volvió a tocar sus ojos cuando miró el vestido, el pelo—. Las escaleras a la derecha, un nivel hacia abajo. Tu dormitorio es la primera puerta.

—¿No un calabozo? —Tal vez era tonto de mi parte revelar ese miedo, sugerírselo.

Pero Rhys se dio vuelta a medias, las cejas levantadas.

—No eres mi prisionera, Feyre. Hicimos un trato, y yo me estoy cobrando. Vas a ser mi invitada, con los mismos privilegios que un miembro de mi corte. Ninguno de mis súbditos va a tocarte, lastimarte, ni siquiera pensar mal de ti.

Yo tenía la lengua seca y pesada cuando dije:

—¿Y dónde están esos súbditos?

—Algunos viven aquí, en la montaña que está debajo de nosotros. —Hizo un gesto con la cabeza—. Tienen prohibido pisar esta residencia. Saben que si lo hacen, están firmando su pena de muerte. —Los ojos color violeta buscaron los míos, claros y austeros, como si sintiera el pánico, las sombras que se acercaban—. Amarantha no fue muy creativa —dijo él con rabia tranquila—. Hace mucho que todos le tienen miedo a mi corte que está bajo esta montaña y ella decidió reproducirla, violando el espacio de la montaña sagrada de Prythian. Así que sí, hay una corte bajo esta montaña…, la corte a la que tu Tamlin cree que voy a someterte. Yo la presido cada tanto, pero la mayor parte del tiempo ella se las arregla sola.

—¿Cuándo…, cuando vas a llevarme ahí? —Si tenía que regresar a estar bajo tierra, si tenía que volver a ver esos horrores…, le rogaría, sí, le rogaría que no me llevara. No me importaba lo patética que pudiera parecerle. Ya había perdido casi todos los miedos: estaba dispuesta a cruzar cualquier tipo de línea con tal de sobrevivir.

—No voy a llevarte. —Hizo rotar los hombros una vez—. Esta es mi casa; la corte que hay abajo es mi… mi ocupación, como la llaman ustedes los mortales. No me gusta que se superpongan.

A mí se me levantaron las cejas.

—«¿Ustedes, los mortales?»

La luz de las estrellas le bailó sobre la cara.

—¿Tengo que considerarte otra cosa?

Un desafío. Empujé a un costado mi enojo; me irritaba la diversión que veía en las comisuras de esos labios. Dije:

—¿Y los otros habitantes de tu corte? —La Corte Noche era un territorio enorme…, más grande que cualquiera de las otras cortes de Prythian. Y alrededor de nosotros, se veían solamente las montañas vacías, cubiertas de nieve. Ninguna señal de ciudades, pueblos ni ninguna otra cosa.

—Por ahí, viviendo como quieren. Tú también puedes ir adonde quieras.

—Quiero irme a casa.

Rhys se rio y caminó hacia el otro extremo del salón que terminaba en una terraza abierta a las estrellas.

—Estoy dispuesto a aceptar tu agradecimiento en cualquier momento, ya lo sabes —me dijo sin mirar atrás.

Una explosión roja frente a mí; de pronto, no conseguía respirar con suficiente rapidez, no conseguía *pensar* por encima del rugido que me ardía en la cabeza. En un instante estaba mirándolo fijo, en el siguiente, tenía un zapato en la mano.

Se lo tiré con todas mis fuerzas.

Todas mis fuerzas y eran fuerzas considerables, fuerzas de inmortal.

Apenas si vi la sandalia de seda cuando voló atravesando el aire, rápida como una estrella fugaz, tan rápida que ni un alto lord hubiera podido detectarla…

Lo golpeé directamente en la cabeza.

Rhys giró en redondo, tenía una mano levantada en la parte posterior de la cabeza, los ojos muy abiertos.

Yo ya tenía el otro zapato en la mano.

El labio de Rhys se despegó de sus dientes.

—*A ver si te atreves*. —Temperamento…, tenía que estar en algún tipo de humor raro ese día para dejar que se le viera así el temperamento.

Bien. Éramos dos entonces.

Le tiré el zapato directamente a la cabeza, con tanta velocidad y exactitud como el primero.

La mano de él se levantó en el aire y atrapó el zapato a centímetros de la cara.

Siseó y bajó el zapato y los ojos oscuros se encontraron con los míos mientras la seda se le disolvía en polvo negro, brillante, dentro del puño. Abrió los dedos y la última de las cenizas brillantes salió soplando hacia el olvido; él me miró la mano, el cuerpo, la cara.

—Interesante —murmuró y siguió su camino.

Pensé en hacerlo caer, en romperle la cara a golpes, pero no era estúpida. Estaba en su casa, sobre una montaña, en el medio de ninguna parte. Nadie vendría a rescatarme, nadie estaría ahí para oírme gritar.

Así que me di vuelta hacia el umbral que él había indicado y busqué la escalera.

Ya casi estaba llegando —respiraba sin mucho ruido, asustada— cuando una voz femenina, divertida y brillante, dijo detrás de mí…, desde lejos, desde el lugar adonde se hubo ido Rhys en el extremo opuesto del salón:

—Eso sí que salió bien…

El gruñido de Rhys como respuesta hizo que yo caminase más rápido.

La habitación era… un sueño.

Después de revisarla en busca de alguna señal de peligro, después de memorizar todas las salidas y las entradas y los lugares donde esconderme, hice una pausa en el centro para contemplar el lugar exacto en el que viviría durante la semana siguiente.

Como la habitación superior, esta tenía las ventanas abiertas al mundo brutal de afuera, sin vidrio, sin persianas, y unas cortinas simples color amatista se movían en la brisa suave, no natural. La cama era una cosa grande, suave en un color entre blanco y marfil, con almohadas y mantas y cobertores, todavía más atractiva bajo el brillo de las lámparas doradas gemelas que tenía a los costados. En una de las paredes había un armario y un escritorio, enmarcados por esas ventanas sin vidrio. Del otro lado, una cámara con un lavamanos de porcelana y un inodoro detrás de una puerta de madera, y la bañera…

La bañera.

Ocupaba la otra mitad de la habitación y en realidad era como una laguna que colgara de la montaña misma. Una laguna para que yo me mojara y disfrutara. La parte más lejana parecía desaparecer en la nada, el agua flotaba en silencio hacia el costado, hacia la nada misma. En la pared adyacente había un borde estrecho con velas cuyo brillo iluminaba la superficie oscura, brillante y los hilos temblorosos de vapor.

Abierta, aireada, suave y… tranquila.

Una habitación digna de una emperatriz. Con los suelos de mármol, las sedas, los terciopelos y los detalles de elegancia, solamente una emperatriz podría haberse permitido algo semejante. Traté de no pensar en el aspecto de la habitación de Rhys… Si así era como trataba a sus invitados.

Invitada…, no prisionera.

Bueno, la habitación era una prueba.

No me preocupé por hacer una barricada en la puerta. Rhys podía entrar volando si se le daba la gana. Y yo lo había visto destrozar la mente de un inmortal sin parpadear siquiera. Dudaba de que un pedazo de madera pudiera dominar semejante poder.

Volví a mirar la habitación y el vestido de boda siseó sobre los suelos de mármol.

Me miré rápidamente.

Estás ridícula.

El calor me llenó las mejillas y el cuello.

Pero eso no era excusa para lo que había hecho Rhys. Aunque me hubiera… salvado —la palabra se me atragantó— de rechazar a Tamlin. De tener que explicarle…

Lentamente, me saqué los broches y los alfileres del pelo enrulado, los apilé sobre la cómoda. La imagen fue suficiente para hacer apretar los dientes, y los metí en un cajón vacío que cerré con tanta fuerza que hice temblar y crujir al espejo que había encima. Me froté la cabeza, dolorida por el peso de tantos rulos y adornos. Esa tarde, me había imaginado el momento en que Tamlin me los sacaría uno por uno, un beso por cada movimiento…, pero ahora…

Tragué saliva para contrarrestar el ardor en la garganta.

Rhys era la última de mis preocupaciones. Tamlin había visto la duda pero ¿había entendido que yo iba a decir que no? ¿Ianthe? Tenía que decírselo a él. Tenía que explicarle que no habría boda, por lo menos no por un tiempo. Tal vez esperaría a que apareciera el lazo de apareamiento, hasta que estuviera segura de que no había errores, de que yo…, de que yo me lo merecía.

Tal vez hasta que él también se hubiera enfrentado a las pesadillas que lo rodeaban. Hasta que hubiera aflojado un poco su deseo de dominio de las cosas. De mí. Aunque yo entendiera su necesidad de protegerme, su miedo a perderme… Tal vez, cuando volviera, debería explicarle las cosas.

Pero… lo habían visto tantos… Había tantos que me habían visto *dudar*…

Me tembló el labio inferior y empecé a desabotonarme el vestido, después me lo saqué por los hombros.

Lo dejé caer al suelo con un suspiro de seda y tul y cuentas, un souflé desinflado en el mármol, y di un paso largo para salir de él. Hasta la ropa interior era ridícula: pedacitos congelados de puntilla, para que Tamlin los admirara, él solo, y después los hiciera pedazos.

Me arranqué el vestido, lo metí en el armario a toda velocidad y cerré la puerta. Después me arranqué la ropa interior y la metí ahí dentro también.

Mi tatuaje se destacaba con fuerza junto a esa pila de seda y puntilla blanca. La respiración se me aceleró cada vez más. No me di cuenta de que estaba sollozando hasta que tomé la primera prenda que encontré en el armario —ropa para dormir, turquesa— y metí los pies en los pantalones largos hasta los tobillos, después la camisa de mangas cortas al tono por la cabeza, el borde hasta el ombligo. No me importaba que fuera la moda de la Corte Noche, no me importaba que fuera suave y tibia.

Me metí en esa cama grande, blanda, las sábanas suaves y agradables y apenas si conseguí respirar una vez con tranquilidad, suficiente para soplar las lámparas de los costados.

Pero cuando la oscuridad envolvió la habitación, se me desataron los sollozos…, jadeos grandes, terribles que atravesaban flotando la habitación hacia el exterior y

salían por las ventanas abiertas hacia la noche estrellada, besada por la nieve.

Rhys no estaba mintiendo cuando me dijo que tenía que acompañarlo en el desayuno.

Después del amanecer, aparecieron en la puerta las mismas inmortales que me habían servido en Bajo la Montaña; yo tal vez no habría reconocido a las gemelas lindas, de pelo negro si ellas no hubieran actuado como si ya me conocieran. Yo nunca las había visto de otra forma que como sombras, las caras siempre escondidas en una noche impenetrable. Pero ahí —o tal vez sin Amarantha—, eran totalmente corpóreas.

Nuala y Cerridwen, se llamaban, y yo me pregunté si me lo habrían dicho antes. Es que estaba tan mal en Bajo la Montaña que ni siquiera me había importado.

El golpe suave en la puerta me despertó con brusquedad, aunque no había dormido mucho durante la noche. Durante un instante, me pregunté por qué la cama era tanto más suave, por qué flotaban montañas a la distancia y no colinas y pastos de primavera… y después todo me volvió a la mente con violencia. Y con un dolor de cabeza infinito que me latía en la frente.

Después del segundo golpe, suave, paciente, seguido por una explicación en voz baja a través de la puerta sobre quiénes eran, salí de la cama para dejarlas entrar. Y después de un saludo miserable, incómodo, me informaron que el desayuno se serviría en treinta minutos y que tenía que bañarme y vestirme.

No me preocupé por saber si Rhys había dado esa orden o si era una recomendación de ellas por mi aspecto demacrado, pero pusieron varias prendas sobre la cama y me dejaron lavarme en privado.

Me sentí tentada a quedarme mucho tiempo en el calor de la bañera, por el resto del día tal vez, pero un *tirón* leve, infinitamente divertido, me sacudió la mente desde el dolor de cabeza. Conocía ese tirón: era el que me había llamado una vez en las horas que siguieron a la caída de Amarantha.

Metí el cuello en el agua, buscando el claro cielo de invierno, el viento feroz que golpeaba la nieve en los picos cercanos… No había signo de él, ningún sonido de alas agitadas. Pero volví a sentir el tirón en la mente, en las entrañas… una llamada. Como la campana para que venga un sirviente.

Maldije a Rhys con fuerza, me froté bien y me puse la ropa que me habían dejado.

Y ahora, mientras cruzaba hacia el nivel superior lleno de sol siguiendo la fuente de ese tirón insufrible —los zapatos de seda color magenta, casi silenciosos sobre el piso de piedra de luna—, hubiera querido arrancarme la ropa, aunque fuera solo porque pertenecía a ese lugar, a él.

Me había puesto pantalones de cintura alta, sueltos y ondulantes, bordeados en los tobillos por círculos de terciopelo color dorado brillante. Las largas mangas eran de gasa y también se afinaban en las muñecas y mientras caminaba, se me veía el

ombligo, un pedacito plateado de piel entre la blusa y la cintura.

Cómodo, fácil de usar…, bueno para correr. Femenino. Exótico. Lo suficientemente fino como para que, a menos que Rhysand planeara atormentarme enviándome a las tierras desiertas del invierno, yo pudiera suponer que no iba a dejar las fronteras de la magia tibia que mantenía el palacio a esa temperatura perfecta.

Por lo menos el tatuaje, visible a través de la manga leve, no estaría fuera de lugar. Y la ropa… la ropa también era parte de la corte.

Y sin duda parte del juego que él pensaba jugar conmigo.

Al final del nivel superior, en el corazón de una terraza de piedra, brillaba una mesita de vidrio con vajilla de plata, cargada de fruta, jugos, dulces y carnes para el desayuno. Tres sillas alrededor. Y en una de esas sillas… Aunque Rhys estaba mirando el panorama amplio, las montañas nevadas, casi cegadoras bajo la luz del sol, yo sabía que sentía mi llegada desde el momento en que había dejado la escalera del otro lado del salón. Tal vez, si el tirón indicaba algo, era que me había despertado.

Me detuve entre los últimos dos pilares, estudiando al alto lord sentado a la mesa del desayuno y a la vista que él parecía estar admirando.

—No soy un perro para que llames así —dije como saludo.

Lentamente, Rhys se dio vuelta y miró sobre el hombro. Los ojos color violeta vibraban en la luz y yo cerré las manos en puños mientras él me recorría con ellos desde la cabeza a los dedos de los pies y otra vez hacia arriba. Frunció el ceño ante algo que faltaba.

—No quería que te perdieras —dijo con tranquilidad.

A mí me latía la cabeza y miré la tetera de plata, rodeada de vapor, en el centro de la mesa. Una taza de té…

—Pensé que en tu corte siempre era de noche —dije, sobre todo para no parecer desesperada por ese té, esa bebida dadora de vida a esa hora de la mañana.

—Somos una de las tres Cortes Solares —dijo él mientras hacía un gesto para invitarme a una silla, un movimiento lleno de gracia con la muñeca—. Nuestras noches son mucho más hermosas y nuestros amaneceres y atardeceres, exquisitos, pero adherimos a las leyes de la naturaleza.

Yo me deslicé hacia la silla tapizada que él tenía enfrente. La túnica que él llevaba puesta estaba desabotonada en el cuello y revelaba un fragmento de pecho bronceado.

—¿Y las otras cortes no lo hacen?

—La naturaleza de las Cortes Estacionales —dijo él— está ligada a sus altos lores, cuya magia y voluntad las mantiene siempre en eterna primavera, o invierno, otoño, verano. Siempre fue así… algún tipo de estancamiento. Raro. Pero las Cortes Solares, Día, Amanecer y Noche son de una… naturaleza más simbólica. Tal vez seamos poderosos, pero ni siquiera nosotros podemos alterar el sendero o la fuerza del sol. ¿Té?

La luz del sol bailó a lo largo de la curva de la tetera de plata. Hice un gesto moderado, un leve movimiento del mentón.

—Pero vas a descubrir —siguió Rhysand mientras me servía una taza— que nuestras noches son más espectaculares, tan espectaculares que, en mi territorio, algunos se despiertan al anochecer y se van a la cama al amanecer porque quieren vivir bajo la luz de las estrellas.

Eché un poquito de leche en el té y miré cómo se mezclaban la luz y la oscuridad dentro de la taza.

—¿Por qué está tan tibio aquí dentro cuando el invierno está en su peor momento afuera?

—Magia.

—Obviamente. —Levanté la cucharita del té y tomé un trago y casi suspiré por la onda de calor y sabor espeso, entero—. ¿Pero por qué?

Rhys miró el viento que azotaba los picos.

—Tú calientas una casa en invierno, ¿por qué no iba yo a calentar este lugar? Admito que no sé *por qué* mis predecesores construyeron un palacio apto para la Corte Verano en medio de una cadena de montañas que, como mucho, pueden llegar a tener un clima templado, pero ¿quién soy yo para cuestionarlos?

Tomé un poco más de té y el dolor de cabeza empezó a disminuir, así que me atreví a poner algo de fruta en el plato, tomándola de un bol de cristal que estaba sobre la mesa.

Él miró todos mis movimientos. Después dijo con tranquilidad:

—Bajaste de peso.

—Te gusta meterte en mi cabeza cada vez que se te ocurre —dije, atravesando un trozo de melón con el tenedor—. No veo por qué te sorprende.

La mirada de él no se iluminó aunque la sonrisa de siempre volvió a jugar en la boca sensual, sin duda su máscara favorita.

—Lo hago de vez en cuando solamente. Y no puedo evitarlo si *tú* envías cosas por el lazo.

Yo pensé en negarme a preguntar como había hecho la noche anterior pero…

—¿Cómo funciona… ese *lazo* que te permite *no mirar* dentro de mi cabeza?

Él tomó un trago de té.

—Piensa en el lazo del trato que hicimos como un puente entre los dos, y a cada lado hay una puerta que da a nuestras respectivas mentes. Un escudo. Mis talentos innatos me permiten atravesar los escudos metálicos de cualquiera que yo quiera, con ese puente o sin él… a menos que sean muy, muy fuertes o se hayan entrenado mucho para mantener los escudos levantados. Como humana, las puertas de tu mente estaban abiertas de par en par y yo pasaba por ellas caminando, era como un paseo. Ahora que eres Fae… —Los hombros se le encogieron—. A veces, sin saberlo, levantas el escudo, a veces, cuando la emoción es muy grande, el escudo se desvanece. Y a veces, cuando los escudos están abiertos, me gritas tus pensamientos a través del puente. A veces los oigo; a veces no.

Hice un gesto burlón y aferré con más fuerza el tenedor.

—¿Y cuál es la frecuencia con la que te me metes en mi mente cuando tengo los escudos bajos?

La diversión abandonó su cara por completo.

—Cuando no sé si tus pesadillas son amenazas reales o imaginarias. Cuando estás a punto de casarte y le pides a alguien que te salve. Solamente cuando dejas caer los escudos y esas cosas pasan volando sobre el puente sin que lo sepas. Y para contestar tus preguntas antes de que las hagas, sí. Incluso con los escudos en alto, podría atravesarlos si quisiera. Tú podrías entrenarte, claro… aprender cómo protegerte contra alguien como yo, incluso con el lazo que nos une, incluso con mis habilidades.

Ignoré la oferta. Aceptar hacer algo con él parecía demasiado permanente, era como resignarme al trato que habíamos hecho.

—¿Qué quieres de mí? Dijiste que me lo dirías hoy. Dime.

Rhys se reclinó en la silla, cruzó esos brazos poderosos que ni siquiera la ropa fina podía esconder.

—¿Esta semana? Quiero que aprendas a leer.

Capítulo 6

Rhysand se había burlado de mí una vez, me había preguntado mientras estábamos en Bajo la Montaña si obligarme a aprender a leer sería mi idea personal de una tortura.

—No, gracias —dije, aferrándome al cuchillo para no clavárselo en la cabeza.

—Vas a ser esposa de un alto lord —dijo Rhys—. Se espera que mantengas tu propia correspondencia, tal vez hasta que des algún discurso. Y el Caldero sabe qué él y Ianthe te enseñarán lo que crean apropiado para ti. Hacer el menú de las cenas oficiales, escribir cartas de agradecimiento para los regalos de boda, bordar frases dulces en las almohadas… Es una habilidad necesaria. Y ¿sabes qué? ¿Por qué no enseñarte lo de los escudos ya que estamos? Leer y protegerse… afortunadamente se pueden practicar al mismo tiempo.

—*Las dos* son habilidades necesarias —dejé escapar entre dientes—, pero tú no vas a enseñármelas.

—¿Y qué otra cosa vas a hacer contigo misma aquí, Feyre? ¿Pintar? ¿Cómo anda eso en estos días?

—¿Y a ti qué mierda te importa?

—Me sirve para ciertos propósitos que son cosa mía, por supuesto.

—¿Qué propósitos?

—Lo lamento, vas a tener que aceptar trabajar conmigo para saberlo.

Algo agudo se me clavó en la mano.

Había doblado el tenedor y lo había convertido en una bola de metal.

Cuando lo puse sobre la mesa, Rhys soltó una risita.

—Interesante.

—Eso ya lo dijiste anoche.

—¿No me está permitido decir una cosa dos veces?

—Eso no era lo que yo quería decir y tú lo sabes.

La mirada de él volvió a recorrerme, como si pudiera ver bajo la tela color durazno, a través de la piel, hasta el alma hecha pedazos que había dentro. Después, se desvió hacia el tenedor destruido.

—¿Alguien te dijo alguna vez que eres más bien fuerte dentro de los Fae?

—¿En serio?

—Interpreto eso como un no. —Se puso un pedacito de melón en la boca—. ¿Te probaste contra alguien?

—¿Por qué iba a ser más fuerte? —Ya era un desastre suficiente sin pasar por eso.

—Porque resucitaste y renaciste con los poderes combinados de siete altos lores. Si yo fuera tú, tendría curiosidad… querría saber qué más se transfirió en el proceso.

Se me heló la sangre.

—No se *transfirió* nada.

—Sería…, bueno, interesante. —Hizo una mueca cuando dijo esa palabra—. Si es que pasó algo.

—No pasó y no voy a aprender a leer ni a levantar escudos contigo.

—¿Por qué? ¿Para vengarte? Pensé que tú y yo habíamos dejado eso atrás en Bajo la Montaña.

—No me hagas recordar lo que me hiciste en Bajo la Montaña.

Rhys se quedó inmóvil.

Más inmóvil de lo que yo lo hubiera visto nunca, tan inmóvil como la muerte que brillaba ahora en esos ojos. Después el pecho empezó a movérsele más y más rápido.

A través de los pilares que se alzaban muy altos por encima de él, habría jurado que vi la sombra de unas alas enormes que se desplegaban.

Abrió la boca, se inclinó hacia delante y después se detuvo. Instantáneamente, las sombras, la respiración jadeante, la intensidad desaparecieron, la mueca perezosa volvió a los labios.

—Tenemos compañía. Vamos a discutirlo más tarde.

—No. —Pero en ese momento sonaron pasos rápidos, leves en el salón y entonces, apareció ella.

Si Rhysand era el macho más hermoso que yo hubiera visto jamás, ella era su equivalente entre las hembras.

Llevaba el pelo dorado, brillante atado hacia atrás en una trenza informal y el color turquesa de la ropa, parecida a la mía en forma, destacaba la piel besada por el sol; esa Fae prácticamente emitía luz en el sol de la mañana.

—Hola, hola —gorjeó, los labios llenos abiertos en una sonrisa deslumbrante mientras los ojos profundos, marrones, se fijaban en mí.

—Feyre —dijo Rhys con suavidad—, quiero que conozcas a mi prima, Morrigan; Mor, ella es la hermosa, la encantadora Feyre, siempre de mente tan abierta.

Pensé en tirarle el té a la cara, pero Mor caminó hacia mí y cada paso que daba era seguro y firme, lleno de gracia…, el paso de una persona que está bien en la tierra. Alegre pero alerta. Una persona que no necesita armas… o por lo menos no se molesta en llevarlas a la cintura.

—Oí hablar tanto de ti —dijo y yo me puse de pie y le tendí la mano en un gesto incómodo.

Ella la ignoró y me dio un abrazo que casi me quiebra los huesos. Olía a cítricos y a canela. Traté de relajar la dureza de mis propios músculos mientras ella se alejaba y sonreía con un gesto más bien travieso.

—Daba la sensación de que ya estabas llegándole demasiado a Rhys —dijo y se sentó en la silla que había entre nosotros—. Qué bueno que llegué. Aunque en realidad disfruto mucho ver cómo le clavas las pelotas en la pared.

Escondí la sonrisa que me subió a los labios.

—En…, encantada de conocerte.

—Mentirosa —dijo Mor mientras se servía té y cargaba el plato de fruta—. Tú no quieres tener nada que ver con nosotros, ¿no es cierto? Y el desgraciado de Rhys te tiene sentada aquí…

—Estás… estás alegre hoy, Mor —dijo Rhys.

Los ojos sorprendentes de Mor se elevaron hasta la cara de su primo.

—Perdóname por emocionarme cuando *por una vez* tengo compañía.

—Podrías estar atendiendo tus obligaciones —dijo él como para probarla. Yo cerré los labios con fuerza. Nunca había visto a Rhys… tan molesto.

—Necesito un descanso y tú me dijiste que viniera aquí cuando quisiera así que, ¿qué mejor momento que este, cuando traes a tu nueva amiga y por fin la puedo conocer?

Yo parpadeé y me di cuenta de dos cosas al mismo tiempo: una, de que ella realmente sentía lo que decía; dos, de que la voz que había oído la noche anterior era la de ella, esa voz que se había burlado de Rhys por nuestra discusión. *Eso sí que salió bien*, había dicho en tono burlón. Como si hubiera habido alguna otra alternativa, alguna posibilidad de un momento agradable que nos incluyera a mí y a él en el mismo lugar.

Ahora había un nuevo tenedor junto a mi plato y lo levanté para hundirlo en un trozo de melón.

—Ustedes dos no se parecen en nada —dije por fin.

—Mor es mi prima en una definición muy pero muy laxa —dijo él. Ella le hizo una mueca mientras devoraba trozos de tomate y queso pálido—. Pero crecimos juntos. Ella es lo único que me queda de mi familia.

No tuve el valor de preguntarle qué había pasado con los demás. O de recordarme el padre de quién era responsable por la falta de familia del alto lord de mi propia corte.

—Y como mi única pariente viva —siguió Rhys—, Mor cree que tiene derecho a entrar y salir de mi vida como la brisa, en el momento en que tenga ganas.

—Estás quejoso esta mañana… —dijo Mor y se puso dos pancitos dulces en el plato.

—No te vi en Bajo la Montaña. —Descubrí que estaba diciendo eso y que odiaba esas últimas tres palabras más que a nada en el mundo.

—Ah, es que no estuve ahí —dijo ella—. Estaba en…

—Suficiente —dijo él, la voz entrelazada con un trueno distante.

Me costó mucho no acomodarme a estudiarlos frente a esa interrupción, no observarlos más de cerca.

Rhysand puso la servilleta sobre la mesa y se puso de pie.

—Mor va a estar aquí el resto de la semana, pero, por favor, no pienses que tienes obligación de honrarla con tu presencia. —Mor le sacó la lengua. Él puso los ojos en blanco, el gesto más humano que yo le hubiera visto hacer. Examinó mi plato—. ¿Ya comiste suficiente? —Asentí—. Bien. Entonces, vamos. —Inclinó la cabeza hacia los pilares y las cortinas que se movían detrás de él—. Te espera tu primera lección.

Mor cortó uno de los pancitos en dos en un movimiento rápido del cuchillo. El ángulo de los dedos, la muñeca, confirmaron mis sospechas: no desconocía las armas.

—Si te hace enojar, Feyre, por favor, tíralo por el balcón más cercano.

Rhys le hizo un gesto suave, sucio mientras se alejaba por el salón.

Me puse de pie cuando él estuvo bien lejos.

—Buen provecho.

—Cuando quieras compañía —dijo ella mientras yo daba la vuelta a la mesa—, pégame un grito. —Y probablemente eso era lo que quería, literalmente.

Asentí y me fui detrás del alto lord.

Acepté sentarme a la mesa larga de madera en una alcoba rodeada de cortinas solamente porque él tenía razón. No saber leer casi me había costado la vida en Bajo la Montaña. De ninguna manera iba a dejar que volviera a ser una debilidad para mí. Y en cuanto a los escudos… hubiera sido una tonta si no aceptaba la oferta de aprender de él. La idea de que alguien, sobre todo Rhys, revisara el desastre que yo tenía en la mente, de que alguien así sacara información sobre la Corte Primavera de ella, sobre los que yo amaba… no, no iba a permitirlo. No voluntariamente.

Pero eso no hacía que fuera más fácil tolerar la presencia de Rhysand en la mesa de madera. O los libros apilados encima.

—Conozco el alfabeto —dije, la voz más aguda, mientras él me ponía un pedazo de papel frente a los ojos—. No soy tan estúpida. —Me retorcí los dedos sobre la

falda, después apreté las manos inquietas entre los muslos.

—Yo no dije que fueras estúpida —dijo él—. Estoy tratando de determinar dónde empezar, eso es todo. —Me recliné sobre los almohadones del asiento—. Ya que te niegas a decirme nada de lo que ya sabes.

Se me calentó la cara.

—¿No puedes pagarle a un tutor?

Él levantó una ceja.

—¿Te cuesta tanto tratar de hacer esto delante de mí?

—Tú eres un alto lord… ¿No tienes mejores cosas que hacer?

—Claro que sí. Pero ninguna tan disfrutable como ver la manera en que te retuerces.

—Realmente eres un hijo de puta, ¿lo sabías?

Rhys ahogó una risita.

—Me dijeron cosas mucho peores. En realidad, creo que tú me insultaste más. —Golpeó con el dedo sobre el papel que tenía frente a sí—. Lee esto.

Un borrón de letras. Se me cerró la garganta.

—No puedo.

—Inténtalo.

La oración estaba escrita en una letra elegante, concisa. Su letra, sin duda. Traté de abrir la boca, pero se me cerró la mente.

—¿Cuál exactamente, te pregunto, es tu interés en todo esto? Dijiste que me lo dirías si yo trabajaba contigo.

—Pero no especifiqué *cuándo* te lo diría. —Me alejé de él mientras se me curvaba el labio. Él se encogió de hombros—. Tal vez siento rencor frente a la idea de que dejes que esos psicópatas y tontos enfermos de guerra de la Corte Primavera te hagan sentir inadecuada. Tal vez disfruto ver cómo te retuerces. O tal vez…

—Ya entendí.

Rhys resopló.

—Trata de leerlo, Feyre.

Hijo de puta. Le arranqué el papel, y estuve a punto de romperlo en dos. Miré la primera palabra, la hice sonar en la cabeza.

—Est… ás… —La siguiente la resolví con una combinación de pronunciación en silencio y lógica—. Muy…

—Bien —murmuró él.

—No te pedí tu aprobación.

Rhys soltó una risita.

—Pero… pero m… uy. —Me llevó más de lo que quería. La palabra siguiente era peor—. Del…, del…

Me resistí a mirarlo, las cejas arriba.

—Deliciosa —ronroneó él.

Se me volvieron a levantar las cejas. Leí las siguientes dos palabras, después

volví la cara como un látigo hacia él:

—*Estás muy pero muy deliciosa hoy, Feyre*. ¿¿Eso escribiste??

Él se reclinó en la silla. Cuando nuestras miradas se encontraron, unas garras filosas me acariciaron la mente y la voz de él me susurró dentro de ella:

—*Es verdad*.

Salté hacia atrás, la silla gruñó.

—¡Basta!

Pero las garras se hundieron de nuevo en mí y el cuerpo entero, el corazón, los pulmones, la *sangre* cedieron a ese roce, cayeron bajo su mando mientras él decía: *La moda de la Corte Noche te queda muy bien*.

Yo no conseguía moverme de mi asiento, ni siquiera conseguía parpadear.

Esto es lo que pasa cuando tienes los escudos bajos. Alguien con mi clase de poder podría entrar en tu mente, ver lo que quisiera y llevársela, usarla para sí mismo. O podrían destrozarla. Ahora estoy en el umbral de tu mente… pero si entrara más, no necesitaría más que medio pensamiento y borraría de un plumazo todo lo que eres, podría borrar tu verdadero yo.

Muy lejos, sentí el sudor que me bajaba por la sien.

Haces bien en tener miedo. Haces bien en tener miedo y deberías agradecer al Caldero maldito por los dioses que en los últimos tres meses no se haya tropezado contigo ninguno con mi tipo de don. Ahora sácame.

Yo no podía. Las garras estaban en todas partes… se me metían en cada pensamiento, en cada pedacito de mi yo. Él me empujó un poquito más.

Sá-ca-me.

Yo no sabía ni por dónde empezar. Empujé y me golpeé contra él, a ciegas, contra esas garras que estaban en todas partes, como si yo fuera alguien perdido en un círculo de espejos.

La risa de él, suave y baja, me llenaba la mente, los oídos. *Así, Feyre*.

De repente, un sendero diminuto se me abrió en la mente. La salida.

Me llevaría mucho tiempo destrabar todas las garras y empujar la masa de esa presencia por ese lugar estrecho. Si pudiera empujarla con agua…

Una onda. Una onda de yo, de *mí*, para lavarme, para sacármelo de encima…

No dejé que él viera mi plan mientras me convertía en una onda inmensa, con cresta, y lo golpeaba.

Las garras se soltaron… sin ganas. Como si él me estuviera dejando ganar ese round. Rhysand dijo solamente:

—Bien.

Los huesos, el aliento, la sangre, todo era mío de nuevo. Me dejé caer en la silla.

—Todavía no —dijo él—. Escudo. Bloquéame para que no pueda volver a entrar.

Yo ya quería irme, huir a un lugar tranquilo y dormir por un rato.

Garras en la capa exterior de mi mente, garras que me acariciaban…

Imaginé una pared de diamante, cerrada, firme, negra como la noche, de treinta

centímetros de ancho. Las garras se retrajeron un instante y después, la pared de diamante las partió en dos.

—Cerdo.

—Ah, definitivamente. Pero mírate… leíste toda esa frase, me sacaste a patadas de tu mente y levantaste el escudo. Excelente.

—No seas condescendiente conmigo.

—No lo soy. Estás leyendo a un nivel mucho mayor del que había pensado.

El ardor me volvió a las mejillas.

—Pero en realidad, soy analfabeta.

—En cuanto a eso, lo único que te falta es práctica, conocer la ortografía y más práctica. Podrías estar leyendo novelas para Nynsar. Y si sigues manejando los escudos, para entonces, vas a dejarme afuera del todo.

Nynsar. Sería el primero que celebrarían Tamlin y su corte en casi cincuenta años. Amarantha lo había prohibido por capricho junto con otras festividades menores pero adoradas que, según había decretado, eran *innecesarias*. Pero Nynsar estaba a meses de distancia.

—¿Es posible dejarte afuera por completo?

—No es probable pero ¿quién sabe hasta dónde llega tu poder? Sigue practicando y vamos a ver qué pasa.

—Pero voy a seguir atada a este trato en Nynsar, ¿eh?

Silencio.

Insistí.

—Después…, después de lo que pasó… —yo era incapaz de mencionar ningún dato específico sobre lo que había pasado en Bajo la Montaña, sobre lo que él me había hecho durante esa lucha con Amarantha, sobre lo que había hecho después…—, pensé que podíamos estar de acuerdo en que no te debo nada, y tú no me debes nada a mí.

La mirada de él no cedió ni un milímetro.

Seguí adelante, en llamas:

—¿No es suficiente que estemos todos en libertad? —Mostré el brazo tatuado sobre la mesa—. Al final, pensé que eras diferente, pensé que todo había sido una máscara, pero llevarme…, *tenerme aquí encerrada.*…

Sacudí la cabeza, porque no encontraba palabras lo bastante horrendas, inteligentes, para convencerlo de que anulara el trato.

Los ojos de él se oscurecieron.

—No soy tu enemigo, Feyre.

—Tamlin dice que sí. —Curvé los dedos de mi mano tatuada y los convertí en un puño—. Todo el mundo dice que sí.

—¿Pero qué piensas *tú*? —Él volvió a reclinarse en la silla pero tenía la cara seria.

—Que estás haciendo un muy buen trabajo para convencerme de que ellos tienen

razón.

—Mentira —ronroneó él—. ¿Alguna vez les dijiste algo a tus amigos? ¿Les contaste *lo que te hice* en Bajo la Montaña?

Así que ese comentario en el desayuno sí lo había herido.

—No quiero hablar de nada que tenga que ver con eso. Ni contigo ni con ellos.

—No, claro, es tanto más fácil fingir que no pasó nada y dejar que ellos te mimen.

—Yo *no* dejo que ellos me mimen.

—Ayer te tenían envuelta como a un regalo. Como si tú fueras la recompensa *de él*.

—¿Y?

—¿Y? —Un brillo de rabia, después nada.

—Estoy lista para que me lleves a casa —dije solamente.

—Donde vas a estar encerrada por el resto de tu vida, especialmente cuando empieces a soltar herederos. No puedo esperar a ver lo que va a hacer Ianthe con ellos cuando les ponga las manos encima.

—Se diría que no tienes una opinión muy alta de ella.

Algo frío le subió a los ojos de predador.

—No, no puedo decir que la tenga. —Señaló un pedazo de papel en blanco—. Empieza a copiar el alfabeto. Hasta que las letras sean perfectas. Y cada vez que termines una ronda, baja y levanta el escudo de tu mente. Hasta que se te convierta en una segunda naturaleza. Vuelvo en una hora.

—¿Qué?

—Copia-el-alfabeto-hasta…

—Oí lo que dijiste. —Hijo de puta. Hijo de puta. *Hijo de puta*.

—Entonces, ponte a trabajar. —Rhys se estiró y se puso de pie—. Y por lo menos ten la decencia de llamarme hijo de puta cuando tengas los escudos levantados.

Desapareció en una onda de oscuridad antes de que yo me diera cuenta de que había dejado caer mi pared de diamante.

Para cuando volvió, yo tenía la mente convertida en un charco.

Me pasé toda la hora siguiente haciendo lo que él me había ordenado, aunque temblaba a cada sonido que venía de la escalera cercana: pasos silenciosos de sirvientes, el ruido de sábanas sacudidas en el aire, alguien que tarareaba una melodía hermosa y ondulada. Y más allá, la charla de los pájaros que vivían en el calor no natural del palacio en la montaña o en los muchos cítricos del patio. Ninguna señal de ningún tormento. Ni siquiera un centinela para vigilarme. Hubiera podido decirse que tenía el lugar para mí sola.

Lo cual estaba bien, ya que muchas veces, en mis intentos para bajar y subir el escudo conseguía solamente que se me torciera, se me tensara o me doliera la cara.

—No está mal —dijo Rhys por encima de mi hombro.

Había aparecido unos momentos antes, a una distancia saludable, y si yo no hubiera sabido bien cómo eran las cosas, tal vez habría pensado que él no quería asustarme. Como si hubiera sabido algo sobre la vez en que Tamlin había aparecido de pronto detrás de mí y yo había sentido un pánico tan enorme que lo había sentado en el suelo con un golpe en el vientre. Yo había bloqueado eso… el horror en la cara de Tam, lo *fácil* que había sido desestabilizarlo así, la humillación que sentí cuando dejé que se viera con tanta claridad mi terror estúpido…

Rhys revisó las páginas que yo había escrito, las miró y marcó el progreso que había hecho.

Después, un crujido de garras dentro de mi mente…, pero rasparon solamente el diamante negro, brillante.

Arrojé lo que me quedaba de voluntad en esa pared mientras las garras la raspaban, buscando los puntos débiles…

—Bueno, bueno —ronroneó Rhysand y las garras retrocedieron—. Con suerte, voy a tener una buena noche, por fin voy a descansar si te las arreglas para mantener esa pared alzada mientras duermes.

Dejé caer el escudo, envié una palabra como un estallido por el puente de metal entre nosotros, y levanté las paredes de nuevo. Por detrás, la mente se me tambaleó como gelatina. Necesitaba dormir. Desesperadamente.

—Tal vez sea un hijo de puta pero mírate. Después de todo, quizá nos divirtamos algo con estas lecciones.

Seguí burlándome detrás de la espalda de Rhys mientras me mantenía a diez pasos de distancia de él y él me llevaba a través de los salones del edificio principal, las montañas enormes y el cielo de un azul candente, únicos testigos de nuestro paseo.

Estaba demasiado agotada como para preguntarle adónde íbamos ahora y él no se molestó en decírmelo mientras me llevaba arriba, arriba… hasta que entramos en una cámara redonda en la parte superior de una torre.

En el centro había una mesa circular de piedra negra y el fragmento más grande de pared de piedra gris estaba cubierto por un inmenso mapa de nuestro mundo. Lo habían marcado y llenado de banderas y alfileres por razones que no comprendí, pero mi mirada se desvió hacia las ventanas que salpicaban la habitación, tantas que el lugar parecía completamente expuesto, respirable. El hogar perfecto para un alto lord bendecido por un cuerpo con alas, supuse.

Rhys caminó hasta la mesa, donde había otro mapa abierto. Un mapa de Prythian… y de Hybern. Ahí estaban marcadas todas y cada una de las cortes, y las aldeas y las ciudades y los ríos y los pasos entre las montañas. Todas…, menos la Corte Noche.

El vasto territorio del norte estaba totalmente en blanco. Ni siquiera el dibujo de una cadena de montañas. Raro, seguramente parte de alguna estrategia extraña que yo

no comprendía.

Descubrí que Rhysand me miraba con atención… las cejas levantadas lo suficiente para hacer que yo cerrara la boca y no formulara ninguna pregunta.

—¿Nada que preguntar?

—No.

Una mueca felina le bailaba en los labios, pero movió la mandíbula hacia el mapa de la pared.

—¿Qué ves?

—Esto ¿es una forma de convencerme de que me dedique a las lecciones de lectura? —En realidad, no conseguía descifrar nada en esa escritura, solamente la forma de las cosas. Como el muro, la línea maciza que dividía nuestro mundo en dos.

—Dime qué ves.

—Un mundo dividido en dos.

—¿Y crees que debería seguir así?

Me di vuelta con violencia hacia él.

—Mi… —Me detuve antes de esa palabra. No debería haber admitido que tenía una familia, que me importaban…

—Tu familia humana —terminó Rhys— sufriría mucho si cayera el muro, ¿no es cierto? Tan cerca de la frontera… Si tienen suerte, van a tener que huir al otro lado del océano antes de que pase.

—*¿Y va a caer el muro?*

Rhysand no bajó la vista.

—Tal vez.

—¿Por qué?

—Porque la guerra está por empezar, Feyre.

Capítulo 7

La guerra.

La palabra me resonó adentro como una campana; se me congelaron las venas.

—No invadan —jadeé. Me pondría de rodillas para pedírselo. Me arrastraría si era necesario—. No invadan… por favor.

Rhys inclinó la cabeza a un costado, la boca se le tensó.

—Realmente me crees un monstruo, Feyre, después de todo lo que pasó…

—Por favor —jadeé—. Están indefensos, no tienen oportunidad…

—Yo no voy a invadir las tierras mortales —dijo él con demasiada calma.

Esperé que siguiera, agradecida por la habitación amplia, el aire brillante, mientras el suelo parecía desaparecer bajo mis pies.

—Levanta ese escudo, mierda —gruñó él.

Miré hacia adentro y vi que la pared invisible estaba baja de nuevo. Pero estaba tan cansada y si llegaba la guerra, si mi familia…

—Escudo. *Ahora*.

La orden cruda en esa voz, la voz del alto lord de la Corte Noche, me hizo obedecer al instante, y la mente exhausta construyó la pared ladrillo a ladrillo. Él habló de nuevo solamente cuando yo terminé de encorsetar mi mente una vez más; los ojos se le suavizaron casi imperceptiblemente.

—¿Pensaste que se terminaba con Amarantha?

—Tamlin no dijo… —¿Por qué iba a decirme? Pero había tantas patrullas, tantas reuniones a las que no me dejaban ir, tanta… tanta tensión. Él tenía que saber. Yo tenía que preguntarle…, saber por qué no me había dicho…

—Hace cientos de años el rey de Hybern planea una campaña para reclamar el mundo que queda al sur del muro —dijo Rhysand—. Amarantha fue un experimento…, una prueba de cuarenta y nueve años, para ver la facilidad con que podía caer un territorio y la duración de esa toma de poder en manos de uno de sus comandantes.

Para un inmortal, cuarenta y nueve años era nada. No debería sorprenderme de que los planes hubieran tardado mucho más que un siglo en desarrollarse.

—¿Va a atacar Prythian primero?

—Prythian —dijo Rhys y señaló el mapa de nuestra gran isla sobre la mesa— es lo único que queda entre el rey de Hybern y el continente. Quiere reclamar las tierras humanas aquí, tal vez tomar tierras inmortales también. Si alguien va a interceptar su flota de ataque antes de que llegue al continente, tenemos que ser nosotros.

Me deslicé sobre una de las sillas; las rodillas me temblaban tanto que apenas si conseguía mantenerme sentada.

—El rey va a intentar sacar a Prythian de su camino con la mayor rapidez posible —siguió Rhys—. Y en algún momento del proceso, va a derrumbar ese muro. Ya hay agujeros en él, aunque por suerte son lo bastante chicos como para no puedan pasar ejércitos enteros, no con suficiente rapidez. Lo que quieren es destruirlo por completo…, seguramente va a usar el pánico que genere eso para su beneficio.

Yo respiraba y cada bocanada de aire era como tragar vidrio.

—¿Cuándo…, cuándo va a atacar? —El muro se había mantenido de pie durante cinco siglos y sin embargo, esos malditos agujeros habían dejado pasar a las bestias Fae más horrendas, más hambrientas, y ellas se habían lanzado a atacar a los humanos. Sin ese muro, si Hybern iba a lanzar un asalto contra el reino humano… Deseé no haberme comido un desayuno tan grande.

—Esa es la cuestión —dijo él—. Y la razón por la que te traje aquí.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Él tenía la cara tranquila, pero marcada por el cansancio.

—No sé cuándo o dónde piensa atacar —siguió Rhys—. No sé quiénes van a ser sus aliados.

—¿Va a tener aliados en Prythian?

Un lento gesto de asentimiento.

—Cobardes que se agachan y se unen a él en lugar de volver a pelear contra sus ejércitos.

Hubiera jurado que había un rastro de oscuridad que se deslizaba por el suelo detrás de él.

—¿Tú…, tú peleaste en la Guerra?

Durante un momento, pensé que no iba a contestarme. Pero entonces, Rhys asintió.

—Yo era joven…, en nuestro sentido, por lo menos. Pero mi padre había enviado ayuda a la alianza de los inmortales y los humanos en el continente y yo lo convencí de que me dejara liderar una legión de soldados. —Se sentó en una silla junto a la mía, mirando al mapa con ojos vacíos—. Me enviaron al sur, justo donde la pelea fue más dura. La matanza fue… —Se mordió la parte interna de la mejilla—. No tengo interés en volver a ver una matanza de esa escala en toda mi vida.

Parpadeó como si quisiera sacarse los horrores de la mente.

—Pero no creo que el rey de Hybern vaya a empezar una guerra así, no al principio. Es demasiado inteligente para malgastar sus fuerzas aquí y darle al continente tiempo para prepararse mientras nosotros peleamos con él. Si hace un movimiento para destruir Prythian y acabar con el muro, lo va a hacer a través de la astucia, del engaño. Para debilitarnos. Amarantha fue la primera parte de ese plan. Ahora tenemos varios altos lores sin probar, cortes quebradas con altas sacerdotisas que dan vueltas alrededor del poder como lobos alrededor de un cuerpo muerto, y un pueblo que sabe lo indefenso que puede llegar a sentirse.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —dije, la voz débil, rasposa. No tenía sentido, ningún sentido, que él me revelara sus sospechas, sus miedos.

Y Ianthe… tal vez era ambiciosa pero era amiga de Tamlin. *Mi* amiga en cierto sentido. Tal vez la única aliada que podíamos tener contra las otras altas sacerdotisas, le gustara a Rhys o no…

—Te lo digo por dos razones —dijo él, la cara tan fría, tan calma que me puso todavía más nerviosa que las novedades que me contaba—. Una: tú… tú estás cerca de Tamlin. Él tiene hombres…, pero también tiene viejos lazos con Hybern…

—Él *nunca* ayudaría al rey…

Rhys levantó una mano en el aire.

—Yo quiero saber si Tamlin está dispuesto a pelear con nosotros. Si puede usar esas conexiones para nuestro beneficio. Como él y yo tenemos relaciones muy tensas, tú vas a tener el placer de ser nuestra mensajera…

—Él no me informa sobre esas cosas.

—Tal vez ya es tiempo de que lo haga. Tal vez ya es tiempo de que tú insistas. —Él examinó el mapa y yo le seguí la mirada. Ahí, en el muro de Prythian… y del otro lado, el territorio chico, vulnerable de los mortales. Se me secó la boca.

—¿Y cuál es la otra razón?

Rhys me miró de arriba abajo, sopesando, juzgando.

—Tú tienes un equipo de habilidades que yo necesito. Se dice por ahí que atrapaste a un Suriel.

—No fue tan difícil.

—Yo lo intenté y fallé. Dos veces. Pero ese es un debate para otro día. Vi cómo atrapaste al gusano Wyrm como a un conejo. —Le brillaron los ojos—. Necesito tu

ayuda. Necesito que uses esas habilidades tuyas para rastrear lo que estoy buscando.

—¿Y qué es lo que buscas? Sea lo que sea, está ligado a la lectura, a lo de los escudos, supongo.

—Lo vas a saber más tarde.

Yo no sabía para qué me había molestado en preguntar.

—Tiene que haber por lo menos una docena de cazadores y rastreadores con mayor experiencia y mayores habilidades que…

—Tal vez. Pero tú eres la única en la que confío.

Yo parpadeé.

—Podría traicionarte apenas tuviera ganas.

—Claro. Pero no vas a hacerlo. —Apreté los dientes y estaba por decir algo muy feo cuando él agregó—: Y después está el asunto de tus poderes.

—No tengo poderes. —Me salió con tanta rapidez que no hubo ninguna oportunidad de que no sonara a una negación.

Rhys cruzó las piernas.

—¿Ah, no? La fuerza, la velocidad… Si yo no supiera lo que sé, diría que tú y Tamlin están haciendo un buen trabajo con eso de fingir que tú eres normal. Que los poderes que estás mostrando no son las primeras indicaciones de que su heredero va a ser el hijo de un alto lord.

—¡Yo no soy un alto lord!

—No, pero te dimos vida los siete. Todos. Tu misma esencia está atada a nosotros, nació de nosotros. ¿Y si te dimos más de lo que pensábamos darte? —Otra vez, la mirada me pasó por el cuerpo—. ¿Y si pudieras estar a nuestro nivel…, tú sola, una alta lady?

—No hay altas ladies.

Las cejas de él se unieron arriba pero meneó la cabeza.

—De eso también podemos hablar más adelante. Pero sí, Feyre…, puede haber altas ladies. Y tal vez tú no seas una de ellas pero… ¿Y si fueras algo parecido? ¿Y si fueras capaz de manejar el poder de siete altos lores al mismo tiempo? ¿Y si fueras capaz de fundirte en la oscuridad, cambiar de forma, congelar una habitación entera, un ejército entero?

Me pareció que el viento del invierno en los picos cercanos aullaba como respuesta. Eso que yo sentía bajo la piel…

—¿Entiendes lo que podría significar eso en una guerra cercana? ¿Entiendes que podría destruirte si no aprendieras a controlarlo?

—Una, deja de hacer esas preguntas retóricas. Dos, no sabemos si tengo esos poderes…

—Sí que los tienes. Pero tienes que empezar a dominarlos. Aprender lo que heredaste de nosotros.

—Y supongo que tú eres el que va a enseñarme, ¿verdad? ¿Leer y usar el escudo no es suficiente?

—Mientras vengas conmigo a cazar lo que busco, sí.

Yo empecé a mover la cabeza.

—Tamlin no va a permitirlo.

—Tamlin no es tu guardián, y tú lo sabes.

—Él es mi alto lord… Yo soy solamente una entre sus súbditos.

—Tú *no eres súbdito de nadie*.

Yo me puse rígida cuando vi los dientes y las alas de humo que se sacudieron frente a mí.

—Lo voy a decir una vez, una sola —ronroneó Rhys mientras caminaba hasta el mapa de la pared—. Puedes ser un peón en un juego de ajedrez, ser la recompensa de alguien y pasar el resto de tu vida inmortal inclinándote y fingiendo que eres menos que él, que Ianthe, que cualquiera de nosotros. Si quieres elegir ese camino, de acuerdo. Una vergüenza, pero la elección es tuya. —La sombra de las alas volvió a ondear—. Pero yo te conozco, más de lo que crees, supongo, y no me creo ni por un minuto que quieras ser un trofeo bonito para alguien que se sentó sobre su propio culo y no hizo nada durante casi cincuenta años y después se sentó sobre su culo y no hizo nada mientras te partían en pedazos…

—Basta…

—O… —siguió él—, o tienes otra opción. Eres capaz de manejar cualquier poder que te hayamos dado y hacer que sirva. Puedes tener un rol en esta guerra. Porque la guerra va a llegar de un modo u otro, y no trates de engañarte pensando que cualquiera de los Fae se va a preocupar por tu familia del otro lado del muro cuando sus propios territorios van a ser el escenario de una carnicería.

Miré el mapa fijamente…, miré Prythian y miré también esa lonja de tierra en el sur de la isla.

—¿Quieres salvar el reino de los mortales? —preguntó él—. Entonces, conviértete en alguien a quien Prythian escuche. Conviértete en alguien vital para nosotros. Conviértete en un arma. Porque tal vez llegue el día en que solamente estés tú, Feyre, entre el rey de Hybern y tu familia humana. Y en ese momento, no vas a querer no estar preparada.

Levanté la vista y lo miré a los ojos, el aliento tenso, doloroso.

Como si no acabara de sacarme el mundo de debajo de los pies, Rhysand dijo:

—Piénsalo. Tómate la semana. Pregúntale a Tamlin si eso te permite dormir mejor. A ver qué tiene que decir al respecto la encantadora Ianthe. Pero es tu decisión…, tuya, de nadie más.

No volví a verlo por el resto de la semana. Ni a Mor.

Veía solamente a Nuala y a Cerridwen, que me daban de comer, me preparaban la cama y de vez en cuando me preguntaban cómo estaba.

La única evidencia de que Rhys seguía en ese edificio eran las copias en blanco

del alfabeto y las oraciones que tenía que escribir todos los días, cambiando palabras; y eran oraciones cada vez más desagradables:

Rhysand es el más hermoso de todos *los altos lores.*
Rhysand es el más delicioso de todos los *altos lores.*
Rhysand es el más astuto de todos los *altos lores.*

Todos los días, una oración miserable, con una palabra cambiada, una palabra con varios grados de arrogancia y vanidad. Y todos los días, un grupo simple de instrucciones: baja el escudo, sube el escudo; baja el escudo; sube el escudo. Una y otra y otra vez.

No me importaba la forma en que él sabía si yo le obedecía o no; me arrojé de cabeza a la práctica, a las lecciones, y bajé y subí y engrosé los escudos mentales. Aunque más no fuera porque no tenía ninguna otra cosa que hacer.

Mis pesadillas me dejaban confundida, sudorosa, pero la habitación era tan abierta, la luz de las estrellas tan brillante, que cuando me despertaba bruscamente, no corría hasta el baño. No había paredes que se me vinieran encima, no había una oscuridad espesa como la tinta. Sabía dónde estaba. Aunque no me gustara estar ahí.

El día anterior al final de la semana, iba hacia mi mesa haciendo ya la mueca contra las deliciosas oraciones que encontraría ahí y las acrobacias mentales que vendrían después, cuando flotaron hacia mí las voces de Rhys y Mor.

Era un espacio público, así que no me molesté en pisar con menos ruido mientras me acercaba al sitio en el que ellos conversaban, una de las áreas de descanso: Rhys, en movimiento constante, ida y vuelta por el borde que caía hacia el abismo; Mor, sentada en una silla color crema.

—Azriel querría saber eso —estaba diciendo Mor.

—Azriel se puede ir a la mierda —ladró Rhys—. Y de todos modos, seguramente ya lo sabe.

—La última vez jugamos y perdimos —dijo Mor con una seriedad que me hizo detenerme a una distancia saludable—. Mal. No podemos a hacer eso de nuevo.

—Deberías estar trabajando —fue la única respuesta de Rhys—. Te di el control por una razón, ya lo sabes.

La mandíbula de Mor se tensó y ella se dio vuelta y me miró. Me dedicó una sonrisa que era más bien una mueca.

Rhys se dio vuelta y frunció el ceño.

—Di lo que viniste a decir, Mor —dijo, tenso, mientras volvía a caminar de un lado a otro.

Mor puso los ojos en blanco, pero la cara siguió solemne cuando dijo:

—Hubo otro ataque…, en un templo en Cesere. Casi todas las sacerdotisas murieron, y los atacantes saquearon el tesoro.

Rhys se detuvo. Y yo no sabía qué procesar: las novedades que había traído ella o

la rabia profunda que expresó Rhys en una sola palabra.

—Quién.

—No sabemos —dijo Mor—. Las mismas huellas que la última vez: un grupo chico, cuerpos que mostraban señales de heridas de hojas filosas y largas y ninguna señal sobre la zona de origen del grupo ni sobre la forma en que desaparecieron. Ningún sobreviviente. Ni siquiera encontraron los cuerpos hasta un día más tarde, cuando llegó un grupo de peregrinos.

Por el Caldero. Seguramente hice algún ruidito, porque Mor me echó una mirada larga, tensa pero de comprensión.

Rhys, en cambio… Primero empezaron las sombras: plumas de oscuridad que le salían de la espalda.

Y entonces, como si su rabia hubiera soltado el dominio que tenía sobre esa bestia que una vez me había dicho que odiaba ser, las alas se convirtieron en cuerpo sólido.

Alas grandes, hermosas, brutales, membranosas, con garras como las de un murciélago, oscuras como la noche, fuertes como todo el infierno. Incluso la postura de su cuerpo estaba alterada, ahora era más firme, más atada a la tierra. Como si la última pieza de lo que él *era* se hubiera ubicado en su lugar. Pero la voz seguía siendo tan suave como la medianoche y con esa voz dijo:

—¿Qué dijo Azriel sobre el asunto?

Otra vez la mirada de Mor, como si estuviera insegura de la conveniencia de mi presencia en esa conversación, fuera la que fuese.

—Está furioso. Cassian, todavía más… está convencido de que es una de las bandas de guerra, los ilyrios que están fuera de control, que quieren ganar más territorio.

—Hay que pensarlo —musitó Rhys—. En los últimos años, algunos clanes ilyrios se inclinaron con alegría frente a Amarantha. Tratar de expandir sus fronteras podría ser la forma que tienen de probar los límites, ver cuánto pueden empujarme y salirse con la suya. —Yo odiaba el sonido de ese nombre y me concentré más en eso que en la información que él estaba dejándome entrever.

—Cassian y Az están esperando… —Mor se cortó y me hizo una mueca, como pidiéndome perdón—. Están esperando tus órdenes en el lugar de siempre.

Bien, todo estaba bien. Yo había visto el mapa en blanco en la pared. Era la novia de un enemigo. Incluso la mención del lugar donde estaban las tropas de la Corte Noche, lo que hacían, era peligrosa para ellos. Yo no tenía idea ni de dónde estaba Cesere ni de qué era ese sitio en realidad.

Rhys volvió a estudiar el aire libre, el viento fuerte que arrastraba nubes oscuras, hinchadas, sobre los picos distantes. Buen clima para volar, me di cuenta.

—Sería más fácil transportarse —dijo Mor, siguiendo la mirada del alto lord.

—Dile a esos hijos de puta que voy a estar ahí en unas horas —se limitó a decir él.

Mor me hizo una mueca preocupada y desapareció.

Estudié el espacio vacío en el que había estado ella; no, no había ni rastros de ella.

—¿Cómo hace eso…, cómo desaparece? —pregunté con suavidad. Eso lo había visto muy pocas veces. En algunos altos lores; nadie me lo había explicado.

Rhys no me miró pero dijo:

—¿Transportarse? Imagínalo como… dos puntos diferentes en una tela. Uno es el lugar donde estás. El otro, allá lejos en la tela es el lugar al que quieres ir. Transportarse es… como plegar la tela para que esos dos puntos queden uno junto al otro. La magia es la que dobla el mundo… lo único que hacemos nosotros es dar un paso para llegar de un lugar al otro. A veces es un paso largo y se siente la tela oscura del mundo cuando se pasa. Uno más corto, digamos de un lado de la habitación al otro, apenas si se registra. Es un don raro y muy útil. Solamente lo hacen los Fae más fuertes. Cuanto más poderoso eres, tanto más lejos eres capaz de saltar entre dos lugares.

Yo sabía que la explicación era tanto para mi beneficio como para distraerse. Pero de pronto, estaba diciendo:

—Lamento lo del templo… y las sacerdotisas.

La rabia seguía brillando en esos ojos cuando se volvió hacia mí.

—De todos modos, va a haber muchas otras muertes y muy pronto.

Tal vez esa era la razón por la que me había dejado acercarme, escuchar la conversación. Para recordarme lo que era posible que pasara con Hybern.

—¿Qué son…? —volví a intentarlo—: ¿Qué son las bandas de guerra de ilyrios?

—Hijos de puta arrogantes, eso es lo que son —musitó él.

Crucé los brazos y esperé.

Rhys estiró las alas, la luz del sol se asentó sobre esa textura como de cuero y brilló con un color sutil.

—Los ilyrios son una raza de guerreros; viven dentro de mis tierras. Y generalmente son una mierda y un problema.

—¿Algunos apoyaron a Amarantha?

La oscuridad bailó en el salón como si una tormenta estuviera creciendo a lo lejos y se acercara lo bastante como para tapar el sol.

—Algunos. Pero los míos y yo disfrutamos mucho de cazarlos y atraparlos en estos últimos meses. Disfrutamos mucho de acabar con ellos.

Lentamente, esa era la palabra que no necesitaba agregar.

—Por eso no estuviste por aquí… ¿Estabas ocupado en eso?

—Estaba ocupado en muchas cosas.

No era una respuesta. Pero daba la impresión de que él ya había acabado con esa conversación; de que encontrarse con Cassian y Azriel, fueran quienes fuesen, era más importante.

Ni siquiera me dijo adiós: caminó hacia el final de la terraza… y desapareció en el aire.

Se me paró el corazón pero antes de que pudiera gritar, él pasó volando rápido como el viento malvado entre los picos. Unos pocos movimientos de las alas y desapareció detrás de las nubes de tormenta.

—Hasta pronto a ti también —gruñí yo, haciéndole un gesto vulgar y empecé el trabajo del día; solo la tormenta que rugía junto a la casa me hizo compañía.

Mientras la nieve golpeaba la magia protectora de la habitación, mientras yo trabajaba en las oraciones —*Rhysand es interesante; Rhysand es maravilloso; Rhysand no tiene defectos*— y subía y bajaba el escudo hasta que sentí que tenía el alma lastimada, pensé y pensé en lo que había oído, en lo que ellos habían dicho frente a mí.

Me pregunté qué sabría Ianthe sobre los asesinatos, si conocería a alguna de las víctimas. Si sabría qué era Cesere. Si había ataques contra los templos, ella tenía que saberlo. Tamlin debería saberlo.

Esa última noche, casi no conseguí dormir, mitad por el alivio, mitad por el terror de que Rhysand tuviera una sorpresa final horrenda guardada para mí en alguna parte. Pero la noche y la tormenta pasaron y cuando vino el amanecer, me vestí antes de que acabase de salir el sol.

Había empezado a comer en mi habitación, pero subí las escaleras y atravesé el área abierta y enorme hacia la mesa en la terraza lejana.

Medio recostado en su silla de siempre, Rhysand tenía puestas las mismas ropas que el día anterior, el cuello de la parte superior desabotonado, la camisa tan arrugada como el pelo revuelto. Sin alas, por suerte. Me pregunté si acababa de volver del lugar donde se había encontrado con Mor y los otros, fuera donde fuese. Me pregunté qué sabía ahora.

—Ya pasó una semana —dije en lugar de saludarlo—. Llévame a casa.

Rhys tomó un trago largo de lo que tenía en la taza. No parecía té.

—Buenos días, Feyre.

—Llévame a casa.

Él estudió mi ropa dorada y verde azulada, una variación del atuendo de siempre. Si no tenía más remedio que admitirlo, la verdad es que la ropa no me molestaba.

—Ese color te queda bien.

—¿Quieres que te lo pida por favor? ¿Es eso?

—Quiero que me hables como a una persona. Empieza con «buenos días» y veamos adónde nos lleva eso.

—Buenos días.

Una sonrisa leve. Hijo de puta.

—¿Estás lista para enfrentar las consecuencias de tu partida?

Me enderecé. No había pensado en la boda. Toda la semana sí, pero ese día…, ese día solamente había pensado en Tamlin, en el deseo que sentía de verlo, de abrazarlo, de preguntarle sobre lo que había dicho Rhys. Durante los últimos días no había mostrado ninguna señal del poder que Rhysand creía que yo tenía, no había *sentido*

nada en movimiento debajo de la piel…, gracias al Caldero.

—No es problema tuyo.

—Correcto. Seguramente lo vas a ignorar de todos modos. Lo vas a barrer debajo de la alfombra, como haces con todo lo demás.

—Nadie te pidió tu opinión, Rhysand.

—¿Rhysand? —Soltó una risita baja y suave—. ¿Te doy una semana de lujo y me llamas Rhysand?

—Yo no pedí estar aquí; no pedí que me dieras esta semana.

—Y sin embargo, mírate. Hay algo de color en esa cara… y las marcas que tenías debajo de los ojos… no…, casi no las veo. A propósito, tu escudo mental es maravilloso.

—Por favor, llévame a casa.

Él se encogió de hombros y se levantó.

—Le voy a decir a Mor que te despediste.

—Casi no la vi en toda la semana. —Solamente esa primera entrevista; después, la conversación el día anterior. Habíamos intercambiado dos palabras.

—Ella estaba esperando una invitación…, no quería molestarte. Ojalá me hiciera a mí esa cortesía.

—Nadie me lo dijo. —No me importaba demasiado. Sin duda, Mor tendría cosas mejores que hacer.

—No preguntaste. ¿Y para qué molestarte? Mejor sentirse muy mal y estar sola. —Se me acercó; todos los pasos, llenos de gracia. El pelo definitivamente mal peinado, como si él hubiera estado pasándose las manos por la cabeza. O tal vez volando durante horas hasta el lugar secreto—. ¿Pensaste en mi oferta?

—Te contesto el mes que viene.

Él se detuvo muy cerca; la cara dorada, muy tensa.

—Te lo dije una vez y te lo vuelvo a decir —agregó—: No soy tu enemigo.

—Y yo te dije una vez y te lo vuelvo a decir. Eres enemigo *de Tamlin*. Así que supongo que eso te convierte en *mi* enemigo también.

—¿En serio?

—Libérame del trato y veamos.

—No puedo hacer eso.

—¿No puedes o no quieres?

Él me tendió la mano.

—¿Vamos?

Yo casi me lancé hacia la mano. Los dedos estaban frescos, firmes, con callos por portar armas que yo nunca le había visto.

La oscuridad nos tragó y fue instintivo aferrarme a él mientras el mundo se desvanecía bajo mis pies. Transportarse, claro… El viento me sacudió y el brazo de Rhys era un peso tibio, fuerte sobre la espalda mientras atravesábamos reinos; Rhys se burlaba de mi terror.

Después, suelo sólido, losas de cemento bajo los pies, un sol cegador arriba, verde, pajaritos que gorjeaban…

Lo aparté de un empujón, parpadeando por el brillo; vi el gran roble sobre los dos. Un roble al borde de los jardines formales…, *ah, casa*.

Hice un gesto para alejarme corriendo hacia la mansión, pero Rhys me tomó de la muñeca. Los ojos color violeta me miraron a mí primero, después a la mansión.

—Buena suerte —dijo, arrastrando las vocales.

—Sácame los dedos de encima.

Él rio y me soltó.

—Te veo el mes que viene —dijo y antes de que yo pudiera escupir, desapareció.

Encontré a Tamlin en el estudio; él, Lucien y otros dos centinelas estaban de pie alrededor de una mesa con un mapa en el medio.

Lucien fue el primero en darse vuelta hacia mí, que me había quedado de pie en el umbral; se calló sin terminar la oración. Y entonces, la cabeza de Tamlin se movió como un látigo, y él atravesó corriendo la habitación tan rápido que yo casi no tuve tiempo de respirar antes de que él me apretara con fuerza contra su cuerpo.

Murmuré su nombre; me ardía la garganta…

Y entonces, él me sostuvo a cierta distancia, los brazos tendidos, me estudió de arriba abajo.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Estoy bien —dije y noté el momento exacto en que él vio la ropa de la Corte Noche que yo llevaba puesta, el pedazo de piel expuesto en la cintura—. Nadie me tocó.

Pero él siguió mirándome la cara, el cuello. Y después me hizo rotar y me examinó la espalda, como si pudiera ver a través de la ropa. Yo me arranqué de sus manos.

—Dije que no me tocó nadie.

Él respiraba hondo, con ruido, los ojos salvajes.

—Estás bien —dijo. Y lo dijo otra vez. Y otra.

Mi corazón se rompió en dos y me estiré para tocarle la mejilla.

—Tamlin —murmuré. Lucien y los otros centinelas actuaron con sabiduría y se alejaron un poco. Mi amigo me miró al irse, y me soltó una sonrisa aliviada.

—Él es capaz de lastimarte de otras formas —gruñó Tamlin y cerró los ojos mientras yo le acariciaba la mejilla.

—Eso lo sé pero estoy bien. En serio —dije con toda la suavidad como pude. Y entonces, noté las paredes del estudio, las marcas de las garras. En todas partes. Y la mesa que estaban usando… era nueva—. Destruiste el estudio.

—Destruí la mitad de la casa —dijo él y se inclinó para apoyarme la frente en la cara—. Él te llevó con él, te robó…

—Y me dejó sola todo el tiempo.

Tamlin retrocedió, gruñendo.

—Seguramente para que bajaras la guardia. No tienes idea de los jueguitos que sabe organizar, ni idea de lo que es capaz de hacer…

—Sí —dije aunque sentía que estaba masticando ceniza—. Y la próxima vez, voy a ser cuidadosa.

—No va a haber otra vez.

Yo parpadeé.

—¿Encontraste una forma de terminar con esto? —O tal vez, la que lo había encontrado era Ianthe.

—No voy a dejarte ir.

—Él dijo que hay consecuencias si se quiebra un trato con la magia.

—A la mierda las consecuencias. —Pero yo lo oí como era: una amenaza vacía, y al mismo tiempo, oí lo mucho que lo estaba destrozando la situación. Eso era lo que él era: protector, defensor. No estaba bien que le pidiera que dejara de serlo…, que dejara de preocuparse por mí.

Me puse en puntas de pie y lo besé. Había tanto que quería preguntarle, pero no, más tarde…

—Vamos arriba —dije contra los labios de Tamlin y él me deslizó los brazos alrededor del cuerpo.

—Te extrañé —dijo entre besos—. Me volví loco.

Eso era lo único que yo necesitaba oír. Hasta que él dijo:

—Necesito hacerte unas preguntas…

Solté un sonido afirmativo, pero bajé la cabeza.

—Más tarde. —El cuerpo de él era tan tibio, tan duro contra el mío, el olor tan familiar…

Tamlin me tomó de la cintura, apretó la frente contra la mía.

—No… ahora —dijo y gruñó con suavidad mientras yo le deslizaba la lengua contra los dientes—. Mientras… —Se apartó un poco, arrancando la boca de la mía —. Mientras lo tengas fresco en el recuerdo.

Me congelé, una mano enredada en ese pelo dorado, la otra aferrada a la túnica, atrás.

—¿Qué?

Tamlin dio un paso atrás, meneó la cabeza como para aclarar el deseo que le embotaba los sentidos. Desde Amarantha no habíamos estado separados tanto tiempo, ¿y él quería apartarme para que yo le diera información sobre la Corte Noche?

—Tamlin.

Pero él me sostuvo una mano, los ojos sobre los míos mientras llamaba a Lucien.

En los momentos que tardó el emisario en aparecer, me acomodé la ropa, la parte superior torcida sobre el torso y me pasé los dedos por el pelo. Tamlin se limitó a caminar hasta el escritorio y se dejó caer en la silla mientras hacía un gesto para que

yo me sentara enfrente.

—Lo lamento —dijo con suavidad mientras volvían a oírse los pasos de Lucien —. Esto es por nuestro propio bien. Por nuestra seguridad.

Miré las paredes destrozadas, los muebles arrastrados y hechos pedazos. ¿Qué pesadillas había sufrido él tanto dormido como despierto mientras yo estaba lejos? ¿Cómo había sido imaginarme en manos de su enemigo, después de ver lo que me había hecho Amarantha?

—Entiendo —murmuré por fin—. Entiendo, Tamlin. —Por lo menos, estaba tratando de entender.

Acababa de deslizarme en la silla de respaldo bajo cuando Lucien entró por la puerta, y la cerró tras él.

—Me alegro de verte en una sola pieza, Feyre —dijo y tomó posesión de la silla que estaba junto a mí—. Pero me gustarías más sin esa ropa de la Corte Noche.

Tamlin estaba de acuerdo y lo hizo saber con un gruñido. Yo no dije nada. Sin embargo entendía, eso lo entendía bien, entendía por qué la ropa era una afrenta para ellos.

Los dos intercambiaron miradas; hablaron sin decir palabra como hacen quienes fueron compañeros durante siglos. Lucien asintió y se reclinó en la silla: iba a escuchar, a observar.

—Necesitamos que nos cuentes todo —dijo Tamlin—. La forma de la Corte Noche, a quién viste, qué armas y poderes hay ahí, qué hizo Rhys, con quién habló, todos los detalles que recuerdes.

—No sabía que era espía.

Lucien se movió en el asiento pero Tamlin dijo:

—A pesar de lo mucho que odio ese trato, lo cierto es que te da acceso a la Corte Noche. Ahí casi no entran extranjeros y cuando entran, no suelen salir en una sola pieza. Y hasta cuando están bien, en general tienen la memoria muy… revuelta. No sé qué esconde Rhys, pero sea lo que sea, no quiere que sepamos nada de eso.

Me pasó un escalofrío por la espalda.

—¿Por qué quieres saber? ¿Qué estás por hacer?

—Es vital para mí conocer los planes de mi enemigo, su estilo de vida. En cuanto a lo que vamos a hacer…, eso no está en discusión ahora. —Los ojos verdes se fijaron en mí—. Empecemos por cómo es el lugar. ¿Es verdad que está bajo una montaña?

—Esto se parece terriblemente a un interrogatorio.

Lucien jadeó pero se quedó callado.

Tamlin abrió las manos sobre el escritorio.

—Necesitamos saber, Feyre. ¿O… o es que no te acuerdas? —Le brillaron las garras en los nudillos.

—Me acuerdo de todo —dije—. Él no me tocó la mente. —Y antes de que él pudiera seguir preguntando, empecé a decirle lo que había visto.

Porque confío en ti, había dicho Rhysand. Y tal vez, tal vez me había revuelto la mente, tal vez lo había hecho con las lecciones del escudo, porque mientras describía cómo era la casa, las montañas alrededor, me sentía como en un baño de lodo y aceite. Él era realmente mi enemigo, me hacía cumplir mi lado de un trato que yo había hecho por desesperación solamente…

Seguí hablando, describí la habitación de la torre. Tamlin me preguntó sobre las figuras de los mapas, me hizo repetir una por una las palabras de Rhys, hasta que le mencioné lo que me había pesado en la mente durante toda la semana: los poderes que Rhys creía que yo poseía…, y los planes de Hybern. Le conté la conversación con Mor…, el templo saqueado (Cesere, me explicó Tamlin, era un lugar muy al norte en territorios de la Corte Noche, y uno de los pocos pueblos conocidos de esa zona) y le dije que Rhysand había mencionado a dos personas llamadas Cassian y Azriel. Las dos caras de mis amigos se tensaron cuando pronuncié esos nombres, pero ninguno me aclaró si los conocían ni qué sabían de ellos. Así que yo conté lo de los ilyrios, fueran lo que fuesen, y la forma en que Rhys había perseguido y matado a los traidores. Cuando terminé, Tamlin se quedó callado y Lucien zumbaba por las palabras que se moría por escupir.

—¿Crees que es posible que yo tenga esas habilidades? —dije, haciendo un esfuerzo por sostener su mirada.

—Es posible —dijo Tamlin con la voz muy tranquila—. Y si es verdad…

Lucien lo interrumpió.

—Si es verdad, ese es un poder por el que otros altos lores serían capaces de matar. —Me costó mucho no apretar las manos cuando el ojo de metal crujió como si quisiera detectar el poder que me pasaba por la sangre, fuera cual fuese ese poder—. Mi padre, por ejemplo, no sería feliz si supiera que le falta una gota de poder y que lo tiene la novia de Tamlin. Haría cualquier cosa para asegurarse de que no lo tengas, incluyendo matarte. Hay otros altos lores que estarían de acuerdo, te lo aseguro.

Dentro de mí, empezó a moverse la cosa.

—Yo jamás lo usaría contra nadie…

—La cuestión no es que lo usaras contra ellos; la cuestión es que tendrías un arma que, según ellos, no deberías tener —dijo Tamlin—. Y apenas se sepa, vas a tener un blanco pintado en la espalda.

—¿Tú lo sabías? —exigí saber. Lucien no quería mirarme a los ojos—. ¿Lo sospechabas?

—Esperaba que no fuera así —dijo Tamlin con cuidado—. Y ahora que Rhys sospecha… no se sabe qué puede llegar a hacer con la información…

—Quiere que yo me entrene. —Ah, no, yo no iba a mencionar lo del escudo mental…, no en ese momento. No era tan estúpida.

—Un entrenamiento llamaría demasiado la atención —dijo Tamlin—. *No hace falta* que te entrenes. Yo soy capaz de protegerte de cualquier cosa que venga a atacarte…

Porque había habido un momento en que él no había sido capaz. Un momento en que era vulnerable, y había visto cómo me torturaban hasta la muerte. Y no había detenido a Amarantha y ella…

Yo no iba a permitir otra Amarantha. No permitiría que el rey de Hybern trajera a sus bestias y secuaces, no iba a permitir que lastimara a nadie. Que me cazara a mí, a los míos. Que derrumbara el muro para herir a muchos del otro lado.

—Yo podría usar mis poderes contra Hybern.

—Eso, de ninguna manera —dijo Tamlin—. Sobre todo si va a haber una guerra contra Hybern.

—Rhys dice que la guerra es inevitable y que nos van a atacar con fuerza.

Lucien dijo, con la voz seca:

—Y Rhys lo sabe todo…

—No…, pero…, pero estaba preocupado. Cree que, en un conflicto, yo sería capaz de cambiar las cosas.

Tamlin flexionó los dedos…, contuvo las garras.

—No tienes entrenamiento ni en batalla ni en cuanto a las armas. Y aunque empezara a entrenarte hoy mismo, pasarían años hasta que pudieras defenderte sola en un campo de batalla inmortal. —Respiró hondo—. Así que a pesar de lo que él crea que eres capaz de hacer, Feyre, yo no voy a llevarte a ningún lugar que quede cerca de un campo de batalla. Sobre todo si eso significa revelar a tus enemigos los poderes que tienes, sean cuales fueren. Estarías luchando contra Hybern y tendrías enemigos que tienen amigos detrás.

—No me importa si…

—Pero *a mí sí* me importa —ladró Tamlin. Lucien soltó un suspiro—. *A mí* me importa si te mueres, si te hieren, si vas a estar en peligro cada instante por el resto de nuestras vidas. Así que no va a haber entrenamiento y vamos a mantener esto entre nosotros.

—Pero Hybern…

Lucien intervino con voz calma:

—Tal vez si la entrenamos en secreto…

—Demasiado riesgo, demasiadas variables —respondió Tamlin—. Y no va a haber conflicto con Hybern, no va a haber guerra.

Yo le ladré también:

—Eso es voluntarismo puro, Tamlin.

Lucien musitó algo que parecía una plegaria al Caldero.

Tamlin se endureció.

—Descríbeme otra vez la habitación con los mapas. —Fue su única respuesta.

Fin de la conversación. No habría debate.

Nos miramos fijo durante un momento y a mí se me retorció el estómago.

Él era el alto lord, *mi* alto lord. Era escudo y defensor de su pueblo. *Mi* escudo, *mi* defensor. Y si mantenerme a salvo significaba que su pueblo seguiría teniendo

esperanza, construiría una nueva vida, y él también podía hacer lo mismo… tal vez yo podía hacer el esfuerzo de decirle que sí en esta única cosa.

Sí, podía.

Tú no eres súbdito de nadie.

Tal vez Rhysand sí me había alterado la mente, después de todo.

La idea fue suficiente empujón: empecé a darles detalles de nuevo.

Capítulo 8

Una semana más tarde, el Diezmo.

Había pasado un día entero con Tamlin, un día para caminar por el parque y hacer el amor entre los pastos altos de un campo lleno de sol, para una cena privada y tranquila, antes de que lo llamaran a la frontera. No me dijo por qué se iba ni adónde. Solamente que yo tenía que quedarme en la casa y los jardines, que no debía salir y que los centinelas se quedarían conmigo en todo momento.

Así que me pasé la semana sola, despertándome en el medio de la noche porque se me daba vuelta el estómago y sollozaba en medio de mis pesadillas. Si había oído algo sobre la masacre de sus hermanas en el norte, Ianthe no me dijo nada sobre el asunto; la vi pocas veces. Y dado lo poco que me había gustado a mí que me forzaran a hablar de cosas que me dolían, opté por no volver a sacar el tema durante las horas en que ella me visitó y me ayudó a seleccionar la ropa, el arreglo del pelo, las joyas, para el Diezmo.

Cuando le pedí que me explicara qué tenía que hacer, se limitó a decirme que Tamlin se ocuparía de todo. Que yo mirara desde el costado, que lo observara todo.

Eso era fácil y, tal vez, un alivio que no se esperase que yo hablara o actuara de ninguna forma.

Pero fue un esfuerzo para mí no mirar el ojo tatuado en la palma de mi mano y no

recordar lo que me había ladrado Rhys.

Tamlin había vuelto la noche anterior con la única misión de presidir el Diezmo. Traté de no tomarlo como algo personal, no cuando él tenía tanto sobre sus hombros en ese momento. Aunque él no quisiera hablarme del tema y no me dijera nada más que lo que ya había dicho Ianthe.

Sentada junto a Tamlin sobre una tarima en el gran salón de la mansión, todo mármol y oro, toleré la interminable corriente de ojos, lágrimas, gratitud y bendiciones por lo que había hecho yo con Amarantha.

En su bata de siempre, la capucha color cielo, de pie cerca de las puertas, Ianthe ofrecía bendiciones a los que partían, consolaba a los que se derrumbaban en mi presencia, juraba que el mundo era un lugar mejor ahora, que el bien había ganado sobre el mal.

Veinte minutos después, yo estaba casi al borde de empezar a retorcerme, inquieta, en el sillón. Cuatro horas más tarde, dejé de oír lo que pasaba.

Siguieron llegando los emisarios que representaban a cada pueblo y a cada comunidad de la Corte Primavera, y llegaron los pagos en forma de oro o joyas o pollos o granos o ropa. No importaba lo que fuera siempre que pagaran lo que debían. Lucien se había colocado al pie de la tarima, y tasaba todo, armado hasta los dientes como los otros centinelas estacionados a lo largo del salón. La «recepción», la había llamado Lucien, pero a mí me parecía muchísimo una sala de trono. Me pregunté si él la habría llamado así porque las otras palabras…

El problema era que yo había pasado demasiado tiempo en otra sala de trono. Y también Tamlin.

Y no me había sentado en la tarima con él; había estado arrodillada, más abajo. En aquel momento, me había acercado a la tarima como lo hacía ahora la inmortal delgada, de piel gris, al frente de la línea interminable de Fae y de inmortales menores.

No llevaba ropa. Tenía el pelo largo, oscuro, sobre los senos firmes, altos; los ojos enormes eran totalmente negros. Como un charco estancado. Cuando se movía, le brillaba la luz de la tarde sobre la piel iridiscente.

La cara de Lucien se encendió de disgusto pero no hizo ningún comentario cuando la inmortal inferior bajó la cara delicada, puntiaguda y unió los dedos unidos por membranas sobre los senos.

—Os saludo, alto lord, como representante de las furias del agua —dijo, la voz rara y sibilante, los labios sensuales, llenos, y por debajo, dientes agudos como puntas de lanza, dientes en serrucho. Los ángulos agudos de la cara acentuaban los ojos negros como el carbón.

Yo ya había visto a las furias. En la laguna que quedaba al borde de la mansión. Había cinco que vivían entre los juncos y los lotos. Casi nunca se veía otra cosa que las cabezas brillantes que espiaban a través de la superficie cristalina; yo no sabía lo horribles que eran de cerca. Gracias al Caldero que no se me había ocurrido ir a nadar

a esa laguna. Tuve la sensación de que ella me hubiera tomado con esos dedos unidos, esas uñas puntiagudas y filosas y me hubiera arrastrado hacia el fondo antes de que yo consiguiera dar un grito.

—Bienvenida —dijo Tamlin. Cinco horas después del comienzo y parecía tan fresco como esa mañana.

Supongo que, ahora que tenía sus poderes completos, había pocas cosas que lo cansaran.

La representante de las furias del agua se le acercó, el pie con garras de color gris moteado. Lucien dio un paso para ponerse entre ella y Tamlin, un paso que parecía casual.

Por eso estaba ahí, junto a la tarima.

Apreté los dientes. ¿Quién creía que nos atacaría en nuestra casa, en nuestra tierra? ¿Cómo tenían miedo de eso si no estaban convencidos de que Hybern se preparaba para un ataque? Hasta Ianthe había detenido sus murmullos tranquilos en el otro extremo del salón para prestar atención.

Aparentemente, esta conversación era distinta de las anteriores.

—Señor, os ruego —estaba diciendo la inmortal y se inclinaba tanto que el pelo color tinta rozaba el mármol—, no hay peces en el lago.

La cara de Tamlin era como de granito.

—De todos modos, tenéis que pagar. —La corona que tenía sobre la cabeza brilló bajo la luz de la tarde. Trabajada con esmeraldas, zafiros y amatistas, representaba una guirnalda de flores primaverales tempranas, labrada en oro. Una de las cinco coronas que pertenecían a su línea de sangre.

La inmortal mostró las palmas de las manos pero Tamlin la interrumpió.

—No hay excepciones. Tenéis tres días para presentar lo que debéis…, de lo contrario, la próxima vez voy a duplicar el Diezmo.

Tuve que hacer un esfuerzo para no quedarme con la boca abierta frente a esa cara inconmovible, a esas palabras que no mostraban ninguna piedad. Ianthe hizo un gesto de asentimiento, un gesto que no estaba dirigido a nadie en particular.

Las furias del agua no tenían nada para comer… ¿Cómo era posible que él esperase que ella entregara comida *a él, al castillo*?

—Os lo ruego —susurró ella a través de los dientes afilados, la piel plateada, moteada y brillante y luego se puso a temblar—. En el lago no queda nada, nada…

Ningún cambio en la cara de Tamlin.

—Tenéis tres días…

—¡Pero no hay oro, no hay oro entre nosotras!

—No me interrumpáis —dijo él, severo. Desvié la vista; esa cara sin piedad me parecía intolerable.

Ella bajó la cabeza todavía más.

—Perdonadme, señor.

—Tenéis tres días para pagar o me traéis el doble el mes que viene —repitió él—.

Conocéis las consecuencias. —Hizo un gesto con la mano. La conversación se había terminado.

Después de una última mirada a Tamlin, una mirada sin esperanza, ella se dio vuelta y salió del salón. Mientras el inmortal siguiente, un fauno con piernas de carnero que llevaba lo que parecía una canasta de hongos, esperaba pacientemente a que lo invitaran a acercarse a la tarima, me doblé sobre mí misma y me incliné hacia Tamlin.

—No necesitamos una canasta de pescado —murmuré—. ¿Por qué hacerla sufrir así?

Él dirigió su mirada hacia el sitio en que Ianthe se apartaba para dejar pasar a la criatura, con una mano sobre las joyas del cinturón. Como si la hembra fuera a tratar de arrancársela para usarlas como pago. Tamlin frunció el ceño.

—No hay excepciones. Si hago una excepción, todos me piden lo mismo.

Me aferré a los apoyabrazos de la silla, un silloncito de roble junto al trono de él, un sillón gigante, adornado con rosas talladas.

—Pero *no lo necesitamos*. ¿Para qué queremos un vellocino de oro, o una jarra de mermelada? Si a ella no le quedan peces, tres días no van a cambiar nada. ¿Por qué obligarla a morirse de hambre? ¿Por qué no ayudarla a volver a llenar la laguna de peces?

Yo había pasado suficientes años con el estómago vacío y dolorido y me era imposible dejar pasar el tema, no ponerme a gritar por la injusticia.

Los ojos color esmeralda de Tamlin se suavizaron como si estuviera leyéndome los pensamientos pero dijo:

—Porque así son las cosas. Esa es la forma en que lo hizo mi padre y su padre antes que él y la forma en que va a hacerlo mi hijo. —Me ofreció una sonrisa y me buscó la mano—. Algún día.

Algún día. Si es que alguna vez nos casábamos. Si alguna vez conseguía convertirme en algo más que una molestia, un peso para él, para ellos; si los dos escapábamos de las sombras que nos perseguían como fantasmas. Por otra parte, no habíamos tocado el tema en absoluto. Por suerte, Ianthe tampoco había dicho una palabra.

—Pero podríamos ayudarla…, encontrar una forma de mantener la laguna, de sembrarla.

—Ya tenemos demasiado que hacer. A largo plazo no la va a ayudar que le demos limosnas.

Abrí la boca pero la cerré de nuevo inmediatamente. No era el momento del debate.

Así que, cuando él hacía un gesto al fauno para que se acercara, separé la mano de la suya y dije:

—Necesito un poco de aire. —Me levanté de la silla. No le di oportunidad de objetar; bajé de la tarima sin perder un instante. Traté de no notar a los tres centinelas

que envió Tamlin detrás de mí, de no notar la línea de emisarios que jadeaban y susurraban cuando crucé el salón.

Cuando pasé con rapidez junto a ella, Ianthe trató de detenerme pero yo la ignoré.

Me alejé de las puertas y caminé lo más rápido que pude, pasé junto a la línea de emisarios, bajé los escalones hacia el camino principal. En medio de las imágenes de los otros altos fae e inmortales inferiores, vi la forma de la furia que se alejaba hacia la laguna, alrededor de la casa. Caminaba despacio, secándose los ojos.

—Perdón —la llamé y la alcancé; los centinelas que me seguían guardaron una distancia respetuosa.

Ella se detuvo bajo la sombra de la casa, y se dio vuelta con una suavidad no natural. Evité el impulso de retroceder frente a esos ojos no terrenales, esos ojos que me devoraban. Apenas a unos pasos, los guardias nos vigilaban, las manos sobre la espada.

La nariz de ella consistía en dos ranuras; unas agallas delicadas se le movían bajo las orejas.

Ella inclinó la cabeza con levedad. No era una reverencia completa porque yo no era nadie; era solamente un reconocimiento de que yo era la cosa con la que jugaba el alto lord.

—¿Sí? —siseó y le brillaron los dientes puntudos.

—¿Cuánto es el Diezmo que tenéis que pagar?

Mi corazón latía con fuerza cuando miré los dedos unidos por membranas y los dientes filosos como navajas. Tamlin me había dicho una vez que las furias del agua comían lo que tuvieran por delante. Y si no había peces…

—¿Cuánto oro quiere el Alto…, cuánto valen los peces en oro?

—Mucho más de lo que tenéis en el bolsillo.

—Entonces —dije y me solté el brazalete de rubíes y oro de la muñeca, el que me había dicho Ianthe que quedaba mejor con el color de la piel que la plata que yo había estado a punto de ponerme. Se lo ofrecí—. Tomad. —Antes de que ella pudiera tomarlo, me arranqué el collar de oro de la garganta y los diamantes de las orejas—. Y estos. —Y le tendí la mano, cargada de oro y joyas—. Dadle lo que debéis y compraos algo de comida —dije, tragando saliva, con los ojos muy abiertos. La aldea cercana tenía una feria chica que funcionaba por semana, un conjunto nuevo de vendedores que yo esperaba que floreciera. De alguna forma.

—¿Y qué pago vais a pedirnos?

—Nada. No es…, no es un trato. Tomadlo. —Le acerqué las manos—. Por favor.

Ella frunció el ceño frente a las joyas que me brillaban en las manos.

—¿No queréis nada a cambio?

—No. —Los inmortales de la fila nos miraban sin ninguna vergüenza—. Por favor, aceptadlas.

Con una mirada final, los dedos fríos, unidos rozaron los míos y tomaron las joyas que brillaban como la luz en el agua sobre esas manos extrañas.

—Gracias —dijo y esta vez me hizo una inclinación grande—. No olvidaré nunca vuestra generosidad. —La voz se deslizó sobre las palabras, y yo temblé otra vez frente a esos ojos negros que amenazaban con tragarme de cuerpo entero—. Y mis hermanas tampoco.

Volvió caminando hacia la mansión; las caras de los tres centinelas que me cuidaban estaban tensas, llenas de reproche.

Me senté a la mesa de la cena con Lucien y Tamlin. Ninguno de ellos dijo ni una sola palabra pero la mirada de Lucien saltaba de mí a Tamlin y después a su plato.

Después de diez minutos de silencio, apoyé el tenedor y le dije a Tamlin:

—¿Cuál es el problema?

Tamlin no dudó.

—Tú lo sabes.

Yo no contesté.

—Le diste tus joyas a la furia del agua. Joyas que *yo* te di.

—Tú tienes una casa entera llena de oro y joyas.

Lucien tomó aire con fuerza y soltó algo que sonó a:

—Aquí vamos.

—¿Por qué no iba a dárselas? —quise saber—. Esas cosas no significan nada para mí. Nunca usé la misma joya dos veces… ¿A quién le importa?

Los labios de Tamlin se afinaron.

—Porque, cuando te comportas así, estás socavando las leyes de esta corte. Porque así se hacen las cosas aquí y cuando le das a esa glotona inmortal el dinero que necesita para pagar, eso me hace… eso hace que toda mi corte parezca débil…

—No me hables así —dije y le mostré los dientes. Él golpeó la mano en la mesa, le brotaron las garras de los nudillos pero yo me incliné hacia adelante y puse las dos manos sobre la madera—. Todavía no tienes la menor idea de lo que fue para mí estar al borde del hambre durante meses y meses. Y puedes llamarla glotona si quieres pero yo tengo hermanas y me acuerdo muy bien de lo que sentía cuando volvía a casa sin comida. —Traté de calmar mi pecho agitado y, debajo de la piel, se me movió la fuerza que me ondulaba en los huesos—. Y sí, tal vez ella gaste todo ese dinero en tonterías, tal vez ella y sus hermanas no tengan autocontrol. Pero yo no voy a arriesgarme a dejarla morir de hambre por una regla ridícula que inventaron tus antepasados.

Lucien se aclaró la garganta.

—No lo hizo con mala intención, Tam.

—Yo ya sé que no lo hizo con mala intención —ladró él.

Lucien le sostuvo la mirada.

—Pasaron cosas peores, pueden pasar cosas peores. Cálmate.

Los ojos color esmeralda de Tamlin estaban llenos de ferocidad cuando le ladró a

Lucien:

—¿Yo te pedí una opinión?

Esas palabras, la *mirada* que Tamlin le dirigió a Lucien y la forma en que Lucien bajó la cabeza…, ah, mi rabia se convirtió en un río que me quemaba las venas. *Levanta la vista*, le rogué en silencio. *Dile algo. Él no tiene razón y nosotros sí*. La mandíbula de Lucien se tensó al máximo. La fuerza volvió a latir en mí, y rebasó, tocó a Lucien. *No te des por vencido.*…

Después, me fui.

Pero seguí ahí; seguía mirando a través de mis ojos, pero también miraba a medias a través de otro ángulo de la habitación, otro punto de vista, el de otra persona…

Me golpearon pensamientos, imágenes y recuerdos, un esquema de pensamiento y sentimiento que era viejo, inteligente, tan infinitamente triste y lleno de culpa, sin esperanza…

Después, volví, parpadeando, y no había pasado más que un latido, un instante desde que empecé a mirar a Lucien.

La cabeza de él.

Sí, yo había estado *dentro* de esa cabeza, me había deslizado a través de sus paredes mentales…

Me puse de pie, dejé la servilleta en la mesa con manos perfectamente firmes.

Sabía de dónde venía ese don. Se me subió la cena a la garganta, pero hice un esfuerzo y la obligué a volver a su lugar.

—No terminamos la comida —gruñó Tamlin.

—Ah, vamos, deja de ser tú mismo —le ladré y me fui.

Podría haber jurado que vi dos marcas de mis manos sobre la madera, bajo la servilleta. Recé porque ninguno de los dos lo notara.

Y que Lucien siguiera sin darse cuenta de la violación que yo acababa de cometer.

Capítulo 9

Caminé de un lado a otro por mi habitación. Tal vez había sido un error, tal vez esas marcas de quemadura ya estaban ahí antes. Tal vez no era cierto que yo hubiera conjurado al calor y las hubiera hecho con las manos. Tal vez no me había metido en la mente de Lucien como si me moviera de una habitación a otra.

Alis apareció enseguida, como siempre, y me ayudó a cambiarme para acostarme. Mientras me quedaba sentada frente a la cómoda y dejaba que ella me peinara, me encogí frente al reflejo. El color púrpura debajo de los ojos parecía permanente; la cara estaba muy pálida. Tenía hasta los labios un poco blancos; suspiré mientras cerraba los ojos.

—Le disteis vuestras joyas a una furia del agua —musitó Alis, y yo busqué su reflejo frente a mí, en el cristal. La piel marrón parecía cuero aplastado y los ojos oscuros brillaron un momento, después, ella volvió a fijarlos en mi cabello—. Las furias son muy retorcidas, resbalosas.

—Ella dijo que se morían de hambre, que no tenían comida —murmuré.

Alis trabajó con mucho cuidado para desenredar un mechón.

—En esa cola, no hay un solo inmortal que le hubiera dado su dinero. Nadie se hubiera atrevido. Demasiados murieron una muerte acuática por el hambre de esa especie. Un apetito insaciable…, esa es la maldición de las furias. Vuestras joyas no

van a durarles ni una semana.

Yo golpeé un poquito el pie contra el suelo.

—Pero… —siguió Alis y apoyó el cepillo para empezar a hacerme una trenza con todo el pelo. Los dedos largos, flacos me rozaron el cuero cabelludo—. Ella no va a olvidarse. Mientras viva, no importa lo que vos digáis, ella os debe algo. —Terminó la trenza y me palmeó el hombro—. En estos últimos cincuenta años hay demasiados inmortales que probaron el hambre. No penséis que esto no se va a saber por todas partes.

Ese, justamente, era mi mayor miedo.

Después de la medianoche dejé de esperar, caminé por los corredores silenciosos, oscuros y lo encontré en su estudio, solo esta vez.

Sobre la mesita entre los dos sillones, había una caja de madera adornada con un moño grande, rosado.

—Estaba por ir a verte —dijo él y levantó la cabeza y me revisó el cuerpo con los ojos para asegurarse de que yo estaba bien, de que no me pasaba nada—. Deberías estar durmiendo.

Yo cerré la puerta detrás de mí. Sabía que no iba a poder dormir, no con las palabras que nos habíamos gritado en los oídos.

—Tú también —dije, la voz tan tenue como la paz entre los dos—. Trabajas demasiado. —Crucé la habitación y me recliné sobre el sillón mirando el regalo mientras Tamlin me miraba a mí.

—¿Por qué crees que nunca quise ser alto lord? —dijo, levantándose del asiento y dando la vuelta al escritorio. Me besó la frente, la punta de la nariz, la boca—. Tantos papeles que llenar —me gruñó sobre los labios. Yo solté una risita pero él me apretó la boca contra el lugar desnudo entre el cuello y los hombros—. Lo lamento —murmuró y a mí me tembló la columna. Él me volvió a besar el cuello—. Lo lamento.

Le pasé una mano por el brazo.

—Tamlin —empecé.

—No debería haber dicho esas cosas —me jadeó él sobre la piel—. A ti y a Lucien. No quise decir nada de eso.

—Lo sé —dije y el cuerpo se le relajó junto al mío—. Lamento haberte gritado.

—Tenías todo el derecho —dijo él aunque desde un punto de vista técnico eso no era cierto—. Yo estaba equivocado.

Pero él había dicho una verdad: si hacía excepciones, otros inmortales pedirían el mismo tratamiento. Y lo que yo había hecho podía interpretarse como una manera de socavar su poder…

—Tal vez… —dije.

—No. Tú tenías razón. No sé lo que es pasar hambre, no sé nada de eso.

Retrocedí un poquito para inclinar la cabeza hacia el regalo que esperaba en la

mesa, más que dispuesta a dejar el tema en ese punto. Le sonreí, una sonrisa muy chiquita.

—¿Para mí?

Él me mordisqueó la oreja.

—Para ti. De mi parte. —Una disculpa.

Más liviana de lo que me había sentido en días, tiré de la cinta para abrir el moño y examiné la caja de madera clara. Tendría medio metro de alto y casi uno de largo, una manija de hierro sólido en la parte superior, ningún cartel o señal que indicara qué podía haber adentro. Ciertamente no era un vestido pero…

Por favor, una corona no.

No…, una corona o una diadema vendría en algo… en algo menos rústico.

Abrí el cierre de bronce y destapé la caja.

En realidad era peor que una corona.

Dentro de la caja había compartimentos chicos y grandes y medianos, todos llenos de pinceles y pinturas y carbonilla y hojas de papel. Un equipo portátil para pintar.

Rojo, la pintura roja dentro del frasco de vidrio…, tan brillante; el azul, tan deslumbrante como los ojos de la hembra inmortal a la que yo había masacrado…

—Pensé que tal vez quisieras llevártelo a los jardines. Mejor que todas esas bolsas que siempre estás cargando.

Los pinceles eran nuevos; la cerda, suave y limpia.

Mirar esa caja y lo que tenía adentro era como examinar un cadáver comido por los cuervos.

Traté de sonreír. Traté de llevar algo de brillo a los ojos.

Él dijo:

—No te gusta.

—No —conseguí decir—. No… es maravilloso. —Y lo era. Realmente lo era.

—Pensé que si volvías a pintar… —Yo esperé que él terminara.

No lo hizo.

La cara se me llenó de calor.

—¿Y tú? —pregunté con tranquilidad—. ¿El papeleo te ayuda en algo?

Me atreví a mirarlo a los ojos. Había rabia en ellos. Pero dijo:

—No estamos hablando de mí. Hablamos de ti…

Estudié la caja de nuevo.

—¿Alguna vez me vas a dejar ir donde yo quiera para pintar? ¿O voy a tener compañía también para eso?

Silencio.

Un no… y un sí, entonces.

Empecé a temblar pero, por mí, por *nosotros*, me obligué a decir:

—Mira, Tamlin… no puedo, no puedo vivir con guardias a mi alrededor día y noche, Tamlin. No puedo vivir con ese…, con ese ahogo. Déjame ayudarte, por favor,

con eso bastaría. Deja que trabaje contigo.

—Ya diste suficiente, Feyre.

—Eso ya lo sé. Pero… —Me enfrenté con él. Lo miré de frente…, todo el poder del alto lord de la Corte Primavera—. Soy más dura de matar ahora. Soy más rápida, más fuerte…

—Mi familia era más rápida y más fuerte que tú. Y los mataron con facilidad.

—*Entonces, cásate con alguien que sea capaz de aguantar esto*.

Él parpadeó, despacio. Después dijo con terrible suavidad:

—¿No quieres casarte conmigo?

Yo traté de no mirar el anillo en el dedo, la esmeralda.

—Claro que sí. *Claro que sí*. —Se me quebró la voz—. Pero tú, Tamlin… —Las paredes se precipitaron sobre mí. La quietud, los guardias, las miradas. Lo que acababa de ver en el Diezmo ese día—. Me estoy ahogando —me las arreglé para decir—. Me estoy *ahogando*, Tamlin. Y cuanto más haces esto, los guardias… Es como si me estuvieras sosteniendo la cabeza dentro del agua.

Nada en esos ojos, en esa cara.

Y entonces… entonces…

Grité y el instinto me dominó por completo cuando el poder estalló en la habitación.

Los muebles se partieron.

Y la caja de pinturas y pinceles y papel… estalló en cien pedazos, convertida en polvo y vidrio y madera.

Capítulo 10

En un instante, el estudio estaba intacto.

En el siguiente, un conjunto de astillas, un resto de habitación.

Nada me había tocado en el lugar en el que yo me había dejado caer al suelo, las manos sobre la cabeza.

Tamlin jadeaba, el sonido entrecortado, casi un sollozo.

Yo temblaba…, temblaba con tanta fuerza que pensé que se me iban a partir los huesos en pedazos, como se habían partido los muebles, pero…, me obligué a bajar los brazos y a mirarlo.

Había devastación en esa cara. Y dolor. Y miedo. Y pena.

Ningún pedazo de nada había caído alrededor de mí, como si él me hubiera protegido.

Tamlin dio un paso hacia mí, por encima de esa demarcación invisible.

Retrocedió como si hubiera tocado algo sólido.

—Feyre —dijo con voz ronca.

Volvió a intentarlo y la línea se mantuvo.

—Feyre, por favor —jadeó.

Y entonces me di cuenta de que esa línea, esa burbuja protectora…, no era de él…: provenía de mí.

De mí.

Un escudo. No solo un escudo mental…, uno físico.

No sabía de qué alto lord venía ese poder, quién controlaba el aire o el viento o algo semejante. Tal vez un lord de las Cortes Solares. No me importaba.

—Feyre —gruñó Tamlin por tercera vez, y empujó con la mano lo que parecía una pared invisible, curvada, de aire endurecido—. *Por favor, por favor*.

Esas palabras quebraron algo dentro de mí. Me quebraron y me abrieron.

Tal vez quebraron también ese escudo de viento sólido, porque la mano pasó a través de la burbuja.

Entonces él atravesó la línea entre el caos y el orden, entre el peligro y la seguridad.

Él se dejó caer de rodillas y me tomó la cara entre las manos.

—Perdona. Perdona.

Yo no conseguía dejar de temblar.

—Lo voy a intentar —jadeó—. Voy a tratar de mejorar. No quiero…, a veces no puedo controlarme. La rabia. Hoy fue… hoy fue malo. Con el Diezmo, con todo eso. Hoy… Por favor, olvidemos este día y sigamos adelante. Por favor.

No me resistí cuando él me pasó los brazos alrededor del cuerpo, me abrazó con fuerza suficiente como para que me empapara la tibieza de ese cuerpo poderoso. Me hundió la cara en el hombro y como si mi cuerpo fuera capaz de absorber las palabras, como si solamente fuera capaz de decirlo de la forma en que siempre habíamos sabido comunicarnos, piel contra piel, me dijo:

—Antes no conseguí salvarte. No te protegí de ellos. Y cuando dijiste eso…, eso de que yo te ahogaba… ¿Soy mejor de lo que fueron ellos?

Debería haberle dicho que sí, que sí, pero ya había hablado con el corazón. O lo que me quedaba de él. No dije nada.

—Voy a tratar de mejorar —dijo él de nuevo—. Por favor, dame tiempo. Para pasar… para pasar esto. Por favor.

¿Para pasar qué?, hubiera querido preguntarle yo. Pero las palabras me habían abandonado. Me di cuenta de que todavía no había vuelto a hablar.

Me di cuenta de que él estaba esperando una respuesta… me di cuenta de que yo no tenía nada que darle.

Así que le puse los brazos alrededor del cuerpo porque cuerpo contra cuerpo…, cuerpo contra cuerpo era lo único que podía decir.

Fue respuesta suficiente.

—Perdón —dijo él de nuevo. No dejó de decirlo durante cinco minutos.

Ya diste suficiente, Feyre.

Tal vez él tenía razón. Y tal vez, de todos modos, yo no tenía nada más que dar.

Miré sobre el hombro de él mientras lo abrazaba.

La pintura roja se había esparcido sobre la pared detrás de los dos. Y mientras yo la miraba deslizarse sobre los paneles de madera, pensé que esa pintura se parecía

mucho a la sangre.

Tamlin me pidió disculpas durante días. Me hizo el amor día y noche. Adoró mi cuerpo con las manos, la lengua, los dientes. Pero eso nunca había sido lo difícil entre nosotros. Tropezábamos con lo demás, eso era todo.

Cumplió con su palabra.

Había menos guardias cuando yo caminaba por el jardín. Quedaban algunos, pero ninguno se me acercaba mucho. Incluso fui a caminar al bosque sin escolta.

Aunque yo sabía que el personal de las caballerizas le había informado a él apenas yo salí de la casa… y apenas volví.

Tamlin nunca mencionó el escudo de viento sólido que yo había usado contra él. Y las cosas estaban tan bien que yo odiaba la idea de hablar del asunto.

Los días pasaron en un borrón. Tamlin estaba poco tiempo conmigo y no me contaba nada cuando volvía. Hacía tiempo que yo había dejado de pedirle respuestas. Un protector, eso es lo que era, eso sería siempre. Lo que *yo* había querido cuando tenía frío y era dura y me faltaba alegría; lo que necesitaba para derretir el hielo de los años amargos al borde de la muerte por hambre.

No tenía el valor de preguntarme qué quería, qué necesitaba ahora. De preguntarme en quién me había convertido.

Así que, con el ocio como única opción, pasé los días en la biblioteca. Practicaba lectura y escritura. Capa por capa, ladrillo por ladrillo, aumentaba el tamaño del escudo mental. A veces, intentaba convocar esa pared física de aire sólido. Saboreaba el silencio mientras la pared se me deslizaba dentro de las venas, de la cabeza.

Había días en que no hablaba con nadie. Ni siquiera con Alis.

Todas las noches me despertaba temblando y jadeando. Y me alegraba cuando Tamlin no estaba ahí para verlo. Cuando yo tampoco veía cómo el horror lo arrancaba de sus sueños, cómo el cuerpo se le cubría de sudor frío. O cómo cambiaba de forma y se convertía en la bestia y se quedaba despierto hasta el amanecer, dando vueltas por la propiedad en busca de amenazas. ¿Qué podía hacer yo para calmar esos miedos cuando yo era la fuente de tantos?

Pero cuando él volvió de un viaje largo de unas dos semanas después del Diezmo…, decidí tratar de hablarle, de conversar. Le debía un intento. Me lo debía a mí misma.

Él parecía tener la misma idea. Y por primera vez en un tiempo, las cosas parecían normales. O tan normales como podían ser.

Me desperté una mañana con el sonido de voces graves, profundas en el pasillo al que daba mi dormitorio. Cerré los ojos, volví a hacer un nido con la almohada y levanté las mantas. A pesar de nuestro revolcón matinal en las sábanas, me había

estado levantando tarde todos los días; a veces ni me preocupaba por salir de la cama hasta el almuerzo.

Un gruñido pasó a través de las paredes y yo abrí los ojos de nuevo.

—Fuera —advirtió Tamlin.

Hubo una respuesta tranquila…, en un volumen tan bajo que no la entendí, nada más allá del murmullo básico.

—Lo voy a decir una última vez…

Lo interrumpió esa voz y el vello se me erizó sobre los brazos. Estudié el tatuaje mientras hacía la cuenta. No…, no, hoy no debe ser el día, no podía haber llegado el momento con tanta rapidez.

Pateé las mantas, corrí hacia la puerta y, a mitad de camino, me di cuenta de que estaba desnuda. Gracias a Tamlin la ropa estaba destrozada y había volado hasta el otro extremo de la habitación y no había ninguna bata en los alrededores. Tomé una manta de una silla cercana y me la envolví alrededor del cuerpo antes de abrir la puerta un poquito.

Y sí, Tamlin y Rhysand estaban de pie uno frente al otro en el pasillo. Cuando oyó la puerta, Rhys se volvió hacia mí. La sonrisa que había tenido en los labios se extinguió.

—Feyre. —Los ojos pasaron sobre mí, estudiando los detalles—. ¿Qué pasa? ¿No hay comida por aquí últimamente?

—¿Qué? —preguntó Tamlin.

Los ojos color violeta estaban fríos. Rhys me tendió una mano.

—Vamos.

Tamlin estuvo sobre él en un instante y yo me encogí.

—*Fuera*. —Señaló la escalera—. Ella va cuando esté lista.

Rhysand se sacó una mota de polvo de la manga. Parte de mí admiraba el coraje que tenía que haber reunido para hacer algo así. Si hubiera tenido los dientes de Tamlin a centímetros de la garganta, yo hubiera gimoteado, aterrorizada.

Rhys me miró.

—No, no lo harías. Si la memoria no me engaña, la última vez que tuviste los dientes de Tamlin a centímetros del cuello le diste una cachetada.

Cerré los escudos —los había olvidado por completo— y le hice una mueca despectiva.

—*Cierra la boca* —dijo Tamlin y se puso entre los dos—. *Y vete*.

El alto lord aceptó dar un paso hacia las escaleras y deslizó las manos en los bolsillos.

—Realmente deberías inspeccionar a tu guardia. El Caldero sabe qué clase de cosa puede llegar a entrar aquí de paseo con tanta facilidad como yo. —Rhys se volvió hacia mí, la mirada, dura—. Ponte algo.

Yo le mostré los dientes mientras retrocedía hacia mi habitación. Tamlin me siguió, y cerró la puerta con tanta fuerza que se sacudieron los candeleros y las

esquirlas de luz temblaron sobre las paredes.

Dejé caer la manta y caminé hacia el armario del otro lado de la habitación; detrás de mí, el colchón gruñó cuando Tamlin se dejó caer en la cama.

—¿Cómo hizo para entrar? —pregunté mientras abría las puertas y revisaba la ropa hasta que encontré las prendas color turquesa, las de la Corte Noche; le había pedido a Alis que me las guardara. Sabía que ella quería quemarlas pero le dije que, si lo hacía, yo terminaría volviendo a casa con otras parecidas.

—No sé —dijo Tamlin. Me deslicé dentro de los pantalones, me volví y lo encontré pasándose una mano por el cabello. Sentí la mentira bajo esas palabras—. Él entra…, es parte de ese juego que le gusta, sea el que fuere.

Me pasé la blusa corta sobre la cabeza.

—Si viene la guerra, tal vez sea mejor que arreglemos las cosas con Rhysand. —No habíamos hablado de ese tema desde mi primer día de vuelta en la Corte Primavera. Busqué los zapatos de seda en el fondo del armario y me volví hacia él mientras me los ponía.

—Voy a empezar a arreglar las cosas cuando él te libere del trato.

—Tal vez él sostiene el trato para obligarte a escucharlo. —Caminé hacia el lugar en que esperaba él, sentado en la cama, los pantalones un poco más bajos en la cintura que el mes pasado.

—Feyre —dijo él y se estiró para tocarme, pero yo me alejé de él—. ¿Por qué quieres saber esas cosas? ¿No quieres recuperar un poco de paz? Te lo ganaste. Te lo *ganaste*. Yo bajé el número de centinelas; estuve tratando… tratando de ser mejor al respecto. Así que por favor, deja el resto en mis… —Respiró hondo para tranquilizarse—. Este no es el momento para esa conversación.

Nunca era el momento para *esa* conversación ni para *la otra*. Pero yo no lo dije. No tenía la energía necesaria y las palabras, todas las palabras murieron y se fueron volando. Así que memoricé las líneas de la cara de Tamlin y no luché cuando él me acercó hacia él y me sostuvo con fuerza contra su pecho.

Alguien tosió desde el pasillo y el cuerpo de Tamlin me aferró con mayor fuerza.

Pero yo ya había tenido demasiadas luchas y discusiones y volver a ese lugar abierto en la cima de una montaña… parecía mejor que esconderse en una biblioteca.

Me desprendí de él y Tamlin se quedó quieto mientras yo caminaba hacia el pasillo.

Rhys frunció el ceño cuando me vio. Pensé en gritarle algo feo pero habría requerido más fuego del que sentía en mí misma en ese momento, ni siquiera tenía fuego para que me importara lo que él estuviera pensando.

La cara de Rhys era imposible de leer cuando me tendió la mano.

Pero Tamlin apareció por atrás y la empujó para alejarla.

—Da por anulado este trato aquí, ahora y te doy lo que quieras. Lo que quieras…, lo que digas.

Se me detuvo el corazón.

—¿Estás totalmente loco?

Tamlin ni siquiera parpadeó en mi dirección.

Rhysand apenas levantó una ceja.

—Ya tengo todo lo que quiero. —Caminó alrededor de Tamlin como si él fuera un mueble y me tomó la mano. Antes de que yo pudiera despedirme, un viento negro nos levantó en el aire y ya no estábamos.

Capítulo 11

—¿Qué mierda pasó? —dijo Rhysand antes de que la Corte Noche hubiera aparecido del todo alrededor de nosotros.

—¿Por qué no miras dentro de mi cabeza y listo? —Pero, mientras lo decía, me di cuenta de que las palabras no tenían fuerza. No me preocupé por empujarlo; simplemente me separé de él.

Él me guiñó el ojo.

—No es divertido —dije. No sonreí.

—¿No hay zapato contra mí esta vez? —Yo casi veía las otras palabras en esos ojos. *Vamos. Juega conmigo*.

Me encaminé hacia las escaleras que llevaban a mi habitación.

—Toma el desayuno conmigo —dijo él.

Había una nota que me detuvo en esas palabras… Una nota de algo que, hubiera jurado yo, era desesperación. Preocupación.

Giré, la ropa suelta se me deslizó sobre los hombros, la cintura. No me había dado cuenta de lo flaca que estaba. Aunque las cosas se estuvieran deslizando despacio hacia la normalidad.

—¿No tienes otras cosas de qué ocuparte? —pregunté.

—Claro que sí —dijo él y se encogió de hombros—. Tengo tantas cosas de que

ocuparme que a veces me siento tentado a desatar el poder a través del mundo y borrar completamente lo que pasa. Empezar de cero. Comprarme algo de paz. —Sonrió y me hizo una reverencia hasta la cintura. Ni siquiera esa mención casual de su poder consiguió congelarme, hacerme pensar en él con miedo—. Pero para ti, siempre me hago tiempo.

Yo tenía hambre…, no había comido todavía. Y había preocupación, sí, había preocupación detrás de esa insoportable sonrisa de matón.

Así que le hice un gesto para que fuera delante de mí hacia la mesa de vidrio en el final del salón.

Caminamos manteniendo una distancia indiferente entre los dos. Cansancio. Era tal mi cansancio…

Cuando casi habíamos llegado, Rhys dijo:

—Sentí un tirón de miedo este mes a través de nuestro lindo lazo. ¿Pasó algo emocionante en la maravillosa Corte Primavera?

—No fue nada —dije. Porque había sido algo. Y *no* era asunto de él.

Le dirigí una mirada de costado y, ahora, lo que había en esos ojos era rabia, no preocupación.

Habría jurado que la montaña tembló como respuesta bajo nuestros pies.

—Si ya lo sabes —dije con frialdad—, ¿para qué me lo preguntas? —Me dejé caer en mi silla mientras él se deslizaba en la suya.

Él dijo con calma:

—Porque en estos días, lo único que oigo a través del lazo es la nada. Silencio. Incluso cuando levantas los escudos y la mayor parte de las veces, lo haces de una manera impresionante, tendría que poder *sentirte*. Y no. A veces, tiro del lazo solamente para asegurarme de que estás viva. —La oscuridad se reunió alrededor de su cuerpo—. Y después, un día, estoy en medio de una reunión importante y siento un estallido de terror a través del lazo. Y lo único que consigo son instantáneas de ti y de él…, y después nada. Otra vez silencio. Me gustaría saber qué fue esa interrupción.

Yo me serví algo de comida aunque en realidad ni siquiera miré lo que había sobre la mesa.

—Fue una pelea y no es asunto tuyo.

—¿Por eso que da la sensación de que la pena, la culpa y la rabia te están carcomiendo desde adentro, que te devoran viva bocado a bocado?

Yo no quería hablar del tema.

—Sal de mi cabeza.

—Oblígame. *Empújame*. Esta mañana bajaste el escudo… Cualquiera hubiera podido entrar caminando, sin ningún problema.

Yo le sostuve la mirada. Y la verdad era que… no me importaba. No me importaba lo que hervía dentro de mi cuerpo, no me importaba cómo había hecho yo para entrar dentro de la cabeza de Lucien con tanta facilidad como Rhys entraba en la mía, con escudos o sin ellos.

—¿Dónde está Mor? —pregunté.

Él se puso tenso y yo me preparé para que me empujara, me provocara pero él dijo:

—Se fue. Tiene deberes que atender. —Las sombras volvieron a rodearlo y yo me hundí en la comida—. ¿Entonces la boda sigue en pie?

Dejé de comer apenas lo suficiente como para murmurar:

—Sí.

—Esperaba una respuesta más parecida a «*No me hagas preguntas estúpidas si ya sabes las respuestas*» o mi favorita, «*Vete a la mierda*».

Yo me serví de un plato de bocaditos. Las manos de él estaban quietas sobre la mesa, un hilo de humo negro se le curvaba sobre los dedos. Como si tuviera espolones.

—¿Pensaste alguna vez en mi oferta?

No le contesté hasta que vacié el plato y empecé a servirme más.

—No voy a trabajar contigo.

Casi sentí la calma negra que se cernía sobre él.

—¿Y por qué te niegas a aceptarme, Feyre?

Empujé la fruta que tenía sobre el plato.

—No voy a ser parte de esta guerra que tú crees que está empezando. Dijiste que yo debería ser un arma, no un peón… y a mí me parece que las dos cosas son lo mismo. La única diferencia es quién empuña el arma.

—Yo quiero tu ayuda, no manipularte —ladró él.

Ese estallido de furia me hizo levantar la cabeza.

—Tú quieres mi ayuda porque eso enfurecería a Tamlin.

Le bailaron unas sombras alrededor de la cabeza, como si, en ese lugar, estuvieran tratando de formarse las alas.

—De acuerdo —jadeó—. Yo me cavé esa fosa en persona con lo que hice en Bajo la Montaña. Pero realmente necesito tu ayuda.

De nuevo, sentí las otras palabras que nadie dijo: *Pregúntame por qué, atácame con eso*.

Y de nuevo, yo no quise hacerlo. No tenía la energía necesaria.

Rhys dijo con voz tranquila:

—Fui prisionero en esa corte durante casi cincuenta años. Me torturaron y me golpearon y me violaron hasta que la única forma que tuve de no buscar una manera de terminar con todo fue repetirme quién era, a quién tenía que proteger. Por favor…, ayúdame a que eso no vuelva a pasar. Ayuda a Prythian.

Una parte lejana de mi corazón sangró, ardió de dolor cuando oí esas palabras, cuando vi cómo él se exponía, desnudo, ante mí.

Pero Tamlin había hecho algunas concesiones: había bajado la cantidad de guardias, me dejaba moverme por ahí con un poco más de libertad. Lo estaba intentando. Estábamos intentándolo los dos. Yo no debía poner en peligro todo eso.

Así que seguí comiendo.

Rhys no volvió a decir ni una palabra.

No me acerqué a él a la hora de la cena.

Ni me levanté para el desayuno.

Pero cuando emergí de mi habitación al mediodía del día siguiente, él estaba esperándome arriba, la sonrisa leve, divertida en los labios. Hizo un gesto hacia la mesa en la que había libros, papel y tinta.

—Copia estas oraciones —dijo despacio desde el otro lado de la mesa, entregándome un pedazo de papel.

Yo las miré y leí con toda claridad:

—«*Rhysand es una persona espectacular. Rhysand es el centro de mi mundo. Rhysand es el mejor amante que cualquier hembra pueda soñar*». —Bajé el papel, escribí tres oraciones y se lo entregué.

Un momento más tarde, las garras se me metieron en la mente.

Y rebotaron sin hacerme daño sobre un escudo de diamantes, negro, lleno de brillo.

Él parpadeó.

—Practicaste —dijo.

Me levanté de la mesa y me alejé.

—No tenía nada mejor que hacer.

Esa noche, me dejó una pila de libros en la puerta con una nota:

«*Tengo asuntos que atender en otra parte. La casa es tuya. Avísame si me necesitas*».

Pasaron los días…, y yo no nunca avisé nada.

Él volvió al final de la semana. Yo me había acostumbrado a ponerme en uno de los espacios chicos que daban a las montañas y casi me había leído un libro entero en ese sillón profundo y lleno de almohadones; lo había leído despacio mientras aprendía palabras nuevas. Pero el libro había llenado mi tiempo, me había hecho una compañía tranquila, constante, la compañía de esos personajes que no existían y no existirían nunca pero que, de alguna forma, me hacían sentir menos…, menos sola.

La mujer que le había tirado un hueso con forma de espada a Amarantha…, ah, yo no sabía dónde estaba esa mujer ahora. Tal vez había desaparecido el día en que le quebraron el cuello y la inmortalidad le llenó las venas.

Acababa de terminar un capítulo particularmente bueno, el antepenúltimo, sentía la tarde como un rayo de luz solar que se parecía a la manteca cuando Rhysand se

deslizó sobre dos de los sillones enormes, con dos platos iguales de comida entre las manos y los colocó en la mesa baja frente a mí.

—Ya que pareces más que decidida a adoptar una forma de vida sedentaria —dijo —, pensé que querrías dar un paso más y que yo te trajera la comida.

El estómago se me retorció por dentro, sí, tenía hambre así que bajé el libro y me lo puse sobre las rodillas.

—Gracias —dije.

Una risa corta.

—*¿Gracias?* No «*¿alto lord y sirviente al mismo tiempo?*». O «*¿no sé lo que quieres pero sea lo que sea métetelo por el culo, Rhysand?*». —Hizo sonar la lengua una vez—. Qué desilusión.

Yo acomodé el libro y tendí la mano para que él me diera el plato. Si quería, que se oyera hablar a sí mismo todo el día; yo quería comer. Ya.

Casi toqué con los dedos el borde del plato cuando el plato *se deslizó* fuera de mi alcance.

Volví a intentarlo. Una vez y un hilo del poder de Rhys me lo arrancó de nuevo.

—Dime qué tengo que hacer —dijo él—, dime qué tengo que hacer para ayudarte. —Mantenía el plato fuera de mi alcance. Habló de nuevo como si las palabras que soltaba afectaran el poder; se le curvaron espolones de humo entre los dedos y se le abrieron grandes alas de sombras sobre la espalda—. Hace meses y meses y sigues siendo un fantasma. ¿Allá no hay nadie que te pregunte qué mierda te pasa? ¿No le interesa a tu alto lord?

Claro que le interesaba. A Tamlin le interesaba mucho. Tal vez demasiado.

—Me está dando espacio para que yo lo solucione —dije con una rabia tal que casi no reconocí mi propia voz.

—Déjame ayudarte —susurró Rhys—. Si dejas que esto te destruya, la perra gana la partida.

Me pregunté si él no se habría estado diciendo lo mismo durante meses; me pregunté si, en la profundidad de la noche, él también tendría momentos en los que lo sofocaban los recuerdos.

La conversación se terminó en este instante.

—A la mierda con eso —me gritó él. Un latido de poder me acarició los dedos y entonces el libro se me cerró entre las manos. Clavé las uñas en el cuero y el papel pero no conseguí mantenerlo abierto.

Hijo de puta. Ese hijo de puta, ese arrogante, ese presumido.

Lentamente levanté los ojos y le busqué la mirada. Y sentí…, no mal humor sino una rabia congelada, brillante.

Casi *sentí* el hielo en la punta de los dedos, como un beso sobre las palmas. Y hubiera jurado que la helada que dominaba en mis manos congelaba el libro; después se lo lancé a la cabeza.

Él se protegió con rapidez, tanto que el libro rebotó y terminó en el suelo de

mármol detrás de mí.

—Muy bien —dijo Rhys, la respiración un poco inquieta todavía—. ¿Qué más tienes, Feyre?

El hielo se fundió en llamas y los dedos se me curvaron en fuego.

Y, en serio, el alto lord de la Corte Noche pareció aliviado a la vista de ese fuego, de la rabia que hacía que yo quisiera quemarlo todo.

Un sentimiento, por fin. Nada parecido a ese hueco frío, a ese silencio anterior.

Y la idea de volver a esa mansión con los centinelas y las patrullas y los secretos… Me volví a dejar caer en la silla. Congelada de nuevo.

—Cada vez que necesites que alguien juegue contigo —dijo Rhys, y empujó el plato hacia mí sobre un viento salpicado de estrellas—, ya sea durante la maravillosa semana que pasamos juntos o en otro momento, por favor, avísame.

No conseguí articular ninguna respuesta, agotada por ese momento de furia.

Y me di cuenta de que estaba en una caída libre, sin fondo a la vista. Hacía tiempo que estaba cayendo. Desde el instante en que había asesinado con un cuchillo a la joven Fae.

No levanté la vista hacia él mientras me devoraba la comida.

A la mañana siguiente, Tamlin estaba esperando a la sombra del enorme roble retorcido en el jardín.

Una expresión asesina le retorcía la cara, una expresión dirigida solamente hacia Rhys. Pero no hubo nada divertido en la sonrisa del alto lord de la Corte Noche cuando retrocedió y me dejó sola, solamente una mirada predadora, fría, astuta.

Tamlin me gruñó:

—Vete adentro.

Miré a los dos altos lores. Y cuando vi esa furia en la cara de Tamlin…, supe que ya no habría caminatas ni cabalgatas a solas por los jardines.

Rhys me dijo solamente:

—No lo aceptes.

Y después, ya no estaba.

—Estoy bien —le dije a Tamlin mientras él hundía los hombros, inclinaba la cabeza.

—Voy a encontrar una forma de terminar con esto —juró él.

Yo quería creerle. Sabía que él era capaz de cualquier cosa para conseguirlo.

Volvió a hacerme contar todos los detalles de lo que había visto en casa de Rhys. Todas las conversaciones, todas, hasta las más breves. Le conté todo, y cada palabra venía en un tono más bajo y era más monótona que la anterior.

Proteger, proteger, proteger…, yo veía la palabra en esos ojos, la sentía en cada empujón que dio dentro de mi cuerpo esa noche. Me habían separado de él una vez de la forma más permanente… no volvería a pasarnos.

A la mañana siguiente, los centinelas que me rodearon eran muchos otra vez.

Capítulo 12

Durante esa primera semana no me dejaron alejarme de la casa.

Alguna amenaza sin nombre había estallado en las tierras de la Corte, y Tamlin y Lucien fueron a encargarse de ella. Le pedí a mi amigo que me dijera qué era esa amenaza pero… Lucien me miraba como todas las veces en que él quería contarme pero se lo impedía la lealtad que le debía a Tamlin.

Mientras ellos no estaban, volvió Ianthe…, para hacerme compañía o protegerme, no sé.

Ella era la única a la que permitían entrar en la casa. Los muchos lores y ladies de la Corte Primavera se habían ido y también sus sirvientes personales. Me alegré de no tener que tropezarme con ellos mientras caminaba por los salones de la mansión o los jardines, me alegré de no tener que esforzarme por recordar sus nombres, sus historias personales, de no tener que tolerar los esfuerzos que hacían para no mirarme el tatuaje pero… sabía que a Tamlin le había gustado que estuvieran cerca. Sabía que algunos de ellos eran viejos amigos, sabía que a él le gustaba que la mansión estuviera llena de sonido, risa y charla. Yo había descubierto que todos se hablaban unos a otros como si fueran compañeros de entrenamiento. Palabras lindas que enmascaraban insultos filosos.

Me alegré por el silencio…, a pesar de que, después de un tiempo, empezó a

resultarme pesado, a pesar de que me fue llenando la cabeza hasta que no quedó nada dentro de ella, nada excepto… vacío.

La eternidad. ¿Esa iba a ser mi eternidad?

Todos los días quemé libros en una lectura feroz, historias sobre personas y lugares de los que ni siquiera había oído hablar. Quizás, ellos fueron lo único que me impidió caer en la desesperación total.

Tamlin volvió ocho días más tarde, me besó la frente con rapidez y me miró de arriba abajo, después dio media vuelta hacia el estudio. Donde Ianthe tenía noticias.

Noticias que yo no iba a oír.

Sola en el pasillo, mirando cómo la sacerdotisa de la capucha lo llevaba hacia las puertas dobles en el otro extremo, de pronto, un brillo rojo…

Se me tensó el cuerpo, el instinto rugió dentro de mí y me di vuelta…

No era Amarantha.

Lucien.

El pelo rojo era de él, no de ella. Yo estaba ahí, ahí, no en ese calabozo…

Los ojos de mi amigo —el de metal y el del cuerpo— estaban fijos en mis manos.

Y en las manos, me crecían las uñas, curvándose. No se convertían en espolones ni en sombras: eran garras… y ya antes me habían destrozado la ropa interior una y otra vez…

Basta basta basta basta…

Las garras obedecieron.

Desaparecieron en una voluta de sombra como cuando se sopla una vela.

La mirada de Lucien se dirigió a Tamlin y a Ianthe, que no sabían lo que estaba pasando y después inclinó la cabeza en silencio y me hizo un gesto para que yo lo siguiera.

Tomamos las escaleras hacia el segundo piso; los pasillos, desiertos. No miré las pinturas en las paredes. No miré a través de las ventanas hacia los jardines brillantes.

Pasamos la puerta de mi dormitorio, pasamos la puerta del suyo y entramos en un pequeño estudio del segundo piso, un estudio que casi no se usaba.

Me dejó entrar y cerró la puerta; después, se reclinó sobre el panel de madera.

—¿Hace cuánto que te aparecen esas garras? —me dijo con suavidad.

—Esta es la primera vez. —Mi voz me sonaba hueca y sorda en los oídos.

Lucien me revisó, el vestido fucsia vibrante que había seleccionado Ianthe esa mañana, la cara que no se molestaba en formar una expresión amable…

—No es mucho lo que puedo hacer —dijo con la voz ronca—. Pero le voy a pedir esta noche. Lo del entrenamiento. Los poderes se van a manifestar te entrenemos o no; no importa quién esté contigo. Se lo voy a pedir esta noche —repitió.

Pero claro, yo ya sabía cuál sería la respuesta.

Lucien no me detuvo cuando yo abrí la puerta contra la que él había estado reclinado. Me fui sin otra palabra. Dormí hasta la cena, me desperté para la comida, y cuando bajé, las voces alzadas de Tamlin, Ianthe y Lucien me hicieron volver a subir

los escalones.

—*Van a cazarla y a matarla* —le había siseado Ianthe a Lucien.

Lucien había respondido en un rugido:

—*Lo van a hacer de todos modos así que, ¿cuál es la diferencia?*

—*La diferencia* —había estallado Ianthe— *está en que ahora nosotros tenemos la ventaja de saber lo que pasa, y no va a ser Feyre sola la que se convierta en blanco por los dones robados a esos altos lores. Tus hijos* —le dijo entonces a Tamlin— *también van a tener esos poderes. Y va a haber otros altos lores que lo sepan. Y si no matan a Feyre inmediatamente, entonces tal vez se den cuenta de lo que pueden ganar si tienen hijos con ella.*

Se me encogió el estómago. Que pudieran robarme… y mantenerme prisionera para… usarme como yegua de cría. Pero no, no… ningún alto lord haría algo semejante…

—*Si hacen eso* —había replicado Lucien—, *ninguno de los otros altos lores lo va a tolerar. Se van a enfrentar a la furia de seis cortes. Nadie es tan estúpido.*

—*Rhysand es así de estúpido* —escupió Ianthe—. *Y con ese poder suyo, potencialmente, no sé, podría soportar un ataque de las seis cortes. Imagínate* —dijo, la voz más suave; sin duda se dirigía a Tamlin—, *tal vez un día no la devuelva. Tú oyes las mentiras envenenadas que le susurra al oído. Hay otras maneras de hacerlo* —agregó con veneno tranquilo—. *Tal vez no podamos enfrentarnos a él nosotros pero yo tengo amigos del otro lado del mar…*

—*No somos asesinos* —la había interrumpido Lucien—. *Rhys es lo que es pero ¿quién tomaría su lugar si…?*

Se me heló la sangre y habría jurado que de pronto, se me habían escarchado las puntas de los dedos.

Lucien siguió, el tono casi de ruego:

—*Tamlin, Tam, deja que se entrene, déjala manejar eso, que tenga una oportunidad si los otros altos lores vienen a buscarla…*

Hubo un silencio; Tamlin lo estaba pensando.

Empecé a mover los pies apenas oí la primera palabra en labios de Tamlin, apenas un gruñido:

—*No.*

Mientras seguía hacia el piso superior, oí el resto.

—*No les demos ninguna razón para sospechar que tal vez ella tenga ciertas habilidades. Y eso es imposible si la entrenamos. No me mires así, Lucien.*

Silencio otra vez.

Después un gruñido feroz y un temblor de magia que sacudió la casa entera.

La voz de Tamlin había sido baja, mortífera:

—*No insistas.*

Yo no quería saber lo que pasaba en esa habitación, lo que él le había hecho a Lucien, el aspecto que había tenido Lucien para provocar ese temblor, ese pulso.

Cerré la puerta con llave y no me molesté en cenar.

Esa noche Tamlin no me buscó. Me pregunté si él, Ianthe y Lucien seguían debatiendo mi futuro y las amenazas contra mí.

En la tarde siguiente, cuando finalmente salí de la cama, había centinelas frente a mi puerta.

Según ellos, Tamlin y Lucien ya estaban encerrados en el estudio. Sin los cortesanos de Tamlin por todas partes, la mansión estaba tan callada como yo cuando, vacía, sin nada que hacer, me encaminé a los senderos del jardín. Los había seguido tantas veces que me sorprendió que la tierra no hubiera quedado permanentemente marcada con mis huellas.

Lo único que sonaba en los pasillos brillantes eran mis pasos cuando pasé guardia tras guardia, todos armados hasta los dientes, todos concentrados en el esfuerzo de no quedarse con la boca abierta frente a mí. Nadie me habló. Hasta los sirvientes se quedaban en sus habitaciones a menos que salir fuera completamente necesario.

Tal vez yo me había vuelto demasiado indolente; tal vez mi pereza me hacía más débil frente a los estallidos. Tal vez alguno me había visto el día anterior, cualquiera habría podido hacerlo.

Y aunque nunca habíamos hablado del tema…, Ianthe lo sabía. Lo de los poderes. ¿Hacía cuánto que se había dado cuenta? La idea de que Tamlin se lo dijera me…

Las chinelas de seda crujieron sobre las escaleras de mármol, la cola de gasa de mi vestido se deslizó detrás de mí.

Tanto silencio. Demasiado silencio.

Necesitaba salir de esa casa. Necesitaba *hacer* algo. Si los aldeanos no querían mi ayuda, bueno. Haría otra cosa. Fuera la que fuese.

Estaba por girar hacia el pasillo que llevaba al estudio, decidida a preguntarle a Tamlin si había *alguna tarea*, *cualquiera*, que pudiera hacer, preparada para rogarle, cuando las puertas del estudio se abrieron de par en par y aparecieron Tamlin y Lucien, los dos armados hasta los dientes. Ni señales de Ianthe.

—¿Te vas tan pronto? —dije, quieta, esperando que ellos llegaran al vestíbulo.

Cuando se me acercaron, la cara de Tamlin era una máscara cubierta por una mueca.

—Hay actividad en la frontera oeste, la que da al mar. Tengo que irme. —La frontera más cercana a Hybern, pensé.

—¿Puedo ir contigo? —Nunca lo había preguntado así, de frente, pero…

Tamlin se detuvo. Lucien siguió caminando, atravesó las puertas principales de la casa, abiertas de par en par, incapaz de esconder el estremecimiento que le sacudía los hombros.

—Lo lamento —dijo Tamlin y se me acercó. Yo me alejé; no quería que me abrazara—. Es demasiado peligroso.

—Sé esconderme. Llévame contigo…

—No voy a arriesgarme a que nuestros enemigos te pongan las manos encima. —¿Qué enemigos? Dime, dime *algo*.

Miré por encima de su hombro, hacia el lugar en que se había detenido Lucien, en la grava, más allá de la entrada. No había caballos. Supuse que esa vez no los necesitaban: era obvio que eran más rápidos que ellos. Pero tal vez yo también pudiera seguirles el paso. Tal vez esperaría hasta que se fueran y…

—Ni siquiera lo pienses —me advirtió Tamlin.

La atención que yo le prestaba pasó instantáneamente a su cara.

Él gruñó:

—Ni siquiera pienses en seguirnos.

—Soy buena para pelear. —Lo intenté de nuevo. Una media verdad. Un deseo de supervivencia no era lo mismo que una habilidad entrenada—. Por favor.

Nunca había odiado más una palabra…

Él meneó la cabeza y cruzó el vestíbulo hacia la puerta principal.

Yo lo seguí, soltándole las siguientes palabras:

—Siempre va a haber *alguna* amenaza, Tamlin. Siempre va a haber un conflicto o enemigo, *algo* que me mantenga aquí.

Él se detuvo despacio, justo frente a las puertas abiertas de roble, restauradas con tanto cariño después de que los secuaces de Amarantha las convirtieran en astillas.

—Apenas si duermes de noche —dijo él con cuidado.

Yo le repliqué:

—Tú también.

Pero ahora él había vuelto a caminar.

—Apenas si consigues estar cerca de otras personas…

—Me lo *prometiste*. —Se me quebró la voz. Y no me importó pedirle, por favor, no me importó rogarle—. Necesito, necesito salir de esta casa.

—Haz que Bron te lleve con Ianthe a dar una vuelta a caballo…

—¡No quiero ir a dar una vuelta a caballo! —Abrí los brazos—. No quiero ir a dar una vuelta, no quiero ir a un pícnic, no quiero ir a buscar flores. Quiero *hacer* algo. Así que llévame contigo.

La chica que quería que la protegieran, que había deseado estabilidad y comodidad…, esa chica había muerto en Bajo la Montaña. Yo estaba muerta y no había habido nadie que me protegiera de esos horrores. Así que yo lo había hecho sola. Y no quería, no podía ceder la parte de mí que se había despertado y transformado en Bajo la Montaña. Tamlin tenía sus poderes, estaba entero de nuevo…, y se había convertido en el protector y proveedor que quería ser.

Pero yo ya no era la chica humana que necesitaba consuelo y cariño, que quería lujos y una vida fácil. No sabía cómo volver a desear esas cosas. Cómo ser dócil.

A Tamlin, le asomaron las garras.

—Aunque yo decidiera arriesgarme, tus habilidades sin entrenar hacen que tu

presencia sea un problema más que ninguna otra cosa.

Era como estar de pie mientras alguien me arrojaba piedras con tanta fuerza que sentí que me quebraba. Pero levanté el mentón y dije:

—Quieras o no, voy con ustedes.

—No. —Él salió caminando por la puerta, las garras tocaron el aire a los dos costados y estaba a mitad de camino de los escalones cuando yo llegué al umbral.

Y me golpeé contra una pared invisible.

Retrocedí tropezando, tratando de reordenar la mente, de digerir esa imposibilidad. Era idéntica a la que yo había construido en el estudio, y busqué entre los jirones de mi alma, mi corazón, una soga hacia ese escudo, preguntándome si tal vez yo me había bloqueado a mí misma pero no, en ese momento, no había ningún poder que emanara de mí.

Tendí una mano hacia el aire libre del umbral. Y encontré una resistencia sólida.

—Tamlin —jadeé.

Pero él ya estaba en el camino de entrada, caminando hacia los grandes portones de hierro. Lucien seguía en el pie de las escaleras, la cara tan, tan pálida.

—*Tamlin* —dije de nuevo empujando la pared.

Él no se dio vuelta.

Golpeé la barrera invisible con la mano. No hubo movimiento, nada excepto aire endurecido. Y yo no había aprendido lo suficiente sobre mis propios poderes para abrirme paso, para destruir eso… Y había dejado que Tamlin me convenciera de no entrenarme…, lo había hecho por él, por él…

—No te molestes —dijo Lucien con suavidad; Tamlin ya había llegado a los portones y estaba lejos…, se había transportado—. Hizo un escudo alrededor de toda la casa. Los demás pueden entrar y salir pero tú no. No hasta que él levante el escudo.

Me había encerrado ahí.

Volví a golpear el escudo. Otra vez.

Nada.

—Ten… ten paciencia, Feyre —dijo Lucien, haciendo una mueca mientras seguía a Tamlin—. Por favor. Yo trato de hacer algo. Voy a volver a intentarlo.

Apenas lo oía por debajo del rugido que sentía en los oídos. No esperé a verlo pasar los portones y desaparecer también.

Él me había encerrado. Me había dejado dentro de una casa sellada.

Corrí hasta la ventana más cercana en el vestíbulo y la abrí de golpe. Una brisa fresca de primavera entró volando y yo metí la mano en ella pero los dedos rebotaron contra una pared invisible. Un aire suave, duro me empujó la piel.

Se me hizo difícil respirar.

Estaba atrapada.

Atrapada dentro de esa casa. Era como estar en Bajo la Montaña; era como estar otra vez dentro de esa celda…

Retrocedí, los pasos demasiado leves, demasiado rápidos, tropecé con la mesa de

roble del centro del vestíbulo. Ninguno de los centinelas vino a investigar.

Él me había atrapado ahí, me había *encerrado, y había cerrado con llave*.

Dejé de ver el suelo de mármol, las pinturas en las paredes, la escalera enorme detrás de mí. Dejé de oír el gorjeo de los pájaros de primavera, el suspiro de la brisa a través de las cortinas.

Después, una oscuridad terrible se elevó a mi alrededor desde atrás, devorando, rugiendo, destrozándolo todo.

Esa oscuridad fue mi manera de no ponerme a gritar, de no romperme en cien mil pedazos; me hundí en el suelo de mármol, las rodillas dobladas, me rodeé con los brazos.

Él me había encerrado; me había encerrado; me había encerrado…

Y yo, yo tenía que *salir*…, apenas si acababa de escapar de otra prisión, y esta vez, esta vez…

Transportarme. Podía desvanecerme en el aire y ser nada y reaparecer en alguna otra parte, algún lugar abierto y libre. Busqué a tientas mi poder, algo, *cualquier cosa* que pudiera mostrarme la forma de hacerlo, la forma de salir de ahí. No había nada. Nada, yo me había transformado en *nada*, y nunca, nunca iba a poder liberarme…

Alguien gritaba mi nombre desde muy lejos…

Alis…, Alis…

Pero yo estaba encerrada en un capullo de oscuridad y fuego y hielo y viento, un capullo que fundió el anillo que yo llevaba en el dedo hasta que el oro se hundió en el vacío, y la esmeralda desapareció tras él. Me envolví con esa fuerza rabiosa como si así impidiera que las paredes se hundieran sobre mí y me aplastaran por completo y tal vez, tal vez, consiguiera así una diminuta bocanada de aire…

Estaba encerrada, encerrada, encerrada.

Unas manos fuertes, delgadas me tomaron por los hombros.

Yo no tenía la fuerza necesaria para luchar contra ellas.

Una de esas manos se movió debajo de mis rodillas, la otra sobre la espalda y me levantaron, me sostuvieron contra lo que era, sin duda, un cuerpo femenino.

Yo no la veía, no quería verla.

Amarantha.

Había venido a llevarme de nuevo, a matarme definitivamente.

Alguien decía palabras a mi alrededor. Dos mujeres.

Ninguna de ellas…, ninguna de las dos era Amarantha.

—Por favor, cuidadla bien. Por favor. —Alis.

Desde la derecha, la otra:

—Consideraos afortunados; es una suerte para vosotros que vuestro alto lord no estuviera aquí cuando llegamos. Los guardias van a tener un buen dolor de cabeza cuando se despierten, pero están vivos. Dad las gracias por eso. —Mor.

Mor me sostenía…, me llevaba lejos.

La oscuridad nos tragó lo suficiente como para que yo consiguiera respirar, viera la puerta del jardín hacia la que caminábamos. Abrí la boca pero ella me miró desde arriba y dijo:

—¿Pensaste que ese escudo podía impedir que llegáramos a ti? Rhys lo destrozó con medio pensamiento.

Yo no veía a Rhys en ninguna parte. Y entonces, la oscuridad se arremolinó a nuestro alrededor. Yo me aferré a ella tratando de respirar, de pensar.

—Estás libre —dijo Mor, tensa—. Ahora estás libre.

No segura. No protegida.

Libre. Solamente libre.

Me llevó más allá del jardín, hacia los campos, hacia la cima de una colina, después abajo, y después hacia una…, una cueva…

Seguramente empecé a sacudirme otra vez, a agitar los brazos, porque ella dijo:

—Estás lejos; estás libre —y lo repitió una y otra y otra vez mientras nos tragaba la verdadera oscuridad.

Medio instante después, salimos a la luz del sol, una luz de sol brillante, con perfume a pasto y frutilla. Se me ocurrió que debía ser la Corte Verano y después…

Después hubo un gruñido bajo, feroz, que dividió el aire y partió hasta mi oscuridad.

—Seguí todas las reglas —dijo Mor al dueño del gruñido.

Me pasaron de esos brazos femeninos a los de otra persona y yo me debatí para respirar, luché buscando un rastro de aire para poner en los pulmones. Hasta que Rhysand dijo:

—Entonces, no queda nada más que hacer aquí.

El viento me sacudió, junto con una oscuridad muy antigua.

Y después, me acarició un tono más dulce, más suave de noche, uno que me tocó los nervios, los pulmones hasta que por fin conseguí hacer entrar aire en mi interior, hasta que, despacio, me sedujo y me llevó hacia el sueño.

Capítulo 13

Me desperté a la luz del sol, en un espacio abierto, nada más que cielo límpido y montañas tocadas de nieve a mi alrededor.

Y Rhysand, en un sillón justo frente a la cama en que yo estaba tendida, mirando las montañas; por una vez, el gesto solemne.

Tragué saliva y la cabeza de él giró hacia mí como un látigo.

Sin amabilidad en los ojos. Nada excepto rabia infinita, congelada.

Entonces, parpadeó y la rabia desapareció al instante. Reemplazada por algo que tal vez era alivio. Agotamiento.

La pálida luz del sol calentaba los suelos de piedra de luna… El amanecer. Era el amanecer. Yo no quería pensar en el tiempo en que había estado inconsciente.

—¿Qué pasó? —pregunté. Tenía la voz ronca. Como si hubiera estado gritando.

—*Estabas* gritando —dijo él. A mí no me importaba si tenía el escudo mental levantado o no ni si estaba totalmente destruido—. Te las arreglaste para hacer que todos los centinelas y los sirvientes en la casa de Tamlin, todos, se cagaran encima; te envolviste en la oscuridad y ellos no te veían…

Se me vació el estómago.

—¿Lastimé a…?

—No. Lo que hiciste, fuera lo que fuese, se limitó a ti.

—Tú no…

—Según la ley y el protocolo —dijo él y estiró las piernas largas—, las cosas se hubieran puesto muy feas, muy complicadas si hubiera sido yo el que entraba a la casa y te traía conmigo. Romper el escudo no era problema pero Mor tenía que entrar caminando, dejar inconscientes a los centinelas y llevarte por encima de la frontera para que después, yo pudiera traerte aquí. De otra forma, Tamlin podría meter sus fuerzas en mis tierras o reclamarte. Y como yo no tengo ningún interés en una guerra interna, tuvimos que hacerlo todo sin romper las reglas.

La cuestión se hundió en mí como una piedra que baja hasta el fondo de un lago. Había tal quietud en mí, tanta… nada.

—Me encerró en esa casa —me las arreglé para decir.

Una sombra de alas enormes se abrió detrás de la silla de Rhys. Pero la cara estaba en calma cuando dijo:

—Ya sé. Te sentí. Tenías los escudos levantados…, pero lo conseguí.

Me obligué a mirarlo a los ojos.

—No tengo adónde ir.

Era tanto una pregunta como un ruego.

Él sacudió una mano; las alas se desvanecieron.

—Quédate aquí por el tiempo que quieras. Quédate para siempre si te da la gana.

—Voy a tener…, voy a tener que volver en algún momento.

—Pídeme y yo te llevo. —Lo decía en serio. Aunque, por la ira en los ojos oscuros, yo me daba cuenta de que la idea no le gustaba nada. Era cierto: él me llevaría de vuelta a la Corte Primavera apenas yo se lo pidiera.

De vuelta al silencio, a esos centinelas, a una vida de no hacer otra cosa que vestirme y cenar y planificar fiestas.

Él cruzó un tobillo sobre una rodilla.

—Te hice una oferta cuando viniste por primera vez: me ayudas y todo es tuyo: comida, abrigo, ropa…

Yo había sido mendiga en el pasado. La idea de volver a serlo ahora…

—Trabaja para mí —dijo Rhysand—. De todos modos, te debo mucho. El resto lo vamos pensando día a día.

Miré las montañas como si me fuera posible distinguir hasta la Corte Primavera. Tamlin se pondría furioso. Destruiría toda la casa.

Pero me había encerrado… me había *encerrado*. O no me entendía en absoluto o estaba tan quebrado por lo que había pasado en Bajo la Montaña que… Lo cierto era que me había encerrado.

—No voy a volver. —Las palabras sonaron dentro de mí como un toque de difuntos—. No vuelvo…, no hasta que…, hasta que entienda las cosas. —Me empujé contra la pared de rabia y pena y desesperación abierta mientras me pasaba el dedo pulgar sobre el dedo en el que había estado el anillo.

Un día por vez. Tal vez, tal vez Tamlin entendería. Tal vez se curaría, tal vez se le

cerraría esa herida de miedo purulento. Tal vez yo me organizaría. No lo sabía.

Lo que sí sabía era que, si me quedaba en esa mansión, si me encerraban otra vez…, tal vez eso acabaría la operación que había empezado Amarantha. Me quebrarían.

Rhysand hizo aparecer de la nada una taza de té caliente y me la entregó.

—Bebe.

Tomé la taza y dejé que la tibieza me empapara los dedos entumecidos. Él me miró hasta que bebí un traguito y después siguió mirando las montañas. Yo tomé otro trago; menta y… regaliz y alguna otra hierba o especie.

No iba a volver. Tal vez nunca…, tal vez en realidad nunca había vuelto. Tal vez no desde Bajo la Montaña.

Cuando la taza estuvo a la mitad, busqué algo, cualquier cosa que decir: necesitaba romper ese silencio aplastante.

—La oscuridad… ¿es parte del poder que me diste?

—Podemos suponerlo… creo.

Bebí el resto de la taza.

—¿Alas no?

—Si heredaste algo de la capacidad para cambiar de forma de Tamlin, tal vez puedas fabricártelas tú.

Un escalofrío me corrió por la columna cuando lo pensé, cuando pensé en las garras de ese día, frente a Lucien.

—¿Y los otros altos lores? Hielo…, eso es de Invierno. Ese escudo que hice con viento endurecido…, ¿de dónde vino? ¿Qué pueden haberme dado los otros? ¿Transportarse está…, está ligado a uno de ustedes en particular?

Él lo pensó.

—¿Viento? La Corte Día, seguramente. Y transportarse…, eso no corresponde a ninguna corte en particular. Depende únicamente de la reserva de poder de cada uno y del entrenamiento. —Yo no tuve ganas de mencionar la forma espectacular en la que había fracasado cuando quise moverme siquiera un centímetro—. Y en cuanto a los dones que te dieron todos los demás…, supongo que eso es algo que vas a tener que descubrir tú misma.

—Debería haber sabido que tu buena voluntad iba a agotarse después de un minuto.

Rhys soltó una risita baja y se puso de pie, estirando los brazos musculosos sobre la cabeza y haciendo rotar el cuello. Como si hubiera estado sentado ahí durante mucho, mucho tiempo. Durante la noche entera.

—Descansa un día o dos, Feyre —dijo él—. Después, dedícate a la tarea de entender todo lo demás. Tengo asuntos que atender en otro lugar de mis tierras; voy a volver para el final de la semana.

A pesar de lo mucho que había dormido, estaba tan cansada, cansada en los huesos, en el corazón arrugado. Cuando no contesté, Rhys se alejó entre los dos

pilares de piedra de luna.

Y entonces, me di cuenta de la forma en que iba a pasar los días siguientes: en soledad, sin nada que hacer, sin compañía o mejor dicho, sin otra compañía que pensamientos horrendos. Empecé a hablar antes de pensarlo.

—Llévame contigo.

Rhys se detuvo justo en el momento en el que pasaba a través de dos cortinas de gasa color púrpura. Se dio vuelta, lentamente.

—Deberías descansar.

—Ya descansé lo suficiente —dije y apoyé la taza vacía mientras me ponía de pie. Hice girar la cabeza un poco. ¿Cuándo había comido por última vez?—. No sé adónde vas ni qué vas a hacer pero vayas donde vayas, hagas lo que hagas, llévame contigo. No voy a meterme en problemas. Es que… Por favor. —Odiaba esas últimas dos palabras; me ahogué con ellas. Con ellas, no había conseguido que Tamlin cediera, nunca lo había conseguido.

Durante un largo momento, Rhys se quedó callado. Después, se me acercó de nuevo; las largas zancadas se comieron la distancia y, cuando se acercó, la cara parecía tallada en piedra.

—Si vienes conmigo, no hay vuelta atrás. No puedes hablar de nada de lo que veas con nadie fuera de mi corte. Porque si lo haces, van a morir muchos, *mi pueblo* va a morir. Así que, si vienes, vas a tener que mentir para siempre; si vuelves a la Corte Primavera, *no puedes, no puedes* decirle a nadie lo que veas no puedes hablar de las personas que veas ni de lo que pase. Si prefieres no tener ese secreto entre tú y tus…, tus amigos, entonces mejor quédate aquí.

Quédate aquí, quédate encerrada en la Corte Primavera… Yo sentía el pecho abierto, una herida al aire. Me pregunté si saldría sangre de ella, si un espíritu sangraba, si moría. Tal vez eso ya había pasado.

—Llévame contigo —susurré—. No voy a decir nada de lo que vea. A nadie. Ni siquiera a…, a ellos. —No podía decir los nombres.

Rhys me estudió unos momentos. Finalmente me soltó una media sonrisa.

—Nos vamos en diez minutos. Si quieres refrescarte, hazlo.

Una forma inusualmente amable de recordarme que seguramente parecía una muerta. Así me sentía. Pero dije:

—¿Adónde vamos?

La sonrisa de Rhys se ensanchó cada vez más.

—A Velaris, la Ciudad de la Luz de las Estrellas.

Apenas entré en mi habitación, volvió el silencio hueco y se llevó con él todas las preguntas que yo podría haber tenido sobre…, sobre una ciudad…

Sobre lo que había terminado destruido bajo Amarantha. Si había alguna ciudad en Prythian, sin duda íbamos a visitar una ruina.

Salté al baño, me lavé con toda la rapidez que pude, después me metí en la ropa de la Corte Noche que me habían dejado preparada. Me movía sin pensar; cada movimiento, un intento débil para no pensar en lo que había pasado, en lo que…, lo que Tamlin había tratado de hacer y lo que había hecho, en lo que *yo* había hecho…

Para cuando volví al atrio principal, Rhys estaba reclinado en uno de los pilares de piedra de luna, mirándose las uñas. Lo único que dijo fue:

—Fueron quince minutos. —Y después me tendió la mano.

Yo no tenía ni siquiera una brasita diminuta de energía, no pude fingir que me importaban sus provocaciones, pero antes de que tuviera tiempo de pensarlo, nos tragó el rugido de la oscuridad.

Alrededor giraron el viento y la noche y las estrellas mientras nos transportábamos a través del mundo y los callos de la mano de él rozaron los míos, que ya estaban desapareciendo y entonces…

Entonces me dio la bienvenida la luz del sol y no la de las estrellas. Los ojos entrecerrados contra el brillo, me descubrí de pie en lo que era claramente el vestíbulo de la casa de alguien.

La alfombra roja adornada amortiguó el único paso que di para alejarme de él mientras miraba las paredes tibias, forradas en madera, el arte, la escalera recta, de roble, allá delante.

A los dos lados, dos habitaciones. A la izquierda: un salón con un hogar de mármol negro, lleno de muebles cómodos, elegantes pero usados y estantes para libros en todas las paredes. A la derecha: un comedor, una mesa larga de madera de cerezo como para diez personas, chica, comparada con la del comedor de la mansión. Adelante, al final del pasillo estrecho, había algunas puertas más y al final una que, supuse, daba a la cocina. Una casa de ciudad.

Yo había visitado una, sí, pero solamente una vez en toda mi vida, cuando era chica, y mi padre me había llevado a la ciudad más grande de nuestro territorio: la casa pertenecía a un cliente fantásticamente rico, y tenía olor a café y a albóndigas. Un lugar lindo pero apretado…, formal.

Esta casa…, esta casa era un *hogar* en el que alguien había vivido y disfrutado y amado.

Y estaba en una ciudad.

PARTE DOS

LA CASA DEL VIENTO

Capítulo 14

—Bienvenida a mi casa —dijo Rhysand.

Una ciudad…, todo un mundo ahí afuera.

Por las ventanas entraba el sol de la mañana. La puerta de madera tallada y ornamentada que tenía frente a mí estaba adornada con vidrios ahumados que daban a una pequeña antecámara y a la verdadera puerta del frente, cerrada y sólida contra lo que acechara en la ciudad del otro lado.

Y la idea de poner un pie allá fuera, entre multitudes llenas de miradas lascivas, la idea de ver la destrucción que hubiera soltado Amarantha entre ellos, porque de esa destrucción yo no tenía dudas… Un peso inmenso me apretó el pecho.

Hasta el momento, no había encontrado las fuerzas necesarias para preguntar, no le había dado ni un centímetro de posibilidades a la idea de que fuera un error lo que imaginaba pero ahora…

—¿Qué es este lugar?

Rhys apoyó un hombro ancho contra el dintel de roble tallado que llevaba al comedor y cruzó los brazos.

—Esta es mi casa. Bueno, tengo dos casas en la ciudad. Una es para asuntos más… oficiales pero esta es solamente para mí y mi familia.

Agucé el oído buscando los ruidos de los sirvientes pero no oí nada. Bien…, tal

vez eso era bueno… No quería estar rodeada de personas que lloraran y se quejaran.

—Están Nuala y Cerridwen —dijo él, leyendo mi mirada hacia el pasillo que teníamos detrás—. Pero en lo demás, vamos a estar solos.

Me puse tensa. No era que las cosas hubieran sido muy diferentes en la Corte Noche pero…, esta casa era mucho, mucho más chica. No habría forma de escaparme de él. Excepto salir a la ciudad…

En el territorio mortal no quedaban ciudades. Aunque habían surgido algunas en el continente, llenas de arte, comercio y conocimiento. Elain había querido ir a una de esas ciudades conmigo. Yo no suponía que fuera a tener una oportunidad de hacerlo ahora.

Rhysand abrió la boca pero, justo en ese momento, del otro lado de los vidrios ahumados de la puerta del frente, aparecieron las siluetas de dos cuerpos altos, poderosos. Uno de ellos golpeó con el puño.

—Vamos, maldito perezoso. —Una voz de macho profunda que arrastraba las vocales desde la antecámara. El cansancio me pesaba tanto que no me importó demasiado que las dos sombras tuvieran alas.

Rhys ni siquiera parpadeó, no miró la puerta.

—Dos cosas, Feyre, querida.

Los golpes seguían, seguidos por el murmullo de un segundo macho que le decía a su compañero:

—Si vas a pelearte con él, por favor, hazlo después del desayuno. —Esa voz…, como sombras con forma, una voz oscura y suave y…, y fría.

—*Yo* no fui el que me sacó de la cama y me hizo volar hasta aquí —dijo el primero. Después agregó—: Entrometido.

Habría jurado que veía una sonrisa sobre los labios de Rhys…

—Uno: nadie, *nadie*, excepto Mor y yo podemos transportarnos directamente al interior de esta casa. Está guardada, tiene escudos, y otros escudos encima de los primeros. Aquí pueden entrar solamente los que yo quiero, los que *tú* quieras. Estás a salvo y en realidad, estás a salvo en cualquier lugar de la ciudad. Los muros de Velaris están bien protegidos y nadie ha conseguido atravesarlos en los últimos quinientos años. Nadie entra en esta ciudad con malas intenciones…, a menos que yo lo permita. Así que ve adónde quieras, haz lo que tengas ganas de hacer y visita a quien quieras. Esos dos en la antecámara —agregó con los ojos brillantes— tal vez no estén en la lista de personas que deberías molestarte en conocer, no si siguen golpeando la puerta como chicos.

Otro golpe, enfatizado por la voz del primer macho que decía:

—Tú sabes que te oigo perfectamente, hijo de puta.

—*Segundo* —siguió Rhys—, en cuanto a los dos hijos de puta que están en la puerta, depende de ti conocerlos ahora o irte arriba como haría cualquiera con algo de sabiduría, y dormir algo. Todavía estás un poco paliducha. Después, puedes ponerte ropa de ciudad, la ropa apropiada, mientras yo los saco corriendo por hablarle así a su

alto lord.

Había tanta luz en esos ojos… Eso lo hacía parecer… más joven. Más mortal, de alguna forma. Tan diferente del Rhys de la rabia congelada, ese que yo había visto al despertar…

Al despertar en la Corte Noche, cuando decidí que no volvería a casa.

Pensé que tal vez la Corte Primavera no era mi casa después de todo.

Me estaba ahogando en esa pesadez antigua, tratando de arrastrarme hacia una superficie que tal vez ni siquiera existía. Había dormido quién sabía cuánto y sin embargo…

—Ven a buscarme cuando se vayan.

La alegría se hizo más tenue y Rhys parecía a punto de decir algo más, pero entonces, detrás de los machos, en la antecámara, sonó una voz femenina, filosa y fresca.

—Vosotros, ilyrios, sois peores que dos gatos que maúllan para que los dejen entrar por la puerta trasera. —La manija de la puerta se movió. Ella suspiró—. ¿En serio, Rhysand? ¿Nos dejaste afuera y cerraste con llave?

Luchando para mantener a raya la pesadez, me fui caminando hacia las escaleras; arriba, me esperaban Nuala y Cerridwen, que hacían muecas vigilando la puerta del frente. Habría jurado que Cerridwen me hizo un gesto para que me apurase. Y yo podría haberla besado por ese poquito de normalidad.

Podría haber besado a Rhys por esperar para abrir la puerta hasta que yo estuve a mitad de camino en el vestíbulo color cielo del primer piso.

Lo único que oí fue la voz del primer macho que declaraba:

—Bienvenido a casa, hijo de puta. —Y después otra voz sombría de macho que decía:

—Sentí que estabas de vuelta. Mor me dijo pero…

La extraña voz femenina lo interrumpió con:

—Manda a tus perros a jugar al patio, Rhysand. Tú y yo tenemos asuntos que discutir.

Su voz me corrió por la espalda como un escalofrío. Respondí:

—Yo también tengo mucho que discutir.

Entonces, le contestó la voz de matón, despacio:

—Nosotros llegamos primero. Espera tu turno, Ancianita.

A los dos lados, Nuala y Cerridwen se encogieron, ya fuera para tratar de contener la risa o por algún vestigio de miedo, o tal vez por las dos cosas al mismo tiempo. Definitivamente eran las dos, cuando un sonido burlón, femenino, se deslizó por la casa sin mucho énfasis.

El pasillo superior estaba puntuado por candeleros de vidrio retorcido y coloreado que iluminaban unas pocas puertas lustradas a ambos lados. Me pregunté cuál sería la de Rhysand, y después me pregunté cuál sería la de Mor cuando la oí bostezar en medio del barullo de la planta inferior.

—¿Por qué todos empiezan tan *temprano* en este lugar? Pensé que nos encontrábamos esta noche en la Casa…

Y Rhysand refunfuñó…, sí, refunfuñó:

—No hay fiesta, confía en mí. Solamente una masacre si Cassian no cierra la bocota.

—Tenemos hambre —se quejó el primer macho, el tal Cassian—. Danos de comer. *Alguien* me dijo que había desayuno.

—Patético —bromeó Rhysand—. Son todos patéticos.

—Totalmente cierto, lo reconocemos —dijo Mor—, ¿*hay* comida o no?

Oí las palabras… las oí y las procesé. Y después, ellas también flotaron hacia la negrura que yo llevaba en la mente.

Nuala y Cerridwen abrieron una puerta que daba a una habitación entibiada por el fuego, iluminada por el sol. Se abría sobre un jardín rodeado de paredes, besado por el invierno, en el fondo de la casa de ciudad; las ventanas vigilaban la fuente dormida de piedra, en el centro, seca por la estación. En el dormitorio, todo era de madera hermosa y blanco suave, con toques sutiles de salvia. Cosa extraña, parecía casi humano.

Y la cama —maciza, blanda, adornada con mantas y colchas de pluma de ganso en colores crema y marfil, abrigo para defenderse del frío del invierno—, la cama era lo más tentador de todo.

Yo estaba mal, pero no tanto como para no hacer algunas preguntas básicas; por lo menos para darme la ilusión de estar preocupándome por mi propio bienestar.

—¿Quiénes eran? —me las arreglé para decir cuando ellas cerraron la puerta tras de mí.

Nuala fue hacia el baño que quedaba al lado: mármol blanco, una bañera con patas en forma de garra, más ventanas soleadas que daban a la pared del jardín y la línea espesa de cipreses que vigilaban detrás. Cerridwen, que ya se iba hacia el armario, se encogió un poquito y dijo sobre el hombro:

—Son el Círculo Íntimo de Rhysand.

O sea, los que yo había oído mencionar ese día en la Corte Noche, las personas con las que él se reunía una y otra y otra vez.

—No sabía que los altos lores hicieran las cosas con este nivel de informalidad —admití.

—No lo hacen —dijo Nuala que volvía del baño con un cepillo—. Pero Rhysand sí.

Aparentemente, yo tenía el pelo hecho un desastre porque Nuala lo cepilló despacio mientras Cerridwen sacaba un equipo para dormir, ropa de color marfil, un pijama tibio y suave con bordes de encaje.

Miré la ropa, después la habitación, después el jardín de invierno y la fuente más abajo y de pronto, recordé lo que había dicho Rhysand.

Nadie consiguió atravesar los muros de esta ciudad en los últimos quinientos

años.

Es decir que Amarantha…

—¿Cómo es que existe esta ciudad? —Busqué la mirada de Nuala en el espejo—. ¿Cómo…, cómo sobrevivió?

La cara de Nuala se puso tensa y los ojos negros buscaron a su gemela, que se levantó despacio desde la cómoda con unas chinelas forradas con piel de cordero en la mano. La garganta de Cerridwen se movió un poco; tragó saliva.

—El alto lord es muy poderoso —dijo, con mucho cuidado—. Y ya servía a su pueblo mucho antes de que el manto de su padre pasara a su poder.

—¿Pero cómo sobrevivió? —insistí. Alrededor de la casa había una ciudad, una ciudad hermosa, si los sonidos que venían desde fuera eran indicación suficiente. Intocada, segura. Mientras el resto del mundo estaba en ruinas.

Las gemelas intercambiaron miradas de nuevo, un lenguaje secreto que habían aprendido cuando estaban en el útero, juntas. Nuala apoyó el cepillo sobre la cómoda.

—No está en nosotras decirlo…

—¿Él les pidió que no…?

—No —interrumpió Cerridwen, plegando los bordes de la cama—. El alto lord no nos pidió tal cosa. Pero lo que hizo él para proteger esta ciudad es *su* historia y el que tiene que contarla es él, no nosotras. Nos sentiríamos más cómodas si él os lo contara, no queremos equivocarnos.

Yo las miré con furia, a una, a la otra. De acuerdo. De acuerdo.

Cerridwen se movió hasta las ventanas para cerrar las cortinas y selló la habitación en la oscuridad.

Mi corazón se detuvo y el miedo se llevó la rabia; tartamudeé:

—Dejadlas abiertas.

No toleraba el encierro en la oscuridad…, todavía no.

Cerridwen asintió y dejó las cortinas abiertas y las dos me dijeron que les avisara si necesitaba algo y se fueron.

Sola, me deslicé hacia la cama y casi ni sentí la suavidad, la tersura de las sábanas.

Escuché el crujido del fuego, el canto de los pájaros en las plantas siempre verdes de las macetas de la galería del jardín, tan diferente de las melodías dulces de primavera a las que estaba acostumbrada. Esas melodías que tal vez no volvería a oír, que tal vez no toleraría de nuevo.

Después de todo, tal vez Amarantha había ganado la batalla.

Una parte rara, nueva de mí se preguntó si mi decisión no sería un castigo correcto para Tamlin. Por lo que él me había hecho, él, no Amarantha.

El sueño me llevó consigo, rápido y brutal y profundo.

Capítulo 15

Me desperté cuatro horas más tarde.

Me llevó unos minutos recordar dónde estaba, lo que había pasado. Y cada ruidito del reloj sobre el escritorio de palo de rosa era un empujón atrás, atrás, atrás hacia la oscuridad espesa. Pero por lo menos ahora ya no estaba tan cansada. Preocupada, sí, pero ya no al borde de querer dormir para siempre.

Pensaría más tarde en lo que había pasado en la Corte Primavera. Lo pensaría mañana. Nunca.

Por suerte, el Círculo Íntimo de Rhysand había partido antes de que yo terminara de vestirme.

Rhys me esperaba en la puerta del frente, abierta hacia la antecámara de madera y mármol, a su vez abierta hacia la calle. Me pasó una mirada por el cuerpo, desde los zapatos de gamuza —prácticos y cómodos— hasta el abrigo color celeste que me llegaba a la rodilla, y la trenza que empezaba de un lado de la cabeza y se me curvaba hacia atrás. Por debajo del abrigo, la ropa de siempre, fina, liviana había quedado reemplazada por pantalones marrones más gruesos, más calientes y un suéter color crema tan suave que podría haber dormido con eso puesto. Me habían metido unos guantes tejidos, que hacían juego con los zapatos, en los bolsillos profundos del abrigo.

—A esos dos les gusta mucho hacer escándalo —dijo Rhysand y había tensión en esas palabras mientras los dos caminábamos hacia la puerta del frente.

Cada paso hacia ese umbral brillante fue tanto una eternidad como una invitación.

Durante un momento, el peso que había en mí desapareció mientras yo absorbía los detalles de la ciudad.

Una luz de sol color manteca que suavizaba el día de invierno, templado de todos modos, un jardín al frente, chico y bien cuidado —el pasto seco casi blanco—, bordeado con una reja de hierro forjado no más alta que la cintura, y canteros vacíos, y allá delante, la calle de adoquines claros. Aquí y allá altos fae con ropa de paseo, algunos en abrigos como el mío, para cuidarse del aire frío, otros con vestidos a la moda mortal, capas y faldas hinchadas y puntillas, algunos en ropa de cuero como para montar a caballo, todos sin apuro en esa brisa con olor a sal, limón, verbena que ni siquiera el invierno conseguía eliminar del todo. Ni uno solo miró hacia la casa. Como si no supieran que su propio alto lord vivía en una de las muchas casas de mármol de la ciudad a ambos lados de la calle, cada una coronada por un techo de cobre verde y chimeneas de piedra clara que echaban hilos de humo hacia el cielo crujiente del invierno. O como si no les importara.

A la distancia, había chicos que reían y gritaban.

Yo me tambaleé hacia la puerta del frente, la abrí con dedos torpes que casi ni registraron el metal frío como hielo y di tres pasos hacia la calle antes de detenerme y mirar adelante.

La calle bajaba con rapidez, adelante, más casas lindas y chimeneas con fuegos encendidos, más personas despreocupadas, bien alimentadas. Y en el fondo de la colina se curvaba un río ancho con meandros, un río que brillaba como el más oscuro de los zafiros, que ondulaba como una serpiente hacia una vasta expansión de agua que se abría un poco más allá.

El mar.

La ciudad estaba construida en una cresta de las colinas empinadas que flanqueaban el río; los edificios, tallados en mármol blanco o arenisca tibia. Había barcos a velas de diferentes tamaños en el río, y más arriba, bajo el sol del mediodía, brillaban las alas blancas de los pájaros.

Ningún monstruo. Nada de oscuridad. Ni un dejo de miedo o desesperación.

Intocada.

Nadie había atravesado los muros de la ciudad en los últimos quinientos años.

Yo no sabía lo que había hecho Rhys, lo que había vendido pero, fuera lo que fuese, era evidente que Amarantha no había conseguido tocar ese lugar ni siquiera durante el momento de su mayor dominio sobre Prythian.

El resto de Prythian había quedado hecho pedazos, lo habían dejado sangrar durante cincuenta años, pero Velaris… Se me curvaron los dedos en puños.

Sentí que algo me acechaba y miré al otro extremo de la calle.

Ahí, como eternos guardianes de la ciudad, se veían una serie de montañas de

cimas chatas y piedra roja, la misma piedra que se había usado para construir algunas estructuras. Los montes se curvaban como una pared alrededor del extremo norte de Velaris, donde el río serpenteaba hacia ellas y fluía hacia las sombras. Hacia el norte, más allá del río, más montañas: una cadena de picos agudos como dientes de peces que separaba las colinas alegres del mar. Pero las montañas que yo tenía detrás…, esas eran gigantes dormidos. Vivos, de alguna forma. Y estaban alerta a pesar de todo.

Como en respuesta, el poder ondulante se me deslizó a lo largo de los huesos como un gato que se me frotara contra las piernas buscando atención. Yo lo ignoré.

—El pico del medio —dijo Rhys que estaba detrás de mí y yo giré en redondo porque me había olvidado de él. Él señaló la más alta de las mesetas. En la parte superior, alguien parecía haber construido agujeros, *ventanas*. Y en vuelo hacia ella, sobre alas grandes, oscuras, dos figuras—. Esa es mi otra casa en esta ciudad. La Casa del Viento.

Y por supuesto, las dos figuras giraron siguiendo lo que parecía una corriente fuerte, rápida.

—Vamos a cenar allá esta noche —agregó él, y yo no sabía si sonaba irritado o resignado al respecto.

A mí no me importaba. Me volví otra vez hacia la ciudad y dije:

—¿Cómo?

Él entendió lo que yo quería decir.

—Suerte.

—¿Suerte? Sí, qué suerte para ti —dije con voz tranquila pero no débil—: el resto de Prythian moría saqueado mientras tu pueblo, tu ciudad, respiraban a salvo.

El viento desordenó el pelo negro de Rhys; la cara no tenía ninguna expresión legible.

—¿Alguna vez, por un momento aunque fuera —dije, la voz como grava—, pensaste en extender esa *suerte* a algún otro? ¿Cualquier otro?

—Las otras ciudades —dijo él con calma— son conocidas. Velaris es secreta más allá de las fronteras de estas tierras. Desde hace milenios. Amarantha no la tocó porque no sabía que existía. Ninguna de sus bestias lo sabía. No la conoce nadie en las otras cortes.

—¿Cómo?

—Hechizos y guardias y mis antepasados, que eran implacables, muy implacables, y que estuvieron dispuestos a todo para preservar un fragmento de bondad en nuestro mundo desdichado.

—Y cuando llegó Amarantha —dije, casi escupí el nombre—, ¿no pensaste en abrir este lugar como refugio?

—Cuando llegó Amarantha —dijo él y su temperamento se soltó un poco; le brillaron los ojos—, tuve que enfrentarme a opciones muy duras, y tuve que hacerlo muy rápido.

Puse los ojos en blanco y me di vuelta para mirar las colinas redondas, empinadas, el mar más allá.

—Supongo que no me lo vas contar.

Pero yo tenía que saber…, tenía que saber cómo se las había arreglado él para salvar ese pedacito de paz, de belleza.

—Este no es el momento para esa charla.

De acuerdo. Yo ya había oído miles de veces ese tipo de promesa antes en la Corte Primavera. No valía la pena tratar de encontrar la energía necesaria para seguir insistiendo.

Y de todos modos, yo no quería sentarme en mi habitación, no iba a permitirme llorar, sufrir, sollozar y dormir. Así que iba a arriesgarme a salir aunque fuera con mucho dolor, aunque el tamaño de ese lugar fuera tan grande…, por el Caldero. Levanté el mentón hacia la ciudad que bajaba en dirección al río.

—¿Y qué hay aquí que valga la pena salvar mientras todos los demás lo pagan caro?

Cuando lo miré, los ojos azul oscuro eran tan implacables como ese mar revuelto de invierno a la distancia.

—Todo —dijo.

Y no exageraba.

Había de todo para salvar en Velaris: establecimientos para tomar el té con mesas y sillas delicadas esparcidas frente a vidrieras alegres, entibiadas seguramente por algún tipo de hechizo, repletos de altos fae que se reían y charlaban, y también algunos inmortales inferiores extraños, hermosos. Cuatro plazas de mercado, a las que llamaban Palacios: dos del lado sur del río Sidra, nuestro lado, y dos del lado norte.

En las horas que pasamos paseando, solamente llegué a ver dos: plazas grandes de piedra blanca, flanqueadas por pilares que soportaban los edificios tallados y pintados y ofrecían un paseo para caminatas y espacio para los negocios construidos a nivel de la calle.

El primer mercado al que entramos, el Palacio de Hilos y Joyas, era el lugar donde se vendían zapatos, ropa, suministros para fabricarlos, y joyería, infinitos puestos brillantes llenos de piedras y metales preciosos. Y, sin embargo, nada me conmovió en ese sitio, bajo el sol que brillaba sobre las telas sin duda raras, agitadas por la brisa fría del río, sobre la ropa arreglada en grandes vidrieras de vidrio, nada me conmovió, ni el lustre del oro y los rubíes y las esmeraldas y las perlas sobre sus camas de terciopelo. No me atreví a mirar mi dedo anular de la mano izquierda, ahora desnudo.

Rhys entró en dos o tres puestos —buscaba un regalo para una amiga, dijo—. Yo decidí esperarlo fuera, y me escondí entre las sombras de los edificios. Ese día, me

bastaba con caminar. No quería presentarme ni tolerar las lágrimas y las bocas abiertas y los juicios… Si tenía que enfrentarme a todo eso, era mejor subirme a la cama y no volver a salir.

Pero en la calle nadie me miró dos veces, aunque yo caminaba junto a Rhys. Tal vez no tenían idea de quién era yo, tal vez los habitantes de la ciudad no se interesaban por los que andaban entre ellos.

El segundo mercado, el Palacio de Huesos y Sales, estaba en una de las dos plazas gemelas: la que quedaba de nuestro lado del río y la otra, donde se alzaba el Palacio de Cascos y Hojas, las dos llenas de vendedores de carne, de espacios donde se preparaban comidas, de ganado en pie, de especias… Tantas especias, los olores familiares y olvidados, olores de aquellos años preciosos de comodidad bajo el ala de un padre invisible y su riqueza interminable.

Rhysand estaba siempre a varios pasos de distancia, las manos en los bolsillos; de vez en cuando, me ofrecía información. Sí, me dijo, muchos puestos y casas usaban la magia para calentar el ambiente, sobre todo los espacios populares al aire libre. Yo no seguí preguntando.

Nadie lo evitaba, nadie susurraba cosas sobre él ni le escupía cuando él no estaba mirando ni lo acariciaba como en Bajo la Montaña.

En lugar de eso, le dedicaban sonrisas anchas, tibias apenas lo veían. Algunos se acercaban y le apretaban la mano para darle la bienvenida. Él conocía a todos por su nombre, y ellos también lo llamaban por el nombre.

Pero se fue quedando cada vez más callado a medida que pasaba la tarde. Finalmente nos detuvimos junto a un rincón muy brillante de la ciudad, construido sobre una de las colinas que llegaban hasta el borde del río. Di una mirada al frente del primer puesto y sentí que me temblaban los huesos.

La puerta alegre estaba abierta de par en par y ofrecía pinceles, pinturas, arte y pequeñas esculturas.

Rhys dijo:

—Este es uno de los puntos más conocidos de Velaris: el barrio de los artistas. Hay cien galerías, hay puestos para comprar suministros, puestos de cerámica, jardines con esculturas y todo lo que tenga que ver con ese rubro. A este barrio le dicen el Arcoíris de Velaris. Los artistas, los músicos, los bailarines, los actores viven ahí, en esa colina del otro lado del Sidra. ¿Ves el oro que brilla cerca de la cima? Ese es uno de nuestros principales teatros. Hay cinco en la ciudad y el anfiteatro sobre los acantilados, junto al mar… —Dejó de hablar cuando notó que mi mirada volvía a los edificios brillantes que teníamos por delante.

Por las calles caminaban altos fae e inmortales menores que yo no conocía de nombre y que nunca había visto. Noté más a los menores que a los otros: algunos de miembros largos, sin pelo, brillantes como si debajo de la piel oscura como la noche hubiera una luna interior; algunos cubiertos de escamas opalescentes que cambiaban de color con cada paso lleno de gracia de esos pies con dedos unidos por membranas

y coronados por garras; algunos con elegantes conjuntos de cuernos, cascos y pelo a rayas. Algunos, envueltos en abrigos pesados, bufandas y mitones; otros, sin casi nada, excepto las escamas, el pelo y los espolones y se veía que esos ni siquiera estaban molestos. Nadie parecía incómodo. Pero todos parecían ocupados por disfrutar de la vista, comprar algo, algunos estaban salpicados de polvo y arcilla y…, sí, pintura.

Artistas. Nunca había pensado en mí misma como artista, nunca había pensado con tanta grandeza ni con tanta confianza en el futuro pero…

En el lugar de mí en el que antes habitaba todo ese color, toda esa luz, todas esas texturas, ahora no había más que una celda sucia.

—Estoy cansada —me las arreglé para decir.

Sentí la mirada de Rhys, y no me importó si tenía el escudo de la mente en su lugar o no. Pero él dijo solamente:

—Podemos volver otro día. De todos modos, ya casi es la hora de la cena.

Y sí, el sol estaba hundiéndose más allá de las colinas, en el lugar en que el río se encontraba con el mar, y la ciudad se teñía de rosado y oro.

Pero yo no tenía ganas de pintar eso tampoco. Y mientras tanto, muchos se detenían a mirar la próxima puesta de sol, como si la residencia en ese lugar, esa corte, implicara la libertad, la seguridad de disfrutar de esa vista cada vez que tuvieran ganas. El comportamiento de quien nunca conoció otra cosa.

Tuve ganas de gritarles, de levantar un pedazo suelto de adoquín y romper la ventana más cercana, tuve ganas de desatar el poder que me hervía otra vez bajo la piel, de contarles, *mostrarles* lo que me habían hecho, lo que habían hecho al resto del mundo mientras ellos admiraban puestas de sol y pintaban y tomaban té junto al río.

—Tranquila —murmuró Rhys.

Volví la cabeza hacia él con un movimiento brusco, agitada.

La cara de él había vuelto a ser inescrutable.

—Mi pueblo no tiene la culpa.

Y entonces, con la misma facilidad con que había venido, la rabia me abandonó como si se hubiera salteado un escalón de las escaleras que había estado subiendo dentro de mí y ahora estuviera aplastada, muerta, allá abajo, en la calle de piedras de color claro.

Cierto…, cierto…, ellos no tenían la culpa. Pero yo ya no quería seguir pensando en ese tema. No quería pensar en nada. Dije de nuevo:

—Estoy cansada.

Tragó saliva, y asintió sin decir nada y se volvió, dejando atrás el Arcoíris.

—Mañana de noche salimos de nuevo. Velaris es hermosa de día, pero está construida para que sea hermoso verla después del atardecer.

Yo no esperaba menos de la Ciudad de la Luz de las Estrellas pero las palabras me eran difíciles de nuevo.

La cena… Con él. En esa Casa del Viento. Me concentré lo suficiente como para preguntar:

—¿Exactamente quién va a estar en esa cena?

Rhys nos llevó a los dos hacia arriba por una calle empinada; me ardieron los muslos por el movimiento. ¿Acaso estaba tan fuera de forma? ¿Tan débil?

—Mi Círculo Íntimo —dijo él—. Quiero que los conozcas antes de decidir si este es un lugar en el que te gustaría quedarte, si quieres trabajar conmigo y por lo tanto con ellos. A Mor, ya la conoces, pero los otros tres…

—Los que vinieron a la casa.

Un movimiento de cabeza. Sí.

—Cassian, Azriel y Amren.

—¿Quiénes son? —Él había dicho algo de los ilyrios pero Amren, la voz femenina que yo había oído, no tenía alas. Por lo menos yo no se las había visto a través del vidrio ahumado.

—Dentro de nuestro círculo hay jerarquías —dijo él con voz neutra—. Amren es mi Segunda al mando.

¿Una hembra? Seguramente la sorpresa se me pintó en la cara porque Rhys dijo:

—Sí. Y Mor es la Tercera. Solamente un tonto creería que mis guerreros ilyrios, los machos, son los superpredadores de nuestro círculo. —Mor, irreverente, alegre, ¿ella era la Tercera al mando del alto lord de la Corte Noche? Rhys siguió explicando —: Te vas a dar cuenta cuando conozcas a Amren. Parece alta fae pero hay algo diferente en ella. —Rhys hizo un gesto hacia una pareja que pasaba, y los dos inclinaron la cabeza en un saludo alegre—. Tal vez sea más antigua que esta ciudad pero es vanidosa y le gusta guardar sus chucherías y sus cosas como las guardaría un dragón de fuego en una cueva. Así que…, bueno, ten cuidado. Ustedes dos tienen un temperamento cuando las provocan…, y yo no quiero sorpresas esta noche.

Una parte de mí se negaba a saber exactamente qué clase de criatura era la tal Amren.

—¿Así que si nos peleamos y yo le arranco un collar, ella va a cocinarme y después comerme?

Él soltó una risita.

—No, Amren… haría algo mucho, mucho peor que eso. La última vez que Amren y Mor armaron una pelea, dejaron mi montaña favorita hecha cenizas. —Levantó una ceja—. Por lo que valga, te digo que soy el alto lord más poderoso de la historia de Prythian e interrumpir a Amren es algo que solamente hice una vez en el último siglo.

El alto lord más poderoso de la historia.

En los incontables milenios que tenía Prythian, Rhys…, *Rhys* con su sarcasmo y su tono burlón y esos ojos lujuriosos, era…

Y Amren era peor. Y tenía más que *cinco mil años*.

Esperé que me golpeara el miedo; que el cuerpo se me encogiera; esperé el

momento en que empezaría a buscar un camino para huir de esa cena pero no…, nada. Tal vez, si todo se terminaba, hasta sería un alivio…

Una mano ancha me tomó la cara, con la suficiente suavidad como para no lastimarme y la suficiente dureza como para obligarme a mirarlo.

—Ni siquiera *pienses* en eso —siseó Rhysand, los ojos lívidos—. *Ni se te ocurra, ni por un instante…*

Yo no me había dado cuenta del aspecto que tenía…

La cara flaca, los pómulos agudos, los ojos azul grisáceos opacos y manchados de púrpura en la parte inferior. Los labios gruesos, la boca de mi padre, pálidos y los huesos de los hombros como puntas que me sobresalían bajo la lana del suéter. Era como si…, como si la rabia y la pena y la desesperación me hubieran comido viva, como si estuviera otra vez a punto de morir de hambre. Hambre no de comida sino de…, de alegría, de vida.

Entonces, volví a mi cuerpo y lo miré con furia.

—¿Qué fue eso? ¿Un truco?

La voz de él era ronca cuando bajó la mano que me había apoyado en la cara.

—No. —Giró la cara hacia un costado—. ¿Cómo lo atravesaste? Mi escudo.

Yo no sabía de qué me estaba hablando. Yo no había hecho nada, nada. Solamente me había deslizado. Y no quería hablar de eso, no aquí, no con él. Empecé a caminar a toda velocidad; las piernas —flacas, inútiles, ¡por el Caldero!— me ardían a cada paso mientras subía la colina empinada.

Él me tomó del brazo, otra vez con esa suavidad pero con esa fuerza apenas suficiente para obligarme a dejar de caminar.

—¿En cuántas otras mentes te deslizaste sin querer?

Lucien…

—¿Lucien? —Una risa corta—. Qué lugar tan miserable.

Un ladrido solté de mi parte.

—No te me metas en mi mente.

—Bajaste el escudo. —Yo volví a subirlo—. Es lo mismo que si me hubieras gritado su nombre. —Otra vez ese ángulo contemplativo de la cabeza—. Tal vez sí tienes mi poder… —Se mordió el labio, después resopló—. Tendría sentido, claro, si el poder viniera de *mí*, que mi propio escudo a veces te tomara por mí y te dejara pasar. Fascinante.

Estuve a punto de escupirle las botas.

—Llévate tu poder. Te lo devuelvo. No lo quiero.

Una sonrisa astuta.

—No es así como funciona, Feyre. El poder está atado a tu vida. La única forma de llevármelo de nuevo sería matarte. Y como me gusta tu compañía, paso… —Caminamos unos pasos y después él dijo—: Tienes que estar atenta y mantener bien levantado el escudo. Sobre todo ahora que viste Velaris. Si alguna vez te vas a otra parte, dejas estas tierras, y alguien se mete en tu mente y ve este lugar… —Le tembló

un músculo en la mandíbula—. Los llamamos daemati, digo, a los que pueden entrar en la mente de los demás como si pasaran de una habitación a otra. Somos raros, es un rasgo que aparece cuando la Madre lo desea, pero hay algunos de nosotros esparcidos por el mundo, suficientes para que muchos se entrenen contra nuestra habilidad, sobre todo los que están en posiciones de influencia. Si alguna vez te encontraras con un daemati y tuvieras los escudos bajos, Feyre, se llevarían lo que quisieran. Uno más poderoso que tú podría convertirte en su esclava, obligarte a hacer lo que él quisiera y nunca lo sabrías. Mis tierras son misteriosas para los forasteros lo bastante para que alguien pudiera considerarte una fuente de información muy valiosa, entre otras cosas, por supuesto.

Daemati… Si yo hacía esas cosas, ¿era una de ellos? Otra palabra maldita para que susurraran otros cuando yo pasara.

—Entiendo que, en una guerra potencial con Hybern, los ejércitos del rey no sabrían que tienen que golpear aquí, ¿verdad? —Hice un gesto con la mano hacia la ciudad a nuestro alrededor—. Así que…, ¿cuál es la idea? ¿Que tu pueblo mimado…, todos los que no saben cómo defender sus mentes con escudos, esos tienen tu protección y no tienen por qué pelear mientras los demás estemos sangrando?

No lo dejé contestar, caminé con mayor velocidad. Un disparo barato, infantil, sí, pero… Por dentro, yo me había convertido en ese mar distante que bullía constantemente, sacudido por ráfagas que hacían perder el sentido del lugar donde estaba la superficie.

Rhys se mantuvo un paso atrás en toda la caminata de vuelta a la casa de la ciudad.

Una partecita de mí me susurraba que yo había conseguido sobrevivir a Amarantha; que sería capaz de sobrevivir a ese momento, en el que había abandonado a Tamlin; capaz de sobrevivir la transición hacia ese mundo nuevo, extraño… pero en cambio…, ese agujero vacío, frío en el pecho…, no estaba segura de ser capaz de sobrevivir a eso.

Incluso en los años en que había estado a una semana de morir de hambre, esa parte de mí estaba llena de colores, llena de luz. Tal vez convertirme en inmortal había quebrado ese rincón de mi mente. Tal vez lo había quebrado Amarantha.

O tal vez lo había quebrado yo misma cuando metí la daga en el corazón de dos inmortales inocentes y la sangre me manchó las manos.

—Decididamente no —dije sobre el jardincito de la terraza de la casa de ciudad, las manos hundidas bien al fondo en los bolsillos del abrigo para defenderlas de la mordida del aire de la noche. Había lugar suficiente para algunos arbustos en macetas y una mesa redonda de hierro con dos sillas para mí y Rhysand.

Alrededor de los dos, titilaba la ciudad; hasta las estrellas parecían más bajas y latían en colores como rubíes y amatistas y perlas. Más arriba, la luna llena destacaba

el mármol de los edificios y los puentes que brillaban como si estuvieran iluminados por dentro. Había música, cuerdas y tambores suaves, y de los dos lados del Sidra, luces doradas que colgaban sobre los paseos de la ribera, salpicados de cafés y de tiendas, todos abiertos, todos con las mesas colmadas.

Tanta vida…, todo tan lleno de vida. Yo casi oía cómo crujía la vida a mi alrededor.

Vestido de negro, con un hilo de plata que servía para destacar la profundidad del color, Rhysand cruzó los brazos. Y las enormes alas crujieron cuando yo dije:

—No.

—La Casa del Viento está guardada contra cualquiera que quisiera transportarse al interior…, igual que esta. Ni un alto lord podría hacerlo. No me preguntes por qué o quién lo hizo. Pero la opción es subir caminando diez mil escalones, cosa que yo realmente *no* tengo ganas de hacer… Es eso o volar, Feyre. —La luz de la luna plateaba el espolón en la punta de cada una de las alas. Rhys me sonrió despacio, una sonrisa que yo no había visto en toda la tarde—. Prometo que no te voy a soltar.

Yo fruncí el ceño en el vestido azul medianoche que había elegido: a pesar de las largas mangas y la tela pesada, lujosa, el escote largo no era buena defensa contra el frío. Había pensado en ponerme el suéter y los pantalones gruesos pero me había decidido por la elegancia y no por la comodidad. Y, a pesar del abrigo, ya me estaba arrepintiendo. Pero si ese Círculo Íntimo se parecía en algo a la corte de Tamlin…, mejor ponerme algo más formal. Me estremecí frente a la franja que formaba la noche entre el techo y la residencia en la montaña.

—El viento me va a arrancar el vestido.

La sonrisa de él se volvió felina.

—Prefiero las escaleras —le espeté y me alegré por el enojo después de varias horas de parálisis; caminé hacia la puerta en el otro extremo del techo.

Rhys abrió un ala y me impidió el paso.

Una membrana suave…, con pecas iridiscentes. Yo retrocedí.

—Nuala pasó una hora preparándome el pelo.

Una exageración, claro, pero se había pasado un buen rato con eso mientras yo me quedaba sentada en un silencio hueco dejando que ella convenciera a las puntas de mi cabello para que se convirtieran en rulos suaves y levantara una sección en la parte superior de la cabeza con hebillas doradas. Tal vez quedarme en la casa esa noche, sola y tranquila…, tal vez eso sería mejor que enfrentar a esa gente. Que interactuar con ellos.

El ala de Rhys se curvó alrededor de mí, y me acercó hacia él, tanto que casi se sentía el calor de ese cuerpo poderoso.

—Prometo que no voy a dejar que el viento te deshaga el peinado. —Levantó una mano como si fuera a tocar uno de los rulos, después la bajó.

—Si tengo que decidir si voy a trabajar contra Hybern contigo…, con tu Círculo Íntimo…, ¿no podemos…, no sé, encontrarnos aquí?

—Ellos ya están allá ahora. Y además, mi Casa del Viento tiene espacio suficiente como para que no tengas ganas de tirarlos por la montaña.

Tragué saliva. Y claro, en ese momento, sobre la cima de la montaña del centro que teníamos a la espalda, empezaron a brillar las luces, como si la montaña estuviera coronada de oro. Y entre mi persona y esa corona de luz, vi una franja larga, *muy* larga de aire.

—Quieres decir —dije porque tal vez esa era la única arma que me quedaba en el arsenal—, ¿quieres decir que esta casa de ciudad es demasiado chica y que la personalidad de ellos es demasiado grande y que tienes miedo de que yo me pierda otra vez?

El ala me empujó hacia él de nuevo, un susurro de tibieza en el hombro.

—Tal vez, ¿y qué?

—No soy una muñeca rota. —Aunque esa tarde, en esa conversación que habíamos tenido, lo que había visto desde esos ojos color violeta, decía otra cosa. Pero retrocedí un paso más.

—Eso lo sé —dijo él—. Pero eso no significa que yo vaya a arrojarte a los lobos. Si realmente sentías eso que dijiste, si sientes que quieres trabajar conmigo para que Hybern no llegue a estas tierras, para que no se derrumbe el muro, primero quiero que conozcas a mis amigos. Tú decides si es algo que eres capaz de manejar. Y quiero que la reunión sea en *mis* términos, no cuando ellos nos hagan una emboscada en la casa de nuevo.

—No sabía que tenías amigos. —Sí, rabia, palabras filosas… Eso me hacía bien. Mejor que no sentir nada.

Una sonrisa fría.

—No preguntaste.

Ahora, estaba lo bastante cerca como para pasarme el brazo por la cintura, y poner las dos alas a mi alrededor. Se me cerró la columna. Una jaula…

Las alas se separaron.

Pero el brazo siguió donde estaba, y me tomó con más fuerza. Preparándome para despegar. Que la Madre me salvara.

—Esta noche, cuando quieras, dilo y volvemos aquí y no te hago preguntas. Y si no toleras esto, trabajar para mí, con ellos, tampoco voy a hacerte preguntas. Podemos encontrar otra forma de que vivas aquí, de que estés bien, completa, y no importa lo que yo necesito que hagas. Tú decides, Feyre.

Yo pensé en empujarlo, en decir que no, que quería quedarme. ¿Pero quedarme a qué? ¿A dormir? ¿A esquivar una reunión que sin duda tendría que tener antes de decidir lo que quería hacer conmigo misma? Y volar…

Estudié las alas, el brazo de él en la cintura.

—Por favor, no me sueltes. Y por favor no…

Nos lanzamos al cielo, tan rápido como una estrella fugaz.

Antes de que mi grito hubiera terminado de sonar, la ciudad se abría debajo de

nosotros como un bostezo. La mano de Rhys se deslizó por debajo de mis rodillas mientras la otra seguía sobre la espalda y las costillas y subimos, subimos, subimos hacia el cielo estrellado de la noche, hacia la oscuridad líquida y el viento envuelto en canción.

Las luces de la ciudad fueron cayendo hasta que Velaris se convirtió en una manta de terciopelo en movimiento, una manta salpicada de estrellas, hasta que la música no nos llegó siquiera a las orejas puntiagudas. El aire estaba frío pero no había otro viento que una brisa suave sobre la cara y eso que viajábamos con precisión magnífica, justamente hacia la Casa del Viento.

El cuerpo de Rhys era duro y tibio y yo lo sentía contra el mío, una fuerza sólida de la naturaleza, tallada y preparada para el vuelo. Hasta su olor me recordaba al viento, la lluvia y la sal y un olor a cítrico… y algo más, algo que no conseguí identificar.

Giramos hacia una corriente de aire ascendente y entonces nos elevamos con tanta velocidad que, instintivamente, me tomé de la túnica negra de él mientras se me encogía el estómago. Hice una mueca cuando él rio con suavidad y me hizo cosquillas en la oreja.

—Esperaba más gritos. Seguramente no lo estoy haciendo bien.

—*No te atrevas.*… —siseé mientras ponía los ojos en la tiara de luces que se acercaban a nosotros en la pared eterna de la montaña.

Con el cielo en una rueda sobre nosotros y las luces que pasaban a nuestro lado, arriba y abajo se habían convertido en espejos hasta que pareció que navegábamos en medio de un mar de estrellas. Algo que estaba tenso en el medio de mi pecho se aflojó un poco.

—Cuando yo era chico —me dijo Rhys en la oreja—, saltaba desde una ventana de la Casa del Viento y volaba y volaba toda la noche, girando por encima de la ciudad, el río, el mar. Lo sigo haciendo a veces.

—Qué emoción para tus padres.

—Mi padre no lo supo nunca… Mi madre… —Una pausa—. Mi madre era ilyria. Algunas noches, cuando me descubría a punto de saltar por la ventana, me retaba…, y después saltaba conmigo y volábamos juntos hasta el amanecer.

—Suena maravilloso —admití.

—Ella era maravillosa —dijo él. Y esas dos palabras me dijeron lo suficiente sobre su pasado. No pregunté.

Una maniobra exacta nos llevó hacia arriba hasta que estuvimos en línea directa frente a una terraza ancha rodeada por el oro de la luz de muchas antorchas amarillas. En el extremo más lejano, dentro de la montaña roja, dos puertas de vidrio, abiertas de par en par y más allá un comedor grande y sorprendentemente informal, tallado en la piedra y adornado con madera tibia. Las sillas, todas, pensadas para acomodar alas.

El aterrizaje de Rhys fue tan suave como había sido el despegue, pero él me mantuvo un brazo sobre el hombro mientras a mí se me doblaban las rodillas. Me

desprendí de ese roce y miré la ciudad por debajo.

Había pasado demasiado tiempo agachada sobre las ramas de los árboles y la altura ya no me producía un terror primitivo. Pero la extensión de la ciudad…, y peor todavía, la vasta expansión de oscuridad más allá…, ese mar… Tal vez seguía siendo una humana tonta y era por eso que me sentía así, pero me pareció que nunca había sido consciente del tamaño del mundo. El tamaño de Prythian…; si una ciudad tan grande como esa podía quedar escondida de Amarantha, de todas las otras cortes…

Rhysand estaba a mi lado, en silencio. Pero después de un momento, dijo:

—Dilo.

Levanté una ceja.

—Di lo que estás pensando…, una cosa. Yo digo una también.

Meneé la cabeza y me volví hacia la ciudad.

Pero Rhys dijo:

—Estoy pensando que me pasé cincuenta años encerrado en Bajo la Montaña y que a veces me permitía soñar con este lugar pero nunca esperé verlo de nuevo. Estoy pensando que ojalá hubiera sido yo el que la matara. Estoy pensando que si viene la guerra, va a pasar mucho tiempo sin que yo tenga una noche como esta.

Deslizó los ojos sobre mí y esperó.

No me molesté en preguntarle cómo había hecho para que ella no descubriera este lugar, no porque seguramente él iba a negarse a decírmelo. Así que dije:

—¿Crees que la guerra va a llegar tan pronto?

—Esta era una invitación sin preguntas. Te dije…, te dije tres cosas. Ahora tú dime una.

Miré el mundo abierto, la ciudad y el mar inquieto y la seca noche de invierno.

Tal vez fue un resto de coraje o un resto de inconsciencia o el hecho de que yo estaba más arriba que nadie excepto Rhys y de que nadie me oía excepto él y el viento pero dije:

—Estoy pensando que debo haber sido una tonta enamorada para permitir que me mostraran tan poco de la Corte Primavera. Estoy pensando que hay mucho de ese territorio que nunca me permitieron ver, del que ni siquiera me hablaron y que tal vez habría vivido en ignorancia para siempre como una mascota… Estoy pensando… —Las palabras se me atragantaron. Meneé la cabeza como si pudiera hacerlas desaparecer. Pero seguí hablando—. Estoy pensando que fui una chica solitaria, sin esperanza y que tal vez me haya enamorado de la primera cosa que me mostró un poquito de amabilidad, que me ofreció un poquito de seguridad. Y estoy pensando que tal vez él sabía eso…, tal vez no activamente pero creo que él *quería* ser esa persona para alguien. Y tal vez eso funcionaba para la que yo era antes. Tal vez no funciona para…, para quien soy ahora.

Ahí estaba.

Las palabras, horribles y egoístas y poco agradecidas. Con todo lo que había hecho Tamlin por…

El nombre me resonó dentro de mi cuerpo. Yo había estado ahí el día anterior, no había pasado más tiempo…, el día anterior. No…, no. No quería pensar en eso. Todavía no.

—Eso estuvo bien. Me parece que te debo uno o dos pensamientos —dijo Rhysand y miró hacia atrás—. Más tarde.

Porque los dos machos alados que había visto yo en la casa estaban de pie en el umbral.

Sonriendo.

Capítulo 16

Rhys se acercó caminando despacio a los dos machos que estaban de pie junto a las puertas del comedor; así, me daba la opción de quedarme donde estaba o unirme a él.

Una palabra, me había prometido, y podíamos irnos.

Los dos machos eran altos, las alas plegadas sobre cuerpos poderosos, musculosos, cubiertos de cuero oscuro, ropa en placas que me recordó las escamas de algunas bestias con forma de serpiente. Los dos llevaban espadas largas idénticas, con hojas simples y muy bellas. Tal vez no debería haberme preocupado por la ropa fina después de todo.

El que era apenas más grande, la cara en sombras, soltó una risita y dijo:

—Vamos, Feyre, no mordemos. A menos que nos pidais que lo hagamos, claro.

La sorpresa encendió una chispa en mí y se me movieron los pies.

Rhys se metió las manos en los bolsillos.

—Por lo que sé, Cassian, nadie aceptó tu oferta todavía.

Cassian resopló, las caras de los dos, iluminadas por fin cuando se volvieron hacia la luz dorada del comedor, y yo me pregunté por qué no habría aceptado nadie: si la madre de Rhysand también había sido ilyria, entonces ese pueblo estaba bendecido por la belleza física.

Como su alto lord, los machos —guerreros, sin duda— tenían el cabello negro, la

piel morena. Pero a diferencia de Rhys, tenían los ojos marrones y estaban fijos en mí cuando me acerqué a la Casa del Viento, abierta para mí detrás de ellos.

En ese lugar se detenían las similaridades entre los tres.

Cassian miró a Rhys de arriba abajo, el pelo negro largo hasta los hombros en movimiento.

—Tan a la moda hoy, hermano. Y además obligaste a vestirse a la pobre Feyre. —Me hizo un guiño. Había algo como tallado en bruto en esos rasgos…, como si lo hubieran fabricado con viento y tierra y llamas, y todas las formas civilizadas que lo cubrían fueran solo un inconveniente.

Pero el segundo macho era el más hermoso de los dos en un sentido clásico… Hasta la luz se ponía tímida frente a los planos más elegantes de esa cara. Con buena razón, además. Hermoso pero casi imposible de leer. Ese era el que había que tener muy en cuenta, era de ese del que había que tener miedo…, el cuchillo en la oscuridad. Y sí, llevaba un cuchillo de caza con mango de obsidiana metido en una funda a la altura de la cadera, la funda repujada con una línea de runas de plata, dibujos que yo nunca había visto antes.

Rhys dijo:

—Azriel, mi jefe de espías. —No me sorprendió. Un instinto enterrado me llevó a chequear los escudos mentales, necesitaba ver si estaban levantados. Por si acaso.

—Bienvenida —fue lo único que dijo, la voz baja, casi monótona mientras me tendía una mano con cicatrices brutales. La forma de la mano era normal pero la piel… Era como si alguien la hubiera doblado y arremolinado y fabricado ondas con ella. Tenía que haber sido horrendo ese momento si hasta su sangre inmortal había sido incapaz de curar las heridas.

Las placas de cuero de la armadura fina fluían sobre la mayoría de las marcas, sostenidas por un hilo que le pasaba sobre el dedo mayor. No para esconderlas, me di cuenta mientras la mano atravesaba el aire hacia mí: era para mantener en su lugar la piedra grande, color cobalto, que adornaba la parte posterior de la manopla. Tenía otra haciendo juego sobre la mano izquierda; en las de Cassian, había dos piedras rojas gemelas, del color del corazón, un color en movimiento, como el de una llama.

Tomé la mano de Azriel y esos dedos rugosos apretaron los míos con fuerza. Tenía la piel tan fría como la cara.

Pero lo que tiraba de mi atención, llamándola, era la palabra que había usado Cassian hacía un momento; le solté la mano a Azriel y traté de no parecer demasiado ansiosa por ponerme junto a Rhys.

—¿Sois hermanos? —Los tres ilyrios se parecían pero solo en el sentido en que se parecen dos personas que vienen del mismo lugar.

Fue Rhysand el que aclaró.

—Hermanos en el sentido en que, en cierto modo, son hermanos todos los bastardos.

Yo nunca lo había pensado así.

—¿Y…, y vos? —pregunté a Cassian.

—Yo comando los ejércitos de Rhys —dijo él, encogiéndose de hombros, las alas bien apretadas contra la espalda.

Como si ese poder fuera algo ante lo cual uno se encoge de hombros. Y…, por otra parte, ejércitos… Rhys tenía ejércitos entonces. Me moví sobre los pies. Los ojos castaños de Cassian siguieron mis movimientos, la boca se le torció a un costado y sinceramente pensé que estaba a punto de darme su opinión profesional sobre la forma en que esa manera de moverme me pondría en desventaja frente a un oponente; pero justo en ese momento, Azriel explicó:

—Cassian también es especialista en enojar a todo el mundo. Sobre todo a nuestros amigos. Así que…, como amiga de Rhysand, os deseo buena suerte.

Amiga de Rhysand…, no salvadora de Prythian, no asesina, no cosa inmortal y sin embargo, humana. Tal vez ellos no lo sabían…

Pero Cassian empujó a su hermano bastardo o lo que fuera y las alas enormes de Azriel se acomodaron un poco para recuperar el equilibrio.

—¿Cómo mierda hicisteis una escalera de huesos en el cubil del Gusano cuando parecía que vuestros propios huesos estaban a punto de estallar?

Bueno, enigma resuelto. Y también la pregunta sobre su presencia en Bajo la Montaña. Pero entonces, ¿dónde había estado en ese tiempo? Otro misterio. Tal vez aquí, en esta ciudad. A salvo y bien protegido.

Miré a Cassian a los ojos aunque solo fuera porque si era Rhysand el que me defendía eso tal vez me destruyera todavía más. Y tal vez así me convertía en una persona tan venenosa como una víbora, y tal vez me encantaba ser eso, eso exactamente, pero dije:

—¿Y cómo hicisteis vos para sobrevivir todo este tiempo sin que nadie os matara?

Cassian llevó la cabeza hacia atrás y se rio con fuerza, un sonido denso y hermoso que rebotó sobre las piedras rojas de la casa. Las cejas de Azriel se elevaron en un gesto de aprobación y dio la impresión de que las sombras se envolvían a su alrededor. Como si él fuera el panal desde el cual salían y al que volvían más tarde.

Traté de no temblar cuando miré a Rhys para que me diera una explicación sobre los dones oscuros de su jefe de espías.

La cara de Rhys estaba impasible pero los ojos parecían llenos de cautela. Pensaban. Casi le pregunté qué mierda estaba mirando hasta que Mor entró a la terraza como una brisa mientras decía:

—Si Cassian está aullando, espero que sea porque Feyre le dijo que cerrara esa bocota.

Los dos ilyrios se dieron vuelta hacia ella; Cassian abrió un poquito los pies en el suelo en una posición de pelea que yo conocía muy bien.

Eso casi me distrajo y casi no noté a Azriel cuando las sombras a su alrededor se hicieron más claras y la mirada se le deslizó sobre el cuerpo de Mor: ese vestido rojo

de gasa leve y en movimiento, acentuado por puños dorados y hebillas que parecían hojas amarillas sobre el cabello ondulado.

Un hilo de sombra se curvó alrededor de la oreja de Azriel y sus ojos buscaron los míos. Obligué a mi cara a expresar absoluta inocencia.

—No sé por qué siempre me olvido de que vosotros sois parientes —le dijo Cassian a Mor, señalando a Rhys con el mentón; Rhys puso los ojos en blanco—. Vosotros dos y vuestra ropa…

Mor le hizo una reverencia. Y yo casi no conseguí disimular mi alivio cuando vi esa ropa elegante. Por lo menos no iba a parecer tan fuera de lugar con la mía.

—Quería impresionar a Feyre. Por lo menos podrías haberte molestado en peinarte.

—A diferencia de algunos —dijo Cassian y así probó mis sospechas sobre la postura de ataque—, tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que sentarme al espejo durante horas.

—Sí —dijo Mor, corriendo el cabello largo hacia atrás sobre el hombro—, como contonearse por las calles de Velaris…

—Tenemos compañía —fue la advertencia suave de Azriel, las alas otra vez un poco abiertas mientras arreaba a todos a través de las puertas de la terraza, abiertas sobre el comedor. Yo habría jurado que lo seguían hilos de negrura.

Mor palmeó a Azriel en el hombro mientras esquivaba el ala extendida de él.

—Basta, Az…, nada de peleas esta noche. Se lo prometimos a Rhys.

Las sombras acechantes desaparecieron por completo y la cabeza de Azriel se inclinó un poquito…, el pelo negro como la noche se le deslizó sobre la cara hermosa como para protegerla de su propia sonrisa impiadosa.

Mor no dio ninguna indicación de haber entendido y curvó los dedos hacia mí.

—Ven a sentarte conmigo mientras ellos beben.

A mí me quedaba todavía suficiente dignidad como para no mirar a Rhys y que él me indicara si todo estaba bien. Así que obedecí, la seguí enseguida mientras los dos ilyrios caminaban con su alto lord.

—A menos que prefieras beber, claro —ofreció Mor mientras entrábamos en la tibieza y la piedra roja del comedor—. Pero te quiero conmigo un rato antes de que te acapare Amren…

Las puertas internas del comedor se abrieron bruscamente en un viento susurrante y revelaron, más allá, los pasillos sombríos, color púrpura, de la montaña.

Y tal vez parte de mí seguía siendo mortal, porque aunque la mujer petisa, delicada que apareció ahí *parecía* alta fae…, como me había advertido Rhys, todos mis instintos me pedían que saliera corriendo. Que me escondiera.

Era varios centímetros más baja que yo; el pelo negro, largo hasta el mentón, brillante y lacio; la piel bronceada y suave y la cara, linda, tal vez común, aburrida, si no levemente irritada. Pero los ojos…

Los ojos color plata de Amren eran diferentes de cualquier cosa que yo hubiera

visto antes: hacían una inspección dentro de la criatura que no era alta fae, yo lo sabía desde mis huesos. O por lo menos no había nacido Fae.

Vestía pantalones, una blusa como las que yo había usado en el otro palacio de montaña, los dos en tonos de color estaño y nube de tormenta, las orejas, los dedos y las muñecas adornadas con perlas blancas, grises y negras. Hasta el alto lord a mi lado parecía apenas una sombra frente al poder que emanaba de ella.

Mor gruñó y se dejó caer en una silla cerca del extremo de la mesa y se sirvió un vaso de vino. Cassian se sentó frente a ella y estiró los dedos hacia la botella de vino. Pero Rhysand y Azriel se quedaron en el lugar donde estaban, de pie, mirando, tal vez vigilando, mientras esa hembra extraña se les acercaba, y finalmente se detenía a un metro de distancia.

—Tu gusto sigue siendo excelente, Rhys, alto lord. Gracias. —La voz era suave pero resonaba en un tono más filoso que cualquier hoja de cuchillo. Los dedos flacos, chicos, tocaron un momento el prendedor delicado en plata y perlas que llevaba sobre el pecho derecho.

Así que era para ella que él había comprado las joyas. Esas joyas que yo no iba a intentar robarme, nunca, bajo ninguna circunstancia.

Estudié a Rhys y a Amren como si me fuera posible leer el lazo que había entre ellos pero Rhysand hizo un gesto con la mano e inclinó la cabeza.

—Te queda muy bien, Amren.

—A mí, todo me queda bien —dijo ella y esos ojos horribles, fascinantes, volvieron a fijarse en los míos. Como un rayo que estalla.

Ella dio un paso más hacia mí, olfateando el aire con delicadeza, y aunque yo era por lo menos quince centímetros más alta que ella, nunca me había sentido más débil. Pero levanté el mentón. No supe por qué pero lo hice.

Amren dijo:

—Así que ahora somos dos.

Se me unieron las cejas en la frente.

Los labios de Amren era una raya roja.

—Somos dos. Nosotras dos, que nacimos como otra cosa, y nos encontramos atrapadas en cuerpos nuevos, extraños.

Decidí que realmente no quería saber lo que había sido ella antes.

Amren sacudió el mentón hacia mí, un gesto para invitarme a que me sentara en la silla vacía junto a Mor; el pelo, en movimiento como noche fundida. Se sentó en la silla que estaba justo frente a la mía; Azriel, del otro lado y Rhys frente a él…, a mi derecha.

Nadie en la cabecera de la mesa.

—Aunque en realidad hay un tercero —dijo Amren mirando a Rhysand—. No creo que hayas oído hablar de Myriam desde hace… siglos. Interesante.

Cassian puso los ojos en blanco.

—Por favor, al punto, Amren, tengo hambre.

Mor se atragantó con el vino. Amren desvió su atención hacia el guerrero a su derecha. Del otro lado, Azriel los vigilaba con mucho, mucho cuidado.

—¿Nadie te calienta la cama ahora, Cassian? Seguramente es muy pero muy difícil ser un ilyrio y no tener ningún pensamiento en la cabeza, pensar solamente desde la parte favorita de tu cuerpo.

—Tú sabes que siempre me gusta enredarme en las sábanas contigo, Amren —dijo Cassian, sin dejarse desconcertar por los ojos plateados, por el poder que le salía a ella por los poros—. Sé lo mucho que disfrutas el tipo ilyrio de…

—Por lo que oí, Miryam —dijo Rhysand mientras la sonrisa la convertía en serpiente— y Drakon están bien. ¿Y qué es lo interesante exactamente?

La cabeza de Amren se inclinó hacia el costado mientras me estudiaba de arriba abajo. Traté de no retroceder frente a esa mirada.

—Solamente una vez hubo un humano Creado como inmortal antes que ahora. Es interesante que vuelva a pasar justo cuando todos los viejos jugadores están en el tablero otra vez. Pero a Miryam le dieron una vida larga…, no un nuevo cuerpo. Y vos, muchacha… —Volvió a oler el aire y yo nunca me sentí más desnuda. La sorpresa iluminó los ojos de Amren. Rhys se limitó a asentir. Yo no sabía qué significaba el gesto pero fuera lo que fuese, ya estaba cansada. Cansada de que estudiaran y me evaluaran—. A vos, os hicieron toda de nuevo, sangre, venas, huesos. Un alma mortal en un cuerpo inmortal.

—Tengo hambre —dijo Mor y me empujó con el muslo. Chasqueó los dedos, y en los platos se apilaron pollo al horno, hojas verdes y pan. Simple pero…, elegante. Para nada formal. Tal vez el suéter y los pantalones no habrían estado fuera de lugar para esta comida—. Amren y Rhys pueden hablar hasta hacernos llorar de aburrimiento así que no te molestes en esperar; ellos no van a empezar. —Levantó el tenedor, hizo sonar la lengua—. Le pregunté a Rhys si podía llevarte *yo* a cenar, las dos solas, y él dijo que tú no ibas a querer. Pero sé sincera: ¿no es mejor pasar el tiempo conmigo que con esos dos viejos aburridos?

—Para alguien que tiene la misma edad que yo —pronunció Rhys muy despacio —, me parece que te estás olvidando de…

—Todo el mundo quiere hablar, hablar, hablar —dijo Mor y le dirigió una mirada a modo de advertencia a Cassian, que ya había abierto la boca—. ¿No podemos comer, comer, comer y dejar lo de hablar para *después*?

Un equilibrio interesante entre la terrorífica Segunda de Rhys y la encantadora Tercera, tan charlatana. Si el rango de Mor era más alto que el de los dos guerreros en la mesa, tenía que haber alguna razón además de ese encanto irreverente. Un poder que le permitiera entrar en la pelea con Amren (la que había mencionado Rhys)…, y salir viva.

Azriel soltó una risita en dirección a Mor pero levantó el tenedor. Yo también lo hice, pero esperé hasta que él hubiera dado la primera mordida. Por si acaso…

Rico. Tan rico. Y el vino…

Ni siquiera me había dado cuenta de que Mor me había servido un vaso hasta que terminé el primer sorbo y ella hizo sonar el suyo contra el mío.

—No dejes que estos metidos te mandoneen.

Entonces, Cassian dijo:

—Tetera. Negro. Ya. —Después hizo un gesto a Amren que casi no había tocado el plato—. Siempre me olvido de lo raro que es. —Le sacó el plato sin ceremonias, y dejó caer la mitad de la comida en el suyo antes de pasarle el resto a Azriel.

Mientras deslizaba la comida en el plato, Azriel le dijo a Amren:

—Sigo diciéndole que tiene que pedir permiso antes de hacer eso.

Amren hizo sonar los dedos y el plato vacío desapareció de las manos heridas de Azriel.

—Si no pudiste enseñarle eso durante todos estos siglos, no creo que vayas a hacer ningún progreso ahora. —Acomodó la vajilla de plata en el lugar que había dejado el plato frente a ella.

—¿No… no coméis? —le pregunté. Las primeras palabras que había dicho esa noche.

Los dientes de Amren eran tan blancos que me ponían nerviosa.

—No este tipo de comida.

—Que el Caldero me hierva —dijo Mor, tomando un trago grande—. ¿Podemos *no* hacer eso?

Yo decidí que tampoco quería saber *qué* comía Amren.

Desde el otro lado, Rhys soltó una risita.

—Recuérdenme organizar cenas familiares más seguido.

Cenas de familia…, no reuniones oficiales. Y esta noche…, o ellos no sabían que yo estaba ahí para decidir si realmente quería trabajar con Rhys o no tenían ganas de fingir que eran ninguna otra cosa que lo que realmente eran. Sin duda llevaban puesto lo que sentían en la cara, fuera lo que fuese; y yo tenía la sensación creciente de que podría haberme aparecido en camisón y a ellos les habría parecido bien. Un grupo único, sí. Y contra Hybern…, ¿quiénes serían? ¿Qué serían capaces de hacer como aliados o enemigos?

Frente a mí, latía una cápsula de silencio alrededor de Azriel mientras los otros se dedicaban a la comida. Volví a mirar el óvalo de piedra azul sobre la manopla mientras él tomaba un trago de vino. A pesar de que había sido muy rápida, Azriel notó la mirada; en realidad, yo tenía la sensación de que había notado y catalogado todos mis movimientos, palabras y hasta respiraciones. Levantó las manos, con el dorso hacia mí para mostrarme las dos joyas.

—Se llaman Sifones. Concentran el poder en batalla, ayudan a enfocarlo.

Solo los tenían él y Cassian.

Rhys apoyó el tenedor y explicó:

—El poder de los ilyrios tiende a «incinerar primero y preguntar después». Tienen pocos dones mágicos fuera de…, del poder de matar.

—El don de un pueblo violento, siempre en guerra —agregó Amren. Azriel asintió y las sombras se le enroscaron en el cuello, en las muñecas. Cassian lo miró fijamente, la cara tensa, pero Azriel lo ignoró.

Rhys siguió explicándome pero yo sabía que estaba atento a todas las miradas entre su jefe de espías y el comandante del ejército.

—Los ilyrios cultivan el poder, buscan ventaja en la batalla, sí. Los Sifones filtran ese poder en bruto y permiten que Cassian y Azriel lo transformen en algo más sutil y variado, en escudos y armas, en flechas y espadas. Imagina la diferencia entre tirar un balde de pintura contra la pared y usar un pincel. Los Sifones permiten que la magia se vuelva hábil, precisa dentro del campo, cuando en realidad, en estado natural, esa magia es algo mucho menos refinado, mucho más desordenado, potencialmente peligroso, sobre todo si se pelea en un lugar pequeño, con poco espacio.

Me pregunté cuánto de eso habían tenido que hacer cada uno de ellos. Si esas cicatrices en las manos de Azriel tendrían ese origen.

Cassian flexionó los dedos, admiró las piedras rojas, claras que adornaban el dorso de sus manos anchas.

—No está nada mal que además sean tan hermosos.

—Ilyrios… —musitó Amren.

Cassian mostró los dientes en un gesto de diversión feroz y tomó un trago de vino.

Conocerlos, tratar de entender la forma en que yo podía llegar a trabajar con ellos, a confiar en ellos si estallaba el conflicto con Hybern…, luché buscando algo que preguntar y le dije a Azriel, cuyas sombras habían desaparecido:

—¿Cómo…, como hicisteis vos y lord Cassian…?

Cassian volcó vino en la mesa y Mor se levantó bruscamente, insultándolo mientras usaba una servilleta para secarse el vestido.

Pero Cassian estaba aullando de risa y Azriel tenía una sonrisa leve, preocupada sobre la cara cuando Mor le mostró el vestido con la mano y las manchas aparecieron de pronto en los cueros de batalla que Cassian usaba para la batalla o tal vez el vuelo, pensé de pronto. Me ardían las mejillas. Era evidente que yo había roto algún protocolo ignoto de la corte y…

—Cassian —dijo Rhys con lentitud— no es lord. Aunque seguramente aprecia que tú lo creas. —Miró a su Círculo Íntimo—. Y ya que estamos, tampoco lo es Azriel. Ni Amren. Lo creas o no, Mor es la única de sangre pura, con título, en esta habitación. —¿Él no? Seguramente Rhys vio la pregunta en mi cara porque dijo—: Yo soy medio ilyrio. Para los alto fae puros, soy lo mismo que un bastardo…

—¿Así que… vosotros tres no sois…, no sois altos fae? —les dije a él y a los dos machos.

Cassian terminó de reírse.

—Los ilyrios no son altos fae, no. Y están orgullosos de eso. —Se metió el pelo negro detrás de la oreja; tan redonda como había sido la mía una vez—. Y no somos

inmortales menores, aunque algunos tratan de llamarnos así. Somos…, somos ilyrios solamente. La Corte Noche nos consideró caballería aérea descartable en el mejor de los casos; en el peor, soldados brutos sin ninguna inteligencia…

—No todo el tiempo pero sí la mayor parte —clarificó Azriel. No me atreví a preguntar si esas sombras eran parte de lo que eran los ilyrio. En lugar de eso, dije:

—No os vi en Bajo la Montaña. —Tenía que saber sin ninguna duda si habían estado ahí, si me habían visto, si conocían la forma en que yo había trabajado con…

Silencio. Ninguno de ellos, ni siquiera Amren, miró a Rhysand.

Fue Mor la que dijo:

—Porque ninguno de nosotros estuvo ahí.

La cara de Rhys era una máscara de frío.

—Amarantha no sabía que existían. Y cuando alguien trataba de decírselo, generalmente se quedaba sin mente.

Un escalofrío me recorrió la columna. No por el asesino frío que era él sino por…, por…

—Entonces, ¿es cierto que mantuviste a esta ciudad y a su pueblo escondidos de ella durante cincuenta años?

Cassian estaba mirando su plato con los ojos fijos como si estuviera a punto de estallar.

Fue Amren la que dijo:

—Vamos a seguir manteniendo a esta ciudad y a su pueblo escondidos de nuestros enemigos durante mucho tiempo.

No era una respuesta.

Cuando lo arrastraron a Bajo la Montaña, Rhys no había esperado volver a verlos. Y sin embargo, los había mantenido a salvo.

Y eso los mataba…, a todos, a esos cuatro que estaban en esa mesa. Los mataba saber lo que él había hecho por ellos, y la forma en que lo había hecho no tenía importancia. Incluso Amren sentía lo mismo.

Tal vez no solo porque Rhys había soportado a Amarantha mientras ellos vivían ahí. Tal vez también por los que quedaron en el territorio pero fuera de la ciudad. Tal vez elegir una ciudad, un lugar, que proteger era mejor que nada. Tal vez…, tal vez era un consuelo tener un lugar que quedara a salvo. Intocado por la suciedad.

La voz de Mor estaba un poco ronca cuando me lo explicó, las hebillas doradas brillaron bajo la luz.

—No hay una sola persona en esta ciudad que sepa lo que pasó fuera de las fronteras. O más allá del mar.

Yo no quise preguntar cuál había sido el precio. El dolor que se oía en el silencio me decía suficiente.

Sin embargo, si ellos habían vivido y atravesado ese dolor, si conseguían seguir riéndose…, me aclaré la garganta y le dije a Azriel, que, sombras o no, parecía el más seguro y por lo tanto, seguramente era el peor:

—¿Cómo os conocisteis? —Una pregunta inocente, para tantearlos, para saber quiénes eran, ¿o no?

Azriel se volvió hacia Cassian, que tenía la vista fija en Rhys, los ojos llenos de culpa y amor, tan profundos, tan agónicos, que un instinto medio astillado me llevó casi a estirarme sobre la mesa y tomarle la mano.

Pero Cassian parecía estar procesando la pregunta y el pedido silencioso de su amigo para que contara la historia. Y así, de pronto, una sonrisa le cruzó la cara como un fantasma.

—Al principio nos odiábamos.

Junto a mí, la luz hizo un guiño en los ojos de Rhys. Lo que yo le había preguntado sobre Amarantha, los horrores que le había hecho recordar…

Una confesión por una confesión…, y de pronto, se me ocurrió que él lo había hecho por mí. Tal vez tenía cosas que necesitaba decir en voz alta, *que no podía* decirle a estos cuatro, no sin causarles más dolor, más culpa.

Cassian siguió adelante y yo le dediqué la atención que antes había puesto en el alto lord a mi derecha.

—Es que somos bastardos, Az y yo. Los ilyrios…, los ilyrios amamos a nuestro pueblo y amamos nuestras tradiciones, pero ese pueblo vive en clanes y campamentos en las montañas del norte y no les gustan los forasteros. Sobre todo, odian a los altos lores que quieren decirles lo que tienen que hacer y lo que no. Pero están tan obsesionados como los altos fae con el linaje y tienen sus propios lores y princesas. Az —dijo y lo señaló con el pulgar mientras el Sifón rojo atrapaba la luz durante un instante— era el bastardo de uno de los lores locales. Y si tú crees que todos odian al hijo bastardo de un lord, ni te imaginas el odio que recibe el bastardo de una cazadora en un campamento de guerra, el hijo que es fruto de una relación con un guerrero que ella no recordaba o no quería recordar. —Encogió los hombros en un gesto casual pero los ojos brillaron con furia asesina—. El padre de Az lo puso en nuestro campamento para que se entrenara apenas él y su encantadora esposa se dieron cuenta de que era cantor de sombras.

Cantor de sombras. Sí…, significara lo que significase, ese título le cuadraba.

—Como los daemati —me dijo Rhys—, los cantores de sombras son raros, y en las cortes y los territorios del mundo los desean por su capacidad para el sigilo y para sentir cosas que otros no sienten.

Entonces, tal vez esas sombras le susurraban cosas. La cara fría de Azriel no transmitía nada.

Cassian dijo:

—El jefe del campamento prácticamente se hizo encima de excitación el día en que tiraron a Az entre nosotros. Pero a mí…, cuando mi madre me destetó y conseguí caminar, me hicieron volar hasta un campamento lejano y me metieron directamente en el barro para ver si vivía o no.

—Hubiera sido más inteligente tirarte desde un acantilado —resopló Mor.

—Ah, sin duda —dijo Cassian y la sonrisa adquirió el filo de una navaja—. Sobre todo porque cuando yo ya tuve fuerza y edad suficiente para volver al campamento en el que había nacido, supe que esos hijos de puta habían hecho trabajar a mi madre hasta la muerte.

Otra vez silencio pero este era diferente. La tensión y la rabia en ebullición de un grupo que había aguantado tanto, sobrevivido a tanto…, y que sentía el dolor de los demás con enorme sensibilidad.

—Los ilyrios —interrumpió Rhys con suavidad; y otra vez había luz en esa mirada— son guerreros sin par y están llenos de historias y tradiciones. Pero también son atrasados y brutales, sobre todo en cuanto al trato que dan a sus hembras.

—Son bárbaros —dijo Amren, y ninguno de los machos ilyrios tuvo nada que objetar. Mor asintió con énfasis, aunque notó la postura de Azriel y se mordió el labio —. Dejan a sus hembras inválidas para que no puedan irse, para que les den más hijos, más guerreros sin defectos.

Rhys se encogió.

—Mi madre era de clase baja —me dijo—. Trabajaba como costurera en uno de los muchos campamentos de guerra en las montañas. Cuando las hembras llegan a la adultez en los campamentos, apenas tienen su primera sangre, se les…, se les cortan las alas. Un incisión en el lugar correcto, después impiden que se cure, y listo, una inválida para siempre. Y mi madre, que era dulce y amaba volar… hizo todo lo que pudo para no madurar. Pasó hambre a propósito, fue a buscar hierbas prohibidas, cualquier cosa para detener el curso natural del crecimiento del cuerpo. Para mortificación de sus padres, a los dieciocho todavía no había sangrado. Pero, por supuesto, la sangre llegó finalmente y lo único que hizo falta fue que ella estuviera en un mal lugar en un mal momento: la olió un macho y se lo dijo al lord del campamento. Ella trató de huir, se fue directamente al cielo. Pero era joven y los guerreros eran más rápidos y la trajeron de vuelta a la rastra. Iban a atarla a los postes que se alzan en la mitad del campo cuando mi padre se transportó para reunirse con el lord del campamento; necesitaban prepararse para la guerra. Vio a mi madre; ella peleaba y se sacudía como un gato salvaje… —Rhys tragó saliva—. Inmediatamente floreció entre los dos el lazo de apareamiento. Una mirada y él supo que ella era su pareja. Su compañera. Convirtió en niebla a los guardias que la retenían.

Levanté una ceja.

—¿Convirtió en niebla?

Cassian soltó una risita malvada y Rhys hizo flotar en el aire un pedacito de limón que había estado junto a su pollo. Con un movimiento del dedo, el limón se transformó en una niebla de perfume cítrico.

—En una lluvia de sangre —siguió Rhys mientras yo trataba de no hacerme una imagen de lo que le haría eso a un cuerpo, y por lo tanto, de lo que él también era capaz de hacer—, mi madre lo miró y ahí estaba el lazo de apareamiento. Mi padre se la llevó a la Corte Noche esa misma tarde y la convirtió en su novia. Ella amaba a su

pueblo y los extrañaba pero nunca se olvidó de lo que habían tratado de hacerle…, de lo que les hacían a todas las hembras. Durante décadas trató de que mi padre lo prohibiera, pero estaba llegando la Guerra y él no estaba dispuesto a arriesgarse a que los ilyrios se enojaran justo cuando los necesitaba para conducir sus ejércitos. Para morir por él.

—Una maravilla de hombre, tu padre —gruñó Mor.

—Por lo menos, le gustabas —replicó Rhys, después me explicó a mí—: A pesar de que eran pareja, mi padre y mi madre no eran lo que necesitaban, ni una ni el otro. Mi padre era frío y calculador y era capaz de ser feroz; así lo habían entrenado desde que nació. Mi madre era suave y también feroz y la amaban todos los que la conocían. Después de un tiempo odió a mi padre…, pero no dejó de agradecerle por haber salvado sus alas, por permitirle volar cuantas veces quisiera al lugar al que quisiera. Cuando yo nací, conseguí convocar las alas ilyrias y entonces, ella quiso que yo conociera la cultura de su pueblo.

—Lo que quería era mantenerte lejos de las garras de tu padre —dijo Mor mientras hacía girar su vino, los hombros cada vez más flojos. Azriel parpadeó por primera vez en mucho tiempo, como si por fin se sacara de encima el recuerdo que lo paralizaba, fuera el que fuese.

—Eso también —agregó Rhys con sequedad—. Cuando cumplí los ocho, mamá me llevó a uno de los campamentos ilyrios. Para recibir entrenamiento, como todos los machos ilyrios. Y como todas las madres ilyrias, me empujó hacia el ring de lucha el primer día, y se fue sin mirar atrás.

—¿Te abandonó? —Lo dije sin darme cuenta.

—No…, nunca —dijo Rhys con una ferocidad que solamente le había oído alguna vez, por ejemplo, esa misma tarde—. Se quedó en el campamento. Pero se piensa que es vergonzoso que una madre proteja a su hijo cuando él va a entrenar.

Se le levantaron las cejas y Cassian rio.

—Es un lugar atrasado, ya lo dijo él —comentó.

—Yo estaba absolutamente aterrorizado —admitió Rhys sin una pizca de vergüenza—. Había estado aprendiendo a manejar mis poderes pero la magia ilyria era solamente una parte muy chica de lo que tenía dentro de mí. Y la mía es una magia rara entre ellos…, en general la tienen solamente los guerreros más poderosos y de sangre pura. —Otra vez, miré los Sifones brillantes sobre las manos de los guerreros—. En esos años, traté de usar un Sifón —dijo Rhys—. Y rompí una docena antes de darme cuenta de que yo no era compatible, de que las piedras no eran capaces de contener mi poder en particular. Mi poder fluye y se refina de otras formas.

—Tan difícil…, ser un alto lord tan poderoso —se burló Mor.

Rhys puso los ojos en blanco.

—El lord del campamento me prohibió usar la magia. Para seguridad de todos. Pero cuando me metí en el ring ese primer día, yo no tenía idea de cómo pelear. Los

otros chicos de mi edad sí. Sobre todo uno, que me miró una vez y me convirtió en una masa cubierta de sangre.

—Es que estabas tan, tan limpio —dijo Cassian, meneando la cabeza—. Ese mestizo tan bonito, hijo de un alto lord…, tan a la moda, en esa ropa de entrenamiento nuevita.

—Cassian —me dijo Azriel con esa voz que era como una oscuridad a la que se le da sonido— había decidido conseguir ropa desafiando a otros chicos; apostaban la propia. —No había ningún orgullo en las palabras, ningún orgullo por la brutalidad de su pueblo. No culpé al cantor de sombras. Tratar así a *cualquiera*…

Cassian soltó una risita. Pero ahora yo estaba considerando los hombros fuertes, anchos, la luz en los ojos.

En Prythian nunca había conocido a nadie que hubiera pasado hambre, que hubiera sentido desesperación…, no el hambre y la desesperación que había sentido yo.

Cassian parpadeó, y de pronto, cambió la forma en que me miraba…, se hizo más cuidadosa, más sincera. Yo habría jurado que veía las palabras en esos ojos grandes: *Vos sabéis cómo es. Vos sabéis la marca que deja eso.*

—Yo le había dado una paliza a cada chico del grupo, dos veces por lo menos —siguió Cassian—. Y entonces llegó Rhys, en esa ropa limpia; olía…, olía diferente. Como un rival verdadero. Así que lo ataqué. Los dos recibimos tres latigazos por la pelea.

Me encogí. Pegarle a un chico con un látigo…

—Hacen cosas mucho peores que esas —interrumpió Amren—. Tres latigazos es casi como si los alentaran a seguir peleando. Cuando lo que hicieron los chicos es realmente malo, les rompen los huesos. Una y otra vez. Durante semanas.

Me volví hacia Rhys.

—¿Y tu madre te mandó ahí? —Fuego suave, abierto…

—Mi madre no quería que yo confiara demasiado en mi poder —dijo Rhysand—. Desde el momento en que me concibió, sabía que eso me perseguiría toda la vida. Quería que, si me fallaba una fuerza, yo tuviera otra a la que aferrarme para salir adelante.

»Mi educación fue para darme otras armas, y por eso vino conmigo: para enseñarme más después de las lecciones del día. Y cuando me llevó a casa la primera noche, y llegué al lugar que tendríamos para nosotros, en los márgenes del campamento, me hizo leer junto a la ventana. Y fue entonces cuando vi a Cassian: atravesaba el barro hacia las pocas carpas medio derruidas que se alzaban en las afueras del campamento. Le pregunté a mi madre adónde iba ese chico y ella me dijo que a los bastardos no se les daba nada, que ellos tenían que buscarse su propio refugio, su comida. Si sobrevivían y los elegían para entrar en una banda, entrarían en el rango más bajo y ahí se quedarían para siempre, pero por lo menos recibirían un refugio y suministros. Pero hasta ese momento, el chico estaría solo en medio del

frío.

—En esas montañas —agregó Azriel, la cara dura como el hielo—, las condiciones son más duras de lo que os podáis imaginar.

Yo había pasado tiempo suficiente en bosques congelados así que entendía.

—Después de las lecciones —siguió Rhys—, mamá me limpió los latigazos y, mientras lo hacía, entendí por primera vez lo que era estar caliente, seguro, cuidado. Y no me gustó lo que sentía.

—Aparentemente no —dijo Cassian—. Porque en la mitad de la noche, ese hijo de puta chiquito me despertó en mi carpita horrenda y me dijo que cerrara la boca y lo siguiera. Y tal vez el frío me ponía estúpido pero lo hice. La madre estaba *lívida*. Pero yo nunca me voy a olvidar de la mirada que me dirigió cuando me vio y me dijo: «Hay una bañera con agua caliente. Entra ahí o te puedes volver al frío ahora mismo». Como soy inteligente, obedecí enseguida. Cuando salí, ella había buscado algo de ropa de cama y me ordenó acostarme. Yo me había pasado la vida durmiendo en el suelo y cuando retrocedí, me dijo que me entendía porque ella había sentido lo mismo una vez, me dijo que yo iba a sentir como si algo me tragara pero que la cama era mía todo el tiempo que la quisiera.

—¿Y se hicieron amigos después de eso?

—No, por el Caldero, claro que no… —dijo Rhysand—. Nos odiábamos y solamente nos portábamos bien porque si uno se metía en problemas o provocaba al otro, esa noche no comía ninguno. Mamá empezó a enseñarle a Cassian también, pero no decidimos aliarnos hasta que un año más tarde, llegó Azriel.

La sonrisa creció en la cara de Cassian cuando se inclinó por encima de Amren para tomar a su amigo del hombro. Azriel suspiró, el sonido de un sufrimiento muy largo. La expresión menos fría que yo le hubiera oído nunca.

—Un nuevo bastardo en el campamento y cantor de sombras, nada menos. Para no mencionar que *volaba* gracias a…

Mor lo interrumpió con pereza:

—No te desvíes, Cassian.

Y era verdad: de la cara de Azriel se había desvanecido toda tibieza. Pero dominé mi curiosidad mientras Cassian volvía a encogerse de hombros y ni siquiera se preocupaba por notar los silencios que parecían gotear desde el cantor de sombras. Aunque Azriel no se molestara en reconocer la mirada de preocupación, Mor vio la mano de él, y la miró mucho como si estuviera a punto de tocarla pero después lo pensó mejor.

Cassian continuó:

—Rhys y yo convertimos la vida de él en un infierno, cantor de sombras o no. Pero la madre de Rhys conocía a la de Az y lo recibió en su círculo. A medida que crecíamos, y los otros machos también lo hacían a nuestro alrededor, nos dimos cuenta de que todo el resto del mundo nos odiaba lo suficiente para pensar que teníamos más posibilidades de supervivencia si nos manteníamos juntos.

—¿Tú tienes… dones? —le pregunté—. ¿Como los de…, los de ellos? —Señalé a Azriel y Rhys con el mentón.

—El temperamento volátil no cuenta —dijo Mor mientras Cassian abría la boca.

Él le dedicó esa sonrisa que probablemente significaba que habría problemas, me di cuenta con claridad, pero me dijo:

—No, no más allá de una montaña de ese poder que sirve para matar. Un nadie nacido bastardo, eso soy. —Rhys se inclinó hacia delante como para objetar pero Cassian se lanzó hacia delante—: Y así y todo, los otros machos sabían que nosotros éramos diferentes. Y no porque fuéramos dos bastardos y un mestizo. Éramos más fuertes, más rápidos…, como si el Caldero supiera que nos habían separado de los demás y hubiera querido que nos encontráramos. La madre de Rhys también lo vio. Sobre todo cuando llegamos a la madurez y lo único que queríamos eran hembras y peleas.

—Los machos son criaturas horribles, ¿verdad? —dijo Amren.

—Repulsivas —dijo Mor e chasqueó la lengua.

Cassian se encogió de hombros.

—El poder de Rhys crecía día a día…, y todo el mundo, todos, hasta los lores del campamento sabían que él era capaz de convertir en niebla a cualquiera si tenía ganas. Y nosotros dos no…, no estábamos tan lejos. —Dio un golpecito al Sifón con un dedo—. Ningún ilyrio bastardo había recibido uno de estos. Nunca. Que nos los dieran, a Az y a mí, aunque lo hicieron sin ganas, hizo que nos conocieran todos los guerreros de todos los campamentos de las montañas. Solamente los hijos de puta que tienen sangre pura reciben Sifones… Son de los que nacieron y se criaron *para* el poder de matar. Creo que muchos siguen sin poder dormir de noche, siguen preguntándose de dónde los sacamos.

—Y después llegó la Guerra. —Azriel tomó la posta. La forma en que lo dijo hizo que yo me enderezase en la silla. Que escuchara con más atención—. Y el padre de Rhys visitó el campamento para ver cómo le había ido a su hijo después de veinte años.

—Mi padre —dijo Rhys mientras hacía girar el vino una, dos veces— vio que su hijo no solamente era su rival en cuanto a poder sino que se había aliado a dos ilyrios que tal vez eran los más mortales de la historia. Se le metió en la cabeza que, tal vez, si nos daban una legión en la Guerra, cuando volviéramos se nos ocurriría darla vuelta contra él.

Cassian soltó una risita.

—Así que el hijo de puta nos separó. Le dio a Rhys el comando de una legión de ilyrios que lo odiaban porque era bastardo y a mí, me tiraron a otra como soldado raso aunque mi poder era mucho mayor que el de los líderes. A Az, se lo quedó él para que fuera su cantor de sombras, sobre todo para espiar y hacer el trabajo sucio. Durante los siete años en que rugió la Guerra, nos vimos solamente en medio del campo de batalla. Nos mandaban listas de caídos ilyrios y yo leía los nombres y me

preguntaba si vería los de mis amigos. Y entonces, capturaron a Rhys…

—*Esa* es una historia para otro momento —dijo Rhys con el filo suficiente como para que Cassian levantara las cejas y asintiera. Los ojos violetas de Rhys se encontraron con los míos y yo me pregunté si era verdadera luz de estrellas lo que brillaba en ellos cuando dijo—: Cuando me convertí en alto lord, llamé a estos cuatro para que fueran mi Círculo Íntimo y les dije al resto de la vieja corte de mi padre que si tenían algún problema con mis amigos, tenían permiso para irse. Se fueron todos. Parece que tener un alto lord bastardo se convirtió en lo peor cuando puse en el Círculo a dos hembras y dos bastardos ilyrios.

Tan terribles como los humanos en algunos sentidos.

—¿Qué…, qué les pasó a ellos, entonces?

Rhys se encogió de hombros, las grandes alas cambiaron de color con el movimiento.

—La nobleza de la Corte Noche se puede dividir en tres categorías: los que me odiaban lo suficiente como para unirse a Amarantha cuando ella subió al poder, esos murieron después; los que me odiaban lo suficiente como para tratar de derrocarme y después tuvieron que enfrentar las consecuencias y los que me odiaban pero no lo suficiente como para ser estúpidos, desde entonces, esos toleran el mando de un mestizo, sobre todo cuando ese mando interfiere poquísimo con sus miserables vidas.

—¿Son…, son los que viven debajo de la montaña?

Un asentimiento.

—En la Ciudad Labrada, sí. Se las entregué por no haber sido tontos. Están contentos de estar ahí, nunca salen, se rigen a ellos mismos y son tan malvados como quieren por toda la eternidad.

Seguramente, esa era la corte que él le había mostrado a Amarantha cuando ella llegó al poder, y esa maldad le había gustado tanto a ella que modeló la suya propia a imagen y semejanza.

—La Corte de las Pesadillas —dijo Mor, hizo un ruido con los dientes.

—¿Y qué es esta corte? —pregunté y los abarqué con el gesto. La pregunta más importante.

Fue Cassian el que, ojos tan claros y brillantes como su Sifón, dijo:

—La Corte de los Sueños.

La Corte de los Sueños…, los sueños de un alto lord mestizo, dos guerreros bastardos y… dos hembras.

—¿Y vosotras? —les pregunté a Mor y a Amren.

Amren se limitó a decir:

—Rhys me ofreció convertirme en su Segunda al mando. Nadie me lo había pedido antes así que dije que sí, quería ver cómo sería. Y descubrí que lo disfrutaba.

Mor se reclinó en su asiento; ahora, Azriel vigilaba todos los movimientos que hacía ella con una atención sutil, incesante.

—Yo era una soñadora nacida en la Corte de las Pesadillas —dijo Mor. Se enredó

un rulo alrededor del dedo y yo me pregunté si su historia no sería la peor de todas; justo en ese momento, ella dijo con claridad—: Así que me fui.

—¿Y cuál es vuestra historia? —me preguntó Cassian con un movimiento de mandíbula.

Yo pensaba que Rhys ya les habría dicho todo. Rhys se encogió de hombros mirándome.

Así que yo me enderecé.

—Nací en la familia de un mercader rico con dos hermanas mayores y padres preocupados solamente por el dinero y el estatus social. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años; tres años más tarde, papá perdió su fortuna. Vendió todo para pagar las deudas, nos mudamos a una choza y él no se preocupó por buscar trabajo, durante años dejó que nos muriéramos lentamente de hambre. Yo tenía catorce cuando se terminó el dinero que teníamos y también la comida. Él no quería trabajar, no podía porque los deudores vinieron y le rompieron una pierna delante de nosotras. Así que me fui al bosque y me enseñé a mí misma a cazar. Y nos mantuve a todos con vida pero siempre, siempre cerca del hambre. Cinco años. Hasta que…, hasta que pasó todo.

Se quedaron callados de nuevo. La mirada de Azriel volvió a ponerse pensativa. Él no había contado su historia. ¿Alguna vez decía algo sobre ella? ¿O no se mencionaban nunca esas quemaduras en las manos? ¿Y qué le susurraban las sombras? ¿Le hablaban en algún lenguaje o no?

Pero Cassian dijo:

—Os enseñasteis a vos misma a cazar. ¿Y a pelear? —Meneé la cabeza. Cassian apoyó los brazos sobre la mesa—. Por suerte para vos, acabáis de encontrar un maestro.

Yo abrí la boca para protestar pero… la madre de Rhysand le había dado a su hijo un arsenal de armas por si fallaba la primera. ¿Qué tenía yo en mi arsenal más allá de un buen disparo con el arco y un empecinamiento brutal? Y si era verdad lo de este nuevo poder…, lo de estos *poderes*…

No volvería a ser débil. No quería depender de nadie. Nunca volvería a aguantar el roce de las garras del Attor cuando me arrastrara, no tendría que aguantarlo solo porque era demasiado débil para saber dónde golpear, cómo hacerlo. Nunca más.

Pero lo que habían dicho Ianthe y Tamlin:

—¿No creéis que es un mal mensaje si me ven aprendiendo a pelear… con armas?

Apenas dije las palabras, me di cuenta de lo estúpidas que eran. De la estupidez de… de lo que me habían metido por la garganta durante los últimos meses.

Silencio. Después habló Mor y dijo con un veneno suave que me hizo comprender que la Tercera al Mando del alto lord también había recibido algún tipo de entrenamiento en esa Corte de las Pesadillas:

—Voy a decirte dos cosas. Como una persona que tal vez estuvo en tus zapatos

alguna vez. —Otra vez, latió entre ellos ese lazo compartido de rabia, de dolor, excepto en Amren, que me estaba dedicando una mirada saturada de disgusto—. Uno —dijo Mor—, ya dejaste la Corte Primavera. —Traté de no dejar que se me hundiera en la mente el peso completo de esas palabras—. Si eso no es mensaje suficiente, para bien o para mal, entonces entrenarte tampoco lo va a ser. Dos —siguió ella y apoyó la palma sobre la mesa—, yo viví una vez en un lugar en el que importaba mucho la opinión de los demás. Ese lugar me sofocaba, casi me quebró. Así que me vas a entender, Feyre, cuando digo que sé lo que sientes, sé lo que trataron de hacerte y sé que, con suficiente coraje, eres capaz de mandar a la mierda a la reputación. —La voz se hizo más amable; instantáneamente, se deshizo la tensión entre ellos—. Haz lo que ames, lo que *tú* necesites. Solamente.

Mor no quería decirme qué ropa ponerme y cuál no. No iba a permitirme correrme a un costado cuando hablara por mí. No quería…, no quería hacer ninguna de las cosas que yo había deseado tan desesperadamente que Ianthe hiciera por mí.

Yo nunca había tenido una amiga, otra hembra… Ianthe, no, Ianthe no había sido mi amiga. No como para que valiera la pena, me di cuenta de pronto. Y en las pocas semanas en que yo había estado con ellas antes de Amarantha, Nesta y Elain habían empezado a llenar ese rol pero…, pero cuando miré a Mor, no me lo explicaba, no lo entendía pero… lo sentía. Como si realmente pudiera salir a cenar con ella. Hablarle.

No porque tuviera mucho que ofrecerle, por supuesto.

Pero lo que ella acababa de decir…, lo que habían dicho todos… Sí, Rhys había sido muy inteligente al traerme. Al dejarme decidir si yo era capaz de manejarlos, a ellos, a sus bromas y a la intensidad y el poder. Si yo *quería* ser parte de un grupo que seguramente iba a empujarme y a abrumarme y tal vez asustarme pero… Si ellos estaban dispuestos a ponerse de pie frente a Hybern después de haber luchado contra ese rey hacía quinientos años…, entonces yo…

Busqué los ojos de Cassian. Y aunque esos ojos estaban bailando, no había nada divertido en ellos.

—Lo voy a pensar.

A través del lazo en la mano, hubiera jurado que sentí un brillo de sorpresa satisfecha. Controlé los escudos mentales pero estaban intactos. Y la cara calma de Rhysand no dio ninguna pista del origen del gesto.

Así que dije con claridad y firmeza:

—Acepto tu oferta…, me refiero a trabajar contigo. A ganarme lo que reciba. Y a ayudar con Hybern de la forma en que pueda.

—Bien —se limitó a decir Rhys. Y los otros levantaron las cejas. Fue más que evidente que él *no* les había dicho que el encuentro era una entrevista de algún tipo —. Porque empezamos mañana.

—¿Dónde? ¿Y qué hacemos? —estallé.

Rhys entrelazó los dedos y los apoyó sobre la mesa y yo me di cuenta de que esta cena tenía objetivos que iban mucho más allá de mi decisión.

—Porque el rey de Hybern está por lanzarse a la guerra, sí, y lo que quiere es resucitar a Jurian.

Jurian…, el antiguo guerrero cuya alma había aprisionado Amarantha dentro de ese anillo espantoso como castigo por matar a su hermana. El anillo con el ojo de Jurian…

—Qué estupidez —escupió Cassian—. Eso no puede hacerse.

De pronto, Amren estaba inmóvil; Azriel la estaba vigilando a ella, la miraba solamente a ella.

Amarantha fue solo el principio, me había dicho Rhys una vez. ¿Había sabido esto entonces? Esos meses en Bajo la Montaña, ¿habían sido un preludio del infierno que estaba por desatarse? Resucitar a los muertos… ¿Qué tipo de poder maléfico…?

Mor gruñó:

—¿Por qué iba a querer resucitar a *Jurian*? Era tan terrible. Lo único que le gustaba era hablar de sí mismo.

A pesar de lo que habían dicho hacía unos minutos, de pronto, me golpeó la edad de todos ellos con tanta fuerza como la de un ladrillo. La Guerra…, hacía quinientos años, todos ellos…, absolutamente todos habían peleado *en* la Guerra.

—Eso es lo que quiero averiguar —dijo Rhysand—. Y cómo piensa hacerlo el rey de Hybern.

Por fin, Amren dijo:

—Seguramente le llegaron noticias de la Creación de Feyre. Sabe que es posible rehacer a los muertos.

Yo me moví en la silla, inquieta. Había esperado ejércitos brutales, sangre derramada a raudales. Pero esto…

—Para eso tendrían que estar de acuerdo los Siete Lores, todos —replicó Mor—. No hay posibilidades de eso. El rey va a buscar otro camino. —Los ojos se le entrecerraron y miró a Rhys—. Todas esas muertes…, las masacres en los templos… ¿Crees que están relacionadas?

—Estoy absolutamente seguro de que están relacionadas. No quería decirles esto sin estar seguro. Pero Azriel confirmó que hace tres días, habían saqueado el monumento de Sangravah. Están buscando algo…, o ya lo encontraron. —Azriel asintió, confirmando mientras Mor miraba sorprendida en su dirección. Azriel le respondió con un encogimiento de hombros.

Yo jadeé.

—Por esto…, por esto desaparecieron el anillo y el hueso del dedo cuando murió Amarantha. Por esto. Pero…, ¿quién…? —Se me secó la boca—. Nunca atraparon al Attor, ¿verdad?

Rhys dijo, con la voz demasiado baja:

—No. No… —La comida se me convirtió en plomo dentro del estómago. Él le dijo a Amren—: ¿Cómo se hace para tomar un ojo y el hueso de un dedo y convertirlos en el hombre del que antes formaban parte? ¿Y cómo hacemos para que

no suceda?

Amren frunció el ceño, la vista fija en el vino que no había tocado.

—Ya sabes cómo encontrar la respuesta. Tienes que ir a la Prisión. Hablar con el Tallador de Huesos.

—Mierda —dijeron Mor y Cassian al mismo tiempo.

Rhys dijo con mucha calma:

—Tal vez tú serías más efectiva, Amren.

Agradecí tener la mesa entre las dos cuando Amren siseó como una serpiente:

—No pienso poner ni un dedo del pie en la Prisión, Rhysand, y tú lo sabes. Así que ve tú mismo, o envía a uno de tus perros.

Cassian sonrió mostrando los dientes rectos, perfectos para la mordida. Amren hizo sonar los de ella como respuesta.

Azriel se limitó a mover la cabeza.

—Yo voy. Los centinelas de la Prisión me conocen bien…, saben lo que soy…

Me pregunté si el cantor de sombras era el que generalmente se arrojaba directo hacia el peligro. Los dedos de Mor se quedaron inmóviles sobre el pie de la copa de vino, los ojos entrecerrados, fijos en Amren. Las joyas, el vestido rojo, tal vez una forma de restar importancia al poder oscuro que le rodaban por las venas…

—Si alguien va a la Prisión —dijo Rhys antes de que Mor abriera la boca—, soy yo. Yo y Feyre.

—¿Qué? —La voz de Mor era autoritaria, las palmas, chatas sobre la mesa.

—Él no va a hablar con Rhys —dijo Amren a los demás— ni con Azriel. Ni con ninguno de nosotros. No tenemos nada que ofrecerle. Pero una inmortal con un alma mortal… —Me miró el pecho como si pudiera ver el corazón que latía ahí dentro… Y yo me pregunté de nuevo qué comía—. Tal vez el Tallador de Huesos quiera hablarle a ella.

Me miraron, todos los ojos fijos en mí. Como si esperaran que yo fuera a ponerme de rodillas y rogarles que no me mandaran, como si esperaran que yo me doblegara y me acobardara. Ah, la entrevista breve, brutal para ver si *ellos* querían trabajar conmigo, supongo.

Pero el Tallador de Huesos, los naga, el Attor, el Suriel, el Bogge, el Gusano en Bajo la Montaña. Tal vez ellos habían quebrado una parte de mí, esa que sentía miedo verdadero, fuera la parte que fuese. O tal vez el miedo era algo que ahora yo sentía solamente frente a mis sueños.

—Tú decides, Feyre —dijo Rhys como si nada tuviera mucha importancia.

Eludirlo todo y ponerse a llorar o enfrentarme a algún horror desconocido…, la opción era fácil.

—¿Puede ser malo? ¿Hasta qué punto? —Fue mi respuesta.

—Muy malo —dijo Cassian. Ninguno de los demás se molestó en contradecirlo.

Capítulo 17

Jurian.

El nombre me resonaba dentro del cuerpo incluso después de terminar la cena, después de que Mor y Cassian y Azriel y Amren hubieran dejado de debatir y ladrar sobre quién haría qué y estaría dónde mientras Rhys y yo íbamos a la Prisión al día siguiente, quedara donde quedase.

Rhys me llevó de vuelta volando a la ciudad, nos hundimos los dos en las luces y la oscuridad. Descubrí enseguida que prefería subir y no bajar; no conseguía mirar durante mucho tiempo sin sentir que la cena que llevaba en el estómago acababa de decidir volver al mundo. No por miedo, solamente por una reacción del cuerpo.

Volamos en silencio —el único sonido: el silbido del viento del invierno— a pesar de que su capullo de tibieza impedía que yo me congelara del todo. Le miré la cara solamente cuando la música de las calles nos dio la bienvenida, pero los rasgos de él eran imposibles de leer mientras se concentraba en el vuelo.

—Esta noche… te sentí de nuevo. A través del lazo. ¿Atravesé tus escudos? —le pregunté.

—No —dijo él y miró fijamente a las calles de adoquines más abajo—. Ese lazo es…, es una cosa viva. Un canal abierto construido por mis poderes entre los dos…, construido por lo que tú necesitabas cuando hicimos el trato.

—Cuando acepté lo que necesitaba para no morir.

—Lo que necesitabas para no estar sola.

Nuestros ojos se encontraron. La oscuridad era demasiada y no leí lo que hubiera en esa mirada, fuera lo que fuese. Fui la primera que desvió la vista.

—Sigo aprendiendo a entender cómo y por qué sentimos cosas que el otro no quiere saber —admitió él—. Así que no tengo una explicación para lo que sentiste esta noche.

Necesitabas no estar sola…

Pero ¿y él? Cincuenta años separado de sus amigos, de su familia…

—Dejaste que Amarantha y todo el mundo pensaran que dominaban y que amabas una Corte de Pesadillas —le dije—. Eso fue una fachada… para hacer que lo que importaba estuviera a salvo.

Las luces de la ciudad le tocaron la cara con un borde de oro.

—Amo a mi pueblo y a mi familia. No creas que no me convertiría en monstruo para protegerlos.

—Ya lo hiciste en Bajo la Montaña. —Las palabras salieron antes de que yo pudiera detenerlas.

El viento le movió el pelo.

—Y sospecho que muy pronto voy a tener que hacerlo de nuevo.

—¿Y el costo? —me atreví a preguntar—. ¿El costo de mantener a este lugar secreto y libre?

Él se lanzó violentamente hacia abajo, las alas en movimiento para mantenernos sobre un aire suave mientras aterrizábamos en el techo de la casa de la ciudad. Hice un movimiento para alejarme pero él me tomó el mentón.

—Tú ya conoces el costo.

La puta de Amarantha.

Él asintió y yo pensé que tal vez había dicho las dos palabras en voz alta.

—Cuando ella me arrancó los poderes con una trampa y me dejó apenas restos, de todos modos, yo tenía más poder que otros. Y decidí usarlo para dominar la mente de todos los ciudadanos de la Corte Noche que ella capturase y de todos los que pudieran saber la verdad. Construí una red entre todos ellos, y controlé activamente esas mentes durante todos los segundos, todos los días, todas esas décadas; los obligué a olvidarse de Velaris, a olvidarse de Mor, de Amren, de Cassian y de Azriel. Amarantha quería saber quién estaba cerca de mí…, quería saber a quién matar, a quién torturar. Pero mi verdadera corte estaba aquí, manejando esta ciudad. Y yo usé lo que me quedaba de poder para esconderlos de la vista de todos y ocultar todos los sonidos. Solamente tenía suficiente poder para proteger *una* ciudad, *un* lugar. Elegí la que había estado escondida desde antes. *Yo* elegí… y ahora tengo que vivir con las consecuencias de saber que hubo muchos otros que sufrieron, muchos que quedaron fuera. Pero para los de aquí…, hice que cualquiera que volara o viajara cerca de Velaris, de pronto, decidiera que no quería venir. Se detuvieron todos los viajes por

mar y todo el comercio…, los marineros se convirtieron en granjeros y trabajaron la tierra en los alrededores de Velaris. Y como mis poderes estaban puestos en protegerlos a todos, yo tenía muy poco que usar contra Amarantha, Feyre. Así que decidí que, para que ella no hiciera preguntas sobre el pueblo, preguntas importantes, yo iba a ser su puta.

Él había hecho todo eso, había hecho esas cosas horrendas…, por su pueblo, por sus amigos. Y la única parte de sí mismo que había escondido y se las había arreglado para mantener a salvo de la suciedad de Amarantha, de la destrucción de Amarantha, aunque eso significara quedarse atrapado en una jaula de roca…

Esas alas que ahora se abrían con tanta amplitud… ¿Cuántos sabían algo sobre esas alas fuera de Velaris o los campamentos de guerra de los ilyrios? ¿O también había borrado eso de la memoria de Prythian?

Rhys me soltó el mentón. Pero cuando bajó la mano, yo le tomé la muñeca y sentí la solidez, la fuerza.

—Una vergüenza —dije, las palabras casi tragadas por el sonido de la música de la ciudad—. Que esos otros en Prythian no lo sepan. Una vergüenza que los dejes pensar lo peor de…

Él retrocedió un paso; las alas golpearon el aire como tambores poderosos.

—Si los que realmente importan saben la verdad, el resto no me importa. Tienes que dormir un poco.

Entonces subió hacia el cielo a toda velocidad y se lo tragó la oscuridad entre las estrellas.

Me dejé caer en un sueño tan pesado que mis sueños fueron una resaca que me arrastraba abajo, abajo, abajo, tanto que no conseguí escaparme de ellos.

Estaba acostada, desnuda, boca abajo sobre un suelo de mármol rojo muy familiar mientras Amarantha me deslizaba un cuchillo por las costillas desnudas, y el acero hacía un ruido suave contra mi piel.

—Humanos traidores, mentirosos —ronroneó ella—, humanos de corazón sucio, falso.

El cuchillo me rascó la piel, una caricia fría. Traté de levantarme pero no me respondía el cuerpo.

Ella me dio un beso en el hueco de la garganta.

—Tú eres tan monstruosa como yo. —Me curvó el cuchillo sobre el seno, llevándolo hacia el pezón en pico, como si viera cómo latía ahí abajo mi corazón. Empecé a sollozar—. No gastes tus lágrimas.

Alguien, muy lejos, rugía mi nombre; rogaba por mí.

—Voy a hacer que la eternidad sea un infierno para ti —prometió ella, y la punta de la daga rompió la piel sensible bajo el seno; los labios de ella soltaron aire sobre los míos mientras ella empujaba el cuchillo…

Manos…, yo tenía unas manos sobre los hombros, manos que me sacudían, me apretaban. Luché contra ellas, aullando, aullando…

—*FEYRE*…

La voz era al mismo tiempo la noche y el amanecer y las estrellas y la Tierra; y cada centímetro de mi cuerpo se fue calmando frente al dominio primario que había en ella.

—Abre los ojos —ordenó la voz.

Yo lo hice.

Tenía el cuello seco, la boca llena de cenizas, la cara empapada y pegajosa y Rhysand…, Rhysand flotaba sobre mí, los ojos muy abiertos.

—Un sueño —dijo, la respiración tan entrecortada como la mía.

La luz de la luna que bajaba a gotas desde las ventanas iluminó las líneas oscuras de los tatuajes enroscados en el brazo, los hombros y el pecho escultórico de Rhys. Tan parecidos a los que yo llevaba en el brazo. Él me revisó la cara.

—Un sueño —dijo de nuevo.

Velaris. Yo estaba en Velaris, en su casa. Y había…, el sueño…

Las sábanas, las mantas estaban destrozadas. Hechas trizas. Pero no con un cuchillo. Y ese sabor a cenizas, a humo que me cubría la boca…

Cuando levanté la cabeza y descubrí que tenía la punta de los dedos convertidos en brasas ardientes, y sentía la mano muy firme, fue eso lo que me puso nerviosa. Había garras de fuego en esa mano y esas garras habían cruzado la ropa de cama causando heridas que parecían cauterizadas, cerradas con fuego…

Empujé a Rhys con un hombro duro, me caí de la cama y golpeé una mesita para correr hacia el baño, caer de rodillas frente al inodoro y vomitar. Otra vez. Y otra. Los dedos me sisearon contra la porcelana fría.

Un momento más tarde, unas manos grandes, tibias me sacaron el pelo de la cara.

—Respira —dijo Rhys—. Imagina que los apagas como a velas, uno por uno.

Volví a vomitar en el inodoro, temblando cuando la luz y el calor hicieron una cresta y me salieron del cuerpo y entonces saboreé la oscuridad vacía, fresca, que se reunió en un charco detrás de ellos.

—Bueno, esa es una forma de hacerlo —dijo él.

Cuando me atreví a mirarme las manos, apretadas contra el inodoro, las brasas se habían extinguido. Y el poder en las venas se había dormido de nuevo.

—Yo tengo un sueño siempre igual —dijo Rhys mientras yo vomitaba de nuevo, y él me sostenía el pelo—. En el sueño no soy yo el que estoy metido debajo de ella sino Cassian o Azriel. Y ella ya les clavó las alas a la cama y no hay nada que yo pueda hacer para que los deje ir. Ella me ordenó mirar y no tengo otra opción, ninguna; estoy obligado a ver cómo les fallé.

Me aferré al inodoro, escupí una vez, y me levanté para bajar el agua. Miré cómo el agua se arremolinaba y después, di vuelta la cabeza y lo miré.

Los dedos de él eran amables pero firmes cuando me sostuvo el pelo.

—Tú nunca les fallaste —dije, con voz ronca.

—Hice…, hice cosas horrendas para asegurarme de que… —Los ojos color violeta estaban al borde del brillo en la penumbra.

—Yo también. —El sudor se aferraba a mí como la sangre…, como la sangre de esos dos inmortales…

Giré en redondo, y apenas si tuve tiempo para llegar al inodoro de nuevo. La otra mano de él me trazó líneas largas, tranquilas sobre la espalda mientras yo volvía a expulsar la cena una y otra y otra vez. Cuando todo se terminó, jadeé:

—¿Las llamas?

—De la Corte Otoño.

Yo no tenía respuesta. En algún momento, me recliné contra la frescura de la bañera cercana y cerré los ojos.

Cuando me desperté, entraba el sol por las ventanas y yo estaba en la cama, cubierta por sábanas frescas, limpias, bien ordenadas.

Miraba fijamente la ladera de pasto de la montañita, temblando en medio del velo de niebla que pasaba junto a nosotros. Detrás, la tierra se plegaba en acantilados brutales y un mar violento, del color del estaño. Adelante, nada excepto un cerro alto, de cima chata, piedra gris y musgo.

Rhys estaba de pie a mi lado, la espada de dos filos en la funda, apoyada en la columna vertebral, dos cuchillos sobre las piernas, enfundado en la ropa que era la típica vestimenta de guerra de los ilyrios, o eso suponía yo después de haber visto el atuendo de Azriel y Cassian la noche anterior: pantalones oscuros muy ajustados, placas parecidas a escamas, fabricadas en cuero usado y marcado y pegadas a las piernas, más musculosas de lo que yo hubiera notado antes; la parte superior, también ajustada, rodeaba las alas completamente desplegadas ahora, con fragmentos de una armadura oscura que le cubría hombros y antebrazos.

Si la ropa no me hubiese dicho lo suficiente sobre lo que estábamos por enfrentar ese día, si mi propia ropa, muy similar, no me hubiera dicho lo suficiente, lo único que necesitaba era mirar la roca frente a nosotros para saber que no iba a ser agradable.

Una hora antes, en el estudio, había estado tan absorta mirando cómo él escribía cuidadosamente una solicitud para visitar la Corte Verano que no se me había ocurrido preguntarle qué tenía que esperar del lugar en el que estábamos ahora. No era que Rhys se hubiera molestado en explicarme por qué quería visitar la Corte Verano, no más allá de decirme que era para «mejorar las relaciones diplomáticas».

—¿Dónde estamos? —dije, nuestras primeras palabras después de transportarnos. Velaris estaba fría y soleada cuando la dejamos. Ese lugar, fuera el que fuese, era congelado, desierto, desnudo. Solamente roca y pasto y niebla y mar.

—Una isla en el corazón de las islas Occidentales —dijo Rhysand mirando la montaña, parecida a un mamut—. Y eso —agregó, señalándola— es la Prisión.

No había nada…, nadie en los alrededores.

—No veo nada.

—La roca es la Prisión. Y ahí dentro están las criaturas más horrendas, más peligrosas y más criminales que te puedas imaginar.

Entrar…, entrar en la piedra, entrar bajo otra montaña…

—Este lugar —dijo él— se construyó antes de que existieran los altos lores. Antes de que Prythian fuera Prythian. Algunos de los presos recuerdan esos días. Recuerdan una época en la que era la familia de Mor y no la mía la que dominaba el Norte.

—¿Y por qué Amren no quiere entrar aquí?

—Porque ella estuvo aquí prisionera una vez.

—No en este cuerpo, supongo.

Una sonrisa cruel.

—No. Para nada.

Temblé.

—La caminata te va a calentar un poco la sangre —dijo Rhys—. No se puede transportarse al interior ni llegar volando hasta la entrada…, los guardias exigen que se llegue caminando. De la manera más larga.

No me moví.

—Yo… —La palabra se me trabó en la garganta. Otra vez bajo una montaña…

—Caminar ayuda a dominar el pánico —dijo él con tranquilidad— y lo que ayuda es recordarse que salimos de ahí abajo. Que todos salimos.

—Apenas. —Traté de respirar. No podía…, no podía…

—Salimos. Y tal vez vuelva a pasar si no vamos ahora.

La niebla fría me mordió la cara. Y yo traté, traté de dar un paso hacia la Prisión.

Pero no. No. El cuerpo se negaba a obedecerme.

Intenté dar otro paso; lo intenté por Elain y por Nesta y el mundo humano que tal vez terminara destruido…, lo intenté pero no pude.

—Por favor —susurré. No me importaba si eso significaba el fracaso en mi primer día de trabajo para Rhys.

Él no me hizo preguntas; tal como había prometido, me tomó de la mano y me llevó de vuelta al sol de invierno y los colores enteros y bellos de Velaris.

No volví a salir de la cama en todo el día.

Capítulo 18

Amren estaba de pie a los pies de mi cama.

Di un salto y me golpeé con la cabecera de madera, cegada por la luz de la mañana que entraba a raudales, buscando un arma, cualquier cosa para…

—Con razón estás tan flaca… —dijo, tuteándome—, vomitas hasta las entrañas. —Olió el aire con el labio curvado hacia arriba—. El olor está en todas partes.

La puerta del dormitorio estaba cerrada. Rhys había dicho que nadie entraba sin su permiso pero…

Ella tiró algo hacia la cama. Un amuleto chico de oro y perlas y una piedra color azul nube.

—Esto me sacó de la Prisión. Úsalo para entrar y no van a poder retenerte.

Yo no toqué el amuleto.

—Permíteme dejar algo en claro —dijo Amren, poniendo las dos manos sobre la parte posterior de la cama—. Ese amuleto no es algo que yo entrego con facilidad. Pero tú tienes permiso para tomarlo prestado mientras hagas lo que hace falta hacer. Me lo devuelves cuando termines. Si te lo quedas, te voy a buscar y los resultados no van a ser agradables. Pero es tuyo para usar en la Prisión.

Para cuando mis dedos rozaron el metal y la piedra fresca del objeto, ella ya había salido por la puerta.

Rhys siguió frunciendo el ceño frente al amuleto mientras subíamos la ladera hacia la Prisión, tan empinada que a veces teníamos que arrastrarnos en cuatro patas. Trepamos más y más y bebimos agua de los incontables arroyitos que burbujeaban a través de los huecos y las irregularidades de las laderas de musgo y pasto. Alrededor de los dos, la niebla corría y corría, golpeada por el látigo del viento, cuyos aullidos huecos ahogaban nuestros pasos en la subida.

Cuando vi a Rhys mirando el collar por la décima vez, dije:

—¿Qué?

—Te lo dio.

No era una pregunta.

—Debe ser serio, entonces —dije—. El riesgo con…

—No digas nada que no quieras que otros oigan. —Él señaló la piedra bajo nuestros pies—. Los presos no tienen mucho que hacer excepto escuchar a través de las paredes y la roca; son chismosos. Y después venden cualquier información por comida, sexo, incluso una bocanada de aire.

Yo era capaz; sí, era capaz de aguantar ese miedo.

Amren había salido de la montaña. Y no había vuelto. Y el amuleto…, sí, el amuleto me liberaría a mí también.

—Lo lamento —dije—. Lo de ayer. —Me había quedado en la cama durante horas, y no había podido ni moverme ni pensar.

Rhys me dio la mano para ayudarme a subir una roca especialmente empinada, y me levantó con facilidad hasta su lugar en la cima. Había pasado tanto tiempo, tanto, desde que yo saliera al aire libre, desde que fuera capaz de usar el cuerpo, de confiar en él. A pesar de la inmortalidad, tenía la respiración entrecortada.

—No tienes nada por qué disculparte —dijo él—. Ahora estás aquí. —Pero yo era lo bastante cobarde como para ser consciente de que no hubiera ido sin el amuleto. Él agregó con un guiño—: No te voy a retener la paga, no te preocupes.

Estaba demasiado agotada para quejarme. Subimos hasta que la parte superior de la montaña se convirtió en una pared: nada excepto laderas de pasto que bajaban y bajaban hacia atrás y llegaban muy lejos, hasta el sitio en el que se encontraban con el mar gris. En un movimiento rápido, Rhys sacó la espada que llevaba en la espalda.

—No pongas esa cara de sorprendida —dijo.

—Nunca…, nunca te vi con un arma. —Fuera de la daga con la que había matado a Amarantha cortándole el cuello para impedir que yo siguiera en agonía.

—Cassian se moriría de risa si te oyera decir eso. Y después, me metería en un ring con él.

—¿Es capaz de ganarte?

—¿En un combate mano a mano? Sí. Tendría que sufrir un poco para conseguirlo pero ganaría. —Sin arrogancia. Sin orgullo—. Cassian es el mejor guerrero que conozco en esta corte, en cualquier corte, en cualquier tierra. Por eso es el líder de

mis ejércitos.

Yo no lo dudaba. Y el otro ilyrio…

—Azriel…, las manos. Las heridas, quiero decir —dije—. ¿De dónde vienen?

Rhys se quedó callado un momento. Después, dijo con demasiada suavidad.

—El padre de Azriel tenía dos hijos legítimos, los dos mayores que él. Los dos, crueles y malcriados. Lo aprendieron de la madre, la esposa del lord. Durante los once años en que Azriel vivió bajo la guarda de su padre, ella lo tuvo en una celda, sin ventanas, sin luz. Lo dejaban salir apenas una hora por día…, le permitían ver a su madre una hora, una vez por semana. Tenía prohibido entrenarse, y volar, y todas las otras cosas que el instinto ilyrio le exigía que hiciera a los gritos. A los ocho años, sus hermanos decidieron que sería divertido ver lo que pasa si mezclas los dones de curación rápida de los ilyrios con combustible… y fuego. Los guerreros oyeron los alaridos de Azriel. Pero no lo bastante rápido…: no consiguieron salvarle las manos.

Las náuseas me tocaron el vientre. Y después había tenido que vivir otros tres años con ellos. ¿Qué otros horrores había tolerado hasta que llegó al campamento en la montaña?

—¿Castigaron…, digo, castigaron a sus hermanos?

La cara de Rhys estaba tan vacía de sentimiento como la roca y el viento y el mar alrededor de los dos cuando dijo con una calma letal:

—Al final, sí.

Había la suficiente rudeza en esas palabras… y yo pregunté:

—¿Y Mor…, qué hace para ti?

—A Mor es a quien voy a llamar cuando fracasen los ejércitos y Azriel y Cassian estén muertos.

Se me congeló la sangre.

—Y hasta entonces, ¿qué hace ella? ¿Espera solamente?

—No. Es mi Tercera al mando… Mor es mi…, es la supervisora de la corte. Ella cuida la dinámica entre la Corte de las Pesadillas y la Corte de los Sueños y se ocupa de dirigir Velaris y la Ciudad Tallada. Supongo que en los reinos mortales sería una reina.

—¿Y Amren?

—Sus deberes como Segunda la convierten en mi consejera política, mi biblioteca con piernas y la que hace el trabajo sucio. La nombré apenas llegué al trono. Pero mucho antes de eso, ya era mi aliada, tal vez mi amiga.

—Quiero decir…, en esa guerra, si tus ejércitos te fallan y mueren Cassian y Azriel y te falta hasta Mor… —Cada palabra era como hielo sobre la lengua.

Rhys dejó de buscar algo en la cara de la piedra frente a nosotros.

—Si llega ese día, voy a encontrar una forma de romper el hechizo que sufre Amren y la voy a soltar. Y le voy a pedir que me mate antes.

Por la Madre.

—¿Qué *es* Amren? —Después de la charla de esa mañana, tal vez era estúpido de

mi parte preguntar.

—Algo distinto. Algo peor que nosotros. Y si alguna vez consigue liberarse de su prisión de carne y hueso…, ah, entonces, que el Caldero nos salve.

Volví a temblar y miré de nuevo la pared lisa de piedra.

—No sé trepar una roca desnuda como esa.

—No hace falta —dijo Rhys y puso una mano abierta sobre la piedra. Como un espejismo, la piedra desapareció en una onda de luz.

Y ahí, en su lugar, vi unos portones pálidos, tallados, tan altos que la parte superior se perdían en la niebla.

Grandes portones de hueso.

Las hojas de hueso se abrieron en silencio y apareció una caverna llena de una negrura parecida a la tinta; nunca había visto una oscuridad como esa, ni siquiera en Bajo la Montaña.

Toqué el amuleto que llevaba al cuello, el metal tibio bajo la palma. Amren había salido. Yo también lo haría.

Rhys me puso una mano tibia en la espalda y me guio hacia el interior; instantáneamente, tres bolas de luz de luna empezaron a moverse delante de nosotros.

No…, no, no, no…

—Respira —me dijo él en el oído—. Una vez.

—¿Dónde están los guardias? —me las arreglé para decir a pesar de la tensión que sentía en los pulmones.

—Viven en la roca de la montaña —murmuró él, me tomó la mano y la envolvió en la suya mientras me llevaba hacia esa difusa luz inmortal—. Salen solamente a la hora de la comida o para encargarse de algún prisionero inquieto. No son más que sombras de pensamientos y un antiguo hechizo.

Con esas lucecitas que flotaban delante por compañía, traté de no mirar demasiado las paredes grises. Sobre todo porque estaban talladas de una manera tan rústica que los pedazos que sobresalían podrían haber sido una nariz o una frente rugosa o un par de labios burlones.

El suelo seco estaba libre de todo excepto cantos rodados. Y había silencio. Un silencio absoluto cuando giramos en una curva y la última luz de la niebla del mundo se convirtió también en tinta negra.

Me concentré en respirar. No podía, no podía quedarme atrapada ahí, bajo la montaña; encerrada en ese lugar horrible, ese lugar muerto.

El sendero bajaba con rapidez hacia el vientre de la montaña y me aferré a los dedos de Rhys para no perder pie. Él seguía con la espada en la mano.

—¿Todos los altos lores tienen acceso a este lugar? —Mis palabras fueron tan suaves que se las devoró la negrura. En ese momento, se había desvanecido incluso el poder que me latía en las venas, escondido en una madriguera en algún lugar de mis

huesos.

—No. La Prisión es Ley en sí misma; esta isla tal vez sea una octava corte. Pero cae bajo mi jurisdicción y mi sangre está en armonía con las puertas.

—¿Podrías liberar a los presos?

—No. Una vez que se dicta una sentencia y el prisionero pasa las puertas… pertenece a la Prisión. Y ella ya no los deja ir. Nunca. Yo me tomo muy, muy en serio el dictado de sentencias.

—¿Alguna vez…?

—Sí. Y ahora no es el momento de hablar de eso. —Me apretó la mano en un gesto de énfasis.

No había puertas. Ni luces.

Ni sonidos. Ni siquiera un arroyuelo de agua.

Pero yo los sentía.

Los sentía en el sueño, en cortas caminatas, esas manos, esas garras del otro lado de las paredes.

Eran seres antiguos de una crueldad que yo no había conocido antes, ni siquiera con Amarantha. Eran infinitos y pacientes y habían aprendido el lenguaje de la oscuridad, de la piedra.

—¿Cuánto…? —jadeé—. ¿Cuánto estuvo aquí ella? —No me atreví a decir el nombre.

—Azriel lo investigó una vez. En archivos de nuestros templos y bibliotecas más antiguos. Y lo único que descubrió fue una mención vaga que decía que entró antes de que Prythian se dividiera en cortes… y emergió cuando ya estaban establecidas. El período en que ella estuvo en la cárcel impregna nuestro mundo escrito. No sé cuánto tiempo estuvo aquí…, algunos milenios, supongo.

El horror me dio vueltas en las entrañas.

—¿Nunca le preguntaste?

—¿Para qué? Ella me lo va a decir cuando sea necesario.

—¿Y de dónde vino? —El broche que me había dado…, un regalo tan chico para un monstruo que había vivido aquí una vez.

—No sé. Aunque hay leyendas que dicen que cuando nació, el mundo…, dicen que había…, había grietas en la tela de los reinos. Que en el caos de la Formación hubo criaturas que consiguieron atravesar una de esas grietas y entrar en otro mundo. Pero las grietas se cerraban a voluntad y si las criaturas quedaban atrapadas, ya no conseguían volver a casa.

Era más horrible de lo que yo imaginaba…, tanto los monstruos que habían cruzado de un mundo a otro como el terror de quedar atrapado en otro reino.

—¿Tú crees que ella fue uno de esos monstruos?

—Creo que ella es única en su especie, y no hay registros de que existieran otros. Hasta el Suriel tiene algunos de su misma clase aunque sean pocos. Pero ella… y algunos de los que están en esta Prisión… Yo creo que vinieron de alguna otra parte.

Y hace mucho, mucho tiempo que buscan un camino a casa.

Yo temblaba bajo el cuero forrado de piel; la respiración, una nube frente a mí.

Abajo, abajo, siempre abajo, hacia las profundidades. Solamente las luces y la mano de Rhys me permitían no sentir que estaba a punto de entrar en caída libre hacia la oscuridad. Apenas un instante, me llegó a la nariz el hedor de mi propia celda y el crujido de la paja mohosa me hizo cosquillas en los oídos…

La mano de Rhys se apretó alrededor de la mía.

—Falta poco.

—Ya debemos estar cerca del fondo.

—Más allá. El Tallador de Huesos está encerrado entre las raíces de la montaña.

—¿Quién es? ¿Qué es? —Lo único que yo sabía era lo que tenía que decir…, nada sobre lo que yo podía esperar. Sin duda para que no entrara completamente en pánico.

—Nadie lo sabe. Va a aparecer cuando él quiera.

—¿Es un cambia de forma?

—Sí y no. A ti te parecerá una cosa y aunque yo esté de pie a tu lado, tal vez vea algo completamente distinto.

Traté de no empezar a berrear como una oveja.

—¿Y eso de tallar huesos?

—Vas a ver. —Rhys se detuvo frente a una losa de piedra. El pasillo seguía y seguía hacia abajo, hacia la negrura sin edad. El aire era estrecho, compacto. Mi propia respiración en el aire frío parecía demasiado corta.

Rhysand me soltó la mano y volvió a ponerla sobre la piedra desnuda. La roca hizo una serie de ondas bajo la palma y formó… una puerta.

Como los portones que habíamos visto antes, era de marfil…, de hueso. Y sobre la superficie estaban talladas innumerables imágenes: flora y fauna, mares y nubes, estrellas y lunas, niños y esqueletos, criaturas bellas y criaturas horrendas…

La puerta se abrió de par en par. La celda estaba en la oscuridad más completa, totalmente indistinguible de la oscuridad del pasillo…

—Yo tallé las puertas de todos los prisioneros de este lugar —dijo una voz desde adentro—. Pero la mía sigue siendo mi favorita.

—Tengo que decir que estoy de acuerdo —dijo Rhysand. Se corrió a un costado, la luz que llevábamos delante se movió e iluminó a un chico de pelo oscuro, sentado contra la pared en el otro extremo del pequeño espacio, los ojos de un azul abrumador; esos ojos miraron a Rhysand y después se deslizaron hacia el lugar del umbral en el que me escondía yo.

Rhys buscó dentro de una bolsa que yo no había visto, no, claro: él acababa de conjurarla desde algún bolsillo, que usaba como depósito, un bolsillo entre reinos, fuera el que fuese. Tiró el objeto hacia el chico, que no parecía de más de ocho años. El blanco brilló al golpear en el suelo rugoso de piedra. Otro hueso, largo y duro…, y aserrado en un extremo.

—El hueso de ternera que sirvió para la muerte cuando Feyre mató al Gusano Middengard —dijo Rhys.

Se me congeló la sangre. Había habido muchos huesos en mi trampa…, yo ni siquiera noté dónde fue a parar el que mató al Gusano. No supuse que alguien lo hubiera hecho.

—Pasen —fue lo único que dijo el Tallador de Huesos y no había ninguna inocencia, ninguna amabilidad en la voz del chico.

Di un paso, solamente uno.

—Hace una era que no llega algo nuevo a este mundo —dijo el chico y se tragó mi imagen.

—Hola —jadeé yo.

La sonrisa del chico era una burla a la inocencia.

—¿Estás asustada?

—Sí —dije. *No mientas nunca,* esa había sido la primera orden de Rhys.

El chico se puso de pie pero no avanzó hacia nosotros, siguió del otro lado de la celda.

—Feyre —murmuró e inclinó la cabeza. La luz de los inmortales le brillaba en el pelo renegrido como un trazo de plata—. *Feaiiireee* —pronunció de nuevo y arrastró las sílabas como si pudiera probarles el gusto. Por fin, enderezó la cabeza—. ¿Adónde fuiste cuando moriste?

—Una pregunta por una pregunta —contesté como me habían dicho que hiciera durante el desayuno.

El Tallador de Huesos inclinó la cabeza hacia Rhysand.

—Siempre fuiste más inteligente que tus antepasados. —Pero los ojos volvieron a alinearse conmigo—. Dime adónde fuiste, qué viste…, y yo contesto tus preguntas.

Rhys me hizo una inclinación sutil de cabeza pero tenía los ojos preocupados. Porque lo que había preguntado el chico…

Tuve que tratar de calmarme, dominar la respiración agitada para pensar…, para recordar.

Pero había sangre, muerte, dolor y gritos y ella me estaba quebrando, me mataba lentamente y Rhys estaba ahí, rugiendo de furia mientras yo moría y Tamlin rogaba de rodillas por mi vida frente al trono… Pero había tanta agonía y yo quería que terminara, quería que todo se detuviera…

Rhys se había puesto rígido aunque seguía vigilando al Tallador de Huesos como si esos recuerdos estuvieran flotando con libertad por encima de los escudos mentales que yo me había asegurado de tener bien levantados esa mañana. Y me pregunté si él creía que yo me había dado por vencida ahí, en ese momento, en ese lugar.

Apreté las manos, las convertí en puños.

Había sobrevivido, había salido de Bajo la Montaña. Saldría de este lugar ese día también.

—Oí el crac —dije. La cabeza de Rhys se volvió hacia mí como un látigo—. Oí

el crac cuando ella me quebró el cuello. Tenía ese sonido en los oídos pero también dentro del cráneo. Y entonces, me fui, me fui antes de sentir nada excepto el primer latigazo del dolor.

Los ojos color violeta del Tallador de Huesos parecieron brillar con más fuerza.

—Y después, oscuridad. Un tipo de oscuridad diferente. Pero había…, había un…, un hilo —dije—. Una rienda. Y yo me aferré a ella…, y de pronto, vi. No a través de mis ojos sino… de los de él —dije e incliné la cabeza hacia Rhys. Abrí los dedos que se habían cerrado sobre la mano tatuada—. Y supe que estaba muerta y que ese diminuto hilo de espíritu era lo único que quedaba de mí, aferrado al hilo de nuestro trato.

—Pero había alguien más ahí… ¿Viste algo más?

—Solamente ese lazo en la oscuridad.

La cara de Rhysand se había puesto pálida, la boca una línea tensa.

—Y cuando me hicieron de nuevo —dije—, seguí ese hilo para volver…, para volver a mí misma. Yo sabía que mi hogar estaba del otro lado. Y ahí había luz. Como nadar a través de agua brillante…

—¿Tenías miedo?

—Lo único que yo quería era volver…, volver a los que estaban alrededor. Lo quería lo suficiente para que no hubiera lugar en mí para el miedo. Lo peor ya había pasado, y la oscuridad era tranquila y callada. No parecía malo deshacerse en ella. Pero yo quería ir a casa. Así que seguí el hilo.

—No había otro mundo —insistió el Tallador de Huesos.

—Si había o hay…, yo no lo vi.

—¿Ninguna luz, ningún portal?

¿Adónde quieres ir? La pregunta casi me saltó de la lengua.

—Solamente paz y oscuridad.

—¿Tenías cuerpo?

—No.

—¿Y…?

—Suficiente —ronroneó Rhysand, el sonido como una tela de terciopelo sobre acero filoso—. Dijiste una pregunta por una pregunta. Hasta ahora le hiciste… —movió los dedos uno por uno— seis.

El Tallador de Huesos se reclinó contra la pared y se deslizó hasta quedar sentado en el suelo.

—No es común el día en que conozco a alguien que viene de la muerte verdadera. Perdón por querer ver del otro lado de la cortina. —Hizo un gesto delicado de la mano hacia mí—. Pregunta, niña.

—Si no hubiera cuerpo…, nada excepto un poquito de hueso —dije con toda la firmeza que pude—, ¿habría una forma de resucitar a esa persona? Hacerle un cuerpo nuevo, poner el alma en él.

Los ojos se sacudieron con el brillo de un relámpago.

—¿El alma se conservó? ¿Estaba contenida?

Traté de no pensar en el ojo dentro del anillo sobre el dedo de Amarantha, el alma que ella había atrapado ahí dentro para que viera cada una de las horas de horror y perversión en esa corte.

—Sí.

—No hay forma.

Estuve a punto de soltar un suspiro de alivio.

—A menos que… —El chico levantó los dedos; la mano, como un insecto pálido en movimiento—. Hace mucho tiempo, antes de los altos fae, antes del ser humano, hubo un Caldero… Dicen que toda la magia estaba contenida en él, que el mundo nació en ese lugar. Pero cayó en manos equivocadas. Y se hicieron cosas horrendas, cosas grandes con él. Se *forjaron* cosas. Cosas tan malvadas que alguien volvió a recuperar el Caldero, lo robó para devolverlo a su lugar de origen y el costo fue muy alto. Nadie podía destruirlo porque estaba Hecho de todas las cosas y, si lo rompían, la vida dejaría de ser. Así que lo escondieron. Y lo olvidaron. Solamente con el Caldero se podría volver a forjar algo que ya está muerto.

La cara de Rhysand era otra vez una máscara tranquila.

—¿Dónde lo escondieron?

—Dime un secreto que nadie más sepa, lord de la Noche y te digo el mío.

Yo me preparé para alguna verdad horrenda. Pero Rhysand dijo:

—Cuando llueve, me da una punzada de dolor en la rodilla derecha. Me la arruiné durante la Guerra y me duele siempre desde entonces.

El Tallador de Huesos soltó una risa ruda, mientras miraba a Rhys con la boca abierta.

—Siempre fuiste mi favorito —dijo y le soltó una sonrisa que yo no hubiera dicho nunca que era infantil—. Muy bien. El Caldero estaba escondido en el fondo de un lago congelado en Lapplund… —Rhys empezó a volverse hacia mí como si estuviera a punto de salir volando hacia allí pero el Tallador de Huesos agregó—: Y desapareció hace mucho, mucho tiempo. Milenios antes de que tú nacieras, sacaron de la base los tres pies sobre los que se sostenía; querían fracturar *algo* del poder que tiene. Funcionó… apenas. Sacarle los pies fue como cortar la primera falange de un dedo de alguien. Duele, pero se puede seguir usando el resto del cuerpo con algo de dificultad, no mucha. Escondieron los pies en tres diferentes templos: Itica, Cesere y Sangravah. Si esos tres desaparecieron hace poco, seguramente el Caldero está activo de nuevo… y el que lo tiene lo quiere con todo el poder, el poder completo; no quiere que le falte ni un suspiro.

Por eso habían saqueado los templos. Para buscar los pies sobre los que se asentaba el Caldero y restaurar todo su poder. Rhys se limitó a decir:

—No supongo que sepas *quién* tiene el Caldero ahora.

El Tallador de Huesos me señaló con un dedo meñique.

—Prométeme que me vas a dar sus huesos cuando mueras y lo pienso. —Yo me

quedé paralizada pero el chico dijo riendo—: No…, no creo que nadie me hiciera esa promesa, ni siquiera tú, Rhysand.

Yo habría llamado «advertencia» a la mirada que tenía Rhys en la cara.

—Gracias por tu ayuda —dijo y me puso una mano en la espalda para guiarme hacia afuera.

Pero si él sabía… Me volví otra vez hacia el chico, hacia la criatura.

—Hubo una opción… en la Muerte —dije.

Los ojos del chico brillaron con un fuego color cobalto.

La mano de Rhys se me contrajo sobre la espalda pero se quedó ahí. Tibia, firme. Y yo me pregunté si el roce era sobre todo para asegurarse de que yo seguía ahí, de que seguía respirando.

—Sé —dije— que podría haberme alejado hacia la oscuridad. Y yo elegí pelear…, aferrarme un poquito más. Pero sabía que si quería, podía haberme desvanecido. Y tal vez habría habido un nuevo mundo ahí, un reino de descanso y paz. Pero no estaba lista para ese mundo, no quería irme sola. Sabía que había algo más esperando detrás de esa oscuridad. Algo bueno.

Durante un momento, los ojos azules brillaron con más fuerza. Después el chico dijo:

—Tú sabes quién tiene el Caldero, Rhysand. Quién estuvo saqueando los templos. Solamente viniste aquí para confirmar lo que ya suponías.

—El rey de Hybern.

El miedo me recorrió las venas y se convirtió en un charco dentro del estómago. Sé que no debería haberme sorprendido, que debería haber sabido pero…

El Tallador ya no dijo nada. Esperaba otra verdad.

Así que le ofrecí otro pedazo partido de mí misma.

—Cuando Amarantha me hizo matar a esos dos inmortales, si el tercero no hubiera sido Tamlin, me habría clavado la daga en el corazón después de hacerlo.

Rhys se quedó inmóvil.

—Yo sabía que no habría vuelta atrás —dije, preguntándome si la llama azul en los ojos del tallador no reduciría mi alma a cenizas—. Y cuando rompiera la maldición, cuando supiera que los había salvado, quería el tiempo suficiente para hundirme la daga en el pecho. Solamente cuando ella me mató decidí que quería vivir y supe que no había terminado…, que no había terminado lo que nací para hacer, fuera lo que fuese.

Me atreví a mirar a Rhys y vi algo parecido a la devastación en esa cara hermosa. Pero desapareció en un parpadeo.

Hasta el Tallador de Huesos dijo con amabilidad:

—Con el Caldero…, se podrían hacer otras cosas, supongo. Se podría echar abajo el muro.

Lo único que mantenía a salvo a las tierras humanas, a mi familia, no solo de Hybern sino de otros inmortales.

—Es probable que Hybern haya estado inmóvil durante todos estos años porque estaba buscando el Caldero, estudiando sus secretos. La resurrección de un individuo específico puede haber sido la primera prueba cuando reunió los tres pies, y ahora descubre que el Caldero es pura energía, puro poder. Y que, como toda magia, puede vaciarse, terminarse. Así que lo va a dejar descansar, va a dejar que gane energía…, quiere aprender sus secretos para alimentar su energía, para darle todavía más poder.

—¿Hay alguna forma de detenerlo? —jadeé.

Silencio. Silencio expectante, silencio en espera.

La voz de Rhys era ronca cuando dijo:

—No le ofrezcas nada m…

—Cuando se fabricó el Caldero —interrumpió el Tallador—, su hacedor oscuro usó lo último que quedaba del metal fundido para forjar un libro. El Libro de los Alientos. Dentro de ese libro, escritos entre las palabras talladas, están los hechizos para negar el poder del Caldero…, o controlarlo por completo. Pero después de la Guerra, lo dividieron en dos pedazos. Uno es de los Fae, el otro fue a manos de las seis reinas humanas. Eso era parte del Tratado, una parte puramente simbólica porque el Caldero había estado perdido durante milenios y se consideraba que era un mito solamente. Se suponía que el Libro era inofensivo porque lo semejante se acerca a lo semejante…, y solamente lo que está Hecho puede decir esos hechizos y conjurar ese poder. Ninguna criatura que haya nacido en la Tierra maneja ese poder así que los altos lores y los humanos descartaron el libro, lo consideraron no mucho más que una herencia histórica. Pero si el Libro estuviera en manos de alguien Hecho, alguien vuelto a forjar… Habría que probar esa teoría, claro está…, pero tal vez, tal vez sea posible.

Se le entrecerraron los ojos hasta convertirse en ranuras, un gesto divertido, mientras yo entendía…, entendía que…

—Así que ahora, el alto lord de Verano tiene un fragmento y las reinas mortales, el otro, en el palacio brillante que se levanta junto al mar. La mitad que se guarda en Prythian está guardada, protegida por hechizos de sangre relacionados directamente con Verano. La que pertenece a las reinas humanas… Ellas fueron muy hábiles cuando recibieron su don. Hicieron que los nuestros hechizaran el Libro, lo ataran; y ahora no es posible robarlo. Por ejemplo, si un alto lord se transportara al castillo humano para robarlo…, el Libro se fundiría, se transformaría en metal y se perdería. Una de ellas tiene que entregarlo libremente, sin trucos, sin magia. —Una risita—. Qué criaturas tan inteligentes y encantadoras son los humanos…

El Tallador parecía perdido en viejos recuerdos…, después, bruscamente, meneó la cabeza.

—Reúne las dos mitades del Libro de los Alientos y vas a poder anular los poderes del Caldero. Con suerte, antes de que vuelva a tener toda su fuerza y destruya ese muro para siempre.

Yo no me molesté en darle las gracias. No con la información que él nos había

dado. No cuando me había visto obligada a decir todo eso y seguía sintiendo en el cuerpo la atención constante de Rhys. Como si él sospechara lo mucho que me había quebrado en ese momento con Amarantha, pero nunca lo hubiera creído hasta ese momento.

Nos dimos vuelta, la mano que él me había puesto en la espalda pasó a mi mano.

El roce fue leve, dulce. Y de pronto, yo no tenía energía para devolverle el apretón.

El Tallador levantó el hueso que le había traído Rhysand y lo sopesó en una de sus manos infantiles.

—Voy a tallar tu muerte aquí, Feyre.

Arriba, arriba por la oscuridad subimos los dos, a través de la piedra dormida y los monstruos que vivían dentro de ella. Por fin, le dije a Rhys:

—¿Qué viste?

—Tú primero.

—Un chico…, de unos ocho años, el pelo negro y los ojos azules.

Rhys se estremeció…, el gesto más humano que yo le hubiera visto.

—¿Qué viste tú? —insistí.

—A Jurian —dijo Rhys—. Exactamente como era Jurian la última vez que lo vi: frente a Amarantha cuando los dos lucharon a muerte.

Yo no quería saber cómo sabía el Tallador de Huesos sobre quién habíamos venido a preguntar.

Capítulo 19

—Amren está bien —dijo Rhys lentamente, reclinado sobre el umbral del comedor de la casa de la ciudad—. Vosotros sois perros, perros que esperan que yo vuelva a casa. Tal vez debería compraros golosinas.

Cassian le hizo un gesto vulgar desde el sofá frente al hogar, un brazo colgado en el respaldo detrás de Mor. Y, aunque todo en ese cuerpo musculoso, lleno de poder sugería alguien muy cómodo, había una tensión en la mandíbula, una energía enroscada que me decía que había estado esperando desde hacía rato.

Azriel esperaba junto a la ventana, cómodamente instalado en las sombras, un remolino leve de nieve como polvo sobre el patio y la calle detrás de él. Y Amren…

No, no estaba en los alrededores. Yo no sabía si eso me aliviaba o me apenaba. Si creía en lo que ella me había dicho y en las advertencias de Rhys, yo tendría que buscarla para devolverle el amuleto.

Húmeda y fría por la niebla y el viento que nos habían perseguido al salir de la Prisión, caminé hacia el sillón que estaba frente al sofá, diseñado (como todos los muebles de la casa) para acomodar alas ilyrias. Acerqué los miembros entumecidos hacia el fuego y ahogué un gruñido frente a ese calor delicioso.

—¿Cómo fue eso? —dijo Mor, enderezándose junto a Cassian. No llevaba vestido ese día: solo pantalones, prácticos, negros, y un suéter azul bien grueso.

—El Tallador de Huesos —dijo Rhys— es un chismoso entrometido al que le gusta demasiado meterse en los asuntos de los demás.

—¿Pero? —quiso saber Cassian, poniendo las manos sobre las rodillas, con las alas bien plegadas.

—Pero —dijo Rhys— también es muy útil cuando quiere. Y parece que necesitamos empezar a hacer lo que hacemos mejor.

Flexioné los dedos entumecidos, feliz de dejarlos discutir: necesitaba un momento para volver a mí misma, para cerrar lo que le había revelado al Tallador de Huesos.

Y lo que había sugerido él, eso que seguramente tendría que hacer con ese libro. Las habilidades que tal vez poseía.

Así que Rhys les contó lo del Caldero, que hacía comprensible los saqueos de los templos, lo contó sin ahorrar ni insultos ni preguntas…, pero no reveló nada de lo que yo había admitido en el intercambio. Azriel salió de su corona de sombras para hacer la mayor parte de las preguntas; la cara y la voz completamente imposibles de atravesar. Sorprendentemente, Cassian se quedó callado, como si entendiera que el cantor de sombras sabría cuál era la información importante, la necesaria y estuviera ocupado pensándola para sus fuerzas.

Cuando Rhys terminó la historia, el jefe de espías dijo:

—Voy a contactar a mis fuentes en la Corte Verano para ver si averiguamos dónde está escondida la mitad del Libro de los Alientos. Y puedo volar yo mismo hasta el mundo humano y ver dónde están escondiendo la parte que les corresponde antes de pedirles que nos la entreguen.

—No hace falta —dijo Rhys—. Y no quiero confiar esta información a nadie fuera de esta habitación. A pesar de tus fuentes. Nadie excepto Amren.

—Mis fuentes son confiables —dijo Azriel con un filo silencioso, las manos heridas sobre los costados de la armadura de cuero.

—No voy a correr ningún riesgo —se limitó a repetir Rhys. Sostuvo la mirada de Azriel y yo casi oí las palabras que no dijo: *No te estoy juzgando, Az. Para nada*.

Pero Azriel no dejó escapar ningún rastro de emoción; se limitó a asentir, las manos abiertas.

—¿Entonces *qué* tienes planeado? —interrumpió Mor…, tal vez sobre todo para ayudar a Az.

Rhys se sacó de la armadura de cuero una diminuta mota de polvo. Cuando levantó la cabeza, los ojos color violeta estaban fríos como el hielo.

—El rey de Hybern saqueó uno de nuestros templos para conseguir un pedazo del Caldero. Para mí, es un acto de guerra… una indicación de que su majestad no tiene interés en seducirme.

—De todos modos, seguramente se acuerda de que, durante la Guerra, nosotros nos aliamos con los humanos —dijo Cassian—. No va a revelar sus planes de tratar de hacer que cambiaras de bando y supongo que algunos de los cómplices de Amarantha le informaban todo lo que pasaba en Bajo la Montaña. Y le contaron

cómo terminó todo, quiero decir. —La garganta de Cassian subió y bajó una vez.

Contarle que Rhys había intentado matarla. Saqué las manos del reflejo del fuego.

—Exacto —dijo Rhys—. Pero eso significa que las fuerzas de Hybern ya se infiltraron con éxito en nuestras tierras…, y que no las detectamos. Yo quiero devolverle ese favor.

Madre… Cassian y Mor sonrieron con alegría feroz.

—¿Cómo? —preguntó Mor.

Rhys cruzó los brazos.

—Vamos a necesitar una planificación cuidadosa. Pero si el Caldero está en Hybern, tenemos que ir. Ya sea para traerlo de vuelta… o para usar el Libro y anularlo.

Una parte cobarde, patética de mí ya había empezado a temblar.

—Seguramente Hybern tiene muchos guardianes y también escudos, tantos como nosotros —contrarrestó Azriel—. Tendríamos que encontrar una forma de atravesar todo eso sin que nos detectaran.

Un movimiento de cabeza, sí.

—Por eso empezamos ahora. Ahora mismo. Mientras buscamos el Libro. Así, cuando hayamos encontrado las dos mitades, nos movemos con rapidez…, antes de que se sepa que lo tenemos en nuestras manos.

Cassian asintió y preguntó:

—¿Cómo vas a recuperar el Libro, entonces?

Me preparé mientras Rhys decía:

—Ya que estos objetos están ligados por hechizos a los altos lores individuales y solamente ellos los encuentran con su propio poder…, además de los usos que podemos darle a ella para el manejo del Libro de los Alientos, me parece posible que sea también un buen detector.

Todos me miraron.

Yo me encogí.

—*Tal vez* fue lo que dijo el Tallador de Huesos con respecto a eso, digo que yo sea capaz de rastrear algo. No sé… —Mis palabras se fueron callando. Rhys hizo una mueca burlona.

—Tú tienes una semilla de todos nuestros poderes…, es como tener siete grupos de huellas dactilares distintos. Si nosotros escondemos algo, si lo protegemos con nuestro poder, no importa adónde lo pongamos, seguramente tú vas a poder rastrearlo a través de esa misma magia.

Yo volví a intentarlo:

—No puedes estar seguro.

—No…, pero hay una manera de probarlo. —Rhys seguía sonriendo.

—Aquí vamos —gruñó Cassian. Mor le dedicó a Azriel una mirada furiosa de advertencia: *No te ofrezcas como voluntario, no esta vez.* El jefe de espías la miró, incrédulo.

Tal vez yo me habría dejado ir a la silla para contemplar la batalla de voluntades pero Rhys dijo:

—Con tus habilidades, Feyre, tal vez seas capaz de encontrar la mitad del Libro en la Corte Verano…, y romper los hechizos que lo guardan. Pero no voy a creer en la palabra del Tallador, no voy a llevarte allá sin probarlo antes. Tenemos que asegurarnos de que, cuando importe, cuando necesitemos el libro, tú…, nosotros no vamos a fracasar. Así que vamos a hacer otro viajecito. Para ver si eres capaz de encontrar un objeto valioso que perdí hace mucho tiempo.

—Mierda —dijo Mor y metió las manos en los pliegues profundos de su suéter.

—¿Dónde vamos? —me las arreglé para decir.

Fue Azriel el que contestó:

—A la Casa de la Tejedora.

Rhys levantó una mano cuando Cassian abrió la boca.

—La prueba —dijo— consiste en ver si Feyre puede identificar el objeto dentro del tesoro de la Tejedora. Cuando lleguemos a la Corte Verano, tal vez Tarquin haya usado un hechizo para que el Libro tenga otro aspecto, para que se perciba de otra forma.

—Por el Caldero, Rhys —ladró Mor, poniendo los dos pies sobre la alfombra—. ¿Estás completamente lo…?

—¿Quién es la Tejedora? —quise saber.

—Una criatura antigua, malvada —dijo Azriel y yo le miré fijamente las heridas leves en las alas, el cuello y me pregunté a cuántas de esas cosas se habría enfrentado él en su vida inmortal; si esas criaturas serían peores que las criaturas con las que él tenía lazos de sangre—. Busca otra forma para probar sus habilidades.

Rhys se encogió de hombros y me miró. Quería que yo lo decidiera. En esos días, siempre…, siempre, la decisión era mía. Pero no me había dejado volver a la Corte Primavera durante las dos primeras visitas… ¿Tal vez, tal vez porque sabía que yo necesitaba desesperadamente escaparme de ese lugar?

Me mordí el labio inferior, sopesé los riesgos, esperé para ver si sentía un principio de miedo, de emoción. Pero la tarde había secado cualquier reserva que yo pudiera tener dentro de mí.

—El Tallador de Huesos, la Tejedora… ¿Nunca llaman a nadie por el nombre de pila?

Cassian soltó una risita y Mor volvió a sentarse entre los almohadones del sofá.

Al parecer, solamente Rhys comprendía que no había sido una broma, no del todo. Él tenía la cara tensa. Como si supiera exactamente lo cansada que yo me sentía…, como si supiera que yo sabía que debería haber estado temblando frente a la idea de visitar a esa Tejedora, pero después del Tallador de Huesos, después de lo que le había revelado sobre mí misma…, estaba muy lejos, no sentía absolutamente nada.

—¿Y si agregamos un nombre a esa lista? —dijo Rhys.

A mí no me gustó demasiado el sonido de esa frase. Mor lo dijo.

—Emisario —dijo Rhysand ignorando a su prima—. Emisario de la Corte Noche… para el reino humano.

Azriel dijo:

—Hace quinientos años que no tenemos uno, Rhys.

—Tampoco hubo ninguna mujer humana convertida en inmortal en todo ese tiempo. —Rhys me miró a los ojos—. El mundo humano debería prepararse como nos preparamos nosotros…, sobre todo si el rey de Hybern planea derribar el muro y desatar todas sus fuerzas contra la humanidad. Necesitamos la otra mitad del Libro; tenemos que hacer que las reinas mortales nos la den…, si no podemos usar magia para influenciarlas, entonces van a tener que entregárnoslo.

Más silencio. Más allá de las ventanas, en la calle, pasaron unas ráfagas de nieve y se formaron remolinos parecidos al polvo sobre los adoquines.

Rhys levantó el mentón hacia mí.

—Eres una inmortal con corazón humano. Como tal, podrías poner pie en el continente… y que te persiguieran por eso. Así que hacemos base en un territorio neutral. En un lugar en el que los humanos confíen en nosotros…, confíen en *ti*, Feyre. Un espacio al que otros humanos se atrevan a arriesgarse a venir a un encuentro…, contigo. Un encuentro para oír la voz de Prythian después de quinientos años.

—La propiedad de mi familia —dije.

—Las tetas de la Madre, Rhys —interrumpió Cassian, las alas abiertas lo bastante como para hacer caer el florero de cerámica que estaba a su lado, en la mesa auxiliar —. ¿Crees que podemos tomar la casa de la familia de ella así no más, exigirles eso?

Nesta nunca había querido tratos con los Fae y Elain era tan dulce, tan amable… ¿Cómo se me ocurría meterlas en eso?

—No importa lo que hagamos con su familia, Cassian —dijo Mor, estirándose para devolver el florero a su lugar—, la tierra se va a teñir de rojo con la sangre. La cuestión es por dónde va a fluir esa sangre…, y cuánta sangre se va a derramar. Cuánta sangre humana podemos salvar.

Y tal vez eso me convertía en cobarde…, pero dije:

—Las fronteras de la Corte Primavera y el muro…

—El muro se extiende sobre el mar. Vamos a volar sobre el agua —dijo Rhys sin parpadear—. No pienso arriesgarme a que me descubran en ninguna corte aunque sé que tal vez se corra la voz cuando estemos ahí. No va a ser fácil, Feyre, lo sé, pero si hay alguna forma en que tú pudieras convencer a esas reinas…

—Lo voy a intentar —dije. Me cruzó la frente el cuerpo de Clare Beddor, quebrado, clavado a la pared. Si el rey de Hybern era el amo de Amarantha, tenía que ser más horrible que cualquier cosa en el mundo. Y si esa gente ponía sus manos sobre mis hermanas…— Tal vez no las haga felices, pero voy a conseguir que Elain y Nesta lo acepten.

No tuve el coraje de preguntarle a Rhys si, en el caso de que se negaran, él era

capaz de obligar a mi familia a aceptar el plan. Me pregunté si sus poderes funcionarían con Nesta, cuya mente de acero se había resistido a todo, incluso a la manipulación mental de Tamlin.

—Entonces, está decidido —dijo Rhys. Ninguno de ellos parecía particularmente feliz—. Cuando Feyre vuelva de la casa de la Tejedora, vamos a poner a Hybern de rodillas.

Esa noche, Rhys se fue con los otros… ¿Adónde? Nadie me lo dijo. Pero después de los hechos del día, apenas terminé de devorar la comida que me trajeron Nuala y Cerridwen a la habitación, me zambullí en el sueño.

Soñé con un hueso largo, blanco, tallado con una exactitud horrenda: mi cara, retorcida en agonía y desesperación; el cuchillo de fresno en la mano; un charco de sangre bajo los dos cuerpos…

Pero me desperté a la luz acuática del amanecer del invierno…, el estómago lleno de la noche anterior.

Menos de un minuto después de eso, el golpe de Rhys en la puerta. Apenas le di permiso para entrar, entró en la habitación como un viento de medianoche; arrojó un cinturón lleno de cuchillos sobre el pie de la cama.

—Rápido —dijo; abrió las puertas del armario y sacó la armadura de cuero. La tiró sobre la cama—. Quiero irme antes de que salga el sol.

—¿Por qué? —dije, empujando las mantas. No había alas ese día.

—Porque el tiempo es esencial. —Buscó las botas y las medias para mí—. Una vez que el rey de Hybern se dé cuenta de que alguien está buscando el Libro de los Alientos para anular los poderes del Caldero, va a enviar a sus agentes a cazarnos.

—Pero tú ya estabas pensando en esto hacía tiempo. —Yo no había tenido tiempo de discutir con él la noche anterior—. El Caldero, el rey, el Libro… Querías confirmación y me estabas esperando a mí.

—Si hubieras aceptado trabajar conmigo hace dos meses, te habría llevado directamente hasta el Tallador de Huesos para que él confirmara mis sospechas sobre tus talentos. Pero las cosas no salieron como yo las había planeado.

No, de eso no había duda.

—La lectura —dije, metiendo los pies en chinelas forradas de piel, con suelas gruesas—. Por eso insististe en las lecciones. Para que, si tus sospechas se confirmaban y yo conseguía hacerme del Libro, pudiera leerlo…, o una traducción… —Un libro de esa antigüedad podía estar escrito en un lenguaje completamente distinto. En un alfabeto distinto.

—Repito —dijo él, mientras se acercaba a la cómoda—, si hubieras empezado antes a trabajar para mí te habría dicho por qué. Como fueron las cosas, no podía arriesgarme. —Hizo una pausa con la mano en la manija de un cajón de la cómoda—. De todos modos, tenías que aprender a leer. Pero sí, cuando dijiste que eso servía a

mis propios propósitos…, era por esto. ¿Me culpas por eso?

—No —dije y lo decía en serio—. Pero preferiría que me informaras de cosas así desde ahora.

—De acuerdo. —Rhys abrió el cajón y sacó ropa interior. Sacudió en el aire las puntillas y rio—. Me sorprende que no hayas exigido a Nuala y Cerridwen que te compraran otra cosa.

Yo me acerqué a él y le arranqué la ropa.

—Estás babeándote en la alfombra. —Cerré de un golpe la puerta del baño antes de que él tuviera tiempo de contestarme.

Me estaba esperando cuando volví, tibia dentro del cuerpo forrado de piel. Él sostuvo en el aire el cinturón con los cuchillos y yo estudié las vueltas y las cintas.

—Nada de espadas, arco o flechas —dijo Rhys. Llevaba puesta su propia armadura de cuero ilyrio sobre la piel; la espada brutal y simple, atada a la columna.

—¿Los cuchillos están bien?

Rhys se arrodilló y abrió la red de cuero y acero y me hizo un gesto para que pusiera una pierna en una de las aberturas.

Hice lo que él me decía; ignoré el roce de esas manos firmes sobre los muslos cuando pasé la otra pierna y él empezó a cerrar y ajustar las hebillas.

—No va a notar un cuchillo porque tiene muchos cuchillos en la choza para comer y para su trabajo. Pero las cosas que están fuera de lugar…, los objetos que no están donde deben…, una espada, un arco, una flecha… Eso tal vez lo sienta enseguida.

—¿Y a mí?

Él ajustó una tira de cuero. Manos fuertes, capaces…, tan fuera de lugar en la ropa fina que usaba para deslumbrar al resto del mundo y hacer que todos pensaran algo completamente distinto de él.

—No hagas ningún sonido, no toques *nada* excepto el objeto que me sacó a mí.

Rhys levantó la vista; las dos manos, sobre mis caderas.

Inclínate, le había ordenado a Tamlin una vez. Y ahora estaba ahí, de rodillas, frente a mí. Los ojos le brillaban y yo supe que él también recordaba. Esa escena, ¿habría sido parte de su juego? ¿Esa fachada? ¿O venganza por el odio horrible que había entre los dos?

—Si tenemos razón en cuanto a tus poderes —dijo él—, si el Tallador de Huesos no nos estaba mintiendo, entonces tú y el objeto van a tener…, la misma marca, gracias a los hechizos que le puse hace años. Tú eres una y la misma con él. Ella no va a notar tu presencia si te limitas a tocarlo. *Solamente eso.* Así, vas a ser invisible para ella.

—¿Está ciega?

Un movimiento de cabeza, sí.

—Pero los otros sentidos de la Tejedora son letales. Así que sé rápida y callada. Encuentra el objeto y sal corriendo, Feyre. —Las manos se me quedaron un tiempo

corto de más sobre las piernas, mientras acomodaba las tiras en la parte trasera.

—¿Y si se da cuenta de que estoy ahí?

Se le tensaron un poco las manos.

—Entonces vamos a saber hasta dónde llegan exactamente tus habilidades.

Hijo de puta. Qué cruel era, qué astuto. Lo miré furiosa.

Rhys se encogió de hombros.

—¿Preferirías que te encerrara en la Casa del Viento y te llenara de comida y te hiciera usar ropa fina y te obligara a planificar mis fiestas?

—Vete a la mierda. Si es tan importante, ¿por qué no vas y buscas el objeto tú mismo?

—Porque la Tejedora me conoce y si me atrapa, pagaríamos un precio bastante alto. Los altos lores tienen prohibido interferir con lo que hace ella, y la dureza de la situación no tiene ninguna importancia. Hay muchos tesoros en esa choza: ella los acumula, los tiene desde hace milenios. La mayor parte ya nunca va a volver a manos de sus dueños porque los altos lores no se atreven a que los capturen en ese lugar… Ella tiene leyes que la protegen, y todos le tienen miedo a su rabia. Y si hay ladrones que roban por cuenta propia… O no vuelven o no los envían allá por miedo a que, en algún momento, eso se vuelva contra el alto lord. Pero tú… Ella no te conoce. Tú perteneces a todas las cortes.

—Entonces, ¿soy tu cazadora y tu ladrona?

Las manos se deslizaron hasta tomarme las rodillas mientras él decía con una sonrisa pícara:

—Tú, tú eres mi salvación, Feyre.

Capítulo 20

Rhysand nos transportó a los dos a un bosque más viejo, más inteligente, que ningún otro lugar que yo hubiera visto en mi vida.

Las hayas retorcidas se tocaban y entretejían unas con otras, salpicadas y cubiertas de tanto musgo y tantos líquenes que era casi imposible ver la corteza.

—¿Dónde estamos? —jadeé; casi no me atrevía a susurrar.

Rhys mantuvo las manos a una distancia casual de sus armas.

—En el corazón de Prythian, un territorio vacío que divide el Norte del Sur. En el centro está nuestra montaña sagrada.

El corazón se me detuvo en el pecho y me concentré en los pasos que daba a través de los helechos y el musgo y las raíces.

—Este bosque —siguió Rhys— está en el filo este del territorio neutral. No hay ningún alto lord. Aquí, la ley la hace el más fuerte, el más malvado, el más astuto. Y la Tejedora del Bosque está en la cima de esta cadena alimentaria.

Los árboles gruñeron; no había ninguna brisa que los moviera. Hasta el aire estaba apretado, estancado.

—¿Amarantha no borró todo esto del mapa?

—Amarantha no era tonta —dijo Rhys, con la cara sombría—. No tocó a ninguna de estas criaturas, no se metió en el bosque. Traté durante años de encontrar maneras

de manipularla para que cometiera ese error estúpido pero ella nunca compró lo que yo le decía.

—Y ahora estamos invadiendo a la Tejedora… por una prueba tonta.

Él soltó una risita y el sonido rebotó sobre las piedras grises esparcidas por el suelo del bosque como bolitas olvidadas.

—Anoche, Cassian trató de convencerme de que no te trajera. Pensé que iba a golpearme.

—¿Por qué? —Yo apenas lo conocía.

—¿Quién sabe? Siendo Cassian quien es, por ahí está más interesado en el sexo contigo que en protegerte.

—Cerdo.

—Podrías hacerlo, eso lo sabes —dijo Rhys y sostuvo la rama de un haya esquelética para que yo pasara por debajo—. Si necesitaras moverte en un sentido físico, estoy seguro de que Cassian estaría feliz de ayudarte.

Eso también parecía una prueba. Y me enojó lo suficiente como para decirle, con la voz ronca:

—Dile que venga a mi habitación esta noche.

—Si sobrevives a la prueba.

Yo me detuve sobre una roca chica cubierta de líquenes.

—Parece que te alegra pensar que tal vez yo no vuelva a pisar tu casa.

—Al contrario, Feyre. —Se acercó despacio hasta el lugar donde yo estaba de pie. Casi estábamos frente a frente, al mismo nivel. El bosque se calló todavía más…, los árboles parecieron inclinarse hacia nosotros como si quisieran escuchar todas las palabras—. Le voy a informar a Cassian que estarías… abierta a sus avances.

—Muy bien —dije. Un aire hueco me atravesó el cuerpo como un parpadeo de noche. Adentro, se movía el poder que yo llevaba en los huesos y en la sangre.

Hice un movimiento para bajar de un salto de la piedra pero él me tomó del mentón en un movimiento demasiado rápido para detectarlo. Las palabras fueron una caricia letal:

—¿Te gustó verme arrodillado a tus pies?

Yo sabía que él oía mi corazón desbocado, los golpes como truenos. Le ofrecí una muequita odiosa, levanté la mandíbula para que él me soltara y salté de la piedra. Tal vez traté de aterrizar sobre sus pies. Y tal vez él cambió justo a tiempo para impedirlo.

—¿No es eso lo único para lo que sirven ustedes, los machos? —Pero las palabras eran tensas, pronunciadas casi sin aliento.

La sonrisa con la que él me respondió evocaba sábanas de seda y brisas con perfume a jazmín de medianoche.

Un camino peligroso…, y Rhys me estaba obligando a caminar por él para que no pensara en lo que tenía que enfrentar ahora, para que no pensara en el desastre que era yo por dentro.

Rabia…; este…, ¿cómo llamarlo?…, este flirteo; disgusto… él sabía que esas eran mis muletas.

Entonces, seguramente lo que yo estaba por hacer era verdaderamente terrible… Si él quería que yo entrara furiosa…, pensando en sexo, en cualquier cosa menos en la Tejedora del Bosque.

—Buen intento —dije, con la voz ronca. Rhysand se encogió de hombros y se alejó caminando hacia los árboles.

Hijo de puta. Sí, había sido para distraerme pero…

Salí corriendo tras él con el menor ruido posible, concentrada en rastrearlo y depositar un golpe en esa columna recta, pero él levantó una mano cuando se detuvo frente a un claro.

Una choza chica, encalada, con techo de paja y una chimenea medio derruida en el centro. Común…, casi mortal. También había un pozo; el balde, colgado sobre el agujero de piedras; una pila de leña, bajo una de las ventanas redondas de la choza. Ningún sonido, ninguna luz en el interior…, ni siquiera humo en la chimenea.

Los pocos pájaros que había en el bosque se quedaron callados. No enteramente pero bajaron la charla al mínimo. Y… entonces…

Leve, desde el interior de la choza, llegó un tarareo lindo, constante.

Tal vez era el tipo de lugar en el que yo me habría detenido si hubiera tenido sed o hambre o hubiera necesitado un refugio para la noche.

Tal vez eso era parte de la trampa.

Los árboles que se alzaban alrededor del claro, tan cerca que las ramas casi tocaban con sus garras el techo de paja, podrían haber sido las barras de una jaula.

Rhys señaló con la cabeza hacia la choza y se inclinó con una gracia dramática.

Entrar, salir…, no hacer ningún sonido. Encontrar el objeto, fuera el que fuese y llevármelo en frente de la cara de la ciega.

Y después salir corriendo como si me llevara el diablo.

El camino hasta la puerta de adelante estaba forrado de musgo un poco partido. Un poco de queso…, sí. Y yo era la laucha tonta, lista para caer en la trampa.

Con los ojos brillantes, Rhys formó las palabras «*Buena suerte*» con los labios.

Yo le hice un gesto vulgar y lenta, silenciosamente me abrí camino hacia la puerta del frente.

Los bosques estaban ahí y se hubiera dicho que me vigilaban, que contaban mis pasos. Cuando miré hacia atrás, Rhys ya no estaba.

Él no había dicho si pensaba interferir en caso de que yo estuviera en peligro mortal. Debería haberle preguntado, me dije.

Esquivé las hojas y las piedras, y seguí un esquema de movimiento suave que recordaba en alguna parte del cuerpo, una parte que no había nacido de los altos lores.

Como despertarse. Así se sentía.

Pasé el aljibe. Ni una mota de polvo, ni una piedra fuera de lugar. Una trampa perfecta, linda, me advirtió la parte mortal de mí misma. Una trampa diseñada en un

tiempo en que los humanos eran presas de caza; tendida, ahora, para otro tipo de presa, una más inteligente e inmortal.

Yo ya no era buena presa para nadie, decidí cuando llegué hasta la puerta.

Y ya no era una laucha.

Era una loba.

Escuché en el umbral, la roca gastada por las muchas, muchas botas que la habían rozado al entrar…, tal vez ninguna al salir. Las palabras de la canción de ella se distinguían con mayor claridad ahora, la voz dulce y hermosa, como la luz del sol sobre un arroyo.

Había dos hermanas, estaban jugando,
fingían que veían venir los barcos del padre navegando…
Y cuando llegaron al borde del mar
la mayor empujó a la más joven al agua, ja, ja.

Una voz de miel para una canción terrible y antigua. Yo la había oído antes con algunas diferencias en la letra, pero cantada por humanos que no tenían idea de que la canción había nacido en gargantas inmortales.

Escuché otro momento, tratando de oír si había alguien más en la casa. Pero lo único que había era un sonido metálico, como de tambores, que provenía de algún tipo de aparato; eso y la canción de la Tejedora.

A veces, ella se hundía, a veces nadaba un momento,
hasta que el cadáver llegó al dique del molinero.

Tenía el aliento tenso en el pecho pero lo mantuve bajo control… y lo dejé salir a través de la boca en respiraciones completamente silenciosas. Abrí la puerta de entrada, apenas unos centímetros.

No hubo crujido…, ningún alarido de bisagras oxidadas. Otra pieza de la trampa: una invitación a los ladrones, una entrada sin dificultades. Miré en el interior, apenas la puerta se abrió lo suficiente.

Una habitación principal grande con una puertita cerrada al fondo. Estantes repletos del suelo al techo en todas las paredes: libros, caracoles marinos, muñecas, hierbas secas, porcelana, zapatos, cristales, más libros, joyas… Desde el techo y las vigas de madera colgaban todo tipo de cadenas, pájaros muertos, vestidos, cintas, pedazos de madera retorcida, collares de perla…

Un lugar de acumulación de basura…, de una inmortal acaparadora, esas personas que nunca tiran nada.

Y la acaparadora…

En la penumbra de la choza, había una rueca enorme y en ella, con la espalda

vuelta hacia mí, estaba la Tejedora.

El pelo espeso era del color del ónix y le caía hasta la cintura mientras ella trabajaba en la rueda; las manos blancas como la nieve ponían el hilo y tiraban de él desde el otro lado alrededor de un huso afilado como una espina.

Parecía joven…; el vestido gris, simple pero elegante, brillaba levemente en la luz difusa del bosque a través de las ventanas mientras cantaba con una voz de oro brillante:

Pero ¿qué hizo con el esternón el padre?
Hizo una viola para tocar en el baile.
¿Y qué hizo con esos dedos tan chicos?
Hizo clavijas para la viola, siempre tan prolijo.

La fibra que ella metía en la rueda era blanca…, suave. Como lana pero…, en esa parte humana de mí misma, yo sabía que no era lana. Sabía que no quería que me dijeran de qué criatura había salido, *a quién* estaba ella convirtiendo en hilo.

Porque sobre el estante que tenía directamente frente a ella había conos y más conos de hilos, de todos los colores y texturas. Y sobre el estante cercano había hileras y metros del hilo tejido, según me di cuenta, en el enorme telar escondido en la oscuridad, cerca del hogar. El telar de la Tejedora.

Era un día de hilado. ¿Habría estado cantando ella si yo llegaba en un día de tejido? Desde el perfume raro, lleno de miedo, que venía de esas telas, yo ya sabía la respuesta.

Una loba. Yo era una loba.

Entré en la choza; me cuidé mucho de no tocar la basura sobre el suelo de tierra. Ella siguió trabajando; la rueda sonaba con tanta alegría, tan opuesta en tono a la horrible canción:

¿Y qué hizo él con el puente de la nariz?
Le hizo un puente a la viola con ella, un puente pintado de gris.
¿Qué hizo él con las venas azules y largas?
Fueron, para su viola, las cuerdas que cantaban.

Estudié la habitación, tratando de no oír la letra de la canción.

Nada. Sentí…, no sentí nada, nada que pudiera llamarme hacia un objeto en particular. Tal vez sería un alivio *no* ser yo la que rastreara el Libro…, si es que ese día no era el principio de una siembra de desgracias.

La Tejedora seguía ahí, trabajando.

Estudié los estantes, el techo. Tiempo de descuento. Estaba en tiempo de descuento y me estaba quedando sin nada.

¿Me había mandado Rhys a hacer una tarea imposible, como si yo fuera tonta? Tal vez ahí no había nada. Tal vez ese *objeto* ya estaba en su poder, ya se lo había llevado. Hubiera sido típico de él. Provocarme en el bosque, para ver qué cosas harían reaccionar a mi cuerpo.

Y tal vez yo sentía tanto resentimiento contra Tamlin que disfrutaba de ese fragmento de seducción. Tal vez yo era un monstruo tanto como la hembra que hilaba frente a mí.

Pero si yo era un monstruo, entonces Rhys también.

Rhys y yo éramos lo mismo, más allá del poder que me había dado él. Correspondía que, cuando se diera cuenta de que yo me había ido realmente, Tamlin también me odiara.

Y entonces, lo sentí, como un golpecito en el hombro.

Di una vuelta entera sobre los talones, con un ojo en la Tejedora y el otro en la habitación mientras revisaba la masa de mesas y basura. Era como un rayo, un rayito de luz enlazado con la media sonrisa de Rhys; y me llamaba.

Hola, parecía decirme. ¿Viniste a buscarme?

Sí…, sí…, quería decirle yo. Por fin vine. Aunque una parte de mí deseaba que no fuera verdad.

La Tejedora cantó desde detrás de mí:

¿Y qué hizo con esos ojos brillantes?
Los puso sobre la viola como dos diamantes.
¿Y qué hizo con la lengua rugosa?
Fue la caja de la viola; decía palabras hermosas.

Seguí el pulso… hacia el estante en la pared junto al hogar. Nada. Y nada en el segundo. Pero en el tercero…, el que tenía justo sobre la cabeza… Ahí.

Casi olía el perfume a sal y cítrico. El Tallador de Huesos tenía razón.

Me levanté sobre las puntas de los pies para examinar el estante. Un viejo cortapapeles, libros forrados en un cuero que yo no quería ni oler ni tocar, un puñado de bellotas; una corona manchada de rubíes y jaspe y…

Un anillo.

Un anillo de plata y oro entrelazados, salpicado de perlas y en el centro una piedra de un color azul sólido, profundísimo. Zafiro, sí, pero diferente. Yo nunca había visto un zafiro como ese, ni siquiera en las oficinas de mi padre. Casi habría jurado que, en esa luz pálida, se abrían las líneas de una estrella de seis puntas sobre toda la superficie opaca, redonda.

Rhys…, sí, Rhys estaba en todas partes, respiraba en ese objeto.

¿Me había mandado ahí a buscar un *anillo*?

La Tejedora cantaba:

Entonces habló la cuerda del rey:
¿Ay, dónde está mi padre, el rey?

La miré un instante más, calculando la distancia entre el estante y la puerta abierta. Toma el anillo, y vete; nada, nada de tiempo. Con velocidad, en silencio, con calma.

Entonces habló la cuerda, la tercera:
¿Ay, dónde está mi madre, la reina?

Bajé una mano hacia uno de los cuchillos que llevaba en las caderas. Tal vez, cuando volviera con Rhys, le clavaría uno en las entrañas.

Y con la misma rapidez, el recuerdo de la sangre inocente me cubrió las manos. Yo ya sabía cómo se sentía pasar la daga a través de la piel y los huesos de otro. Sabía cómo saltaría la sangre, cómo se retorcería él de dolor…

Corté ese pensamiento de cuajo pero seguí sintiendo cómo la sangre de esos inmortales me empapaba la parte humana, esa parte que no había muerto y que no le pertenecía a nadie, a nadie excepto a mi pobre ser.

Entonces hablaron las cuerdas, las tres:
¿Ay, dónde está mi hermana, la que me ahogó una vez?

Mi mano estaba tan silenciosa como el último suspiro cuando saqué el anillo del estante.

La Tejedora dejó de cantar.

Capítulo 21

Me quedé inmóvil, con el objeto en el bolsillo. Ella había terminado la última canción, tal vez estaba por empezar otra.

Tal vez.

La rueda de la rueca giraba cada vez más despacio.

Yo retrocedí un paso hacia la puerta. Después otro.

Más y más despacio: cada rotación de la rueda antigua tardaba más que la anterior.

Solamente diez pasos hasta la puerta.

Cinco.

La rueda giró una vez más, la última, tan despacio que yo veía cada uno de los rayos.

Dos.

Me di vuelta para ir hacia la puerta mientras ella sacaba una mano blanca, tomaba la rueca y la detenía por completo.

La puerta se cerró frente a mí.

Me arrojé sobre la manija pero ya no había ninguna.

Ventana, la ventana.

—¿Quién está en mi casa? —dijo ella con suavidad.

Me golpeó bruscamente el miedo —un miedo sin diluir, sin grietas— y entonces, me acordé. Me acordé súbitamente de lo que era ser humana y estar débil e indefensa. Me acordé de lo que había sido querer luchar, luchar para seguir viviendo, de lo que había sido estar dispuesta a cualquier cosa para seguir respirando…

Busqué la ventana junto a la puerta. Sellada. Sin traba, sin apertura. Solamente vidrio que no era vidrio. Sólida, impenetrable.

La Tejedora volvió la cara hacia mí.

Loba o laucha, daba lo mismo: ahora yo era un animal que calculaba las chances que tenía de sobrevivir.

Sobre el cuerpo joven, flexible, bajo el pelo negro, hermoso, la piel era gris, arrugada, caída y seca. Y donde deberían haber estado los ojos había huecos negros en proceso de descomposición. Los labios se habían resecado hasta convertirse en líneas oscuras, profundas alrededor de un agujero lleno de espinas puntudas en lugar de dientes; sin duda, había masticado demasiados huesos con ellas.

Iba a hacerlo con mis huesos muy pronto si yo no salía de ese lugar. Lo sabía.

La nariz, tal vez antes respingada y bonita, ahora medio caída, se abrió dos veces cuando ella olió el aire en mi dirección.

—¿Qué eres? —dijo en una voz que ya no era ni tan joven ni tan hermosa.

Salir, salir…, tenía que salir, ahora, ahora mismo…

Había otra forma.

Suicida, irresponsable.

Yo no quería morir.

No quería que me comieran.

No quería entrar en esa dulce oscuridad.

La Tejedora se levantó del banquito.

Y supe que se me había terminado el tiempo de descuento.

—¿Qué es igual a todos —musitó ella, dando un paso grácil hacia mí— y al mismo tiempo, diferente de todos?

Yo era una loba, sí. Una loba.

Mordía cuando alguien me acorralaba.

Busqué la única vela que ardía en la mesa en el centro de la habitación. Y la arrojé contra la pared de telas tejidas, contra esos rollos oscuros, miserables. Cuerpos, pieles, vidas, entretejidos y transformados en otra cosa. Yo quería liberarlos.

El fuego se desató enseguida y el alarido de la Tejedora fue tan agudo que pensé que la cabeza se me sacudía sobre el cuello; pensé que la sangre me hervía en las venas.

Ella corrió hacia las llamas y mientras las apagaba con esas manos blancas, sin marcas, la boca de dientes podridos, abierta en un aullido, como si dentro de ese cuerpo no hubiera nada excepto infierno negro.

Corrí hacia el hogar apagado, hacia la chimenea que había encima.

Un lugar estrecho pero…, para mí, para mí era suficiente.

No dudé ni un segundo: me tomé del borde y trepé, los brazos torcidos por el esfuerzo. La fuerza inmortal…, me llevó hasta ahí pero yo estaba tan débil, tan malnutrida.

Había dejado que ellos, *todos* ellos, me debilitaran. Lo había aceptado como acepta un caballo salvaje que se deja domar por el bocado.

Los ladrillos manchados de carbón estaban sueltos, desparejos. Perfectos para trepar.

Más rápido, había que ir más rápido.

Pero se me raspaban los hombros contra las paredes y, ahí dentro, el olor era terrible, espantoso, a basura y aire quemado, y había un brillo aceitoso en la piedra…, un brillo como de grasa cocinada…

El alarido de la Tejedora se cortó bruscamente cuando yo estaba a mitad de camino de la chimenea y veía los árboles y la luz del sol y sentía cada respiración como un sollozo dentro del pecho.

Busqué el ladrillo siguiente, se me rompieron las uñas cuando me levanté con tanta violencia que me dolieron los brazos en protesta contra el peso de la piedra a mi alrededor y entonces…

Me quedé trabada.

Trabada mientras la Tejedora siseaba desde la casa:

—¿Qué lauchita trepa por mi chimenea?

Yo tenía justo el lugar para mirar abajo, directamente a la cara podrida de la Tejedora.

Ella puso una mano blanca como la leche sobre el borde y me di cuenta de que el espacio entre ella y yo era muy, muy corto.

Se me vació la cabeza.

Empujé contra la chimenea pero no conseguí moverme.

Iba a morir ahí. Esas manos hermosas iban a arrastrarme, partirme en pedazos y después ella me comería. Tal vez yo seguiría viva y ella me pondría esa boca inmunda sobre la piel y mordería y rompería y desgarraría y…

Sentí el cuerpo aplastado por un pánico negro; ahí estaba yo de nuevo, atrapada bajo una montaña en una madriguera llena de barro, con el Gusano Middengard en las cercanías. Y de allá, de esa montaña cercana, apenas si había escapado…, apenas si…

No conseguía respirar, no podía, no podía…

Las uñas de la Tejedora rasparon los ladrillos y ella empezó a trepar.

No, no, no, no, no…

Pateé una y otra y otra vez contra los ladrillos.

—¿Pensaste que podías robarme y escapar, ladrona?

Ay, habría preferido al Gusano Middengard. Habría preferido esos dientes macizos, filosos a estos, podridos, agudos…

Basta.

La palabra salió de la oscuridad que me anidaba en la frente.

Y la voz era la mía.

Basta, me dijo, me dije.

Respira.

Piensa.

La Tejedora se me acercaba cada vez más, los ladrillos se le derrumbaban bajo las manos. Subiría como una araña…, como si yo fuera una mosca en la tela…

Basta.

Y esa vez, la palabra consiguió que todo se calmara alrededor.

Me la repetí:

Basta. Basta. Basta.

Piensa.

Yo había sobrevivido, había sobrevivido al Gusano…, a Amarantha. Y ahora tenía dones. Dones considerables.

Como la fuerza.

Yo era verdaderamente fuerte.

Golpeé con la mano contra la pared de la chimenea, tan bajo como pude. La Tejedora siseó contra la basura que le cayó como lluvia sobre la cabeza. Golpeé otra vez con el puño, me concentré en la fuerza.

Yo no era una mascota, una muñeca, un animal.

Era una sobreviviente y era fuerte.

No volvería a ser débil ni indefensa. No quería, no podía permitir que me quebraran. Que me domesticaran.

Golpeé con el puño contra los ladrillos una y otra vez y la Tejedora se detuvo.

Se detuvo lo suficiente como para que el ladrillo que yo había soltado se me deslizara con libertad dentro de la palma.

Lo suficiente para que tuviera tiempo de arrojarlo contra esa cara horrenda, espantosa con toda la fuerza que me quedaba.

Hubo un crujido de huesos y ella rugió, la sangre negra se esparció bajo mis pies. Pero golpeé con los hombros contra los costados de la chimenea, la piel se me desprendió debajo del cuero. Y seguí, seguí, seguí hasta que fui piedra que rompe piedra, hasta que no hubo nada y nadie que pudiera retenerme, hasta que volví a subir por la chimenea.

No me atreví a detenerme, llegué arriba y me levanté hacia el cielo, tropezando en el techo de paja. Pero no era paja lo que techaba la choza.

Era cabello.

Y yo con esa grasa de la chimenea…, la grasa que ahora me brillaba en la piel…, el pelo que se me pegaba al cuerpo… En mechones y rizos y hebras. La bilis me subió por la garganta; la puerta principal se abrió bruscamente y hubo un alarido.

No…, así no. Al suelo no.

Arriba, arriba, arriba.

Había una rama de árbol que colgaba muy cerca y yo tropecé sobre ese techo espantoso, tratando de no pensar en quién y qué estaba pisando, en lo que me colgaba de la piel, de la ropa. Un instante después, salté hacia la rama y me escurrí entre las hojas y el musgo; la Tejedora aullaba:

—¿DÓNDE ESTÁS?

Pero yo corría ya por el árbol, corría hacia otro árbol cercano. Salté de rama en rama, manos desnudas que destrozaban la madera. ¿Dónde estaba Rhysand?

Más y más lejos corrí, y los gritos de ella me persiguieron aunque se hicieron cada vez más distantes.

¿Dónde estás?, ¿dónde estás?, ¿dónde estás?

Y entonces, en el árbol frente a mí, sobre una rama, un brazo sobre el vacío, Rhysand dijo, lentamente:

—¿Qué mierda hiciste?

Yo resbalé y me detuve, jadeando, ronca. Pensé que iban a sangrarme los pulmones.

—*Hijo de*… —siseé.

Pero él levantó un dedo y se lo llevó a los labios y se transportó hasta mí…, me tomó de la cintura con una mano y me apoyó la otra en la nuca y nos llevó lejos…

A Velaris. Justo sobre la Casa del Viento.

Caída libre y yo ya no tenía aliento para gritar mientras aparecían las alas y se abrían y él nos curvaba en un vuelo firme y nos llevaba a través de las ventanas abiertas de lo que tenía que ser una sala de guerra. Ahí estaba Cassian…, discutía algo con Amren.

Los dos se quedaron paralizados, de pie sobre el suelo rojo.

Había un espejo en la pared y yo me vi a mí misma lo suficiente como para saber por qué estaban todos con la boca abierta: tenía la cara raspada y llena de sangre, y estaba cubierta de polvo y grasa…, grasa *hervida* y polvo de mortero, pelos pegados y un olor…

—Hueles a asado —dijo Amren y se encogió un poquito.

Cassian apartó la mano del cuchillo que llevaba en la cintura.

Yo seguía jadeando, seguía tratando de respirar. El pelo que se me había pegado en el cuerpo me picaba, me dolía y…

—¿La mataste? —dijo Cassian.

—No —le contestó Rhys mientras plegaba las alas con gesto casual—. Pero dado lo mucho que aullaba la Tejedora, me muero por saber qué le hizo la querida Feyre.

Grasa…, yo tenía la grasa y el pelo de otros sobre el cuerpo…

Vomité en el suelo.

Cassian soltó una palabrota pero Amren sacudió una mano y desapareció todo y también el desastre que yo tenía sobre el cuerpo. Pero yo sentía el fantasma de eso sobre mí, los restos de otros, la mezcla que unía los ladrillos…

—Ella…, ella me detectó —me las arreglé para decir, me dejé caer sobre la mesa

negra y larga y me limpié la boca contra el hombro del cuero de la ropa que llevaba puesta—. Cerró las puertas y las ventanas. Así que tuve que salir por la chimenea. Me quedé trabada ahí. —Cassian levantó las cejas—. Y cuando ella trató de subir, le tiré un ladrillo a la cara.

Silencio.

Amren miró a Rhysand.

—¿Y dónde estabas tú?

—Esperando, lejos, para que ella no me detectara.

Yo le ladré con furia:

—Me hubiera venido bien algo de ayuda.

—Sobreviviste —dijo él—. Y encontraste una forma de ayudarte a ti misma. —Desde el brillo duro en esos ojos, yo supe que él había sentido el pánico que casi me había matado, ya fuera a través de los escudos que yo me había olvidado de levantar o por cualquier otra anomalía en el lazo. Lo había sentido… y había dejado que lo aguantara sola.

Porque casi me había matado…, y yo no hubiera sido útil para él si ese pánico volvía cuando importaba…, con el Libro. Exactamente lo que él había dicho.

—Así que era para eso —escupí yo—. No solamente por el *estúpido anillo*. —Busqué en el bolsillo y le tiré el anillo que rebotó sobre la mesa—. O por mis habilidades, mierda; era para ver si consigo dominar el pánico.

Cassian volvió a insultar, los ojos sobre el anillo.

Amren meneó la cabeza; la onda de pelo oscuro se movió de un lado a otro.

—Brutal, pero efectivo.

Rhys se limitó a decir:

—Ahora ya lo sabes. Que puedes usar tus habilidades para buscar objetos; que podrías encontrar el Libro en la Corte Verano… y que sabes dominarte.

—Eres un hijo de puta, Rhysand —dijo Cassian, con calma.

Rhys acomodó las alas con un ruidito lleno de gracia.

—Tú harías lo mismo.

Cassian se encogió de hombros como diciendo que sí.

Yo me miré las manos, las uñas rotas, con sangre. Y le dije a Cassian:

—Quiero que me enseñes…, que me enseñes a luchar. A ser fuerte. Si es que tu oferta todavía está en pie.

Cassian levantó las cejas y no se molestó en mirar a Rhys para ver si él estaba de acuerdo.

—Si te entreno, me vas a llamar hijo de puta a mí enseguida. Yo no sé nada de entrenar humanos…, no sé hasta qué punto el cuerpo se te quiebra… Pero tú ya no eres humana… —agregó con una mueca—. Eso lo vamos a ir viendo.

—No quiero que mi única opción sea salir corriendo —dije.

—Salir corriendo te mantuvo con vida hoy —interrumpió Amren.

Yo la ignoré.

—Quiero saber cómo luchar sola para liberarme. No quiero tener que esperar a que alguien me rescate. —Me enfrenté a Rhys y crucé los brazos—. ¿Entonces? ¿Pasé la prueba?

Pero él levantó el anillo y me hizo un gesto de agradecimiento.

—Era el anillo de mi madre. —Como si esa fuera la única explicación que yo me merecía.

—¿Cómo lo perdiste? —quise saber.

—No lo perdí. Mamá me lo dio como recuerdo, después se lo llevó cuando llegué a la madurez… y se lo dio a la Tejedora.

—¿Para qué?

—Para que yo no lo malgastara.

Una estupidez, una idiotez y… yo necesitaba un baño. Necesitaba *tranquilidad*. Eso y un baño. La necesidad me golpeó bruscamente con tanta fuerza que se me aflojaron las rodillas.

Ni siquiera lo había mirado a Rhys, pero de pronto, él me tomó por el brazo, abrió las alas y nos llevó a los dos por la ventana. Caída libre otra vez; cinco segundos de trueno, de espanto antes de que él me transportara al dormitorio en la casa de la ciudad. Un baño caliente preparado. Me le acerqué tambaleándome y el cansancio me golpeó como el golpe de un puño mientras él decía:

—¿Y el entrenamiento para tus otros… dones?

A través del vapor del baño, dije:

—Creo que tú y yo nos haríamos trizas.

—Ah, sin duda, estoy seguro de que vamos a hacer eso. —Se reclinó contra el umbral del baño—. Pero de otra forma, no sería divertido. Puedes pensarlo así: entrenar conmigo parte de los requerimientos de tu trabajo para mí. —Un movimiento brusco de la mandíbula—. Vamos, trata de atravesar mis escudos.

Yo sabía de qué escudos hablaba.

—Estoy cansada. El baño se va a enfriar.

—Juro que va a estar igualmente caliente dentro de unos momentos. Si tuvieras buen manejo de tus dones, tal vez podrías encargarte de eso tú misma.

Fruncí el ceño. Pero di un paso hacia él, después otro… y lo hice retroceder un paso, dos, hacia el dormitorio. Los rastros de la grasa y el pelo seguían ahí, pegados contra mi piel, recordándome lo que él me había hecho hacer…

Le sostuve la mirada, los ojos color violeta titilaron en la habitación.

—Lo sientes, ¿verdad? —dijo por encima de los gorjeos y trinos de los pájaros del jardín—. ¿Sientes tu poder…? ¿Eso que te camina bajo la piel, te ronronea en los oídos?

—¿Y qué si lo siento?

Un encogimiento de hombros.

—Me sorprende que Ianthe no te abriera de par en par en un altar para ver qué aspecto tenía eso que llevas adentro.

—¿Cuál es tu problema con ella, exactamente?

—Descubrí que las altas sacerdotisas son una perversión de lo que fueron antes…, o lo que prometieron ser. Ianthe, entre las peores.

Se me retorció el estómago.

—¿Por qué lo dices?

—Atraviesa mis escudos y no te lo digo, te lo *muestro*.

Así que eso explicaba el rumbo que había tomado la conversación. Un desafío. Carnada.

Le sostuve la mirada… Y me dejé caer en ella. Me permití imaginar esa línea entre los dos, ese trazo como de luz trenzada… Y ahí estaba su escudo mental del otro lado del lazo. Negro, sólido, impenetrable. No vas a pasar. De ninguna manera. Sin embargo, yo ya me había metido por ahí… y no tenía ni idea.

—Hoy ya tuve suficientes pruebas.

Rhys cruzó los dos metros que nos separaban.

—Las altas sacerdotisas se metieron en algunas cortes…, sobre todo Amanecer, Invierno y Día. Se atrincheraron con tanta eficiencia que tienen espías en todas partes, y seguidores casi fanáticos. Pero en estos cincuenta años se escaparon de Prythian. Se escondieron. A mí no me sorprendería si Ianthe quisiera establecer algo así en la Corte Primavera.

—¿Me estás diciendo que todas son villanas de corazón negro?

—No. Algunas. Otras son sabias y compasivas y dedicadas. Pero hay algunas que se hacen las moralistas… Y esas son las que siempre me parecen las más peligrosas.

—¿Ianthe?

Una chispa en los ojos.

No quería decirme. Estaba poniendo ese conocimiento frente a mí como una zanahoria o un pedazo de carne…

Me lancé hacia él. Ciegamente, como una salvaje, envié mi poder por la línea que nos unía.

Y aullé cuando el poder se golpeó contra los escudos internos de Rhys; los ecos resonaron dentro de mi cuerpo como si me hubiera golpeado contra un objeto físico.

Rhys soltó una risita y yo vi todo en rojo.

—Admirable…, torpe pero un esfuerzo admirable.

Jadeé un poco y me pareció que iba a estallar.

Pero él dijo:

—Por intentarlo… —y me tomó de la mano. El lazo se puso tenso, esa cosa empezó a pulsarme bajo la piel y…

Oscuridad, y la sensación colosal de él del otro lado de su barricada mental de diamante negro. Ese escudo era infinito, producto de medio milenio de odio, ataques, persecuciones. Puse una mano mental sobre la pared.

Como una gata montesa que se arquea para recibir una caricia, la pared parecía ronronear… y después, de pronto, desapareció.

La mente de Rhys se abrió para mí. Por lo menos, esa antecámara. Un espacio único que él había tallado ahí para que yo viera…

Un dormitorio tallado en obsidiana; una cama grande como un elefante, sábanas color ébano, de tamaño suficiente para tapar las alas.

Y sobre esa cama, sin otra cosa que su piel, Ianthe.

Retrocedí y me di cuenta de que eso era un recuerdo. De que Ianthe estaba en la cama de él, en la corte de él, bajo esa montaña, los senos bellos alzados en el frío…

—Hay más —dijo la voz de Rhys desde lejos mientras yo me debatía para alejarme. Pero mi mente golpeó contra el escudo…; ahora del otro lado, el interno. Él me tenía atrapada dentro de su cabeza.

—Me dejasteis sola, esperando —se quejó Ianthe.

La sensación de la madera dura, tallada se me metió por la espalda…, la espalda de Rhysand, reclinado contra la puerta del dormitorio.

—Fuera.

Ianthe gimoteó, dobló la rodilla y abrió las piernas, mostrándose.

—Yo veo la forma en que vos me mirais, alto lord.

—Ves lo que quieres ver —dijo él…, nosotros. La puerta se abrió junto a él—. Fuera.

Una muequita seductora.

—Oí decir que os gustan los juegos. —La mano delgada se tocó despacio la parte bien baja del vientre chato—. Creo que vais a descubrir que soy muy divertida como compañera de juegos.

Me atravesó una rabia congelada; la misma rabia lo atravesó a él y de pronto, se quedó un momento quieto, como si estuviera decidiendo si aplastarla o no contra las paredes, y cuáles serían los inconvenientes que tal vez causaría esa muerte. Ella lo perseguía día y noche, y a otros machos también. Azriel se había ido por esa razón la noche anterior. Y Mor había estado a un comentario de romperle el cuello.

—Creí que tu alianza era con otras cortes. —La voz de él era tan fría… La voz del alto lord.

—Mi alianza es siempre con el futuro de Prythian, con el verdadero poder de esta tierra. —Los dedos de ella se le deslizaron entre las piernas y se detuvieron ahí. Jadeó y el jadeo dividió la habitación cuando él envió un hilo de poder contra ella y le paralizó el brazo sobre la cama, lejos—. ¿Sabeis lo que significaría para Prythian una unión entre los dos, para el mundo entero? —dijo ella y siguió devorándolo con los ojos.

—Quieres decir para ti misma.

—Nuestro hijo dominaría todo Prythian.

Una diversión cruel danzó a través del cuerpo de él.

—¿Así que quieres mi corona… y que yo te haga de padrillo?

Ella trató de retorcer el cuerpo, pero el poder de él la retenía.

—No veo a ningún otro digno de eso.

Ella sería un problema…, ahora y más tarde. Él lo sabía. Matarla ahora, terminar con la amenaza antes de que empezara a surgir, enfrentar la ira de las otras altas sacerdotisas o… ver lo que pasaba.

—Sal de mi cama. Sal de mi habitación. Y sal de mi corte.

Aflojó el poder para que ella pudiera irse.

Los ojos de Ianthe se oscurecieron; se puso de pie sin molestarse por la ropa, acomodadas sobre la silla favorita de Rhys. Cada paso hacia él hacía que se le movieran los pechos generosos. Se detuvo a pocos centímetros.

—No tenéis idea de lo que soy capaz de haceros sentir, alto lord.

Tendió una mano hacia el lugar entre las piernas de Rhysand.

El poder de él le golpeó los dedos antes de que ella lo alcanzara.

Él apretó el poder, lo retorció.

Ella aulló. Trató de retroceder, pero el poder la congeló en ese lugar…, tanto poder, controlado con tanta facilidad, un poder que hervía alrededor de ella, en la duda entre acabar o no con esa existencia, como una víbora que da vueltas alrededor de un ratón.

Rhys se inclinó y le dijo en el oído:

—No te atrevas a tocarme, Ianthe. Jamás. No vuelvas a tocar a ningún macho de mi corte. —El poder le tocó los huesos y los tendones y ella gritó de nuevo—. Se te va a curar la mano —dijo él y retrocedió—. Pero la próxima vez que me toques o toques a alguien dentro de mis tierras, vas a descubrir que el resto de tu cuerpo puede tardar mucho más en curarse.

A ella le corrían lágrimas de dolor por la cara, pero el efecto de esas lágrimas se perdía un poco por el odio que le iluminaba los ojos.

—Vas a lamentar esto —siseó.

Él soltó una risita suave, la risa de un amante, y un parpadeo de poder la arrojó de culo en el pasillo. Y la ropa voló tras ella, un segundo más tarde. Después, la puerta se cerró de golpe.

Como un par de tijeras a través de una cinta en tensión, el recuerdo se cortó bruscamente, el escudo cayó detrás de mí y yo tropecé en el camino de vuelta, parpadeando contra la luz.

—Regla número uno —me dijo Rhys, los ojos brillantes por la rabia del recuerdo —: no te metas en la mente de nadie si no sabes cómo mantener la puerta abierta para volver. Un daemati puede abrirte la mente de par en par y después encerrarte ahí dentro, convertirte en una esclava complaciente.

Me pasó un escalofrío por la columna. Pero lo que él me había mostrado…

—Regla número dos —dijo él, la cara dura como la piedra—: cuando…

—¿Cuándo fue eso? —estallé. Lo conocía lo suficiente y no dudaba de la verdad de la escena—. ¿Cuándo pasó eso entre ustedes?

El hielo seguía firme en los ojos color violeta.

—Hace cien años. En la Corte de las Pesadillas. Le permití visitarme después de

que ella me lo rogara durante años, decía que quería construir lazos entre la Corte Noche y las sacerdotisas. A mí me habían llegado rumores sobre ella pero era joven y nueva y yo esperaba que una nueva sacerdotisa fuera el cambio que necesitaba la orden. Y no. Me di cuenta de que ella ya estaba muy bien entrenada por sus hermanas, las menos benevolentes.

Yo tragué saliva; me latía con fuerza el corazón:

—Ella…, ella no actuó así en…

Lucien.

Lucien la odiaba. Había hecho alusiones furiosas, vagas contra ella, diciendo que ella se le había acercado…

Sentí que estaba por vomitar. ¿Lo habría perseguido así Ianthe? ¿Y él habría tenido que decir que sí por la posición que ella tenía en la corte?

Y si yo volvía a la Corte Primavera un día…, ¿cómo iba a convencer a Tamlin de que la echara? Y ahora, ahora que yo ya no estaba, ¿estaría ella…?

—Regla número dos —siguió Rhys finalmente—: tienes que estar preparada para ver cosas que no van a gustarte.

Cincuenta años más tarde había llegado Amarantha. Y había hecho exactamente lo que Rhys temía, lo que él había pensado que haría (por eso había pensado en matarla). Él había dejado que le pasara eso. Para que ellos estuvieran a salvo. Para alejar a Azriel y Cassian de pesadillas que iban a perseguirlos por toda la eternidad, para impedir que ellos tuvieran que tolerar más dolor del que habían sufrido en la infancia…

Levanté la cabeza para preguntarle algo. Pero Rhys se había desvanecido en el aire.

Sola, me saqué la ropa, luché contra las hebillas y las tiras que él me había puesto…, ¿cuándo había sido eso? ¿Una, dos horas antes?

A mí me parecía que había pasado una vida entera. Y ahora yo ya era una Rastreadora de Libros certificada, algo así.

Mejor que ser la esposa que organiza fiestas y después cría a los hijitos del alto lord. En eso había querido convertirme Ianthe… y lo había hecho para servir a su propio plan secreto, fuera el que fuese.

Como él había prometido, el baño estaba caliente. Reflexioné sobre lo que él me había mostrado, vi una y otra y otra vez esa mano que se tendía hacia las piernas de él, la dominación y la arrogancia del gesto.

Cerré una llave sobre el recuerdo y de pronto, me di cuenta de que el agua del baño estaba fría.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, todavía no había respuesta de la Corte Verano así que Rhysand cumplió su palabra de llevarnos al reino humano.

—¿Qué ropa se pone una en tierras humanas? —dijo Mor desde donde estaba tendida, atravesada sobre el pie de mi cama. Para ser alguien que, según decía, había estado bebiendo y bailando hasta la Madre sabía cuándo, tenía un aspecto injustamente activo. Cassian y Azriel, que gruñían y hacían muecas, tenían el aspecto de dos atropellados por una carreta. Una parte de mí, una parte chica, se preguntaba qué sería salir con ellos…, ver con ellos lo que tuviera que ofrecer la Velaris nocturna.

Revisé la ropa en el armario.

—Capas —dije—. Los humanos… lo cubren todo. Puede haber algo de coraje para mostrar según la ocasión pero… todo se esconde debajo de faldas y enaguas y demás tonterías.

—Suena como si las mujeres de ahí nunca tuvieran que… correr o pelear. No me acuerdo de que fuera así hace quinientos años.

Yo me detuve frente a un conjunto en color turquesa con toques de oro…, ropa majestuosa, lujosa, brillante.

—A pesar del muro, los inmortales seguían siendo una amenaza así que…, seguro

que se necesita ropa práctica para correr, pelear contra cualquier horror que pase por ahí. Me pregunto qué fue lo que cambió.

Saqué la parte superior y los pantalones y se los mostré, para ver si ella lo aprobaba.

Mor asintió; ningún comentario del estilo de los que hubiera hecho Ianthe, ninguna intervención beatífica.

Empujé el pensamiento hacia un costado junto con el recuerdo de lo que ella había tratado de hacerle a Rhys y seguí diciendo:

—Hoy en día, la mayor parte de las mujeres se casan, son madres y después planifican el casamiento de sus hijas e hijos. Algunas de las pobres trabajan en los campos y hay poquísimas que son mercenarias o soldados pero… cuanto más ricas son, más restringidos están sus roles y sus libertades. Una diría que el dinero compra la oportunidad de hacer lo que una quiera, pero en realidad…

—Algunos alto fae —dijo Mor y tiró de un hilo bordado de mi manta para sacarlo — también son así.

Me deslicé detrás del biombo para desatarme la bata que me había puesto minutos antes de que ella entrara a hacerme compañía mientras yo me preparaba para el viaje.

—En la Corte de las Pesadillas —siguió ella, la voz suave de nuevo y también un poquito fría—, las mujeres son… premios. Nuestra virginidad se cuida, después se vende al mejor postor…, al macho más ventajoso para nuestras familias, sea quien fuere.

Seguí vistiéndome aunque fuera para darme algo que hacer mientras el horror de lo que empezaba a sospechar se me deslizaba a través de los huesos, me congelaba la sangre.

—Yo nací más fuerte que ningún otro en nuestra familia. Hasta los machos. Y no conseguí esconderlo, ellos lo olían…, como se huele al Heredero de un alto lord antes de que llegue al poder. El poder deja marcas, tiene un…, un eco. Cuando yo tenía doce años, antes de sangrar, recé para que esa cualidad significara que ningún macho me querría por esposa, para que significara que yo no tendría que pasar por lo que habían sufrido mis primas mayores: esos matrimonios sin amor, a veces directamente brutales.

Me pasé la blusa sobre la cabeza y me abotoné los puños de terciopelo sobre las muñecas antes de ajustar las mangas leves, color turquesa.

—Pero empecé a sangrar unos días antes de llegar a los diecisiete. Y apenas llegó mi primera sangre, se me despertó el poder y hasta la maldita montaña olvidada de los dioses tembló alrededor de mí. Y en lugar de horrorizarse, todas las familias importantes de Ciudad Tallada me consideraron la compañera más preciada. Vieron ese poder y lo quisieron para ellos, lo quisieron en la sangre de sus descendientes.

—¿Y tus padres? —me las arreglé para decir, deslizando los pies en unos zapatos color azul medianoche. En las tierras mortales, era el final del invierno y la mayor parte de los zapatos sería completamente inútil. En realidad, toda esa ropa sería inútil,

pero solo mientras estuviera afuera…, envuelta en otros abrigos.

—Mi familia se volvió loca de felicidad. Ahora podían aliarse con cualquiera de las familias importantes. Ni siquiera escucharon mis pedidos cuando les rogué que me dejaran elegir.

Mor se había escapado, me recordé. Se había escapado de todo eso y ahora vivía con personas que se preocupaban por ella, amigos que la amaban.

—El resto de la historia —dijo Mor cuando salí desde detrás del biombo— es largo y feo y te lo cuento en otro momento. Vine a decir que no voy con ustedes…, al reino humano.

—¿Por la forma en que tratan a las mujeres?

Los ojos marrones estaban brillantes pero en calma.

—Cuando vengan las reinas voy a estar ahí. Quiero ver si reconozco a alguno de mis amigos muertos en esas caras. Pero…, no creo que pueda…, no sé, portarme bien con los demás.

—¿Rhys te pidió que no fueras? —dije, tensa.

—No —dijo ella y resopló—. En realidad, trató de convencerme de acompañarlo. Me dijo que soy ridícula. Pero Cassian…, Cassian lo entiende. Los dos lo charlamos anoche.

Levanté las cejas. Sin duda, esa era la razón por la que habían salido y se habían emborrachado. Ah, manejar con alcohol al alto lord.

Mor se encogió de hombros frente a la pregunta.

—Cassian ayudó a Rhys a rescatarme. Antes de que ninguno de los dos tuviera el rango necesario para hacerlo. Para Rhys, que lo atraparan habría significado un castigo moderado, tal vez que lo esquivaran un poco en sociedad. Pero Cassian…, él lo arriesgó todo para sacarme de esa corte. Y se ríe de eso pero él cree que es un bastardo sin estirpe, una persona que no merece ni su rango ni su vida aquí. No tiene idea: no sabe que él vale más que cualquiera otro macho que yo haya conocido en esa corte… y también fuera de ella. Él y Azriel, quiero decir.

Sí…, Azriel, que se mantenía a un paso de distancia, Azriel, perseguido por sus sombras, Azriel que parecía desvanecerse en cuanto aparecía ella. Abrí la boca para preguntarle algo sobre la historia que los unía pero, justo en ese momento, el reloj dio la diez. Tiempo de partir.

Me habían arreglado el pelo antes del desayuno: trenzas recogidas en un rodete sobre la cabeza; la cabellera, sostenida por una pequeña diadema de oro, salpicada de lapislázuli. Me habían puesto aros haciendo juego, aros tan largos que me rozaban los costados del cuello; yo había levantado de la cómoda los brazaletes de oro retorcido que me habían dejado, y me había deslizado uno en cada muñeca.

Mor no hizo ningún comentario y supe que si me hubiera puesto solamente ropa interior, ella me habría dicho que estaba bien. Me di vuelta hacia ella.

—Me gustaría que conocieras a mis hermanas. Tal vez no hoy. Pero si algún día tienes ganas…

Ella inclinó la cabeza.

Me froté la nuca desnuda.

—Quiero que oigan tu historia. Y sepan que hay una fuerza especial… —Mientras hablaba, me di cuenta de que yo también necesitaba oír esa historia, de que yo también necesitaba saber eso—. Una fuerza especial que viene de atravesar esas pruebas oscuras, esas dificultades… Y es capaz de seguir siendo tibia y amable. Seguir queriendo confiar…, seguir queriendo abrirse a otros.

A Mor se le tensó la boca; parpadeó dos o tres veces.

Fui hacia la puerta pero me detuve con la mano sobre la manija.

—Lamento no haber sido tan abierta contigo como tú conmigo cuando llegué a la Corte Noche. Era… Estaba tratando de aprender a adaptarme.

Una forma patética, mal articulada, de explicar el desastre en que me había convertido. Pero Mor vino saltando desde la cama, me abrió la puerta y dijo:

—Para mí, todavía ahora, hay días buenos y hay días duros… No dejes que ganen los duros.

Pero al parecer, hoy sería otro día duro.

Ahora que Rhys, Cassian y Azriel estaban listos para partir —Amren y Mor se quedaban en Velaris para manejar la ciudad y planificar nuestro inevitable viaje a Hybern—, no me quedó más que una cosa que decidir: quién volaría conmigo.

Rhys nos transportaría a los cuatro por la costa hasta la línea invisible con la que el muro dividía el mundo. A un kilómetro y medio de la costa, había una grieta en esa magia…, y nosotros la atravesaríamos volando.

Pero de pie en ese vestíbulo, todos en ropa de cuero de lucha y yo envuelta en un abrigo pesado, de cuero con piel, le di una mirada a Rhys y sentí otra vez esas manos en los muslos. Sentí lo que había sido mirar dentro de esa mente, sentir esa rabia fría, sentirlo… cuando se defendía, cuando defendía a su pueblo, a sus amigos, con el poder y con las máscaras de su arsenal infinito. Él había visto y aguantado tantas…, tantas cosas imposibles de contar y sin embargo, las manos sobre los muslos habían sido dulces, el roce como…

No me permití terminar el pensamiento.

—Vuelo con Azriel —dije.

Rhys y Cassian me miraron como si yo hubiera declarado que pensaba desfilar por Velaris completamente desnuda, pero el cantor de sombras inclinó la cabeza y dijo:

—Por supuesto. —Y por suerte, así quedaron las cosas.

Rhys transportó primero a Cassian y volvió en un instante para llevarnos a mí y a Azriel.

El jefe de espías había esperado en silencio. Yo traté de no parecer demasiado incómoda cuando me tomó entre los brazos y las sombras susurrantes me acariciaron

el cuello, la mejilla. Rhys fruncía un poco el ceño y yo lo miré directo a los ojos y dije:

—Que el viento no me arruine el peinado, por favor.

Él resopló, tomó el brazo de Azriel y nos desvanecimos en un viento oscuro.

Estrellas y negrura; las manos lastimadas de Azriel me sostenían con fuerza y yo tenía los brazos alrededor de su cuello…

Luego, sol cegador, viento fuerte, una bajada brusca…

Después nos inclinamos y volamos hacia delante. El cuerpo de Azriel era tibio y duro y las manos heridas que me sostenían, grandes. No había ninguna sombra que nos siguiera casi como si él las hubiera dejado en Velaris.

Allá delante y detrás, el mar vasto, azul. Por encima, fortalezas de nubes que caminaban despacio y a mi izquierda…, un horizonte con una mancha negra. Tierra firme.

Tierra de la Corte Primavera.

Me pregunté si Tamlin estaba en la frontera oeste, la frontera con el mar. Una vez había dicho algo sobre que había problemas de ese lado. ¿Me sentía, *nos* sentía ahora?

No me permití pensar sobre eso. No en el momento en que *sentí* el muro.

Cuando yo era humana, no había sido nada excepto un escudo invisible.

Ahora que era inmortal…, no veía nada pero en cambio oía el crujido de poder…, y el sabor del muro me cubría la lengua.

—Es horrendo, ¿verdad? —dijo Azriel, la voz baja, casi tragada por el viento.

—Ahora veo por qué ustedes…, por qué *nosotros* dejamos que nos detuvieran con esto durante tantos siglos —admití. Cada segundo que pasaba nos llevaba más cerca de esa sensación nauseabunda, inmensa de poder.

—Ya te vas a acostumbrar a… las palabras —dijo él. Aferrada a él con fuerza, yo no le veía la cara. Miré cómo la luz cambiaba dentro del Sifón como si ese fuera el gran ojo de una bestia semidormida en medio de un desierto congelado.

—Es que ya no sé a qué lugar pertenezco —admití, tal vez solamente porque el viento aullaba a nuestro alrededor y Rhys ya se había transportado al sitio en el que volaba la forma oscura de Cassian, del otro lado del muro.

—Nací hace casi cinco siglos y medio y tampoco estoy seguro de eso —dijo Azriel.

Traté de mirar hacia atrás para leer esa cara hermosa, congelada pero él me apretó con más fuerza, una advertencia callada para que me preparase.

Cómo sabía Azriel dónde estaba la grieta, yo no tenía idea. A mí todo me parecía el mismo cielo abierto, invisible.

Pero sentí el muro cuando lo atravesamos a toda velocidad. Sentí que se arrojaba sobre mí como enfurecido porque estábamos deslizándonos a través de su espacio, sentí que el poder brillaba y trataba de cerrar la grieta pero no lo lograba…

Después, estábamos del otro lado.

El viento mordía, la temperatura era tan fría que sentía que me arrancaba el aliento de la boca. El viento amargo parecía menos vivo que el aire primaveral que habíamos dejado atrás.

Azriel giró hacia la línea de la costa donde Rhys y Cassian volaban hacia la tierra. Yo temblé dentro de mi abrigo con piel, aferrada a la tibieza de Azriel.

Llegamos a una playa de arena en la base de unos acantilados blancos; la tierra era chata, cubierta de nieve, salpicada de bosquecitos atacados por el viento.

Tierras humanas.

Casa.

Capítulo 23

Hacía ya un año del día en que yo había atravesado ese laberinto de hielo y nieve y había matado a un inmortal con odio en el corazón.

Al final del invierno, la propiedad de techo esmeralda donde vivía mi familia era tan hermosa como en verano. Una belleza de otro tipo, eso sí: el mármol pálido parecía tibio contra la nieve alta de la región y algunas plantas de acebo y otras de hojas perennes adornaban las ventanas, los arcos y los postes de los faroles. La única decoración o celebración que parecían molestarse en tener los humanos. Por lo menos después de la Guerra, cuando se habían prohibido y condenado todas las fiestas ya que todas ellas estaban relacionadas con los inmortales.

Los tres meses pasados con Amarantha me habían destruido. Ni siquiera podía empezar a imaginarme lo que eran capaces de hacer milenios en contacto con altos fae como ella, las cicatrices que ese tiempo dejaría en una cultura, en un pueblo.

Mi pueblo…, por lo menos así había sido alguna vez.

Con la capucha levantada, los dedos metidos en los bolsillos del abrigo, esperé de pie frente a la puerta doble de la casa, escuchando el sonido claro de la campanilla que había hecho sonar hacía un segundo.

Detrás de mí, escondidos por la magia de Rhys, esperaban también mis tres compañeros, invisibles para todos.

Les había dicho que era mejor que yo hablara primero con mi familia. A solas.

Temblé, deseando con el alma el invierno de Velaris, tanto más moderado, preguntándome cómo podía ser tan templado el lejano norte, pero…, bueno, todo era tan raro en Prythian… Tal vez cuando no había muro, cuando la magia fluía libremente entre los reinos, las diferencias estacionales habían sido menos vastas.

Se abrió la puerta y el ama de llaves me miró con los ojos entrecerrados; la cara alegre, redonda —la señora Laurent, recordé.

—¿Puedo ayudaros en…? —Las palabras fueron muriendo cuando me miró a la cara.

Con la capucha puesta, las orejas y la corona estaban escondidas pero ese brillo, esa quietud tan diferente… Ella dejó la puerta entrecerrada.

—Vengo a ver a mi familia. —Las palabras se me atragantaron.

—Vuestro…, vuestro padre se fue de viaje, por negocios pero vuestras hermanas… —No se movió.

Sabía. Se daba cuenta de que había algo diferente, algo *fuera de lugar* en mí…

Revisó todo con los ojos. Ningún carruaje, ningún caballo.

Ni una huella sobre la nieve.

La cara se le puso muy pálida y yo me maldije por no haber pensado en…

—¿Señora Laurent?

Algo se me quebró en el pecho cuando oí la voz de Elain en el vestíbulo.

Retrocedí un paso. No, no estaba bien… No estaba bien que yo les trajera esto a la puerta…

Apareció la cara de Elain por encima del hombro redondo de la señora Laurent.

Hermosa…, siempre había sido la más hermosa de nosotras tres. Suave y encantadora, como un amanecer de sol.

Elain estaba exactamente como yo la recordaba, exactamente como había querido recordarla en los calabozos, cuando me decía que si fallaba, si Amarantha cruzaba el muro, ella sería la siguiente. Y sería la siguiente si el rey de Hybern hacía caer el muro, si yo no conseguía el Libro de los Alientos…

El cabello castaño dorado de Elain estaba recogido a medias, la piel pálida suave y llena de color, los ojos como chocolate fundido, abiertos de par en par cuando me vio.

Se le llenaron las pupilas de lágrimas y las lágrimas cayeron sobre esas hermosas mejillas.

La señora Laurent no cedió ni un centímetro. Si yo hubiera respirado raro, ella me habría cerrado la puerta en la cara.

Elain se llevó una mano delicada a la boca mientras se le sacudía el cuerpo con un sollozo.

—Elain —dije yo, con la voz ronca.

Pasos en las escaleras detrás de las dos, después…

—Señora Laurent, por favor, traiga algo de té al comedor.

El ama de casa miró las escaleras, después a Elain, después a mí.

Un fantasma en la nieve.

La mujer me dirigió una mirada que prometía la muerte para mí si yo les hacía algún daño a mis hermanas; después se dio vuelta y entró en la casa, dejándome frente a Elain, que seguía llorando en silencio.

Pero yo di un paso hacia el interior y levanté la vista hacia las escaleras.

Hacia el lugar donde estaba Nesta, de pie, una mano en la baranda, mirándome como si yo fuera un espíritu.

La casa era hermosa pero había algo intocado en ella. Algo nuevo, comparado con la edad y la belleza de las casas de Rhys en Velaris.

Y sentada frente al hogar tallado en mármol, la capucha todavía puesta, las manos tendidas hacia el rugido del fuego, sentí… sentí que ellas habían dejado entrar a una loba.

Un espíritu maligno.

Yo me había transformado en algo demasiado grande para esa vida mortal, algo demasiado manchado y salvaje y…, sí, demasiado poderoso. Y estaba por meter eso en sus vidas, para siempre.

Dónde estaban Rhys, Cassian y Azriel, yo no lo sabía. Tal vez estaban ahí mismo, como sombras, en un rincón, mirando. Tal vez se habían quedado afuera, en la nieve. Cassian y Azriel eran capaces de estar volando sobre la propiedad, inspeccionando el lugar, haciendo círculos cada vez más anchos hasta que llegaran al pueblo, a mi vieja choza deshecha, tal vez incluso hasta el bosque.

Nesta estaba igual que la última vez. Tal vez parecía mayor. No en la cara, tan seria y tan sorprendente como siempre, sí en los ojos, en la forma en que se comportaba.

Sentadas frente a mí sobre un pequeño sofá, mis hermanas me miraban y esperaban.

—¿Dónde está papá? —dije. Me parecía la única cosa segura que decir.

—En Neva —dijo Nesta, era el nombre de una de las ciudades más grandes del continente—. Comerciando con mercaderes de la otra mitad del mundo. Y en una cumbre sobre la amenaza del otro lado del muro. Me pregunto si tú viniste a advertirnos sobre eso…

Ninguna palabra de alivio, de amor…, no de ella.

Elain levantó la taza de té.

—Fuera cual fuese la razón, Feyre, estamos felices de verte. Viva. Pensábamos que…

Yo me quité la capucha antes de que ella pudiera seguir adelante.

La taza de Elain se tambaleó en el platito cuando notó las orejas. Las manos más largas, más flacas…, mi cara, sin duda la de una hembra Fae.

—Estuve muerta —dije con rudeza—. Estuve muerta y me hicieron renacer…, me rehicieron.

Elain puso la taza temblorosa sobre la mesa baja que había entre nosotras. El líquido color ámbar se derramó un poco y formó un charco en el plato.

Y mientras ella se acomodaba, Nesta se colocó estratégicamente entre mi hermana menor y yo.

Y fue la mirada de Nesta la que sostuve cuando dije:

—Necesito que me escuchen.

Las dos tenían los ojos muy abiertos.

Pero me escucharon.

Les conté mi historia. Con todo el detalle que yo era capaz de tolerar, no más, les conté sobre Bajo la Montaña. Sobre mis tres pruebas. Sobre Amarantha. Les conté sobre la muerte. Y sobre el renacimiento.

Explicar los últimos meses era más difícil.

Así que fui breve.

Pero dije lo que hacía falta que pasara en esa casa…, hablé de la amenaza de Hybern. Expliqué lo que tenía que ser esa casa, lo que teníamos que ser nosotras, lo que yo necesitaba de ellas.

Cuando terminé, ellas seguían con los ojos muy abiertos. En silencio.

Fue Elain la que dijo finalmente:

—Tú…, tú quieres que otros altos fae vengan… *aquí*. Y…, y las Reinas humanas.

Asentí, lentamente.

—Búscate otro lugar —dijo Nesta.

Me volví hacia ella, ya estaba rogándole, preparándome para una pelea.

—Por favor, Nesta —jadeé—. No hay ningún otro lugar; ningún lugar al que yo vaya que no termine con alguien persiguiéndome, crucificándome…

—¿Y nosotras? ¿Nosotras, cuando los que viven aquí sepan que simpatizamos con los Fae? ¿Entonces no somos mejores que los Hijos de los Benditos? Con esto, se termina cualquier apoyo, cualquier influencia que tengamos… Y la boda de Elain…

—Boda —repetí, atragantándome.

No había notado el anillo de perlas y diamantes en el dedo, la banda negra de metal, brillante bajo la luz del fuego.

Pero la cara de Elain estaba pálida cuando lo miró.

—En cinco meses —dijo Nesta—. Se casa con el hijo de un lord. El padre dedicó su vida a cazar a los…, a los *tuyos* cuando cruzan el muro.

Los tuyos.

—Así que no va a haber ninguna reunión así en esta casa —dijo Nesta, los hombros duros—. Aquí no van a entrar Fae.

—¿Me incluyes a mí en esa declaración? —dije con tranquilidad.

El silencio de Nesta fue respuesta suficiente.

Pero Elain dijo:

—Nesta.

Lentamente, mi hermana mayor se volvió a mirarla.

—Nesta —dijo Elain de nuevo y se retorció las manos—. Si…, si no ayudamos a Feyre, no va a haber boda. Ni las fortificaciones de lord Nolan ni todos sus hombres y sus ejércitos van a salvarme de…, de ellos. —Nesta no se movió ni un milímetro. Elain insistió—: Lo mantenemos en secreto…, enviamos a los sirvientes a alguna parte. Ahora que viene la primavera, van a alegrarse de que los dejemos volver a sus casas. Y si Feyre tiene que venir varias veces, nos avisa antes y los sacamos de la casa. Buscamos alguna excusa y les damos vacaciones. De todos modos, papá no vuelve hasta el verano. Nadie tiene por qué saberlo. —Puso una mano en la rodilla de Nesta; el color púrpura del vestido de mi hermana se tragó casi por completo la mano de marfil—. Feyre dio y dio…, durante años. Ahora somos nosotras las que tenemos que ayudarla. Ayudar a…, a otros.

Se me cerró la garganta; me ardían los ojos.

Nesta estudió el anillo oscuro sobre el dedo de Elain, la forma en que mi hermana menor parecía acunar esa piedra. Una dama, en eso estaba por convertirse Elain. Lo que ella arriesgaba por mí era…

Miré a Nesta a los ojos.

—No hay otra forma.

El mentón de ella se levantó un poquito.

—Mañana mandamos lejos a los sirvientes.

—Hoy —insistí—. No tenemos tiempo que perder. Diles que se vayan ahora.

—Ya voy yo —dijo Elain y respiró hondo y levantó los hombros. No esperó a que ninguna de las dos dijera nada y salió de la habitación con la gracia de una gacela.

A solas con Nesta, dije:

—¿Es bueno…, el hijo del lord que se va a casar con ella?

—Ella lo cree así. Lo ama así como es.

—¿Y tú qué piensas?

Los ojos de Nesta, mis ojos, los ojos de nuestra madre, se encontraron con los míos.

—Su padre construyó una pared de piedra alrededor de su propiedad, tan alta que ni los árboles pasan por encima. A mí me parece una prisión.

—¿Le dijiste algo?

—No. El hijo, Graysen, es dulce, sí. Está prendado de Elain. El que no me gusta es el padre. Ve el dinero que ella le va a ofrecer a su propiedad… y a su cruzada contra los Fae. Pero el tipo es viejo. Va a morir pronto.

—Con suerte.

Ella se encogió de hombros. Después, agregó:

—Tu alto lord… Pasaste por todo eso… —Hizo un gesto hacia mí, hacia los oídos, el cuerpo nuevo—. ¿Y no terminó bien?

Yo me sentí pesada de nuevo.

—Ese lord construyó una pared para mantener lejos a los Fae. El mío quería tenerme dentro de la casa, en una jaula.

—¿Por qué? Te dejó volver hace unos meses.

—Para salvarme…, para protegerme. Y creo…, creo que lo que le pasó a él, lo que me pasó a mí en Bajo la Montaña, lo quebró para siempre. —Tal vez más de lo que había me quebrado a mí—. El deseo de protegerme a toda costa, incluso a costa de mi bienestar… Creo que él quiso dominar ese deseo pero no pudo. No pudo… —Había tanto…, tanto que yo tenía que hacer, me di cuenta. Acomodarme. Acomodar las cosas, terminarlas.

—Y ahora estás en una corte nueva.

No era una pregunta, no del todo pero yo dije:

—¿Te gustaría conocerlos?

Capítulo 24

A Elain le llevó horas hacer que su encanto apurara al personal a cerrar las valijas e irse, cada uno con un poco de dinero adicional para apresurar el proceso. La señora Laurent, que fue la última en partir, prometió guardar lo que había visto para sí misma.

Yo no sabía dónde habían esperado Rhys, Cassian y Azriel pero cuando la señora se metió en un carruaje que transportaba a lo que quedaba del personal y se alejó hacia la aldea para buscar formas de viajar a sus lugares de origen, donde los esperaban sus familias, se oyó un golpe en la puerta.

Ya se estaba extinguiendo la luz del día y el mundo estaba lleno de sombras en azul y blanco y gris con pintas de oro cuando abrí la puerta delantera y los vi ahí, esperando.

Nesta y Elain estaban en el comedor grande…, el lugar más abierto de la casa.

Cuando miré a Rhys, Cassian y Azriel, supe que había tenido razón al elegir ese lugar para el encuentro.

Los tres eran enormes…, salvajes, rudos y antiguos.

Las cejas de Rhys se levantaron apenas me vio.

—Se hubiera dicho que alguien advirtió a todos que había llegado la peste a la casa.

Yo abrí la puerta lo suficiente para dejarlos pasar, después la cerré de nuevo con rapidez para protegernos del crudo frío.

—Con unas pocas sonrisas, mi hermana Elain es capaz de convencer a cualquiera de hacer cualquier cosa.

Cassian soltó un silbido bajo cuando miró el lugar: el gran vestíbulo de entrada, los muebles ornamentados, las pinturas. Todo, pagado por Tamlin, por lo menos en principio. Tamlin había cuidado tanto a mi familia…, pero a la suya… Yo no quería pensar en eso, en los parientes asesinados en una corte rival por una razón que nadie me había explicado, fuera la que fuese. No ahora que yo vivía en esa corte…

Él había sido bueno…, había una parte de Tamlin que era buena…

Sí. Me había dado lo que yo necesitaba para ser yo misma, para sentirme a salvo. Y cuando consiguió lo que quería… dejó de hacerlo. Lo había intentado, sí, pero no demasiado. No en realidad. Después de Amarantha, se había permitido ser ciego a mis necesidades.

—Seguramente tu padre es muy buen comerciante —dijo Cassian—. He visto castillos reales con menos riqueza.

Rhys me estaba estudiando, descubrí de pronto; una pregunta silenciosa, escrita sobre la cara.

—Mi padre está en viaje de negocios…, y fue a Neva a una reunión sobre la amenaza de Prythian.

—¿De Prythian? —dijo Cassian, dándose vuelta hacia mí—. ¿No de Hybern?

—Es posible que mis hermanas no lo entiendan bien…, las tierras al norte del muro son desconocidas para ellas. Dijeron «del otro lado del muro». Yo supuse que se referían a Prythian.

De pronto, nos interrumpió Azriel; se había movido sobre pies silenciosos como los de los gatos.

—Si los humanos son conscientes de la amenaza y están peleando contra ella, tal vez eso nos dé cierta ventaja cuando hagamos contacto con las reinas.

Rhys seguía mirándome como si sintiera el peso que me apretaba el cuerpo en ese lugar. La última vez que yo había estado en esa casa, era una mujer enamorada…, con un amor tan frenético, tan desesperado que había vuelto a Prythian, había viajado a Bajo la Montaña, como humana. Tan frágil como ahora me parecían mis hermanas.

—Ven —dijo Rhys y me ofreció un sutil movimiento de cabeza que significaba comprensión antes de ponerse a la cabeza—. Hagamos las presentaciones.

Mis hermanas estaban de pie junto a la ventana; la luz de los candeleros hacía brillar el pelo de las dos. Tan hermosas, tan jóvenes, tan llenas de vida… Pero ¿cuánto duraría eso? ¿Cómo sería hablarles cuando yo siguiera igual y ellas tuvieran la piel fina como el papel, arrugada, las espaldas curvadas con el peso de los años, las manos blancas llenas de pecas?

Yo apenas habría empezado mi existencia inmortal cuando las suyas desaparecieran como la luz de una vela en un viento helado.

Pero, hasta entonces, podía darles unos pocos años buenos…, años de seguridad…

Crucé la habitación y los tres machos se quedaron un poco más atrás; solo la madera del suelo brillante y pulida como un espejo entre ellas y nosotros. Yo me había sacado el abrigo ahora que ya no estaban los sirvientes y fue a mí, no a los ilyrios, que miraron primero mis hermanas. La ropa Fae, la corona, las joyas.

Una desconocida…, esa parte de mí me convertía en una desconocida para ellas.

Entonces, vieron a los machos alados, o a dos de ellos. Las alas de Rhys ya no estaban; el cuero, reemplazado por una chaqueta negra y pantalones del mismo color.

Mis dos hermanas se quedaron tiesas frente a Cassian y Azriel: las alas enormes, plegadas contra cuerpos poderosos, las armas, y las caras devastadoramente bellas de los tres machos Fae.

Para darle crédito, hay que decir que Elain no se desmayó.

Y para darle crédito a ella, Nesta no les mostró los dientes. Solamente dio un paso no demasiado sutil para ponerse frente a Elain y escondió la mano convertida en puño detrás del vestido simple, elegante, color amatista. Mis compañeros notaron el movimiento.

Yo me detuve cuatro pasos antes de llegar a ellas, para darles espacio vital en una habitación en la que, de pronto, no había aire suficiente. Dije a los machos:

—Mis hermanas, Nesta y Elain Archeron.

No había pensado en el apellido de mi familia en mucho tiempo; no lo había usado en años. Porque aunque me había sacrificado por ellas, aunque había cazado para ellos, no había querido el apellido de mi padre, no en los tiempos en que él se sentó frente a ese fueguito y dejó que nos muriéramos de hambre. Me dejó ir al bosque, sola. Había dejado de usarlo el día en que maté a ese conejo y sentí que la sangre me manchaba las manos, como las había marcado la sangre de los dos inmortales años más tarde: un tatuaje invisible.

Mis hermanas no se inclinaron. Les latía con fuerza el corazón, incluso el de Nesta, y me llegó hasta la lengua el olor del terror que las dominaba…

—Cassian —dije e incliné mi cabeza a la izquierda. Después, me volví hacia la derecha, agradecida porque no había sombras por ninguna parte y dije—: Azriel. —Y me volví otra vez—. Y Rhysand, alto lord de la Corte Noche.

Rhys también las había disminuido, me di cuenta. La noche que le caía del cuerpo, la gracia de otro mundo y el latido del poder eran menos que en otros lugares. Pero nadie que viera esos ojos violetas con pintas de estrellas podía dudar de que él era realmente extraordinario.

Se inclinó frente a mis hermanas.

—Gracias por vuestra hospitalidad… y vuestra generosidad —dijo con una sonrisa cálida. Pero había algo tenso en esa cara.

Elain trató de devolver la sonrisa y no lo consiguió.

Nesta los miró a los tres, después a mí y dijo:

—El cocinero dejó la cena en la mesa. Deberíamos comerla antes de que se enfríe. —No esperó a que nadie estuviera de acuerdo. Se alejó dando zancadas hacia la mesa pulida de madera de cerezo, justo en el centro de la habitación.

Elain dijo, con la voz ronca:

—Encantada de conoceros —y se alejó tras ella; las faldas de seda del vestido color cobalto susurraban sobre el parquet.

Cuando las seguimos, Cassian hizo una mueca, Rhys levantó las cejas y Azril parecía más inclinado a fundirse en la primera sombra y evitar toda conversación.

Nesta estaba esperándonos en la cabecera de la mesa, una reina lista para presidir la corte. A su izquierda, temblaba Elain sobre una silla de madera labrada.

Les hice a todos un favor y tomé la silla a la derecha de Nesta. Cassian se puso junto a Elain, que apretó el tenedor como si fuera a empuñarlo contra él y Rhys se deslizó en el asiento junto a mí, Azriel en el siguiente. Una sonrisa leve florecía en la boca de Azriel cuando notó los dedos de Elain apretados sobre el tenedor, los nudillos blancos, pero el jefe de espías siguió callado, concentrado, igual que Cassian, que trataba de acomodar las alas a una silla humana. El Caldero me maldiga, pensé. Debería haber recordado eso. Aunque dudaba de que ninguna de mis dos hermanas hubiera apreciado que yo hubiera traído dos bancos sin respaldo.

Suspiré por la nariz y saqué las tapas de varias cacerolas y fuentes. Salmón frito con eneldo y limón del invernadero, soufflé de papas batidas, pollo asado con berenjenas y nabos del depósito del sótano, y un guiso de huevo, carne de presas de caza y puerro. Comida de estación, de final del invierno, fuera lo que fuese.

Puse comida en el plato; el silencio se llenó con los sonidos de mis hermanas y mis compañeros en los mismos movimientos. Me serví un bocado y peleé contra una sensación de desagrado.

Hacía tiempo esa comida me habría parecido rica y llena de sabores.

Ahora parecía ceniza en la boca.

Rhys cortaba en el pollo sin dudar. Cassian y Azriel comían como si no lo hubieran hecho en meses. Tal vez, como guerreros que habían peleado en grandes batallas, tenían la habilidad de ver la comida como fortaleza… y dejar de lado el gusto.

De pronto, me di cuenta de que Nesta me estaba mirando.

—¿Hay algo malo con la comida? —dijo, con la voz monocorde.

Yo me obligué a comer otro mordisco y cada movimiento de la mandíbula era un esfuerzo.

—No. —Tragué el bocado y después un buen trago de agua.

—¿Así que ya no puedes comer comida normal… o es que eres demasiado buena para esto? —Una pregunta y un desafío.

El tenedor de Rhys hizo ruido en el plato. Elain hizo un ruidito de inquietud

profunda.

Y aunque Nesta me había permitido usar la casa, aunque había intentado cruzar el muro para buscarme y habíamos firmado una tregua tentativa, el *tono…*, el disgusto, la desaprobación…

Dejé la mano sobre la mesa.

—Puedo comer, beber, hundirme en sexo con un hombre y pelear igual de bien que antes. Mejor, incluso.

Cassian se ahogó con el agua. Azriel se movió en la silla, dispuesto a saltar entre ella y yo si fuera necesario.

Nesta soltó una risita baja.

Pero yo sentía fuego en la boca, lo oía rugirme en las venas y…

Un *tirón* ciego, sólido en el lazo; una oscuridad fresca que me recorrió de arriba abajo, y cayó sobre el temperamento, sobre los sentidos, agua que calmaba el fuego…

Me apresuré a levantar los escudos mentales. Pero estaban intactos.

Rhys ni siquiera parpadeó. Se volvió y le dijo a Nesta con voz neutra:

—Si alguna vez venís a Prythian, vais a descubrir por qué vuestra comida nos resulta diferente.

Nesta lo miró.

—Tengo muy poco interés en poner el pie en vuestra tierra…, así que voy a tener que creeros.

—Nesta, por favor —murmuró Elain.

Cassian estaba mirando a Nesta, considerándola, un brillo en los ojos que yo solo podía interpretar como la expresión de un guerrero frente a una oponente nueva, interesante.

Y entonces, Madre Sagrada, Nesta lo miró a él, y notó ese brillo, vio lo que ese brillo significaba. Ladró con suavidad:

—¿Qué miráis?

Las cejas de Cassian se elevaron en la cara bella; ahora había poca diversión en ellas.

—Miro a una persona que dejó que su hermana menor arriesgara su vida todos los días en los bosques mientras ella no hacía nada… A una persona que dejó que una nena, una nena de catorce saliera al bosque, tan cerca del muro. —Mi cara empezó a calentarse y abrí la boca. Para decir qué, no lo sabía…— Vuestra hermana murió, *murió* para salvar a mi pueblo. Y está dispuesta a hacerlo de nuevo para protegeros de la guerra. Así que no esperéis que yo me siente aquí con la boca cerrada mientras vos os burláis de ella por una opción que no pudo hacer… y de paso, insultéis a *mi* pueblo.

Nesta no movió ni una pestaña mientras estudiaba los rasgos hermosos, el torso marcado por músculos. Después se volvió hacia mí; lo ignoró por completo.

La cara de Cassian se puso casi lobuna. Un lobo que hace círculos alrededor de

una gacela… y de pronto descubre a una gata montesa envuelta en esa piel.

La voz de Elain tembló cuando notó lo mismo que yo y le dijo rápidamente:

—Es…, es muy difícil, tenéis que comprender…, es difícil aceptarlo. —Yo miré el metal oscuro del anillo… Era hierro. Aunque yo le había dicho que el hierro era inútil contra los inmortales, ahí estaba. Regalo de una familia llena de odio contra los Fae, la familia a la que pertenecía su novio que muy pronto sería su marido. Elain puso los ojos lastimeros en Rhys, después en Azriel; un miedo terrible le cubrió los rasgos, el olor…— Nos criaron de esta forma. Oímos historias sobre miembros de vuestra raza que cruzaban el muro para lastimarnos. Se llevaron a nuestra vecina, Clare Beddor, asesinaron a su familia…

Un cuerpo desnudo clavado a una pared. Quebrado. Muerto. Clavado ahí durante meses.

Rhys miraba el plato. Sin moverse. Sin parpadear.

Él le había dado el nombre de Clare a Amarantha, se lo había dado a pesar de que sabía que yo estaba mintiendo.

Elain dijo:

—La situación es muy confusa para nosotras.

—Me imagino —dijo Azriel. Cassian lo fulminó con una mirada. Pero la atención de Azriel estaba toda en mi hermana menor, una sonrisa amable, blanda en la cara. Los hombros de ella se soltaron un poquito. Me pregunté si el jefe de espías de Rhys, además de sombras y sigilos, conseguía la información a través de modales fríos como la piedra.

Elain se enderezó un poco mientras le decía a Cassian:

—Y en cuanto a que Feyre cazara durante esos años, no fue solamente por descuido y desinterés de Nesta. Teníamos miedo y no teníamos ningún entrenamiento y se habían llevado todo… y le fallamos. Le fallamos las dos.

Nesta no dijo nada, la espalda recta.

Rhys me dirigió una mirada de advertencia. Yo tomé el brazo de Nesta para llamarle la atención.

—¿Podemos…, podemos empezar de nuevo?

Casi oía el orgullo que le hervía a ella en las venas, que le ladraba para que no cediera ni un centímetro.

Y entonces, mierda, Cassian le dedicó una sonrisa de desafío.

Pero Nesta siseó solamente:

—De acuerdo. —Y siguió comiendo.

Cassian la miraba comer cada bocado, los ojos fijos en cada movimiento de la garganta cuando ella tragaba.

Yo me obligué a terminar el plato, consciente de la atención de Nesta a *mi* manera de comer.

Elain le dijo a Azriel, tal vez, ellos eran los únicos dos civilizados en esa habitación:

—¿En serio sabéis volar?

Él apoyó el tenedor, parpadeando. Hasta podría haberse dicho que estaba demasiado consciente de sí mismo.

—Sí —dijo—. Cassian y yo venimos de una raza especial de inmortales: los ilyrios. Nacemos oyendo la canción del viento.

—Eso es muy hermoso —dijo ella—. Pero ¿no es terrorífico? ¿Volar tan alto?

—A veces, sí —dijo Azriel. Cassian sacó su atención, fija en Nesta lo suficiente para hacer un gesto de afirmación—. Si hay tormenta cuando volamos, si la corriente se interrumpe de pronto…, sí. Pero nos entrenan con mucho cuidado y el miedo se nos va antes de que dejemos los pañales. —Y sin embargo, Azriel no había recibido entrenamiento hasta mucho después. *Ya te vas a acostumbrar al lenguaje*, me había dicho antes. ¿Cuántas veces tenía él que recordarse usar esas palabras? Las palabras «nosotros», «nuestro» y «nos», ¿le sonaban tan extrañas como a mí en la lengua?

—Parecéis un alto fae —interrumpió Nesta, con la voz como una hoja filosa—. ¿No lo sois?

—Solamente los altos fae que se parecen a *ellos* —dijo Cassian lentamente, haciendo un gesto hacia mí y Rhys— son altos fae. Todos los demás, todos los que tienen cualquier otra diferencia, quedamos marcados como inmortales «inferiores», así nos llaman.

En silencio hasta ese momento, Rhysand dijo por fin:

—Es un término que se usa por comodidad pero es la máscara de una historia de injusticias larga y sangrienta. Muchos inmortales inferiores resienten el término… y quieren que todos nos llamemos de la misma manera.

—Tienen razón —dijo Cassian, y tomó un trago de agua.

Nesta me miró con atención.

—Pero tú no eres alta fae. No lo eras al principio por lo menos. ¿Cómo te llaman?

Yo no conseguía entender si se trataba de una burla o no.

—Feyre es quien quiera ella ser —dijo Rhys.

Nesta nos miró a todos entonces, levantando los ojos hacia la corona. Pero dijo:

—Escribid esta noche la carta a las reinas. Mañana, Elain y yo nos vamos a la aldea a despacharla. Si las reinas vienen —agregó, echando una mirada de hielo a Cassian—, sugiero que os preparéis para prejuicios mucho más profundos que los nuestros. Y pensad en cómo hacer para sacarnos a *todos* de este lío si las cosas se ponen feas.

—De acuerdo, lo vamos tener en cuenta —dijo Rhys con suavidad.

Nesta siguió adelante; era evidente que ninguno de nosotros la impresionaba demasiado:

—Supongo que vais a querer quedaros esta noche.

Rhys me miró en una pregunta no enunciada. Podíamos irnos con facilidad, los machos encontrarían el camino a casa en la oscuridad pero… Faltaba muy poco para que, tal vez, el mundo se fuera a la mierda. Así que dije:

—Si no es mucho problema, sí. Nos vamos mañana después del desayuno.

Nesta no sonrió pero a Elain se le iluminó la cara.

—Me alegro. Creo que hay algunos dormitorios preparados…

—Necesitamos solamente dos —interrumpió Rhys con tranquilidad—. Uno cerca del otro, dos camas en cada uno.

Yo levanté las cejas.

Rhys me explicó:

—La magia es diferente del otro lado del muro. Así que nuestros escudos, nuestros sentidos, tal vez no funcionen bien. No quiero correr ningún riesgo. Sobre todo en una casa donde vive una mujer que está de novia con un hombre que le dio un anillo de compromiso de hierro.

Elain enrojeció.

—Los…, los dormitorios con dos camas no están uno cerca del otro —murmuró.

Suspiré.

—Movemos los muebles. Está bien. Él —agregué con una mirada a Rhys— está de mal humor porque es viejo y ya se le pasó la hora de ir a la cama.

Rhys se rio. La furia de Cassian disminuyó lo suficiente como para que soltara una sonrisa y Elain, que notó la tranquilidad de Azriel y la interpretó como una señal de que las cosas no estaban por pudrirse del todo, ofreció una también.

Nesta se puso de pie, un pilar de acero delgado, y dijo, a nadie en particular:

—Si ya terminamos de comer, entonces demos por acabada esta comida.

Y así fue la cosa.

Rhys escribió la carta, Cassian y Azriel interrumpieron con correcciones y nos llevó hasta medianoche llegar a redactar un borrador que sonara lo bastante impresionante, caluroso y amenazante para todos.

Mis hermanas lavaron los platos mientras nosotros trabajábamos y se excusaron con rapidez, no sin antes de explicarnos dónde quedaban las habitaciones.

Cassian y Azriel compartirían una; Rhys y yo, la otra.

Fruncí el ceño frente a la gran habitación de huéspedes mientras Rhys cerraba la puerta detrás de los dos. La cama era lo bastante grande para los dos pero yo no pensaba compartirla. Giré hacia él:

—No pienso…

Un ruido de madera sobre la alfombra junto a la puerta y apareció una camita. Rhys se arrojó sobre ella y se sacó una bota con el pie.

—Ya que estamos…, Nesta es una delicia.

—Ella es…, es su propia criatura —dije. Tal vez, eso era lo más amable que yo podía decir sobre ella.

—Hace varios siglos que nadie se le mete a Cassian bajo la piel, nadie así como Nesta. Qué mala suerte: los dos tienen tendencia a matar a los demás.

Parte de mí tembló frente a la idea del desastre que causarían los dos si decidían pelear.

—Y Elain —dijo Rhys mientras se sacaba la segunda bota— no debería casarse con el hijo de ese lord. No debería hacerlo por una docena de razones, la menor de las cuales es que no te van a invitar a la boda. Aunque tal vez eso sea bueno.

—No me divierte lo que dices —siseé yo.

—Por lo menos no vas a tener que mandar un regalo. Dudo de que su suegro se dignara a aceptarlo.

—Tienes mucho valor, Rhysand. ¿Cómo te burlas de mis hermanas cuando tus amigos tienen los mismos melodramas o más? —Las cejas se le elevaron en una pregunta. Yo resoplé—: Ah, ¿así que no notaste la forma en que Azriel mira a Mor? ¿O la forma en que ella lo mira a él, la forma en que lo defiende? ¿Y cómo los dos se lo pasan poniendo a Cassian entre uno y otro… todo el tiempo?

Rhys me miró a los ojos.

—Sugiero que te guardes esas observaciones para ti misma.

—¿Crees que soy una chismosa que se mete en todo? Mi vida ya es bastante desgraciada así como es…, ¿por qué iba a repartir desgracias a los que me rodean?

—¿Desgraciada? Tu vida, quiero decir. —Una pregunta cuidadosa.

—No sé. Todo está pasando con tanta rapidez que no sé qué sentir. —Era lo más sincero que yo hubiera dicho últimamente.

—Mmm. Tal vez, cuando volvamos a casa, debería darte un día libre.

—Qué considerado de tu parte, mi señor.

Él resopló, se desabotonó la chaqueta. Me di cuenta de que yo estaba de pie en toda mi elegancia… sin nada para ponerme en la cama.

Rhys hizo sonar los dedos y aparecieron mis prendas para dormir y algo de ropa interior transparente sobre la cama.

—No conseguí decidir qué ropa de encaje quería que usaras así que te traje varias para que elijas.

—Cerdo —ladré, tomé la ropa y me alejé hacia el baño.

La habitación estaba tibia cuando volví: Rhys se había acostado en la cama que había traído no sabía yo de dónde, todas las luces apagadas excepto la que salía de las brasas que murmuraban en el hogar. Hasta las sábanas estaban calientes cuando me deslicé entre ellas.

—Gracias por calentarme la cama —dije a la penumbra.

Él me daba la espalda pero lo oí claramente cuando dijo:

—Amarantha nunca me agradeció por eso.

Cualquier tibieza desapareció en mí.

—Amarantha no sufrió lo suficiente.

Ni siquiera estuvo cerca, no con lo que había hecho. A él, a mí, a Clare, a tantos otros.

Rhys no contestó. En lugar de eso dijo:

—No creí que pudiera sobrevivir a esa cena.

—¿Qué quieres decir? —Él había estado bastante… tranquilo. Contenido.

—Tus hermanas tienen buenas intenciones, una de ellas por lo menos. Pero verlas sentadas a esa mesa… No pensé que me golpearía tanto. Lo joven que eras. La forma en que te dejaron caz…, el hecho de que no te protegieran.

—Me las arreglé muy bien.

—Les debemos nuestra gratitud por dejarnos usar la casa —dijo él con tranquilidad— pero va a pasar mucho tiempo hasta que yo pueda mirar a tus hermanas y no quiera lanzarles un rugido.

—Una parte de mí siente lo mismo —admití, y me acomodé entre las mantas—. Pero si no hubiera ido al bosque, si no me hubieran dejado ir sola…, seguirías esclavizado. Y tal vez Amarantha estaría preparando sus fuerzas para atacarnos.

Silencio. Después:

—Te estoy pagando un salario, tú sabes. Por todo esto.

—No hace falta. —Aunque era verdad que yo no tenía…, no tenía dinero propio.

—Todos los miembros de mi corte reciben un pago. Hay una cuenta de banco a tu nombre en Velaris, y ahí voy a depositar tus sueldos. Tienes crédito en casi todos los negocios. Así que si no te alcanza cuando vayas de compras, puedes hacer que te manden la cuenta a la Casa.

—No…, no hacía falta que hicieras eso. —Tragué saliva—. ¿Y cuánto me pagas por mes?

—Lo mismo que a los demás. —Sin duda un salario generoso…, seguramente *demasiado* generoso. Y de pronto, me preguntó—: ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Te parece que necesito contar los años ahora? —Él esperó. Yo suspiré—: En el Solsticio de Invierno.

Él hizo una pausa.

—Eso fue hace meses.

—Mmmm.

—No…, no recuerdo que lo celebraras.

A través del lazo, a través de mi desastre mental sin escudos…

—No se lo dije a nadie. No quería una fiesta; había tanta celebración en el aire todo el tiempo. De todos modos, me parece que ahora los cumpleaños no tienen sentido.

Él se quedó callado un largo rato.

—¿Realmente naciste en el Solsticio de Invierno?

—¿Es tan difícil de creer? Mi madre dijo que la razón por la que yo era tan retraída y tan rara era que nací en la noche más larga del año. Un año trató de festejar mi cumpleaños en otro día; al año siguiente se olvidó… Seguramente había una fiesta más importante que organizar.

—Ahora sé de dónde lo saca Nesta. Honestamente, es una pena que no podamos quedarnos más tiempo… Aunque sea para ver quién queda de pie, si ella o Cassian.

—Yo apuesto por Nesta.

Una risita suave me pasó como una serpiente sobre los huesos, un recuerdo de esa vez en la que él había apostado por mí. Había sido el único en Bajo la Montaña que puso dinero por mí en la batalla contra el Gusano Middengard. Ahora dijo:

—Yo también.

Capítulo 25

De pie bajo la puntilla de los árboles pesados de nieve, contemplé el bosque dormido y me pregunté si los pájaros estarían callados por mi presencia. O por la del alto lord que estaba de pie a mi lado.

—Congelarme temprano de mañana no es la forma en que yo pensaba pasar nuestro día libre, mierda —dijo Rhysand y miró el bosque con ojos serios—. Cuando volvamos, debería llevarte a las Estepas Ilyrias…, el bosque es mucho más interesante. Y más tibio.

—No tengo idea de dónde queda eso. —La nieve crujió bajo las botas que había conjurado Rhys cuando declaré que quería entrenarme. Y no físicamente, para aprender a dominar mis poderes. Fueran los que fuesen—. Me mostraste un mapa en blanco, ¿te acuerdas?

—Precaución.

—¿Y alguna vez voy a ver uno completo o voy a tener que adivinar dónde están las cosas?

—Estás de un humor hermoso hoy —dijo Rhys y levantó una mano en el aire. Entre él y yo apareció un mapa plegado y él se tomó un largo tiempo para abrirlo—. Para que no pienses que no confío en ti, Feyre, querida… —Señaló al sur de las islas del Norte—. Estas son las Estepas. Cuatro días hacia allá, a pie —llevó un dedo hacia

arriba y hacia las montañas—, y ya estás en territorio ilyrio.

Yo miré el mapa con cuidado, noté la península que salía a mitad de camino en la costa oeste de la Corte Noche y el nombre marcado, *Velaris*. Una vez, cuando yo pertenecía a Tamlin y era poco más que una espía y una prisionera, él me había mostrado un mapa en blanco. Había sabido que yo le contaría a Tamlin lo que supiera sobre las ciudades, que le diría dónde quedaban.

Que tal vez también Ianthe llegara a saberlo.

Luché contra el peso en el pecho, las entrañas.

—Aquí —dijo Rhys y se guardó el mapa mientras hacia un gesto hacia el bosque alrededor—. Vamos a entrenar aquí. Ya estamos lo bastante lejos.

Lo bastante lejos de la casa, de cualquier otra persona, para que no nos vieran. Y para que no hubiera heridos.

Rhys movió la mano y sobre la palma de su mano apareció una vela gruesa, alta. La apoyó sobre el suelo cubierto de nieve.

—Enciéndela, después tírale agua y seca la mecha.

Yo sabía que la idea era que lo hiciese sin las manos.

—No puedo hacer ni siquiera una de esas tres cosas —dije—. ¿Y los escudos mentales? —Por lo menos *eso* me salía.

—Eso es para otra vez. Hoy, sugiero que empieces a desarrollar *otra* faceta de tu poder. ¿Cambiar de forma?

Yo lo miré furiosa.

—Fuego, agua y aire, de acuerdo.

Hijo de puta. Un hijo de puta insufrible.

Por suerte, no me acorraló, no preguntó *por qué* seguramente el cambio de forma sería el único poder que yo nunca me molestaría en dominar y entender. Tal vez por la misma razón por la que yo no quería preguntarle a él sobre una pieza clave de su historia: no quería saber si Azriel y Cassian habían ayudado cuando mataron a la familia que reinaba en la Corte Primavera.

Miré a Rhys de arriba abajo: la elegancia del guerrero ilyrio, la espada al hombro, las alas y esa sensación general de poder infinito que siempre irradiaba de él, de ese cuerpo.

—Tal vez sería mejor que… que te fueras.

—No entiendo. Insististe en que fuera yo el que te entrenara.

—Contigo tan cerca, no consigo concentrarme —admití—. Y vete…, vete lejos. Te siento demasiado bien cuando estás en la habitación de al lado.

Una curva sugestiva le curvó los labios.

Yo puse los ojos en blanco.

—¿Por qué no te escondes por un rato en uno de esos reinos que llevas en el bolsillo?

—No es así como funciona. Ahí no hay aire. —Lo miré como diciendo que, en ese caso, estaba todavía más interesada en que se fuera un rato ahí y él rio—. De

acuerdo. Practica en privado. —Señaló el tatuaje con el mentón—. Y grita por el lazo si consigues algo antes del desayuno.

Yo fruncí el ceño mirando el ojo que llevaba en la palma.

—¿Quier…, quieres que grite literalmente frente al tatuaje?

—Podrías frotarte ciertas partes del cuerpo y yo vendría más rápido…

Se desvaneció en el aire antes de que yo pudiera arrojarle la vela.

Sola en el bosque tocado de escarcha, repasé mis palabras y solté una risita tranquila.

Me pregunté si no debería haber probado el arco y la flecha que me habían dado antes de que él se fuera. Todavía no había intentado usar el arco ilyrio…, no había disparado en meses…

Miré la vela. Nada.

Pasó una hora.

Pensé en todo lo que me había enfurecido, todo lo que me había hecho daño; pensé en Ianthe y en sus títulos, sus exigencias. No salió nada, ni humo…

Cuando ya tenía los ojos a punto de sangrar, me tomé un respiro para buscar en el paquete que había traído. Pan fresco, un cuenco con guiso caliente, y una nota de Rhysand que decía:

Me estoy aburriendo. ¿No hay chispas todavía?

Y no me sorprendí cuando apareció una pluma en el fondo de la bolsa.

Tomé la pluma y escribí mi respuesta sobre el papel apoyado en la palma. Las letras se desvanecieron a medida que las escribía. *No, espión. ¿No tienes nada más importante que hacer?*

La carta volvió un momento más tarde con la respuesta.

Estoy mirando cómo se pelean Cassian y Nesta en el té. Me obligaste a esto cuando me echaste del entrenamiento. Y yo que pensé que era nuestro día libre…

Resoplé y escribí: *Pobre alto lord bebé. La vida es tan dura…*

El papel se desvaneció y cuando reapareció, la escritura estaba al comienzo, el único espacio que quedaba.

Y mira qué linda letra tienes.

Yo casi lo sentía esperando del otro lado, en la habitación para el desayuno, llena de sol, la atención puesta a medias en la pelea entre mi hermana mayor y el guerrero ilyrio. Una sonrisa me curvó los labios. *Eres un seductor sin vergüenza*, escribí.

La página se desvaneció. Yo me miré la palma abierta: esperaba.

Y estaba tan concentrada en eso que no noté que tenía a alguien detrás de mí hasta que la mano de ese alguien me cubrió la boca y me levantó del suelo.

Luché, mordí y arañé con las garras y grité contra mi captor, fuera quien fuese.

Traté de empujarlo mientras la nieve se levantaba alrededor como el polvo en un camino de tierra, pero los brazos que me sostenían eran imposibles de torcer, como

bandas de hierro…

Una voz me sonó en los oídos:

—Quédate quieta o te rompo el cuello.

Yo conocía esa voz. Era una voz que deambulaba por mis pesadillas.

El Attor.

Capítulo 26

El Attor había desaparecido en los momentos que siguieron a la muerte de Amarantha; todos supusieron que había volado hacia el territorio del rey de Hybern. Y si ahora estaba aquí, en tierras mortales…

Me quedé muy quieta entre sus brazos para comprar un instante de tiempo y buscar algo, cualquier cosa, para usar contra él.

—Muy bien —me siseó él en el oído—. Ahora dime…

La noche estalló a nuestro alrededor.

El Attor aulló, *aulló*, cuando la oscuridad nos tragó a los dos y algo me arrancó de los brazos duros, muy flacos, las uñas me cortaron el cuero. Mi cara chocó con la nieve helada, sólida.

Rodé, retorciéndome, girando para poner de nuevo los pies en el suelo…

La luz volvió mientras yo me levantaba, agachada, un cuchillo en la mano.

Y ahí estaba Rhysand atando al Attor a un roble velado de nieve con nada excepto bandas de noche. Como las que habían aplastado la mano de Ianthe. Las manos de Rhysand estaban en sus bolsillos; la cara, fría y hermosa como la muerte.

—Me estaba preguntando dónde te habrías metido ese día…

El Attor jadeó y luchó contra las ataduras.

Rhysand se limitó a meterle dos espadas de noche en las alas. El Attor gritó

cuando las espadas tocaron la carne… y se hundieron en la corteza que él tenía en la espalda.

—Contesta mis preguntas y vas a poder arrastrarte de vuelta a casa de tu amo —dijo Rhys como si estuviera preguntando por el clima.

—Puta —escupió el Attor. Le brotaba sangre plateada de las alas y la sangre siseaba cuando llegaba al suelo.

Rhys sonrió.

—Te estás olvidando de que yo disfruto de estas cosas. —Levantó un dedo.

El Attor aulló:

—¡No! —El dedo de Rhys se detuvo en el aire—. Me mandaron —jadeó— a buscarla a ella.

La sangre se me puso tan fría como los bosques a nuestro alrededor.

—¿Por qué? —preguntó Rhys con esa calma casual, terrorífica.

—Esa fue la orden que me dieron. Yo no hago preguntas. El rey la quiere.

—¿Por qué? —volvió a decir Rhys. El Attor empezó a aullar, esta vez bajo la fuerza de un poder que yo no veía. Me estremecí.

—*No sé, no sé, no sé*. —Yo le creí.

—¿Dónde está el rey ahora?

—Hybern.

—¿Y el ejército?

—Viene pronto.

—¿Tamaño?

—Infinito. Tenemos aliados en todos los territorios, todos están esperando.

Rhys inclinó la cabeza como si estuviera pensando qué preguntar. Pero se enderezó y Azriel golpeó la nieve, y la envió al aire como si fuera agua en un charco. Había llegado volando en un silencio absoluto, tan grande que yo ni siquiera oí el batir de las alas. Seguramente Cassian se había quedado en la casa para defender a mis hermanas.

Cuando la nieve se asentó, no había dulzura en la cara de Azriel…, ahora esa cara era la máscara inconmovible del cantor de sombras del alto lord de la Corte Noche.

El Attor empezó a temblar y yo casi me sentí mal por él. Azriel se le acercaba como un lobo. Pero no llegó. No quería hacerlo ahí, tan cerca del castillo. De mis hermanas.

Rhys caminó hasta mí mientras Azriel buscaba al Attor.

—La próxima vez que trates de llevártela —dijo Rhys—, te mato primero y después hago las preguntas.

Azriel me miraba. Rhys asintió. Sobre las manos cubiertas de cicatrices, los Sifones temblaron como fuego azul cuando él se inclinó hacia el Attor. Antes de que este pudiera gritar, él y el jefe de espías desaparecieron.

Yo no quería saber adónde se lo había llevado Azriel, ni lo que le haría. Hasta ese momento, yo ni siquiera sabía que Azriel tuviera capacidad para transportarse ni para

manejar el poder que dominaban los Sifones, fuera el que fuese. Azriel había dejado que Rhys nos transportara a ambos… Tal vez ese poder le costara demasiado y prefería no usarlo sin razón.

—¿Lo va a matar? —dije, la respiración despareja.

—No. —Temblé frente al poder crudo que brillaba en ese cuerpo tenso—. Lo vamos a usar para mandar un mensaje a Hybern, para que le quede claro que si él quiere cazar a los miembros de mi corte, va a tener que pensarlo mucho más y hacer mejor las cosas.

Me sorprendió que él me estuviera reclamando como miembro de su corte; me sorprendieron las palabras.

—¿Tú sabías… sabías que me estaban cazando?

—Tenía curiosidad, quería ver quién querría secuestrarte apenas estuvieras sola.

Yo no sabía por dónde empezar. Así que Tamlin tenía razón cuando hablaba de mi seguridad. Hasta cierto punto. Porque eso no era excusa para lo que me había hecho.

—Así que no pensabas quedarte conmigo mientras yo entrenaba. Me usaste como… como *carnada*…

—Sí y lo volvería a hacer. Siempre estuviste a salvo.

—¡¡Deberías habérmelo dicho!!

—Quizá la próxima vez.

—¡¡No va a haber otra vez!! —Le golpeé el pecho con la mano y él retrocedió un paso, tambaleándose por el golpe. Yo parpadeé. Me había olvidado… en el pánico, me había olvidado de la fuerza. Como con la Tejedora. Me había olvidado de lo fuerte que era yo ahora.

—Cierto —ladró Rhysand, leyendo la sorpresa que yo llevaba en la cara, la forma en que se había partido mi calma congelada—. Te olvidaste de esa fuerza y de que saber cómo ser fuego y quemar y cómo convertirte en oscuridad y usar las garras. *Te olvidaste. Dejaste de pelear*.

No se refería solamente al Attor. O a la Tejedora.

La rabia se arremolinó en mí en una onda tan grande que no me quedaron pensamientos en la cabeza, solamente furia: contra mí misma, contra lo que me había visto obligada a hacer, contra lo que me habían hecho, a mí, a él.

—Me olvidé, sí, ¿y qué? —siseé y lo volví a empujar—. ¿Y *qué* si me olvidé?

Me di vuelta para volver a empujarlo pero Rhys se transportó a unos metros de distancia.

Me le acerqué con furia, la nieve me crujía bajo las botas.

—No es fácil. —La rabia me dominaba, me borraba. Levanté los brazos para golpearle el pecho con las palmas…

Y él volvió a desaparecer.

Apareció detrás de mí, tan cerca que el aliento me hizo cosquillas en el oído cuando dijo:

—¿Tienes idea de lo difícil que es?

Yo giré y traté de tomarlo por el brazo. Él se desvaneció antes de que yo pudiera golpearlo.

Apareció del otro lado del claro, riendo.

—Inténtalo de nuevo.

No podía meterme en la oscuridad, en los pliegues de la magia. Y si hubiera podido… si hubiera podido convertirme en humo, en aire y noche y estrellas… lo habría usado para aparecer justo frente a él y borrarle esa sonrisa de la cara.

Me moví, claro, aunque era inútil, y él volvió a convertirse en ondas y desapareció en la oscuridad y yo lo odié por eso, por las alas y la habilidad para ser como la niebla y el viento. Apareció a un paso de distancia y yo me lancé con fuerza contra él, las manos abiertas, con *espolones.*…

Y me clavé contra un árbol.

Él rio cuando yo reboté hacia atrás, los dientes doloridos, el puro sonido de los espolones puro sonido sobre la madera. Pero yo ya me estaba lanzando contra él mientras él desaparecía, con la estocada en el cuerpo como si yo también pudiera desaparecer entre los pliegues del mundo, rastrearlo a través de la eternidad…

Y lo hice.

El tiempo se hizo más lento, se enruló y vi la oscuridad que era él cuando se convertía en humo y cambiaba de dirección, como si estuviera corriendo hacia otro lugar dentro del claro. Me arrojé hacia él mientras sentía mi propia liviandad, plegué mi yo y lo convertí en viento y sombra y polvo, la soltura de ese yo que irradiaba a partir de mi cuerpo, todo eso mientras iba hacia el lugar en el que iba a aparecer él…

Y apareció de pronto, una figura sólida en mi mundo de humo y estrellas.

Tenía los ojos muy abiertos, la boca abierta en una mueca de alegría traviesa cuando yo me transporté detrás de él y le hice un tacle para arrojarlo a la nieve.

Capítulo 27

Jadeé, desparramada sobre Rhys en la nieve mientras él se reía con voz ronca.

—*No te atrevas* —le ladré en la cara— *a usarme* —empujé esos hombros duros como la roca mientras se me curvaban los espolones en las puntas de los dedos— *como carnada*.

Él dejó de reírse.

Yo volví a empujarlo, las uñas apoyadas contra el cuero.

—Dijiste que yo era un arma… que me enseñarías cómo serlo. *No* me uses como si fuera un peón en una partida de ajedrez. Si ser peón es parte de mi trabajo para ti, entonces, se termina ahora. *Ahora*.

A pesar de la nieve, el cuerpo estaba tibio debajo de mí y yo no estaba segura de haberme dado cuenta de lo grande que era hasta que nuestros cuerpos estuvieron… demasiado cerca. Demasiado, demasiado cerca.

Rhys inclinó la cabeza; un pedazo de nieve se le movió en el pelo.

—Estoy de acuerdo.

Lo solté y la nieve crujió cuando retrocedí. Ya no tenía espolones.

Él se levantó sobre los codos.

—Hazlo de nuevo. Muéstrame cómo lo hiciste.

—No. —La vela que él había traído estaba hecha pedazos, medio enterrada bajo

la nieve—. Quiero volver al castillo. —Tenía frío y estaba cansada y él…

La cara de él se puso seria.

—Lo lamento.

Me pregunté con cuánta frecuencia diría esas dos palabras. Pero no me importaba.

Esperé que él se pusiera de pie y se sacara la nieve y me tendiera una mano.

No era solamente un gesto de paz.

Te olvidaste, había dicho. Y era cierto.

—¿Por qué me quiere el rey de Hybern? ¿Porque sabe que puedo anular el poder del Caldero con el Libro?

La oscuridad tembló en él, el único signo de enojo que dejó escapar.

—Eso es lo que voy a averiguar.

Dejaste de pelear.

—Lo lamento —repitió él, la mano todavía tendida—. Vamos a desayunar y después a casa.

—Velaris no es mi casa —dije. Habría jurado que la nieve volaba en esos ojos mientras él nos transportaba de vuelta a casa de mi familia.

Capítulo 28

Mis hermanas tomaron el desayuno conmigo y con Rhys. Azriel se había ido con el Attor a un lugar desconocido, fuera el que fuese. Cassian había volado a su encuentro apenas volvimos. Le había hecho a Nesta una reverencia burlona y ella, un gesto vulgar, que yo ni siquiera sabía que conocía.

Cassian se había reído, los ojos fijos sobre el vestido azul hielo de Nesta, una expresión de predador que, dado el siseo de rabia que ella dejó escapar, sabía que la haría escupir. Después, se fue, dejando a mi hermana sobre el umbral amplio, el pelo rubio castaño en ondas bajo el viento frío que habían causado sus grandiosas alas.

Llevamos a mis dos hermanas a la aldea para que mandaran las cartas. Rhys nos hundió en la invisibilidad para que nadie nos viera mientras ellas entraban a un local diminuto a mandar las notas. Cuando volvimos a casa, nos despedimos con rapidez. Yo sabía que Rhys quería volver a Velaris… aunque fuera para saber en qué andaba el Attor.

No le dije nada a Rhys mientras volábamos a través del muro hacia la tibieza de Prythian, y tampoco después, cuando él nos transportó a Velaris.

La niebla de la mañana se doblaba sobre la ciudad y las montañas que se alzaban alrededor. El frío seguía ahí pero no era tan cruento como el del mundo mortal. Rhys me dejó en el vestíbulo y no se despidió; yo me soplaba aire caliente en las palmas

congeladas.

Como tenía hambre otra vez, busqué a Nuala y Cerridwen y comí unos escones de queso mientras pensaba en lo que había visto, en lo que había hecho.

Una hora más tarde, no más, Rhys me encontró en el comedor, los pies sobre el sofá frente al fuego, un libro en la falda, una taza de té de rosas sobre la mesita baja frente a mí. Me puse de pie cuando entró y lo estudié para ver si estaba herido. Algo tenso se me aflojó en el pecho cuando vi que no tenía nada extraño.

—Está hecho —dijo él mientras se pasaba una mano por el pelo azul de tan negro —. Ya sabemos lo que nos hacía falta. —Me preparé para que me dijera algo, lo que fuese, para que me dijera que ya estaba todo arreglado pero Rhys agregó—: Depende de ti, Feyre, tú tienes que decidir cuánto quieres saber de nuestros métodos. Decidir cuánto eres capaz de manejar. Lo que le hicimos al Attor no fue lindo.

—Quiero saberlo todo —dije—. Llévame.

—El Attor no está en Velaris. Está en la Ciudad Tallada, en la Corte de las Pesadillas… a Azriel le llevó menos de una hora quebrarlo. —Esperé a que él me dijera más y, como si acabara de decidir que yo no iba a deshacerme, él se me acercó hasta que quedó menos de medio metro de alfombra roja entre los dos. Las botas, generalmente pulidas e impecables, ahora estaban bañadas en sangre plateada. Solamente cuando lo miré a los ojos me dijo—: Te muestro.

Yo sabía lo que él quería decir, y me preparé, bloqueé el fuego que murmuraba y las botas y el frío que me rodeaba el corazón.

La oscuridad fluyó hacia mí, suave y seductora, y hubo un eco desde un abismo de poder tan grande, tan terrible que no tenía ni principio ni final.

—Dime cómo la rastreaste —dijo Azriel con esa voz tranquila que había quebrado a cientos y cientos de enemigos.

Yo…, Rhys…, estábamos reclinados contra la pared más lejana de la celda, los brazos cruzados. Azriel estaba agachado frente al lugar en el que tenían encadenado al Attor en una silla en el centro de la habitación. Unos niveles más arriba, la Corte de las Pesadillas, que ni siquiera sabía que su alto lord estaba entre ellos.

Iba a tener que ir a verlos pronto. Recordarles que yo tenía el látigo en la mano.

Pronto. Pero no hoy. No ahora que Feyre acababa de aprender a transportarse.

Y que seguía enojadísima conmigo.

Y con razón, a decir verdad. Pero Azriel había averiguado que hacía ya dos días se había infiltrado una pequeña banda enemiga en el Norte, y eso confirmaba mis sospechas. Ya fuera para atacar a Tamlin o para atacarme a mí, la verdad era que la querían a ella. Tal vez para experimentar…

El Attor soltó una risa ronca, baja.

—El rey me dijo dónde estabas. No sé cómo lo supo. Yo recibí la orden, volé hacia el muro, volé lo más lejos que pude.

El cuchillo de Azriel estaba al aire ya, en equilibrio sobre una de sus rodillas. Tenía un nombre, El que Dice la Verdad, estampado sobre la parte plana en runas

ilyricas sobre el mango. Ya sabía que el Attor y algunos otros se habían establecido en las afueras del territorio ilyrio. Yo me sentí tentado, tentado a dejar caer al Attor en uno de los campamentos de guerra y ver lo que hacían con él los ilyrios.

Los ojos del Attor cambiaron de dirección y me miraron; brillaban con una especie de horror al que yo estaba bien acostumbrado.

—Buena suerte, alto lord, si queréis que ella siga con vosotros.

Azriel:

—¿Por qué?

Muchos cometían el error de creer que Cassian era el más salvaje, el indomable. Pero Cassian tenía mal humor, solamente eso, un humor que se podía usar para forjar, para manipular. En Azriel, en cambio, había una rabia congelada que yo nunca había podido fundir. En los siglos que habían pasado desde que nos conocimos, él había dicho muy poco sobre su vida, sobre esos años bajo la guarda de su padre, encerrado en la oscuridad. Tal vez había sido entonces que recibió el don de los cantores de sombra. Sus hermanastros tampoco habían sido sinceros. Yo lo sabía porque los había conocido, les había preguntado, y les había quebrado las alas después de que ellos escupieron a Azriel.

No para siempre: se habían recuperado.

El Attor dijo:

—¿Creéis que nadie sabe que se la quitasteis a Tamlin?

Yo sabía que eso era público. Esa había sido la tarea de Azriel en esos días: monitorear la situación en la Corte Primavera para poder preparar el ataque contra Hybern.

Pero Tamlin había cerrado sus fronteras, las había sellado con tanta fuerza que era imposible volar sobre ellas, incluso de noche. Y los ojos y oídos que Azriel hubiera poseído en la corte ahora estaban ciegos y sordos.

—El rey podría ayudarte a conservarla…, y si trabajaras para él, tal vez decidiera perdonarte la vida…

Mientras él hablaba, yo revolví dentro de la mente del Attor, y descubrí pensamientos, cada uno más horrendo y más vil que el anterior. Ni siquiera sabía que me había metido en esa mente, pero ahí estaba: vi imágenes del ejército que él había construido, un ejército gemelo del ejército contra el que luché hace cinco siglos; Hybern tenía sus costas llenas de barcos preparados para el asalto; el rey, en el trono de su castillo medio derruido. Ni señal de Jurian ni del Caldero. Ni un susurro sobre el Libro. Todo lo que había confesado el Attor era verdad. Y no tenía mucho valor.

Azriel miró por encima del hombro. El Attor le había dado todo. Ahora decía tonterías para ganar tiempo.

Yo me desprendí de la pared.

—Rómpele las piernas, sácale las alas y déjalo en la corte de Hybern. A ver si sobrevive. —El Attor empezó a sacudirse y a rogar. Me detuve en la puerta y le dije

—: Me acuerdo de todo. Agradece que te perdono la vida. Por ahora.

No me había permitido ver los recuerdos de Bajo la Montaña, de mí, de los otros, de lo que le habían hecho a esa chica humana cuyo nombre le había dado yo a Amarantha en lugar de Feyre. No me permití recordar lo que había sido golpear a Feyre…, atormentarla…, torturarla.

Si recordaba eso, tal vez lo habría convertido en pintura sobre las paredes. Y era más importante enviar ese mensaje que vengarme.

Cuando abandoné la habitación, el Attor ya estaba aullando bajo el filo perfecto de El que Dice la Verdad.

Yo retrocedí tropezando, volví a mi propio cuerpo de un golpe.

Tamlin había cerrado las fronteras.

—¿Cuál es la situación en la Corte Primavera?

—Nada. Ahora, nada. Pero tú sabes hasta dónde puede llegar Tamlin para… para proteger lo que cree que es suyo.

Me volvió como un relámpago la imagen de la pintura que se deslizaba sobre la pared arruinada del estudio.

—Debería haber enviado a Mor ese día —dijo Rhys; una amenaza tranquila.

Yo volví a cerrar los escudos mentales. No quería hablar de eso.

—Gracias por contarme —dije y me llevé mi libro y mi té a mi habitación.

—Feyre —dijo él. No me detuve—. Lo lamento… lamento haberte engañado.

Y esto, este dejarme entrar en su mente…: una ofrenda de paz.

—Necesito escribir una carta.

La carta era rápida, simple. Pero cada palabra era el fruto de una batalla.

No por mi analfabetismo, ya superado: ahora leía y escribía muy bien.

No por mi analfabetismo, sino por el mensaje que leyó Rhys, de pie en el vestíbulo:

Me fui por mi propia voluntad.

Aquí me cuidan bien, estoy a salvo. Te agradezco todo lo que hiciste por mí, todo lo que me diste.

Por favor, no me busques. No voy a volver.

Él lo dobló y el papel desapareció.

—¿Estás segura?

Tal vez eso ayudara con la *situación* entre la Corte Noche y la Corte Primavera, fuera la que fuese. Miré hacia las ventanas. La nieve se había alejado despacio y había dejado un cielo brillante, sin nubes. Y de alguna forma, yo sentía la cabeza más clara que durante días… meses incluso.

Ahí, frente a mí, había una ciudad que yo apenas si había visitado, una ciudad por la que no me había preocupado.

Y yo la quería… quería esa vida, quería a esa gente. Quería verla, sentir el pulso

de ese lugar en mis venas. Ver y hacer sin límites, sin fronteras.

—No soy la mascota de nadie —dije. La cara de Rhys era contemplativa y yo me pregunté si se acordaba de que él me había dicho lo mismo una vez cuando yo estaba demasiado perdida en mi propia culpa, en mi desesperación y no lo comprendía—. ¿Y ahora?

—Por lo que valga, realmente quería que tuvieras un día de descanso…

—No me mimes.

—No te estoy mimando. Y no me parece que el encuentro que tuvimos esta mañana fuera *descanso*. Pero me vas a perdonar si hago suposiciones sobre la base de tu condición física.

—Yo voy a ser la que decida eso. ¿Y el Libro de los Alientos?

—Cuando vuelva Azriel de sus tratos con el Attor va a usar sus otras habilidades para infiltrar las cortes de las reinas mortales y así saber dónde lo tienen… y cuáles son sus planes. Y en cuanto a la mitad que está en Prythian… Si responden a mi pedido de visita, vamos a la Corte Verano en unos días. Cuando los altos lores visitan otras cortes, todo el mundo se pone nervioso. Ahí es cuando nos encargamos del Libro.

Él cerró la boca; sin duda esperaba que yo me fuera arriba, a pensar y dormir.

Pero no. Ya era suficiente… ya había tenido suficiente tiempo para dormir.

—Me dijiste que esta ciudad es más linda de noche —dije—. ¿Es charla sin sentido o vas a molestarte en mostrármela alguna vez?

Una risa baja y una mirada. Yo no retrocedí.

Cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse, la boca de él se torció en una sonrisa muy poco frecuente. Verdadera diversión… tal vez un poquito de felicidad, un filo de alivio. El macho que usaba la máscara del alto lord.

—Cena —dijo—. Esta noche. Vamos a ver si lo tuyo, Feyre querida, es pura charla o vas a dejar que un Señor de la Noche te lleve a pasear por la ciudad.

Amren vino a mi habitación antes de la cena. Aparentemente, íbamos a salir *todos* esa noche.

Abajo, Cassian y Mor se ladraban el uno a la otra; discutían si en una carrera hacia un lugar cercano, ganaría Cassian en vuelo o Mor con la magia. Yo suponía que Azriel estaba por ahí, buscando santuario entre las sombras. Con suerte, había descansado algo después de encargarse del Attor… y descansaría un poco más antes de entrar en el reino mortal para espiar a las reinas.

Esta vez Amren golpeó antes de entrar. Nuala y Cerridwen, que habían terminado de ponerme peinetas de madreperla en el pelo, miraron a la hembra delicada y desaparecieron, convertidas en nubes de humo.

—Asustadizas —dijo Amren, los labios rojos en una línea cruel—. Las furias siempre son así.

—¿Furias? —Me di vuelta en el asiento frente a la cómoda—. Pensé que eran Altas Fae.

—A medias —dijo Amren mientras miraba la ropa turquesa, cobalto y blanca que yo llevaba puesta—. Las furias son niebla y sombra, nada más, pueden atravesar piedra, pueden atravesar paredes… cualquier cosa. Ni siquiera quiero saber cómo concibieron a esas dos. Los altos fae ponen sus pitos en todas partes.

Yo me ahogué con lo que podría haber sido una risa o un ataque de tos.

—Son buenas espías.

—¿Por qué crees que ahora mismo le están susurrándole a Azriel en el oído que yo estoy en tu habitación?

—Pensé que respondían a Rhys.

—A los dos, pero el que las entrenó primero fue Azriel.

—¿Me estás espiando?

—No. —Ella frunció el ceño mirando un hilo suelto en la falda color lluvia. Cuando movió la cabeza, el pelo largo hasta el mentón se le movió en el aire—. Rhys les dijo que no pero no creo que Azriel confíe del todo en mí, ni ahora ni nunca. Así que informan sobre mis movimientos. Y con buena razón.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Me desilusionaría mucho si el jefe de espías de Rhysand no mantuviera los ojos en mí. Si no desobedeciera órdenes para hacerlo.

—¿Y Rhys no lo castiga por desobedecer?

Los ojos grises brillaron con fuerza.

—La Corte de los Sueños está fundada en tres cosas: vive para defender, para honrar y para querer. ¿Esperabas fuerza bruta y obediencia? Gran parte de los funcionarios superiores de Rhysand tienen poco poder… Él valora la lealtad, la astucia, la compasión. Y, a pesar de su desobediencia, Azriel lo hace para defender la corte de Rhys, para defender a su pueblo. Así que no. Rhysand no lo castiga por eso. Hay reglas, pero son flexibles.

—¿Y el Diezmo?

—¿Qué Diezmo?

Yo me puse de pie.

—El Diezmo, los impuestos, lo que sea… Dos veces por año.

—Hay impuestos a los habitantes de la ciudad, claro. No hay Diezmo. —Hizo sonar la lengua—. Pero sé que el alto lord de Primavera lo mantiene.

Yo no quería pensar en eso del todo, todavía no… No con esa carta que ahora iba camino a casa de Tamlin, o que tal vez ya había llegado. Así que me estiré hacia la cajita sobre la cómoda y saqué el amuleto.

—Toma. —Le entregué la cosa de oro y joyas—. Gracias.

Las cejas de Amren se levantaron hacia la frente cuando se lo puse en la palma.

—Lo estás devolviendo.

—No me di cuenta de que me estabas probando.

Ella lo volvió a poner en la caja.

—Es tuyo. No tiene magia.

Yo parpadeé.

—Me mentiste…

Ella se encogió de hombros y empezó a caminar hacia la puerta.

—Lo descubrí en el fondo de mi caja de joyas. Necesitabas algo que te hiciera creer que podrías salir con vida de la Prisión.

—Pero Rhys la miraba todo el tiempo…

—Porque fue él el que me la dio hace doscientos años. Seguramente le sorprendía verla de nuevo. Seguramente se preguntaba por qué te lo había dado yo. Seguramente *le preocupaba* que yo te lo hubiera dado.

Yo apreté los dientes pero Amren ya estaba saliendo por la puerta con un alegre:

—De nada.

Capítulo 29

A pesar del frío de la noche, en la ciudad, todos los locales estaban abiertos. Los músicos tocaban en las placitas y el Palacio de Hilo y Joyas estaba lleno de artistas y compradores, altos fae e inmortales inferiores. Pero nosotros seguimos adelante, hacia el río; el agua, tan suave que las estrellas y las luces se fundían sobre esa superficie negra como sobre una cinta viva fabricada con la eternidad.

Los cinco atravesaron sin apuro uno de los anchos puentes de mármol que cruzaban el Sidra, ellos se adelantaron o detuvieron muchas veces para charlar con alguien. Desde los faroles adornados, que se alzaban a los costados del puente, la luz mágica lanzaba sombras doradas sobre las alas de los tres machos, parpadeaba sobre los espolones en los vértices de esas alas.

La conversación pasó de personas a las que conocían, juegos y equipos deportivos sobre los que yo no había oído hablar nunca (aparentemente, Amren era fanática furiosa de uno), al tema de los locales nuevos, la música que habían oído, los clubes que favorecían… Ni una mención de Hybern y la amenaza que enfrentábamos… sin duda por razones de seguridad, sí, pero yo tenía la sensación de que, esa noche, además, en ese tiempo juntos… ellos no querían esa presencia horrenda, terrible entre ellos. Caminaban como si fueran ciudadanos comunes… todos, hasta Rhys. Como si no fueran los más poderosos en la corte, tal vez en todo Prythian. Y ninguno, ni uno

solo en la calle se detenía a mirarlos ni palidecía ni salía corriendo.

Había respeto, tal vez intimidaban un poco, sí, pero no había miedo. Era tan raro que yo me quedé callada, los miré solamente… miré ese mundo, el mundo que era de ellos. La vida normal que peleaban por preservar. Esa vida contra la que yo me había debatido una vez, esa vida que me había hecho sentir resentimiento.

Pero no había ningún lugar así en el mundo. Ningún lugar tan sereno. Tan amado por su pueblo y sus regentes.

El otro lado de la ciudad estaba todavía más lleno de personas, algunos vestidos con sus mejores ropas para una visita a uno de los muchos teatros frente a los que pasamos. Yo nunca había visto un teatro antes, nunca había visto una obra ni escuchado un concierto o una sinfonía. En nuestra aldea medio derruida, teníamos juglares y mimos como mucho, y hordas de mendigos que aullaban acompañados por instrumentos caseros.

Caminamos a lo largo del paseo que seguía la orilla del río, pasamos locales abiertos y cafés, oímos la música que salía por esas puertas. Y —mientras me quedaba atrás, separada de los demás, las manos enguantadas metidas en los bolsillos del pesado abrigo azul— pensé que tal vez esos sonidos eran la cosa más hermosa que yo hubiera oído en el mundo: el movimiento y el río y la música; el ruido de cubiertos de plata sobre vajilla; el crujido de las sillas que se empujaban y acomodaban y corrían; los gritos de los vendedores que anunciaban productos cuando pasaban caminando.

¿Cuánto de eso me había perdido yo en esos meses de desesperación y apatía?

Pero ya no. Ya no. La vida de Velaris latía como la sangre dentro de mí y en los raros momentos de silencio, yo habría jurado que oía el rugido de las garras del mar que rozaba los acantilados distantes.

Finalmente, entramos a un restaurante chiquito junto al río, en el nivel más bajo de un edificio de dos pisos, un espacio con una tarima en verde y dorado y apenas lo suficientemente grande como para acogernos a todos, con tres pares de alas ilyrias.

Pero la dueña conocía a mis compañeros y los besó en la mejilla a todos, incluso a Rhysand. Bueno, a todos menos a Amren, a quien hizo una reverencia antes de volver a la cocina y hacer un gesto para que nos sentáramos a la mesa grande a medias dentro, a medias fuera del local. Afuera crujía la noche estrellada, el viento movía las plantas en macetas colocadas con amoroso cuidado a lo largo del paseo del río. Sin duda, plantas protegidas con hechizos para que no murieran en invierno… así como la tibieza del restaurante impedía que nos molestara el frío mientras cenábamos al aire libre junto al río.

Empezaron a servirnos fuentes de comida y vino y la conversación siguió y cenamos todos bajo las estrellas junto al río. Yo nunca había comido nada parecido: tibio y delicioso y lleno de sabor y de condimentos. Era como si ese alimento me llenara no solo el estómago sino también el agujero que seguía ahí en el medio del pecho.

La dueña, una hembra delgada, de piel oscura y ojos castaños muy hermosos, estaba de pie frente a la silla, charlando con Rhys sobre el cargamento de especias que acababa de llegar al Palacio.

—Los vendedores dicen que tal vez aumenten los precios, alto lord, sobre todo si son correctos los rumores sobre el despertar de Hybern.

Mientras mis compañeros seguían charlando, sentí que la atención de los demás se deslizaba hacia nosotros desde las otras mesas.

Rhys se reclinó en el asiento, hizo girar la copa de vino.

—Vamos a encontrar una forma de detener la subida de los precios.

—No os preocupéis —dijo la dueña, retorciéndose un poquito los dedos—. Es que… es tan bueno tener esas especias de nuevo… poder usarlas; es tan bueno que las cosas estén mejor.

Rhys le sonrió con dulzura, esa sonrisa que lo hacía parecer más joven.

—Yo no me preocuparía mucho… pensad: a mí me gusta muchísimo vuestra cocina.

La dueña se iluminó por dentro y miró hacia el lugar en el que yo acababa de acomodar la silla para volverme hacia ella.

—¿Os gusta?

Me golpeó como una piedra la alegría de esa cara, la satisfacción de un día de trabajo duro haciendo lo que se sabe hacer.

Me…, me acordé de haberme sentido así una vez. Después de pintar de la noche a la mañana. Sí, en una época, eso había sido lo único que quería para mí. Miré los platos, volví a mirarla a ella y dije:

—Yo viví en el reino mortal y viví en otras cortes y nunca probé comida como esta. Es una comida que me hace…, me hace sentir despierta.

Sonaba tan estúpido cuando lo decía pero no se me ocurría otra forma de expresarme. La dueña del restaurante asintió como si entendiera y me puso una mano en el hombro.

—Entonces, voy a traeros un postre especial —dijo y volvió a la cocina.

Yo me di vuelta hacia mi plato pero descubrí que los ojos de Rhysand estaban fijos en mí. La cara de él estaba más suave, más contemplativa de lo que yo la hubiera visto nunca; la boca, levemente abierta.

Levanté las cejas: ¿Qué?

Él me hizo una sonrisita burlona y orgullosa y se reclinó para oír la historia que le contaba Mor…

Me olvidé de lo que decían cuando vi a la dueña que se acercaba con una copa grande de metal repleta de un líquido oscuro que puso frente a Amren.

La Segunda de Rhys no había tocado el plato pero empujaba la comida con el tenedor como tratando de ser amable con los demás. Cuando vio la copa, levantó las cejas.

—No hacía falta…

La dueña se encogió de hombros.

—Es fresca y está caliente y de todas maneras, teníamos que faenar al animal para el asado de mañana.

Yo tuve una sensación horrenda: sabía lo que había ahí dentro.

Amren hizo girar la copa; el líquido oscuro se movió como si fuera vino y ella tomó un sorbo.

—Está muy bien condimentada. —La sangre le brilló en los dientes.

La dueña hizo una reverencia.

—Nadie se va de mi restaurante con hambre —dijo antes de alejarse.

En realidad, cuando terminamos, casi le pedí a Mor que me empujara para salir rodando; Rhys pagó la cuenta, a pesar de las protestas de la dueña. Me dolían los músculos por el entrenamiento en los bosques letales y en algún momento durante la comida, habían empezado a dolerme todas las partes del cuerpo que había usado para hacerle un tacle a Rhys.

Mor se frotó el estómago en círculos perezosos cuando nos detuvimos frente al río.

—Quiero ir a bailar. Comí demasiado: no voy a poder dormir. Ahí está Rita's, al final de esta cuadra.

Bailar. A mí me gruñía el cuerpo en protesta; busqué un aliado que acabara con esa idea ridícula.

Pero Azriel, sí, *Azriel* dijo, los ojos en Mor:

—Yo voy.

—Claro que sí —gruñó Cassian y le frunció el ceño—. ¿No tienes que irte al amanecer?

Mor tenía la misma expresión que Cassian, como si acabara de recordar adónde iría él a la mañana siguiente y a qué. Le dijo a Azriel:

—No hace falta que vengas…

—Es que quiero ir —dijo Azriel, con la mirada fija el tiempo suficiente como para que Mor renunciara, se volviera hacia Cassian y dijera:

—¿Vas a venir con nosotros o tienes planes para contemplar un rato esos músculos en el espejo?

Cassian resopló, le pasó el brazo por el codo y se la llevó calle arriba.

—Voy…, voy por los tragos, maldita. Yo no bailo.

—Gracias a la Madre por eso. La última vez me quebraste el pie a pisotones.

Hice un esfuerzo por no fijar los ojos en Azriel mientras lo miraba alejarse por la calle, del brazo con Mor; los dos discutían bromeando. Las sombras se le reunían en los hombros, como si le estuvieran susurrando algo, protegiéndolo tal vez. El pecho ancho de Azriel se expandió con un suspiro profundo, primero se soltó corriendo y después empezó a caminar despacio, con un ritmo fácil, lleno de gracia. Si Azriel iba con ellos, entonces, cualquier excusa que yo pudiera inventar para *no* ir…

Me volví a mirar a Amren para rogarle con los ojos pero ella se había

desvanecido en el aire.

—Va a buscar más sangre para llevarse a casa —me dijo Rhys al oído y yo casi salté. La risita de él era tibia cuando la sentí contra el cuello—. Y después de eso, se va directo a su departamento a comer.

Traté de no temblar cuando me di vuelta a mirarlo.

—¿Por qué sangre?

—Preguntar no es de alguien con buenos modales.

Lo miré con seriedad.

—¿Tú vas a bailar?

Él dirigió una mirada sobre mi hombro; los ojos, fijos en sus amigos que casi habían terminado de recorrer la calle empinada, cruzándose con algunos que se detenían a saludarlos.

—Preferiría volver a casa caminando —dijo por fin—. Fue un día muy largo…

En la cima de la colina, Mor se volvió hacia nosotros, la ropa color púrpura arremolinada alrededor de ella en el viento del invierno y levantó una ceja entre oscura y dorada. Rhys meneó la cabeza y ella hizo un gesto de despedida, después llegaron los de Azriel y Cassian, que se quedó un poco atrás para hablar con su hermano en armas.

Rhys hizo un gesto hacia delante.

—¿Vamos? ¿O tienes demasiado frío?

Consumir sangre con Amren en el fondo del restaurante parecía más atractivo, pero yo moví la cabeza y comencé a caminar junto al río hacia el puente.

Yo bebía la ciudad con tanta hambre como Amren bebía la sangre especiada; tropezaba casi cuando veía el brillo de colores del otro lado del agua.

El Arcoíris de Velaris brillaba como un puñado de joyas, brillaba como si la pintura de todas las casas se llenara de vida bajo la luz de la luna.

—Esta es mi vista favorita de la ciudad —dijo Rhys, deteniéndose frente a la baranda de metal sobre el río y desde la que se veía el barrio de los artistas—. También era la favorita de mi hermana. Mi papá tenía que llevársela a la fuerza de Velaris.

Busqué una respuesta correcta a la pena triste que había en esas palabras. Pero como una tonta, como una inútil, dije solamente:

—Entonces, ¿por qué las dos casas están del otro lado del río? —Me recliné sobre la baranda mirando los reflejos del Arcoíris, que ondeaban en la superficie del río como peces brillantes que lucharan en la corriente.

—Porque quería una calle tranquila…, para poder visitar este ruido cuando quisiera y después volver a la casa y refugiarme.

—Podrías haber reordenado la ciudad.

—En este lugar, ¿por qué iba a cambiar nada, carajo?

—¿No es lo que hacen los altos lores? —El aliento se me convertía en vapor en la noche fresca—. ¿Acaso cuando tienen ganas?

Él me estudió la cara.

—Hay muchas cosas que tengo ganas de hacer y no hago. O no lo consigo.

Yo no me había dado cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro.

—Así que cuando compras joyas para Amren, ¿es para no perder el favor de ella o porque están…, bueno, están juntos?

Rhys soltó un ladrido que era una risa.

—Cuando yo era joven y estúpido la invité a mi cama una vez. Ella cayó al suelo de la risa. Las joyas son porque me gusta mucho comprar ese tipo de cosa para una amiga que trabaja duro para mí y me cubre las espaldas cuando hace falta. No perder su favor es un extra, un bono.

Nada de eso me sorprendía.

—Y no te casaste con nadie.

—Tantas preguntas esta noche. —Yo lo miré hasta que él suspiró—. Tuve amantes pero nunca me sentí tentado a invitar a una a compartir la vida conmigo. Y sinceramente, creo que si les hubiera preguntado, todas habrían dicho que no.

—Yo habría dicho que, al contrario, seguramente todas se peleaban para tenerte de marido. —Como Ianthe.

—Casarse conmigo significa vivir con un blanco clavado en la espalda…, y si hubiera hijos, una vida de saber que van a cazarlos apenas los concibamos. Todo el mundo sabe lo que le pasó a mi familia… y mi pueblo sabe que fuera de nuestras fronteras, todos nos odian.

Yo seguía sin saber la historia completa; pregunté:

—¿Por qué? ¿Por qué los odian? ¿Por qué mantener en secreto la verdad sobre este lugar? Es una vergüenza que no se sepa… lo bueno que haces aquí.

—Hubo un tiempo en el que la Corte Noche *era* realmente una Corte de las Pesadillas y su centro estaba en la Ciudad Tallada. Pero un antiguo alto lord tuvo otra visión y en lugar de permitir que el mundo viera ese territorio vulnerable en el momento del cambio, selló las fronteras y dio un golpe de Estado para eliminar lo peor de los cortesanos y los predadores, y después construyó a Velaris para los que sueñan y estableció ahí un lugar para el comercio, para la paz.

Le brillaron los ojos como si pudiera volver con la vista hacia el pasado y verlo todo. Con esos dones suyos, yo no me hubiera sorprendido si averiguaba que lo hacía verdaderamente.

—Para preservar este lugar —siguió Rhys—, lo mantuvo en secreto y también lo hicieron sus hijos y los hijos de sus hijos. Hay muchos hechizos en esta ciudad, hechizos establecidos por él, por él y sus herederos; por esos hechizos, los que vienen a comerciar no consiguen contar nuestros secretos y de pronto, tienen habilidad para mentir bien y mantener en las sombras el origen de los bienes que sacan de aquí, incluso los barcos, escondidos del resto del mundo. Dicen los rumores que el antiguo alto lord puso su propia sangre en las piedras y los ríos para que el hechizo fuera eterno.

»Pero, a pesar de sus buenas intenciones, con el tiempo, la oscuridad creció de nuevo…, no tan mala como antes…, pero lo bastante mala como para que hubiera una división permanente en mi corte. Yo permití que el mundo viera la otra mitad, que me tuviera miedo, mucho miedo, para que nunca se les ocurriera pensar en lo que florece aquí, a escondidas. Y permitimos que la Corte de las Pesadillas siguiera funcionando, ciega a la existencia de Velaris, porque sabemos que sin ellos, habría cortes y reinos que nos atacarían. Nos invadirían y descubrirían muchos secretos, muchos, que los otros altos lores y las otras cortes no supieron en muchos milenios.

—¿Así que nadie más lo sabe? ¿En las otras cortes?

—Nadie, ni un alma. No vas a encontrar un solo mapa, ninguna mención en los libros excepto en los de aquí. Tal vez es una lástima que estemos tan aislados, tan contenidos pero… —Hizo un gesto hacia la ciudad a su alrededor—. Mi pueblo no parece sufrir por eso.

No. Eso era cierto. El pueblo no sufría. Gracias a Rhys…, y a su Círculo Íntimo.

—¿Estás preocupado porque Az se va mañana a los reinos mortales?

Él golpeó un dedo contra la baranda.

—Claro que sí. Pero Azriel ya se infiltró en lugares mucho más torturados que unas pocas cortes mortales. Él se sentiría insultado si yo me preocupara mucho.

—¿Le importa lo que hace? No el espionaje, quiero decir. Lo que le hizo al Attor hoy.

Rhys dejó de respirar un instante.

—Es difícil saberlo…, y él nunca va a decírmelo. Yo vi cómo Cassian destrozaba oponentes y después vomitaba cuando terminaba la masacre, a veces hasta lloraba a los que había matado. Pero Azriel… Cassian lo intentó, creo yo, pero pienso que Mor es la única persona que tal vez consiga que Azriel admita algún sentimiento. Y eso, solamente cuando ella lo molesta hasta un punto en que se le termina esa paciencia infinita que tiene.

Yo sonreí un poquito.

—Pero él y Mor… nunca…

—Eso es asunto de ellos…, de ellos y de Cassian. No soy ni estúpido ni arrogante, no tanto para meterme en el medio. —Estúpida y arrogante, definitivamente, eso sería yo si metía mi nariz en los asuntos de ellos.

Caminamos en silencio por el puente lleno de gente hasta el otro lado del río. A mí me temblaban los músculos pensando en la ladera empinada que nos faltaba recorrer hasta la casa de la ciudad.

Estaba por rogarle a Rhys que me llevara volando a casa cuando descubrí los hilos de música que surgían de un grupo de artistas en la vereda de un restaurante.

Se me aflojaron las manos a los costados. Una versión reducida de la sinfonía que yo había oído en el calabozo congelado cuando estaba tan perdida en el terror y la desesperación que había empezado a alucinar…, a creer que esa música entraba hasta la celda… y fue esa música la que me impidió deshacerme por completo.

Y una vez más, me impactó la belleza de esos sonidos, las capas y las ondas, la alegría y la paz.

Nunca habían tocado nada semejante en Bajo la Montaña, nunca este tipo de música. Y yo no había oído música en la celda en ningún otro momento.

—Tú —jadeé, sin sacar los ojos de los músicos que tocaban con tanta exactitud que hasta los clientes de los negocios de los alrededores habían dejado de comer—. Tú enviaste esa música al calabozo. ¿Por qué?

La voz de Rhysand era ronca.

—Porque tú estabas por quebrarte. Y yo no encontré ninguna otra forma de salvarte.

La música se hinchó y se alzó cada vez más. Yo había visto un palacio en el cielo en las alucinaciones…, un lugar entre la puesta del sol y el amanecer, una casa sobre pilares de piedra de luna.

—Vi la Corte Noche.

Él me miró de costado.

—Yo no te mandé esas imágenes.

A mí no me importaba.

—Gracias. Por todo…, por lo que hiciste… En ese momento y ahora.

—¿Incluso después de la Tejedora? ¿Después de esta mañana cuando te tendí la trampa con el Attor?

La nariz me tembló en el aire frío.

—Siempre lo arruinas todo.

Rhys sonrió; yo no noté si alguien nos estaba mirando cuando él me pasó los brazos detrás de las piernas y nos llevó a los dos hacia el cielo.

Podría aprender a amarlo, me di cuenta de pronto. Podría aprender a amar el vuelo.

Estaba en la cama, leyendo y escuchando la charla alegre del fuego de madera de abedul que ardía en el otro extremo de la habitación cuando di vuelta una página y cayó un papel.

Miré la superficie color crema, la letra y me senté.

Rhysand había escrito:

Tal vez yo sea un seductor eterno pero creo que por lo menos no tengo un temperamento horrible. Deberías venir y cuidarme las heridas de nuestra pelea en la nieve. Por culpa tuya, tengo el cuerpo lleno de moretones.

Algo hizo ruido en la mesita de noche y apareció una pluma sobre la caoba pulida. Yo siseé, apreté la pluma con fuerza y escribí:

Lámete las heridas tú solo y déjame tranquila.

El papel desapareció.

Desapareció mucho tiempo, mucho más de lo que llevaría escribir las pocas

palabras que aparecieron en él cuando volvió.

¿La verdad?, preferiría que tú me las lamieras.

Cuando leí el mensaje (y lo leí una vez y otra y otra), me latía el corazón cada vez con mayor rapidez y una especie rara de calor me corría por las venas. Un desafío.

Cerré los labios con fuerza para no sonreír mientras escribía:

¿Lamerte dónde exactamente?

El papel desapareció antes de que yo hubiera completado del todo la última marca.

La respuesta tardó mucho en llegar. Después:

Donde quieras, Feyre. Me gustaría empezar con «en todas partes» pero puedo elegir si es necesario.

Yo volví a escribir:

Esperemos que mi lamida sea mejor que la tuya. Me acuerdo de lo horrible que eras en Bajo la Montaña.

Mentira. Él me había lamido las lágrimas y había conseguido que yo dejara de llorar cuando estaba a medio segundo de derrumbarme para siempre.

Lo había hecho para distraerme…, para que yo siguiera furiosa. Porque sentir furia era mejor que no sentir nada; porque la furia y el odio eran el combustible constante, indispensable en la oscuridad infinita de mi desesperación. Como la música, que había impedido que yo me quebrara.

Lucien había venido a ayudarme un par de veces, pero nadie se había arriesgado tanto como Rhysand para mantenerme no solo viva sino tan mentalmente intacta como fuera posible, considerando las circunstancias. Y eso era exactamente lo que había estado haciendo en estas últimas semanas…, burlándose de mí y provocándome para mantener el vacío a raya. Exactamente lo que estaba haciendo ahora.

Estaba bajo coacción, decía la nota siguiente. *Estaría muy satisfecho si me dejaras probar que estás equivocada. Me dijeron que soy muy pero muy bueno para lamer a otra persona*.

Yo cerré las rodillas con fuerza y escribí:

Buenas noches.

Un instante después o menos, la nota decía:

Trata de no gemir demasiado cuando sueñes conmigo. Mi belleza necesita descansar un poco.

Me levanté, metí la nota en el fuego burbujeante, hice un gesto vulgar en el aire.

Juraría que se oyó el resonar de una risa en el pasillo.

No soñé con Rhys.

Soñé con el Attor, las garras sobre mí, tomándome desde atrás mientras yo lo golpeaba. Soñé con su risa aguda y su olor espantoso.

Pero dormí toda la noche. Y no me desperté ni siquiera una vez.

Capítulo 30

Tal vez Cassian había sido puras sonrisas pedantes y vulgaridad en la noche pero a la tarde siguiente, en el ruedo de entrenamiento, un patio cavado en la roca sobre la Casa del Viento, era un asesino frío como la piedra.

Y cuando esos instintos letales se volvían contra mí…

Por debajo de la ropa de cuero yo tenía la piel cubierta de sudor a pesar de la baja temperatura. Cada vez que respiraba me dolía la garganta y me temblaban tanto los brazos que cuando trataba de usar los dedos, el más chico empezaba a moverse y yo no conseguía controlar ese movimiento.

Yo estaba mirándolo sacudirse por voluntad propia cuando Cassian cerró el espacio que había entre los dos, me tomó la mano y dijo:

—Eso es porque estás golpeando en los nudillos equivocados. Los dos primeros, el dedo índice y el anular…, ahí es donde tienen que llegar los puñetazos. Aquí —y apoyó un dedo lleno de callos en el espacio entre el dedo meñique y el anular, donde la piel ya estaba amoratada— te va a hacer más daño que a tu oponente. Tienes suerte de que el Attor no haya querido provocarte a una pelea con puños.

Hacía ya una hora que estábamos en eso, revisando los pasos básicos del combate frente a frente. Y parecía que tal vez yo era mala en la caza, en la arquería, pero ¿para usar mi lado izquierdo? Ah, para eso, patética. Me faltaba tanta coordinación como a

un recién nacido que intentara caminar. Golpear y bailar al mismo tiempo con el lado izquierdo del cuerpo me era casi imposible y me había tropezado con Cassian con mayor frecuencia de la que había logrado golpearlo. Los golpes con la derecha…, esos eran fáciles.

—Toma un trago —dijo él—. Después vamos a trabajar en tu núcleo. No tiene sentido aprender a pegar si ni siquiera sabes mantenerte de pie.

Yo fruncí el ceño: un sonido de hojas en el ring abierto que teníamos frente a nosotros.

Sorprendentemente, Azriel había vuelto del reino de los mortales para el mediodía. Mor lo había interceptado primero, pero yo había recibido un informe de segunda mano de boca de Rhys: Azriel había encontrado una especie de barrera alrededor del palacio de las reinas y había tenido que volver a la Corte Noche; necesitaba pensar qué hacer al respecto.

Pensarlo… y considerarlo, según parecía, porque apenas si me había dedicado un «Hola» amable antes de hundirse en un entrenamiento con Rhysand, la cara dura y tensa. También ellos estaban en la lucha desde hacía una hora, las hojas filosas, delgadas como relámpagos de mercurio en el aire, mientras ellos se movían en círculos, una y otra y otra vez. Me pregunté si lo hacían tanto por práctica como para que Rhys ayudara a su jefe de espías a olvidar un poco su frustración.

Desde que yo los había mirado por última vez, se habían sacado las chaquetas de cuero y las camisas a pesar de que no era verano.

Los brazos bronceados, musculosos de los dos estaban cubiertos por el mismo tipo de tatuajes que me adornaban el brazo y la mano; la tinta les fluía sobre los hombros y los músculos pectorales esculpidos. Entre las alas, había una línea que les corría a lo largo de la columna, justo detrás del lugar en el que llevaban las espadas.

—Nos hacen los tatuajes cuando nos iniciamos como guerreros ilyrios…, para darnos suerte y gloria en el campo de batalla —dijo Cassian, que había seguido mi mirada. Pero yo dudaba de que Cassian estuviera bebiendo el resto de la imagen: los músculos del vientre, brillantes de sudor en el sol luminoso; la tensión en los muslos poderosos; la fuerza que les ondeaba en la espalda alrededor de las alas bellas, enormes.

Muerte sobre alas rápidas.

El título llegó desde ninguna parte y, durante un momento, vi la pintura que yo había creado en algún momento: la oscuridad de las alas, levemente iluminada por líneas de rojo y oro por la luz radiante del sol del invierno; el brillo de las espadas; la rudeza de los tatuajes contra la belleza de esas caras…

Parpadeé y la imagen desapareció, como una nube de aliento caliente en una noche fría.

Cassian sacudió el mentón señalando a sus hermanos.

—Rhys no está en forma aunque no quiere admitirlo pero Azriel es demasiado amable y no le hace morder el polvo.

A mí, Rhys no me parecía alguien que no está en forma. Que el Caldero me hirviera, ¿qué mierda comían los ilyrios para tener *ese* aspecto?

Cuando caminé hasta el banquito en el que Cassian había apoyado una jarra de agua y dos vasos, me temblaban un poco las rodillas. Me serví uno y el meñique volvió a mostrar ese temblor incontrolable.

Mi tatuaje, me di cuenta en ese momento, estaba formado por marcas ilyrias. Tal vez era la manera que había elegido Rhys para desearme suerte y gloria frente a Amarantha.

Suerte y gloria. En esos días, no me hubieran venido mal.

Cassian se sirvió un vaso y lo hizo sonar contra el mío, de pronto tan diferente del guerrero brutal que, hacía unos momentos, me había hecho caminar a través de golpes, me había pedido que golpeara con fuerza sobre los guantes de entrenamiento y había intentado que no me tirara al suelo y empezara a pedirle que me matara. Tan diferente del macho que se había medido cabeza a cabeza con mi hermana, incapaz de resistir el desafío del espíritu de Nesta, tan lleno de acero y llamas.

—Bueno —dijo Cassian, mientras se tragaba el agua. Detrás de nosotros, Rhys y Azriel chocaban uno contra el otro, se separaban y volvían a chocar—. ¿Cuándo vas a hablarme de la carta que le escribiste a Tamlin, esa donde le decías que no pensabas volver?

La pregunta me golpeó tanto que le ladré:

—¿Y qué te parece si tú me hablas sobre la forma en que provocas a Mor y te burlas de ella para esconder lo que sientes por ella, sea lo que sea? —Porque yo no tenía duda de que él era completamente consciente de su lugar en la red entretejida que sostenían entre todos.

El ruido de pasos y espadas cruzadas detrás de nosotros titubeó, tropezó…, después volvió a empezar.

Cassian soltó una risa sorprendida, ruda.

—Eso es noticia vieja.

—Tengo la sensación de que ella dice exactamente eso sobre ti.

—Vuelve al ring —dijo Cassian y apoyó el vaso vacío en el banquito—. No vamos a hacer ejercicios de núcleo. Si quieres soltar la lengua, vamos a volver a eso.

Pero la pregunta que él me había hecho me daba vueltas en la cabeza. *No pensabas volver; no pensabas volver; no pensabas volver*.

Yo lo había escrito en serio, absolutamente en serio. Pero no sabía lo que pensaba él, si le importaba… No, no. Sabía que a Tamlin le importaba. Seguramente había destruido la mansión en un ataque de rabia.

Si había destruido el estudio cuando le dije que él me ahogaba…, esto…, esto… A mí me habían asustado sus ataques de rabia pura, me había sentido intimidada por ellos. Y había sido amor…, yo lo había amado con tanta profundidad, hasta tal punto, pero…

—¿Rhys te lo contó? —dije.

Cassian tuvo la sabiduría de parecer un poco nervioso frente a la expresión que me veía en la cara.

—Se lo informó a Azriel, que está…, que está monitoreando las cosas y las necesidades que producen ciertos actos. Az me lo contó a mí.

—Supongo que fue mientras todos bailaban y bebían. —Me tomé el resto del agua y caminé de vuelta hacia el ring.

—Ey —dijo Cassian y me tomó del brazo. Ese día, los ojos castaños estaban más verdes que castaños—. Lo lamento. Toqué un lugar que te duele. No fue con intención. Az me lo dijo solamente porque yo le dije que tenía que saberlo por mis fuerzas; para saber qué esperar. Ninguno de nosotros…, nosotros no pensamos que es una broma. Lo que hiciste fue duro. Una cosa muy dura, sí. Esto fue una manera muy mala de tratar de decirte que si necesitabas hablar del tema… Una manera de mierda. Lo lamento —repitió y me soltó.

Las palabras cortadas…, la ansiedad en esos ojos… Yo asentí mientras volvía a mi lugar.

—De acuerdo.

Aunque Rhysand seguía en lo suyo con Azriel, yo habría jurado que los ojos de ambos estaban en mí, habían estado en mí desde el momento en que Cassian me hizo la pregunta.

Cassian metió las manos en los guantes y los sostuvo.

—Treinta y dos golpes; después cuarenta; después cincuenta. —Le hice una mueca por encima de los guantes mientras encogía las manos—. No contestaste la pregunta —dijo con una sonrisa tentativa…, una que dudaba de que sus soldados y compañeros ilyrios hubieran visto nunca.

Había sido amor y yo lo había sentido en serio…, la felicidad, la lujuria, la paz… Yo había sentido todo eso con Tamlin. En otros tiempos.

Puse las piernas a las doce y las cinco y me llevé las manos a la cara.

Pero tal vez porque esas cosas me habían cegado.

Tal vez habían sido una manta sobre los ojos después de la rabia. La necesidad de controlar, de proteger, que corría tan en el fondo de Tamlin y que lo había llevado a encerrarme… Como a una prisionera.

—Estoy bien —dije y di un paso y me moví con el lado izquierdo. Un movimiento fluido, suave como la seda, como si mi cuerpo inmortal se hubiera alineado con mi mente.

Mi puño estalló contra el guante de Cassian, y retiré la mano con tanta rapidez como una serpiente que muerde mientras golpeaba con la derecha, el hombro y el pie torcidos como debe ser.

—Uno —contó Cassian, los golpes—. Dos. Y «bien» está muy bien. Me alegro, excelente.

Otra vez, otra vez, otra vez.

Los dos sabíamos que «bien» era mentira.

Yo había hecho todo, *todo* por ese amor. Me había deshecho, me había convertido en jirones. Había matado a inocentes y me había humillado mientras él estaba *sentado* junto a Amarantha en ese trono. Y no había hecho nada…, no se había arriesgado…, nunca se había arriesgado a que lo atraparan excepto una noche y lo único que había querido hacer no fue liberarme sino tener sexo conmigo y…

Otra vez, otra vez, otra vez. Uno, dos; uno, dos; uno, dos…

Y cuando Amarantha me quebró, cuando me partió los huesos y me hizo hervir la sangre en las venas, él se arrodilló y le rogó por mí. No trató de matarla, se arrastró a sus pies. Sí, él había peleado por mí pero yo había peleado mucho más por él.

De nuevo, de nuevo, de nuevo, y con cada golpe de los puños sobre los guantes, una pregunta y una respuesta.

Había esperado a que yo le devolviera los poderes para meterme en una jaula. Eso sí que era tener coraje. Había tenido el coraje, sí, el coraje de decir que yo ya no le era útil; que yo tenía que quedarme encerrada porque eso le daba paz; y entonces, cuando consiguió lo que quería, cuando volvió a tener poder, cuando volvió a tener sus tierras…, dejó de intentarlo. Seguía siendo bueno, seguía siendo Tamlin, pero no tenía razón, no…

Yo lloraba con los dientes apretados, y las lágrimas lavaban la herida infectada y a mí no me importaba que Cassian estuviera ahí, no me importaba que me vieran Rhys y Azriel.

En ese momento, se detuvieron los choques entre metal y metal.

Después, sentí que los puños cerrados tocaban piel desnuda y me di cuenta de que estaba golpeando del otro lado de los guantes de entrenamiento, que los había atravesado…, no, que los había *quemado*…

Entonces, yo también me detuve.

Las vendas que me habían cubierto las manos eran pedazos de ceniza. Las manos alzadas de Cassian estaban frente a mí…, listas para aguantar el golpe si yo quería darlo.

—Estoy bien —dijo con calma. Con amabilidad.

Y tal vez yo estaba exhausta, quebrada, pero jadeé:

—Los maté.

Nunca había dicho esas palabras.

A Cassian se le tensaron los labios.

—Lo sé. —No era un juicio; no era una alabanza. Era comprensión, comprensión amarga.

Se me aflojaron las manos y un sollozo estremecido se me abrió paso dentro del cuerpo.

—Debería haber muerto yo.

Ahí estaba yo.

De pie, bajo el cielo sin nubes, el sol del invierno como un martillo sobre la cabeza, nada alrededor, nada excepto roca, ninguna sombra en la que esconderme,

nada… Ahí estaba yo, sí.

Después llegó la oscuridad, suave, dulce; no, no era sombra, era un cuerpo cubierto de sudor que se detuvo frente a mí. Unos dedos amables me levantaron el mentón hasta que yo abrí los ojos y la vi… La cara de Rhysand.

Las alas se habían envuelto alrededor de los dos, dejándonos dentro de un capullo; la luz del sol bañaba la membrana en oro y rojo. Más allá, afuera, en otro mundo tal vez, empezaron los sonidos de acero contra acero: Cassian y Azriel de nuevo.

—Te sientes así todos los días por el resto de tus días —dijo Rhysand. Así, tan cerca, yo olía el sudor, el perfume a mar y citrus por debajo. Los ojos de él se habían puesto suaves. Traté de desviar la vista pero él me sostuvo el mentón con firmeza—. Y yo lo sé porque me siento así todos los días desde que mataron a mi madre y a mi hermana y yo tuve que enterrarlas con mis propias manos y ni la venganza sirvió para algo. —Me secó las lágrimas en una mejilla, después en la otra—. Tienes dos opciones: dejar que te quiebre, dejar que te lleve a la muerte como casi lo hace en la Casa de la Tejedora o aprender a vivir con esto.

Durante un momento muy largo, me limité a mirar esa cara tranquila, abierta, tal vez su verdadera cara, la que estaba debajo de todas las máscaras que usaba para mantener a salvo a su pueblo.

—Lamento…, lamento lo de tu familia —dije, con la voz rasposa.

—Yo lamento no haber encontrado una forma de salvarte de lo que pasó en Bajo la Montaña —dijo Rhys con la misma calma que antes—. De morir. De *querer* morir. —Empecé a mover la cabeza pero él siguió—: Tengo dos tipos de pesadillas: las pesadillas en las que soy otra vez la puta de Amarantha o lo son mis amigos… Y las pesadillas en las que oigo cómo se te quiebra el cuello y veo que la luz abandona tus ojos para siempre.

Yo no tenía ninguna respuesta para eso, para el tono en esa voz densa, profunda. Así que examiné los tatuajes sobre el pecho y los brazos, el brillo de la piel bronceada, tan dorada ahora que él ya no estaba enjaulado en esa montaña.

Dejé de examinarlos cuando llegué al lugar en que los músculos se hundían bajo los pantalones de cuero. Entonces, flexioné la mano despacio, la piel cálida por la tibieza que había quemado los guantes.

—Ah —dijo él y las alas volvieron a su espalda cuando las plegó con gracia—. Eso.

Yo entrecerré los ojos contra la inundación del sol.

—Corte Otoño, ¿verdad?

Él me tomó la mano y la revisó, la piel medio violeta por el entrenamiento.

—Correcto. Un don de Beron, el alto lord de Otoño.

El padre de Lucien. Lucien…, me pregunté qué estaría pensando Lucien de todo esto. Me pregunté si me extrañaba. Si Ianthe seguía… tratando de atraparlo.

En el entrenamiento, Cassian y Azriel trataban de no parecer demasiado atentos a

lo que pasaba.

—No estoy demasiado versado en las complejidades de los dones elementales de los otros altos lores —dijo Rhys— pero puedo llegar a entenderlo…, cuando te pase, día a día, si es necesario.

—Si tú eres el alto lord más poderoso de la historia… ¿Eso quiere decir que lo que yo haya sacado de ti, sea lo que sea, tiene más fuerza que lo que saqué de los demás? —¿Por qué había conseguido entrar en esa cabeza oscura esa única vez?

—Inténtalo. —Él me miró y levantó el mentón—. Trata de llamar a la oscuridad. No voy a pedirte que trates de transportarte —agregó con una mueca.

—No sé cómo lo hice…

—Tienes que desear que *haya* oscuridad.

Yo lo miré directamente a los ojos.

Él se encogió de hombros.

—Trata de pensar en mí…, en lo hermoso que soy. En lo talentoso…

—En lo arrogante…

—Eso también. —Cruzó los brazos sobre el pecho desnudo; el movimiento le hizo temblar los músculos del vientre.

—Y ya que estás, ponte una camisa —lo reté.

Una sonrisa felina.

—¿Te incomodo?

—Me sorprende que no haya más espejos en esta casa ya que te gusta tanto mirarte…

Los labios de Rhys se torcieron un poco.

—Esa es la Feyre que adoro.

Yo hice una mueca de desprecio pero cerré los ojos y traté de mirar hacia adentro, hacia un rincón oscuro de mí misma, el más oscuro que pudiera encontrar. Había demasiados.

Demasiados.

Y ahora, ahora todos contenían la carta que yo había escrito el día anterior.

Un adiós.

Por mi propia cordura, mi propia seguridad…

—Hay diferentes clases de oscuridad —dijo Rhys. Yo mantuve los ojos cerrados —. Está la oscuridad que asusta, la oscuridad que tranquiliza, la oscuridad inquieta. —Pensé en cada una; imaginé cada una—. Está la oscuridad de los amantes y la oscuridad de los asesinos. Se convierte en lo que cada uno desea que sea, necesita que sea. No es totalmente mala ni totalmente buena.

Yo solamente veía la oscuridad del calabozo; la oscuridad del cubil del Tallador de Huesos.

Cassian soltó un insulto pero Azriel murmuró un desafío suave mientras las hojas de acero se cruzaban de nuevo.

—Abre los ojos.

Lo hice.

Y descubrí que estaba rodeada de oscuridad. No salía de mí, salía de Rhys. Como si el ring hubiera desaparecido, como si el mundo todavía no hubiera empezado.

Calma.

Suavidad.

Paz.

Las luces empezaron a titilar…, estrellas chiquitas, flores que se abrían en azul y púrpura y blanco. Estiré la mano hacia una de ellas y la luz de las estrellas me bailó en las puntas de los dedos. Lejos, tal vez en otro mundo, Azriel y Cassian luchaban en la oscuridad y sin duda la aprovechaban como parte del ejercicio.

Yo moví la estrella que tenía entre los dedos como una moneda en la mano de un mago. Ahí, en la oscuridad brillante que lo suavizaba todo, me llenó los pulmones una respiración firme.

No recordaba la última vez en que hubiera hecho eso: respirar sin dificultades.

Después, la oscuridad se quebró y desapareció, más rápida que el humo en el viento. Me descubrí parpadeando frente al sol cegador, el brazo abierto todavía, Rhysand todavía frente a mí.

Sin camisa.

—Podemos trabajarlo más tarde. Por ahora —aspiró aire por la nariz— ve a darte un baño.

Yo le hice un gesto particularmente vulgar… y le pedí a Cassian que me llevara volando a casa.

Capítulo 31

—No bailes tanto sobre los dedos de los pies —me dijo Cassian cuatro días más tarde mientras pasábamos una tarde particularmente tibia en el ring de entrenamiento—. Los pies plantados, las dagas preparadas. Los ojos en los míos. Con esa última maniobra, si estuvieras en un campo de batalla, ya estarías muerta.

Amren resopló desde una silla donde había estado limpiándose las uñas.

—Te oyó las primeras diez veces que lo dijiste, Cassian.

—Sigue hablando, Amren, y te voy a meter en el ring a la fuerza a ver cuánto estuviste practicando.

Amern siguió limpiándose las uñas; con un huesito, me di cuenta.

—Tócame, Cassian, y te saco tu parte favorita del cuerpo. Aunque sea muy chiquita.

Él soltó una risita baja. De pie entre ellos dos en el ring, en el nivel superior de la Casa del Viento, una daga en cada mano, el cuerpo cubierto de sudor, me pregunté si no podía buscar una manera de escaparme. Tal vez transportarme a otra parte aunque, a pesar de mis esfuerzos secretos en la privacidad de mi dormitorio, no había conseguido hacerlo de nuevo desde aquella mañana en el reino de los mortales.

Cuatro días de eso: entrenarme con él, trabajar con Rhys para intentar las llamas o la oscuridad. No era sorprendente que hubiera progresado algo solamente con lo

físico.

No había llegado aviso desde la Corte Verano. Y no se sabía nada de la Corte Primavera, nada con respecto a mi carta. Yo todavía no había decidido si eso era bueno o malo. Azriel seguía intentando infiltrar las cortes de las reinas humanas, su red de espías buscaba un pie para entrar. Que no lo hubiera logrado todavía lo ponía más callado que de costumbre…, más frío.

Los ojos plateados de Amren levantaron su mirada desde las uñas.

—Bien. Así juegas con ella.

—¿Jugar con quién? —dijo Mor, que venía de las sombras de la escalera.

A Cassian le tembló la nariz.

—¿Adónde fuiste la otra noche? —le preguntó a Mor sin siquiera un gesto de bienvenida—. No te vi salir de Rita's.

El local en el que siempre bailaban, bebían, soñaban juntos.

Dos noches antes me habían arrastrado hasta allá y yo había pasado la mayor parte del tiempo sentada en el reservado con el vino entre las manos, tratando de hablar con Azriel por encima del sonido de la música; a él le había bastado con quedarse ahí y pensar pero se había unido a mí para mirar cómo Rhys abría corte en la barra. Muchas hembras, muchos machos lo seguían con la vista y el cantor de sombras y yo apostamos quién tendría el coraje para invitar a su casa al alto lord.

No hubo sorpresas: Az ganó todas las rondas. Pero para delicia de Mor cuando volvió tropezando a la mesa y se tomó otro trago antes de volver corriendo a la pista, al final de la noche, Azriel tenía una sonrisa en la cara.

Rhys no aceptó ninguna de las ofertas, a pesar de la belleza de algunos; rieran o sonrieran, les dijo que no a todos. Las negativas eran corteses, firmes pero corteses.

¿Había estado con alguien después de Amarantha? ¿*Quería* a alguien en la cama después de Amarantha? Ni siquiera el vino me dio el coraje necesario para preguntarle a Azriel al respecto.

Al parecer, Mor iba a Rita's más que ninguno de los otros, prácticamente vivía ahí. Se encogió de hombros frente a las palabras de Cassian y ahí, junto a ella, apareció otra silla cómoda, casi un sillón, como la de Amren.

—Estuve…, estuve lejos —dijo ella, mientras se dejaba caer en ella.

—¿Con quién? —insistió Cassian.

—Por lo que sé —dijo Mor y se reclinó en la silla—, no estoy bajo tus órdenes, Cassian. No tengo por qué darte informes. Así que dónde estuve, con quién, cuándo, no es nada de tu incumbencia.

—Tampoco se lo contaste a Azriel.

Yo hice una pausa, sopesé esas palabras, los hombros tensos de Cassian. Sí, había una tensión entre ella y Mor en esas discusiones pero…, tal vez…, tal vez Cassian aceptaba el rol de intermediario no para mantenerlos aparte sino para que nada lastimara al cantor de sombras. Para que no se convirtiera en *noticia vieja*, como lo había llamado yo.

Finalmente, Cassian recordó que yo estaba de pie frente a él, notó la mirada de comprensión en mi cara, y me hizo un gesto de advertencia. De acuerdo.

Yo me encogí de hombros y me tomé un momento para acomodar las dagas y recuperar el aliento. Durante un segundo, deseé que Nesta estuviera ahí aunque fuera para ver cómo se atacaban. No habíamos sabido nada de mis hermanas ni de las reinas mortales. Me pregunté cuándo enviaríamos otra carta o intentaríamos otra forma de comunicación.

—¿Por qué razón exacta —preguntó Cassian a Amren y Mor, sin preocuparse por parecer amable— están ustedes dos, señoras, en este lugar?

Mor cerró los ojos mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y llenaba la cara dorada con la misma irreverencia de la que Cassian quería proteger a Azriel…; tal vez Mor también trataba de proteger a Azriel de eso.

—Parece que en unos momentos viene Rhys a darnos noticias. ¿Amren no te lo dijo?

—Me olvidé —dijo Amren que seguía limpiándose las uñas—. Me estaba divirtiendo tanto… Me encanta ver cómo Feyre evade las técnicas de Cassian para hacer que otros hagan lo que él quiere.

Las cejas de Cassian se levantaron despacio.

—Hace una *hora* que estás aquí.

—Upssss —dijo Amren.

Cassian levantó las manos.

—Dame veinte flexiones.

Lo interrumpió un ladrido duro, terrible.

Pero Rhys salió de la escalera en ese momento; yo no decidí si sentir alivio o desilusión por la interrupción definitiva de Cassian versus Amren.

Se había puesto su mejor ropa, no el cuero que usaba para pelear y no había alas a la vista. Rhys los miró a ellos, a mí, miró las dagas que yo había dejado en el suelo, y después dijo:

—Lamento interrumpir justo ahora que las cosas se ponían interesantes.

—Una suerte para las pelotas de Cassian —dijo Amren, que seguía en el nido de la silla—. Llegaste justo a tiempo.

Cassian le hizo un gesto de desprecio no del todo entusiasmado.

Rhys rio y dijo, sin dirigirse a ninguno de nosotros:

—¿Listos para ir de vacaciones al verano?

—¿Llegó la invitación de la Corte Verano? —preguntó Mor.

—Sí, claro. Feyre, Amren y yo nos vamos mañana.

¿Solo nosotros tres? Me pareció que Cassian pensaba lo mismo, las alas crujieron cuando cruzó los brazos y miró a Rhys a los ojos.

—La Corte Verano está llena de tontos calentones, hijos de puta arrogantes… y más —advirtió—. Debería ir con ustedes.

—Te sentirías muy bien ahí —silbó Amren—. Qué malo que no puedas ir.

Cassian la señaló con un dedo.

—Cuidado, Amren.

Ella le mostró los dientes en una sonrisa malvada.

—Créeme, yo también preferiría no ir.

Yo apreté los labios para no sonreír ni hacer muecas. No conocía el terreno.

Rhys se frotó las sienes.

—Considerando que la última vez que fuiste las cosas no terminaron bien, Cassian…

—Rompí *un* edificio, uno sola…

—*Y*… —lo interrumpió Rhys— considerando que literalmente se aterrorizan cuando ven a la dulce Amren, mejor que venga ella.

Yo no sabía si había alguien vivo en el mundo que *no* se aterrorizara cuando veía a Amren.

—Podría ser una trampa —insistió Cassian—. ¿Quién te dice que el retraso para contestar no haya sido porque estaban contactando a nuestros enemigos para preparar una emboscada?

—Esa es la otra razón por la que viene Amren —dijo Rhys; palabras simples.

Amren fruncía el ceño…, aburrida y disgustada.

—Hay muchos tesoros en la Corte Verano. Si el Libro está escondido, Amren —dijo Rhys con un tono casual— tal vez encuentres objetos que te gusten.

—Mierda —dijo Cassian, levantando de nuevo las manos—. ¿En serio, Rhys? Ya está mal robarles el libro pero dejarlos en seco…

—Rhysand tiene razón en algo —dijo Amren—. El alto lord de Verano es joven y no está probado. Dudo que haya tenido mucho tiempo para hacer un catálogo de sus posesiones heredadas desde que lo nombraron, allá en Bajo la Montaña. Dudo que se dé cuenta si se le pierde algo. Muy bien, Rhysand… Cuenta conmigo.

No mucho mejor que un dragón que guarda su tesoro, sí. Mor me dedicó una mirada secreta, sutil, que decía lo mismo; yo me tragué una risita.

Cassian empezó a objetar de nuevo pero Rhys dijo en una voz tranquila:

—Te voy a necesitar a ti, y no a Amren, en el reino de los mortales. La Corte Verano te prohibió la entrada para toda la eternidad, y aunque tu presencia sería muy buena distracción mientras Feyre hace lo que tiene que hacer, podría causar más problemas de los que necesitamos.

Yo me quedé dura. Lo que yo tenía que hacer…, rastrear ese Libro de los Alientos y robarlos… Feyre Rompemaldiciones…, Feyre Ladrona.

—Tranquilo, Cassian —dijo Amren, los ojos un poco turbios…, como si estuviera imaginando el tesoro que se llevaría de la Corte Verano—. Vamos a estar mejor sin tus gruñidos y desafíos. El alto lord le debe un favor a Rhys por salvarle la vida en Bajo la Montaña… y por guardar sus secretos.

A Cassian se le retorcieron las alas pero Mor dijo, con la voz melódica:

—Y probablemente, el alto lord quiere saber dónde nos paramos nosotros con

respecto a cualquier conflicto que pueda desatarse en el futuro.

Las alas de Cassian volvieron a acomodarse. Me señaló con el mentón.

—¿Y Feyre? Una cosa es tenerla aquí, aunque todo el mundo sabe dónde está. Otra cosa es llevarla a una corte y presentarla como miembro de la nuestra.

Un mensaje que le llegaría a Tamlin sin duda alguna. Si mi carta no era suficiente.

Pero Rhys había terminado. Inclinó la cabeza hacia Amren y se alejó hacia el arco abierto de la casa. Cassian dio un paso pero Mor levantó una mano.

—Déjalo —murmuró. Cassian la miró con rabia pero obedeció.

Yo lo tomé como una oportunidad para seguir a Rhys; dentro de la Casa del Viento, me cegó bruscamente la oscuridad tibia. Mis ojos de Fae se adaptaron a ella con rapidez pero al comienzo, en los primeros pasos en el pasillo estrecho, seguí a Rhys de memoria.

—¿Alguna otra trampa que tenga que conocer antes de que nos vayamos mañana? —le dije a su espalda.

Rhys me miró sobre el hombro, se detuvo sobre el descanso de la escalera.

—Y ahí estaba yo, pensando que tus notas de la otra noche significaban que me habías perdonado.

En esa media sonrisa, vi el pecho que antes había sugerido lamer y después había evitado mirar y me detuve a una distancia saludable.

—Yo creía que un alto lord tendría que hacer cosas más importantes que pasarse notas con alguien.

—Tengo cosas más importantes que hacer —ronroneó él—. Pero no consigo resistir la tentación. Así como tú no consigues resistir el deseo de mirarme cuando estamos fuera de la casa. Siempre tan territorial.

Se me secó un poco la boca. Pero…, flirtear con él, luchar con él… Eso era fácil. Divertido.

Y tal vez yo me lo merecía.

Así que acorté la distancia entre los dos, pasé frente a él y dije:

—La verdad es que tú no consigues mantenerte lejos de mí desde Calanmai… Eso es lo que creo.

Algo se le movió en los ojos, algo que no conseguí ubicar, pero él me tocó la nariz con tanta fuerza que siseé y le saqué esa mano de la cara.

—Me muero por ver qué puede hacer esa lengua filosa en la Corte Verano —dijo él, la vista fija en mis labios; después se desvaneció entre las sombras.

Capítulo 32

Al final, solamente Amren y yo fuimos con Rhys. Cassian no convenció a su alto lord, Azriel seguía supervisando la red de espías y tratando de investigar los reinos humanos y Mor se quedó en Velaris. Rhys nos transportaría directamente a Adriata, la ciudad en la que se levantaba el castillo de la Corte Verano y nos quedaríamos ahí por el tiempo que me llevara detectar y robar la primera mitad del Libro.

Como última mascota de Rhys, me mostrarían la ciudad y la residencia personal del alto lord. Si teníamos suerte, ninguno de ellos se daría cuenta de que el perrito faldero de Rhys era, en realidad, un sabueso.

Era un disfraz excelente.

Rhys y Amren se puso de pie en el vestíbulo de la casa de la ciudad; la luz suave y hermosa de la mañana caía en corriente por las ventanas y formaba una laguna sobre la alfombra adornada. Amren tenía puesto un vestido todo de tonos de gris, como siempre, los pantalones sueltos cortados, cerrados justo bajo el ombligo, la parte superior, suelta, en movimiento, corta para mostrar una línea de piel en la mitad del cuerpo. Atractiva como un mar calmo bajo un cielo tormentoso.

Rhys estaba de negro, el borde marcado con hilo de plata…, sin alas. El macho sereno, tranquilo que yo había conocido al principio. La máscara favorita del alto lord.

Yo había seleccionado un vestido lila floreado, las faldas anchas, en el viento fantasma por debajo del cinturón de plata y perlas. El vestido tenía flores bordadas en plata, flores nocturnas que subían desde el ruedo hacia los muslos más algunas enredadas en los pliegues de los hombros. El vestido perfecto para combatir el calor de la Corte Verano.

El vestido suspiró y crujió un poco cuando bajé los últimos dos peldaños de la escalera hacia el vestíbulo. Rhys me barrió con la mirada, un gesto largo, imposible de leer que me recorrió entera, desde los pies en sandalias hasta el pelo recogido. Nuala me había dejado bucles sobre los hombros, rulos suaves, flexibles que destacaban el color oro de mi cabellera.

Rhys se limitó a decir:

—Bien. Vámonos.

Yo abrí la boca pero Amren explicó con una sonrisa ancha, felina:

—Hoy está enojado.

—¿Por qué? —pregunté, mirando cómo Amren tomaba la mano de Rhys, los dedos delicados tan chicos comparados con los del alto lord. Él me tendió la otra.

—Porque —contestó Rhys— me quedé tarde con Cassian y Azriel y me ganaron en los naipes.

—¿Mal perdedor? —Le aferré la mano. Los callos de él se frotaron contra los míos, único recordatorio del guerrero entrenado bajo la ropa, bajo ese barniz de nobleza.

—Claro, sobre todo cuando mis amigos se unen para timarme —gruñó él. No me ofreció ninguna advertencia: bruscamente nos desvanecimos en un viento de medianoche y después…

Después, yo tuve que entrecerrar los ojos contra el sol cegador que brillaba sobre un mar turquesa, y traté de reorganizar mi cuerpo en torno del calor seco, sofocante a pesar de la brisa fresca que venía del agua.

Parpadeé algunas veces, y esa fue la única reacción que me permití; arranqué mi mano de la de Rhys.

Al parecer, estábamos de pie sobre una plataforma en la base de un palacio construido en una piedra color tostado, sobre una isla montañosa en el corazón de una bahía con forma de medialuna. La ciudad se abría alrededor, hacia abajo, hacia el mar brillante; los edificios eran todos de piedra o de un material blanco que tal vez fuera perla o coral. Sobre las muchas torres y agujas volaban las gaviotas y no había nubes, ni una, nada en la brisa con ellas excepto el aire salado y el ruido de la ciudad.

Había también varios puentes que unían la isla a la masa de tierra que la rodeaba por tres lados; uno de ellos, levantado para que pasaran varios barcos con velas y mástiles. En realidad, había más barcos de los que yo pudiera contar, algunos mercantes, otros pescadores, y algunos que transportaban personas desde la isla hacia el resto de la ciudad, cuyas orillas inclinadas estaban cubiertas de edificios y llenas de personas.

Frente a nosotros, media docena de personas, apenas del otro lado de las puertas de cristal que se abrían hacia el palacio. No había ninguna otra salida del balconcito, ningún camino excepto transportarse… o pasar por esas puertas. O, supuse yo, lanzarse hacia los techos rojos de las hermosas casas que esperaban treinta metros más abajo.

—Bienvenidos a Adriata —dijo el macho alto en el centro del grupo.

Yo lo conocía. Lo recordé en ese momento.

Y no hablo de los recuerdos. Recordaba perfectamente bien que el alto lord de Verano tenía la piel bronceada y hermosa, el cabello blanco, y los ojos de un turquesa devastador. Que era muy atractivo. Recordaba que lo habían obligado a mirar mientras Rhysand invadía la mente de uno de sus cortesanos y lo mataba. Y le mentía a Amarantha sobre lo que había averiguado y lo salvaba de un destino tal vez peor que la muerte.

Pero no hablo de eso. Ahora me acordaba del alto lord de Verano de una forma que no conseguía explicar del todo, como si un fragmento de mí supiera que había venido de él, que había venido de esa ciudad. Como si una pieza de mí misma dijera: *Me acuerdo, me acuerdo, me acuerdo. Somos uno y lo mismo, tú y yo.*

Rhys dijo lentamente:

—Me alegro de verte otra vez, Tarquin.

Los cinco que estaban detrás del alto lord de Verano intercambiaron ceños preocupados de distinta severidad. Como su señor, tenían la piel oscura, el pelo en tonos de blanco o plata, como si hubieran vivido toda la vida bajo el brillo del sol. Los ojos, en cambio, eran de todos los colores. Y pasaban de mí a Amren.

Rhys deslizó una mano en el bolsillo; con la otra hizo un gesto a Amren.

—A Amren, creo que la conoces… Aunque no os veis desde tu… ascensión al trono. —Una gracia elegante, calculada, acompañada de un filo de acero.

Tarquin hizo una brevísima inclinación de cabeza en dirección a Amren.

—Bienvenida a la ciudad, señora.

Amren no se inclinó, no asintió, ni siquiera le brillaron los ojos. Miró a Tarquin de arriba abajo: el alto lord musculoso, la ropa color verde mar, azul y oro y dijo:

—Por lo menos sois mucho más buen mozo que vuestro primo. A él, era difícil mirarlo. —Detrás de Tarquin, una hembra hizo un gesto de rabia. Los labios rojos de Amren se abrieron en una gran sonrisa—. Mis condolencias, por supuesto —agregó con tanta sinceridad como una serpiente.

Malvados, crueles, eso eran los dos, Amren y Rhys…, eso era yo también para esa gente.

Rhys hizo un gesto hacia mí.

—No creo que nadie os haya presentado formalmente en Bajo la Montaña. Tarquin, Feyre. Feyre, Tarquin. —Sin títulos, ya fuera para poner nerviosos a todos o porque realmente creía que los títulos eran palabras vacías.

Los ojos de Tarquin…, un azul tan impresionante, tan cristalino, estaban fijos en

mí.

Me acuerdo de ti, me acuerdo de ti, me acuerdo de ti.

El alto lord no sonrió.

Yo mantuve la cara sin expresión, al borde del aburrimiento.

La mirada de él se desvió hacia mi pecho, la piel desnuda bajo el movimiento constante del vestido como si quisiera ver el lugar en el que había terminado su chispa de vida, su poder.

Rhys siguió la mirada.

—Tiene unos senos francamente espectaculares, ¿no es cierto? Deliciosos como manzanas maduras.

Yo luché contra un deseo de burlarme; en lugar de eso, desvié la atención hacia él con tanta indolencia como él me había mirado a mí, había mirado a los otros.

—Y yo que creía que estabas fascinado con mi boca.

Una sorpresa encantada iluminó los ojos de Rhys, después desapareció en un instante.

Los dos volvimos a mirar a nuestros anfitriones, todavía con la cara de piedra y la espalda recta.

Tarquin sopesó el aire entre mis compañeros y yo, después dijo con mucho cuidado:

—Tenéis una historia que contar, me parece.

—Tenemos muchas historias que contar —dijo Rhys y señaló con el mentón las puertas de cristal que tenía a su espalda—. ¿Por qué no nos ponemos cómodos?

La hembra que estaba medio paso detrás de Tarquin se nos acercó un poquito.

—Tenemos preparado algo para que se refresquen.

Tarquin pareció recordarla de pronto y le puso una mano sobre el hombro delgado:

—Cresseida…, princesa de Adriata.

¿La regente de la capital… o la esposa? No llevaban anillos en los dedos, ninguno de los dos, y no recordaba haberla visto en Bajo la Montaña. El pelo largo, plateado de la hembra le volaba frente a la cara bonita en la brisa salobre y supe que la luz en esos ojos castaños no podía ser otra cosa que una astucia filosa como una navaja.

—Un placer —murmuró ella con rapidez en mi dirección—. Y un honor.

El desayuno se me convirtió en plomo dentro del estómago pero no dejé que ella viera lo que me provocaban sus palabras; no le dejé que viera que esas palabras eran armas para atacarme. Imité lo mejor que pude la forma en que Rhysand se encogía de hombros y dije:

—El honor es mío, princesa.

Las otras presentaciones se hicieron con rapidez: tres asesores que controlaban la ciudad, la corte y el comercio. Y un macho apuesto, de hombros anchos, Varian, hermano menor de Cresseida, capitán de la guardia de Tarquin y príncipe de Adriata. Varian tenía la vista fija en Amren como si supiera dónde estaba la mayor amenaza.

Como si nos advirtiera que se sentiría feliz de matarla si tenía la oportunidad.

En el tiempo breve que había transcurrido desde que yo la conocía, Amren nunca había estado más encantada.

Nos llevaron al interior de un palacio tallado; pasillos y paredes, salpicados de caracoles marinos, incontables ventanas que daban a la bahía y a tierra firme o al mar abierto. Había candeleros de vidrio marino que se hamacaban en la brisa tibia sobre arroyos cantarines y fuentes de agua fresca. Los altos fae, sirvientes y cortesanos, pasaban presurosos a nuestro alrededor, la mayoría de piel bronceada, vestidos con ropas leves, sueltas, todos demasiado preocupados por sus propios problemas para tomar nota de nosotros o interesarse en nuestra presencia. Ni un solo inmortal inferior se cruzó en nuestro camino. Ni uno.

Yo me mantuve un paso detrás de Rhysand, que caminaba junto a Tarquin, con el poder desatado pero disminuido alrededor; los demás flotaban detrás de nosotros. Amren se mantenía cerca de mí todo el tiempo y me pregunté si ella además, no habría venido como mi guardaespaldas. Tarquin y Rhys —los dos sonaban aburridos — habían estado hablando de un tema liviano: Nynsar, para el que ya faltaba muy poco, y de las flores nativas que mostrarían las dos cortes para esa festividad breve y menor.

Después, llegaría Calanmai.

A mí, se me retorció el estómago. Si Tamlin quería cumplir con la tradición, si yo ya no estaba con él… No me permití dar vueltas alrededor de esa idea. No era justo. Ni para mí…, ni para él.

—Tenemos cuatro ciudades importantes —me dijo Tarquin, mirándome sobre su hombro musculoso—. Pasamos el último mes del invierno y los primeros de primavera en Adriata…, la mejor temperatura para esta época del año.

En realidad, con ese verano infinito, suponía yo, no habría límites para el disfrute del clima. En el campo, junto al mar, en una ciudad bajo las estrellas… Asentí.

—Es una ciudad muy hermosa.

Tarquin me miró durante tanto tiempo que Rhys dijo:

—Las reparaciones están saliendo bien, según dicen.

Eso volvió a llamar la atención de Tarquin.

—En general, sí. Queda mucho por hacer. La parte trasera del castillo es una ruina. Como veis, casi terminamos el interior. Pusimos todo el esfuerzo en la ciudad primero…, y esas reparaciones se están realizando a buen ritmo.

¿Amarantha había saqueado esa ciudad, entonces?

—Espero que no se haya perdido nada valioso durante la ocupación —dijo Rhys.

—Gracias a la Madre, no, no lo más importante —contestó Tarquin.

Detrás de mí, Cresseida se puso tensa. Los tres asesores se alejaron despacio hacia sus deberes del momento, fueran cuales fuesen, murmurando adioses; la mirada preocupada, fija en Tarquin. Como si esa fuera la primera vez que se veían en el rol de anfitriones y fueran ellos los que vigilaban cada movimiento del alto lord de la

Corte Noche.

Él les dedicó una sonrisa que no llegó a los ojos y no dijo nada mientras nos llevaba a una habitación con cúpula, revestida en roble blanco y vidrio verde; las ventanas daban a la boca de la bahía y al mar que seguía y seguía, para siempre.

Nunca había visto agua tan vibrante. Verde, cobalto y medianoche. Y durante un instante, me volvió a la mente una paleta de pinturas, una paleta con azul, amarillo, blanco y negro, la que tal vez podría usar para pintar lo que veía…

—Esta es mi vista favorita —dijo Tarquin a mi lado y yo me di cuenta de que me había acercado a las anchas ventanas mientras los otros se sentaban alrededor de la mesa con tabla de madreperla. Un puñado de sirvientes servía frutas, hojas verdes y moluscos en los platos.

—Qué orgullo —dije— tener tierras tan esplendorosas.

Los ojos de Tarquin —tan parecidos al mar que se extendía frente a nosotros— se desviaron hacia mí.

—¿Cómo se comparan con las que habéis visto en otras cortes? —Una pregunta pensada con mucho cuidado.

Le contesté en tono aburrido:

—Todo en Prythian es hermoso si se lo compara con el reino mortal.

—¿Y ser inmortal es mejor que ser humano?

Yo sentí la atención de todos sobre mí, aunque Rhys estaba distrayendo a Cresseida y Varian con una discusión superficial, filosa, sobre el comercio de pescado. Así que miré al alto lord de Verano de arriba abajo como él me había examinado a mí, con descaro y sin modales, y le dije:

—Eso deberíais decirlo vos.

Los ojos de Tarquin se entrecerraron.

—Vos sois una perla. Aunque yo ya sabía eso desde el día en que le arrojasteis ese hueso a Amarantha y le salpicasteis de barro su vestido favorito.

Me defendí de los recuerdos, del terror ciego de esa primera prueba.

¿Qué entendía él del lazo que había entre él y yo? ¿Se daba cuenta de que ese lazo era la parte de su poder en mí, o pensaba que era un lazo propio, alguna especie de atracción rara?

Si yo venía a robarle…, tal vez eso significara que debía acercarme a él.

—No recordaba de que fuerais tan apuesto, no en Bajo la Montaña. La luz del sol y esa ropa os sientan muy bien.

Tal vez, un macho mejor se habría arreglado las plumas. Pero Tarquin sabía…, sabía que yo había estado con Tamlin, y ahora estaba con Rhys y que había venido con la Corte Noche. Tal vez pensaba que yo no era mucho mejor que Ianthe.

—¿Qué hacéis exactamente en la corte de Rhysand?

Después de tantas insinuaciones, una pregunta directa, sin duda para desequilibrarme.

Y casi había funcionado…, casi admití algo como *No tengo idea* pero, justo en

ese momento, como si hubiera oído cada una de las palabras, Rhys dijo desde la mesa:

—Feyre es miembro de mi Círculo Íntimo. Ella es mi Emisaria en Tierras Mortales.

Cresseida, sentada junto a Rhys, preguntó de pronto:

—¿Tenéis contacto con los reinos mortales?

Yo tomé eso como una invitación a sentarme y escapar así del peso exagerado de la mirada de Tarquin. Había un lugar para mí, justo frente a Rhys, al lado de Amren.

Mientras hablaba, el alto lord de la Corte Noche olió el vino —blanco, espumante — y yo me pregunté si no estaría tratando de enojar a todos, de insinuar que lo habían envenenado.

—Prefiero estar preparado para cualquier situación potencial. Y, dado que Hybern parece decidido a convertirse en un problema, tal vez conversar con los humanos sea bueno para nuestros intereses.

Varian dejó de mirar a Amren lo suficiente para decir con voz ronca:

—¿Así que eso está confirmado? Hybern se prepara para la guerra.

—Los preparativos ya terminaron. —Rhys habló muy despacio; tomó el primer trago de vino. Amren no había tocado el plato, aunque movía lo que había en él, como siempre. Me pregunté qué… o a quién comería mientras estuviéramos ahí. Varian parecía un buen candidato—. La guerra es inminente.

—Sí, eso fue lo que dijisteis en vuestra carta —dijo Tarquin y se sentó en la cabecera entre Rhys y Amren. Un movimiento valiente: elegir un lugar entre dos seres tan poderosos. ¿Arrogancia…, o el intento de fundar una amistad? La mirada de Tarquin se volvió hacia mí antes de fijarse en Rhys—. Y ya sabéis que nosotros vamos a pelear contra Hybern. Perdimos bastante buena gente en Bajo la Montaña. No tengo interés en ser esclavo de nuevo. Pero si estáis aquí para pedirme que luche en otra guerra, Rhysand…

—No hay ninguna posibilidad de eso —lo interrumpió Rhys con suavidad— ni siquiera se me pasó por la mente.

Seguramente se notó mi confusión porque Cresseida dijo, despacio:

—Hay altos lores que fueron a la guerra por menos que eso, ya lo sabéis… Una guerra por una hembra tan… *inusual* sería algo realmente inesperada.

Hubiera o no favores de por medio, seguramente esa era la razón por la que habían aceptado que viniéramos. Para ver en qué andábamos.

Si…, si Tamlin iba a la guerra para recuperarme… No. No, eso no podía ser una opción.

Yo le había escrito, le había dicho que no se me acercara. Y él no era loco, no empezaría una guerra que no podía ganar. No si sabía que la lucha no sería contra otros altos fae sino contra guerreros ilyrios, guerreros liderados por Cassian y Azriel. Una guerra que terminaría en masacre.

Así lo dije, aburrida, con la voz neutra y sin inflexiones:

—Tratad de disipar un poco vuestra emoción, princesa. El alto lord de Primavera no tiene planes de guerra contra la Corte Noche.

—¿Entonces vos estáis en contacto con Tamlin? —Una sonrisa edulcorada.

Mis palabras siguientes fueron tranquilas, lentas, y de pronto, decidí que robarles no me haría sentir mal. Ni por un instante.

—Hay cosas que son de conocimiento público y cosas que no. Mi relación con él es un hecho conocido. El estado de esa relación no es asunto vuestro. Ni de nadie más. Pero conozco a Tamlin y sé que no va a haber guerras entre cortes…, por lo menos no por mí o mis decisiones.

—Qué alivio, entonces —dijo Cresseida mientras bebía vino blanco y tomaba con la mano una pinza de cangrejo, rosada y blanca y anaranjada—. Saber que no estamos dando refugio a una novia robada… y que no tenemos que molestarnos en devolverla a su amo, como exige la ley. Y como haría cualquier persona racional… si no quisiera que los problemas le cayeran directamente frente a la puerta de la casa.

Amren se había quedado completamente inmóvil.

—Yo me fui porque quise —dije—. Y no tengo amo.

Cresseida se encogió de hombros.

—Vos podéis pensar lo que queráis, señora, pero la ley es la ley. Vos sois…, fuisteis novia de Tamlin. Jurar lealtad a otro alto lord no lo cambia. Así que es una suerte muy grande que él respete vuestras decisiones. Sin ese respeto, bastaría con una carta de él a Tarquin pidiendo que os devolviéramos y tendríamos que obedecer. O arriesgarnos a una guerra nosotros también.

Rhysand suspiró.

—Siempre una joya, Cresseida.

Varian interrumpió:

—Cuidado, alto lord. Mi hermana dice la verdad.

Tarquin puso una mano sobre la mesa pálida.

—Rhysand es nuestro invitado… y sus cortesanos son nuestros invitados. Y los vamos a tratar como tales. Los vamos a tratar como tratamos a los que salvaron nuestras vidas cuando lo único que necesitaban para matarnos era una palabra, una palabra y todos estaríamos muy pero muy muertos, Cressida.

Tarquin me estudió a mí y a Rhysand, que tenía un desinterés glorioso pintado en la cara. El alto lord de Verano meneó la cabeza y le dijo a Rhys.

—Tenemos más que discutir, vos y yo. Esta noche habrá una fiesta en vuestro honor sobre la barca de placer, allá, en la bahía. Después, podéis ir adónde queráis en la ciudad. Perdonad a la princesa…, tiene tendencia a proteger demasiado a su pueblo. La reconstrucción fue muy larga y muy dura y no queremos volver a hacer nada parecido hasta dentro de muchos siglos.

A Cresseida se le oscurecieron los ojos, una expresión perseguida.

—Cresseida se sacrificó mucho por su pueblo —contó Tarquin con dulzura; me hablaba a mí—. No toméis sus palabras a nivel personal.

—Todos hacemos sacrificios —dijo Rhysand, y el aburrimiento congelado se convirtió en cosa, algo filoso como una navaja—. Y vos os sentáis hoy a la mesa con vuestra familia solo por los sacrificios de Feyre. Así que vais a perdonarme, querido Tarquin, si le digo a vuestra princesa que si ella le avisa a Tamlin o alguno de los vuestros trata de llevarse a Feyre por la fuerza, todos van a perder la vida.

Hasta la brisa del mar murió en el aire.

—No me amenacéis, no en mi propia casa, Rhysand —dijo Tarquin—. Mi gratitud tiene un límite.

—No es una amenaza —contestó Rhys; la pinza de cangrejo que tenía en el plato se abrió bajo una mano invisible—. Es una promesa.

Todos me miraron. Esperaban una respuesta.

Así que yo levanté el vaso de vino, los miré a los ojos, uno por uno, y sostuve un rato más la mirada de Tarquin mientras decía:

—Con razón nunca os aburrís en la inmortalidad.

Tarquin rio y yo me pregunté si el suspiro que se le escapaba del pecho no sería también de profundo alivio.

A través del lazo entre los dos, sentí el calor de la aprobación de Rhysand.

Capítulo 33

Nos dieron una suite de habitaciones comunicadas por una puerta, todas sobre un vestíbulo lujoso, enorme, abierto al mar y a la ciudad. Mi habitación era de color espuma de mar y el azul más suave del universo, con círculos dorados, como la valva marina bordeada de oro que descansaba sobre la cómoda pálida de madera. Yo acababa de apoyarla de nuevo cuando se abrió despacio la puerta blanca y entró Rhys.

Se reclinó contra la puerta; la parte superior de la túnica negra, desabotonada; los rulos superiores del tatuaje, visibles sobre el pecho.

—El problema, me doy cuenta, es que me gusta Tarquin —dijo sin saludar—. Incluso Cresseida me gusta. Varian…, podría vivir sin Varian, la verdad, pero unas semanas con Cassian y Azriel y los tres se llevarían muy bien y yo tendría que aprender a apreciarlo. O él estaría dando vueltas alrededor de Amren y yo tendría que dejarlo en paz o arriesgarme a despertar la ira de ella.

—¿Y? —Elegí un lugar contra la cómoda, sobre la que me esperaba algo de ropa que yo no había traído pero que sin duda pertenecía a la Corte Noche.

El espacio de la habitación —la cama grande, las ventanas, la luz— llenó el silencio entre los dos.

—Y —dijo Rhys— quiero que encuentres una forma de hacer lo que tienes que

hacer sin convertirlos en enemigos.

—Me estás pidiendo que no me deje atrapar.

Un movimiento de cabeza. Sí. Después:

—¿Te gusta que Tarquin no pueda dejar de mirarte? No sé si es porque te desea o porque sabe que tienes su poder y quiere entender en qué proporción.

—¿No pueden ser las dos cosas?

—Claro. Pero que un alto lord te siga por lujuria es un juego peligroso.

—¿Primero te burlas de mí con Cassian y ahora con Tarquin? ¿No tienes ninguna otra forma de molestarme?

Rhys se acercó más y yo me preparé para su perfume, su tibieza, el impacto de su poder. Él me puso una mano a cada lado, y se tomó de la cómoda. Yo me negué a retroceder.

—Tienes una tarea aquí, Feyre. Una sola tarea y nadie debe saber nada sobre ella. Así que haz lo que tengas que hacer y termínala. Consigue ese Libro. Y que no te atrapen.

Yo no era tonta. Conocía los riesgos. Y ese *tonito*, esa *mirada* que siempre…

—¿Qué haga lo que tenga que hacer? ¿Cualquier cosa? —Las cejas de Rhys se levantaron en el aire. Yo agregué—: Si tengo sexo con él para conseguirlo, ¿qué harías?

Se le iluminaron las pupilas y la mirada bajó hasta mi boca. La madera de la cómoda gruñó bajo esas manos poderosas.

—Que cosas atroces dices. —Esperé, el corazón inquieto, rápido. Él volvió a mirarme a los ojos—. Siempre eres libre de hacer lo que quieras con el que quieras, sea quien sea. Así que si quieres montártelo, adelante…

—Tal vez lo haga. —Aunque una parte de mí quería decirle: *Mentiroso*.

—De acuerdo. —El aliento de él me acarició la boca.

—De acuerdo —dije, consciente de cada milímetro de espacio entre los dos, la distancia más y más corta, el desafío más y más fuerte con cada segundo que pasaba.

—No arruines la misión —dijo él con suavidad, los ojos como estrellas.

—Conozco los costos. —El poder enorme de Rhys me envolvía, me sacudía. Me despertaba.

La sal y el mar y la brisa me llamaban, me dedicaban canciones.

Y como si Rhys también los oyera, inclinó la cabeza hacia la vela apagada de la cómoda.

—Enciéndela.

Pensé en negarme pero miré la vela, llamé al fuego, llamé a la rabia furiosa que él siempre se las arreglaba para despertar en…

La vela cayó de la cómoda con un golpe violento de agua, como si alguien le hubiera volcado un balde.

Yo miré el agua que caía con la boca abierta; las gotas sobre el mármol eran el único sonido en la habitación.

Rhys rio sin ruido, las manos todavía en el mismo lugar.

—¿No eres capaz de obedecer una orden?

Pero fuera lo que fuese —tal vez estar ahí, cerca de Tarquin y su poder—, yo sentía que el agua me respondía. La sentía sobre el suelo, sentía el mar que estallaba y haraganeaba en la bahía, sentía el gusto de la sal en la brisa. Sostuve la mirada de Rhys.

Nadie era mi amo…, pero tal vez, si quería, si me atrevía, yo sí era ama de todo.

Como una lluvia extraña, el agua se elevó desde el suelo cuando le pedí que fuera como las estrellas que había llamado Rhys en la manta de oscuridad. Deseé que las gotas se separaran hasta que colgaron a nuestro alrededor, suspendidas en el aire, y entonces, las rozó la luz y titilaron como cristales en un candelabro.

Rhys dejó de mirarme para estudiarlas.

—Sugiero —murmuró— que no le muestres este truquito a Tarquin cuando te lo lleves al dormitorio.

Le envié todas las gotas a la cara.

Con demasiada velocidad, con demasiada exactitud: él no pudo protegerse. Algunas rebotaron y me salpicaron.

Ahora estábamos los dos mojados; Rhys abrió la boca un instante, después sonrió.

—Buen trabajo —dijo por fin y se apartó de la cómoda. No se preocupó por limpiarse el agua que le brillaba sobre la piel—. Sigue practicando.

Pero yo dije:

—¿Va a haber una guerra? ¿Por mí?

Él sabía a qué me refería. La rabia que había estado antes en la cara de Rhys se convirtió en calma, una calma letal.

—No sé.

—Yo…, yo volvería. Si las cosas llegaran a eso, volvería, Rhysand, volvería. Prefiero eso a obligarte a pelear.

Él se metió una mano todavía mojada en el bolsillo.

—¿Pero querrías volver? ¿Si hubiera una guerra por ti, eso haría que volvieras a amarlo? ¿Ese gesto heroico serviría para que él te ganara otra vez?

Yo tragué saliva.

—Estoy cansada de la muerte. No quiero, no querría ver morir a nadie…, menos que menos por mí.

—Eso no contesta la pregunta.

—No. No querría volver. Pero lo haría. No me ganarían ni el dolor ni el asesinato pero…

Rhys me miró un momento más, la cara impasible, después caminó hacia la puerta. Se detuvo con los dedos sobre la manija, tallada en la forma de un erizo de mar.

—Te encerró porque sabía…, el hijo de puta sabía el tesoro que eres. Sabía que vales más que la tierra, el oro y las joyas. Sabía y quería que fueras suya, suya

solamente.

Las palabras me golpearon y al mismo tiempo me suavizaron una parte raspada del alma.

—Él me amaba…, Tamlin me ama, Rhysand.

—La cuestión no es si te amaba, la cuestión es cuánto. Demasiado, te amaba. El amor puede ser veneno.

Después, ya no estaba.

La bahía estaba en calma —tal vez hechizada en ese estado de lisura por su dueño y señor—, tan en calma que la barca de placer apenas se hamacó mientras nosotros cenábamos y bebíamos a bordo.

Tallado en la madera más hermosa, recubierto de oro, el enorme barco tenía tamaño suficiente para los casi cien altos fae que trataban de no fijar los ojos en cada movimiento de Rhys, de Amren, en cada uno de mis movimientos.

La cubierta principal estaba llena de mesitas bajas y sofás para comer y relajarse y, sobre el nivel superior, bajo un techo de tejas de madreperla, había una mesa grande. Tarquin era el verano encarnado en turquesa y oro; le brillaban esmeraldas en los dedos y los botones. Llevaba una corona adornada con zafiros y oro blanco, que parecía la cresta de una ola sobre ese pelo color espuma de mar, una corona tan exquisita que, cada tanto, yo me quedaba mirándola sin darme cuenta.

En eso estaba cuando él se volvió hacia mí, a su derecha; noté su mirada.

—Yo esperaba que, con los joyeros habilidosos que tenemos, alguien se las arreglara para hacer una corona más cómoda. Esta duele…

Un intento agradable por empezar una conversación ya que, durante la primera hora, yo me había quedado callada mirando la ciudad isla, el agua, la tierra firme y echando una red de conciencia, de poder ciego hacia todo lo que veía para ver si algo me contestaba. Si el Libro acechaba por ahí en alguna parte.

Nada había contestado mi llamada silenciosa. Así que supuse que ya era tiempo y dije:

—¿Cómo hicisteis para mantener esto lejos de las garras de Amarantha?

Decir el nombre ahí, entre esos seres felices que celebraban la vida, parecía una invitación a una nube de lluvia.

Sentado a su izquierda, hundido en una conversación con Cresseida, Rhys ni siquiera me miró. Casi no me había hablado hasta ese momento, ni siquiera había notado la ropa.

Raro, dado que hasta *yo* estaba contenta con mi aspecto. Otra vez, lo había elegido a mi gusto: el pelo suelto pero retirado de la cara con una vincha de oro trenzado; un vestido de gasa color rosa viejo, apretado en la cintura y el pecho, casi igual al púrpura que me había puesto esa mañana. Femenino, suave, lindo. Hacía mucho, mucho que no me sentía así. Que no había querido sentirme así.

Pero en la Corte Noche eso no me ganaría un boleto hacia una vida de planificar fiestas. En esa corte, yo podía ser suave y hermosa al atardecer y despertarme en la mañana y enfundarme en ropa de cuero ilyria para ir la guerra.

Tarquin dijo:

—Conseguimos guardar la mayor parte de nuestro tesoro cuando cayó el territorio. Nostrus, mi predecesor, era mi primo. Yo servía como príncipe en otra ciudad. Así que recibí la orden de esconder el tesoro en medio de la noche, lo más rápido que pudiera.

Amarantha había matado a Nostrus cuando se rebeló, y después había matado a toda su familia por furia solamente. Si el poder había pasado a él, Tarquin debía de ser uno de los pocos miembros sobrevivientes.

—No sabía que la Corte Verano valorara tanto su tesoro —dije.

Tarquin ahogó una risa.

—Los primeros altos lores, tal vez. Nosotros, lo queremos por tradición sobre todo.

Entonces, dije en tono casual, con cuidado:

—¿Valoran el oro y las joyas?

—Entre otras cosas.

Tomé un traguito de vino para comprar tiempo y pensar en una forma de preguntar sin despertar sospechas. Aunque tal vez ser directa era mejor en ese momento.

—Los extranjeros, ¿podemos ver la colección? Mi padre era mercader… Pasé la mayor parte de mi infancia en su oficina, ayudándolo con los bienes que compraba y vendía. Sería interesante comparar las riquezas mortales con las que fabricaron las manos de los Fae.

Rhys siguió hablando con Cresseida, y no me lanzó ni una señal de aprobación o diversión por el lazo.

Tarquin inclinó la cabeza; las joyas le brillaron sobre la corona.

—Claro. Mañana, entonces… ¿Después del almuerzo, quizás?

No era estúpido y tal vez se había dado cuenta de lo que yo estaba haciendo pero… la oferta era genuina. Sonreí, asentí. Miré hacia la multitud en la cubierta inferior; el agua, iluminada por las linternas mientras la mirada de Tarquin se quedaba en mí.

—¿Cómo era? —dijo—. ¿El mundo mortal?

Yo comí un poquito de ensalada de frutillas.

—Solamente vi un pedacito. Príncipe de los Mercaderes, le decían a mi padre, pero yo era demasiado joven para que él me llevara en los viajes a otras partes del mundo mortal. Cuando tuve once perdió toda nuestra fortuna en un envío a Bharat. Nos pasamos los siguientes ocho años en la pobreza, en una aldea muy atrasada, cerca del muro. Así que no puedo hablar del mundo mortal en su totalidad cuando digo que lo que vi ahí era… duro. Brutal. Aquí, las líneas de clase están mucho

más… borrosas, parece. Allá, todo lo define el dinero. O uno lo tiene y no lo comparte; o lo dejan morirse de hambre y luchar por la supervivencia como pueda. Mi padre…, bueno, recuperó la fortuna cuando yo vine a Prythian. —Se me encogió el corazón, después sentí el frío en el estómago—. Y los mismos que nos habían dejado morir de hambre sin preocupación, se convirtieron de nuevo en nuestros amigos. Yo prefiero enfrentarme a cualquier criatura de Prythian que a los monstruos del otro lado del muro. Sin magia, sin poder, ahora el dinero es lo único que importa.

Los labios de Tarquin estaban tensos, pero los ojos pensaban.

—¿Querríais salvarlos si llegara la guerra?

Una pregunta tan peligrosa, tan cargada. Yo no iba a decirle lo que hacíamos del otro lado del muro…, no hasta que Rhys nos dijera que había que hacerlo.

—Mis hermanas viven con mi padre en una propiedad. Por ellos, pelearía. Por los otros psicópatas y pavos reales…, no. No me molestaría que ese orden se destruyera por completo. —Por ejemplo, la familia del novio de Elain y todo su odio.

Tarquin dijo con mucha calma:

—Hay algunos en Prythian que piensan lo mismo de las cortes.

—¿Qué…? ¿Hay quienes quieren que no haya más altos lores?

—Tal vez. Pero sobre todo, quieren eliminar los privilegios inherentes de los altos fae, las diferencias entre ellos y los inmortales inferiores. Hasta los términos con que los llamamos implican injusticia en cierto sentido. Tal vez Prythian es más parecido al reino humano de lo que creéis, y los límites no son tan borrosos como parece. En algunas cosas, la más baja de las sirvientas alta fae tiene más derechos que el más rico de los inmortales inferiores.

De pronto, me di cuenta de que no éramos los únicos en esa barca, en esa mesa. Que nos rodeaban altos fae con un oído tan agudo como el de un animal.

—¿Y vos estáis de acuerdo con eso? ¿Creéis que eso debería cambiar?

—Soy un alto lord muy joven —dijo él—. Apenas si tengo ochenta años. —Así que tenía treinta cuando Amarantha llegó al poder—. Tal vez a otros les parezca poco experimentado y hasta tonto, pero vi esas crueldades en directo y conozco a muchos inmortales inferiores que sufrieron solamente por nacer del lado equivocado del poder. Entre mis propios residentes, los confines de la tradición me llevan a hacer cumplir las reglas de mis predecesores: los inmortales inferiores no deben hacerse ver ni oír. A mí, me gustaría un Prythian en el que ellos tuvieran voz, tanto en mi casa como en el mundo más allá.

Lo miré buscando manipulación, engaño. No encontré nada.

Robar…, yo iba a robarle *a él*. ¿Y si le pedía lo que queríamos? ¿Me lo daría o las tradiciones de sus antepasados estaban demasiado enraizadas, demasiado profundo para que él pudiera ignorarlas?

—Decidme qué significa esa mirada —dijo Tarquin y puso los brazos musculosos sobre el mantel dorado.

Dije con coraje:

—Estoy pensando que sería muy fácil amaros. Y más fácil todavía llamaros amigo.

Él me sonrió, una sonrisa ancha, sin restricciones.

—No tengo nada que objetar a eso.

Fácil…, muy fácil enamorarse de un macho amable, considerado.

Pero miré a Cresseida, que estaba casi sobre las rodillas de Rhysand. Y Rhysand sonreía como un gato, un dedo en movimientos circulares sobre la espalda de ella mientras ella se mordía el labio y lo miraba con ojos brillantes. Miré directamente a Tarquin, las cejas altas en una pregunta que no pronuncié.

Él hizo una cara y movió la cabeza.

Yo esperaba que fueran a la habitación de ella.

Porque si tenía que oír a Rhys en la cama con ella… No me permití terminar el pensamiento.

Tarquin musitó:

—Hace muchos años que no le veo esa mirada.

Se me calentaron las mejillas…, vergüenza. ¿Vergüenza por qué? ¿Porque en ese momento yo tenía ganas de estrangularla sin ninguna razón? Rhysand se burlaba de mí y me provocaba…, nunca, nunca me seducía con esas miradas largas, intensas, esas sonrisas leves que eran pura arrogancia ilyria.

Supuse que me habían dado ese don, el del amor, una vez…, y que yo lo había usado y había peleado por él y lo había roto. Y supuse que, a pesar de lo que había hecho, de todos sus sacrificios…, Rhysand se lo merecía tanto como Cresseida.

Aunque…, aunque por un momento, yo lo deseara.

Aunque quisiera volver a sentirme así.

Y… estuviera sola.

Había estado sola durante mucho, mucho tiempo, me di cuenta de pronto.

Rhys se inclinó para oír algo que estaba diciendo Cresseida; los labios de ella le rozaron el oído, una mano entrelazada con otra de él.

Y no fue ni la pena ni la desesperación ni el terror lo que me golpeó, sino… la infelicidad. Una infelicidad inmensa, aguda, que me obligó a ponerme de pie.

Los ojos de Rhys me siguieron como si acabara de recordar mi existencia; no había nada en esa cara; en el lazo, ninguna señal de que sentía nada parecido a lo que sentía yo. A mí no me importaba si mis escudos estaban bajos, mis pensamientos expuestos y él los leía como se lee un libro. A él tampoco parecía importarle. Volvió a reírse de lo que decía Cresseida, fuera lo que fuese, se le acercó más.

Tarquin se había levantado también, y me miraba a mí y también a Rhys.

Yo me sentía infeliz…, no quebrada, eso no. Pero sí infeliz.

Una emoción, pensé de pronto. Era una emoción… tanto mejor que el vacío sin fin o el terror por la supervivencia.

—Necesito aire fresco —dije aunque estábamos al aire libre. Pero con las luces doradas, la multitud alrededor de la mesa… necesitaba un lugar en esa barca en el

que pudiera estar sola, un momento; la misión no importaba.

—¿Queréis que os acompañe?

Miré al alto lord de Verano. No le había mentido. Hubiera sido fácil enamorarse de un macho como él. Pero yo no estaba totalmente segura de que, por mucho que hubiera sufrido en Bajo la Montaña, Tarquin fuera capaz de entender la oscuridad que seguramente me rodearía durante toda la vida. No solo por Amarantha sino también por años de hambre y desesperación.

Que tal vez yo siempre sería mala, inquieta. Que tal vez siempre querría paz pero nunca una jaula de comodidad.

—Estoy bien, gracias —dije y me alejé hacia la escalera elegante que llevaba a la popa del barco, muy iluminada pero más tranquila que las áreas centrales en la proa. Rhys ni siquiera miró en mi dirección. Mejor. ¿Quién lo necesitaba?

Estaba a mitad de camino en los escalones de madera cuando vi a Amren y Varian, los dos reclinados sobre pilares adyacentes, los dos con copas de vino en la mano; era evidente que los dos trataban de ignorarse. Pero no le hablaban a ninguna otra persona.

Tal vez esa era la otra razón por la que había venido ella: para distraer al perro guardián de Tarquin.

Llegué a la cubierta principal, busqué un lugar junto a la baranda de madera, un lugar un poco más hundido en sombras, y me acomodé ahí. La magia llevaba el barco adelante, no había remos ni velas. Así que nos movíamos a través de la bahía en silencio y con suavidad, sin una onda a la vista.

No me di cuenta de que lo había estado esperando hasta que la barca atracó en la base de la ciudad isla y entendí que había pasado la última hora a solas.

Cuando subí a tierra con el resto de la multitud, Amren, Varian y Tarquin me esperaban en los muelles, todos un poquito tensos.

Rhysand y Cresseida habían desaparecido.

Capítulo 34

Por suerte, no llegaban sonidos desde el dormitorio adyacente. Y esa noche no oí ninguno en ningún momento hasta que me desperté bruscamente de una pesadilla en la que me hacían girar sobre un pozo; no supe dónde estaba.

La luz de la luna bailaba sobre el mar más allá de la ventana abierta y había silencio, un silencio tan grande…

Un arma. Yo era un arma para buscar ese libro, para que el rey no destruyera el muro, para detener lo que hubiera planificado hacer con Jurian; para detener esa guerra capaz de destruir mi mundo. Una guerra que podía destruir ese lugar…, y al alto lord capaz de cambiar el curso de las cosas.

Durante un instante, sentí que extrañaba Velaris, las luces y la música y el Arcoíris. Extrañaba la tibieza de la casa de ciudad que se me abría y me daba la bienvenida cuando yo llegaba desde el invierno frío; extrañaba… lo que había sido formar parte de esa comunidad.

Tal vez envolverme en sus alas, escribirme notas, había sido la forma en que Rhys se había asegurado de su arma no se rompiera, de que se quebrara tanto que fuera imposible repararla.

Pero todo estaba bien…, sí, estaba bien. Él y yo no nos debíamos nada, nada excepto nuestras promesas de trabajar juntos, de luchar juntos.

Bueno, que fuera mi amigo, eso era posible. Mi compañero…, no había necesidad de definir lo que había entre nosotros. Que se llevara a alguien a la cama no cambiaba nada.

Pero el hecho de que, por un momento, él hubiera estado tal vez tan solo como yo había sido un alivio para mí.

No tuve el coraje de salir de mi habitación para el desayuno; no quería ver si había vuelto Rhys.

Con quién venía a comer.

No tenía nada que hacer hasta la visita del almuerzo con Tarquin, me dije mientras me acomodaba en la cama. Así que me quedé ahí; después, llegaron las sirvientas, se disculparon por molestarme y empezaron a retirarse hasta que yo las detuve, les dije que quería bañarme mientras ellas limpiaban la habitación. Fueron muy amables, aunque era evidente que estaban nerviosas, asintieron mientras yo hacía lo que había anunciado.

En el baño, me tomé mi tiempo. Desde el lugar donde estaba, detrás de la puerta trabada, dejé que viniera a mí el poder de Tarquin, levanté el agua en la bañera, hice formas de animales diminutos y criaturas inventadas.

Nunca me había atrevido a acercarme tanto a una transformación, un cambio de forma. Pensar en dar rasgos de animales a mi cuerpo empeoró las cosas; enseguida, me puse a temblar, me descompuse. Claro que podía ignorarlo, sí, podía ignorar el roce de las garras en la sangre…

Había pasado a fabricar mariposas de agua que volaban por toda la habitación cuando me di cuenta de que hacía tanto que estaba en el baño que se había enfriado el líquido.

Como la noche anterior, Nuala atravesó la pared desde donde quiera que estuviera en el palacio y me vistió; algo le dijo el momento exacto en que yo estuve lista para eso. Cerridwen, me dijo, había sacado el palito corto y tenía que servir a Amren. Yo no tuve el coraje de preguntarle por Rhys.

Nuala eligió ropa de un verde mar, acentuado por un oro un poco rosado; me enruló y arregló el cabello en una trenza gruesa, suelta, que brillaba con un adorno de perlas. Si Nuala sabía para qué habíamos venido, lo que yo estaba haciendo en esa corte, no me lo dijo. Pero se ocupó mucho tiempo de la cara: me puso brillo en los labios, un brillo color frambuesa, me empolvó las mejillas, me aplicó un rubor mínimo. Tal vez yo hubiera podido tener un aspecto inocente, encantador, pero mis ojos estaban entre azules y grises. Más vacíos que la noche anterior cuando me había mirado en el espejo con admiración.

Había visto bastante del palacio para llegar sola al lugar que me había indicado Tarquin antes de despedirse. El salón principal estaba en un nivel intermedio, un lugar perfecto para encontrarse, a mitad de camino entre los que vivían en las

habitaciones de las torres por encima y los que trabajaban más abajo, sin que nadie los viera ni los oyera.

En ese nivel había varias salas de consejo, salones de baile, comedores y otras habitaciones para los invitados, las fiestas, las reuniones, fueran cuales fuesen. El acceso a los niveles residenciales de los que yo acababa de salir estaba guardado por cuatro soldados en cada escalera, y todos me miraron atentamente cuando me detuve a esperar la llegada del alto lord, junto a un pilar recubierto de caracoles marinos. Me pregunté si él sentía que yo había estado jugando con su poder en la bañera, si sabía que el pedazo de él que me había cedido estaba ahí y que me respondía.

Cuando el reloj dio las doce, Tarquin salió de una de las habitaciones adyacentes, seguido por mis compañeros.

La mirada de Rhysand pasó por encima de mí, notó la ropa que me había puesto, obviamente en honor a mi anfitrión y su pueblo. Notó la forma en que esquivé su mirada, en que tampoco miré a Cresseida, en que puse los ojos solamente en Tarquin y en Amren, que venían con él, y les dediqué a ambos una sonrisa fofa, de labios cerrados —Varian había ido a hablar con los soldados de la escalera.

—Tenéis muy buen aspecto hoy —dijo Tarquin e inclinó la cabeza.

Nuala era una espía espectacular. La túnica color estaño de Tarquin estaba destacada por detalles en un tono de verde mar exactamente igual al de mi ropa. Podríamos haber sido una pareja que trata de combinar lo que se pone. Supuse que, con el pelo entre rubio y castaño y la piel pálida, yo era su opuesto en el espejo.

Sentí que Rhys seguía estudiándome.

Y lo dejé afuera. Tal vez enviaría un perro de agua a ladrarle más tarde…, y haría que el perro le mordiera el culo.

—Espero no estar interrumpiendo —le dije a Amren.

Ella encogió los hombros flacos, enfundados en gris laja.

—Tuvimos un debate bastante interesante sobre armadas y hablamos de quién debería estar a cargo en un frente unificado. ¿Sabías que antes de hacerse tan poderosos, Tarquin y Varian eran los líderes de la flota de Nostrus?

A varios metros de distancia, Varian se puso tenso pero no se dio vuelta.

Yo busqué la mirada de Tarquin.

—No me dijisteis que habíais sido marino. —Me costó bastante sonar intrigada, tranquila como si nada me estuviera molestando.

Tarquin se frotó el cuello.

—Pensaba decíroslo durante el paseo. —Me ofreció el brazo—. ¿Vamos?

Ni una palabra…, a Rhysand, yo no le había dicho ni una palabra. Y no pensaba empezar ahora; le tomé el brazo a Tarquin y dije sin dirigirme a nadie en particular:

—Hasta pronto.

Algo se frotó contra mi escudo mental, un rugido de algo oscuro…, poderoso.

Tal vez una advertencia para que tuviera cuidado.

Lo sentí muy parecido a esa emoción oscura, temblorosa que me había perseguido

antes, tanto que me acerqué un poquito más a Tarquin. Y le dediqué una sonrisa linda, vacía que no le había dedicado a nadie en mucho tiempo.

El roce de emoción se quedó callado del otro lado de los escudos.

Mejor.

Tarquin me llevó hasta una habitación llena de joyas y piedras preciosas, tan vasta que yo me quedé con la boca abierta durante todo un minuto. Minuto que utilicé para mirar con detenimiento los estantes, para rastrear cualquier señal de sentimientos…, cualquier cosa que se pareciera en algo al macho que yo tenía a mi lado, al poder que había conjurado en el baño.

—¿Y este es…, es solamente *uno* de los tesoros?

La habitación estaba cavada en la roca, bajo el castillo, detrás de una puerta muy pesada de plomo que se había abierto cuando Tarquin apoyó la mano en ella. Yo no me atreví a acercarme lo suficiente a la cerradura para ver si funcionaría conmigo…, la misma firma pero fingida.

Un zorro en el gallinero. Eso era yo.

Tarquin soltó una risita.

—Mis antepasados eran unos hijos de puta muy avaros.

Meneé la cabeza y me acerqué a los estantes construidos en la pared. Piedra sólida, no había forma de quebrarla, a menos que alguien consiguiera fabricar un túnel a través de la montaña. O se transportara al interior. Aunque seguramente había hechizos de guarda parecidos a los de la casa de ciudad y la Casa del Viento en Velaris.

Había cajas de las que sobresalían perlas y joyas y piedras preciosas sin cortar, oro en baúles, en pilas tan altas que se derrumbaban sobre el suelo de adoquines. Había armaduras adornadas contra una pared; vestidos tejidos en una tela de araña y luz de estrellas, doblados uno encima del otro. Había también espadas y dagas de todo tipo. Ningún libro. Ni uno.

—¿Conocéis la historia de cada una de estas piedras?

—Algunas historias, sí —dijo él—. No todas. No tuve tiempo para ponerme al día.

Bien…, tal vez ni siquiera sabía que había un Libro; y entonces, no se daría cuenta de la falta.

Giré sobre mí misma en un círculo.

—¿Y qué es lo más valioso en esta habitación?

—¿Estáis pensando en robarme?

Yo me ahogué de risa.

—¿No os parece que hacer esa pregunta me convertiría en una ladrona muy pero muy mala?

Desgraciada, mentirosa, falsa, en eso me convertía la pregunta.

Tarquin me estudió.

—Yo diría que estoy mirando lo más valioso que hay en esta habitación.

Yo no fingí el rubor que me subió a las mejillas.

—Sois…, sois muy amable.

Tarquin tenía una sonrisa suave. Como si su posición todavía no hubiera quebrado la compasión que era capaz de sentir. Yo deseaba que no quebrase nunca.

—En realidad, no sé qué es lo más valioso. Todos son invalorables recuerdos de familia.

Caminé hacia un estante, buscando. Un collar de rubíes sobre un almohadón de terciopelo; cada rubí, del tamaño del huevo de un petirrojo. Para dominar esas gemas, haría falta una hembra tremenda.

En otro estante, un collar de perlas. Más allá, zafiros.

En otro…, un collar de diamantes negros.

Cada una de las piedras oscuras era un misterio y una respuesta. Todas dormían.

Tarquin llegó desde atrás y espió por encima de mi hombro para ver lo que me había llamado la atención. La mirada se le desvió hacia mis ojos.

—Lleváoslo.

—¿Qué? —Giré en redondo hacia él.

Él se frotó la nuca.

—Como agradecimiento. Por Bajo la Montaña.

Pídeselo ahora…, pídele el Libro.

Pero eso hubiera requerido confianza y… aunque él estaba lleno de amabilidad, era un alto lord.

Sacó la caja del lugar en que descansaba y cerró la tapa antes de entregármela.

—Vos sois la primera que no se ríe de mi idea, de mi deseo de romper las barreras de clase. Hasta Cresseida se burló cuando se lo dije. Si no queréis aceptar el collar por salvarnos, lleváoslo por eso.

—Es una buena idea, Tarquin. Que yo la aprecie no significa que tengáis que recompensarme.

Él meneó la cabeza.

—Lleváoslo.

Me di cuenta de que él iba a ofenderse si yo lo rechazaba así que cerré las manos sobre la caja.

—Os va a quedar muy bien en la Corte Noche —dijo él.

—Tal vez me quede aquí y os ayude a organizar una revolución.

La boca de él se torció hacia un costado.

—Necesito todos los aliados que pueda conseguir.

¿Era por eso que me había traído? ¿Por eso me había hecho ese regalo? Yo no me había dado cuenta de la soledad que nos rodeaba, no había pensado que estaba bajo tierra, en un lugar que podía sellarse con facilidad…

—No tenéis nada que temer de mí —dijo él y yo me pregunté si el perfume de mi

miedo era tan fácil de leer—. Pero lo digo en serio…, tenéis…, tenéis cierta influencia con Rhys. Y él es notoriamente difícil de manejar. Él siempre consigue lo que quiere, hace planes que no le dice a nadie hasta que ya los llevó a cabo, y no pide disculpas. Sed su emisaria entre los humanos…, pero sed también la nuestra. Ya visteis mi ciudad. Tengo otras tres parecidas. Amarantha las destrozó apenas llegó al poder. Ahora, lo único que quiere el pueblo es paz y seguridad y no tener que mirar siempre por encima del hombro. Hubo otros altos lores que me hablaron de Rhys…, me advirtieron contra él. Pero en Bajo la Montaña, él me perdonó la vida. Brutius era mi primo y estábamos reuniendo fuerzas en todas las ciudades para atacar Bajo la Montaña. Lo atraparon en los túneles. Rhys lo vio en la mente de Brutius… sé que lo hizo. Y le mintió en la cara a Amarantha y la desafió cuando ella le dio la orden de convertirlo en un muerto en vida. Tal vez lo hizo por sus propios planes pero fue un acto piadoso, yo lo sé. Él sabe que yo soy joven y que tengo poca experiencia y me dejó con vida. —Tarquin meneó la cabeza, sobre todo para sí mismo—. A veces, pienso que Rhysand…, creo que tal vez él fue la puta de Amarantha para salvarnos de que ella pusiera toda su atención en nosotros.

Yo no quería decir lo que sabía. Pero sospechaba que él lo veía en mis ojos…, la pena cuando oí esas palabras.

—Sé que se supone que yo os mire —dijo Tarquin— y crea que él os ha convertido en su mascota, en un monstruo. Pero yo veo la dulzura en vos. Y creo que eso dice mucho de él, más que ninguna otra cosa. Creo que eso demuestra que vos y él tal vez tengáis secretos pero…

—Basta —estallé—. Basta, por favor. Sabéis que yo no puedo deciros nada. Y que no puedo prometeros nada. Rhysand es un alto lord. Yo sirvo en su corte, solamente eso.

Tarquin miró hacia el suelo.

—Disculpadme…, disculpadme si fui muy directo. Para desdicha de mis asesores, todavía no termino de aprender los juegos de estas cortes…

—Espero que nunca aprendáis los juegos cortesanos.

Tarquin me sostuvo la mirada, la cara preocupada y un poquito pálida.

—Entonces permitidme haceros una pregunta directa. ¿Es verdad que dejaisteis a Tamlin porque os encerró en su casa?

Traté de bloquear el recuerdo, el terror y la agonía que me ardían en el corazón partido. Pero asentí.

—¿Y es verdad que la Corte Noche os salvó de ese confinamiento?

Volví a asentir.

—La Corte Primavera es mi vecina hacia el sur —dijo Tarquin—. Tengo lazos tenues con ellos. Pero a menos que me pregunten, no voy a decirles que estuvisteis aquí.

Ladrona, mentirosa, manipuladora. Yo no merecía esta alianza.

Bajé la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—¿Algún otro tesoro que querráis mostrarme?

—¿El oro y las joyas no os impresionan lo suficiente?

Toqué la caja con el dedo.

—Ah, ya tengo lo que quería. Ahora me pregunto cuánto vale una alianza con vos.

Tarquin rio; el sonido rebotó en las paredes de piedra y en la riqueza que nos rodeaba.

—De todos modos, no tenía ganas de ir a las reuniones esta tarde.

—Sois un alto lord salvaje, irresponsable…

Tarquin volvió a darme el brazo, me lo palmeó mientras me llevaba hacia la puerta.

—Yo también creo que sería muy fácil amaros, Feyre. Y más fácil todavía ser vuestro amigo.

Me obligué a fijar los ojos muy lejos, un gesto de timidez, mientras él sellaba la puerta detrás, la palma chata contra el espacio que quedaba justo por encima de la manija. Oí el sonido metálico de la cerradura que se cerraba.

Tarquin me llevó a otra habitación por debajo del castillo, otro lugar llena de joyas, armas y ropas de tiempos pasados. Me mostró otra, llena de libros, y a mí me saltó el corazón en el pecho pero no, ahí no había nada. Nada excepto cuero y polvo y quietud. Ningún rastro de poder que se pareciera al macho que me acompañaba, ninguna señal del Libro que necesitábamos.

Finalmente, me llevó a otra habitación, llena de estantes y grúas cubiertas por sábanas. Miré el arte más allá de la puerta abierta y dije:

—Creo que ya vi suficiente por hoy.

Él no me hizo preguntas, volvió a sellar la habitación y me escoltó de vuelta a los niveles superiores, llenos de sol, llenos de ruido.

Tenía que haber otros lugares. Un lugar donde guardaran el Libro. A menos que lo hubieran llevado a otra ciudad.

Yo tenía que encontrar ese Libro. Pronto. El tiempo que podían alargar Rhys y Amren tenía un límite…, había un límite para los debates políticos…, en algún momento tendríamos que irnos a casa. Recé por encontrarlo con rapidez…, y por no odiarme más de lo que ya me odiaba.

Rhysand estaba tirado en mi cama como si él fuera el dueño.

Observé sus manos cruzadas detrás de la cabeza, las largas piernas más allá del borde del colchón y apreté los dientes.

—¿Qué quieres? —Cerré la puerta con una fuerza que enfatizó la amargura de mis palabras.

—¿Entiendo entonces que reírte y flirtear con Tarquin no te sirvió?

Tiré la caja sobre la cama, junto a él.

—Tú, dímelo.

La sonrisa le falló un instante mientras se sentaba y abría la tapa.

—Esto no es el Libro.

—No pero es un hermoso regalo.

—Si quieres que te compre joyas, Feyre, no tienes más que decírmelo. No sé si sabías que tu guardarropa se compró *todo* para ti.

Yo no me había dado cuenta de eso pero dije:

—Tarquin es un buen macho…, un buen alto lord. Deberías *pedirle* que te diera ese maldito Libro.

Rhys cerró la tapa de la caja de un golpe.

—¿Así que te llena de joyas y te vuelca miel en el oído y ahora te sientes mal?

—Quiere aliarse a ti…, lo quiere desesperadamente. Quiere confiar en ti, abrirte la Corte Verano.

—Bueno, Cresseida está bajo la impresión de que su primo es bastante ambicioso…, así que ten cuidado y lee entre líneas.

—¿Ah sí? ¿Te lo dijo antes, durante o después de que la llevaras a la cama?

Rhys se puso de pie en un único movimiento lento, lleno de gracia.

—¿Es por eso que no me mirabas? ¿Porque piensas que tuve sexo con ella, para sacarle información?

—Información o placer…, me da lo mismo.

Él dio la vuelta a la cama y yo no me moví ni siquiera cuando él se quedó de pie a menos de dos centímetros.

—¿Estás celosa?

A Rhysand le brillaron los dientes.

—¿Crees que me gusta tener que flirtear con una hembra solitaria para sacarle información sobre su corte, sobre su alto lord? ¿Crees que hacerlo me hace sentir bien conmigo mismo? ¿Crees que disfruto haciéndolo para que tú tengas lugar para seducir a Tarquin con tus sonrisas y tus lindos ojos, y así consigamos el Libro e irnos a casa?

—Parecías muy a gusto anoche.

La respuesta fue suave… y feroz.

—No me la llevé a la cama. Ella quería pero yo ni siquiera la besé. La llevé a tomar una copa a la ciudad, la dejé hablar de su vida, las presiones que sufre, y la dejé de vuelta en su habitación; no pasé de la puerta. Te esperé para el desayuno pero tú seguiste durmiendo. O me evitaste, no sé. Y traté de que me miraras esta tarde pero tú lo hiciste tan bien que me dejaste completamente afuera.

—¿Eso es lo que te enojó tanto? ¿Que te dejara afuera o que Tarquin me entrara en el alma con tanta facilidad?

—Lo que me enojó —dijo él, el aliento desparejo— fue que le *sonreíste*.

El resto del mundo desapareció cuando conseguí entender esas palabras.

—Estás celoso.

Él movió la cabeza, fue hasta la mesa apoyada contra la pared más lejana y se sirvió un vaso de líquido color ámbar. Puso las manos en la mesa y los músculos poderosos de esa espalda temblaron bajo las alas que empezaban a formarse.

—Oí lo que le dijiste —dijo—. Que creías que sería fácil enamorarse de él. Y lo decías en serio…

—¿Y? —fue lo único que se me ocurrió contestar.

—Estoy celoso, eso… Porque yo no soy…, no soy ese tipo de persona. Para nadie. La Corte Verano siempre fue neutral; solamente mostraron algo de espíritu en los años de Bajo la Montaña. Yo le salvé la vida a Tarquin porque había oído que quería emparejar el campo entre los altos fae y los inmortales inferiores. Eso es algo que yo traté de hacer durante años. No lo conseguí pero… Lo salvé por eso solamente. Y Tarquin, con su corte neutral…, él nunca va a tener que preocuparse porque alguien que quiere se vaya por la amenaza contra su vida, contra las vidas de sus hijos… Así que sí, estaba celoso de él…, porque para él, siempre va a ser fácil. Y él nunca va a saber lo que es mirar al cielo de noche y pensar «ojalá…, ojalá…».

La Corte de los Sueños.

El pueblo que sabía que había un precio, un precio que valía la pena pagar, por ese sueño. Los guerreros que habían nacido bastardos, los mestizos ilyrios, el monstruo atrapado en un cuerpo hermoso, el soñador nacido en una corte de pesadillas… Y la cazadora con alma de artista.

Y tal vez porque eso era lo más vulnerable que él me hubiera dicho nunca, tal vez por el ardor que yo tenía en los ojos, no sé, pero caminé hasta él en esa barra. No lo miré, tomé la jarra de líquido ámbar y me serví un dedo, después volví a llenar el de él.

Pero lo miré a los ojos cuando hice sonar el vaso contra el suyo y el cristal sonó con brillo sobre el ruido furioso del mar que venía de abajo.

—Por los que miran las estrellas y piensan «ojalá…, ojalá», Rhys —dije.

Él levantó el vaso, la mirada tan penetrante que me pregunté por qué me habría molestado en sonrojarme para Tarquin.

Él hizo sonar su vaso contra el mío.

—Por las estrellas que escuchan… y los sueños que se hacen realidad.

Capítulo 35

Pasaron dos días. Y cada instante fue un acto de equilibrio entre verdades y mentiras. Rhys se ocupaba de que no me invitaran a las reuniones que sostenían él y Amren para distraer a mi amable anfitrión; así me daba tiempo para caminar la ciudad buscando algún rastro del Libro.

Pero no con demasiado deseo; no con demasiada intensidad. Yo no debía parecer demasiado curiosa mientras caminaba por las calles y los muelles, no debía hacer demasiadas preguntas a los que se cruzaban conmigo, no debía seguir preguntando por los tesoros y las leyendas de Adriata. Aunque me despertaba al alba, me obligaba a esperar una hora razonable para salir a la ciudad, me obligaba a tomar un baño largo para practicar en secreto la magia del agua. Y aunque después de una hora me aburría de dibujar animales líquidos, ahora todo eso me salía con facilidad. Tal vez por mi proximidad con Tarquin, tal vez porque de todos modos, ya tenía la afinidad con el agua dentro de la sangre, dentro del alma…, aunque no me sentía autorizada para preguntarlo.

Cuando finalmente servían el desayuno y lo terminábamos, me aseguraba de parecer un poquito aburrida y perdida y después, salía por los pasillos brillantes camino a la ciudad que se despertaba.

Casi nadie me reconoció cuando examiné los locales comerciales, las casas y los

puentes buscando el rastro de un hechizo que se sintiera parecido a Tarquin. Dudaba de que nadie tuviera razones para reconocerme. Los que habían vivido encerrados en Bajo la Montaña eran los altos fae, la nobleza. Los que vivían en Adriata había estado en la ciudad…, los habían atormentado aquí mismo.

Y todos los que vi —altos fae e inmortales inferiores con escamas y branquias y dedos largos, unidos por membranas—, todos parecían estar curándose lentamente. Había cicatrices y faltaban miembros en más de los que yo conseguía contar. Pero en los ojos…, en los ojos había luz.

Yo los había salvado a ellos también.

Los había liberado de los horrores de esas cinco décadas.

Había hecho algo terrible para salvarlos…, sí, pero los había salvado.

Y nunca conseguiría expiar lo que había hecho pero…, aunque no encontré ningún rastro del Libro, la tercera noche, cuando volví al palacio sobre la colina, ya no me sentía tan mal. Iba a esperar el informe de Rhysand sobre las reuniones de ese día…, quería saber si él había descubierto algo.

Cuando subí los escalones que llevaban al palacio, maldiciéndome por estar tan fuera de forma a pesar de las lecciones de Cassian, descubrí a Amren en el borde del balcón de una torre, limpiándose las uñas.

Varian estaba reclinado en el umbral de otro balcón en otra torre y estaban tan cerca que era posible saltar de una a otro. Yo me pregunté si él no estaría calculando hasta qué punto podría llegar hasta ella y empujarla al vacío.

Un gato que juega con un perro…, eso era. Amren se lavaba en silencio y lo desafiaba a acercarse. Dudé de que a Varian le gustaran las garras de esa criatura antigua.

A menos que fuera por eso que la seguía día y noche.

Meneé la cabeza y seguí subiendo los escalones mientras miraba cómo se retiraba la marea.

Se veía el reflejo del cielo manchado de sol sobre el agua y los restos de la marea. En el aire susurraba una diminuta brisa nocturna y yo me recliné en ella, dejando que me refrescara el sudor. En un tiempo, el final del verano me había dado terror, yo había rezado para que el buen clima siguiera todo lo posible. Ahora, en cambio, la idea de un calor y un sol infinitos me hacía sentir… aburrimiento. Me inquietaba.

Estaba por volver a las escaleras cuando vi el pedacito de tierra que la marea había despejado hacía un momento. El diminuto edificio.

Con razón no lo había visto: nunca me había levantado tan temprano, nunca había visto la marea baja. Durante el resto del día ese lugar habría estado completamente fuera de la vista entre las algas y los restos traídos por el mar.

Ahora que lo veía, ya estaba medio sumergido. Pero yo no podía sacar los ojos de ese punto.

El pedacito de una casa, húmedo y miserable…, lo miré como si lo único que tuviera que hacer fuera correr por el sendero embarrado entre la parte más tranquila

de la ciudad y la tierra firme…, rápido, rápido, rápido para llegar antes de que todo eso volviera a desvanecerse entre las olas.

Pero el lugar era demasiado visible y desde tan lejos, yo no sabía con seguridad si ese era el lugar donde descansaba el Libro.

Para que los riesgos de la búsqueda valieran la pena, tendríamos que estar seguros. Absolutamente seguros.

Y a mí no me gustaba nada lo que estaba pensando, pero me di cuenta de que tenía un plan para eso.

Cenamos con Tarquin, Cresseida y Varian en el comedor familiar, una señal segura de que, ambicioso o no, el alto lord quería la alianza.

Varian estudiaba a Amren como si estuviera tratando de resolver una adivinanza propuesta por ella pero ella no le prestaba ninguna atención; debatía con Cresseida sobre traducciones antiguas de un texto también antiguo. Yo había estado llevando el tema de conversación hacia la pregunta que quería hacer; había estado contándole a Tarquin lo que había visto ese día en la ciudad…, le hablaba de los pescados frescos que había comprado para mí en los muelles.

—Los comisteis ahí mismo… —dijo Tarquin, y levantó las cejas.

Rhys tenía la cabeza apoyada en un puño mientras me escuchaba decir:

—Los hirvieron con los pescados de los otros pescadores. No me cobraron extra por eso.

Tarquin dejó escapar una risa impresionada.

—No puedo decir que yo haya hecho eso alguna vez…, a pesar de que fui marinero.

—Deberíais —dije y lo sentía—. Fue delicioso.

Yo tenía puesto el collar que él me había dado y junto a Nuala habíamos elegido la ropa pensando en ese collar. Nos decidimos por el gris —un tono suave, de paloma torcaza— que servía para destacar el negro brillante. No me había puesto nada más…, ni aros ni pulsera ni anillos. Tarquin parecía contento aunque Varian se había ahogado cuando me vio con un collar de la Corte Verano. Cresseida me había dicho que me quedaba bien y que de todos modos, no servía para esa corte, lo cual era sorprendente. Un cumplido raro pero cumplido al fin.

—Bueno, tal vez vaya mañana con vos si queréis —dijo Tarquin.

Yo le sonreí…, consciente de todas las sonrisas que le ofrecía desde que Rhys había mencionado sus celos. Además de intercambiar informes breves, nocturnos sobre el Libro, no habíamos vuelto a hablar desde la noche en que le llené el vaso porque los días estaban muy llenos de todo, no por incomodidad.

—Eso me gustaría —dije—. Tal vez podríamos ir a caminar mañana por el sendero ese que se ve cuando baja la marea. Está ese edificio bajito…, parece fascinante.

Cresseida dejó de hablar pero tomé un traguito de vino y seguí adelante:

—Supongo que ahora que vi la mayor parte de la ciudad, podría visitar también algo de tierra firme.

La mirada que Tarquin le dirigió a Cresseida fue la confirmación que yo necesitaba.

El edificio de piedra guardaba lo que buscábamos.

—Son las ruinas de un templo —dijo Tarquin con voz tranquila, la mentira suave como la seda—, barro y algas… Hace años que pensamos en arreglarlo.

—Vayamos por el puente, entonces. No quiero barro. Ya tuve bastante.

Recuerda que te salvé, que peleé contra el Gusano Middengard…, olvida la amenaza…

La mirada de Tarquin sostuvo la mía…, la sostuvo un instante de más.

En el transcurso de un parpadeo, no más, arrojé contra él mi poder silencioso, escondido, la lanza dirigida a esa mente, a esos ojos preocupados.

Había un escudo ahí, un escudo de vidrio marino, coral y mar ondulante.

Me convertí en ese mar, me convertí en el susurro de las olas contra la piedra, en el brillo de la luz del sol sobre las alas blancas de una gaviota. Me transformé en él, me transformé en ese escudo mental.

Y entonces, lo atravesé, y un hilo claro, oscuro, me mostró el camino de vuelta, si es que lo necesitaba. Dejé que me guiara el instinto de Rhys, no sus dudas. Hacia lo que yo necesitaba ver.

Los pensamientos de Tarquin me golpearon como piedritas. ¿Por qué pregunta por el templo? De todas las cosas de la ciudad…, *¿por qué saca a colación justamente eso…?* Alrededor de mí, todos seguían comiendo. *Yo* seguía comiendo. Y, en un cuerpo distinto, en un mundo distinto, obligué a mi cara a sonreír con tranquilidad.

¿Por qué querían venir con tanta insistencia? ¿Por qué me preguntaron por el tesoro?

Como olas que llegan una tras otra, envié mis pensamientos hacia él.

Ella es inofensiva. Es buena, está triste y está quebrada. La viste con los tuyos…, viste cómo los trataba. Ves la forma en que te trata a ti. Amarantha no quebró esa dulzura.

Le volqué mis pensamientos, llenándolos de sal y de gritos de golondrinas de mar…, envolviéndolos en el perfume que *era* Tarquin, la esencia que él me había dado.

Llévala a tierra firme mañana. Eso le va a impedir preguntar por el templo. Ella salvó a Prythian. Ella es tu amiga.

Mis pensamientos se afirmaron en él como piedras que caen en un charco. Y cuando la preocupación se desvaneció completamente en esos ojos, entendí que había terminado mi trabajo.

Me retiré despacio, despacio, deslizándome a través de esa pared de océano y

perlas, corriéndome como la marea hasta que el cuerpo que ahora era mío volvió a ser una jaula a mi alrededor.

Tarquin sonrió.

—Nos vemos después del desayuno. A menos que Rhysand me quiera para otra reunión.

Ni Cresseida ni Varian lo miraron. ¿Tal vez él se había encargado de las sospechas de ellos?

El relámpago me atravesó la sangre…, y cuando entendí lo que había hecho, se me enfrió la sangre.

Rhys hizo un gesto haragán con la mano.

—Claro, claro, pasad el día con mi dama, Tarquin.

Mi dama. Ignoré esas dos palabras. Pero cerré los ojos maravillándome frente a lo que había logrado, el horror lerdo que sentía frente a la invisible violación de la que Tarquin no se enteraría nunca.

Me incliné hacia delante y puse los brazos desnudos sobre la mesa de madera.

—Dime qué hay para ver en tierra firme —le dije a Tarquin y lo llevé lejos, muy lejos del tema del templo al final del camino que se cruzaba solamente con la marea baja.

Rhys y Amren esperaron hasta que las luces de la casa se extinguieron antes de venir a mi habitación.

Me había quedado sentada en la cama, contando los minutos, haciendo planes. Ninguna de las habitaciones de huéspedes daban a ese camino…, como si los dueños del castillo no quisieran que nadie lo notara.

Rhys llegó primero, y se reclinó contra la puerta.

—Qué rápido aprendes. A los daemati les lleva siglos dominar ese método para infiltrarse en una mente.

Se me clavaron las uñas en la palma.

—Entonces viste…, viste lo que hice… —Decir las palabras hacía que todo fuera demasiado…, demasiado real.

Un movimiento de cabeza.

—Un trabajo de experta…, el uso de ese perfume que es el de él… para engañar a los escudos, para atravesarlos… Una dama muy inteligente…

—Nunca va a perdonarme —jadeé.

—Nunca lo va a saber. —Rhys inclinó la cabeza a un costado, el pelo negro, sedoso sobre la frente—. Te acostumbras a eso, te lo aseguro. A la sensación de que estás cruzando un límite, de que los estás violando. Por lo que vale, no me gustó mucho convencer a Varian y a Cresseida de que se interesaran en otras cosas.

Dejé caer la vista al mármol del suelo.

—Si no te hubieras encargado de Tarquin —siguió diciendo él—, seguramente

ahora estaríamos nadando en mierda.

—Fue mi culpa de todos modos…, yo fui la que preguntó por el templo. Pero estaba tratando de limpiar mi propia mierda. —Moví la cabeza—. No me parece correcto.

—Nunca parece correcto. Y está bien que no lo parezca. Demasiados daemati pierden esa sensación. Pero hoy, esta noche…, los beneficios fueron muchos más que los costos.

—¿Eso es lo que te decías cuando entrabas en mi mente? ¿Cuál fue el beneficio entonces?

Rhys empujó la puerta y cruzó el espacio hasta la cama, donde yo estaba sentada.

—Hay partes de tu mente que nunca toqué, cosas que te pertenecen solamente a ti; siempre va a ser así. Y en cuanto al resto… —Apretó la mandíbula—. Durante mucho tiempo me asustaste muchísimo, Feyre. Cuando estabas así…, y yo no podía entrar en la Corte Primavera y preguntar cómo estabas. —Pasos leves en el pasillo… Amren. Rhys me sostuvo la mirada mientras decía—: Otro día te explico el resto.

Se abrió la puerta.

—Parece un lugar muy estúpido para esconder un libro —dijo Amren en lugar de saludar mientras entraba y se dejaba caer sobre la cama.

—Ese es el último lugar en el que pensaría un ladrón —dijo Rhys alejándose de mí para sentarse en el banquito de la cómoda frente a la ventana—. Seguramente lo protegen de la humedad y el tiempo con hechizos. Un lugar que se ve solamente durante unos breves momentos, cuando todos están mirando la tierra firme. No se puede pedir un lugar mejor. Y vamos a tener los ojos de todos sobre nosotros.

—¿Cómo vamos a entrar? —dije.

—Seguramente tiene protección contra los que se transportan con magia —dijo Rhys y se puso los brazos sobre las rodillas—. No voy a arriesgarme a hacer sonar ninguna alarma intentándolo. Así que vamos de noche, a la manera antigua. Las llevo a los dos, después hago guardia.

—Qué galante —dijo Amren—, haces lo más fácil, después nos dejas, dos hembras indefensas, y somos nosotras las que buscamos en el barro y las algas.

—Alguien tiene que estar haciendo círculos lo suficientemente alto como para ver si hay guardias en los alrededores… o si suena la alarma. Y tratando de esconderlas de la vista de los demás.

Amren:

—¿Cuándo hacemos ese movimiento?

—Mañana de noche —dije—. Hoy anotamos las rotaciones de los guardias en la marea baja…, vemos dónde están los que vigilan. Decidimos a quién tenemos que anular tal vez antes de hacer nada.

—Piensas como una ilyria —murmuró Rhys.

—Creo que eso es un cumplido —me confió Amren.

Rhys resopló y las sombras se reunieron a su alrededor.

—Nuala y Cerridwen están listas para moverse dentro del castillo. Yo me voy al cielo. Ustedes dos hagan una caminata de medianoche…, hace calor…, buena excusa. —Después desapareció con un ruido leve de alas invisibles y una brisa cálida, oscura.

Los labios de Amren estaban rojos bajo la luz de la luna. Yo sabía quién tendría el encargo de acabar con todos los ojos que pudieran espiarnos… y de paso, se haría de una buena comida. Se me secó un poquito la boca.

—¿Vamos a dar una vuelta?

Capítulo 36

El día siguiente fue una tortura. Una tortura lenta, interminable, tan caliente como el infierno.

Fingir interés en lo que me mostraba el alto lord en la tierra firme mientras caminaba con él, conocía a los suyos, sonreía, me ponía más y más dura a medida que el sol hacía su curva en el cielo, después empezaba a inclinarse hacia el mar. Mentirosa, ladrona, engañadora…, eso era lo que me llamarían muy pronto.

Yo esperaba que alguna vez supieran, que Tarquin supiera alguna vez, que también lo habíamos hecho por ellos.

Arrogancia suprema, tal vez, pero… era verdad. Dada la forma en que se habían mirado Tarquin y Cresseida, y la forma en que me habían llevado lejos del templo…, yo apostaba lo que fuera a que no me habrían entregado el libro por las buenas. Por alguna razón, fuera la que fuese, lo querían para ellos.

Tal vez ese nuevo mundo de Tarquin solamente podía construirse sobre la confianza… Pero él no iba a tener oportunidad de construirlo si Prythian terminaba arrasado por los ejércitos del rey de Hybern.

Eso fue lo que me dije una y otra vez mientras caminábamos por la ciudad, y yo toleraba los saludos de muchos. Tal vez no tan alegres como los de Velaris pero…, con una tibieza tentativa y ganada con mucho esfuerzo. Todos ellos habían tolerado

lo peor y ahora trataban de seguir adelante.

Como yo, que también tenía que moverme y dejar atrás mi propia oscuridad.

Cuando por fin el sol se hundió en el horizonte, le confesé a Tarquin que estaba cansada y hambrienta y…, como él era amable y siempre trataba de dar el gusto a sus invitados, me llevó de vuelta al palacio y me compró un pescado horneado en el camino. Se había comido uno en los muelles esa tarde.

La cena fue peor.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, ya no estaríamos ahí pero eso él no lo sabía. Esa tarde, Rhys había mencionado el regreso a la Corte Noche para que no fuera tan sospechosa una partida temprana. Dejaría una nota que hablara de asuntos urgentes, agradecería a Tarquin su hospitalidad y después nos transportaríamos a casa, a Velaris… Si todo salía según el plan…

Ya sabíamos dónde estaban los guardias, cómo hacían las rotaciones y dónde tenían los puestos de tierra firme.

Y cuando Tarquin me besó en la mejilla y me dio las buenas noches, diciendo que esperaba que la tarde no hubiera sido muy larga y que tal vez él vendría a vernos a la Corte Noche muy pronto…, yo casi caí de rodillas para pedirle perdón.

La mano de Rhysand sobre mi espalda fue una advertencia sólida para que me mantuviera tranquila… aunque en la cara del alto lord no había más que diversión indiferente.

Me fui a mi habitación. Y ahí estaba, lista para la pelea, la ropa de cuero ilyrio. Y el cinturón de cuchillos ilyrios.

Así que volví a vestirme para la batalla.

Rhys nos llevó volando hacia el mar, hacia la marea baja, y nos dejó antes de subir al cielo, donde se puso a girar en círculos vigilando a los guardias en la isla y la tierra firme mientras nosotras dos salíamos de caza.

El barro tenía mal olor, burbujeaba y hacía ruido con cada paso que dimos desde el camino estrecho hacia la diminuta ruina del templo. Había percebes, algas y lapas aferrados a las rocas color gris oscuro y con cada avance hacia la única cámara interna, la *cosa* dentro de mí decía ¿dónde estás?, ¿dónde estás?, ¿dónde estás?

Rhys y Amren habían controlado la presencia de guardias alrededor del lugar; no encontraron ninguno. Como el camino estaba abierto, libre a la vista, no nos atrevimos a encender una luz, pero con las grietas en la piedra del techo, la luz de la luna proveía iluminación suficiente.

Hasta las rodillas en el barro, el agua sobre las piedras, Amren y yo miramos la cámara, de apenas un poco más de diez metros de ancho.

—Lo siento —jadeé—. Es como una mano con garras que me corre por la columna. —Me hormigueaba la piel, se me había tensado el vello bajo el cuero tibio —. Está…, está durmiendo.

—Con razón lo escondieron debajo de piedra y barro y mar —musitó Amren, y el barro hizo un ruido líquido cuando ella giró sobre sí misma en el lugar.

Temblé; de pronto, los cuchillos ilyrios me parecieron tan útiles como un escarbadientes; volví a mirar.

—No siento nada en las paredes. Pero está aquí.

En realidad, las dos miramos abajo al mismo tiempo y nos encogimos.

—Deberíamos haber traído una pala —dijo ella.

—No hay tiempo para ir a buscar una. —La marea estaba completamente baja. Cada minuto contaba. No solo porque el agua estaba por volver sino porque no faltaba tanto para la salida del sol.

Cada paso era un esfuerzo contra las infinitas manos del barro. Yo me concentré en el llamado, en el sentimiento. Me detuve en el centro de la habitación…, el centro muerto. *Aquí, aquí, aquí,* suspiraba la cosa.

Me incliné hacia el suelo temblando mientras me miraba el barro congelado, los pedacitos de conchillas y la basura sobre las manos desnudas. Empecé a cavar.

—Rápido.

Amren siseó pero se inclinó a clavar las garras en el barro denso, pesado. Me tocaron cangrejos y cosas que se movían; los sentí entre los dedos. Me negué a pensar en ellos.

Y así cavamos y cavamos hasta que quedamos cubiertas en barro salobre que nos quemaba las heridas; hasta que llegamos a un suelo de piedra. Y una puerta de plomo.

Amren soltó un insulto.

—Plomo para conservarle la fuerza, para preservarlo. Se usa para forrar los sarcófagos de los grandes regentes porque ellos creen que tal vez despierten un día.

—Si alguien no detiene al rey de Hybern con lo del Caldero…, tal vez tengan razón.

Amren tembló y señaló:

—La puerta está sellada.

Me pasé la mano por el cuello, la única parte del cuerpo que estaba limpia, y usé la otra para sacarme el último pedacito de barro de la puerta redonda. En cada roce contra el plomo, me recorría un dolor frío. Pero ahí estaba: un rulo tallado en el medio de la puerta…

—Esto está aquí hace mucho, mucho tiempo —murmuré.

Amren asintió.

—No me sorprendería si, a pesar de la marca del poder del alto lord, Tarquin y sus predecesores nunca hubieran puesto un pie aquí adentro… O si el hechizo de sangre que guarda este lugar se les transmitiera automáticamente apenas toman el poder.

—¿Por qué desear el Libro, entonces?

—¿No querrías esconder y guardar bajo llave un objeto que posee un poder terrible? ¿Para que nadie lo use para el mal…, o para su propio beneficio? O tal vez

lo guardaron para tenerlo como palanca si alguna vez les era necesario. No tengo la menor idea de por qué eligieron esta corte entre todas para entregarle la mitad del Libro…

Moví la cabeza y puse la palma de la mano sobre el rulo en el plomo.

Me sacudió una punzada, como el rayo, gruñí…

Al tocarla, se me congelaron los dedos como si el poder me sacara la esencia, la bebiera como bebía Amren, y sentí que la cosa dudaba, se preguntaba…

Soy Tarquin. Soy verano; soy calor; soy mar y cielo y campos florecidos.

Me convertí en cada sonrisa que él me había dedicado, me convertí en el azul cristalino de esos ojos, el castaño de esa piel. Sentí que me cambiaba la piel, dejé que los huesos se me estiraran. Hasta que fui él, y fueron manos de macho las que empujaron la puerta. Hasta que mi esencia se convirtió en lo que yo había probado ya cuando atravesé ese escudo interno, mental: mar, sol y sal. No me di ni un segundo para pensar en el poder que estaba usando. No permití que me atravesara la piel el brillo de ninguna parte de mí que *no* fuera Tarquin.

Soy tu amo y vas a dejarme pasar.

La cerradura tiró de mí con más y más fuerza; yo ya casi no conseguía respirar…

Después, un clic y un crujido.

Volví a mi propia piel y me corrí sobre el barro mientras la puerta se abría y se hundía y revelaba una escalera en espiral que bajaba a una oscuridad primaria. Y sobre una brisa salada, húmeda que venía desde abajo, llegaron los tentáculos de poder.

Del otro lado de la escalera abierta, la cara de Amren se había puesto más pálida que siempre; los ojos de plata, más brillantes.

—Nunca vi el Caldero —dijo—, pero tiene que ser terrible si un grano de ese poder se siente… así.

Y así era: el poder llenaba la habitación, me llenaba la cabeza, los pulmones…, me ahogaba y me asfixiaba y me seducía…

—Rápido —dije y una pequeña bola de luz inmortal cayó por la curva de las escaleras, iluminando los escalones grises, muy usados, resbalosos de limo.

Saqué el cuchillo de caza y descendí, una mano sobre una pared congelada de piedra para no resbalarme.

Terminé de bajar un círculo completo de la espiral —Amren venía detrás— y entonces, la luz de los inmortales bailó sobre el agua podrida de por lo menos un metro de profundidad. Estudié el pasaje en el fondo de las escaleras.

—Hay un vestíbulo y una habitación más allá. Todo tranquilo.

—Entonces apúrate, carajo —dijo Amren.

Me preparé, pisé el agua oscura y me mordí el grito ante la temperatura al borde de la congelación, la calidad aceitosa del líquido. Amren hizo una arcada, el agua casi hasta el pecho.

—Este lugar se llena muy rápido cuando vuelve la marea —observó mientras

atravesábamos el agua, frunciendo el ceño frente a los agujeros preparados en las paredes para drenar el mar cuando llegara al tope.

Caminamos lo más rápido que podíamos, apenas ella conseguía descartar la existencia de hechizos de guarda o trampas; no había ninguno. Nada de nada. ¿Y quién podría llegar tan abajo, a un lugar como ese?

Tontos, tontos desesperados…, como nosotros. Solamente nosotros.

La larga pared de piedra llevaba a una segunda puerta de hierro. Y detrás de ella, se enroscaba el poder que llevaba la marca de Tarquin.

—Está ahí.

—Obviamente.

Yo le hice una mueca, las dos temblábamos. El frío era lo bastante terrible como para que yo me preguntase si no habría muerto de haber venido en mi cuerpo humano. Y si no estaría ya en ese camino incluso como inmortal.

Puse la palma plana en la puerta. Esta vez las preguntas, la sequedad, la sensación de que me chupaban fueron peores. Tanto que tuve que apoyar la mano tatuada en la puerta para no caerme de rodillas y ponerme a llorar mientras me recorría el poder.

Soy verano, soy verano, soy verano.

No me convertí en Tarquin esta vez, no hizo falta. Un clic y un gruñido y la puerta de hierro se corrió hacia la pared, y el agua surgió y se movió y yo retrocedí y caí en brazos de Amren.

—Una cerradura fea, fea —siseó ella, temblando y no solo por el agua.

La cabeza me daba vueltas. Otra cerradura y estaría al borde del desmayo.

Pero la luz de los inmortales flotaba ya en la cámara delante de nosotros y las dos nos detuvimos.

El agua no había surgido de otra fuente, más bien se había detenido frente a un umbral invisible. La cámara seca que se abría por delante estaba vacía excepto por una tarima redonda y un pedestal.

Y en la parte superior, una cajita de hierro.

Amren pasó una mano por el aire, un gesto tentativo, en el lugar en que el agua… se detenía sin razón aparente. No encontró ni guardas ni trucos así que dio un paso adelante, el agua goteó sobre las piedras grises mientras ella se detenía en la habitación, una mueca en la cara; entonces, me llamó.

La seguí lo más rápido posible, casi me caí cuando pasé del agua al aire. Me volví y sí, el agua era una pared negra como si lo que la mantenía en su lugar fuera un panel de vidrio.

—Hagámoslo rápido —dijo ella; yo estaba de acuerdo.

Las dos examinamos cuidadosamente la habitación: paredes, suelo, techos. Ninguna señal de que hubiera alarmas ni trampas.

Aunque no era más grande que un libro común, la caja de hierro parecía engullir la luz mágica, y dentro de esa voz, estaba el susurro… El sello del poder de Tarquin…, y el Libro.

Y ahora lo oí con claridad como si fuera Amren la que susurrara:

¿Quién eres tú…, qué eres tú? Acércate…, quiero olerte, quiero verte…

Nos detuvimos a los dos lados del pedestal, y la luz flotó sobre la tapa.

—No hay hechizos —dijo Amren, con la voz apenas más alta que el ruidito de las botas sobre la piedra—. No hay guardas. Hay que sacarlo de aquí…, llevárnoslo. —La idea de tocar esa caja, acercarme a la cosa que estaba ahí dentro…— La marea está volviendo —agregó Amren, mirando el techo.

—¿Tan pronto?

—Tal vez el mar lo sabe. Tal vez el mar es sirviente del alto lord.

Si quedábamos atrapadas ahí cuando llegara el agua…

No me parecía que mis animalitos de agua pudieran ayudarnos. El pánico me retorció las entrañas pero yo lo empujé a un costado y me puse firme.

La caja sería pesada… y fría.

¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú…?

Flexioné los dedos y di una vuelta completa al cuello.

Soy verano; soy mar y sol y cosas verdes.

—Vamos, vamos —murmuró Amren. Por encima, el agua goteaba sobre las piedras.

¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?

Soy Tarquin; soy el alto lord; soy tu amo.

La caja se quedó callada. Como si esa fuera respuesta suficiente.

La saqué del pedestal, el metal me mordió las manos; el poder era una mancha aceitosa que me atravesaba la sangre.

Una voz antigua, cruel, siseó:

Mentira.

Y la puerta se cerró de un golpe.

Capítulo 37

—*¡NO!* —aulló Amren que ya estaba en la puerta, el puño era un martillo radiante que golpeaba en el plomo…, una vez, dos…

Por encima, el ruido y las gotas de agua que caían hacia nosotras, que llenaban la estancia…

No, no, no…

Me acerqué hacia la puerta, deslizándome la caja dentro del bolsillo interior de la chaqueta de cuero mientras la palma encendida de Amren se aplastaba contra la puerta, quemando, calentando el metal; había ondas y espirales que se abrían en el plomo como si fueran un lenguaje y entonces…

La puerta se abrió de par en par.

Y la inundación entró corriendo…

Me tiré contra el umbral, rápido, para aferrarme a un costado, pero no llegué y el agua me llevó hacia atrás, me llevó bajo la superficie congelada, oscura. El frío me sacó el aire de los pulmones. La puerta, tienes que llegar a la puerta…

Toqué el suelo con los pies y me elevé hacia arriba, tragando aire, buscando a Amren en la habitación estrecha. Ella estaba aferrada al umbral, los ojos sobre mí, la mano brillante extendida…

El agua me fluyó hasta la altura de los senos y me acerqué a ella luchando contra

la inundación, tratando de sentir una fuerza nueva en el cuerpo, en los brazos…

El agua se hizo más fácil de vadear como si esa semilla de poder suavizara la corriente, la ira del mar; Amren seguía aferrándose al umbral.

—¿Lo tienes? —gritó sobre el rugido del agua.

Yo asentí y ahí me di cuenta de que la mano que ella me tendía no era para mí sino para la puerta que sostenía junto a la pared. La sostenía para que yo pudiera salir.

Me abrí paso por el umbral, Amren dio la vuelta y la puerta volvió a cerrarse con tanta violencia que me pregunté por el poder que había usado ella para mantenerla en su sitio.

La única desventaja era que ahora, el agua del vestíbulo tenía mucho menos espacio para llenar.

—Vete —dijo ella pero yo la levanté sin pedirle permiso, me apoyé esos pies contra el vientre y me la subí a la espalda.

—Haz…, haz lo que tienes que hacer —le gruñí, el cuello torcido sobre el agua que subía. El trecho hasta las escaleras no era largo… pero las escaleras se habían convertido en una cascada. ¿Dónde mierda estaba Rhysand?

Pero Amren sostenía la palma de una mano frente a nosotras y el agua se torcía y temblaba. No era un camino abierto pero era una ruptura en la corriente. Yo dirigí esa semilla del poder de Tarquin…, esa semilla que era *mi* poder ahora, en esa dirección y el agua se calmó todavía más, trató de obedecerme.

Corrí, aferrada a los muslos de Amren con tanta fuerza que seguramente le hice un moretón. Paso a paso, el agua cada vez más furiosa, en el vientre, en la boca…

Pero llegué a las escaleras, casi me resbalé en el escalón y el jadeo de Amren me detuvo.

No era un jadeo de espanto sino de alguien que busca aire porque ahora, por las escaleras, bajaba una corriente enorme. Como si una ola enorme hubiera barrido el templo. Ni mi propio poder sobre el agua pudo nada contra eso.

Tuve tiempo para tomar aire, tomar las piernas de Amren y prepararme…

Y vi cómo se cerraba la puerta de la parte superior, encerrándonos en una tumba líquida.

Estábamos muertas. Yo estaba muerta; no había salida.

Había respirado mi última bocanada de aire y sentiría todo, todo, hasta el segundo en que me cedieran los pulmones y me traicionara el cuerpo y yo tragara la última bocanada de agua, la bocanada fatal.

Amren me golpeó las manos hasta que la solté, hasta que nadé tras ella tratando de calmar el corazón que corría dominado por el pánico, tratando de calmar los pulmones, de convencerlos de que hicieran que cada instante contara mientras Amren llegaba a la puerta y la golpeaba con la palma. Los símbolos brillaron una y otra y otra vez. Pero la puerta se sostuvo.

Llegué hasta ella, empujé la puerta con el cuerpo, una y otra vez, y el plomo se hundió bajo mis hombros. Después tenía espolones, espolones, no garras y golpeaba

el metal y lo cortaba…

Tenía los pulmones en llamas. Los pulmones…

Amren golpeaba la puerta, y la luz se le consumía como si estuviera contando hacia atrás los últimos latidos de su propio corazón…

Yo tenía que tomar aire, tenía que abrir la boca y tomar aire, tenía que hacer que se apagara ese fuego interno…

Entonces algo hizo volar la puerta por el aire.

Y la luz mágica todavía era lo suficientemente fuerte como para mostrarme las tres caras hermosas, etéreas, que siseaban a través de dientes agudos de pez mientras los dedos unidos por membranas nos sacaban de las escaleras y nos levantaban en brazos que parecían de ranas.

Furias del agua.

Pero yo ya no podía más.

Y mientras esas manos flacas me tomaban del brazo, abrí la boca y tragué agua, y corté todo pensamiento, todo sonido, todo aliento. El cuerpo se me sacudió, los espolones desaparecieron…

Basura, algas y agua pasaron a mi lado y tuve la sensación de que me arrojaban a través del líquido, con tanta rapidez que el agua me quemaba en los párpados.

Y entonces, un aire caliente…, aire, aire, aire pero yo tenía los pulmones llenos de agua cuando…

Un puño me golpeó el vientre y vomité agua sobre las ondas. Tragué aire, parpadeé frente al púrpura golpeado y al rosado sonrojo del cielo de la mañana.

Un jadeo y una escupida a pocos pasos de mí y toqué agua cuando me volví para ver a Amren que vomitaba…, viva, como yo.

Y en las olas, entre las dos, el pelo color ónix contra las cabezas raras como cascos, flotaban las furias del agua mirándonos con ojos oscuros, enormes…

El sol se elevaba tras ella…, la ciudad que nos rodeaba empezaba a moverse.

La que estaba en el centro dijo:

—La deuda de nuestra hermana está pagada.

Y después, desaparecieron.

Amren ya estaba nadando hacia la orilla distante, hacia tierra firme.

Yo recé porque no volvieran y nos convirtieran en comida y me apresuré tras ella, tratando de mantener los movimientos lo menos ampulosos posibles para que nadie nos viera.

Las dos llegamos a una entrada tranquila, llena de arena y nos dejamos caer al mismo tiempo.

Una sombra nos bloqueó el sol y una bota me golpeteó el tobillo.

—¿Qué diablos —dijo Rhysand con la ropa negra de batalla— están haciendo ustedes dos?

Abrí los ojos y descubrí que Amren estaba tratando de sostenerse erguida sobre los codos.

—¿Dónde *mierda* estabas tú? —quiso saber.

—Dispararon todas las alarmas de ese lugar de mierda. Todas. Tuve que cazar a cada uno de los guardias que fue hacia la alarma. —Yo tenía la garganta dolorida y arena en las mejillas y las manos desnudas—. Pensé que podrían arreglarse.

Amren siseó:

—Ese *lugar*…, o ese libro de mierda casi me anula los poderes. Casi nos ahogamos.

La mirada de él saltó a mí.

—No lo sentí en el lazo…

—Seguramente anuló eso también, estúpido —ladró Amren.

Los ojos de él se iluminaron.

—¿Entraron? —Nada sobre el hecho de que las dos casi nos habíamos ahogado; sobre el hecho de que casi habíamos muerto.

Yo me toqué la chaqueta… el bulto metálico que había debajo.

—Bien —dijo Rhys y miré detrás de él alertada por la súbita urgencia que se le abría en la voz.

Y sí, en el castillo, del otro lado de la bahía, se movían personas a la carrera.

—Me olvidé de algunos guardias —dijo él, los dientes apretados, nos tomó de los brazos y desaparecimos.

El viento oscuro estaba frío y rugía y yo apenas tenía fuerza para aferrarme a Rhys. Pero ese aire murió totalmente cuando aterrizamos en el vestíbulo de la casa… y las dos nos dejamos caer sobre el suelo de madera manchando la alfombra con arena y agua.

Cassian gritó desde el comedor que teníamos a las espaldas:

—¿Qué mierda…?

Le dirigí una mirada furiosa a Rhysand, que se limitó a alejarse hacia la mesa del desayuno.

—Yo también estoy esperando una explicación —se limitó a decir frente a los ojos asombrados de Cassian, Azriel y Mor.

Pero me volví hacia Amren, que seguía en el suelo. Los ojos rojos se entrecerraron.

—¿Por qué?

—En el Diezmo…, en la Corte Primavera, la emisaria de las furias del agua dijo que no tenían oro, que no tenían comida con qué pagar. Que se morían de hambre. —Me dolía cada palabra y pensé que tal vez vomitaría de nuevo. Si yo le manchaba la alfombra con el vómito, se lo tenía merecido. Bueno, seguramente, me lo descontaría del salario—. Así que le di mis joyas para que pagara. Ella juró que ni ella ni sus hermanas olvidarían esa amabilidad.

—¿Alguien nos puede explicar por favor? —dijo Mor desde la otra habitación.

Nos quedamos en el suelo hasta que Amren empezó a reírse despacio, el cuerpo chico puro temblor.

—¿Qué? —quise saber.

—Solamente un inmortal con corazón de mortal le daría dinero a una de esas horribles bestias… —Amren volvió a reírse, el pelo oscuro aplastado de arena y algas. Durante un momento, me pareció casi humana—. No sé qué es esa suerte que tienes, Feyre… pero sea cual sea, gracias al Caldero por ella…

Los otros miraban y yo sentí que una risita rara me salía del cuerpo.

Y después, una risa, tan cruda, tan rasposa como mis pulmones en ese momento. Pero una risa verdadera, tal vez filosa por la histeria… y un alivio profundo en el cuerpo.

Nos miramos todos y todos volvimos a reírnos.

—Señora —ronroneó Rhysand, una orden silenciosa.

Gruñí cuando me puse de pie; la arena cayó por todas partes; le ofrecí una mano a Amren. La mano de ella fue firme cuando tomó la mía, pero los ojos de mercurio estaban sorprendentemente cariñosos cuando me la apretó antes de hacer sonar los dedos una vez.

Las dos estuvimos limpias y tibias en un instante, la ropa seca. Excepto una mancha húmeda en el pecho…, donde esperaba la caja de plomo.

Mis compañeros tenían la cara solemne cuando me acerqué y metí la mano en el bolsillo. El metal me mordió los dedos otra vez; ese frío quemaba.

Dejé caer la caja sobre la mesa.

La caja hizo un ruido sordo y todos retrocedieron, los labios llenos de malas palabras.

Rhys me señaló con el dedo.

—Una última tarea, Feyre. Ábrelo, por favor.

A mí, me temblaban las rodillas, me daba vueltas la cabeza y tenía la boca seca como hueso, llena de sal y mugre pero… quería terminar con todo eso.

Así que me dejé caer en una silla, acerqué la caja horrible y le puse una mano encima.

Hola, mentirosa, ronroneó la caja.

—Hola —dije, con la voz suave.

¿Me vas a leer?

—No.

Los otros no decían una palabra pero yo sentía que la confusión de todos se movía por la habitación. Rhys y Amren me vigilaban de cerca.

—Ábrete —dije, sin voz.

Di «por favor».

—Por favor —dije.

La caja…, el Libro… no me contestó. Después dijo:

Lo parecido llama a lo parecido.

—Ábrete —dije, los dientes apretados.

Deshecho y Hecho; Hecho y Deshecho…, ese es el ciclo. Lo parecido llama a lo parecido.

Empujé más con la mano, tan cansada ya que no me importaban los pensamientos que me salían a borbotones de la mente, los fragmentos que eran y no eran parte de mí: calor y agua y también hielo, luz y sombras.

Rompemaldiciones, me llamó la caja y se abrió.

Me dejé caer hacia atrás en la silla, agradecida por el fuego rugiente en el hogar cercano.

Los ojos castaños de Cassian estaban oscuros.

—No quiero volver a oír esa voz en toda mi vida.

—Pero vas a oírla —dijo Rhysand con tranquilidad, levantando la tapa—. Porque vas a venir con nosotros a ver a esas reinas mortales apenas se dignen a encontrarse con nosotros.

Yo estaba demasiado cansada para pensar en eso…, en lo que todavía nos quedaba por hacer. Espié dentro de la caja.

No era un libro…, no un libro de cuero y papel.

Estaba formado por oscuras placas de metal unidas con tres anillos de oro, plata y bronce, cada palabra tallada con precisión y esfuerzo, en un alfabeto que yo no reconocía. Y eso probó que, en realidad, las lecciones de lectura de Rhys habían sido inútiles.

Rhys lo dejó en la caja mientras todos lo mirábamos…, después retrocedió.

Solamente Amren se quedó mirándolo. La sangre le había abandonado la cara por completo.

—¿Qué lenguaje es ese? —preguntó Mor.

¿Estaban temblando las manos de Amren? Ella se las metió en los bolsillos.

—No es un lenguaje de este mundo.

Solamente Rhys seguía imperturbable frente a la expresión terrible de esa cara. Como si supiera de qué lenguaje se trataba. Como si esa fuera la razón por la que la había elegido para ser parte de esta cacería.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Azriel.

Ella miraba el Libro y lo miraba como…, como si fuera un fantasma, como si fuera un milagro…; dijo:

—Es el Leshon Hakodesh. La Lengua Sagrada.

Los ojos color mercurio se fijaron en Rhysand, y yo me di cuenta de que ella también entendía por qué había sido parte del viaje.

Él dijo:

—Me contaron una leyenda escrita en una lengua de seres grandiosos que tenían miedo del poder del Caldero y escribieron el Libro para combatirlo. Seres grandiosos que estaban aquí…, y después desaparecieron. Tú eres la única que puede decodificarlo.

Fue Mor la que advirtió:

—No juegues a eso, Rhysand.

Pero él movió la cabeza.

—No es un juego. Una apuesta, aposté que Amren sería capaz de leerlo… y me salió bien.

La nariz de Amren se movió con delicadeza y durante un momento, me pregunté si ella no iba a ahorcarlo por no contarle sus sospechas, por no haberle dicho que tal vez el Libro fuera más que la llave de nuestra salvación.

Rhys le sonrió como para decirle que estaba dispuesto a dejar que ella lo intentara.

Hasta Cassian se llevó una mano al cuchillo.

Y entonces, Rhysand dijo:

—También pensé que tal vez el Libro contendría un hechizo que pudiera liberarte… y mandarte a casa. Si ellos fueron los que lo escribieron…

A Amren se le movió un poco la garganta.

—Mierda —dijo Cassian.

Rhys siguió adelante:

—No te conté mis sospechas porque no quería que te esperanzaras. Pero si las leyendas sobre ese lenguaje son ciertas…, tal vez encuentres lo que siempre estuviste buscando, Amren.

—Necesito la otra parte para decodificarlo. —La voz era ronca.

—Espero que las reinas mortales contesten pronto nuestro pedido —dijo él, frunció el ceño con la vista fija en la arena y el agua que manchaban el vestíbulo—. Y espero que el próximo encuentro salga mejor que este.

La voz de ella se tensó, pero los ojos estaban brillantes, cegadores.

—Gracias.

Diez mil años exiliada…, diez mil años sola.

Mor suspiró…, un sonido dramático, poderoso, sin duda pensado para romper el peso del silencio, y se quejó porque todavía no habíamos contado lo que ella quería oír: la historia completa de lo que había pasado.

Pero Azriel dijo:

—Aunque el Libro pueda anular el Caldero…, todavía tenemos que enfrentarnos a Jurian.

Todos lo miramos.

—Esa es la pieza que no encaja —explicó Azriel mientras golpeteaba con el dedo sobre la mesa—. ¿Para qué revivirlo? No lo entiendo. ¿Y cómo hace el rey para mantenerlo a su servicio? ¿Qué tiene para presionarlo, para forzarlo a ser leal?

—Eso ya lo pensé —dijo Rhys, y se sentó frente a mí en la mesa, entre sus dos hermanos machos. Claro que lo había pensado—. Jurian era… obsesivo cuando decidía algo. Murió sin haber cumplido muchas de sus metas…

La cara de Mor palideció un poco.

—Si sospecha que Miryam está viva…

—En general, es más probable que crea que ella ya no existe —dijo Rhys—. ¿Y quién mejor para resucitar a su antigua amante que un rey con un Caldero que puede traer de vuelta a los muertos?

—¿Jurian se aliaría con Hybern solamente porque cree que Miryam está muerta y la quiere de vuelta? —dijo Cassian poniendo los dos brazos sobre la mesa.

—Lo haría para vengarse de Drakon por robarle el corazón de Miryam —dijo Rhys. Meneó la cabeza—. Vamos a discutirlo más tarde. —Y yo me prometí preguntarle quiénes eran Miryam y Drakon, qué historia era esa…, preguntarle por qué en tiempos de Bajo la Montaña nunca había sugerido que *conocía* al hombre detrás del ojo en el anillo de Amarantha. Después de que me diera un baño. Después de tomar agua. Y de dormir un rato.

Pero todos me estaban mirando; también Amren: esperaban mi historia. Me saqué unos granitos de sal de la ropa y descubrí que los ojos de Rhys estaban fijos en mí.

Incliné levemente la cabeza, y bajé el escudo apenas lo suficiente para decir a través del lazo: *Por los sueños que reciben respuesta*.

Un instante después, una caricia sensual pasó a través de mis escudos mentales…, un pedido amable. Yo dejé caer el escudo, dejé entrar a Rhys, y su voz hermosa me llenó la cabeza: *Por la cazadora que recuerda siempre volver atrás por los menos afortunados… y por las furias del agua que nadan muy, muy rápido.*

Capítulo 38

Amren se llevó el Libro a su propia casa en Velaris, fuera donde fuese, y nos dejó a los cinco frente a la comida. Mientras Rhys contaba nuestra visita a la Corte Verano, yo me las arreglé para tomar el desayuno antes de que me golpearan del todo el agotamiento de la noche en vela, el trabajo en el templo derruido para destrabar las puertas, y la sensación de haber estado tan cerca de la muerte. Cuando me desperté, la casa estaba vacía, la luz del sol de la tarde era tibia y dorada y el día inusualmente cálido y hermoso, tanto que me llevé un libro hasta el jardincito en la parte de atrás.

El sol cambió despacio y el jardín quedó en sombras y empezó a hacer frío de nuevo. Yo no quería dejar el sol todavía así que subí tres niveles hasta la terraza para mirarlo.

Las alas de él estaban plegadas en la espalda, ahí, sobre el techo de tejas y me pregunté si también él aprovechaba el día cálido para ponerlas al sol. Me aclaré la garganta.

—Sé que estás ahí —dijo sin darse vuelta, la vista fija en el Sidra y el sol dorado y rojo más allá.

Yo lo desafié:

—Si quieres estar solo, me voy.

Él hizo un movimiento del mentón hacia el asiento vacío frente a la mesa de

hierro. No era una invitación muy brillante pero… me senté.

Había una caja de madera junto a la jarra… y yo habría pensado que era lo que él estaba bebiendo pero entonces, noté la daga tallada en madreperla en la tapa.

Y habría jurado que olía el mar, el calor y la arena que era Tarquin.

—¿Qué es eso?

Rhys vació el vaso, extendió una mano —la jarra flotó hacia él sobre un viento fantasma— y se sirvió otro dedo de líquido antes de hablar.

—Lo pensé durante mucho tiempo, ya sabes —dijo, mirando su ciudad—. Pensé en pedirle a Tarquin que me diera el Libro en lugar de robarlo. Pero si él decía que no, lo cual era muy posible, también podría vender la información al mejor postor. Y pensé que si él decía que sí, habría demasiados que conocerían nuestros planes y más posibilidades de que se supiera. Al fin y al cabo, yo necesitaba que el *porqué* de nuestra misión siguiera siendo un secreto durante tanto tiempo como fuera posible. —Bebió de nuevo y se pasó una mano a través del pelo negro azulado—. No me gustó robarle. No me gustó lastimar a sus guardias. No me gustó irme sin una palabra, cuando él, ambición o no, quería una alianza. Tal vez hasta amistad… Ningún otro alto lord se molestó en querer eso conmigo…, o se atrevió. Y yo creo que Tarquin quería ser mi amigo.

Volví a mirar la caja y lo miré a él.

—¿Qué es eso?

—Ábrelo.

Adentro, en un nido de terciopelo blanco, brillaban tres rubíes, cada uno del tamaño de un huevo de gallina; todos tan puros y de color tan perfecto que parecían tallados en…

—Rubíes de sangre —dijo él.

Retiré los dedos que había acercado a las piedras.

—En la Corte Verano, cuando alguien insulta a otro, el ofendido envía un rubí de sangre al ofensor. Una declaración oficial que afirma que hay un precio sobre la cabeza de esa persona…, que van a cazarlos y que pronto estarán muertos. La caja llegó hace una hora a la Corte de Pesadillas.

Madre sagrada…

—Entiendo que uno de estos tiene mi nombre escrito en el rojo. Y otro, el tuyo. Y el tercero es para Amren.

La caja se cerró en el viento oscuro.

—Cometí un error —dijo él. Yo abrí la boca pero él siguió adelante—: Debería haber borrado las mentes de los guardias y dejarlos seguir adelante. En lugar de eso, los desmayé. Hace tiempo que no hacía nada… físico, una defensa como esa y estaba tan concentrado en mi entrenamiento ilyrio que me olvidé del otro arsenal a mi disposición. Seguramente se despertaron y fueron corriendo a contarle a Tarquin.

—De todos modos, él habría notado la falta del Libro y muy pronto.

—Podríamos haber negado el robo, decir que fue una coincidencia. —Rhys vació

el vaso—. Cometí un error.

—Cometer errores de tanto en tanto no es el fin del mundo.

—¿Te acaban de decir que eres enemiga número uno de la Corte Verano y no te preocupa?

—Me preocupa. Pero no te culpo.

Él soltó el aire y miró la ciudad y la tibieza del día que sucumbían una vez más a la mordida del invierno. No le importó.

—Tal vez podrías devolver el Libro cuando hayamos neutralizado el Caldero… y pedir disculpas.

Rhys resopló con fuerza.

—No, el Libro es de Amren mientras ella lo necesite.

—Entonces, compénsalo de alguna forma. Es evidente que tú querías ser su amigo tanto como él quería ser el tuyo. No estarías tan molesto si no fuera por eso.

—No estoy molesto. Estoy furioso.

—Es una cuestión semántica…

Él me sonrió a medias.

—Las enemistades como la que acabamos de desatar pueden durar siglos…, milenios… Y si ese es el costo para detener esta guerra, ayudar a Amren…, estoy dispuesto a pagarlo.

Él estaba dispuesto a pagar con todo lo que tenía, me di cuenta. Con cualquier esperanza para sí mismo, con su propia alegría.

—¿Lo saben los demás…, lo de los rubíes de sangre?

—Azriel me los trajo. Estoy debatiendo cómo decírselo a Amren.

—¿Por?

La oscuridad le llenó los ojos increíbles.

—Porque la respuesta de ella podría ser ir a Adriata y borrar la ciudad del mapa.

Yo temblé.

—Exacto —dijo él.

Miré Velaris, abajo, escuché los sonidos del día que terminaba… y de la noche que estaba por comenzar. En comparación, Adriata parecía rudimentaria.

—Entiendo —dije y me froté las manos para devolverles algo de calor; estaban congeladas—. Entiendo que hiciste lo que tenías que hacer para proteger esta ciudad. —Se me congelaba la sangre cada vez que imaginaba la destrucción de Adriata ahí, en Velaris. Los ojos de él se volvieron hacia mí, preocupados, sin brillo. Yo tragué saliva—. Y entiendo que harías cualquier cosa para mantener esta ciudad a salvo en los días que vienen.

—¿Adónde quieres llegar?

Un mal día…, ese era un mal día para él, me di cuenta. No me enojé por el filo que había en esas palabras.

—Tienes que pasar esta guerra, Rhysand, y después puedes preocuparte por Tarquin y sus rubíes de sangre. Anula el Caldero, haz que el rey no derrumbe el muro

y esclavice otra vez al reino humano y después podemos pensar en el resto.

—Se diría que estás pensando en quedarte por un tiempo. —Una pregunta tranquila pero filosa…

—Puedo buscarme mi propia casa si es a eso a lo que te refieres. Tal vez use ese cheque tan generoso y me compre algo lujoso…

Vamos. Guíñame un ojo. Juega conmigo. Deja…, deja de tener esa expresión.

Él dijo solamente:

—Deja el cheque en paz. Tu nombre ya está agregado a la lista de los que pueden usar el crédito de mi casa. Cómprate lo que quieras. Cómprate una casa entera si quieres.

Yo apreté los dientes y tal vez fuera el pánico o la desesperación, pero dije con dulzura:

—Vi un localcito hermoso del otro lado del Sidra el otro día. Vendía cosas de puntillas, cositas chiquitas. ¿Puedo comprar eso con tu crédito o tengo que usar mis fondos personales?

Los ojos color violeta volvieron a mirarme.

—No estoy de humor.

No había humor, ni travesura en él. Yo podía entibiarme junto a un fuego interior pero…

Él se había quedado. Y había luchado por mí.

Rhys había luchado por mí semana tras semana a pesar de que no conseguía ninguna reacción de mi parte, a pesar de que yo ni siquiera hablaba, de que no me importaba si vivía o moría; si comía o se moría de hambre. Ahora, ahora yo no iba a dejarlo solo con su culpa, con sus negros pensamientos. Los había cargado a solas durante demasiado tiempo.

Así que le sostuve la mirada.

—No sabía que los ilyrios eran borrachos tristes.

—No estoy borracho…, estoy bebiendo —dijo él y le brillaron un poco los dientes.

—Otra vez, una cuestión semántica. —Me recliné en la silla, hubiera querido tener el abrigo—. Tal vez deberías haberte acostado con Cresseida…, así los dos podrían estar tristes y solos pero juntos…

—¿Tú puedes tener todos los días malos que quieras y yo ni siquiera unas horas?

—Ah, tómate el tiempo que quieras para llorar. Iba a invitarte a salir de compras conmigo, quiero esas cosas innombrables, de puntilla, pero…, pero si no quieres, quédate aquí para siempre.

Él no contestó.

Yo seguí adelante:

—Tal vez le mande algunas de esas prendas a Tarquin con una oferta de mostrárselos en persona si me perdona. Tal vez retire los rubíes de sangre si lo hago.

La boca de él se dobló apenas, apenas, en las comisuras.

—Lo leería como una provocación.

—Le sonreí un poquito y me dio una joya de familia. Te apuesto a que me daría las llaves de su territorio si le mostrara esa ropa interior.

—Alguien tiene una opinión muy alta sobre sí misma, eso digo.

—¿Por qué no iba a tenerla? Tú pareces tener dificultades para *no* mirarme. Lo veo día y noche.

Ahí había… una semilla de verdad y una pregunta.

—¿Tengo que negar que te encuentro atractiva? —dijo él, despacio…; algo le brilló en los ojos.

—Nunca me lo dijiste.

—Te dije muchas veces, todo el tiempo, te dije siempre que para mí eres muy atractiva.

Me encogí de hombros pero pensé en todas esas veces…, y en que yo siempre lo había considerado un cumplido en broma solamente.

—Bueno, tal vez deberías hacerlo mejor.

El brillo en los ojos se convirtió en el de un predador. Un estremecimiento me corrió por el cuerpo mientras él ponía los dos brazos poderosos sobre la mesa y ronroneaba:

—¿Me estás desafiando, Feyre?

Yo sostuve esa mirada predadora, la mirada del macho más poderoso de Prythian.

—¿Te parece?

Las pupilas de él se dejaron atravesar por un relámpago. Ya no había tristeza tranquila, culpa solitaria. Solo esa concentración letal…, esa mirada concentrada en mí. En mi boca. En el movimiento que hice con el cuello para tratar de tranquilizarme, de respirar. Él dijo, con la voz lenta y muy suave:

—¿Por qué no vamos a ese negocio ahora mismo, Feyre, así te pruebas esas cositas de puntilla… y te ayudo a elegir cuál le vas a mandar a Tarquin?

Se me doblaron los dedos de los pies dentro de las zapatillas abrigadas. Era una cornisa tan peligrosa la que caminábamos juntos… El viento congelado de la noche nos movía el cabello.

Pero la mirada de Rhys se desvió bruscamente hacia el cielo y un segundo después, llegó Azriel desde las nubes como una espada de oscuridad.

No estaba segura de si lo que tenía que sentir era alivio…, pero me fui del techo antes de que Azriel aterrizara para que el alto lord y su jefe de espías tuvieran algo de privacidad.

Apenas entré en la penumbra de las escaleras, el calor corrió hacia mí, dejándome una sensación fría, asqueada, en el estómago.

Por un lado, estaba el juego de la seducción… y por otro, esto.

Yo había amado a Tamlin. Lo había amado tanto que no me importó destruirme por ese amor, por él. Y después, después, pasó todo, y ahora yo estaba aquí y… había estado a punto de ir a un negocio que vendía ropa interior con Rhysand.

Casi conseguía imaginarme lo que habría pasado.

Las mujeres del local habrían sido amables…, y habrían estado un tanto nerviosas, y nos habían permitido cierta privacidad mientras Rhys se sentaba en el banquito en la parte posterior del local y yo me metía en el probador, detrás de una cortina, y me probaba el conjunto de puntilla roja que había visto ya tres veces. Y después, habría salido del cubículo, fingiendo más coraje del que sentía, y Rhys me habría mirado de arriba abajo. Dos veces.

Y habría seguido mirándome mientras informaba a las damas del local que el negocio estaba cerrado y que, por favor, volvieran al día siguiente; que nosotros dejaríamos el pago en el mostrador.

Y yo me habría quedado ahí, de pie, desnuda excepto por los pedacitos de puntilla roja mientras oíamos los sonidos rápidos, discretos, que hacían las dueñas mientras cerraban y se iban.

Y él me habría mirado todo el tiempo, los senos, visibles a través de la puntilla; la tabla plana del vientre, más tensa y menos hambreada que antes. La curva de los muslos y las caderas y lo que había en el medio. Después, habría vuelto a mirarme y habría movido un dedo con un único murmullo:

—Ven.

Y yo habría caminado hacia él, consciente de cada paso, hasta que por fin, habría estado de pie, a su lado. Entre sus piernas.

Las manos de él se me habrían deslizado hasta la cintura y los callos me habrían tocado la piel. Después, me habría acercado un poquito más a su cuerpo antes de inclinarse a ponerme un beso sobre el ombligo, la lengua…

Dejé escapar un insulto mientras golpeaba el poste de la escalera en el descanso.

Y parpadeé, parpadeé mientras volvía al mundo y me daba cuenta…

Me miré el ojo tatuado en la mano y siseé con la lengua y con la voz silenciosa, dentro del lazo: «*Hijo de puta*».

En la parte trasera de la mente, una voz sensual de macho rio con un sonido de medianoche.

Con la cara en llamas, maldiciéndolo por la visión que le había permitido ver por encima de mis escudos mentales, los reforcé con rabia en el camino a mi habitación. Después, me di un baño muy pero muy frío.

Comí con Mor esa noche, junto al fuego crujiente del comedor; Rhys y los otros estaban lejos, en alguna parte, y cuando ella me preguntó finalmente por qué hacía una mueca cada vez que ella mencionaba el nombre de Rhys, le conté la visión que él me había metido en la mente. Ella había reído hasta que le salió vino por la nariz y cuando le hice una mueca a *ella*, me dijo que debería sentirme orgullosa: cuando Rhys estaba dispuesto a la melancolía, se necesitaba un milagro para sacarlo de ese lugar.

Traté de ignorar la leve sensación de triunfo…, pero siguió ahí hasta que estuve lista para irme a la cama.

Pasadas ya las dos de la mañana —gracias a la charla con Mor en el sofá de la sala, una charla que duró horas y horas y revisó los lugares hermosos y terribles que ella había visto—, yo estaba ya empezando a dejarme ir cuando la casa dejó escapar un gruñido.

Como si alguien estuviera retorciéndole la madera con furia, la casa empezó a quejarse y a temblar…; las luces de colores de mi habitación parpadearon.

Me enderecé bruscamente y miré la ventana abierta. Cielos despejados, nada…

Nada excepto la oscuridad, que se deslizaba hacia mi habitación desde la puerta del vestíbulo.

Conocía esa oscuridad. Una semilla de ella vivía dentro de mi ser. Ahora corría hacia mí desde las grietas de la puerta como una inundación.

La casa volvió a temblar.

Me puse de pie de un salto, abrí la puerta y la oscuridad pasó frente a mí como un viento espectral, lleno de estrellas y alas en movimiento y… dolor.

Tanto dolor y desesperación y culpa y miedo.

Me lancé hacia el vestíbulo, totalmente ciega, en esa oscuridad impenetrable. Pero había un hilo entre nosotros y yo lo seguí, lo seguí hasta la habitación de él, yo sabía dónde. Busqué el picaporte…

Más noche, más estrellas, más viento, el pelo se me movió sobre la cara y levanté un brazo para protegerme mientras daba un paso hacia el interior.

—Rhysand.

No hubo respuesta. Pero yo lo sentía, sentía la línea de vida tendida entre los dos.

La seguí hasta que me golpeé los tobillos contra lo que tenía que ser su cama.

—*Rhysand* —dije, con la voz por encima del viento y la oscuridad. La casa tembló, las tablas del piso sonaron bajo mis pies. Yo palmeé la cama, sentí las sábanas y las mantas y más abajo y…

Un cuerpo duro, tenso de macho. Pero la cama era enorme y yo no conseguía llegar a él.

—¡Rhysand!

En círculos y más círculos giraba la oscuridad, el comienzo y el final de ese mundo.

Me tiré sobre la cama, me lancé sobre él, toqué lo que seguramente era el brazo, después el vientre, después los hombros. La piel de Rhys estaba helada cuando lo tomé de los hombros y grité su nombre.

Ninguna respuesta y entonces, le pasé la mano por el cuello, por la boca, para asegurarme de que respiraba, de que eso no era su poder que partía para siempre de ese cuerpo…

El aliento congelado me golpeó la mano. Entonces, preparándome para todo, me levanté sobre las rodillas y sin ver, a ciegas, le di una bofetada.

Me dolió la palma pero él no se movió. Volví a pegarle, *tiré* del lazo que nos unía, grité su nombre a través de ese lazo como si fuera un túnel, golpeando la pared de diamante color ébano dentro de esa mente, rugiéndole.

Una grieta en la oscuridad.

Y entonces, de pronto, las manos de él estaban sobre mí, tocándome, llevándome al colchón con experiencia, una mano con espolón sobre mi cuello.

Me quedé inmóvil.

—Rhys —jadeé—. *Rhys* —dije a través del lazo, y puse una mano contra el escudo interno.

La oscuridad tembló.

Entonces, arrojé mi poder, negro contra negro, tratando de calmar a esa oscuridad, los bordes rugosos, pidiéndole que se calmara, que se suavizara. Mi oscuridad entonó su propia canción de cuna, la que me había cantado la nodriza de leche cuando mi madre me arrojó en sus brazos para volver a sus fiestas.

—Fue un sueño —dije. La mano de él estaba tan fría…— Un sueño.

La oscuridad se detuvo. Envié mis propios velos de noche contra ella, pasé las manos con pecas de estrellas sobre ella.

Y durante un instante, esa oscuridad tan profunda como la tinta se aclaró lo suficiente como para que yo viera la cara de él sobre mí: tensa, los labios pálidos, los ojos color violeta muy abiertos…, mirando.

—Feyre —dije—. Soy Feyre. —La respiración de él era irregular, mal controlada. Tomé la muñeca de la mano que él me había puesto en la garganta…, que me sostenía, sin hacerme daño—. Estaba soñando.

Yo deseé que la oscuridad dentro de mí fuera el eco de esa otra, cantara esos miedos rugientes y los durmiera, rozara la pared de ébano dentro de esa mente, con amabilidad, con dulzura…

Entonces, como nieve que alguien sacude de un árbol, la oscuridad de él se derrumbó y se llevó a la mía con ella.

La luz de la luna entró a raudales…, y también los sonidos de la ciudad.

La habitación de Rhys era parecida a la mía, la cama tan grande que seguramente la habían pensado para que aceptara las alas, y al mismo tiempo, una cama llena de buen gusto, de comodidad. Y él estaba desnudo sobre mí, totalmente desnudo. No me atreví a mirar por abajo de los músculos del pecho.

—Feyre —dijo él, con la voz ronca. Como si hubiera estado gritando.

—Sí —dije. Él me estudió la cara…, la mano con espolón todavía en mi garganta. Y me soltó inmediatamente.

Yo me quedé ahí, mirando el lugar en el que estaba él, de rodillas en la cama, frotándose la cara con las manos. Mis ojos traidores trataron de mirar por debajo del pecho… pero mi atención se quedó en los tatuajes gemelos que él tenía en las rodillas: una montaña coronada de tres estrellas en cada una. Hermoso…, y de alguna forma, brutal.

De pronto, la oscuridad volvió a abrirse a medias.

Las manos de él seguían abiertas en espolones largos, negros, y los pies, los pies terminaban en garras. Las alas estaban en el aire, cerradas detrás de la espalda. Y yo me pregunté hasta qué punto Rhys había estado al borde de convertirse en la bestia que me había dicho que odiaba.

Él bajó las manos y los espolones desaparecieron.

—Lo lamento.

—Por eso te estás quedando aquí, no en la Casa. No quieres que los otros vean esto.

—Generalmente, está contenido, lo mantengo dentro de mi habitación. Lamento haberte despertado.

Yo cerré las manos en puños para no tocarlo.

—¿Y te pasa a menudo?

Los ojos color violeta buscaron los míos y supe la respuesta antes de que él la dijera:

—Con tanta frecuencia como a ti.

Tragué saliva.

—¿Con qué soñaste esta noche?

Él movió la cabeza, miró la ventana… al lugar donde la nieve se había reunido en techos cercanos.

—Hay recuerdos de Bajo la Montaña, Feyre, que no conviene que yo comparta. Incluso contigo.

Ya me había contado suficientes horrores, así que seguramente esos recuerdos eran… más que pesadillescos. Le puse una mano en el codo, a pesar de la desnudez.

—Cuando quieras hablar, dime. No les cuento a los demás.

Hice un movimiento para bajarme de la cama pero él me tomó la mano.

—Gracias.

Yo estudié la mano, la cara arrasada. Había tanto dolor ahí, tanto cansancio. La cara que él nunca dejaba que vieran los demás.

Me empujé hasta quedar de rodillas y le besé la mejilla, la piel tibia y suave bajo los labios. Terminó antes de empezar pero…, ¿cuántas noches había deseado yo que alguien hiciera eso por mí?

Los ojos de él estaban un poco demasiado abiertos cuando me alejé, y él no me detuvo cuando me levanté. Casi estaba en la puerta cuando me di vuelta a mirarlo.

Rhys todavía estaba de rodillas, las alas sobre las sábanas blancas, la cabeza baja, los tatuajes brillantes contra la piel dorada. Un príncipe oscuro, caído.

Una pintura me brilló en la mente.

Brilló como un relámpago y se quedó ahí, un tiempo, hasta desvanecerse.

Pero siguió viva, un brillo leve, en el agujero que yo llevaba en el pecho.

El agujero que ahora estaba empezando a cerrarse.

Capítulo 39

—¿Crees que vas a conseguir decodificarlo cuando tengas la otra mitad? —le pregunté a Amren, de pie a la puerta de su departamento la tarde siguiente.

Vivía en el piso superior de un edificio de tres niveles; de los dos lados, el techo inclinado terminaba en una enorme ventana. Una daba al Sidra; la otra, a una plaza urbana con muchos árboles. En el interior, una única habitación gigantesca: los pisos de roble desvaído cubiertos de alfombras igualmente desvaídas, los muebles esparcidos en todas partes como si ella los cambiara de lugar con mucha frecuencia.

Se hubiera dicho que lo único permanente, contra la pared, era la cama, una monstruosidad de cuatro postes, cubierta de gasa. No había cocina…, solamente una mesa grande y un hogar que ardía con tanta fuerza que la habitación estaba casi asfixiante. Bajo el sol seco del mediodía de invierno se había desvanecido el polvo de nieve de la noche anterior; la temperatura estaba baja, pero tan moderada que el camino hasta ahí me había llenado de energía.

Sentada en el suelo frente a una mesa baja llena de papeles, Amren levantó la vista, que había tenido fija en el metal brillante del Libro. Tenía la cara más pálida que lo habitual, los labios blancos.

—Hace mucho que no uso este lenguaje…, quiero volver a dominarlo antes de entrar en el Libro. Si tenemos suerte, para entonces, esas reinas mortales nos habrán

dado su parte.

—¿Y cuánto te va a llevar volver a aprender el lenguaje?

—¿Su Oscuridad no te informó? —Ella volvió al Libro.

Yo caminé hacia la larga mesa de madera y puse el paquete que había traído sobre la superficie rasguñada. Unas pintas de sangre caliente…, directamente de la carnicería. Casi había corrido hasta el departamento para que no se enfriara.

—No —dije, sacando los envases—. No me informó. —A la hora del desayuno, Rhys ya no estaba en la casa aunque vi una de sus notas sobre la mesa de noche.

Gracias…, por lo de anoche, eso decía, nada más. Ninguna pluma para contestarle.

Yo había buscado una y había escrito: *¿Qué significan las montañas y las estrellas en tus rodillas?*

El papel había desaparecido casi inmediatamente. Cuando no volvió, me vestí y fui a tomar el desayuno. Estaba por la mitad de los huevos y las tostadas cuando el papel volvió a aparecer frente a mi plato, cuidadosamente doblado.

Que no voy a inclinarme ante nadie ni nada excepto mi corona.

Esta vez, había una pluma. Yo había escrito solamente: *Qué dramático*. Y hubiera jurado que oí su risa a través del lazo, del otro lado de mis escudos mentales.

Sonriendo con el recuerdo, destapé el primer frasco, y el olor de la sangre me llegó a la nariz. Amren olió el aire, después giró la cabeza hacia mí.

—Ah… tú…, tú me gustas…

—Es cordero, si te sirve saberlo. ¿Quieres que lo caliente?

Amren se bebió la mitad de uno en un instante. Le corrió una gotita de sangre por el mentón, y ella la dejó hundirse en la camisa gris…, arrugada de una forma que yo nunca había visto antes. Hizo sonar los labios, puso el frasco sobre la mesa con un suspiro. La sangre le brillaba en los dientes.

—Gracias.

—¿Alguna favorita?

Ella levantó el mentón ensangrentado, después se lo limpió con una servilleta cuando se dio cuenta del desastre.

—El cordero, desde siempre. Tan horrible como suena, es así.

—¿Sangre humana no?

Ella hizo una mueca.

—Es aguada y muchas veces tiene el gusto de lo último que comieron… Y como la mayor parte de los humanos tiene un paladar horrible, no, no vale la pena. Pero el cordero…, bueno, las cabras también. Esa sangre es más pura. Más espesa. Me recuerda… otro tiempo. Otro lugar.

—Interesante —dije y lo decía en serio. Me pregunté de qué mundo estaría hablando.

Ella secó el resto —el color le volvió a la cara— y puso el frasco en la piletita junto a la pared.

—Pensé que vivías en un lugar más… más ornamentado —admití.

Y sí, la ropa de ella colgaba de varias perchas cerca de la cama, las joyas estaban esparcidas sobre algunas mesas. Suficientes para pagar el rescate de un emperador.

Ella se encogió de hombros, se dejó caer junto al Libro de nuevo.

—Hubo un tiempo en que lo intenté. Me aburrió. Y no me gustaba tener sirvientes. Demasiado ruido. Viví en palacios y en chozas y en las montañas y en la playa, pero por alguna razón me gusta más este departamento junto al río. —Frunció el ceño frente a las luces en el techo—. También significa que nunca tengo que organizar fiestas o invitar a nadie. Odio las dos cosas.

Yo me reí.

—Entonces, juro que mi visita va a ser corta.

Ella dejó escapar una risita divertida, crucé las piernas frente a ella.

—¿Para qué viniste en realidad?

—Cassian dijo que estabas encerrada aquí día y noche desde que volvimos y yo pensé que tal vez tendrías hambre. Además…, no tenía otra cosa que hacer.

—Cassian es un metido.

—Está preocupado por ti. Todos están preocupados. Tú eres la única familia que tiene Cassian. —Todos ellos eran la familia, la única, de todos los demás.

—Aj —dijo ella estudiando un pedazo de papel. Pero me pareció que le gustaba. Un brillo de color me llamó la atención en el suelo, cerca de ella.

Ah, Amren estaba usando el rubí de sangre como pisapapeles.

—¿Rhys te convenció de que no destruyeras Adriata?

Los ojos de Amren brillaron una vez, llenos de tormentas y mares violentos.

—No, no. *Eso* me convenció de no destruir Adriata. —Me señaló la cómoda.

Tendido sobre la cómoda, como una serpiente, había un collar conocido de diamantes negros y rubíes. Yo lo había visto antes… en el tesoro de Tarquin.

—¿Cómo…? ¿Qué…?

Amren sonrió, satisfecha.

—Me lo envió Varian. Para suavizar la declaración de guerra de nuestra enemistad de sangre.

Yo había pensado que la única que podría usar ese collar sería una hembra poderosa y no se me ocurría ninguna más poderosa que la que tenía frente a mí.

—¿Tú y Varian…?

—Tentador pero no. El hijo de puta no sabe si me odia o me desea.

—¿Por qué no las dos cosas?

Una risa baja.

—Claro…

Así empezaron las semanas de espera. Esperábamos que Amren volviera a aprender el lenguaje que ya no hablaba nadie más en el mundo. Esperábamos que las reinas

mortales contestaran la carta en la que les pedíamos un encuentro.

Azriel seguía intentando infiltrar las cortes y seguía sin conseguirlo. En general, yo sabía todo eso a través de Mor, que siempre sabía cuándo volvía Azriel a la Casa del Viento y siempre estaba ahí cuando él aterrizaba.

Me contó poco en general, y todavía menos sobre la frustración que sentía Azriel cuando no conseguía entrar en las cortes, ni hacer que entraran sus espías y de la forma en que eso le estaba afectando el ánimo. Los niveles de calidad que se exigía a sí mismo, me confió Mor, se parecían mucho al sadismo.

Era casi imposible conseguir que Azriel se tomara un tiempo para sí mismo, un instante siquiera, un tiempo que no involucrara trabajo o entrenamiento. Y cuando le señalé que Azriel había ido a Rita's cada vez que ella se lo pedía, Mor se limitó informarme que le había llevado *cuatro siglos* conseguir que la acompañara. A veces, yo me preguntaba qué estaría pasando en la Casa del Viento cuando Rhys y yo nos quedábamos en la casa de la ciudad.

En realidad, yo hacía visitas solamente de mañana, cuando llenaba la primera parte de mi día con el entrenamiento de Cassian; él y Mor habían decidido señalarme qué comida me convenía para volver a tener el peso que había perdido, para volver a ser fuerte y rápida. Y a medida que fueron pasando los días, pasé de defensa física a manejo de la espada ilyria, y el arma era tan buena que un día casi le arranqué el brazo a Cassian.

Pero estaba aprendido a usarla… Lentamente. Con dolor. Y tuve un recreo, una mañana, cuando él se fue al reino humano para ver si mis hermanas habían sabido algo de las reinas y enviar una carta más.

Supuse que ver a Nesta había sido tan malo como cabía esperarse, porque mi lección del día siguiente fue más larga y más dura que las anteriores. Le pregunté cómo había hecho Nesta para enojarlo tanto. Pero él ladró y me dijo que me ocupara de mis propios asuntos y que mi familia estaba llena de hembras mandonas y sabihondas.

Parte de mí se preguntaba si Cassian y Varian no necesitarían comparar información.

De tarde, si Rhys estaba cerca, me entrenaba con él. Mente a mente, poder a poder. Lentamente, trabajamos sobre los dones que me habían dado los altos lores: llama y agua, hielo y oscuridad. Había otros que no conocíamos, que no habíamos descubierto, eso lo sabíamos. Para mí, transportarme seguía siendo imposible. No había conseguido hacerlo desde aquella tarde con el Attor.

Llevaría tiempo, me decía Rhys todos los días cuando yo siempre terminaba ladrándole, llevaría tiempo dominar todo eso.

Él salpicaba cada lección con informaciones sobre los altos lores cuyos poderes había robado yo: Beron, el alto lord cruel y vanidoso de la Corte Otoño; Kallias, el alto lord de la Corte Invierno, astuto y callado; Helion Destructor de Hechizos, el alto lord de la Corte Día, cuyas mil bibliotecas había saqueado personalmente Amarantha,

y cuyo pueblo inteligente era experto en hechicería y en archivar el conocimiento de Prythian.

Saber de quién venía mi poder, me dijo Rhys, era tan importante como entender la naturaleza del poder mismo. Nunca hablábamos de cambiar de forma ni de los espolones que yo conseguía conjurar a veces. Los hilos que buscaban ese don estaban demasiado enredados, la historia secreta de eso era demasiado violenta, demasiado sangrienta.

Así que aprendí mucho sobre la política y las historias de las otras cortes y sobre los poderes de sus lores y terminé pasando las horas de vigilia y de sueño con llamas en la boca y escarcha entre los dedos. Y todas las noches, agotada por un día de entrenamiento del cuerpo y los poderes, me dejaba ir en un sueño profundo, entrelazado en oscuridad perfumada de jazmines.

Hasta mis pesadillas sentían el cansancio y ya no conseguían despertarme.

En los días en que Rhys tenía obligaciones en otros lugares —manejaba su propia corte, les recordaba quién estaba al mando o juzgaba casos—, yo leía o me sentaba con Amren preparándome para el inevitable viaje a Hybern mientras ella trabajaba en el Libro o caminaba por Velaris con Mor. Las caminatas eran mi actividad favorita y ella era excelente buscando formas de gastar dinero. Una vez, solamente, había mirado la suma que me había destinado Rhys, y me había dado cuenta de que me pagaba de más; de que me pagaba *demasiado*.

Trataba de no sentirme desilusionada en las tardes en que él no estaba, trataba de no admitir que había empezado a esperar lo que hacíamos: sentir que dominaba mis poderes y…, sí, bromear con él. Pero de todos modos, cuando estaba ausente, él me hablaba en las notas que se habían convertido en nuestro raro secreto.

Un día, me escribió desde Cesere, un pueblo en el nordeste donde se había encontrado con las sacerdotisas sobrevivientes para discutir la reconstrucción del templo arruinado por las fuerzas de Hybern. Ninguna de ellas era parecida a Ianthe, me había asegurado.

Cuéntame sobre la pintura.

Yo había contestado desde mi asiento en el jardincito, que me gustaba mucho ahora que la fuente había revivido con la vuelta de un clima más moderado.

No hay mucho que decir.

Cuéntame de todos modos.

Me había llevado un ratito pensar la respuesta, pensar a través de un agujerito que había en mí y enfrentarme a lo que había significado la pintura para mí una vez. Pero escribí:

Hubo un tiempo en el que lo único que yo quería era tener dinero suficiente para mantenernos con vida a mí y a mi familia y pasar los días pintando. Eso era lo único que quería. Para siempre.

Una pausa. Y después, él había escrito:

¿Y ahora?

Ahora, contesté, no sé lo que quiero. Ya no consigo pintar.

¿Por qué?

Esa parte de mí está vacía ahora.

Aunque tal vez esa noche en que yo lo había visto arrodillado en la cama…, tal vez eso había cambiado un poco las cosas. Yo había pensado un rato la oración siguiente, después había escrito: *¿Siempre quisiste ser alto lord?*

Una pausa larga otra vez.

Sí. Y no. Vi cómo mandaba mi padre y supe desde chico que no quería ser como él. Así que decidí ser un tipo diferente de alto lord, quería proteger a mi pueblo, cambiar la forma en que se ve a los ilyrios, eliminar la corrupción tan grande en esta tierra.

Durante un momento, no pude evitar compararlos. Tamlin no había querido ser alto lord. Resentía haberse visto obligado a serlo…, y tal vez, tal vez esa era la razón por la que su corte se había convertido en lo que era. Pero Rhysand, con una visión propia, con el deseo y la voluntad y la pasión para llevarla a cabo… Él sí había construido algo.

Y después había terminado vencido, haciendo de todo para defenderlo.

Eso era lo que él había visto en Tarquin, la razón por la que esos rubíes de sangre lo habían golpeado tanto. Otro alto lord con una visión…, una visión radical para el futuro de Prythian.

Así que le contesté:

Por lo menos, eres un alto lord espectacular y con eso compensas tu manera de seducir.

Él volvió esa tarde, sonriendo como un gato y había dicho sin saludarme:

—¿Un alto lord espectacular?

Le tiré un balde de agua a la cara.

Rhys no se preocupó por protegerse. Se sacudió el pelo como un perro mojado y me mojó toda hasta que al final grité y salí corriendo. La risa de él me persiguió por las escaleras.

Una mañana, cuando me desperté, el invierno estaba soltando la fuerza de su puño y descubrí otra carta de Rhys junto a la cama. No había pluma.

Esta mañana, no hay entrenamiento con tu segundo favorito entre todos los ilyrios. Por fin se dignaron a contestar las reinas. Vienen mañana a casa de tu familia.

Yo no tuve tiempo de ponerme nerviosa. Nos fuimos después de la cena, volamos hacia los reinos humanos que se derretían en la oscuridad, el viento helado en pleno aullido mientras Rhys me sostenía con fuerza.

A la mañana siguiente, mis hermanas estaban listas, las dos en sus mejores vestidos, dignos de cualquier reina, Fae o mortal.

Supongo que yo también.

Había elegido un vestido de gasa y seda, típico de la Corte Noche, con el corte que dejaba ver la piel; los tonos de oro de la tela brillaban en la luz de la media mañana que entraba en una corriente fuerte por las ventanas del comedor. Por suerte, mi padre se quedaría en el continente dos meses más: estaba en medio de una operación comercial desconocida y vital que trataba de concretar en los reinos.

Yo esperé de pie junto a Rhys cerca del hogar; él estaba vestido en el negro de siempre; las alas, invisibles; la cara, una máscara tranquila. Lo único diferente era la corona oscura que llevaba en la cabeza, una guirnalda con la forma de plumas de cuervo. La corona gemela de mi diadema de oro.

Cassian y Azriel monitoreaban todo desde la pared más lejana a la puerta, sin armas a la vista.

Pero los Sifones brillaban y yo me pregunté qué tipo de arma podían inventar con eso si hacía falta. Porque esa había sido una de las exigencias de las reinas para ese encuentro: nada de armas. Aunque los guerreros ilyrios fueran armas en sí mismos.

Con un vestido rojo similar al mío, Mor frunció el ceño mirando el reloj sobre la repisa, los pies inquietos sobre la alfombra adornada. A pesar de que yo quería que ella conociera a mis hermanas, Nesta y Elain estaban tan tensas y tan pálidas cuando llegamos que inmediatamente decidí que ese no era el mejor momento para las presentaciones.

Un día…, un día, los reuniría a todos. Si no moríamos antes en la guerra. Si estas reinas decidían ayudarnos.

Las once.

Había habido otras dos exigencias.

La reunión debía empezar a las once. Ni más temprano. Ni más tarde.

Y habían querido saber todo sobre la casa. La forma y el tamaño de cada habitación. El lugar donde estaban los muebles. El lugar donde estaban las puertas y ventanas. Qué habitación elegiríamos para recibirlas.

Azriel les había presentado todos esos detalles con ayuda de mis hermanas.

El ruido del reloj sobre la repisa era el único sonido.

Y entonces, justo cuando terminaron las campanadas, nos dimos cuenta de que la tercera demanda no había sido solicitada por seguridad solamente.

Se alzó un viento en la habitación y aparecieron cinco figuras flanqueadas por dos guardias: ahí entendí que lo habían exigido porque las reinas sabían transportarse.

Capítulo 40

Las reinas mortales eran un grupo muy variado en cuanto a edad, color, peso y temperamento. La mayor, envuelta en un vestido de lana bordada de un azul muy profundo, tenía la piel marrón, los ojos agudos y fríos y la columna recta a pesar de las arrugas que le cruzaban la cara.

Las dos que parecían de edad intermedia eran dos polos opuestos: una oscura, una clara; una de cara dulce, la otra tallada en granito; una sonriente y otra con gesto adusto. Se habían puesto vestidos en blanco y negro y parecían moverse dentro de un esquema de pregunta y respuesta. Me pregunté cómo serían sus reinos, qué relaciones habría entre ellas. Si los anillos gemelos de plata que tenían en los dedos las ataban de otras formas.

Y las dos reinas más jóvenes… Una era tal vez unos años mayor que yo, de pelo y ojos negros; una astucia cuidadosa le salía de los poros cuando nos miró despacio.

La última reina, la que habló primero, era la más hermosa…, la única hermosa entre ellas. Eran mujeres que, a pesar de la ropa fina, no estaban pensando en el aspecto, a quienes no les interesaba si eran jóvenes o viejas, gordas o flacas, bajas o altas. Esas cosas eran tonterías, problemas secundarios.

Pero esta, esta reina hermosa que tal vez no tenía más que treinta años…

El pelo enrulado era de color oro, como el de Mor, los ojos de color ámbar puro.

Hasta la piel marrón, pecosa, parecía cubierta de polvo de oro. El cuerpo era flexible en los lugares en que ella sabía que eso distraería a los hombres, ágil, llena de gracia. Una leona en piel humana.

—Bienvenidas —dijo Rhysand y se quedó inmóvil mientras los guardias nos miraban con cara de piedra. Y las reinas también nos estudiaban.

El comedor era enorme, lo suficiente para que un movimiento de la cabeza de la reina dorada hiciera que los guardias se corrieran y tomaran posiciones junto a las paredes, las puertas. Mis hermanas, en silencio frente a la ventana, se movieron un poco para dejarles espacio.

Rhys se adelantó hacia ellas. Las reinas respiraron hondo, todas, como si se prepararan. Los guardias pusieron una mano sobre las espadas, un gesto tal vez tonto, un gesto que quería ser casual, y las espadas eran tan grandes y torpes comparadas con las hojas ilyrias… Como si tuvieran una oportunidad…, una sola…, contra nosotros. Contra mí, me di cuenta de pronto y eso me asustó un poco.

Pero eran Cassian y Azriel los que habían venido en el rol de guardias ese día…, en el rol de distracciones.

Rhys inclinó la cabeza levemente y les dijo a las reinas reunidas:

—Os damos las gracias por haber aceptado nuestra invitación. —Levantó una ceja—. ¿Dónde está la sexta?

La reina más anciana, el vestido azul pesado y rico, dijo solamente:

—No está bien, no podía hacer el viaje. —Me miró un instante—. Vos sois la emisaria.

Se me tensó la espalda. Bajo esa mirada, la corona me pareció una broma, una chuchería pero dije:

—Sí. Soy Feyre.

Una mirada filosa hacia Rhysand.

—Y vos sois el alto lord que escribió esa carta tan interesante después de que no contestamos las primeras.

Yo no me atreví a mirarlo. Él había enviado muchas cartas a través de mis hermanas.

No me preguntaste lo que escribí, dijo él de mente a mente; la risa bailó en el lazo. Yo había dejado caer los escudos mentales…, por si necesitábamos comunicarnos sin palabras.

—Sí —dijo Rhysand con un mínimo movimiento de cabeza—. Y ella es mi prima, Morrigan.

Mor caminó hacia nosotros, el vestido púrpura en movimiento sobre un viento espectral. La reina dorada miró con cuidado cada uno de sus pasos, cada respiración. Una amenaza…, de belleza y poder y dominio. Mor llegó hasta donde estaba yo y se inclinó frente a ellas.

—Hace mucho tiempo que no veo a una reina mortal.

La reina vestida de noche se apoyó una mano blanca como la luna sobre la parte

inferior del corsé.

—Morrigan…, *la* Morrigan de la Guerra.

Todos quedaron callados como en sorpresa. Y un poco de miedo y respeto.

Mor volvió a inclinarse.

—Por favor…, sentaos. —Hizo un gesto hacia las sillas que habíamos puesto a bastante distancia unas de otras, lo suficiente para que los guardias pudieran flanquear a las reinas si les parecía correcto.

Las reinas se sentaron casi al mismo tiempo que nosotros. En cambio, los guardias se quedaron en sus puestos, formando un círculo contra las paredes de la habitación.

La reina de cabello dorado alisó sus voluminosas faldas y dijo:

—Supongo que ellas son nuestras anfitrionas. —Una mirada filosa a mis hermanas.

Nesta estaba de pie con la espalda recta pero Elain hizo una reverencia en su vestido rosado.

—Mis hermanas —aclaré.

Los ojos color ámbar se fijaron en mí. En mi corona. Después en la de Rhys.

—Una emisaria que usa una corona de oro. ¿Eso es tradición en Prythian?

—No —dijo Rhysand con suavidad—. Pero le queda tan bien que no puedo resistirme.

La reina dorada no sonrió mientras comentaba:

—Una humana convertida en alta fae…, y ahora está de pie junto a un alto lord en un lugar de honor. Interesante.

Yo mantuve los hombros atrás, el mentón alto. Cassian había estado enseñándome cómo estudiar a un oponente…, ¿qué eran sus palabras sino los movimientos de apertura en otro tipo de batalla?

La mayor le dijo a Rhys:

—Tenéis una hora de nuestro tiempo. Haced que valga la pena.

—¿Cómo es que os transportais? —preguntó Mor desde su asiento junto a mí.

La reina dorada nos dedicó una sonrisa chiquita, burlona…, y contestó:

—Es nuestro secreto y nuestro don; nos lo dieron ustedes.

De acuerdo. Rhys me miró y yo tragué saliva mientras me inclinaba hacia delante en el asiento.

—La guerra está por empezar. Las llamamos para advertirles… y para pedirles un favor.

No habría trucos ni robo ni seducción. Rhys no iba a arriesgarse a mirar dentro de las cabezas de las reinas porque eso podía hacer sonar las alarmas que hubieran puesto alrededor del Libro y destruirlo.

—Sabemos que viene la guerra —dijo la mayor, con la voz como hojas que se quiebran—. Nos estamos preparando desde hace años.

Se hubiera dicho que las otras tres estaban ahí como observadoras y que la mayor

y la de pelo dorado eran las encargadas de llevar adelante la batalla.

Entonces, dije con la voz lo más clara, lo más calma posible:

—Los humanos de este territorio parecen no advertir la amenaza. No vimos ninguna señal de preparativos. —Azriel había dicho eso en las últimas semanas y me había asustado mucho.

—Este territorio —dijo la dorada con frialdad— es una franja de tierra diminuta si la comparamos con la vastedad del continente. No nos interesa defenderlo. Estaríamos desperdiciando los recursos.

No. *No, no…*

Rhys habló muy despacio:

—Seguramente la pérdida de una sola vida inocente ya sería terrible…

La reina mayor plegó las manos flacas, arrugadas, sobre la falda.

—Sí. Perder una vida siempre es espantoso. Pero la guerra es la guerra. Si tenemos que sacrificar este pequeño territorio para salvar a la mayoría, estamos dispuestas.

Yo no me atreví a mirar a mis hermanas. A mirar la casa, que tal vez se convertiría en un castillo en ruinas. Dije, con la voz muy ronca:

—En estas tierras, hay muy buenas personas.

La reina dorada replicó con dulzura:

—Que las defiendan los altos fae de Prythian.

Silencio.

Fue Nesta la que siseó desde atrás.

—Tenemos sirvientes aquí. Con familias. Hay *niños* en estas tierras. ¿Y vos queréis dejarnos en manos de los Fae?

La cara de la mayor se suavizó un tanto.

—No es una opción fácil, muchacha…

—Es la opción de los cobardes —ladró Nesta.

Yo la interrumpí, no quería que nos caváramos una tumba más grande todavía.

—¿Aceptaríais que los Fae defendieran a vuestro pueblo a pesar de lo mucho que nos odiáis?

—¿No es evidente que los Fae tendrían que defenderlos? —preguntó la dorada y la cascada de rulos se le deslizó sobre el hombro cuando inclinó la cabeza a un costado—. ¿No deberían defenderlos de una amenaza que viene de ellos? —Un resoplido—. ¿Acaso no debería derramarse sangre Fae para pagar los crímenes que cometieron los Fae en tantos años?

—Ningún de los dos lados es inocente —replicó Rhys con calma—. Pero podríamos protegerlos sí. Juntos.

—¿Ah, sí? —dijo la mayor; las arrugas se le endurecieron, se hicieron más profundas—. El alto lord de la Corte Noche nos pide que nos unamos a él, que salvemos vidas con él. Que luchemos por la paz. ¿Y las vidas que habéis matado durante vuestra existencia, tan larga, tan horrenda? ¿El alto lord que camina con la

oscuridad y quiebra mentes cuando tiene ganas? —Una risa de cuervo—. Sabemos algunas cosas de vos, sí, se saben incluso en el continente, Rhysand. Sabemos lo que hacéis en la Corte Noche, lo que hacéis con vuestros enemigos. ¿Paz? Sois un macho que funde mentes y tortura por deporte…, no pensaba que conocierais esa palabra.

La rabia empezó a bullirme en la sangre; sentí llamas en los oídos. Pero enfrié ese fuego, que se me había amontonado ahí durante semanas, y lo intenté de nuevo:

—Si no queréis enviar fuerzas para defender a vuestro pueblo, entonces, el artefacto que os pedimos…

—Nuestra mitad del Libro, muchacha —me cortó el graznido de la reina— no sale de nuestro palacio sagrado. No salió de su lugar entre esas paredes desde que nos lo entregasteis como parte del Tratado. Y no va a dejar nunca esas paredes, no mientras tengamos que defendernos de los terrores del Norte.

—Por favor —dije.

Silencio de nuevo.

—Por favor —repetí. Emisaria…, yo era la emisaria; Rhys me había elegido para eso. Para ser la voz de los dos mundos—. La razón por la que me convertí en esto, en una inmortal… me asesinó una de los comandantes de Hybern.

Hubiera jurado que sentí cómo Rhys se encogía dentro de su cuerpo a través del lazo.

—Durante cincuenta años —seguí—, esa comandante aterrorizó a Prythian y cuando yo la vencí, cuando liberé al pueblo, ella me mató. Pero antes de que lo hiciera vi los horrores que desataba sobre humanos e inmortales. Era una sola, una, y era capaz de causar tanta destrucción, tanto sufrimiento… Imaginad lo que haría un ejército de seres iguales a ella. Y ahora su rey planea derrumbar el muro con un arma y destruiros a *todos. Todos*. La guerra va a ser rápida y brutal. Y ustedes no van a ganarla. *Nosotros* no vamos a ganarla. Los sobrevivientes van a ser esclavos y los hijos de sus hijos también… Por favor, por favor, dadnos la otra parte del Libro.

La reina mayor dirigió su mirada a la dorada antes de decir con amabilidad, como para aplacarme:

—Sois joven, muchacha. Tenéis mucho que aprender sobre el mundo…

Rhys habló con una calma letal:

—No seáis condescendiente —dijo. La reina mayor, que era solamente una niña para él, para sus siglos de existencia…, tuvo el buen sentido de parecer nerviosa. Los ojos de Rhys estaban brillantes; la cara, tan llena de furia como su voz—. No insultéis a Feyre por hablar con el corazón, con compasión por quienes no pueden defenderse; vos habláis solamente por egoísmo y cobardía.

La mayor se puso tensa.

—Hablo por el bien común…

—Se han cometido muchas atrocidades en nombre del bien común —ronroneó Rhys.

Una parte de mí estaba impresionada por la forma en que la reina le sostenía la

mirada. Dijo solamente:

—El Libro va a seguir con nosotros. Vamos a capear esta tormenta…

—Es suficiente —interrumpió Mor.

Se puso de pie.

Miró a todas las reinas a los ojos, una por una, mientras decía:

—Soy la Morrigan. Vosotras me conocéis. Sabéis lo que soy. Sabéis que mi don es verdad. Así que ahora vais a oír mis palabras y sabréis que son la verdad…, como lo supieron vuestros antepasados.

Ni una palabra.

Mor hizo un gesto hacia lo que estaba detrás de ella, hacia mí.

—¿Creéis que es simple coincidencia que hayan vuelto a convertir a una humana en inmortal en el mismo momento en que nuestro viejo enemigo vuelve a la superficie? Yo peleé codo a codo con Miryam en la Guerra, peleé junto a ella cuando la ambición y la sed de sangre de Jurian lo enloquecieron y los dos se separaron. Por eso, torturó a Clythia hasta la muerte, y después luchó contra Amarantha hasta que también murió. —Respiró hondo y yo habría jurado que Azriel se le acercaba unos pasos. Mor siguió adelante como un incendio desatado—: Yo marché otra vez hacia la Tierra Negra con Miryam para liberar a los esclavos que habían dejado en la arena ardiente, la esclavitud de la que ella había escapado. Los esclavos a quienes ella había prometido volver. Yo marché con ella, mi amiga. Junto con la legión del Príncipe Drakon. Miryam ya era mi amiga, como es ahora Feyre. Y vuestras antepasadas, las reinas que firmaron el Tratado… Ellas también fueron mis amigas. Y cuando os miro a vosotras… —Mostró los dientes—. Cuando os miro, no veo *nada* de esas mujeres. Cuando os miro, sé que ellas estarían *avergonzadas* de vosotras. ¿Os reís de la paz? ¿De la idea de que podamos establecerla entre nuestros pueblos? —A Mor se le quebró la voz y otra vez, Azriel se acercó con sutileza aunque la cara de ella no revelaba nada—. Hay una isla en una parte olvidada, tormentosa del mar. Una isla vasta, fértil, protegida del tiempo y de ojos enemigos. Y en esa isla siguen viviendo Miryam y Drakon. Con sus hijos. Viven ahí con *los dos* pueblos, Fae y humano, y también con los que están entre los dos. Codo a codo. Prosperaron en esa isla durante quinientos años, durante todo ese tiempo dejaron que el mundo creyera que estaban muertos y…

—Mor —dijo Rhys, un reto suave.

Un secreto, me di cuenta, uno que tal vez había permanecido escondido durante quinientos años.

Un secreto que había sido el combustible de los sueños de Rhysand, de su corte.

Una tierra en la que dos soñadores habían encontrado la paz entre sus pueblos.

Una tierra donde no había muro. Ni guardias de hierro. Ni flechas de fresno.

La reina dorada y la anciana se miraron de nuevo.

Los ojos de la anciana estaban llenos de brillo cuando dijo:

—Necesitamos pruebas. Si vos no sois el alto lord que dicen los rumores, probad

que sois quien decís ser…, un macho de paz.

Había una forma. Solamente una forma de probarlo. De mostrarles.

Velaris.

Mis huesos gritaban de espanto frente a la idea de revelarles a esas… víboras la verdad sobre esa ciudad, esa gema…

Rhys se levantó en un movimiento fluido. Las reinas hicieron lo mismo. La voz de él era como una noche sin luna cuando dijo:

—¿Queréis pruebas? —Yo retuve el aliento, rezando, rezando para que no les dijera nada. Él se encogió de hombros; el hilo de plata de la chaqueta reflejó la luz del sol—. Voy a conseguirla. Esperad que os lo anuncie y volved cuando os llame.

—A nosotras no nos llama nadie, ni humano ni inmortal —dijo la reina dorada.

Tal vez esa era la razón por la que se habían tomado tanto tiempo para contestarnos. Era algún tipo de juego de poder.

—Entonces, venid cuando queráis —dijo Rhys con tanta rabia que los guardias de las reinas dieron un paso adelante. Cassian sonrió, eso solamente y los más sabios palidecieron.

—Lo pensaremos cuando tengamos la prueba. —La anciana casi escupió esas palabras. Una parte de mí me recordó que ella era vieja y real y que sacarle a golpes la mueca burlona de la cara *no* nos ayudaría mucho—. Ese Libro es nuestro y estuvo bajo nuestra protección durante quinientos años. No vamos a entregarlo sin pensarlo dos veces.

Los guardias las flanquearon como si esas palabras hubieran sido una señal prefijada. La reina dorada me sonrió con afectación y dijo:

—Buena suerte.

Después, ya no estaban. El comedor pareció de pronto demasiado grande, demasiado silencioso.

Y fue Elain, *Elain, sí*, la que suspiró y dijo en voz baja:

—Espero que se quemen todas en el infierno.

Capítulo 41

Casi no hablamos durante el vuelo de vuelta y cuando nos transportamos a Velaris. Amren ya estaba esperando en la casa de la ciudad, la ropa arrugada, la cara terriblemente pálida. Yo me hice un recordatorio mental de que tenía que buscarle más sangre apenas pudiera.

Pero en lugar de reunirnos en el comedor o la sala, Rhys caminó por el pasillo, las manos en los bolsillos, pasó la cocina y salió al jardín del fondo.

El resto de nosotros se quedó en el vestíbulo, mirándolo, mirando el silencio que irradiaba de él. Como la calma antes de una tormenta.

—Entonces, salió bien, supongo… —dijo Amren. Cassian le echó una mirada y salió detrás de su amigo.

El sol y el día árido habían entibiado el jardín, y ahora levantaban cabeza unos diminutos pedacitos de verde entre los incontables potes y macetas. Rhys estaba sentado en el borde de la fuente, los brazos alrededor de las rodillas, mirando la piedra marcada por el musgo que tenía entre los pies.

Nos sentamos todos en las sillas de hierro pintadas de blanco. Ah, si los humanos pudieran verlos a todos: inmortales, sentados sobre hierro. Tirarían a la basura esas joyas y chucherías. Tal vez hasta Elain recibiría un anillo de compromiso que no estuviera forjado en odio y miedo.

—Si estás ahí para ponerte melancólico, Rhys —dijo Amren desde su lugar en un banquito—, entonces dímelo y me voy a trabajar de nuevo.

Los ojos color violeta se levantaron hacia ella. Fríos, sin humor.

—Los humanos quieren pruebas de nuestras buenas intenciones. De que pueden confiar en nosotros.

La atención de Amren se desvió hacia mí.

—¿Feyre no fue suficiente?

Traté de no dejar que me dolieran sus palabras. No, yo no había sido suficiente; tal vez podía decirse que había fracasado en mi rol como emisaria.

—Ella es más que suficiente —dijo Rhys con calma letal, y yo me pregunté si había mandado esos pensamientos patéticos por el lazo. Cerré otra vez el escudo—. Son tontas. Peor todavía…, son tontas asustadas. —Estudió el suelo de nuevo como si el musgo seco y la piedra formaran un esquema, un mensaje que nadie conseguía entender excepto él.

—Podemos…, podemos deponerlas —dijo Cassian—. Conseguir reinas nuevas, más inteligentes. Que quieran negociar.

Rhys meneó la cabeza.

—Uno: llevaría demasiado tiempo. Y no lo tenemos. —Yo pensé en las semanas anteriores, esas semanas perdidas, en lo mucho que había intentado Azriel entrar en esas cortes. Si ni siquiera sus sombras y espías conseguían romper esas defensas, yo dudaba de que pudiera hacerlo un asesino. El gesto que le hizo Azriel a Cassian decía lo mismo—. Dos —siguió Rhys—: quién sabe si eso puede impactar en la magia de esa mitad del Libro. Ellas tienen que entregarlo libremente. Es posible que la magia sea tan fuerte que sea una magia capaz de ver nuestras estrategias. —Hizo un ruido con la boca—. Las necesitamos a ellas.

—Podríamos volver a intentarlo —dijo Mor—. Yo puedo hablar con ellas, permíteme volver a ese palacio…

—No —dijo Azriel. Mor levantó las cejas y un color leve tiñó la cara bronceada de Azriel. Pero tenía los rasgos tranquilos, los ojos castaños sólidos—. No vas a poner ni un pie en los reinos humanos.

—Yo luché en la Guerra, sería bueno que recordaras eso…

—No —dijo Azriel de nuevo y se negó a dejar de mirarla. Las alas rasparon la parte trasera de la silla—. Te atarían y te convertirían en un ejemplo.

—Tendrían que atraparme primero.

—Ese palacio es una trampa mortal para nuestra especie —replicó Azriel, con la voz baja y ronca—. Construido por manos Fae para proteger a los humanos de nosotros. Si pones un pie ahí, Mor, no vuelves a salir. ¿Por qué crees que nos cuesta tanto entrar ahí?

—Si entrar en ese territorio no es una opción —interrumpí antes de que Mor dijera lo que le dictaba el temperamento que le tocaba los rasgos, fuera lo que fuese, cosa que seguramente iba a herir al cantor de sombras más de lo que ella quería—, y

si el engaño o la manipulación mental pueden hacer que la magia arruine el Libro… ¿Qué prueba podemos ofrecer? —Rhys levantó la cabeza—. ¿Quién es…, quién es esa Miryam? ¿Quién fue para Jurian y quién es ese príncipe del que hablaste… Drakon? Tal vez ellos podrían usarse como prueba. Aunque fuera para que vean la persona que eres en realidad.

El calor murió en los ojos de Mor y ella puso el pie contra el musgo y la piedra.

Rhys apoyó las manos en las rodillas antes de decir:

—Hace quinientos años, después de la Guerra, hubo un reino Fae al sur del continente. Era un reino de arena que rodeaba el delta fértil de un río. La Tierra Negra. No había lugar más cruel para nacer como humano porque, en ese reino, ningún humano era libre. Todos eran esclavos, obligados a construir grandes templos y palacios para los altos fae que regían ese reino. No había escape, ninguna forma de comprar la libertad. Y la reina de la Tierra Negra… —El recuerdo le tocó la cara.

—Comparada con ella, Amarantha era tan dulce como Elain —explicó Mor con una voz teñida de suave veneno.

—Miryam —siguió Rhys— era media Fae, porque había nacido de madre humana. Y como su madre era esclava y la concepción había sido… contra la voluntad de su madre, también Miryam nació con grilletes; como la consideraban humana…, le negaron todos los derechos como Fae.

—Deja la historia completa para otro momento —interrumpió Amren—. Lo esencial —me dijo a mí— es que Miryam fue regalo de casamiento de la reina a su prometido, Drakon, príncipe Fae extranjero. Él estaba horrorizado y le permitió escapar. Aterrorizada por la rabia de la reina, Miryam huyó por el desierto, a través del mar, cruzó otro desierto… y ahí la descubrió Jurian. Ella se metió en los ejércitos rebeldes y se convirtió en amante del general y sanadora de los guerreros. Hasta que después de una batalla devastadora, atendió a los nuevos aliados de Jurian, incluso los Fae, y ahí estaba el príncipe Drakon. Miryam le había abierto los ojos con respecto al monstruo con quien iba a contraer matrimonio y él había roto el compromiso, había llevado sus ejércitos a la alianza con los humanos, y hacía ya tres años que buscaba a su hermosa esclava. Jurian no tenía idea de que su nuevo aliado deseaba a su amante. Estaba totalmente concentrado en ganar la Guerra, destruir a Amarantha en el Norte. Dejó que esa obsesión lo dominara, se cegó y no vio que Miryam y Drakon se enamoraban a sus espaldas.

—No fue a sus espaldas —ladró Mor—. Miryam terminó todo con Jurian antes de poner un dedo sobre Drakon.

Amren se encogió de hombros.

—Para decirlo en dos palabras, muchacha, cuando Jurian murió a manos de Amarantha, y durante los largos siglos que siguieron, la reina le contó lo de su amante. Que ella lo había traicionado con un macho Fae. Todo el mundo creyó que Miryam y Drakon habían muerto liberando a su pueblo de la Tierra Negra al final de la Guerra…, también Amarantha lo creía.

—Y no murieron —dije yo. Rhys y Mor asintieron—. Entonces, fue una forma de escapar, ¿no es cierto? ¿Para empezar en otra parte con los pueblos de los dos? —Otro par de movimientos de cabeza—. ¿Y por qué no mostrarles eso a las reinas? Tú empezaste a decirles…

—Porque —dijo Rhys—, además de no probar nada sobre *mi* carácter, y es mi carácter lo que más les molesta, sería una grave traición a nuestros amigos. Su único deseo fue permanecer escondidos…, vivir en paz con sus pueblos. Lucharon y sangraron y sufrieron suficiente para conseguir eso. No voy a meterlos en este conflicto.

—El ejército aéreo de Drakon —musitó Cassian— era tan bueno como el nuestro. Tal vez necesitemos llamarlo en algún momento.

Rhys meneó la cabeza. Fin de la conversación. Y tal vez tenía razón: revelar la existencia pacífica de Drakon y Miryam no decía nada de las intenciones de Rhys. De sus méritos y su carácter.

—¿Qué podemos ofrecer entonces? —pregunté—. ¿Qué vamos a mostrarles?

La cara de Rhys estaba blanca.

—Les mostramos Velaris.

—¿Qué? —ladró Mor. Pero Amren le hizo un gesto: silencio.

—No vas a traerlas aquí…, no puede ser —dije yo.

—Claro que no. Los riesgos son demasiado grandes, aunque las trajéramos apenas una noche probablemente eso terminaría en derramamiento de sangre —dijo Rhys—. Así que solamente voy a mostrarles.

—Van a creer que son trucos de la mente —replicó Azriel.

—No —dijo Rhys, poniéndose de pie—. Quiero *mostrarles.*…, jugar con las reglas de ellas.

Amren hizo sonar las uñas una contra las otras.

—¿Qué quieres decir, alto lord?

Pero Rhys se limitó a decirle a Mor:

—Envía un mensaje a tu padre. Vamos a hacerle una visita…, a él y a mi otra corte.

Se me heló la sangre. La Corte de las Pesadillas.

Según parecía, había un globo que poseía la familia de Mor durante milenios: el Veritas. Estaba inundado de la magia de la verdad que ella había dicho que poseía…, ella y también muchos en la línea de sangre. El Veritas era uno de los talismanes más valerosos y guardados.

Rhys no perdió tiempo. Dijo que iríamos a la Corte de las Pesadillas dentro de la Ciudad Tallada al día siguiente, de tarde; nos transportaríamos cerca de la enorme montaña dentro de la cual estaba construida la ciudad y volaríamos el resto del camino.

Mor, Cassian y yo éramos meras distracciones para hacer que la súbita visita de Rhys fuera menos sospechosa…, mientras Azriel robaba el globo de las habitaciones del padre de Mor.

El globo era un objeto conocido entre los seres humanos, lo habían usado como arma en la Guerra, me dijo Rhys mientras cenábamos con tranquilidad. Las reinas lo conocían. Y cuando les mostráramos con el globo, sabrían que lo que veían era la verdad absoluta, no una ilusión ni un truco; algo así como mirar una pintura viva…; sabrían que esta ciudad y su buen pueblo eran una realidad.

Los otros habían sugerido otros lugares en el territorio para probar que Rhys no era un sádico obsesionado por la guerra pero ninguno tendría el impacto de Velaris. Eso dijo Rhys. Por su pueblo, por el *mundo*, él estaba dispuesto a ofrecer a las reinas ese fragmento de verdad.

Después de la cena, vagué por las calles y me descubrí de pronto de pie en el borde del Arcoíris, la noche en pleno movimiento, los artistas y los ciudadanos de a pie y los nobles que paseaban de local en local mirando las galerías, comprando suministros para el arte.

Comparadas con las luces brillantes y los colores fuertes de la pequeña colina que bajaba al río frente a mí, las calles que se abrían a mi espalda estaban en sombras, dormidas.

Yo había estado allí durante casi dos meses y no había tenido el coraje de caminar por el barrio de los artistas.

Pero este lugar… Sí, Rhys iba a arriesgar esa hermosa ciudad, ese pueblo maravilloso, por una oportunidad para conseguir la paz. Tal vez lo que lo llevaba a tomar esa decisión era la culpa por haber protegido eso mientras el resto de Prythian sufría enormemente; tal vez ofrecer Velaris en bandeja de plata era un intento por sacarse de encima ese peso. Me froté el pecho, el dolor que crecía dentro de él.

Di un paso hacia el barrio artístico… y me detuve.

Tal vez debería haberle pedido a Mor que viniera conmigo. Pero ella se había ido apenas terminada la cena, la cara pálida y el ánimo asustado, ignorando el intento de Cassian de hablar con ella. Azriel se había ido también, había volado al encuentro con sus espías. Había prometido a Cassian, que caminaba de un lado a otro, que buscaría a Mor cuando terminase.

Y Rhys…, Rhys ya tenía bastante con todo lo que estaba pasando. Y no había objetado cuando dije que iba a dar una vuelta. Ni siquiera me había advertido que tuviera cuidado. ¿Por confianza, por una fe absoluta en la seguridad de Velaris, o solamente porque se daba cuenta de lo mal que reaccionaría yo si trataba de decirme que no o me hacía una advertencia…? Yo no lo sabía.

Sacudí la cabeza para despejar mis pensamientos mientras miraba otra vez la calle principal del Arcoíris.

En esas últimas semanas, había sentido movimientos en el agujero que tenía dentro del pecho, movimientos de imágenes pero nada sólido. Nada que rugiera de

vida y exigencia. No como la noche en que lo vi arrodillado en la cama, desnudo y tatuado y con alas.

De todos modos, había sido estúpido caminar hacia ese barrio: ese era un lugar que podía terminar destruido en un conflicto cercano. Era estúpido enamorarme de esas calles cuando tal vez me las arrancaran muy pronto.

Así que me di vuelta y volví a casa, como una cobarde.

Rhys me esperaba en el vestíbulo, inclinado contra el poste de la baranda de la escalera. Tenía la cara dura, amargada.

Me detuve en medio de la alfombra de la entrada.

—¿Qué pasa?

—Estoy pensando en pedirte que no vengas mañana. —No se le veían las alas en ninguna parte, ni siquiera una sombra.

Crucé los brazos.

—Pensé que yo era de la partida. —*No me encierres en esta casa, no me apartes…*

Él se pasó una mano por el cabello.

—Lo que tengo que ser mañana…, el que tengo que ser…, no es, no es algo, que quiero que veas. La forma en que voy a tratarte a ti, a otros…

—La máscara del alto lord —dije, con la voz tranquila.

—Sí. —Tomó asiento en el último escalón.

Yo me quedé en el centro del vestíbulo mientras preguntaba con cuidado:

—¿Por qué no quieres que yo vea eso?

—Porque apenas si estás empezando a mirarme así, no como se mira a un monstruo y yo no puedo tolerar la idea de nada de lo que vas a ver mañana…, de estar bajo esa montaña, de ponerte de nuevo en el lugar en el que te encontré.

Debajo de la montaña…, bajo tierra. Yo me había olvidado de eso. Había olvidado que vería la corte que había servido de modelo a la de Amarantha, había olvidado que yo ya había estado atrapada bajo tierra…

Pero con Cassian y Azriel y Mor. Con…, con él.

Esperé que llegara el pánico, el sudor frío. No pasó nada.

—Déjame ayudar. De la forma en que pueda, sea la que sea.

La palidez ensombreció la luz de estrellas en esos ojos.

—El rol que tendrías que jugar no es agradable.

—Confío en ti. —Me senté junto a él en las escaleras, lo bastante cerca como para que el calor de ese cuerpo entibiara el aire frío de la noche que todavía se aferraba a mi abrigo—. ¿Por qué estaba tan perturbada Mor cuando se fue?

La garganta de él tembló un poco. Yo supe que no era desconfianza, era un gesto de rabia y de dolor, sentimientos que le impedían decirme las cosas directamente… Después de un momento, dijo:

—Yo estaba ahí, en la Ciudad Tallada, el día en que mi padre declaró que iban a venderla a ella a Eris, el hijo mayor del alto lord de la Corte Otoño. —El hermano de

Lucien—. Eris era cruel, tenía toda una reputación y Mor…, Mor me rogó que impidiera la boda. A pesar del poder que tiene, de su naturaleza salvaje, ella no tenía voz, no tenía derechos. Y a mi padre ni siquiera le importaba mucho si mis primos usaban a sus descendientes como hembras de cría.

—¿Y qué pasó? —jadeé.

—Me llevé a Mor al campamento ilyrio durante unos días. Y ella vio a Cassian y decidió que haría la única cosa que arruinaría su valor para esa gente. Yo no lo supe hasta después… y fue un desastre. Para Cassian, para ella, para nuestras familias. Y es otra historia muy larga, pero para decirlo en pocas palabras, Eris se negó a casarse con ella. Dijo que la había ensuciado un bastardo, un inmortal menor, y que ahora prefería cogerse a una chancha. Su familia…, ellos… —Yo nunca lo había visto sin palabras. Rhys se aclaró la garganta—. Cuando terminaron, la dejaron en la frontera con la Corte Otoño con una nota clavada al cuerpo que decía que ella ya no era problema de Eris.

Clavada…, una nota *clavada al cuerpo*.

Rhys dijo con una rabia suave:

—Eris la dio por muerta y la dejó en medio de los bosques. Azriel la encontró un día más tarde. Y tuve que hacer mucho para que ella no fuera a esas dos cortes y masacrara a todos.

Pensé en esa cara alegre, en esa risa dulce, en la hembra a la que no le importaba ya lo que creían los demás, si la aprobaban. Tal vez porque había visto el lado peor que su especie tenía para ofrecer. Y había sobrevivido.

Y yo entendía por qué Rhys no podía tolerar a Nesta y por qué, aunque yo ya lo hubiera hecho, no conseguía soltar la rabia que sentía contra las fallas de mi hermana.

El fuego de Beron empezó a arderme en las venas. *Mi* fuego, no el de él. Ni el de su hijo.

Tomé a Rhys de la mano y el pulgar de él me rozó el dorso de la mano. Traté de no pensar en la facilidad de ese roce cuando dije en una voz calma, dura, que casi no reconocí:

—Dime qué tengo que hacer mañana.

Capítulo 42

No, yo no estaba asustada.

No por el rol que Rhys me había pedido que cumpliera. No por el viento enloquecido que nos rodeó cuando nos transportamos hacia una cadena de montañas cubiertas de nieve pero familiares, montañas que se negaban a ceder al beso de la primavera. No por la caída horrible cuando Rhys voló entre los picos y los valles, con rapidez y facilidad. Cassian y Azriel volaban uno de cada lado; Mor se encontraría con nosotros frente a los portones, en la base de la montaña.

La cara de Rhys estaba encogida, los hombros tensos bajo las manos que me sostenían. Yo ya sabía qué esperar pero…, incluso después de que me dijo lo que necesitaba que yo hiciera, incluso después de que dije que sí, él había estado… lejano. Perseguido.

Preocupado por mí, me di cuenta.

Y por esa preocupación, solamente para sacarle esa tensión de la cara aunque fuera durante esos pocos minutos antes de que nos enfrentáramos a su reino de pesadillas, dije por encima del ruido del viento:

—Amren y Mor me dijeron que el ancho de las alas de un macho ilyrio dice mucho acerca del… del tamaño de otras partes.

Los ojos de él fueron directamente a los míos, después a las laderas cubiertas de

pinos más abajo.

—Ah, sí…

Yo me encogí entre sus brazos, tratando de no pensar en el cuerpo desnudo que había visto esa noche tantas semanas antes…, aunque no había visto tanto.

—También dicen que las alas de Azriel son las más grandes.

La travesura bailó en los ojos color violeta llevándose la distancia fría, la tensión. El jefe de espías era una mancha negra contra el cielo azul claro.

—Cuando volvamos a casa vamos a sacar la vara y medimos, ¿te parece?

Yo apreté el músculo del brazo, duro como una roca. Rhys me dedicó una rápida sonrisa antes de girar hacia abajo…

Montañas y nieve y árboles y sol y una caída libre y larga a través de rulos de nubes…

Un alarido ahogado me salió de la boca cuando bajamos. Le pasé los brazos alrededor del cuello en un gesto instintivo. La risa baja me hizo cosquillas en el cuello.

—¿Estás dispuesta a enfrentar mi oscuridad específica y levantar una propia, lista para ir a una tumba bajo el agua y enfrentarte a la Tejedora pero una caidita te hace gritar?

—La próxima vez que tengas una pesadilla voy a dejar que te pudras en ella —siseé, los ojos todavía cerrados y el cuerpo tenso cuando él abrió las alas para llevarnos a un vuelo firme, tranquilo.

—No creo que lo hagas —canturreó él—. Te gusta demasiado verme desnudo.

—Hijo de puta.

La risa de él ronroneó a mi lado. Con los ojos cerrados, el viento gruñía alrededor como un animal salvaje; ajusté mi posición, me aferré a Rhys con más fuerza. Mis nudillos rozaron una de las alas…, suave y fresca como la seda pero dura como piedra cuando estaba estirada.

Fascinante. Volví a estirarme y me atreví a pasar la punta de un dedo sobre un borde interno.

Rhysand tembló, un gruñido suave me pasó junto al oído.

—Eso —dijo, muy tenso— me hace sentir muchas cosas.

Yo alejé el dedo lo más rápido que pude y me separé lo que pude para mirarle la cara. Con el viento, tuve que entrecerrar los ojos, pero él estaba totalmente concentrado en las montañas a nuestro alrededor.

—¿Te hace cosquillas?

Él pasó su mirada hacia mí, después a la nieve y el pinar infinitos.

—Así es como se siente —dijo y se inclinó hacia mí tan cerca que me rozó la oreja con los labios y lo sentí respirar con suavidad. Se me arqueó la espalda, se me movió el mentón bajo la caricia de esa respiración.

—Ah —me las arreglé para decir. Lo sentí sonreír contra el oído y me alejé.

—Si quieres la atención de un macho ilyrio, será mejor que lo agarres de las

pelotas. Estamos entrenados para proteger nuestras alas a toda costa. Si les tocan las alas sin invitación, algunos machos atacan primero, preguntan después.

—¿Y en el sexo? —La pregunta estalló en mí sin aviso.

La cara de Rhys no era más que diversión felina, la vista fija en las montañas.

—En el sexo, un macho ilyrio puede llegar al orgasmo si alguien le toca las alas en el lugar correcto.

Me latía la sangre. Territorio peligroso; más letal que la caída libre.

—¿Es cierto eso en tu experiencia?

Los ojos de él me desnudaron.

—Nunca dejé que nadie me viera las alas ni me las tocara en el sexo. Eso hace que uno se vuelva vulnerable de una forma que… que no me gusta.

—Qué mal —dije y miré en un gesto demasiado casual hacia la gran montaña que aparecía ahora en el horizonte, mucho más alta que las otras. Y sobre la cima, noté, ese palacio brillante de piedra de luna.

—¿Por? —preguntó él, preocupado.

Yo me encogí de hombros luchando contra el tirón de los labios.

—Porque apuesto lo que quieras que podrías conseguir alguna posición interesante con esas alas.

Rhys soltó una risa perruna y me pasó la punta de la nariz por la oreja. Yo sentí que abría la boca para decir algo pero…

Algo oscuro y rápido y flexible vino hacia nosotros y él se lanzó hacia abajo, con un insulto.

Y entonces, llegó otro y otro y otro.

No eran flechas comunes, me di cuenta mientras Rhys viraba y tomaba una con la mano. Otras pasaron sin hacernos daño porque rebotaron contra un escudo que él había desplegado al instante.

Rhys estudió la madera que tenía en la mano y la dejó caer con un siseo. Flechas de madera de fresno. Preparadas para matar inmortales.

Y ahora que yo era inmortal…

Más rápido que el viento, más rápido que la muerte, Rhys se lanzó hacia el suelo. Voló, no se transportó, porque lo que quería saber era dónde estaban nuestros enemigos, porque no quería perderlos. El viento me mordió la cara, me gritó en los oídos, me arrancó el pelo con garras brutales.

Azriel y Cassian se acercaban ya a toda velocidad. Alrededor de los dos había escudos transparentes en azul y rojo…, y las flechas rebotaban. Trabajo de los Sifones.

Las flechas venían desde el bosque de pinos que cubría la montaña; de pronto, ya no vinieron más.

Rhys golpeó el suelo al aterrizar; la nieve se abrió en abanico a su alrededor y a los rasgos de la cara le subió una furia que yo no había visto desde la corte de Amarantha el último día. Sentí esa rabia en latidos contra el cuerpo, la sentí como una

corriente en el claro en el que estábamos de pie.

Azriel y Cassian estuvieron ahí en un instante, los escudos de colores se redujeron hasta convertirse en Sifones. Los tres eran fuerzas de la naturaleza dentro del bosque de pinos; Rhysand ni siquiera me miró mientras le ordenaba a Cassian:

—Llévala al palacio y quédate ahí hasta que yo vuelva. Az, tú te quedas conmigo.

Cassian dio un paso hacia mí pero yo retrocedí.

—No.

—¿Qué? —ladró Rhys, la palabra casi gutural.

—Llévame contigo —dije. No quería ir a ese palacio de piedra de luna a esperar y caminar de un lado a otro y retorcerme las manos.

Cassian y Azriel mantuvieron la boca cerrada en una actitud muy sabia. Y Rhys, la Madre lo bendiga, plegó las alas y cruzó los brazos: esperaba mis razones.

—Yo conozco las flechas de fresno —dije, jadeando un poco—. Puedo llegar a reconocer dónde las hicieron. Y si vinieron de las manos de otro alto lord… También puedo detectar eso. —Si venían de Tarquin…— Y puedo rastrearlas en el suelo como cualquiera de ustedes… —Excepto Azriel, claro—. Así que tú y Cassian vayan por arriba —dije, mientras esperaba el rechazo, la orden para encerrarme—. Y yo cazo en el suelo con Azriel.

La furia que se movía en el claro lleno de nieve se llenó de una rabia demasiado calma, una rabia congelada. Pero Rhys dijo:

—Cassian…, quiero patrullas aéreas en las fronteras sobre el mar, anillos de tres kilómetros, desde Hybern hasta aquí. Quiero soldados de infantería en los pasos de montaña de la frontera sur; y asegúrate de que estén listos los fuegos de advertencia en todos los picos. No vamos a confiar en la magia. —Se volvió hacia Azriel—. Cuando termines, adviérteles a tus espías que tal vez estén comprometidos y prepárate para sacarlos de sus puestos. Envía otros. Mantengan esto donde está. No le contemos a nadie lo que pasó. Si alguien lo menciona, di que fue un ejercicio de entrenamiento.

Porque no podíamos darnos el lujo de dejar que se vieran las debilidades, que las viera cualquiera, incluso sus súbditos.

Los ojos de Rhys llegaron por fin a los míos.

—Tenemos una hora hasta el momento en que nos esperan en la corte. Aprovechémosla.

Buscamos pero las flechas que habían caído ya no estaban, los atacantes se las habían llevado… y ni siquiera las sombras y el viento le dijeron nada a Azriel, como si nuestro enemigo también se hubiera escondido de ellos.

Con esa eran ya dos veces en que ellos sabían dónde estaríamos Rhys y yo.

Veinte minutos después nos encontramos con Mor; ella quería saber qué mierda estaba pasando. Se lo explicamos y fue a tejer una excusa cualquiera que sirviera para

que su horrenda familia no sospechara que estaba pasando algo malo.

Pero una hora después no habíamos encontrado ni una sola huella. Y no podíamos retrasar más la reunión.

La Corte de las Pesadillas estaba detrás de dos portones macizos tallados en la montaña misma. Y desde esa base, la montaña se elevaba hasta tan arriba que no se veía el palacio. Solamente nieve y piedra y pájaros que trazaban círculos en el cielo. No había nadie afuera: ninguna aldea, ninguna señal de vida. Nada que indicara que detrás de esas puertas se movía una ciudad entera.

Pero yo no dejé que se notaran ni mi curiosidad ni esa duda. Mor y yo entramos juntas. Unos minutos más tarde llegarían Rhys, Cassian y Azriel.

Había guardias en los portones de piedra, guardias vestidos no de negro como yo habría esperado sino de gris y blanco, la armadura pensada para fundirse con la cara de la montaña. Mor ni siquiera los miró y yo me dejé llevar en silencio hacia el interior de la ciudad montaña.

Se me tensó el cuerpo apenas me golpearon la oscuridad, el olor de la roca y el fuego y la carne que cocinaban sobre las llamas. Yo había estado ahí antes…, ahí había sufrido…

No era Bajo la Montaña. Eso no era Bajo la Montaña.

En realidad, la corte de Amarantha había sido el trabajo de un chico.

La Corte de las Pesadillas era el trabajo de un dios.

Bajo la Montaña había sido una serie de pasillos y habitaciones y niveles…; eso, eso era una verdadera ciudad.

El camino por el que Mor nos llevó hacia abajo era una avenida y alrededor de las dos, altos en la penumbra, había edificios y escaleras en espiral, casas y puentes. Una metrópolis tallada en la piedra oscura, ni un solo lugar sin marca o algún tipo de arte horrendo o hermoso. Había figuras que bailaban y fornicaban, figuras que rezaban y soñaban. Había pilares tallados como enredaderas de flores nocturnas completamente abiertas. Había agua que corría en pequeños arroyos y ríos que brotaban de la montaña.

La Ciudad Tallada. Un lugar de una belleza tan terrible que era un esfuerzo mantener el asombro y el miedo lejos de la cara. Ya había música que sonaba desde algún lugar y nuestros anfitriones todavía no venían a nuestro encuentro. Los que cruzamos, todos altos fae, estaban vestidos en sus mejores ropas, las caras terriblemente pálidas y frías. Nadie nos detuvo, nadie sonrió, nadie hizo una reverencia.

Mor los ignoró a todos. Ninguna de las dos dijo una sola palabra. Rhys me había dicho que no hablara…, que ahí las paredes tenían oídos.

Mor me guio por la avenida hacia otro par de puertas de piedra, que se abrían en la base de lo que parecía un castillo *dentro* de la montaña. El sitio oficial del alto lord de la Corte Noche.

Había bestias grandes, escamosas, talladas sobre esas puertas, todas enroscadas en

un nido de garras y colmillos, en el sueño o en la lucha, algunas enredadas en un ciclo infinito en el que se devoraban unas a otras. Entre ellas, fluían hojas de jazmín y flores de la luna. Yo habría jurado que las bestias parecían retorcerse en el brillo plateado de las luces mágicas que flotaban sobre la ciudad montaña. Las Puertas de la Eternidad, ese era el título de la pintura que me creció en la mente.

Mor las atravesó: un relámpago de vida y color en ese lugar frío, extraño.

Se había puesto una ropa en el más profundo de los rojos, la gasa y la seda del vestido sin mangas le tocaban los senos y las caderas y los cortes cuidadosos dejaban al aire el vientre y la espalda. Tenía el pelo suelto en ondas y le brillaban bucles de oro sólido alrededor de las muñecas. Una reina…, una reina que no se inclinaba ante nadie, una reina que se había enfrentado a todos y había triunfado. Una reina dueña de su cuerpo, su vida, su destino, una reina que nunca iba a pedir disculpas por eso.

La ropa que yo llevaba —ella se había tomado un momento para ayudarme a vestirme en el bosque—, era parecida, casi idéntica en realidad a la que me había visto obligada a usar Bajo la Montaña. Dos pedazos de tela que casi no me cubrían los senos y que flotaban hasta el ombligo, donde las unía un cinturón que me tomaba la cadera; más abajo una larga corriente que se me enredaba en las piernas y casi no me cubría la espalda.

Pero a diferencia de la gasa y los colores brillantes de entonces, este vestido era de una tela negra, brillante, que titilaba con cada movimiento de la cadera.

Mor me había arreglado el pelo en una corona sobre la cabeza…, justo detrás de la diadema negra, acentuada con pintas de diamantes que brillaban como el cielo de la noche. Me había oscurecido y alargado las pestañas, y pasado una línea malévola de negro por el borde de los ojos. Los labios, pintados de color sangre.

Hacia el interior del castillo, abajo, caminamos. Había más Fae en esa parte, muchos en los pasillos infinitos, y todos nos miraban hasta el aliento. Algunos se parecían a Mor, el pelo color oro y las caras hermosas. Le sisearon varias veces.

Mor les hizo muecas. Una parte de mí deseaba que ella les partiera el cuello.

Por fin llegamos a una habitación cuyo centro era el trono, tallado en ébano pulido. Ahí había más serpientes como las de las puertas de entrada, esta vez, enroscadas alrededor de las incontables columnas que soportaban el techo de ónix. Era tan alto el techo que la penumbra escondía los detalles más finos pero yo sabía que más arriba también había arte. Grandes bestias que vigilaban las manipulaciones y los complots que se llevaban a cabo dentro de la habitación. El trono tenía algunas: una cabeza a ambos lados del respaldo…, como si esas dos víboras vigilaran los hombros del alto lord.

Había una multitud reunida…, y durante un momento, volví a sentirme en la habitación del trono de Amarantha, tan parecida era la atmósfera, la malicia. Tan similar, la tarima del otro lado.

En el camino hacia el trono de ébano se nos cruzó un hombre rubio, hermoso, y Mor se detuvo con suavidad. Sin que ella me dijera absolutamente nada, yo supe que

ese era su padre.

Estaba vestido de negro, un círculo plateado sobre la cabeza. Los ojos castaños, como suelo viejo, cuando le dijo:

—¿Dónde está él?

Ningún saludo, ninguna formalidad. A mí, me ignoró por completo.

Mor se encogió de hombros.

—Él llega cuando quiere.

Y siguió caminando.

El padre me miró. Y yo convertí la cara en una máscara parecida a la de ella. Desinteresada. Fría.

Él me miró los ojos, el cuerpo… y donde yo esperaba burla y muecas de lujuria, no hubo nada. Ninguna emoción. Solamente una distancia sin corazón.

Me apresuré a seguir a Mor antes de que el asco me quebrara la máscara congelada.

Contra las paredes negras había una serie de mesas cubiertas de frutas suculentas y coronas doradas, interrumpidas por carne asada, jarras de sidra, cerveza, tartas, tortas y pequeñas galletas de todos los tamaños y variedades.

Tal vez eso hubiera hecho que se me hiciera agua la boca… si no hubiera sido por los altos fae en sus mejores ropas. Si no hubiera sido por el hecho de que nadie tocaba la comida…, y así el poder y la riqueza quedaban ahí y se desperdiciaban.

Mor fue directamente hasta la tarima en obsidiana y yo me detuve al pie de los escalones mientras ella se acomodaba en su lugar junto al trono y le decía a la multitud, con la voz clara, cruel y astuta:

—El alto lord se acerca. Está de muy mal humor así que os sugiero que, si no queréis ser el entretenimiento de esta noche, os portéis muy pero muy bien…

Y antes de que la multitud empezara a murmurar, lo sentí. Lo sentí…, sí.

La roca que teníamos bajo los pies tembló, un pulso firme.

Los pasos de Rhys. Como si la montaña temblara.

Todos en la habitación se quedaron completamente quietos, callados como la muerte. Como petrificados por el miedo a que la respiración, un movimiento cualquiera pudiera atraer la atención del predador que caminaba despacio hacia nosotras.

Los hombros de Mor estaban altos, el mentón arriba…, una mujer felina, con un orgullo desenfrenado por la llegada del amo.

Recordé mi rol y mantuve el mentón bajo, miré entre las cejas.

Primero aparecieron Cassian y Azriel. El general y el cantor de sombras del alto lord, y también los dos ilyrios más poderosos de la historia ahí mismo, en el umbral de la habitación.

No eran los machos que yo había llegado a conocer.

Enfundados en trajes negros de batalla que les destacaban las formas musculosas, la armadura intrincada, con escamas, los hombros de un ancho imposible, la cara un

retrato de brutalidad sin sentimiento. De alguna forma, me recordaron a las bestias de ébano talladas en los pilares.

Sobre las manos, más Sifones, me di cuenta, más de los que usaban siempre. Un Sifón en el centro del pecho. Uno en cada hombro. Uno en cada rodilla.

Durante un momento, me temblaron las rodillas y entendí por qué les temían tanto los señores de los campamentos. Si un Sifón era suficiente para que la mayor parte de los ilyrios manejara el poder que tenían para matar…, Cassian y Azriel llevaban siete cada uno. *Siete*.

Los cortesanos tuvieron el sentido común de retroceder cuando ellos atravesaron la multitud hacia la tarima. Les brillaban las alas; los espolones en los ápices, suficientemente filosos como para cortar el aire…, casi como si ellos los hubieran puesto a punto especialmente.

Cassian había puesto la vista en Mor; Azriel miraba a su alrededor, a todos, despacio. La mayoría retrocedió frente a los ojos del jefe de espías…, y temblaron cuando vieron a La que Dice la Verdad, la hoja ilyria que él llevaba sobre el hombro izquierdo. Sin decir una palabra, Azriel, la cara una máscara de muerte bella, les prometió infinitos tormentos, tormentos constantes, y las sombras temblaron a su paso. Yo sabía por qué él hubiera cumplido con mucho placer esas promesas.

Habían tratado de vender a una muchacha de diecisiete años, de entregarla a un matrimonio con un sádico… y después la habían vejado en formas que yo no podía, no quería imaginar. Y ahora, ese pueblo vivía bajo el terror de los tres que estaban de pie en la tarima.

Eso era bueno. Sí, todos ellos hacían muy bien en tenerles miedo.

En tenerme miedo a mí.

Después, llegó Rhysand.

Había soltado el freno que siempre tenía puesto sobre su poder, sobre lo que era. El poder llenaba toda la habitación del trono, el castillo, la montaña. El mundo. No tenía fin y no tenía principio.

No había alas. No había armas. Ninguna señal del guerrero. Nada excepto el alto lord elegante, cruel, que el mundo creía que era. Tenía las manos en los bolsillos, la túnica negra parecía tragarse la luz. Y en la cabeza, llevaba una corona de estrellas.

No había señales del macho que había estado bebiendo en el techo; ninguna señal del príncipe caído arrodillado en la cama. El impacto de su presencia amenazó con barrerme, con arrastrarme.

Ahí…, ahí estaba: el alto lord más poderoso del mundo.

La cara de los sueños y las pesadillas.

Los ojos de Rhys se encontraron con los míos desde el otro lado de la habitación mientras caminaba entre los pilares. Hacia el trono que era suyo por sangre y sacrificio y voluntad. Mi sangre también cantaba frente al poder que latía en él, frente a su belleza absoluta.

Mor bajó de la tarima y se dejó caer sobre una rodilla en una reverencia suave.

Cassian y Azriel hicieron lo mismo.

Y todos los demás en la habitación.

Yo también.

El suelo color ébano estaba tan pulido que me vi los labios pintados de rojo en el reflejo; me vi la cara sin expresión. La habitación estaba tan llena de silencio que oí cada uno de los pasos de Rhys.

—Bueno, bueno —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Parece que por una vez todos llegaron a tiempo.

La cabeza levantada ya pero todavía de rodillas, Cassian le sonrió a Rhys, la encarnación del comandante del alto lord, dispuesto a derramar sangre por él.

Las botas de Rhys se detuvieron justo frente a mis ojos.

Los dedos de él estaban congelados cuando me levantó la cara desde el mentón.

Toda la habitación me miraba, todavía en el suelo. Pero ese era el rol que yo tenía que cumplir. Ser una distracción, una novedad. Los labios de Rhys se curvaron hacia arriba.

—Bienvenida a mi casa, Feyre Rompemaldiciones.

Yo bajé los ojos, las pestañas pesadas de pintura me hicieron cosquillas en la mejilla. Él hizo sonar la lengua, y la fuerza que ejercía sobre mi mentón se hizo más fuerte. Todos notaron la fuerza de los dedos, el ángulo predador de la cabeza cuando dijo:

—Ven conmigo.

Un tirón al mentón y yo me puse de pie. Rhys me pasó los ojos sobre el cuerpo despacio y yo me pregunté si el brillo que había en ellos era solo parte del espectáculo.

Me llevó por los escalones hacia la tarima, hacia el trono. Se sentó, sonriendo en medio de esa corte monstruosa. Se sentó y fue dueño de cada centímetro del trono. De cada uno de los que lo miraban.

Y con un tirón a mi cintura, me sentó en sus rodillas.

La puta del alto lord. La que yo había sido en Bajo la Montaña…, la que todos esperaban que fuera. Frías…, las manos de él estaban tan frías que casi solté un grito.

Seguramente él sintió el movimiento. Un segundo más tarde, las manos estaban tibias. El dedo, que se me curvaba en la parte interior del muslo, se movió en una lenta, larga caricia como si dijera *Perdona*.

Rhys se inclinó hacia mí, puso la boca cerca de mi oído, bien consciente de que sus súbditos todavía no se habían levantado del suelo. Como si ya lo hubieran hecho antes sin permiso, hacía tiempo y hubieran comprendido las consecuencias a la perfección. La otra mano sobre las costillas en círculos perezosos, indolentes, me susurró:

—Trata de que no se te suba a la cabeza.

Yo sabía que todos lo oían. Y él también.

Miré las cabezas bajas, mientras me latía el corazón con fuerza, pero dije con

suavidad de medianoche:

—¿Qué?

El aliento de Rhys me acarició la oreja, un aliento igual al que me había dedicado hacía menos de una hora en el cielo.

—Que no te suba a la cabeza el hecho de que todos los machos están pensando lo que estarían dispuestos a perder para poner esa boquita linda y roja en la de ellos.

Yo esperé que las mejillas se me sonrojaran, que me dominara la timidez.

Pero yo *era* hermosa, era fuerte.

Había sobrevivido…, había triunfado. De la misma forma que Mor había sobrevivido a esa casa horrenda, venenosa…

Así que sonreí un poquito, la primera sonrisa de mi nueva máscara. Los dejé ver la boquita linda, roja, y los dientes rectos, blancos.

La mano de él me subió un poquito por el muslo, el roce de propietario de un macho que sabe que es dueño del cuerpo y el alma de alguien. Antes me había pedido disculpas por eso, por el juego, por los roles.

Pero yo me dejé ir en ese roce, me incliné hacia ese cuerpo tibio, duro. Estaba tan cerca de él que sentía el ronquido profundo de esa voz cuando por fin le dijo a la corte:

—Arriba.

Como una sola persona, todos se levantaron. Gloriosamente aburrida e infinitamente divertida, yo les sonreí a algunos.

Rhys me pasó un nudillo por la parte interior de la rodilla y a mí se me tensaron todos los nervios del cuerpo.

—Vayan a jugar —les dijo él a todos.

Ellos obedecieron y se dispersaron mientras, en un rincón, empezaba a sonar la música.

—Keir —dijo Rhys y la voz atravesó de la habitación cortándola como un rayo a una noche oscura.

Con esa única palabra, consiguió que el padre de Mor viniera al pie de la tarima. Keir volvió a inclinarse, la cara enmarcada en un resentimiento congelado mientras miraba a Rhys, después a mí…, dirigía una mirada rápida a Mor y a los ilyrios. Cassian asintió una vez, un gesto para decirle que recordaba… y nunca olvidaría, lo que había hecho el Administrador de la Ciudad Tallada con su propia hija.

Pero ante quien verdaderamente se encogió Keir fue ante Azriel. Ante La que Dice la Verdad.

Un día, me di cuenta de pronto, Azriel usaría esa hoja contra él. Y se tomaría un rato largo, largo para hundirla.

—Informe —dijo Rhys mientras me pasaba un nudillo por las costillas. Hizo un gesto de despedida a Cassian, Mor y Azriel y el trío se desvaneció en medio de la multitud. Un instante después, Azriel se había desvanecido entre las sombras y ya no estaba. Keir ni siquiera se dio vuelta.

Frente a Rhys, no era más que un chico malhumorado. Pero yo sabía que el padre de Mor era más viejo. Mucho más viejo que un chico. Y que se aferraba al poder…

Y Rhys *era* el poder.

—Bienvenido, milord —dijo Keir, con la voz profunda pulida, suave—. Y bienvenida sea también su…, su invitada.

La mano de Rhys se me apoyó sobre el muslo mientras giraba la cabeza para mirarme.

—Es hermosa, ¿verdad?

—Claro —dijo Keir, y bajó los ojos—. Hay poco que informar, milord. Todo está tranquilo desde vuestra última visita.

—¿Nadie que haya que castigar? —Un gato que juega con la comida.

—No, a menos que queráis que seleccione a alguno, milord.

Rhys hizo sonar la lengua.

—Qué lástima. —Volvió a mirarme, después se inclinó para morderme la oreja con los dientes.

Y que me llevara el diablo, pero yo me incliné hacia él mientras los dientes de él me presionaban y el pulgar de él me subía por el costado del muslo, sobre la piel sensible, un roce largo, lujurioso. Se me soltó y se me tensó el cuerpo al mismo tiempo; y la respiración… el Caldero me maldijera…, el olor de Rhys, cítrico y mar, el poder que le salía por los poros…, ah, la respiración se me apresuró un poco…

Yo sabía que él lo notaba; que sentía ese cambio en mí.

Los dedos de él se quedaron quietos sobre mi pierna.

Keir empezó a mencionar personas que yo no conocía, personas de la corte, informes tontos sobre casamientos y alianzas, enemistades de sangre. Rhys lo dejó hablar.

El pulgar volvió a acariciarme…, esta vez ayudado por el índice.

Un rugido opaco me llenaba los oídos, ahogándolo todo menos el roce en la parte interior de la pierna. La música me latía por dentro, anciana, salvaje.

Los ojos fijos en el Administrador, Rhys hacía gestos vagos con la cabeza cada tanto. Y mientras tanto, los dedos seguían la caricia lenta, firme sobre los muslos, y cada vez estaban más arriba.

Todos nos miraban. Mientras bebían y comían, mientras bailaban en pequeños círculos, todos nos miraban. Yo estaba sentada en las rodillas de él, era su cosa para jugar, y lo que él estaba haciendo con las manos estaba en los ojos de todos…, y sin embargo, para mí, podríamos haber estado solos.

Keir hizo una lista de los gastos y los costos de la corte y Rhys volvió a hacer un gesto vago. Esta vez, la nariz me rozó un lugar entre el cuello y el hombro; después me pasó los labios leves.

Mis senos se llenaron, se volvieron pesados, se tensaron, me dolieron con el dolor que se estaba formando como un charco en el centro de mi cuerpo. El calor me llenó la cara, me llenó la sangre.

Y finalmente, como si su autocontrol terminara de soltarse de la correa que lo sujetaba, Keir dijo:

—Oí los rumores y no los creía. —La mirada se posó en mí, en mis senos, pasó a través de los pliegues del vestido, hasta las piernas, más abiertas que hacía unos minutos, y la mano de Rhys en territorio peligroso—. Pero parece que son ciertos. Ahora la mascota de Tamlin tiene otro amo.

—Deberíais ver cómo la hago rogar —murmuró Rhys, y me pasó la punta de la nariz por el cuello.

Keir puso las manos en la espalda.

—Supongo que la trajisteis para demostrar algo.

—Todo lo que hago es para demostrar algo, vos lo sabéis.

—Claro. Se ve que a esta le gusta que la tengan enfundada en telas de araña y coronas.

La mano de Rhys hizo una pausa y yo me senté más derecha frente al tono, al disgusto. En una voz que pertenecía a otra mujer, dije:

—Tal vez yo decida poneros una correa a vos.

La aprobación de Rhys me golpeó el escudo mental, la mano volvió a trazarme círculos sobre las costillas.

—Le gusta mucho jugar —musitó él sobre mi hombro. Levantó el mentón hacia el Administrador—: Vino.

Una orden pura. Nada de buenos modales.

Keir se puso duro pero se fue caminando despacio.

Rhys no se atrevió a sacarse la máscara pero el beso leve que me dio en la oreja me dijo lo suficiente. Disculpas y gratitud…, y más disculpas. La situación no le gustaba más que a mí. Pero para conseguir lo que necesitábamos, para comprarle tiempo a Azriel…, estaba dispuesto a hacerlo. Y yo haría lo mismo.

Las manos de él entre los senos y las piernas, yo me pregunté qué no daría Rhys de sí mismo. Me pregunté si…, si tal vez la arrogancia y el pavoneo…, si todo eso no marcaba a un macho que creía que, en realidad, no valía mucho.

En el salón, sonó una canción nueva, algo como gotas de miel…, y la música me arrastró hacia un viento rápido, puntuado por tambores constantes, atractivos.

Me di vuelta y estudié la cara de Rhys. No había nada tibio en esos ojos, nada del amigo que yo conocía. Abrí el escudo lo suficiente como para dejarlo entrar. *¿Qué?* La voz flotó dentro de mi mente.

Busqué dentro del lazo que nos unía, acaricié la pared de diamantes color ébano. Se abrió una grieta diminuta…, para mí solamente. Y yo dije dentro de ella: *Eres bueno, Rhys. Eres dulce. Esta máscara no me asusta. Te veo debajo de ella*.

Las manos de él se me tensaron sobre el cuerpo, y los ojos me sostuvieron la mirada mientras él se inclinaba y me ponía la boca contra la mejilla. Esa era respuesta suficiente…, y esa respuesta me desataba.

Me incliné un poco más contra él, las piernas apenas más abiertas. *¿Por qué no*

sigues?, dije dentro de su mente, dentro de él.

Un gruñido casi silencioso resonó contra mí. Él me acarició las costillas de nuevo siguiendo el ritmo de la música, el pulgar otra vez arriba, lo suficientemente arriba para tocarme la parte inferior de los senos.

Dejé caer la cabeza hacia atrás sobre el hombro de él.

Dejé ir a esa parte de mí que oía las palabras de todos: *puta, puta, puta…*

Dejé ir a la parte que decía otras palabras: *traidora, mentirosa, puta…*

Y me limité a ser. Ser, solamente.

Me convertí en la música, los tambores y la cosa oscura, salvaje en los brazos del alto lord.

Los ojos de él brillaban y no por el poder, no por la rabia. Algo rojo, caliente y filoso, algo de oscuridad deslumbrante me estalló dentro de la cabeza.

Le pasé a él una mano por el muslo, sentí la fuerza escondida del guerrero. Arrastré los dedos despacio en una caricia perezosa, lerda, porque necesitaba tocarlo, sentirlo.

Y sentí que estaba por arder, por convertirme en llamas. Estaba por arder ahí, delante de todos, ahí mismo…

Tranquila, dijo él con diversión malévola a través de la grieta en mi escudo. *Si te conviertes en una vela en llamas, el pobre Keir va a tener un ataque. Y vas a arruinar la fiesta.*

Porque el fuego les diría a todos que yo no era la puta, que era normal…, y sin duda Keir les informaría a sus casi aliados de la Corte Otoño. O lo haría algún otro entre todos esos monstruos.

Rhys cambió de lugar los muslos, se frotó contra mí con tanta presión que por un momento, dejó de importarme Keir, o la Corte Otoño, o lo que pudiera estar haciendo Azriel para robar el globo.

Había estado tan fría, tan sola, durante tanto tiempo, y mi cuerpo aullaba con ese contacto, con la alegría de que lo tocaran y lo abrazaran, con la alegría de estar *viva*.

La mano que yo había tenido apoyada en la cintura, se me deslizó sobre el vientre, buscando el cinturón. Yo le apoyé la cabeza entre el cuello y el hombro, y miré a la multitud que me miraba, saboreando cada sitio en el que nos conectábamos y deseando *más, más, más*.

Por fin, cuando a mí ya me hervía la sangre, cuando Rhys empezó a tocarme la parte inferior de los senos con el nudillo, miré hacia el sitio donde estaba Keir, mirándonos, el vino olvidado en la mano.

Los dos lo miramos.

El Administrador miraba sin vergüenza, reclinado contra la pared. No sabía si interrumpirnos o no. Le daba terror hacerlo. *Nosotros* éramos la distracción. *Nosotros* éramos el movimiento de la mano del mago mientras Azriel robaba el globo.

Yo sabía que Rhys seguía sosteniendo la mirada de Keir mientras me ponía la punta de la lengua en el cuello.

Arqueé la espalda, los ojos casi cerrados, la respiración irregular. Hubiera ardido siempre, siempre…

Creo que está tan asqueado que tal vez me hubiera dado el globo de buena gana solamente para poder irse, dijo Rhys dentro de mi mente, la otra mano en un avance peligroso hacia el sur. Pero había tanto dolor ahí, y yo no tenía nada que pudiera esconder la evidencia si él ponía la mano una fracción más abajo…

Tú y yo hacemos un muy buen espectáculo, contesté. La persona que lo dijo, ronca y sucia…, ah, me pareció que yo nunca había oído esa voz en mí, ni siquiera dentro de la mente.

La mano de él se me posó en la parte superior del muslo, los dedos se curvaron.

Gruñí contra él, tratando de alejar las manos de lo que él estaba sabiendo…

Y lo encontré otra vez con fuerza contra la espalda.

Todo pensamiento se me esfumó de la mente. Quedó solamente un temblor de poder mientras yo me retorcía a lo largo de ese hilo. Rhys soltó una risa baja, ruda.

Keir miraba, miraba, miraba. Rígido. Horrorizado. Obligado a quedarse hasta que Rhys le dijera que podía irse…; no pensaba en la razón por la que le dedicábamos el espectáculo. No se preguntaba adónde habría ido el jefe de espías.

Así que me di vuelta otra vez, busqué los ojos brillantes de Rhys y le lamí la columna del cuello. Viento y mar y cítricos y sudor. Sentí que casi me destrozaba.

Miré hacia delante y Rhys me pasó la boca sobre la nuca, justo sobre la columna, y yo me acomodé contra la dureza que empujaba contra mí, insistente, dominante, en el preciso momento en que la mano de él se me deslizaba por el muslo, un poco demasiado arriba.

Sentí que la concentración del predador iba directamente hacia los labios que había tocado ahí. Prueba de la traición de mi cuerpo. Los brazos de él se me apretaron alrededor y me ardió la cara…, tal vez un poco por vergüenza pero…

Rhys sintió mi concentración, mi fuego. *Está bien*, dijo pero esa voz mental sonaba irregular, sin aliento. *No significa nada. Es tu cuerpo que reacciona.…*

¡Porque tú eres tan irresistible! Quería desviar la atención de él pero soné tensa, incluso para mí misma.

Y él rio, seguramente para mi beneficio.

Habíamos bailado uno alrededor de la otra y bromeado; nos habíamos provocado durante meses. Y tal vez era la reacción de mi cuerpo, tal vez era la reacción del *suyo*, pero el gusto de él amenazaba con destruirme, con consumirme y…

Otro macho. Yo había tenido las manos de otro macho sobre el cuerpo cuando Tamlin y yo…

Luchando contra la náusea, me pegué una sonrisa dormida, perdida sobre la cara. Justo cuando Azriel hacía su entrada y hacía una señal sutil a Rhys. El globo era suyo.

Mor se deslizó hacia el jefe de espías, pasó una mano de propietaria sobre sus hombros, le dio una vuelta para mirarlo a la cara. La mano herida de Az se le dobló

alrededor de la cintura sin ropa, y la apretó una vez. La confirmación que ella necesitaba.

Entonces, Mor le dedicó una sonrisita que sin duda haría correr rumores y se hundió otra vez en la multitud. Deslumbrante, pura distracción, los dejó pensando. Az había estado ahí todo el tiempo, y ahora pensaban que tal vez ella lo había invitado a su cama.

Azriel miró a Mor, distante y aburrido. Yo me pregunté si estaba tan enloquecido, tan confundido por dentro como yo.

Rhys levantó un dedo hacia Keir, que se acercó, tropezando, con el vino, los ojos fijos en su hija. Apenas había llegado a la tarima, el poder de Rhys tomó el vino y el vaso flotó hacia nosotros. Rhys lo puso en el suelo junto al trono; esa era una tarea estúpida que le había dado al Administrador para recordarle que no tenía poder, que el trono no era de él.

—¿Debería asegurarme de que no tiene veneno? —dijo, despacio, mientras decía dentro de mi mente: *Cassian te está esperando. Vete*.

Rhys tenía la misma expresión llena de sexo en esa cara perfecta…, pero los ojos…, yo no conseguía leer las sombras que vagaban en esos ojos.

Tal vez…, tal vez a pesar de las bromas, después de Amarantha, él *no quería* que una mujer lo tocase de esa forma. Tal vez ni siquiera disfrutaba de que alguien lo deseara así.

A mí me habían torturado y atormentado, pero los horrores que había sufrido él habían llegado a otro nivel.

—No, milord —gruñó Keir—. Nunca me atrevería a haceros daño. —Otra distracción, esa charla. Yo tomé eso como una señal para levantarme y caminar hacia Cassian, que estaba junto a un pilar y mostraba los dientes a cualquiera que se le acercara.

Sentí los ojos de la corte sobre mí, los sentí mientras todos olían delicadamente lo que yo llevaba escrito sobre el cuerpo. Pero cuando pasé junto a Keir, con el alto lord a mis espaldas, él siseó en una voz tan baja que casi no lo oí:

—Ya vas a recibir lo que te mereces, puta.

La noche estalló en la habitación.

Todos gritaron. Y cuando se aclaró la oscuridad, Keir estaba de rodillas.

Rhys seguía en el trono. La cara, una máscara de rabia congelada.

La música se detuvo. En el borde de la multitud apareció Mor, los rasgos torcidos en una mueca de satisfacción. Y de pronto, Azriel estaba a su lado, demasiado cerca para que fuera por casualidad.

—Disculpaos —dijo Rhys. A mí, me latía el corazón con fuerza frente a esa orden, a esa rabia.

Los músculos se tensaron en el cuello de Keir; le brotó sudor del labio.

—Dije —entonó Rhys con una calma horrible— que os disculparáis.

El Administrador gruñó. Y un instante después…

El ruido de un hueso que se quiebra. Keir gritó.

Y yo miré…, miré mientras el brazo del macho se partía no en dos, no en tres sino en cuatro partes, la piel tensa y suelta en lugares incorrectos…

Otro ruido. Se le desintegró el codo. A mí se me dio vuelta el estómago.

Keir empezó a sollozar; las lágrimas, medio de rabia, medio de dolor a juzgar por el odio que había en esos ojos cuando me miró a mí, después a Rhys. Pero los labios formaron las palabras:

Perdón.

Los huesos del otro brazo se partieron y a mí me costó mucho no encogerme.

Rhys sonrió mientras Keir gritaba de nuevo y ahora le habló a la habitación:

—¿Lo mato por lo que hizo?

Nadie contestó.

Rhys soltó una risita. Dijo a su Administrador:

—Cuando os despertéis, no vais a buscar un sanador. Si me entero de que lo habéis hecho… —Otro ruido. El dedo meñique de Keir cayó bruscamente como bajo la ley de gravedad. El macho aulló. El calor que me había temblado en la sangre se convirtió en hielo—. Si me entero de que lo habéis hecho…, voy a cortaros en pedacitos y después voy a enterrarlos en lugares distintos para que nadie pueda armaros de nuevo.

Los ojos de Keir se abrieron en un gesto de terror puro. Después, como si una mano invisible le hubiera quitado la conciencia, cayó al suelo.

Sin dirigirse a nadie en particular, Rhys dijo:

—Dejadlo en su habitación.

Se despertaría. Eso había dicho Rhys.

Yo me obligué a seguir caminando mientras Rhys pedía a otro cortesano que le diera informes sobre no sé qué trivialidad.

Pero mi atención seguía fija en el trono detrás de mí cuando me quedé junto a Cassian, desafiando a la corte a que se me aproximara, a que jugara conmigo. Nadie lo hizo.

Y durante la larga hora que siguió, seguí concentrada a medias en el alto lord cuyas manos, cuya boca, cuyo cuerpo me habían hecho sentir despierta…, me habían hecho sentir en llamas. Eso no me hacía olvidar, no borraba heridas ni dolores, solamente me hacía sentir… viva. Como si hubiera estado durmiendo durante un año dentro de un ataúd de cristal y él acabara de romperlo y me hubiera sacudido para que yo recuperara la conciencia.

El alto lord cuyo poder no me asustaba. Cuya rabia no me destruía.

Y ahora…, ahora el problema era que ya no sabía en qué lugar me ponía esa sensación.

Con los problemas hasta las rodillas, supuse.

Capítulo 43

El viento rugía alrededor de Rhys y de mí cuando nos transportamos sobre los cielos por encima de su corte. Pero Velaris no nos dio la bienvenida.

En lugar de eso, estábamos de pie junto a un lago de montaña iluminado por la luna, rodeado de pinos, muy alto por encima del mundo. Habíamos dejado la corte como llegamos a ella, con amenazas y provocaciones. Adónde habían ido Cassian, Azriel y Mor con el globo, yo no tenía idea.

Solo en el borde del lago, Rhys dijo con voz muy ronca:

—Discúlpame.

Yo parpadeé.

—No entiendo por qué tendría que disculparte.

Las manos de él temblaban…, como en las secuelas de la furia por las palabras de Keir, por la amenaza que me había susurrado. Tal vez nos había traído ahí antes de volver a casa para tener alguna privacidad, para que sus amigos no nos interrumpieran.

—No debería haberte dejado ir. No debería haberte dejado ver esa parte de nosotros. De mí. —Yo nunca lo había visto tan… herido, tan sin palabras…

—Estoy bien. —No sabía qué sentir frente a lo que habíamos hecho. Una con el otro y a Keir. Pero yo lo había elegido. Usar esa máscara, usar esa ropa. Dejar que él

me tocara. Dije muy lentamente—: Sabíamos lo que teníamos que hacer hoy. Por favor…, por favor no empieces a…, a protegerme. No así. —Él sabía lo que yo quería decir. En Bajo la Montaña, Rhys me había protegido pero la rabia primaria, de macho que acababa de mostrar frente a Keir… Me pasó por la memoria un estudio salpicado de pinturas, destruido.

Rhys siguió hablando, con la voz rasposa.

—Yo no voy a encerrarte *nunca*, nunca voy a obligarte a quedarte atrás. Pero cuando él te amenazó hoy, cuando te llamó… —Puta. Lo que le decían *a él*. Se lo habían dicho en voz baja durante cincuenta años. Yo había oído cómo Lucien se lo escupía en la cara. Él soltó una bocanada de aire—. Es difícil dominar mis instintos…

Instintos. Como si…, como otro que había tenido instintos y lo único que quería era protegerme, esconderme…

—Entonces, deberías haberte preparado mejor —ladré—. Todo iba bien hasta que Keir dijo…

—Voy a *matar* a cualquiera que te haga daño —ladró Rhys—. Los voy a *matar* y me voy a tomar mucho tiempo para hacerlo… —Jadeó—. Adelante. Puedes odiarme…, despreciarme por eso.

—Tú eres mi *amigo* —dije y se me quebró la voz en la palabra. Odié las lágrimas que me corrieron por las mejillas. Ni siquiera sabía por qué estaba llorando. Tal vez por el hecho de que por un momento, todo había parecido verdadero en el trono, con él, por un momento y…, seguramente, seguramente no lo había sido. No para él—. Tú eres mi amigo… y entiendo que eres alto lord. Entiendo que vas a defender a tu corte verdadera, y castigar a los que la amenacen… Pero no puedo…, no quiero que dejes de decirme cosas, de invitarme a hacer cosas porque haya personas que me amenazan.

La oscuridad ondeó alrededor de Rhys y las alas se le abrieron en la espalda.

—Yo no soy él —jadeó—. Y *nunca* voy a ser él, nunca voy a actuar como él. Él te encerró y dejó que te secaras y te murieras…

—Él trató…

—No me compares con él. No se te ocurra compararme.

Las palabras me cortaron. Parpadeé.

—¿Crees que no sé cómo se escriben las historias…, cómo se va a escribir *esta* historia? —Se puso las manos contra el pecho, la cara más abierta, más angustiada que antes—. Soy el lord oscuro, el que robó a la novia de Primavera. Soy un demonio y una pesadilla y voy a terminar mal. Él es un príncipe dorado…, el héroe que va a terminar recibiéndote como recompensa por no morir de estupidez y arrogancia.

Las cosas que amo suelen desaparecer, en general me las arrancan. Eso me había dicho en Bajo la Montaña.

Pero sus palabras me estaban cambiando el humor, esas palabras le hablaban al agujero de miedo que se abría frente a mí, fuera el que fuese.

—Y mi historia, ¿qué? —siseé—. ¿Y *mi* recompensa? ¿Qué pasa con lo que *yo*

quiero?

—¿Y qué es lo que quieres, Feyre?

Yo no tenía respuesta. No lo sabía. Ya no.

—¿Qué es lo que realmente quieres, Feyre?

Me quedé callada.

La risa de él fue amarga, suave.

—Eso pensé. Tal vez deberías tomarte un tiempo para decidirlo uno de estos días.

—Tal vez no sé lo que quiero…, pero por lo menos yo no me escondo detrás de una máscara —murmuré, furiosa—. Por lo menos, dejo que todos vean lo que soy, quebrada y todo. Sí…, es para salvar a tu pueblo. Pero ¿y las otras máscaras, Rhys? ¿Y dejar que tus amigos vean tu verdadera cara? Tal vez es más fácil no hacerlo. ¿Por qué no dejar que alguien entre dentro de ti alguna vez? ¿Qué pasaría si tus amigos vieran *todo* y se fueran? ¿Quién iba a culparlos… quién querría molestarse en convivir con todo ese desastre?

Él se encogió.

El alto lord más poderoso de la historia se encogió frente a mí. Y yo supe que lo había golpeado con fuerza, hasta muy abajo.

Lo había golpeado con demasiada fuerza. Demasiado abajo.

—Rhys —dije.

—Vamos a casa.

La palabra colgó entre los dos y yo me pregunté si él la retiraría…, mientras yo esperaba que mi boca dijera que Velaris no era mi casa. Pero la idea de los cielos claros, limpios de Velaris bajo la puesta de sol, el brillo de las luces de la ciudad…

Antes de que pudiera decirle que sí, él me tomó la mano, y sin mirarme, me llevó lejos.

El viento estaba vacío cuando rugió a nuestro alrededor; la oscuridad, fría y desconocida.

Y sí, en la casa de la ciudad, nos esperaban Cassian, Azriel y Mor. Yo les di las buenas noches mientras ellos emboscaban a Rhysand buscando respuestas: querían saber qué había dicho Keir para provocarlo.

Yo seguía dentro de ese vestido…, que me parecía vulgar bajo la luz de Velaris, pero me descubrí camino al jardín, como si la luz de la luna y la noche fría pudieran limpiarme la mente.

Aunque, si era sincera…, lo estaba esperando a él. Lo que le había dicho…

Yo era la horrenda, yo era el monstruo. Él me había contado esos secretos, esos puntos vulnerables como alguien se los cuenta a una amiga. Y yo se los había tirado a la cara.

Porque sabía que así iba a lastimarlo. Y sabía que no había estado hablando de él, no en realidad.

Pasaron los minutos, la noche seguía siendo lo bastante fría como para recordarme que todavía no había empezado la primavera y temblé, frotándome los brazos mientras la luna cambiaba de lugar en el cielo. Escuché la fuente y la música de la ciudad…; él no vino. Yo no estaba segura de lo que iba a decirle si venía.

Sabía que él y Tamlin eran diferentes. Sabía que esa noche, la rabia protectora de Rhysand había tenido justificación, que yo habría tenido una reacción similar. Yo también había sentido sed de sangre cuando supe los detalles desnudos del sufrimiento de Mor, yo también había querido castigarlos por eso.

Bueno, yo sabía los riesgos. Había sabido que estaría sentada en sus rodillas, tocándolo, usándolo. Había estado usándolo mucho tiempo. Y tal vez debería decirle que no…, que no quería desear ni esperar nada de él.

Tal vez Rhysand necesitaba coquetear conmigo, provocarme tanto como yo, por distracción y para conseguir cierto sentido de normalidad…

Y tal vez yo le había dicho eso porque…, porque me daba cuenta de que tal vez la persona que no dejaba entrar a nadie era yo. Y esa noche, cuando él se encogió frente a mí, cuando vio lo mucho que me afectaba… Ese momento me había arruinado algo dentro del pecho.

Yo me había puesto…, sí, me había puesto celosa. De Cresseida. Me había sentido tan terriblemente desdichada en esa barca porque quería ser yo la que recibiera esas sonrisas.

Y sabía que eso estaba mal, pero…, no creía que Rhys me llamara puta si yo quisiera…, si quería…, si lo deseaba a él. Aunque el tiempo desde lo de Tamlin fuera tan breve.

Ni siquiera lo harían sus amigos, estaba segura. No cuando a ellos los habían llamado eso y más.

Y ellos habían aprendido a vivir…, a amar más allá de eso. A pesar de eso.

Así que tal vez era tiempo de decirle eso a Rhys. De explicarle que yo no quería fingir. No quería hacer que lo que había entre los dos pareciera una broma, o un plan o una distracción.

Y sería duro y yo estaba asustada y tal vez sería difícil de manejar pero… estaba dispuesta a intentarlo… con él. A intentar… ser algo. Juntos. Si era solamente sexo o algo más… o algo más allá, eso yo no lo sabía. Ya lo descubriríamos.

Estaba curada…, o me estaba curando…, lo suficiente para querer intentarlo.

Si él quería intentarlo también.

Si no se daba vuelta y se alejaba cuando yo pusiera en palabras lo que quería: lo quería a él.

No al alto lord, no al macho más poderoso de la historia de Prythian. A él, a él solamente. La persona que me había mandado música a la celda, que había levantado ese cuchillo en la habitación del trono de Amarantha para pelear por mí cuando nadie más se atrevía, y que había seguido peleando por mí desde ese día, negándose a dejar que yo me derrumbara y desapareciera.

Así que lo esperé en el jardín frío, iluminado por la luna.

Pero él no vino.

Y no vino a tomar el desayuno. Ni al almuerzo. No apareció para nada en la casa de la ciudad.

Yo le había escrito una nota en el pedazo de papel que usábamos.

Quiero hablar contigo.

Esperé treinta minutos a que el papel desapareciera.

Pero se me quedó sobre la palma, hasta que lo tiré al fuego.

Estaba tan enojada que me fui a caminar a las calles y casi no noté la tibieza del día, el sol, no noté que ahora hasta el aire parecía lleno de perfume a cítricos y flores silvestres y pasto nuevo. Ahora que teníamos el globo, sin duda él estaría en contacto con las reinas. Que sin duda nos harían perder el tiempo solamente para recordarnos que ellas eran importantes; que ellas también tenían poder.

Parte de mí deseaba que Rhys les aplastara los huesos como había hecho con Keir la noche anterior.

Fui hacia el departamento de Amren del otro lado del río; necesitaba la charla para aclararme la mente.

El invierno ya había retrocedido frente a la primavera. En la mitad del camino, yo ya tenía el abrigo sobre el brazo y el cuerpo cubierto de sudor bajo el suéter color crema.

Encontré a Amren como la había visto la última vez: encogida sobre el Libro; los papeles, extendidos a su alrededor. Ya había visto la sangre sobre la mesada.

Ella dijo sin levantar la vista:

—Ah. La razón por la cual Rhys me mordió esta mañana…

Yo me recliné sobre la mesada, el ceño fruncido.

—¿Dónde se fue?

—A cazar lo que te atacó ayer.

Si había flechas de fresno en el arsenal de nuestros enemigos… Traté de calmar el miedo que me mordía por dentro.

—¿Crees que fue la Corte Verano? —El rubí de sangre seguía en el suelo, seguía siendo solamente un pisapapeles para defender los papeles de las brisas del río que entraban por las ventanas abiertas. El collar de Varian estaba junto a la cama. Como si ella se durmiera mirándolo.

—Tal vez —dijo Amren y pasó un dedo sobre una línea de texto. Sin duda estaba muy concentrada… Ni siquiera se preocupaba por la sangre. Pensé en irme. Pero ella siguió—: Sea como sea, parece que nuestros enemigos rastrean la magia de Rhys. Lo cual significa que lo encuentran cada vez que se transporta, vaya donde vaya, y cada vez que usa sus poderes. —Por fin levantó la vista—. Ustedes dos se van en dos días. Rhys quiere que te quedes en uno de los campamentos ilyrios…, y desde ahí vas a

volar a las tierras humanas cuando nos llamen las reinas.

—¿Por qué no hoy?

—Porque mañana de noche es la Caída de las Estrellas…, la primera que pasamos juntos en cincuenta años. Se espera que Rhys esté aquí, con su pueblo.

—¿Qué es la Caída de las Estrellas?

Los ojos de Amren titilaron.

—Más allá de estas fronteras, el resto del mundo celebra el día de mañana como Nynsar, el Día de las Semillas y las Flores. —Yo casi me encogí cuando oí ese nombre. No me había dado cuenta del tiempo que había pasado desde mi llegada a Noche—. Pero la Caída de las Estrellas…, eso solamente puede verse en la Corte Noche…, solamente en este territorio se celebra la Caída de las Estrellas en lugar de Nynsar. El resto, las razones por las que es así, ya vas a descubrirlo por ti misma. Es mejor que sea una sorpresa.

Bueno, eso explicaba por qué había tantas personas que se preparaban para alguna celebración: altos fae e inmortales que corrían hacia sus casas con los brazos llenos de ramos de flores vibrantes, comida y serpentinas. Todos barrían y lavaban las calles, y había frentes de locales que arreglaban manos rápidas, hábiles.

Pregunté:

—¿Vamos a volver?

Ella volvió al Libro.

—No por un tiempo.

Algo se me hundió dentro del corazón. Para un inmortal, «un tiempo» era…, seguramente un período largo…, muy largo.

Tomé esas palabras como una invitación para irme y caminé hacia la puerta en la parte de atrás del departamento. Pero Amren dijo:

—Cuando volvió después de Amarantha, Rhys era un fantasma. Fingía que no lo era, pero era eso solamente. Tú le devolviste la vida.

Ya no dijo más y yo no supe qué pensar, no ahora que el bien que yo le hubiera hecho, fuera cual fuese, el bien que nos hubiésemos hecho el uno a la otra, tal vez ya no existía por lo que le había dicho el día anterior.

Así que dije:

—Tiene suerte de tenerlos a ustedes.

—No —dijo ella con suavidad, con más dulzura de la que yo le hubiera oído nunca—. *Nosotros* tenemos suerte de tenerlo a él, Feyre. —Me di vuelta desde la puerta—. En mi vida, conocí a muchos altos lores —siguió Amren, la vista fija en el papel—. Crueles, astutos, débiles, poderosos. Pero nunca uno que soñara. No como sueña él.

—¿Sueños de qué? —jadeé yo.

—Sueños de paz. De libertad. De un mundo unido, un mundo en flor. De algo mejor… para todos nosotros.

—Él cree que lo van a recordar como el villano de la historia.

Ella resopló.

—Pero me olvidé de decirle —dije despacio mientras abría la puerta— que el villano suele ser el que encierra a la doncella y tira la llave al río.

—¿Y?

Yo me encogí de hombros.

—Y él fue el que me liberó.

Si te mudaste, escribí después de llegar a casa desde el departamento de Amren, *por lo menos podrías haberme dado las llaves de la casa. Sigo dejando la puerta sin llave cuando salgo. Estoy tentando a todos los ladrones de la ciudad.*

Ninguna respuesta. La carta ni siquiera desapareció.

Lo intenté después del desayuno al día siguiente…, la mañana de la Caída de las Estrellas. *Cassian dice que estás paseando tu mal humor por la Casa del Viento. Qué comportamiento poco digno de un alto lord. ¿Y mi entrenamiento?*

Otra vez, nada.

Ahí fue cuando la culpa y algo más, fuera lo que fuese, empezaron a cambiar dentro de mí. Tuve que hacer un esfuerzo para no romper el papel cuando escribí la tercera carta después del almuerzo.

¿Es un castigo entonces? ¿O es que no hay segundas oportunidades para tu Círculo Íntimo cuando alguien te hace enojar? Eres un cobarde…

Salía del baño, la ciudad en un zumbido de preparativos para las festividades a la caída del sol, cuando miré el papel que había sobre el escritorio.

Y lo vi desaparecer.

Enseguida llegaron Nuala y Cerridwen y me ayudaron a vestirme y yo traté de no mirar todo el tiempo el escritorio mientras esperaba… y esperaba y esperaba la respuesta de Rhys.

No llegó nunca.

Capítulo 44

A pesar de la carta, a pesar del desastre de lo que había entre nosotros, una hora después, cuando miré el espejo, no pude creer del todo la imagen que me devolvió la mirada.

En esas últimas semanas me había sentido tan aliviada por el sueño tranquilo que me había olvidado de agradecer que conseguía conservar la comida en el estómago.

Y ahora, ahora había algo lleno, entero en esa cara, ese cuerpo. El proceso de curación que habría llevado semanas como humana se había apresurado por el milagro de la sangre inmortal. Y el vestido…

Nunca me había puesto nada semejante y dudaba de que volviera hacerlo.

Fabricado con diminutas gemas azules, tan claras que eran casi blancas, el vestido seguía todas las curvas y los valles hasta caer al suelo y formar una lagunita que era como un líquido de luz de estrellas. Las largas mangas me apretaban los brazos, y tenían puños de diamantes en las muñecas. La línea del cuello me llegaba a las clavículas y esa modestia se deshacía por la forma en que se me pegaba el vestido en zonas que yo suponía que le gustaba mostrar a cualquier hembra. Me habían recogido el pelo con dos peinetas de plata y diamantes; la cabellera quedaba así lejos de la cara y después me caía sobre la espalda. Parezco una estrella caída, pensé yo, de pie, sola, en el dormitorio.

Cuando reuní el coraje para subir al jardín de la terraza, Rhysand no estaba en ninguna parte. Las cuentas del vestido siseaban y sonaban contra el suelo cuando caminé por la casa casi oscura, las luces apagadas o muy suaves.

En realidad, la ciudad completa había apagado las luces.

En el techo, había una figura alada, musculosa, y a mí me tropezó el corazón.

Pero entonces, justo en el momento en el que olor me golpeaba de lleno, la figura se dio vuelta. Y algo en mí se hundió un poco cuando Cassian soltó un silbido largo.

—Debería dejar que me vistieran Nuala y Cerridwen.

Yo no supe si sonreír o hacer una mueca.

—No te visten ellas, ya sé, pero estás muy bien a pesar de todo —dije. Y era cierto. Cassian no se había puesto la ropa de batalla ni la armadura; tenía una túnica negra que mostraba el cuerpo de guerrero; el pelo negro, peinado y suavizado; hasta las alas parecían más limpias.

Cassian abrió los brazos. Los Sifones seguían ahí…, un guante largo, sin dedos, de metal que se extendía por debajo de las mangas de la chaqueta.

—¿Lista?

Él era el que me había hecho compañía los últimos dos días y me había entrenado todas las mañanas. Mientras me mostraba detalles del uso de una hoja ilyria, sobre todo cómo abrirle las entrañas a una persona con ella, charlábamos sobre todo: nuestras vidas miserables en la infancia, la caza, la comida… Todo menos Rhysand, claro.

Cassian había dicho una sola vez que Rhys estaba en la Casa del Viento y, según supuse, mi expresión le había dicho que yo no quería saber más. Ahora me sonrió.

—Con todas esas gemas y cuentas…, tal vez seas demasiado pesada para llevarte. Espero que hayas estado practicando cómo transportarte en caso de que te caigas.

—Qué divertido. —Dejé que me levantara en brazos y los dos subimos rápidamente al cielo. Tal vez yo no conseguía transportarme todavía pero deseaba tener alas, de eso me di cuenta. Alas grandes, poderosas para volar como hacían ellos; así tal vez vería el mundo por fin, el mundo y todo lo que tuviera para ofrecerme.

Por debajo de nosotros, las luces que quedaban nos dedicaron un guiño. No había luna; ninguna música subía desde las calles. Silencio…, como el de quien espera algo.

Cassian atravesó la oscuridad callada volando hacia la Casa del Viento. Yo veía a las multitudes reunidas en balcones y patios solamente porque distinguía el brillo de las estrellas sobre las cabelleras de todos; después, cuando nos acercamos, oí el clic de los vasos en el brindis y una charla baja.

Cassian me dejó en el patio lleno que daba al comedor; solamente algunos se volvieron a mirarnos. Desde el interior de la Casa, venía la luz mágica de unas fuentes que iluminaban la comida y las filas interminables de botellas verdes de vino burbujeante sobre las mesas. Cassian se había ido y había vuelto antes de que yo lo

extrañara, y volvió con un vaso que me puso en la mano. Ninguna señal de Rhysand.

Tal vez, iba a evitarme toda la fiesta.

Alguien llamó a Cassian por su nombre desde el fondo del patio y él me tocó en el hombro para avisarme que se iba y se alejó. Un macho alto, la cara en sombras, lo abrazó con fuerza; los dientes blancos, brillantes en la oscuridad. Azriel estaba de pie con el desconocido, las alas bien plegadas para que los invitados no se tropezaran con ellas. Él, Cassian y Mor estaban callados…, lo cual era comprensible. Busqué con los ojos a mis otros…

Amigos.

La palabra me resonaba en la cabeza. ¿Era eso lo que eran?

Amren no estaba en ninguna parte pero vi una cabeza dorada en el mismo momento en que ella me veía a mí y entonces, llegó Mor a mí lado, como una brisa. Se había puesto un vestido blanco puro, poco más que una malla de seda que mostraba bien las hermosas curvas. Una mirada por encima del hombro y ahí estaba Azriel, los ojos fijos en la cintura de Mor; Cassian y el desconocido estaban demasiado hundidos en la conversación para notar lo que había llamado la atención del jefe de espías. Durante un momento, el hambre desatada en la cara de Azriel me tensó el estómago.

Me acordé de sentirme así. Recordé cómo se sentía ceder a ese tipo de hambre. Como casi había hecho yo la noche anterior.

—No falta mucho —dijo Mor.

—¿Para qué? —Nadie me había dicho qué esperar; nadie quería arruinar la *sorpresa* de la Caída de las Estrellas.

—Para que empiece la diversión.

Miré la fiesta a mi alrededor…

—¿No es esta la diversión?

Mor levantó una ceja.

—Ninguno de nosotros está interesado en esta parte. Cuando empiece, ya vas a ver. —Tomó un traguito del vaso de vino espumante—. Ese sí que es un vestido. Tienes suerte de que Amren esté escondida en su desván: si te viera, te lo robaría ahora mismo. Es muy vanidosa.

—¿No tiene tiempo de descansar de la decodificación del Libro?

—Sí y no. Hay algo que la perturba en la Caída de Estrellas, dice ella. ¿Quién sabe? Seguramente lo hace para llevarnos la contra.

Aunque me hablaba, las palabras eran distantes…, la cara un poquito tensa. Yo dije con calma:

—¿Estás…, estás lista para mañana? —Mañana, cuando dejaríamos Velaris para que nadie notara nuestros movimientos.

Mor y Azriel —me lo habían dicho esa mañana, en el desayuno, tensos los dos— volverían a la Corte de las Pesadillas. Para controlar la… recuperación del padre de ella.

Seguramente no era ese el mejor lugar para discutir nuestros planes pero Mor se encogió de hombros.

—No tengo otra opción. Voy a ir contigo al campamento, después sigo mi propio camino.

—Cassian va a estar feliz —dije. Aunque era Azriel el que estaba haciendo todo lo posible por *no* mirarla.

Mor resopló.

—Tal vez.

Levanté la ceja.

—¿Así que ustedes dos…?

Otro gesto con los hombros.

—Una vez. Bueno, ni siquiera. Yo tenía diecisiete, él es apenas un año mayor.

El momento en que había pasado todo…

Y no había oscuridad en esa cara cuando Mor susurró:

—Por el Caldero…, eso sí que fue hace mucho tiempo. Visité a Rhys dos semanas cuando estaba entrenándose en el campamento de guerra y Cassian, Azriel y yo nos hicimos amigos. Una noche, Rhys y su madre tuvieron que volver a la Corte Noche y Azriel se fue con ellos, así que Cassian y yo nos quedamos solos. Y esa noche, una cosa llevó a la otra y…, y yo quería que el primero fuera Cassian. Quería elegir. —Un tercer gesto.

Me pregunté si Azriel había deseado ser el elegido. Si alguna vez lo habría admitido frente a Mor… o a Rhys. Si resentía haberse ido esa noche, si sentía rencor porque Mor no lo había elegido a él.

—Rhys volvió a la mañana siguiente y cuando supo lo que había pasado… —Mor se rio entre dientes—. Tratamos de no hablar del incidente. Él y Cassian… Nunca los vi pelear así. Con suerte, nunca voy a volver a verlo. Sé que Rhys no estaba enojado por mi virginidad, sino más bien por el peligro que corría yo por haberla perdido. *Azriel* estaba todavía más enojado pero dejó que Rhys se ocupara de los golpes. Sabían lo que haría mi familia cuando supiera que yo me había rebajado con un bastardo, un inmortal inferior. —Se pasó una mano sobre el vientre como si todavía sintiera el clavo que lo había atravesado—. Tenían razón.

—Y tú y Cassian —dije porque quería pasar a otro tema, dejar atrás esa oscuridad —, ¿nunca estuvieron juntos después de eso?

—No —dijo Mor, riendo en voz baja—. Yo estaba desesperada; estaba muy inquieta esa noche. Lo elegí no solo porque era dulce sino también porque quería que mi primera vez fuera con uno de los legendarios guerreros ilyrios. Y miré una vez, una sola, a Cassian y lo supe. Después de que conseguí lo que quería, después de…, de todo, no me gustó que el asunto causara ruido entre él y Rhys o entre él y Az así que… no, nunca más.

—¿Y nunca con ningún otro? —¿No lo había hecho con el cantor de sombras, frío, hermoso, que trataba con tanta desesperación de no mirarla con el deseo pintado

en la cara?

—Tuve amantes —aclaró Mor— pero… me aburro. Y Cassian los tuvo también así que no pongas esa expresión de amor no correspondido, de luna de lágrimas, por favor. Él quiere lo que no puede tener… y durante siglos lo irritó que yo me fuera y nunca mirara atrás.

—Ah, lo vuelve loco —dijo Rhys desde detrás de mí y yo salté. El alto lord caminaba en círculos a mi alrededor. Crucé los brazos y él se detuvo y sonrió—. Ya pareces una mujer de nuevo.

—Tú sí sabes cómo hacer un cumplido, primo —dijo Mor y lo palmeó en el hombro; después, vio a unos conocidos y se alejó a darles la bienvenida.

Traté de no mirar a Rhys, que se había puesto una chaqueta negra desabotonada arriba para que la camisa blanca —también desabotonada en el cuello— mostrara los tatuajes del pecho. Traté de no mirarlo… y no lo conseguí.

—¿Piensas seguir ignorándome? —dije, fría.

—Estoy aquí, ahora, ¿verdad? No quiero que vuelvas a llamarme cobarde.

Yo abrí la boca, pero sentí que iba a dejar salir entre los labios las palabras menos indicadas, así que la cerré y busqué a Azriel o a Cassian o a cualquiera que quisiera hablar conmigo. Caminar directamente hacia un desconocido estaba empezando a sonarme como una buena alternativa cuando Rhys dijo, con la voz un poco ronca:

—No estaba castigándote. Es que… es que necesitaba tiempo.

Yo no quería tener esa conversación en ese lugar, con tantos alrededor, tantos que podían escucharnos. Así que hice un gesto hacia la fiesta y dije:

—¿Me podrías explicar de qué se trata esta…, esta reunión?

Rhysand dio un paso y se puso detrás de mí mientras me decía en el oído:

—Mira arriba.

Y cuando lo hice, la multitud se quedó callada.

—¿No hay un discurso para los invitados? —murmuré yo. Fácil…, lo único que quería era que todo volviera a ser fácil entre nosotros.

—Hoy no se trata de mí, aunque aquí mi presencia se nota y se agradece —dijo él —. Hoy se trata de eso.

Y señaló…

Una estrella pasó por el cielo, más brillante y más cercana que cualquier otra que yo hubiera visto antes. La multitud y la ciudad gritaron de alegría, levantaron los vasos cuando pasó por encima y solamente bebieron cuando ella desapareció sobre la curva del horizonte.

Me recliné hacia Rhys… y después volví a enderezarme, para salir de ese calor, ese poder y ese perfume. En una posición parecida, habíamos hecho bastante daño ya dentro de la Corte de las Pesadillas.

En ese momento, cruzó el cielo otra estrella que rotaba y giraba sobre sí misma, como si quisiera mostrar su brillo, su belleza. La siguió otra y otra, hasta que hubo una brigada de estrellas en el fondo del horizonte, como si las hubieran echado a

volar cien mil arqueros de arcos inmensos.

Las estrellas cayeron en cascada sobre nosotros, inundando el mundo de una luz azul y blanca. Eran como fuegos artificiales y me quedé sin aliento mirándolas caer y caer.

Nunca había visto nada tan hermoso.

Y cuando el cielo estuvo lleno de luces y las estrellas corrieron y bailaron y fluyeron a través del mundo, empezó la música.

Estuvieran donde estuviesen, todos empezaron a bailar, a hamacarse y a girar sobre sí mismos; algunos se tomaron de las manos y giraron, giraron al ritmo de los tambores, las cuerdas, las arpas que brillaban. No como el crujido y los empujones de la Corte de las Pesadillas sino un baile… alegre, pacífico. Un baile por amor al sonido y al movimiento y a la vida.

Yo me quedé con Rhysand en el borde de todo, atrapada entre el deseo de ver a todos bailando en el patio, las manos levantadas, y el deseo de no perderme a las estrellas que pasaban, más y más cerca, tanto que sentí que podría haberlas tocado si me hubiera inclinado hacia el cielo.

Y ahí estaban Mor y Azriel… y Cassian. Los tres bailaban juntos, la cabeza de Mor vuelta hacia el cielo, los brazos levantados; la luz de las estrellas, como un brillo sobre el blanco puro del vestido. Mor bailaba como si esa fuera la última vez, flotando entre Azriel y Cassian como si los tres fueran una unidad, un solo ser.

Yo miré detrás de mí y vi a Rhys que también los miraba, la cara suave. Triste.

Separados durante cincuenta años, vueltos a reunir solamente para que volvieran a separarlos en la lucha por la libertad.

Rhys vio mi mirada y dijo:

—Ven. Hay una vista mejor. Más tranquila. —Me tendió la mano.

La tristeza, el peso seguían en sus ojos. Y yo no toleraba verla ahí, como no toleraba ver a mis tres amigos que bailaban juntos como si esa fuera la última vez.

Rhys me llevó a un pequeño balcón privado en el nivel superior de la Casa del Viento. Más abajo, en los patios, la música seguía sonando, todos seguían bailando, las estrellas pasaban rodando, muy cerca, muy rápido.

Él me soltó y yo me senté sobre la baranda del balcón. Y apenas miré hacia abajo, decidí que no y retrocedí un paso.

Rhys se rio.

—Si te cayeras, yo me molestaría en salvarte antes de que llegaras al suelo, lo sabes.

—¿Pero no antes de que yo estuviera bien cerca de la muerte?

—Tal vez.

Yo apoyé una mano sobre la baranda y miré las estrellas que pasaban.

—¿Cómo castigo por lo que te dije?

—Yo también dije cosas horribles —murmuró él.

—No quise decir nada de eso —estallé—. Lo decía más por mí que por ti. Te pido disculpas.

Él miró un momento las estrellas y después contestó:

—Pero tenías razón. Me fui por eso, porque tenías razón. Aunque me alegro de saber que mi ausencia te pareció un castigo.

Yo resoplé, pero agradecí el humor, la forma en que él siempre conseguía divertirme.

—¿Novedades del globo o de las reinas?

—Nada todavía. Estamos esperando que se dignen a contestar.

Nos quedamos callados de nuevo y yo estudié las estrellas.

—No…, no son estrellas, ¿verdad?

—No. —Rhys se me acercó—. Nuestros antepasados pensaron que eran estrellas, pero… Son espíritus que migran una vez por año… Por qué eligen este día para aparecer… nadie lo sabe.

Sentí los ojos de él sobre mí y arranqué la vista de las estrellas. La luz y la sombra pasaron sobre la cara de él. Apenas se oían los gritos de alegría y la música de la ciudad allá, muy abajo, tapados por los ruidos de la multitud en la Casa del Viento.

—Son cientos… —me las arreglé para decir y volví a mirar las estrellas que pasaban.

—Miles —dijo él—. Y siguen viniendo hasta el amanecer. Espero que lo hagan. La última vez que vi la Caída de las Estrellas había menos.

Antes de que Amarantha lo encerrase bajo tierra.

—¿Qué les está pasando?

Me di vuelta a tiempo para verlo encogerse de hombros. Algo se me retorció en el pecho.

—Ojalá lo supiera. Pero siguen viniendo…

—¿Por qué?

—¿Por qué se aferran las cosas a las cosas? Tal vez aman el lugar al que van, sea el que fuere, tal vez lo aman tanto que vale la pena. Tal vez van a seguir volviendo hasta que quede solamente una estrella. Tal vez esa única estrella va a seguir viniendo para siempre, en la esperanza de que algún día, si ella vuelve y vuelve lo suficiente, otra estrella la encuentre.

Yo fruncí el ceño mirando el vino que tenía en la mano.

—Ese…, ese es un pensamiento muy triste.

—Sí. —Rhys apoyó los brazos en el borde del balcón, lo suficientemente cerca como para que yo los tocara con los dedos si me atrevía.

Estábamos envueltos en un silencio calmo, entero. Demasiadas palabras… yo todavía tenía demasiadas palabras para decir.

No sé cuánto tiempo pasó, pero seguramente fue un rato largo, porque cuando él volvió a hablar yo salté.

—Todos los años en que estuve en Bajo la Montaña, cuando llegaba la Caída de las Estrellas, Amarantha se aseguraba de que yo la sirviera. Toda la noche. La Caída de las Estrellas no es un secreto, todos la conocen, hasta la Corte de las Pesadillas se arrastra fuera de la Ciudad Tallada para mirar el cielo. Así que ella sabía…, sabía lo que esta noche significaba para mí.

Yo dejé de oír las celebraciones.

—Lo lamento. —Eso fue lo único que conseguí ofrecerle.

—Yo sobrevivía recordándome que mis amigos estaban a salvo, que Velaris estaba a salvo. Siempre que eso siguiera así, lo demás no me interesaba. Ella podía usar mi cuerpo las veces que quisiera, como quisiera. A mí no me importaba.

—¿Y por qué no estás ahí con ellos? —pregunté mientras me guardaba el horror de lo que le habían hecho en el corazón.

—Ellos no saben…, no saben lo que me hacía ella el día de la Caída de las Estrellas. No quiero arruinarles la noche.

—No se la arruinarías. No lo creo. Estarían felices si los dejaras compartir ese peso contigo.

—¿Como tú confías en otros para que te ayuden con tus problemas?

Nos miramos uno a la otra, tan cerca que compartíamos el aire.

Y tal vez todas las palabras que yo tenía embotelladas dentro mí… tal vez, en realidad, no las necesitaba en ese momento.

Mis dedos tocaron los suyos. Tibios y firmes…, pacientes, como si quisieran esperar a ver qué más haría yo. Tal vez era el vino pero uno de mis dedos acarició uno de los suyos.

Y cuando me volví hacia él del todo, algo cegador, algo que hacía cosquillas me golpeó la cara.

Yo retrocedí, tropezando, gritando mientras me inclinaba, escondiendo la cara contra la luz que veía incluso con los ojos cerrados.

Rhys soltó una risa sorprendida.

Una risa.

Y cuando me di cuenta de que no me habían sacado los ojos de las órbitas, giré hacia él.

—¡Podría haberme quedado ciega! —siseé y lo empujé con el codo. Él me miró a la cara y volvió a reír. Una risa verdadera, abierta y hermosa y encantada.

Yo me sequé la cara y cuando separé la mano de la mejilla, me quedé con la boca abierta. Una luz verde clara, como gotas de pintura, me brillaba en pecas sobre la palma.

Un espíritu de estrella. Yo no sabía si horrorizarme o reírme. O sentir asco.

Cuando me llevé una mano a la cara para terminar de limpiarme, Rhys me tomó la muñeca.

—No —dijo mientras seguía riéndose—. Así, parece que te brillaran las pecas.

Me tembló la nariz y estuve a punto de volver a darle un codazo, y esta vez, no

me hubiera importado si mi nueva fuerza lo sacaba del balcón. Él tenía alas; se las arreglaría.

Me esquivó, giró hacia la baranda del balcón pero no lo hizo con velocidad suficiente para evitar a la estrella que chocó con el costado de su cara.

Rhys saltó hacia atrás y dijo una palabrota. Yo me reí y el sonido me raspó la garganta. No era una queja ni un resoplido: era una risa quebrada.

Y me reí una vez más y otra mientras él bajaba las manos que se había llevado a los ojos.

Tenía manchado todo el costado izquierdo de la cara.

Pintura de guerra del cielo, eso parecía. Y entonces entendí por qué él no quería que yo me sacara la pintura.

Rhys se miraba las manos cubiertas de ese polvo y yo di un paso hacia él y miré la forma en que brillaba y refulgía ese polvo.

Él se quedó quieto como la muerte cuando yo le tomé una de las manos y le tracé la forma de una estrella sobre la parte superior de la palma, jugando con las sombras y el brillo hasta que el dibujo se pareció en algo a una de las estrellas que nos habían golpeado.

Los dedos de él se tensaron bajo los míos y yo levanté la cabeza. Él me estaba sonriendo. Y se parecía tan poco a un alto lord con ese polvo brillante en la cara que yo también le sonreí.

Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había hecho hasta que su sonrisa se desvaneció y se le entreabrió la boca.

—Sonríe otra vez —susurró.

Yo no le había sonreído a él. Nunca. Nunca había reído para él. En Bajo la Montaña ni siquiera le había hecho una mueca, ni una risita. Y después…

Este macho frente a mí… mi amigo…

A pesar de todo lo que él había hecho por mí, yo nunca le había regalado ni una sola de todas esas cosas. A pesar de que ahora acababa de pintar… pintar algo. Sobre él. Para él.

Había… había vuelto a pintar.

Así que le sonreí, una sonrisa abierta, sin restricciones.

—Eres… eres exquisita —jadeó él.

El aire estaba demasiado tenso, había demasiada cercanía entre los dos cuerpos, entre las manos unidas. Pero yo dije:

—Me debes dos pensamientos… sobre el momento en que yo llegué aquí. Dime lo que estás pensando.

Rhys se frotó el cuello.

—¿Quieres saber por qué no te hablé ni te vi? Porque estaba convencido de que ibas a golpearme y tirarme al suelo de culo. Es que… —Se pasó una mano muy lenta sobre el pelo, y soltó una risa—: Pensé que esconderme era mejor como alternativa.

—¿Quién habría pensado que el alto lord de la Corte Noche podía tenerle miedo a

una humana analfabeta? —ronroneé. Él sonrió y me empujó un poquito con el hombro—. Ese fue uno —insistí—. Dime otro.

Los ojos de él se fijaron en mi boca.

—Quisiera volver atrás el beso que te di en Bajo la Montaña.

A veces yo me olvidaba de ese beso, de ese momento en que él me había besado para que Amarantha no supiera que Tamlin y yo habíamos estado juntos en el pasillo olvidado. El beso de Rhysand había sido brutal y muy exigente y sin embargo…

—¿Por qué?

La mirada de él se posó en la mano que yo había pintado como si esa mano fuera más fácil de enfrentar que yo.

—Porque no lo hice placentero para ti y porque estaba celoso y enojado y sabía que me odiabas.

Territorio peligroso, me advertí.

No. Sinceridad, eso era. Sinceridad y confianza. Yo nunca había tenido eso con nadie.

Rhys levantó la vista y nos miramos a los ojos. Y lo que había en mi cara, fuera lo que fuese, era un espejo de lo que había en la de él, creo yo: el hambre, el deseo y la sorpresa.

Tragué saliva con fuerza, le tracé una línea de polvo de estrellas en la parte interior de la muñeca. No creo que él estuviera respirando.

—¿Quieres…, quieres bailar conmigo? —susurré.

Él se quedó tanto tiempo en silencio que yo levanté la cabeza para mirarle la cara. Pero los ojos de él estaban brillantes…, y tenían bordes de plata.

—¿Tú…, tú quieres bailar? —dijo, con la voz ronca, los dedos doblados alrededor de los míos.

Yo señalé con el mentón la celebración, más abajo.

—Ahí…, con ellos. —Donde la música nos llamaba; donde nos llamaba *la vida*. Donde él debería estar, pasando la noche con sus amigos, donde yo también quería estar…, con ellos. Aunque hubiera desconocidos.

No me importaba salir de las sombras, no me importaba *estar* en las sombras, siempre que estuviera con él. Mi amigo en tantos peligros…, mi amigo, que había luchado por mí cuando los demás no estaban ahí para mí, ninguno, ni siquiera yo misma.

—Claro que quiero bailar contigo —dijo Rhys, sin voz todavía—. Toda la noche, si quieres.

—¿Aunque te pise?

—Aunque me pises.

Se inclinó hacia mí, me pasó la boca por la mejilla caliente. Yo cerré los ojos frente al susurro de un beso, frente al hambre que me saqueaba, que, si por mí fuera, podría saquear Prythian. Y alrededor de mí, como si el mundo mismo estuviera cayendo, seguía la lluvia de estrellas.

Había pedacitos de polvo de estrellas en los labios de él cuando se separó de mí, y lo miré, sin aliento, y él sonrió. La sonrisa que el mundo seguramente no vería nunca, la sonrisa que él había abandonado para cuidar a su pueblo, para proteger sus tierras. Me dijo con suavidad:

—Estoy…, estoy tan feliz de haberte conocido, Feyre.

Yo parpadeé contra el ardor que sentía en los ojos.

—Vamos —dije, tirándole de la mano—. Vamos a unirnos a ese baile.

Capítulo 45

El campamento de guerra ilyrio era un lugar congelado, lejos, entre las montañas del norte. Y aparentemente, la primavera era menos que un susurro en esa región.

Mor nos transportó a todos, y Rhysand y Cassian nos protegieron, uno desde cada flanco.

Habíamos bailado. Todos juntos. Y yo nunca había visto más feliz a Rhys: se reía con Azriel, bebía con Mor, bromeaba con Cassian. Yo había bailado con todos y, cuando la noche llegó al amanecer y la música se hizo suave y se llenó de miel, había dejado que Rhys me tomara entre sus brazos y bailara conmigo, despacio, hasta que se fueron todos los otros invitados, hasta que Mor se durmió sobre un sofá en el comedor, hasta que el disco de oro del sol tiñó de amarillo a Velaris.

Él me había llevado volando a la casa de la ciudad a través del rosado y el púrpura y el gris de la aurora, los dos en silencio, y me había besado la frente antes de irse caminando por el pasillo hacia su habitación.

Yo no me mentí a mí misma sobre la razón por la que, durante treinta minutos, esperé a ver si se abría la puerta. O si oía un golpecito. Pero no. Nada.

Horas más tarde, en el almuerzo, teníamos los ojos rojos pero estábamos amables; Mor y Cassian, en un silencio desacostumbrado; la charla, sobre todo entre Amren y Azriel, que habían venido a despedirnos. Amren seguiría trabajando en el Libro hasta

que recibiéramos la segunda parte…, si es que la recibíamos; el cantor de sombras iba a reunir información y manejar a sus espías en las otras cortes mientras trataba de entrar en las humanas. Me las arreglé para hablarles pero la mayor parte de mi energía se iba en *no* mirar a Rhysand, en no pensar en la sensación de su cuerpo contra el mío mientras bailábamos durante horas, en ese roce de la boca de él sobre la piel.

Apenas si había conseguido dormir.

Traidora. Aunque hubiera dejado a Tamlin, yo era una traidora. Hacía dos meses que me había ido, dos solamente. En términos inmortales, seguramente eso era menos que un día.

Tamlin me había dado tanto, había hecho tantas cosas por mí y por mi familia… Y ahí estaba yo, llena de deseo por otro macho aunque odiara a Tamlin por lo que me había hecho, por la forma en que me había fallado. *Traidora*.

La palabra me resonaba con un eco en la mente mientras yo estaba de pie junto a Mor, Rhys y Cassian unos pasos delante, y trataba de ver el campamento sacudido por el viento. Mor apenas si le había dado un rápido abrazo a Azriel antes de decirle adiós. Y para todo el mundo, el jefe de espías no parecía interesado…, hasta que me dedicó una rápida mirada de advertencia. Yo seguía dividida entre la diversión y la rabia que me daba que él supusiera que yo pensaba meter mi nariz en los asuntos de él. Nada menos.

Construido cerca de la cima de una montaña cubierta de bosques, el campamento ilyrio era pura roca desnuda y barro, interrumpidos apenas por un círculo de tiendas primitivas, fáciles de desarmar, junto a grandes pozos preparados para encender fuego. Cerca de la línea de árboles, había una docena de edificios permanentes fabricados con la piedra gris de la montaña. Por esas chimeneas salía el humo y las casas se destacaba en la mañana fría, nublada, sacudida de tanto en tanto por los vientos violentos que pasaban más arriba.

Arriba pasaban volando machos alados camino a otros campos o en acciones de entrenamiento.

En realidad, los rings de pelea y entrenamiento estaban del otro lado del campamento, en un área rocosa que terminaba bruscamente frente a un abismo que caía a pico hacia el pie de la montaña. Había armas guardadas y otras dejadas así, a la intemperie; en los rings dibujados con tiza, se entrenaban machos de todas las edades con palos, espadas, escudos y otras armas filosas. Rápidos, letales, brutales. No había quejas ni gritos de dolor.

Pero no había tibieza ahí, no había alegría. Ni siquiera las casas del otro lado del campamento tenían toques personales…, como si las usaran solamente como refugio o para almacenamiento.

Ese era el lugar en el que habían crecido Rhys, Azriel y Cassian, en el que habían exilado a Cassian para que sobreviviera como pudiera, sin ayuda. Hacía tanto frío que yo temblaba pese al cuero forrado del abrigo. No conseguía imaginarme a un chico

sin ropa adecuada, sin refugio, ni siquiera durante una noche, mucho menos durante ocho años.

La cara de Mor estaba pálida, tensa.

—Odio este lugar —dijo en voz baja, y el calor de lo que decía convirtió en nube el aire frente a ella—. Deberían quemarlo.

Cassian y Rhys estaban callados y seguían así cuando se nos acercó un macho alto, de hombros anchos, flanqueado por otros cinco guerreros ilyrios, las alas bien guardadas, las manos indolentes cerca de las armas.

A pesar de Rhys era capaz de arrancarles la mente sin levantar un dedo.

Todos usaban Sifones de varios colores en el dorso de las manos, las piedras más chicas que las de Azriel y Cassian. Y solamente uno. No los siete que usaban mis dos amigos para dominar su tremendo poder.

El macho que iba primero dijo:

—¿Otra inspección al campamento? Tu perro —y llevó el mentón hacia Cassian — estuvo aquí la semana pasada. Las chicas están entrenándose.

Cassian cruzó los brazos.

—No las veo en el ring.

—Tienen tareas que cumplir primero —dijo el macho, y los hombros se corrieron hacia atrás y las alas se movieron un poco—. Les toca entrenar cuando terminan.

Un ruido venenoso escapó de la boca de Mor, y el macho se volvió hacia nosotras y se puso tenso. Mor le dedicó una sonrisa malvada.

—Hola, lord Devlon.

El líder del campamento, entonces.

Él la miró sin prestarle atención y volvió a poner los ojos en Rhys. El gruñido de advertencia de Cassian me resonó en el vientre.

Por fin, Rhys dijo:

—A pesar de que siempre es agradable veros, Devlon, hay dos asuntos que tratar: Primero, como le informó claramente Cassian, las chicas tienen que entrenarse *antes* de las tareas, no después. Que vayan a los rings. Ahora. —Yo temblé ante el tono de comando. Él siguió diciendo—: Segundo, por ahora, nos vamos a quedar aquí. Vaciad la casa de mi madre. No necesito ninguna ayuda para mantenerla limpia. Nosotros nos ocupamos.

—La casa está ocupada por mis guerreros importantes.

—Desocupadla, entonces —dijo Rhysand con calma—. Y que ellos la limpien antes de irse.

La voz del alto lord de la Corte Noche… que disfrutaba del dolor de los demás y hacía temblar a sus enemigos.

Devlon me olió. Yo reuní todos los pedazos de mi cansancio y le sostuve la mirada.

—¿Otra vez una… una criatura como la que nos trajo una vez? Pensé que ella era única en su género.

—Amren —dijo Rhys con cuidado— os envía saludos. Y en cuanto a *esta*… —Traté de no encogerme frente a esa mirada—. Ella es mía —dijo él con calma pero con suficiente furia como para que Devlon y sus guerreros lo oyeran perfectamente —. Y si alguno de ustedes le pone una mano encima, pierde esa mano. Y después la cabeza. —Traté de no temblar; Cassian y Mor no mostraron ninguna reacción—. Y cuando Feyre termine de matarlos —sonrió Rhys—, voy a reducir vuestros huesos a polvo.

Casi me reí. Pero los guerreros estaban sopesando la amenaza que acababa de poner Rhys alrededor de mí…, y se estaban quedando sin respuestas. Les dediqué una sonrisita, una que le había visto hacer a Amren cientos de veces. Quería invitarlos a preguntarse qué podía hacer yo si me provocaban.

—Nos vamos —dijo Rhys a Cassian y Mor, sin molestarse en despedir a Devlon; empezaron a caminar hacia la línea de árboles—. Volvemos al anochecer. —Le dirigió una mirada a su primo—. Trata de no meterte en líos, por favor. Devlon es el señor de la guerra que menos nos odia y no me gustaría tener que buscar otro campamento.

Ay, Madre, si Devlon era el más moderado, los otros señores de la guerra tenían que ser muy…, muy desagradables.

Mor nos guiñó el ojo a los dos.

—Lo voy a intentar.

Rhys meneó la cabeza y le dijo a Cassian:

—Controla las fuerzas, después asegúrate de que las chicas estén practicando como deben. Si Devlon o algún otro dice algo, haz lo que tengas que hacer.

Cassian sonrió de una forma que me dijo que estaría más que satisfecho si se le daba la oportunidad de cumplir con la orden. Era el general del alto lord…, y sin embargo, Devlon lo llamaba perro. Yo no quería imaginarme lo que había sido para Cassian crecer sin ese título.

Finalmente Rhys me miró de nuevo, los ojos entrecerrados.

—Vamos.

—¿Ya tienes alguna noticia de mis hermanas?

Un movimiento de cabeza.

—No. Azriel está viendo si recibieron una respuesta. Tú y yo… —El viento le movió el cabello mientras sonreía—. Vamos a entrenar.

—¿Dónde?

Él hizo un gesto hacia la tierra más allá, las laderas cubiertas de bosques que había mencionado una vez.

—Lejos de cualquier herida potencial que podamos causar.

Me ofreció la mano mientras abría las alas, el cuerpo listo para la pelea.

Pero lo único que yo oía era las dos palabras que él había dicho, como un eco contra el latido constante de *traidora, traidora*.

Ella es mía.

Estar otra vez en brazos de Rhys, contra su cuerpo, fue una prueba de resistencia. Para los dos. Ver quién iba a hablar de eso primero.

Habíamos estado volando a través de las montañas más hermosas que yo hubiera visto…, nevadas y cubiertas de pinos, hacia estepas ondeadas que empezaban más allá cuando dije:

—¿Estás entrenando hembras ilyrias como guerreras?

—Lo estoy intentando. —Rhys miró a través del paisaje—. Hace mucho, mucho tiempo, prohibí que se le recortaran las alas a nadie pero…, en los campamentos más celosos, en la profundidad de las montañas, sé que siguen haciéndolo. Y cuando Amarantha tomó el poder, empezaron a hacerlo de nuevo en los campamentos más moderados. Para mantener a salvo a sus hembras, dijeron. Durante los últimos cien años, Cassian estuvo tratando de crear una unidad de lucha aérea formada por hembras para probar que las hembras tienen un rol y un lugar en el campo de batalla. Por ahora, entrenó a algunas guerreras dedicadas pero los machos les hacen la vida tan miserable que muchas se van. Y en cuanto a las chicas que están entrenando… —Un siseo—. Es un camino muy largo… Pero Devlon es de los pocos que deja que se entrenen sin hacer demasiado escándalo.

—Yo no diría que desobedecer órdenes es «no hacer demasiado escándalo».

—Algunos campamentos decretaron que si encontraban una hembra en un entrenamiento, la declararían inelegible para todo posible matrimonio. No puedo luchar contra eso, no sin matar a los líderes de los campamentos y criar yo personalmente a todos y cada uno de sus descendientes.

—Y sin embargo…, tu madre los quiso… y ustedes tres tienen los tatuajes de los campamentos.

—Yo acepté los tatuajes en parte por mi madre, en parte para honrar a mis hermanos que luchan todos los días por el derecho a usarlos.

—¿Por qué dejaste que Devlon le hablara así a Cassian?

—Porque sé elegir mis peleas con Devlon, y sé que Cassian se enojaría mucho si me metiera en el medio y le destruyera la mente a Devlon aplastándola como una uva…, eso es algo que él sabe manejar solo.

Sentí que me atravesaba un susurro frío.

—¿Pensaste en hacerlo?

—Acabo de pensarlo, sí. Pero la mayor parte de los lores de los campos nos habrían matado en el Rito de Sangre. Devlon dejó que un mestizo y dos bastardos pasaran ese rito… y no nos negó la victoria.

Los pinos cubiertos de nieve fresca susurraron por debajo de nosotros.

—¿Qué es el Rito de Sangre?

—Tantas preguntas hoy… —Yo le apreté el hombro con la fuerza suficiente como para lastimarlo y él rio un poquito—. Uno se va sin armas a las montañas, la magia está prohibida, no hay Sifones, las alas atadas, sin alimentos ni ropa más allá de lo

que se lleva puesta. Lo hacen todos los otros machos ilyrios que quieran pasar del noviciado a ser guerreros de verdad. Varios cientos se van a las montañas a principios de la semana…, no todos vuelven siete días después.

El paisaje besado por la escarcha seguía y seguía, para siempre, tan duro como los guerreros que lo regían.

—¿Se…, se matan unos a otros?

—La mayoría lo intenta. Para conseguir comida y ropa, por venganza, por la gloria entre clanes enemistados. Devlon nos permitió pasar el Rito…, pero también se aseguró de que Azriel, Cassian y yo termináramos en lugares diferentes.

—¿Y qué pasó?

—Nos encontramos. Nos buscamos; matamos para encontrarnos. Parece que había un buen número de machos ilyrios que querían probar que eran más fuertes, más inteligentes que nosotros. Y parece que se equivocaron.

Me atreví a mirarlo a la cara. Durante un instante, lo vi: bañado en sangre, salvaje, en medio de la pelea y la muerte para llegar hasta sus amigos, para protegerlos y salvarlos.

Rhys bajó en un claro, los pinos tan altos que parecían acariciar el vientre de las nubes pesadas, grises, que pasaban sobre el viento rápido.

—Así que, ¿tú no usas magia pero yo sí? —dije y me alejé unos pasos de él.

—Nuestro enemigo está concentrado en mis poderes. Tú, en cambio, sigues siendo invisible. —Movió una mano—. Veamos adónde llegamos con tanta práctica.

Yo no tenía ganas. Dije, solamente:

—¿Cuándo…, cuándo conociste a Tamlin?

Yo sabía lo que había hecho el padre de Rhysand. No me había permitido pensar demasiado en eso.

En la forma en que Rhys había matado al padre y a los hermanos de Tamlin. Y a la madre.

Pero ahora, después de la noche anterior, después de la Corte de las Pesadillas… Tenía que saber.

La cara de Rhys era una máscara de paciencia.

—Muéstrame algo impresionante y te cuento… Magia a cambio de respuestas.

—Sé qué tipo de juego estás jugando… —Me detuve frente a su mueca burlona —. Muy bien.

Levanté una mano frente a mí, la palma hacia arriba, y deseé que el silencio me llenara las venas, la mente.

Silencio y una calma y un peso, como estar bajo el agua.

En la mano, bailó y se movió una mariposa de agua.

Rhys sonrió un poquito pero la diversión murió cuando dijo:

—Tamlin era más joven que yo…, nació cuando empezó la Guerra. Pero después de la Guerra, cuando llegó a la adultez, nos vimos en varias cortes… —Rhys apretó la mandíbula—. Para ser hijo de un alto lord, parecía decente. Mejor que los hijos de

Beron en la Corte Otoño. Los hermanos de Tamlin no, esos eran tan malos como la familia de Beron. Peor. Y sabían que Tamlin tomaría el título un día. Y como yo era un mestizo ilyrio que tenía que probarse, defender su poder, me di cuenta de lo que estaba sufriendo Tamlin… Y fui su amigo. Lo busqué cada vez que conseguía salir de la corte o los campamentos de guerra. Tal vez es una lástima pero… le enseñé algunas técnicas ilyrias.

—¿Alguien lo supo?

Él levantó las cejas y me miró la mano fijamente.

Yo le hice una mueca burlona y formé pájaros cantores de agua, y los solté a volar por el claro como habían volado a mi alrededor en la Corte Verano.

—Cassian y Azriel lo sabían —dijo Rhys—. Mi familia lo sabía. Y no estaban de acuerdo. —Los ojos color violeta eran pedacitos de hielo—. Pero el padre de Tamlin se sentía amenazado. Por el entrenamiento. Por mí. Y como era más débil que yo y que Tamlin, quiso probarle al mundo que no lo era. Mi madre y mi hermana iban a viajar al campamento ilyrio de guerra para verme. Se suponía que yo iba a encontrarlos a medio camino pero estaba ocupado entrenando a una nueva unidad y decidí quedarme.

Sentí que se me revolvía el estómago una y otra y otra vez y deseé tener algo en lo que pudiera recostarme; Rhys dijo:

—El padre, los hermanos de Tamlin y Tamlin mismo salieron hacia las tierras ilyrias porque conocían, por Tamlin, por *mí*, el lugar donde iban a estar mi madre y mi hermana, sabían que yo tenía planes para verlas. Se suponía que yo iba a estar ahí. No estaba. Y las mataron.

Empecé a mover la cabeza, me ardían los ojos, no sabía lo que quería tratar de negar o borrar o condenar.

—Debería haber sido yo —dijo él y yo entendí…, entendí lo que él había dicho aquel día en que yo lloré frente a Cassian en el pozo de entrenamiento—. Pusieron las cabezas de ellas en cajas y las enviaron por el río…, hasta el campamento más cercano. El padre de Tamlin se quedó con las alas como trofeos. Me sorprende que no las vieras en el estudio.

Yo iba a vomitar; iba a caerme de rodillas y ponerme a llorar.

Pero Rhys miró los animales de agua que yo había fabricado y dijo:

—¿Qué más?

Tal vez fue el frío, tal vez su historia, pero la escarcha me crujió en las venas y la canción salvaje del invierno me aulló dentro del corazón. Lo sentí entonces…, lo fácil que sería saltar entre ellos, *unir* a mis poderes.

Todos mis animales se detuvieron en el aire…, y se congelaron como pedazos de hielo perfectamente tallados.

Uno por uno, cayeron al suelo. Y se rompieron.

Mis poderes eran uno. Habían venido desde el mismo origen oscuro, desde el mismo pozo eterno de poder. Una vez, hacía mucho…, antes de que se inventara el

lenguaje, cuando el mundo era nuevo.

Rhys siguió adelante:

—Cuando lo supe…, cuando mi padre lo supo…, yo no fui totalmente sincero contigo cuando allá, en Bajo la Montaña, te dije que mi padre mató al padre y los hermanos de Tamlin. Yo fui con él. Lo ayudé. Nos transportamos al borde de la Corte Primavera esa noche, después caminamos el resto del camino…, hasta la mansión. Yo maté a los hermanos de Tamlin apenas los vi. Les tomé la mente y, así, indefensos, los corté en pedazos, después les fundí el cerebro dentro del cráneo. Y cuando llegué al dormitorio del alto lord…, él estaba muerto. Y mi padre, mi padre había matado también a la madre de Tamlin.

Yo no conseguía dejar de mover la cabeza. No, no.

—Mi padre había prometido no tocarla. Me había dicho que no éramos el tipo de macho que haría eso. Pero me mintió; lo hizo de todos modos. Y después fue hacia la habitación de Tamlin.

Yo no conseguía respirar, no estaba respirando cuando Rhys dijo:

—Traté de detenerlo. Él no me escuchó. Iba a matarlo también a él. Y yo no podía… Después de toda esa muerte, yo había terminado. No me importaba que Tamlin hubiera estado ahí, que hubiera permitido que mataran a mi madre y mi hermana, que hubiera venido a matarme a mí porque no quería arriesgarse a desafiarlos a ellos. Había terminado con la muerte. Así que detuve a mi padre frente a esa puerta. Él trató de pasar junto a mí. Tamlin abrió la puerta, nos vio… olió la sangre que estaba manchando el pasillo. Y yo no llegué a decir ni una palabra: él mató a mi padre de un solo golpe.

»Sentí cómo el poder pasaba a mí y vi cómo el poder de Primavera se abría en él. Y nos miramos, los dos éramos altos lores ahora… y después yo hui, salí corriendo.

Tamlin había matado a la familia de Rhys. El alto lord al que yo había amado… había asesinado a la familia de su amigo y cuando le pregunté cómo había muerto su familia, me dijo solamente que la había matado una corte rival. Lo había hecho *Rhysand, Rhysand* y…

—Él no te dijo nada de esto.

—Lo…, lo lamento —jadeé yo, con la voz ronca y baja.

—¿Por qué? ¿Qué tuviste que ver?

—No sabía. No sabía que él había…

Y Rhys pensó que yo lo estaba comparando con él…, comparándolo con Tamlin, como si creyera que Tamlin era una especie de modelo…

—¿Por qué te detienes? —dijo él y miró las astillas de hielo sobre la alfombra de agujas de pino.

Los que más amaba… muertos. Asesinados a sangre fría. Asesinados por *Tamlin*.

El claro estalló en llamas.

Las agujas de los pinos desaparecieron, los árboles gruñeron y hasta Rhys soltó una mala palabra cuando el fuego barrió el claro, me arrasó el corazón y devoró todo

a su paso.

Con razón había hecho que Tamlin le rogara de rodillas el día en que nos conocimos. Con razón había buscado cada oportunidad que tenía para provocar a Tamlin. Tal vez mi presencia ahí era solamente para…

No. Yo sabía que eso no era cierto. Sabía que mi presencia ahí no tenía nada que ver con lo que había entre él y Tamlin aunque él hubiera disfrutado la interrupción de la boda. Ese día, él me había salvado.

—Feyre —dijo Rhys cuando el fuego murió.

No, en realidad, no. El fuego seguía ahí…, me ardía en las venas. Crujía detrás de vetas de hielo, de agua.

Y de oscuridad.

Había pedazos de brasas que flotaban en el aire, alrededor de los dos, y yo envié contra ellas una onda de oscuridad calma, un aliento de hielo y agua, como si fuera un viento…, un viento en el amanecer, para limpiar el mundo.

El poder no pertenecía a los altos lores. Ya no.

Me pertenecía a mí…, como yo me pertenecía *solamente* a mí, como mi futuro era *mío* y era yo la que lo decidiría, la que lo forjaría.

Ahora que había descubierto y dominado lo que me habían dado otros, era capaz de entretejerlo y hasta crear algo nuevo, algo que tuviera una parte de cada corte de Prythian y que no le perteneciera a ninguna.

La llama siseó cuando murió completamente, tanto que no quedó ni humo.

Pero vi la mirada de Rhys, los ojos apenas demasiado abiertos. Le dije, con la voz ronca:

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

La imagen de él en esa ropa de pelea, las alas abiertas sobre todo el claro, la espada sobre el hombro…

Ahí, en ese agujero que había en mi corazón, ahí fue donde vi la imagen. En una primera visión, Rhys parecía terrible, la encarnación de la rabia y la venganza. Pero si una se le acercaba…, la luz mostraba la belleza de esa cara, las alas abiertas no para lastimar sino para llevarme lejos del peligro, para protegerme. Me hubiera gustado pintarlo.

—No quería que pensaras que estaba tratando de apartarte de él —dijo él.

La pintura… Yo la veía, la *sentía*. Quería pintarla.

Quería pintar.

No esperé a que él me tendiera la mano para acercármele. Y lo miré a los ojos y le dije:

—Quiero pintarte.

Él me tomó entre sus brazos con cuidado.

—Desnudo soy mejor —me susurró en el oído.

Capítulo 46

Tenía tanto frío que tal vez nunca volvería a sentir calor. Me las había arreglado para encontrar una semilla de calor hasta en el invierno del reino mortal pero, esa tarde, después de casi vaciar mi magia, ni el hogar rugiente conseguía calentarme el hielo que sentía alrededor de los huesos. ¿Alguna vez llegaba la primavera a ese lugar del diablo?

—Eligen los lugares —dijo Cassian frente a mí mientras cenábamos guiso de cordero en la mesa en el frente a la casa de piedra—. Para asegurarse de que sobrevivan solo los más fuertes.

—Qué pueblo horrible —gruñó Mor dentro del bol de barro—. No me extraña que Az no quiera venir aquí.

—Veo que lo de entrenar a las chicas salió bien —dijo Rhys con lentitud junto a mí, el muslo tan cerca del mío que la tibieza de su cuerpo rozaba el mío.

Cassian tomó un trago de cerveza.

—Una de ellas me confesó que no había recibido una lección en diez días. Según parece, todas tenían demasiado trabajo con otras «tareas».

—¿No hay luchadoras natas en el grupo?

—Tres —dijo Mor—. Tres que no están nada mal. Las demás…, me conformaría con que aprendieran a defenderse. Pero esas tres… tienen el instinto…, las garras.

Solamente que sus estúpidas familias las quieren atadas y con hijos, como vacas de cría.

Me levanté y llevé el bol a la pileta metida en la pared. La casa era simple pero seguía siendo más grande y estaba en mejores condiciones que mi vieja choza. La habitación del frente era cocina y comedor, con tres puertas atrás: una daba al baño medio derruido, la segunda al depósito y la tercera era una puerta trasera: según Rhys, ningún ilyrio verdadero hacía una casa con una sola salida.

—¿A qué hora te vas mañana a la Ciudad Tallada? —preguntó Cassian a Mor, y la voz era tan baja que yo entendí que era hora de que yo me fuera arriba.

Mor rascó el fondo del bol. Aparentemente, el que había hecho el guiso era Cassian…, y no había estado nada mal.

—Después del desayuno. No sé. Antes. O tal vez a la tarde cuando se estén despertando.

Rhys estaba un paso detrás de mí, un bol en la mano y me hizo un gesto para que dejara el mío, sucio, en la pileta. Inclinó la cabeza hacia las escaleras empinadas, estrechas, al fondo de la casa. Eran estrechas: solamente pasaba un guerrero ilyrio por vez —otra medida de seguridad— y yo miré la mesa una última vez antes de desaparecer arriba.

Mor y Cassian miraban los boles vacíos y se hablaban en voz baja.

Sentí a Rhys a mi espalda a cada paso: el calor, el filo y el flujo del poder que le era propio. Y en ese espacio pequeño, el olor me bañaba, me llamaba como un faro.

Arriba todo estaba oscuro, iluminado apenas por una ventanita al final del vestíbulo y la luz de la luna caía a través de una abertura estrecha entre los pinos que nos rodeaban. Había solamente dos puertas, y Rhys me señaló una.

—Tú y Mor pueden compartirla esta noche… dile que se calle si habla demasiado.

Pero yo no quería hacer eso. Si ella necesitaba hablar, distraerse y estar lista para el día siguiente, la escucharía hasta el amanecer.

Él puso una mano sobre la manija de su puerta pero yo me recliné sobre la madera de la mía.

Sería tan fácil dar tres pasos y atravesar el pasillo.

Pasar las manos sobre ese pecho, recorrer esas caderas hermosas con las mías.

Tragué saliva cuando él se dio vuelta hacia mí.

No quería pensar en lo que significaba ese deseo, en lo que yo estaba haciendo. En la verdad sobre lo que había entre nosotros, fuera lo que fuese.

Porque las cosas nunca habían sido normales entre nosotros, nunca. Yo nunca había podido separarme de él, nunca, desde el primer momento en que nos conocimos, y eso que en aquel entonces creía que él era peligroso, letal. Ahora…

Traidora, traidora, traidora.…

Él abrió la boca para decir algo pero yo ya me había deslizado dentro de mi habitación y había cerrado la puerta.

Una lluvia congelada pasaba a través de las ramas de los pinos cuando caminé a través de la niebla en el traje de cuero ilyrio, armada con un arco, un carcaj y cuchillos, temblando como un perro mojado.

Rhys estaba unos cien pasos más atrás con nuestras cosas. Habíamos volado hasta las estepas del bosque, tan lejos que íbamos tener que pasar la noche ahí. Tan lejos que nadie y nada iba a ser testigo de otra «gloriosa explosión de llamas y temperamento», como la había descripto él. Azriel no había traído mensajes de mis hermanas sobre el estado de la cuestión así que teníamos tiempo. Aunque Rhys no parecía tenerlo cuando me informó esa mañana. Bueno, por lo menos no íbamos a tener que acampar ahí. Rhys había prometido alguna especie de hostería para caminantes en las cercanías.

Me volví y vi las enormes alas primero. Mor se había ido antes de que yo me despertase y, durante el desayuno, Cassian estaba muy irritado, de mal humor… Tanto que me alegré de irme apenas terminamos la avena. Y me sentí levemente mal por los ilyrios que tendrían que enfrentarse con él ese día.

Rhys se detuvo junto a mí cuando me alcanzó y a pesar de los árboles y la lluvia entre los dos, vi con claridad las cejas levantadas en una pregunta sobre la razón por la que yo me había detenido. No habíamos hablado de la Caída de las Estrellas ni de la Corte de las Pesadillas… y la noche anterior, mientras yo me retorcía y daba vueltas en mi camita, yo había tomado una decisión: diversión y distracción. No tenía por qué ser complicado. Mantendría las cosas en un lugar puramente físico…, y así, bueno, así no parecería tanta traición.

Levanté una mano para que Rhys se quedara en el lugar en que estaba. Después del día anterior, no quería que estuviera demasiado cerca de mí, no quería quemarlo. Él hizo una reverencia dramática y yo puse los ojos en blanco mientras iba hasta el arroyo que teníamos delante y decidía si intentar o no jugar con el fuego de Beron. *Mi* fuego.

Mientras me alejaba, sentí la mirada de Rhys sobre mí, relámpagos de un hambre tan insaciable que me costó un enorme esfuerzo concentrarme en la tarea que tenía por delante y no en la sensación que me habían dado sus manos sobre mi cuerpo cuando él me acariciaba los muslos y me empujaba contra él.

Habría jurado que sentí un hilo de diversión del otro lado de mi escudo mental. Siseé, hice un gesto vulgar sobre el hombro mientras dejaba caer el escudo, solamente un poquito.

Esa diversión se convirtió en alegría pura y después una lamida de placer que me tocó directamente la columna. Más abajo.

La cara se me llenó de calor y se me quebró una rama bajo la bota, un ruido como el de un rayo. Apreté los dientes. El suelo se inclinó hacia un arroyo gris, que corría con fuerza, rápido, tanto que era evidente que lo alimentaban las montañas altas cubiertas de nieve a la distancia.

Muy bien…, el lugar estaba muy bien. Un suministro extra de agua para ahogar las llamas que pudieran escapárseme, mucho espacio abierto. El viento se llevaba mi olor hacia el sur, hacia el bosque cuando yo abrí la boca para decirle a Rhys que se alejara.

Con ese viento y el rugido del arroyo, no fue ninguna sorpresa que no los oyera hasta que me rodearon.

—Feyre.

Giré en redondo, la flecha preparada, recta hacia la fuente de la voz…

Cuatro centinelas de la Corte Primavera, de pie entre los árboles, armados hasta los dientes, como furias, los ojos demasiado abiertos. Yo conocía a los dos, Bron y Hart.

Y entre los dos, Lucien.

Capítulo 47

Si elegía la huida, tendría que enfrentarme a ellos o al arroyo. Pero Lucien…

Llevaba el pelo rojo atado a la espalda, y no había ni un rastro de lujo en él: solamente cuero de armadura, espadas, cuchillos… El ojo de metal pasó sobre mí, la piel dorada, pálida.

—Hace dos meses que te cazamos —jadeó, mirando los bosques, el arroyo, el cielo.

Rhys. El Caldero me salvará. Rhys estaba demasiado atrás y…

—¿Cómo me encontraste? —La voz fría, firme; no la reconocí. Pero…, *¿cazarme?* Como si yo fuera una presa.

Si Tamlin estaba ahí… La sangre se me puso más helada que la lluvia congelada que se me deslizaba sobre la cara, que me entraba en la ropa.

Di un paso atrás. Solamente tres más entre mí y el arroyo.

El ojo de Lucien se abrió más todavía.

—Tenemos que salir de aquí. Tamlin…, Tamlin estaba fuera de sí. Te voy a llevar directamente a…

—No —jadeé.

La palabra atravesó crujiendo la lluvia, el arroyo, el bosque de pinos.

Los cuatro centinelas se miraron unos a otros, después a la flecha con la que yo

seguía apuntándoles.

Lucien volvió a estudiarme.

Y yo vi lo que él estaba entendiendo por fin: el cuero ilyrio de combate. El color y los músculos completos que me habían vuelto al cuerpo, a la cara.

Y el acero silencioso en los ojos.

—Feyre —dijo él y me tendió una mano—. Vámonos a casa.

Yo no me moví.

—Ese lugar dejó de ser mi casa en el momento en que dejaste que él me encerrara.

La boca de Lucien se puso tensa, dura.

—Eso fue un error. Todos cometimos errores, todos. Él lo lamenta, lo lamenta más de lo que crees. Y yo también. —Dio un paso hacia mí y yo retrocedí unos centímetros.

Ya no quedaba mucho espacio entre mí y el arroyo que corría furioso más abajo.

El entrenamiento de Cassian me golpeó el pecho como si todas las lecciones que él me había estado dando de mañana fueran una red y me hubieran atrapado en el momento en que yo caía dentro de mi pánico. Cuando Lucien consiguiera tocarme, nos transportaría lejos. No mucho, no era tan poderoso, pero sí rápido. Saltaría unos kilómetros y después de nuevo y más hasta que Rhys no pudiera alcanzarme. Él *sabía* que Rhys andaba cerca.

—Feyre —volvió a rogar Lucien y dio otro paso, la mano extendida.

Mi flecha se volvió hacia él y el arco gruñó.

Nunca me había dado cuenta de la diferencia: Lucien tenía entrenamiento de guerrero pero Cassian, Azriel, Mor y Rhys *eran* guerreros. Cassian podía borrar a Lucien de la faz de la Tierra con un solo golpe.

—Baja la flecha —murmuró Lucien como si estuviera tranquilizando a un animal salvaje.

Detrás de él, los cuatro centinelas se acercaron unos a otros. Me arreaban.

La mascota del alto lord. Su posesión.

—No —jadeé—. No-me-toques.

—No entiendes el desastre en que estamos hundidos, Feyre. Nosotros…, *yo* te necesito en casa. Ahora.

Yo no quería oír eso. Miré al arroyo, abajo, y calculé los riesgos.

La mirada me costó. Lucien se lanzó hacia adelante, la mano extendida. Un roce, era lo único que necesitaba…

Yo ya no era la mascota del alto lord.

Y tal vez era hora de que el mundo lo supiera: de que el mundo supiera que ahora yo tenía colmillos.

El dedo de Lucien me rozó la manga de la chaqueta de cuero.

Y yo me convertí en humo, ceniza y noche.

El mundo se paralizó y se dobló y ahí estaba Lucien, tendido con tanta lentitud

hacia algo que ya era espacio vacío mientras yo daba vuelta a su alrededor y corría hacia los árboles detrás de los centinelas.

Me detuve y el tiempo volvió a correr como siempre. Lucien se tambaleó, se equilibró justo antes de caer por el acantilado… y giró en redondo, los ojos grandes cuando me vio de pie detrás de los centinelas. Bron y Hart se encogieron y retrocedieron. Se alejaron de mí.

Y de Rhysand, a mi lado.

Lucien se quedó inmóvil. Yo convertí mi cara en un espejo de hielo; el gemelo sin sentimientos de la diversión cruel que brillaba en los rasgos de Rhysand cuando se sacó una mota de polvo de la túnica oscura.

Ropa negra, elegante…, sin alas, sin cuero de batalla.

La ropa fina, sin una arruga… Otro tipo de arma. Para esconder lo habilidoso, lo poderoso que era; para esconder el lugar de dónde venía, el lugar que amaba. Un arma que valía el costo de la magia que había usado para esconder ese lugar…, aunque nos pusiera en riesgo.

—Ah, el pequeño Lucien —ronroneó—. ¿La Dama de la Corte Otoño no te dijo nunca que cuando una mujer dice que no quiere decir «no»?

—Hijo de puta —ladró Lucien, y pasó con furia entre sus centinelas pero no se atrevió a tocar las armas—. Hijo de puta, sucio, puta.

Yo solté un gruñido.

Los ojos de Lucien se deslizaron hacia mí y dijo con horror tranquilo:

—¿Qué hiciste, Feyre?

—No vengas a buscarme de nuevo —dije yo con una suavidad parecida.

—Él nunca va a dejar de buscarte, nunca va a dejar de querer que estés en casa.

Las palabras me golpearon en el medio de las entrañas…; eso era lo que quería Lucien. Y seguramente se me vio en la cara porque Lucien insistió:

—¿Qué te hizo él? ¿Se llevó tu mente…?

—Suficiente —dijo Rhys; inclinó la cabeza en un gesto indolente—. Feyre y yo estamos ocupados. Vuelve a tus tierras antes de que yo mande tu cabeza de regalo para que mi viejo amigo recuerde lo que pasa cuando los lacayos de la Corte Primavera ponen un pie en mi territorio.

La lluvia congelada me atravesó el cuello de la ropa y me corrió por la espalda. La cara de Lucien estaba terriblemente pálida.

—Ya entendimos lo que querías decirnos, Feyre. Ahora vuelve a casa.

—No soy una nena y esto no es un jueguito —dije, los dientes apretados. Así me habían visto siempre: como una nena a la que hay que mimar, defender, a la que hay que explicarle todo…

—Cuidado, Lucien —dijo Rhysand sílaba por sílaba—. O Feyre te va a mandar de vuelta en pedacitos…

—No somos tus enemigos, Feyre —rogó Lucien—. Las cosas se pusieron feas, Ianthe se nos fue de las manos pero eso no significa que tú te vayas a dar por

vencida…

—Tú te diste por vencido —jadeé.

Me pareció que hasta Rhys se quedaba inmóvil.

—*Tú* te diste por vencido; me abandonaste —dije, con la voz un poco más fuerte —. Tú eras mi amigo. Y lo elegiste a él, elegiste obedecerle…, aunque veías lo que me hacían sus órdenes y sus reglas. Aunque me veías desaparecer de a poco, día tras día…

—No tienes idea de lo volátiles que fueron esos meses —respondió Lucien—. *Necesitábamos* presentar un frente unido, obediente, y se suponía que yo fuera un ejemplo para los demás.

—Tú veías lo que me estaba pasando. Pero le tenías demasiado miedo a él, demasiado para hacer algo al respecto.

Era miedo. Lucien había tratado de hablar con Tamlin pero hasta cierto punto. Siempre había cedido al final.

—Te rogué —dije, las palabras filosas, sin aliento—. Te rogué tantas veces, te pedí que me ayudaras, que me sacaras de la casa aunque fuera una hora. Y tú me dejaste sola o me empujaste a una habitación con Ianthe o me pediste que aguantara.

Lucien dijo con demasiada calma:

—¿Y yo supongo que la Corte Noche es mucho mejor…, eh?

Recordé, recordé lo que se suponía que yo sabía, lo que se suponía que había experimentado. Lo que Lucien y los demás no podían saber aunque eso significara para mí perder la vida.

Y yo lo haría. Para mantener a salvo a Velaris, para mantener a salvo a Mor y a Amren y a Cassian y a Azriel y…, sí, a *Rhys*.

Así que, en una voz baja, tranquila y feroz, mientras se me formaban los espolones en las puntas de los dedos, tan feroces como el peso mágico que sentí entre los omóplatos, le dije a Lucien:

—Cuando pasas tanto tiempo atrapada en la oscuridad, Lucien, descubres que oscuridad empieza a devolverte la mirada.

Un pulso de sorpresa, de delicia traviesa, contra los escudos mentales en la oscuridad, las alas membranosas que yo sabía que me salían ahora de los hombros. Cada beso congelado de lluvia enviaba sacudones de frío al resto de mi cuerpo. Sensibles…, tan sensibles las alas ilyrias.

Lucien retrocedió un paso.

—¿Qué hiciste contigo misma?

Yo le mostré una sonrisa chiquita.

—La humana que conociste murió en Bajo la Montaña. No tengo interés en pasar el resto de la inmortalidad como mascota de un alto lord.

Lucien empezó a mover la cabeza.

—Feyre…

—Dile a Tamlin —dije, ahogándome con el nombre, ahogándome con la idea de

lo que él le había hecho a Rhys, a su familia— que si envía a alguien más a estas tierras, voy a cazarlo, voy a cazarlos a todos, a cada uno. Y voy a mostrarles lo que me enseñó la oscuridad…

Había algo parecido al dolor genuino en la cara de él.

A mí, a mí, no me importaba. Lo miré, fría, oscura y sin ceder. La criatura en la que tal vez me habría transformado si me hubiera quedado en la Corte Primavera, si hubiera seguido quebrada durante décadas, siglos… hasta que aprendiera a dirigir esas astillas de dolor hacia fuera, aprendiera a saborear el dolor de otros.

Lucien hizo un gesto a sus centinelas. Bron y Hart, los ojos muy abiertos y un temblor en todo el cuerpo, desaparecieron y también los otros dos. Él se quedó un momento quieto, nada más que aire y lluvia entre nosotros. Dijo, muy suavemente, a Rhysand:

—Estás muerto. Tú y toda tu maldita corte.

Después desapareció. Me quedé mirando el espacio vacío donde él había estado hacía un momento, esperando, esperando, sin cambiar la expresión de la cara hasta que un dedo tibio, fuerte, me trazó una línea a lo largo del ala derecha.

Era como…, como que me soplaran aire en el oído.

Temblé y me arqueé y el aire me salió de los pulmones.

Rhys estaba frente a mí, estudiándome la cara, las alas que me habían brotado por detrás.

—¿Cómo?

—Cambio de forma —me las arreglé para decir, mirando cómo se le deslizaba la lluvia por la cara bronceada, dorada. Y esa imagen me distrajo tanto que desaparecieron los espolones, las alas, la oscuridad en ondas y yo me quedé liviana y fría en mi propia piel.

Cambio de forma…, a la vista de parte de la historia, a la vista del macho que yo no había querido permitirme recordar. Cambio de forma…, un regalo de Tamlin que yo no había querido, no había necesitado…, hasta ahora.

Los ojos de Rhys se suavizaron.

—Esa fue una representación muy convincente.

—Le di lo que quería ver —murmuré—. Deberíamos buscar otro lugar.

Él asintió y la túnica y los pantalones se desvanecieron, reemplazados por el cuero de guerra, las alas, la espada. Mi guerrero…

No, mío no.

—¿Estás bien? —dijo él mientras me tomaba entre los brazos para volar otro lugar.

Yo me anidé dentro de esa tibieza, la saboreé.

—Más que el encuentro en sí mismo, me molesta el hecho de que fuera tan fácil, de que yo sintiera tan poco.

Tal vez ese había sido mi problema desde el principio. La razón por la que no me había atrevido a dar ese paso final el día de la Caída de las Estrellas. Era culpable

porque *no* me sentía mal, no en verdad. No por desearlo.

Dos o tres movimientos poderosos de las alas y estábamos volando sobre los árboles, sobre el bosque; la lluvia me cortaba la cara.

—Sabía que las cosas estaban muy mal —dijo Rhysand con una rabia quieta, casi audible sobre la mordida congelada del viento y la lluvia—, pero creí que por lo menos Lucien habría intervenido.

—Yo también lo creía —dije, con la voz más chica de lo que yo intentaba hacerla.

Él me apretó con dulzura y parpadeé mirándolo contra la lluvia. Por una vez, los ojos de él estaban en mí, no en el paisaje, abajo.

—Tienes buen aspecto con alas —dijo y me besó la frente.

Hasta la lluvia dejó de parecer tan fría.

Capítulo 48

Aparentemente, la «posada» cercana no era más que una taberna ruidosa con algunas habitaciones para alquilar, generalmente por hora. Y, al parecer, no había lugar. Excepto una habitación muy pero muy chiquita en lo que una vez había sido parte del desván.

Rhys no quería que nadie supiera que el alto lord estaba entre los altos fae, los inmortales menores, los ilyrios amontonados en la posada, fueran quienes fuesen. Apenas lo reconocí cuando, sin magia, sin nada que no fuera un ajuste en la postura, mutó ese aspecto de poder fuera de este mundo y no fue más que un guerrero ilyrio muy buen mozo, enojado porque tenía que aceptar la última habitación, tan arriba que solamente se llegaba ella por una escalera muy estrecha: sin vestíbulo, sin otras habitaciones en el camino. Si yo necesitaba usar el baño, tendría que aventurarme hasta el nivel inferior así que…, dados los olores y los sonidos de la media docena de habitaciones en ese nivel, decidí no usarlo y juré no visitarlo de nuevo hasta la mañana.

Un día de jugar con agua y fuego y también hielo y oscuridad en la lluvia congelada me había arruinado tanto que nadie me miró, ni siquiera el más solitario y borracho de los parroquianos de la taberna. El pueblito era apenas eso: un amontonamiento de posada, local de ventas de suministros y burdel. Todo para los

cazadores, los guerreros y los viajeros que pudieran pasar por esa parte del bosque camino a tierras ilyrias o camino al mundo más allá de ellas. O para los inmortales que vivieran en los alrededores, todos solitarios y satisfechos con su soledad. Demasiado chico y demasiado remoto para que Amarantha y sus cómplices se hubieran preocupado por ella en algún momento.

Sinceramente, a mí no me importaba dónde estuviéramos, siempre que fuera un lugar seco y tibio. Rhys abrió la puerta de nuestra habitación del desván y se hizo a un lado para dejarme pasar.

Bueno, por lo menos era una de esas cosas.

El techo estaba tan inclinado que para llegar al otro lado de la cama, tendría que arrastrarme sobre el colchón; la habitación estaba tan llena de cosas que era casi imposible caminar alrededor de la cama hasta el armarito empujado contra una pared. Si me sentaba en la cama, conseguía abrirlo con facilidad.

La cama. La única.

—Pedí dos —dijo Rhys, las manos en alto.

El aliento se convertía en nube frente a él. No había siquiera un hogar. Ni espacio suficiente para pedirle que durmiera en el suelo. Yo no confiaba en mi manejo de las llamas para calentar la habitación. Hubiera quemado todo…

—Si no quieres arriesgarte a usar la magia, entonces vamos a tener que calentarnos los dos —dije; lo lamenté inmediatamente—. Calor corporal —aclaré. Y para borrarle esa mirada de la cara, agregué—: Mis hermanas y yo teníamos que compartir una única cama… Estoy acostumbrada.

—Voy a tratar de guardarme las manos para mí mismo.

La boca se me secó.

—Tengo hambre.

Él dejó de sonreír.

—Voy a buscar comida mientras te cambias. —Yo levanté una ceja. Él dijo—: Aunque mis habilidades para pasar por otro son notables, todos me conocen la cara. Espero no estar abajo lo suficiente como para que me noten. —Sacó una capa del atado que había traído y se lo puso; los paneles le ocultaron las alas…, no quería arriesgarse a hacerlas desaparecer de nuevo. Había usado ese poder antes…, poco, dijo, como para que no se notara pero no quería volver a esa parte del bosque pronto.

Se puso la capucha sobre la cabeza y yo saboreé las sombras y la amenaza y las alas.

La muerte sobre alas rápidas. Así llamaría a la pintura.

Él dijo con suavidad:

—Me encanta cuando me miras así.

El ronquido de la voz me calentó la sangre.

—¿Así cómo?

—Como que quieres salir corriendo frente a mi poder. Como si me vieras realmente.

Y para un macho que había crecido sabiendo que era el alto lord más poderoso de la historia de Prythian, que era capaz de destruir mentes si no tenía cuidado, que era el único, un macho solo en su poder, en el peso de ese poder, un miedo que era su arma más grande contra las amenazas que sufría su pueblo…

Sin duda, yo lo había entendido cuando peleamos después de la Corte de las Pesadillas.

—Al principio, te tenía miedo.

Los dientes blancos brillaron en las sombras de la capucha.

—No, no me tenías miedo. Estabas nerviosa, tal vez, pero nunca con miedo. Yo conozco el terror genuino de suficientes personas…, entiendo la diferencia. Tal vez por eso nunca conseguí alejarme de ti.

¿Cuándo? Antes de que pudiera preguntarle, él bajó por las escaleras y cerró la puerta detrás de sí.

Fue horrible sacarse la ropa casi congelada porque se me aferraba a la piel hinchada por la lluvia, y me choqué con el techo inclinado, con las paredes cercanas, y me golpeé la rodilla en el poste de bronce de la cama mientras me cambiaba. La habitación estaba tan fría que tuve que desvestirme en partes: reemplazar la camisa congelada por una seca; los pantalones por calzas forradas en pelo de oveja; los soquetes empapados por unas medias bien gruesas, tejidas a mano, que me subían hasta los tobillos. Cuando me metí por la cabeza el suéter demasiado grande que olía levemente a Rhys, me senté y me crucé de piernas sobre la cama para esperar.

La cama no era chica, pero no había duda de que no era lo bastante grande para que yo fingiera que no estaría durmiendo junto a él. Sobre todo con las alas.

La lluvia hacía ruido sobre el techo a apenas unos centímetros, un golpeteo constante que puntuaba los pensamientos que me latían en la cabeza.

El Caldero sabía lo que Lucien iba a informarle a Tamlin, lo que seguramente le estaría informando en ese mismo momento, si no lo había hecho hacía horas.

Yo le había mandado esa nota a Tamlin… y él había decidido ignorarla. Así como había ignorado o rechazado casi todos mis pedidos, y actuado sobre el sentido ilusorio de lo que él creía correcto para mi bienestar y mi seguridad. Y Lucien había estado preparado para llevarme a casa *contra* mi voluntad.

Los machos Fae eran territoriales, arrogantes, pero los de la Corte Primavera…, algo se había podrido en ese entrenamiento. Porque yo sabía —lo sabía bien adentro, en los huesos— que Cassian me había empujado hasta el límite, me había probado, pero apenas yo había dicho No, él había retrocedido. Y sabía que si…, que yo hubiera estado muriéndome de a poco y que si Rhys no hubiera hecho algo para impedirlo, Cassian o Azriel me habrían sacado de ahí. Me habrían llevado a otro lugar…, fuera donde fuese, y se habrían encargado de Rhys más tarde.

Y de todos modos, Rhys…, no, Rhys nunca se hubiera cegado frente a lo que me pasaba; nunca habría estado tan equivocado, nunca habría sido tan arrogante ni hubiera estado tan concentrado en sí mismo. Él había sabido quién era Ianthe desde el

momento en que la había conocido. Y había entendido lo que era estar prisionera, indefensa y luchar…, todos los días, contra ese horror.

Yo había amado al alto lord que me mostró las comodidades y maravillas de Prythian; había amado al alto lord que me permitió tener el tiempo y la comida y la seguridad necesarias para ponerme a pintar. Tal vez una partecita de mí siempre sentiría algo por él pero… Amarantha nos había quebrado a los dos. O me había quebrado tanto que lo que ahora él era y lo que yo era ya no combinaban bien.

Y yo era capaz de dejar eso de lado. Era capaz de aceptarlo. Tal vez sería duro por un tiempo pero…, pero con suerte, quizá mejorara.

Los pies de Rhys fueron casi silenciosos, traicionados solamente por el ruido leve de las escaleras. Me puse de pie para abrir la puerta antes de que él pudiera tocar y lo descubrí de pie ahí, la bandeja en las manos. Dos pilas de platos tapados, dos vasos y una botella de vino y…

—¡Dime que eso que huelo es guiso! —jadeé, me puse de pie y cerré la puerta antes de que él hubiera ubicado la bandeja sobre la cama. Correcto, ni siquiera había lugar para una mesa en esa habitación.

—Guiso de conejo. Si le creemos al cocinero.

—Habría vivido bien sin que dijeras eso —dije y Rhys sonrió. Esa sonrisa tiró de algo que yo tenía bastante abajo, dentro de las entrañas y yo desvié la vista, sentada junto a la comida, con cuidado para no mover la bandeja. Abrí la tapa de los dos primeros platos: dos boles de guiso—. ¿Cuál es el otro que hay debajo?

—Pastel de carne. No me atreví a preguntar qué tipo de carne. —Los miré, pero él ya estaba dando vuelta hacia el armario, el atado en la mano—. Come, come tú —dijo él—. Me cambio primero.

En realidad, estaba empapado… y seguramente congelado y dolorido.

—Deberías haberte cambiado antes de bajar. —Levanté la cuchara e hice girar el guiso, y suspiré cuando unos hilos tibios de vapor subieron a besarme la cara congelada.

El ruido líquido de la ropa mojada llenó la habitación. Yo traté de no pensar en ese pecho dorado, desnudo; en los tatuajes. Los músculos duros.

—Tú fuiste la que se entrenó hoy. Conseguir una comida caliente para ti es lo menos que puedo hacer.

Tomé un traguito. Aburrido pero comestible y, sobre todo, *caliente*. Comí en silencio, escuchando el crujido de la ropa que él depositaba en el suelo, tratando de pensar en baños de hielo, heridas infectadas, hongos de la piel, cualquier cosa que no fuera ese cuerpo desnudo, tan cercano… y la cama en la que yo estaba sentada. Me serví un vaso de vino… y llené el vaso de él.

Por fin, Rhys se deslizó entre la cama y el rincón de la pared, las alas plegadas y bien pegadas al cuerpo. Se había puesto pantalones sueltos, livianos y una camisa ajustada de algo que parecía el algodón más suave del mundo.

—¿Cómo te arreglas con las alas? —pregunté mientras él se hundía en su guiso.

—La parte de la espalda tiene aberturas que se cierran con botones ocultos… pero en circunstancias normales, usaría la magia para sellarlas.

—Parece que usas mucha magia en todo momento…

Un movimiento de hombros.

—Me ayuda a manejar la tensión del poder. La magia necesita salir, secarse hasta el fondo, si no lo hiciera, crecería y crecería y crecería y me volvería loco. Por eso llamamos Sifones a las piedras de los ilyrios…, ayudan a canalizar el poder, a vaciarlo si es necesario.

—¿Loco en serio? —Apoyé el bol vacío y saqué la tapa del pastel de carne.

—Loco en serio. O eso me dijeron. Lo siento, eso sí…, el tirón, si no dejo que eso salga durante mucho tiempo.

—Eso es horrible.

Otro encogimiento de hombros.

—Todo tiene su costo, Feyre. Si el precio de tener la fuerza suficiente para proteger a mi pueblo es una lucha contra ese poder, la verdad es que no me importa. Amren me enseñó mucho a controlarlo. Le debo mucho por eso. Incluyendo el escudo alrededor de mi ciudad mientras yo no estoy.

Todo lo que tenía que ver con él tenía por detrás alguna habilidad enorme y algún uso. Y sin embargo, ahí estaba yo…, nada más que un híbrido raro. Más problemas para él que ninguna otra cosa.

—No es cierto —dijo él.

—No me leas los pensamientos.

—No puedo evitarlo si gritas por el lazo que nos une. Y además, si uno sabe dónde mirar, todo está tan escrito en esa cara tuya… Y eso hace que tu actuación de hoy sea todavía más impresionante.

Él dejó el bol justo en el momento en que yo terminaba de devorarme el pastel de carne y entonces, yo me deslicé sobre la cama y me apoyé en las almohadas, con el vaso de vino entre las manos heladas. Lo miré comer mientras bebía.

—¿Pensaste que me iría con él?

Él se detuvo en la mitad del mordisco, después bajó el tenedor.

—Oí todo lo que dijeron. Sabía que tú podías arreglártelas sola pero… —Volvió al pastel, tragó un bocado antes de decir—: Pero decidí que si tú le tomabas la mano, yo encontraría una forma de vivir con eso. Sería tu decisión.

Tomé un trago de vino.

—¿Y si me llevaba a la fuerza?

No había nada que no fuera una voluntad dispuesta a todo en esos ojos cuando respondió:

—Entonces, habría dado vuelta el mundo para traerte de vuelta.

Me corrió un temblor por la columna; no podía dejar de mirarlo.

—Yo le habría disparado la flecha —jadeé— si trataba de lastimarte.

Los ojos de él relampaguearon un instante.

—Lo sé.

Terminó de comer, puso la bandeja vacía en un rincón y me miró sobre la cama, mientras volvía a llenarme el vaso antes de hacer lo mismo con el suyo. Era tan alto que tenía que inclinarse un poco para no rozar con la cabeza el techo inclinado.

—Un pensamiento a cambio de otro —dije—. Y nada de entrenamiento, por favor.

Se le escapó una risita ronca y terminó el vino antes de poner el vaso sobre la bandeja.

Me miró tomar un largo trago del mío.

—Estoy pensando —dijo mientras seguía el movimiento que hacía mi lengua bajo el labio—, estoy pensando que te miro y siento que me estoy muriendo. Que no puedo respirar. Estoy pensando que la mitad de las veces en que te tengo cerca, no puedo concentrarme, y que esta habitación es demasiado chica para llevarte a la cama como es preciso. Sobre todo con las alas.

Sentí que el corazón dejaba de latirme un instante. No sabía qué hacer con los brazos, las piernas, la cara. Me tragué el resto del vino y dejé el vaso junto a la cama, mientras enderezaba la columna y decía:

—Estoy pensando que no puedo dejar de pensar en ti. Y que ha sido así desde hace un tiempo largo. Incluso antes de abandonar la Corte Primavera. Y tal vez eso me convierte en una traidora, una mentirosa de mierda pero…

—No —dijo él, con la cara solemne.

Pero era como yo decía. En esas semanas entre una visita y otra, había deseado ver a Rhysand. Y no me había importado que Tamlin dejara de visitar mi dormitorio. Tamlin se había dado por vencido conmigo pero yo también me había dado por vencida con él. Y por eso, era una mentirosa de mierda.

Murmuré:

—Deberíamos dormir.

Durante un momento muy largo, el único sonido fue el de la lluvia; después, él dijo:

—De acuerdo.

Me arrastré sobre la cama y me puse a un costado, casi contra el techo inclinado; bien metida debajo de la colcha. Me envolvían sábanas frías, limpias, como una mano congelada. Pero, cuando el colchón se movió, la manta se corrió y después se apagaron las dos velas junto a la cama, mi temblor no era por eso.

La oscuridad me golpeó en el mismo momento en que me golpeaba la tibieza del cuerpo de Rhys. Me costó mucho esfuerzo no acercármele. Ninguno de los dos se movió.

Yo lo miré, los ojos fijos en la oscuridad, escuchando la lluvia congelada, tratando de robarle el calor.

—Estás temblando tanto que se mueve la cama —dijo él.

—Tengo el pelo mojado —dije. No era mentira.

Rhys se quedó en silencio, después el colchón gruñó y se hundió a mi lado mientras el calor de ese cuerpo se derramaba sobre mí.

—Ninguna expectativa —dijo él—. Solamente calor corporal. —Yo hice una mueca frente a la risa que había en esa voz.

Pero las manos anchas se me deslizaron por el cuerpo: una contra el vientre, para acercarme a esa tibieza dura, tan de él; la otra bajo las costillas y los brazos para apretarse contra mí. Enredó las piernas con las mías y entonces una oscuridad más pesada, más tibia se acomodó sobre los dos, una que olía a mar y a cítricos.

Yo levanté una mano hacia esa oscuridad y me encontré con un material suave, sedoso…, el ala, que me envolvía y me entibiaba. Pasé un dedo por ella y él tembló, los brazos se me tensaron alrededor.

—Tu dedo está muy frío… —dijo, con los dientes apretados, las palabras, calientes contra mi cuello.

Traté de no sonreír mientras inclinaba el cuello, con la esperanza de que ese aliento lo acariciara de nuevo. Arrastré el dedo a lo largo del ala, la uña crujió amablemente contra la superficie suave. Rhys se tensó, la mano contra mi vientre.

—Eres una cosa traviesa y muy cruel —ronroneó, la nariz sobre el pedacito de cuello que yo había arqueado hacia él—. ¿Nadie te enseñó modales?

—No sabía que los ilyrios fueran como bebés, que fueran tan sensibles —dije y le deslicé otro dedo sobre la parte interna del ala.

Algo duro se me acercó por atrás. El calor me inundó, y me puse tensa y floja al mismo tiempo. Volví a acariciar el ala, con dos dedos ahora y él se retorció contra mi espalda siguiendo el ritmo de la caricia.

Los dedos que él me había puesto sobre el vientre empezaron a trazar dibujos lerdos, perezosos. Giraron una vez alrededor de mi ombligo, y yo me acerqué un milímetro, apretándome contra él, arqueándome un poco para darle acceso a los senos a la otra mano.

—Codiciosa —murmuró él, los labios suspendidos sobre mi cuello—. Primero me aterrorizas con esas manos frías, ahora quieres…, ¿qué es lo que quieres, Feyre?

Más, más, más, le rogué casi mientras los dedos de él me recorrían el borde de los senos, mientras la otra mano me acariciaba con pereza el vientre, el abdomen, moviéndose lenta, tan lentamente hacia la parte baja de los pantalones y el dolor cada vez mayor que anidaba detrás de ella.

Los dientes de Rhysand me rasparon el cuello en una caricia perezosa.

—¿Qué quieres, Feyre? —Me mordió un poquito el lóbulo de la oreja.

Yo gemí un poquito, arqueándome del todo contra él como si pudiera hacer que la mano se deslizara exactamente hacia el lugar en el que yo la quería. Sabía lo que él quería que yo dijera. Pero no quería darle esa satisfacción. No todavía.

Así que dije:

—Quiero una distracción. —Estaba sin aliento—. Quiero… divertirme.

El cuerpo de él volvió a tensarse detrás de mí.

Y yo me pregunté si él detectaba la mentira que había en esas palabras…, me pregunté si pensaba que lo que yo quería era realmente eso.

Pero la mano de él siguió moviéndose.

—Entonces, permíteme el placer de distraerte.

Me pasó la mano por debajo del suéter y me la hundió bajo la camisa. Piel contra piel, los callos de esas manos me hicieron gemir mientras él me tocaba la parte superior del seno y giraba alrededor del pezón.

—Amo a estos dos —me jadeó en el cuello y la mano se deslizó hacia el otro seno—. No tienes idea de cuánto los amo.

Yo gemí mientras él me pasaba un nudillo contra el pezón y yo me inclinaba frente a ese roce, rogándole en silencio. Detrás de mí, él estaba duro como el granito, y yo me raspaba contra él, hasta que le saqué un siseo suave, travieso.

—Basta —me ladró él contra la piel—. Me vas a arruinar la diversión a mí.

Yo no pensaba hacer semejante cosa. Empecé a retorcerme, a buscarlo, porque necesitaba *sentirlo*, eso solamente, pero él chasqueó la lengua y me empujó con más fuerza hasta que ya no hubo espacio para que yo pasara la mano por ahí.

—Quiero tocarte primero —dijo él, con la voz tan gutural que yo casi no la reconocía—. Déjame…, déjame tocarte. —Me palmeó el seno para darse énfasis.

Había tanto dolor en ese pedido que me detuve y cedí mientras la otra mano seguía trazándome líneas perezosas en el vientre.

No puedo respirar cuando te miro.

Déjame tocarte.

Porque estaba celoso y enojado…

Ella es mía.

Cerré la puerta a esos pensamientos, los fragmentos que él me había dicho en los últimos tiempos.

Rhys me pasó el dedo por el borde de los pantalones, un gato que juega con su cena.

Otra vez.

Otra vez.

—Por favor —me las arreglé para decir.

Él me sonrió contra la oreja.

—Ahí están los modales que habías perdido. —La mano pasó por fin debajo de mis pantalones. El primer roce me arrancó un gemido de la parte más profunda de la garganta.

Él soltó un sonido de satisfacción cuando sintió la humedad que lo esperaba y el pulgar dio vueltas alrededor de ese lugar en el ápice de los muslos, bromeando, rozando pero nunca del todo…

La otra mano me apretó el seno mientras el dedo se apoyaba en el lugar que yo quería. Yo apreté los muslos, la cabeza detrás, sobre el hombro de él, jadeando cuando el dedo empezó a moverse…

Grité y él rio, una risa baja y suave.

—¿Te gusta?

Un gemido fue mi única respuesta. *Más, más, más*.

Los dedos de él se me deslizaron, lentos, descarados, directamente hacia el centro de mí y todos los puntos del cuerpo, la mente, el alma, se me reunieron en la sensación de los dedos posados ahí como si hubiera todo el tiempo del mundo.

Hijo de puta.

—*Por favor* —dije de nuevo y apreté los glúteos contra él, un gesto de énfasis.

Él siseó con el contacto y me metió un dedo adentro.

—Feyre…

Pero yo ya había empezado a moverme sobre él y él soltó una mala palabra en una larga exhalación. Los labios apretados contra mi cuello, besando hacia arriba, arriba, hacia la oreja.

Yo solté un gemido tan fuerte que borró la lluvia y él puso otro dedo dentro y me llenó tanto que yo ya no pensé en nada, no respiré.

—Así —murmuró él, los labios sobre la oreja.

Yo estaba harta de que el cuello y la oreja reclamaran tanto de su atención. Me retorcí tanto como pude y descubrí que él me estaba mirando, la mano en la parte de delante de los pantalones, los ojos fijos en la forma en que yo me movía sobre él.

Seguía mirándome cuando le puse la boca sobre los labios y le mordí el inferior.

Rhys gimió también y hundió más los dedos. Con más fuerza.

Y a mí no me importó, no me importó quién era yo ni lo que era ni dónde había estado cuando cedí, cuando le abrí la boca. La lengua de él entró y se movió de una forma que me hizo comprender exactamente lo que haría si se me metía entre las piernas.

Los dedos entraron y salieron, lentos y duros y toda mi existencia se concentró en esa sensación, en la dureza que había en mí cuando me unía a él como un engranaje perfecto, con cada movimiento profundo, con cada eco del empuje de esa lengua dentro de mi boca.

—No tienes idea de lo mucho… —Se detuvo y gimió de nuevo—: *Feyre*…

El sonido de mi nombre en sus labios fue lo que me perdió. El alivio me corrió por la columna y grité y entonces los labios de él cubrieron los míos como si quisiera devorar el sonido. La lengua de él me tocó el techo de dentro de mi boca mientras yo temblaba a su alrededor, aferrándome a él con fuerza. Él volvió a decir una mala palabra, jadeó con fuerza, los dedos me atravesaron otra vez hasta que quedé entre sus brazos, floja y sacudida por temblores.

No conseguía respirar con la bastante fuerza, a suficiente velocidad, cuando Rhys sacó los dedos y retrocedió para que nos miráramos. Dijo:

—Yo quería hacer esto cuando sentí lo empapada que estabas en la Corte de las Pesadillas. Quería tenerte ahí, frente a todos. Pero sobre todo quería hacer esto. —La mirada sostuvo la mía mientras se llevaba los dos dedos a la boca y los chupaba.

Me sentía el gusto.

Y yo, yo iba a comérmelo vivo. Le deslicé una mano por el pecho para sostenerlo en su sitio pero él me tomó la muñeca.

—Cuando me lamas —dijo, con la voz ronca—, quiero estar solo, lejos de todos. Porque cuando tú me lamas, Feyre —dijo y me dio besos en el mentón, en el cuello —, voy a tener que rugir tanto que voy a destruir una montaña.

Me convertí en líquido de nuevo y él rio entre dientes.

—Y cuando yo te lama a ti —dijo, deslizando los brazos alrededor de mí y apretándome contra él—, te quiero sobre una mesa como si fueras mi banquete personal.

Yo gemí de nuevo.

—Tuve mucho, mucho tiempo para pensar en cómo y dónde quiero eso —dijo él, los labios contra la piel de mi cuello, los dedos sobre el borde de mis pantalones, pero se detuvo ahí. Ese era el hogar de los dedos por esta tarde—. No tengo ninguna intención de hacerlo en una noche sola. O en una habitación donde ni siquiera puedo cogerte contra la pared.

Temblé. Él se quedó mucho rato, contra mí, duro. Tenía que sentirlo, tenía que conseguir que eso entrara en mí…

—Duerme —dijo él. Y fue como si me hubiera ordenado que respirara bajo el agua.

Pero entonces, él empezó a acariciarme de nuevo…, no para excitarme sino para tranquilizarme…, caricias largas, fuertes, lujuriosas, en el vientre, en los costados.

El sueño me buscó mucho antes de lo que yo esperaba.

Y tal vez fue el vino o los resultados del placer que él me había sacado del cuerpo pero no tuve ni una sola pesadilla.

Capítulo 49

Me desperté, tibia y tranquila, dentro de un nido.

Segura.

La luz del sol entraba a través de la ventana sucia, iluminando los rojos y dorados de la pared de ala que tenía frente a mí…, porque el ala había estado ahí toda la noche, protegiéndome del frío.

Los brazos de Rhysand eran bandas alrededor de mi cuerpo, la respiración profunda y pareja. Y yo sabía que para él era tan raro como para mí dormir tan profunda, tan pacíficamente.

Lo que habíamos hecho la noche anterior…

Con cuidado, giré la cara hacia él y sus brazos se tensaron apenas, como para impedir que yo me desvaneciera con la niebla de la mañana.

Los ojos de él ya estaban abiertos cuando puse mi cabeza en el nido de su brazo. Nos miramos el uno a la otra, dentro del refugio del ala.

Y me di cuenta de que tal vez lo único que quería era hacer eso, exactamente eso, para siempre.

Dije, despacio:

—¿Por qué hiciste ese trato conmigo? ¿Por qué me pediste una semana por mes?

Los ojos color violeta se cerraron.

Y yo no me atreví a pensar en lo que estaba esperando que él contestara pero estoy segura de que no era:

—Porque quería decirle algo a Amarantha, porque quería enojar a Tamlin, y porque necesitaba mantenerte con vida de una forma que no pareciera piadosa.

—Ah.

La boca de él se tensó.

—Tú sabes…, tú sabes que no hay nada que yo no haría por mi pueblo, por mi familia.

Y yo había sido un peón en ese juego…

El ala de él volvió a plegarse y yo parpadeé en el aire líquido.

—¿Baño?

Me encogí frente al recuerdo del baño sucio, maloliente del nivel inferior. Usarlo para aliviar mis necesidades ya sería bastante malo.

—Prefiero bañarme en un arroyo —dije y traté de olvidarme de la forma en que se me estaban revolviendo el estómago.

Rhys soltó una risa corta y rodó para salir de la cama.

—Entonces, vámonos de aquí.

Durante un segundo me pregunté si habría soñado lo de la noche anterior. Por el dolor leve, agradable que tenía entre las piernas, sabía que no había sido un sueño pero…

Tal vez sería más fácil fingir que no había pasado nada.

Tal vez yo no fuera capaz de tolerar la alternativa.

Volamos casi todo el día, lejos, a lo largo del borde en el que las estepas boscosas se elevaban para encontrarse con las Montañas Ilyrias. No hablamos de la noche anterior…, casi no hablamos para nada.

Otro claro. Otro día de jugar con mis poderes. Llamar a las alas, transportarse, fuego, hielo, agua y ahora… viento. El viento y las brisas que pasaban a través de los valles y los campos de trigo de la Corte Día y después golpeaban la nieve que adornaba los picos más altos.

Yo sentía las palabras que se elevaban en él a medida que pasaban las horas. Cada vez que nos deteníamos para hacer una pausa, lo descubría mirándome, lo veía abrir la boca… y después cerrarla.

En algún momento, llovió y después se puso más y más frío con la llegada de las nubes. Teníamos que quedarnos en los bosques hasta después del atardecer y me pregunté qué clase de criaturas caminarían por esos senderos.

El sol ya se estaba hundiendo en el horizonte cuando Rhys me tomó entre los brazos y me llevó a los cielos.

Solamente el viento y el calor de ese cuerpo y el sonido de las alas poderosas.

Me atreví a preguntar:

—¿Qué pasa?

La atención de él siguió en los pinos oscuros que pasaban bajo nosotros.

—Hay una historia más que tengo que contarte.

Esperé. Él no siguió hablando.

Le puse la mano en la mejilla, el primer contacto íntimo que habíamos tenido en todo el día. La piel de él estaba fría, los ojos tristes cuando se movieron hacia mí.

—Yo no me aparto de ti, no me voy, no de tu lado —juré con rapidez.

La mirada de él se suavizó.

—Feyre…

Rugió dolorido, arqueándose contra mí.

Sentí el impacto, sentí un dolor cegador a través del lazo que me atravesó los escudos mentales, sentí el temblor de la docena de lugares en que lo tocaron las flechas que venían de arcos escondidos bajo las copas de los árboles.

Y entonces, caímos.

Rhys me apretó entre los brazos, y su magia nos envolvió en un viento oscuro, se preparó para transportarnos… y falló.

Falló porque las flechas eran de fresno. Y le habían atravesado las alas. Nos habían rastreado…, la poca magia que él había usado el día anterior para enfrentar a Lucien, sí, la habían rastreado de alguna forma y nos habían encontrado a pesar de lo lejos que estábamos…

Más flechas…

Rhys desplegó su magia. Demasiado tarde.

Las flechas le desgarraron las alas. Le golpearon las piernas.

Creo que yo estaba gritando. No de miedo porque caíamos sino por él, por la sangre y el color verdoso en las flechas. No solo fresno…, veneno…

Un viento negro, el poder de Rhys, me golpeó con fuerza y después, él me arrojó lejos, abajo, y caí girando, rodando en el aire, más allá del alcance de las flechas…

El rugido de Rhys sacudió el bosque, las montañas más allá. Los pájaros se elevaron en ondas, tomaron los cielos, huyendo de ese aullido.

Me golpeé contra las ramas densas, el cuerpo ladró en agonía mientras atravesaba madera, pino y hojas. Abajo, abajo…

Concéntrate, concéntrate, concéntrate.

Solté una onda de aire duro que una vez me había protegido del temperamento de Tamlin. La arrojé debajo de mí como a una red.

Choqué con una pared tan sólida que pensé que se me iba a quebrar el brazo derecho.

Pero… así dejé de caer a través de las ramas.

Diez metros más abajo, el suelo apenas si se veía en la oscuridad.

No confiaba en ese escudo para sostener mi peso durante mucho tiempo.

Caminé a través de él, tratando de no mirar hacia abajo, y salté los últimos metros en un pino ancho. Caí a través de la madera, llegué al tronco y me aferré a él,

jadeando, reordenando la mente alrededor del dolor, alrededor de la firmeza de haber llegado al suelo.

Escuché…, busqué a Rhys, busqué las alas, el siguiente rugido. Nada.

Ninguna señal de los arqueros que él había buscado al caer. Los arqueros de quienes me había apartado arrojándome lo más lejos posible. Temblando, hundí las uñas en la corteza y escuché todo, buscándolo.

Flechas de fresno. Flechas de fresno envenenado.

El bosque se oscureció aún más, los árboles parecieron atrofiarse hasta convertirse en cáscaras esqueléticas. Hasta los pájaros se habían callado.

Me miré la palma de la mano, el ojo en ella, y envié un pensamiento hacia el lazo. ¿Dónde estás? Dime y voy para allá. *Te voy a encontrar*.

No había una pared de ónix diamantino al final del lazo. Solamente sombras infinitas.

Y había cosas —cosas grandes, enormes— que se movían por el bosque.

Rhysand. No hubo respuesta.

Se escapaba el último rastro de luz.

Rhysand, por favor.

Ningún sonido. Y el lazo entre los dos… también en silencio. Siempre había sentido que ese lazo me protegía, me seducía, se reía de mí del otro lado de mis escudos. Y ahora…, ahora se había desvanecido.

Un aullido gutural ondeó desde la distancia, como rocas que se golpean unas con otras.

Se me tensaron todos los pelos del cuerpo. Nunca nos quedábamos en el bosque después del anochecer.

Respiré una o dos veces para tranquilizarme, metí una de las pocas flechas que me quedaban en el arco.

Por el suelo, pasó algo elegante y oscuro, en curvas; las hojas crujieron bajo lo que parecían enormes patas terminadas en agujas, como garras.

Algo empezó a gritar. Aullidos agudos, aterrorizados. Como si lo estuvieran partiendo en pedazos. No Rhys, otra cosa.

Empecé a temblar de nuevo; la punta de mis flechas, brillantes mientras temblaban conmigo.

Dónde estás dónde estás dónde estás.

Deja que te encuentre deja que te encuentre deja que te encuentre.

Bajé el arco. Cualquier reflejo de luz podía delatarme.

La oscuridad era mi aliada; tal vez la oscuridad me protegería.

Había habido rabia la primera vez en que me había transportado…, y rabia la segunda.

Rhys estaba herido. Ellos lo habían herido. Lo habían tomado como blanco. Y ahora…, ahora…

No era rabia caliente lo que me bajó por el cuerpo.

Era algo antiguo y congelado y tan feroz que convirtió mi concentración en el filo de una navaja.

Y si quería rastrear a Rhys, si quería llegar al lugar en el que lo había visto por última vez…, me convertiría en un fragmento de oscuridad.

Ahora corría por la rama mientras algo atravesaba los arbustos más abajo, siseando y gruñendo. Pero me plegué en humo y luz de estrellas y me transporté al final de la rama y hacia el árbol que tenía enfrente. La criatura que estaba más abajo soltó un grito pero no le hice caso.

Ahora yo era noche; era viento.

De árbol en árbol, me transporté, con tanta rapidez que las bestias que recorrían el suelo del bosque apenas si registraron mi presencia. Y si yo era capaz de tener garras y alas…, también podía cambiar de ojos.

Había cazado lo suficiente al atardecer para ver qué ojos de animales funcionaban a esa hora, para entender la forma en que brillaban.

Di una orden y mis ojos se ensancharon, cambiaron…, una ceguera temporaria cuando me transporté entre los árboles de nuevo, corriendo por una rama ancha hasta que llegué a la siguiente mediante la magia…

Aterricé y en ese momento, el bosque nocturno se encendió alrededor. Y las cosas que recorrían el suelo del bosque… No, no las miré.

Mantuve la atención en transportarme de árbol en árbol hasta que estuve cerca del lugar en el que nos habían atacado; tiré del lazo, tiré constantemente buscando esa pared familiar del otro lado… Y entonces…

Una flecha, clavada en las ramas sobre mí. Me transporté a una rama ancha.

Y cuando solté la flecha tirando de la madera de fresno, cuando sentí cómo me temblaba el cuerpo inmortal en esa presencia, un ladrido bajo me salió de entre los labios.

No había contado cuántas flechas había recibido el cuerpo de Rhys. Cuántas me había evitado a mí, usando el cuerpo como escudo.

Metí la flecha en el carcaj y seguí andando por el área en círculos hasta que vi otra…, ahí, en el suelo de agujas de pino.

Tal vez la escarcha brilló siguiéndome como una estela cuando me transporté en la dirección que habría seguido la flecha si hubiera volado, y así descubrí otra, y otra. Me las quedé todas.

Hasta que llegué a un lugar en el que las ramas de los pinos estaban quebradas y en pedazos en el suelo. Ahí fue donde, por fin, olí a Rhys. Alrededor brillaban de hielo los árboles cuando vi la sangre de él esparcida sobre las ramas, en el suelo.

Vi flechas de fresno esparcidas alrededor.

Como si hubiera habido una emboscada con cientos de flechas, cientos, demasiado rápidas para que él las detectara o las evitara a todas. Especialmente, si estaba distraído, mirándome, jugando conmigo. Si había estado distraído todo el día.

Me transporté en pequeños viajes a través del lugar, pero nunca me quedé en el

suelo demasiado tiempo, no el suficiente para que me olieran las criaturas que me rondaban.

Rhys había caído con fuerza, eso me dijeron las huellas. Y habían tenido que arrastrarlo. Con rapidez.

Habían tratado de esconder el rastro de sangre, pero aunque la mente de él no me hablara, yo habría podido rastrear ese olor en cualquier parte. *Lo encontraría* en cualquier parte.

Tal vez fueran buenos para esconder sus huellas pero yo era mejor para…

Seguí cazando, una flecha de fresno metida en el arco, leyendo las señales.

Se lo habían llevado entre varios, por lo menos dos docenas, y había habido más ahí para el primer ataque. Los otros se habían transportado, dejando un número limitado para llevarlo a través de las montañas… hacia quien quiera que lo estuviera esperando.

Se movían con rapidez. Se adentraban más y más en el bosque, hacia las gigantescas formas de las Montañas Ilyrias que acechaban más allá. La sangre había fluido todo el camino.

Vivo, me decía esa sangre. Él estaba vivo…, aunque si las heridas no se estaban cerrando, eso significaba que las flechas de fresno estaban haciendo su trabajo.

Yo había destruido a uno de los centinelas de Tamlin con una sola de esas en el lugar correcto. Traté de no pensar en lo que podía hacerle a alguien un número… En mis oídos volvió a resonar como un eco el aullido de dolor de Rhys.

Y a través de la rabia impiadosa, que no cedía, decidí que si Rhys no estaba vivo, si lo habían lastimado más allá de toda posibilidad de curación…, a mí, ya no me importaría quiénes eran ni la razón por la que lo habían hecho.

Estaban muertos.

Unas huellas se desprendieron del grupo principal…, seguramente exploradores enviados para buscar un lugar donde pasar la noche. Yo empecé a transportarme más lentamente porque ahora seguía las huellas con mayor cuidado. Había dos grupos separados, como si trataran de hacer más difícil el rastreo. El olor de Rhys estaba en ambos.

Se habían llevado la ropa, entonces. Porque sabían que yo los perseguiría, me habían visto con él. Sabían que yo lo buscaría. Una trampa, seguramente era una trampa.

Me detuve en las ramas más altas de un árbol desde el que veía con claridad el lugar en que se habían separado los grupos; miré alrededor. Uno iba directamente hacia las montañas. El otro en una línea paralela a ellas.

Las montañas eran territorio ilyrio…, en las montañas correrían el riesgo de que los descubriera una patrulla. Supondrían que yo nunca creería que fuesen tan estúpidos como para entrar en ese territorio. Que pensaría que seguramente estarían en el bosque, un lugar sin guardias, sin patrullas.

Sopesé mis opciones, olí los dos caminos.

No habían contado con el segundo perfume diminuto aferrado a las huellas, un perfume entrelazado con el de Rhys.

Yo no me permití pensarlo cuando me transporté hacia las huellas que iban a las montañas, oliendo el viento. No me permití pensar en la razón por la que mi olor estaba en Rhys, aferrado a él desde la noche anterior. Él se había cambiado de ropa esa mañana…, pero el olor… Sin baño, yo estaba sobre él, en todas partes.

Así que me transporté hacia ese grupo. Hacia mí. Y cuando apareció la cueva estrecha al pie de la montaña, el brillo levísimo de una luz que brillaba adentro…, me detuve.

Se oyó el sonido de un látigo.

Y cada palabra, cada sentimiento y pensamiento, volaron hacia mí. Otro latigazo… y otro.

Me colgué el arco del hombro y saqué una segunda flecha de fresno. Fue un trabajo rápido atar las dos flechas una punta a cada lado… Después hice lo mismo con otras dos. Y cuando terminé, cuando miré a las dos dagas nuevas que había fabricado de esa forma, una en cada mano, cuando volvió a sonar el látigo…, me transporté al interior de la cueva.

Habían elegido una con una entrada pequeña que se abría hacia un túnel curvado; el campamento estaba del otro lado de la curva, para evitar que nadie lo detectara.

Los guardias del frente no me notaron cuando pasé; eran dos machos altos fae que no reconocí, enfundados en armadura sin marcas.

Dos más patrullaban junto a la boca de la cueva, mirando a los del frente. Yo estaba ahí y me había ido de nuevo antes de que me viera ninguno de ellos. Caminé por la curva del túnel, mientras entraba y salía del tiempo y lo doblaba; los ojos que veían de noche se quemaron con la luz. Volví a cambiarlos mientras me transportaba de un parpadeo a otro, más allá de los otros dos guardias.

Y cuando vi a los cuatro que había dentro de la cueva, el pequeño fuego que encendieron y lo que ya le habían hecho a Rhys…, empujé el lazo entre los dos…, casi sollozando de alivio cuando sentí la pared de diamante… pero del otro lado, no había nada. Solamente silencio.

Le habían puesto unas extrañas cadenas de piedra azulada que le mantenían los brazos separados y lo suspendían de las dos paredes de la cueva. El cuerpo colgaba de ellas; la espalda, pura piel ensangrentada. Y las alas…

Había dejado las flechas de fresno donde estaban… Siete flechas.

Con la espalda de Rhys vuelta hacia mí, solamente la imagen de la sangre que le corría sobre la piel me dijo que estaba vivo.

Y fue suficiente, fue tanto que estallé.

Me transporté hacia los guardias que sostenían los látigos iguales.

Gritaron cuando les pasé las dagas de madera de fresno por la garganta, se los hundí hasta bien adentro, con ferocidad, como había hecho cientos de veces cuando cazaba. Uno, dos…, después los vi en el suelo, los látigos en silencio. Antes de que

los guardias me atacaran, me transporté hacia los que estaban más cerca.

Sangre.

Magia, golpe; magia, golpe.

Esas alas…, esas alas poderosas, bellas…

Llegaron corriendo los guardias de la boca de la cueva.

Fueron los últimos en morir.

Y la sangre que yo tenía en las manos ahora me producía una sensación muy diferente de la que me había hecho sentir la sangre de los inocentes en Bajo la Montaña. Esta sangre…, esta sangre, la saboreé. Sangre por sangre, sangre por cada gota de la sangre de Rhys derramada unos minutos antes.

Pero los ojos de él se abrieron un poco y gruñó.

Yo no dije nada pero me arrojé hacia las cadenas que lo sostenían, tratando de no notar las marcas que dejaban mis manos ensangrentadas sobre él. Las cadenas eran como de hielo…, peor que hielo. La sensación que daban era de *mal*. Empujé el dolor y el desconocimiento y la debilidad que me corrían por la columna y lo desaté.

Las rodillas de él golpearon la piedra con tanta fuerza que hice una mueca, pero corrí hacia el otro brazo, que seguía extendido. La sangre le brotaba de la espalda, de la frente, le formaba charcos entre los muslos.

—Rhys —jadeé. Casi caí sobre mis propias rodillas cuando sentí el movimiento de él detrás de los escudos, como si el dolor y el agotamiento lo hubieran reducido a una grieta, la grieta de una ventana entreabierta. Las alas, perforadas por las flechas, seguían abiertas… en una posición de dolor tan tensa que yo sentía que me quebraba —. Rhys…, Rhys, tenemos que transportarnos a casa…

Los ojos de él volvieron a abrirse y jadeó:

—No puedo.

Fuera cual fuese el veneno en esas flechas…, su magia…, su fuerza…

Pero no podíamos quedarnos ahí: el otro grupo estaba cerca. Así que dije:

—Sostente. —Y le tomé la mano mientras nos arrojaba hacia la noche y el humo.

Transportarse fue tan pesado…, como si todo el peso de él, todo ese poder, me detuvieran. Fue como atravesar caminando por el barro pero me concentré en el bosque, en una cueva envuelta en musgo que había visto antes, ese día, mientras calmaba la sed, una cueva escondida al costado de la ribera del río. Yo me había metido en ella y no había visto otra cosa que hojas. Era un lugar un poco húmedo pero por lo menos era seguro. Mejor que estar al descubierto…, y por otra parte, esa era nuestra única opción.

Cada kilómetro me costó un enorme esfuerzo. Pero mantuve la mano en la suya, aterrorizada con la idea de que, si lo soltaba, si lo dejaba en alguna parte, no conseguiría volver a encontrarlo y…

Y entonces, estuvimos ahí, en la cueva, en una oscuridad impenetrable…; con esas criaturas cerca, yo no me atrevía a encender un fuego…

Pero él estaba tan frío… y seguía sangrando.

Obligué a mis ojos a que se abrieran de nuevo y se me cerró la garganta cuando vi las heridas. Los latigazos que le atravesaban la espalda seguían soltando sangre… pero las alas…

—Tengo que sacarte esas flechas…

Él volvió a gruñir…, las manos apoyadas en el suelo. Y la imagen de él así, incapaz de hacer un comentario irónico o de mostrarme media sonrisa… Me acerqué al ala.

—Esto te va a doler. —Apreté la mandíbula mientras estudiaba la forma en que le habían desgarrado la hermosa membrana. Tendría que partir las flechas en dos para deslizar los dos extremos…

No…, romperlas no. Tendría que cortarlas, despacio, con suavidad, con cuidado, para que las astillas y las partes afiladas no le hicieran más daño. ¿Quién sabía lo que podía hacer una astilla de fresno si se le quedaba en el cuerpo?

—Hazlo —jadeó él, con la voz muy ronca.

Había siete flechas en total: tres en un ala, cuatro en la otra. Por alguna razón le habían sacado la de las piernas… y las heridas ya estaban semicerradas.

La sangre caía al suelo, gota tras gota.

Saqué un cuchillo del lugar en que lo llevaba, atado al muslo, estudié la herida de entrada, y tomé la flecha muy despacio. Él siseó. Yo me detuve.

—Hazlo —repitió Rhys, los nudillos blancos mientras clavaba los puños en el suelo.

Yo puse el lado aserrado del cuchillo contra la flecha y empecé a cortar, con la mayor suavidad que pude. Los músculos cubiertos de sangre de la espalda de Rhys se movieron y se tensaron; la respiración se le puso aguda, despareja. Demasiado despacio…, demasiado despacio.

Pero si me apuraba, tal vez lo lastimaría más, le dañaría el ala sensible…

—¿Sabías —dije sobre el sonido del cuchillo que aserraba despacio— que un verano, cuando yo tenía diecisiete, Elain me compró pintura? Había suficiente para gastar en algunas cosas extra y ella nos compró regalos a mí y a Nesta. No le alcanzaba para comprar un equipo completo pero me compró rojo, azul y amarillo. Y yo usé los frascos hasta la última gota, los estiré todo lo que pude, y pinté cositas en todos lados, dentro de la cabaña…

Él suspiró con fuerza, y yo terminé de aserrar la flecha. No le dije lo que estaba haciendo y tiré de la flecha en un movimiento suave.

Él soltó una mala palabra, el cuerpo tenso y la sangre salió a borbotones, después se detuvo.

Casi solté un suspiro de alivio. Me puse a trabajar en la siguiente.

—Pinté la mesa, las sillas, el umbral… Y teníamos una cómoda negra, vieja, en el dormitorio…, un cajón para cada una. No había mucha ropa de todos modos. —Fui más rápido con la segunda flecha y él se preparó cuando se la saqué. La sangre fluyó, después se detuvo. Empecé con la tercera—. Pinté flores para Elain en el cajón de

ella —dije mientras serruchaba—. Rositas y begonias. Iris. Y para Nesta… —La flecha cayó en el suelo y yo arranqué el otro lado.

Vi cómo la sangre fluía y se detenía…, lo vi bajar el ala hacia el suelo, despacio, el cuerpo recorrido por un temblor.

—Para Nesta —dije y empecé del otro lado—, pinté llamas. Ella siempre estaba enojada, ardía siempre. Creo que ella y Amren se harían amigas con facilidad. Creo que, a pesar de sí misma, le gustaría Velaris. Y creo que a Elain…, a Elain le gustaría también. Aunque seguramente se aferraría a Azriel para tener algo de paz y tranquilidad.

Sonreí con esa idea…, pensando en lo bien que se verían juntos, lo hermosos que serían Azriel y Elain. Si el guerrero dejara de amar en silencio a Mor, claro. Y yo lo dudaba. Azriel amaría a Mor hasta que se convirtiera en un susurro de oscuridad entre las estrellas.

Terminé la cuarta flecha y empecé con la quinta.

La voz de Rhys era ronca cuando dijo mirando el suelo:

—¿Y qué pintaste para ti misma?

Saqué la quinta y me moví hacia la sexta antes de decir:

—Pinté el cielo de la noche.

Él se quedó inmóvil. Yo seguí:

—Pinté estrellas y la luna y nubes y un cielo infinito, negro. —Terminé con la sexta y estaba serruchando la séptima cuando dije—: Nunca supe por qué. Yo no solía salir de noche…, generalmente estaba demasiado cansada y me iba a dormir al atardecer. Pero me pregunto… —Saqué la séptima, la última—. Me pregunto si había una parte de mí que sabía lo que me esperaba. Que sabía que nunca sería una amable cultivadora, sino una mujer que ardería como fuego y que sería tranquila y lo toleraría todo y sería facetada como la noche. Que tendría belleza para los que supieran dónde mirar, y que si nadie se molestaba en mirar, si todos me tenían miedo, no me importaría mucho de todos modos. Me pregunto si, a pesar de mi desesperación, de mi desesperanza, estuve realmente sola alguna vez. Me pregunto si no estaba buscando este lugar…, buscándolos a ustedes, a todos.

La sangre dejó de fluir y esa segunda ala bajó hacia el suelo. Lentamente, las heridas de la espalda empezaron a cerrarse. Yo caminé alrededor del lugar donde él estaba inclinado hacia el suelo, las manos aferradas a la roca y me arrodillé.

La cabeza de él se levantó hacia mí. Ojos llenos de dolor, labios sin sangre.

—Me salvaste —dijo, con la voz rasposa.

—Más tarde me explicas quiénes eran.

—Emboscada —dijo Rhys, los ojos buscando señales en mi cara para saber si yo estaba herida—. Soldados de Hybern con cadenas antiguas, cadenas que anulan mi poder. Seguramente rastrearon la magia que usé ayer… Lo lamento. —Las palabras salieron a borbotones. Yo le pasé una mano por el pelo negro. Era por eso que no había podido usar el lazo, hablar de mente a mente.

—Descansa —dije y empecé a levantarme para buscar la manta del atado. Con eso tendría que bastar. Él me tomó las muñecas antes de que yo me levantara. Bajó las pestañas. La conciencia lo abandonaba…, con rapidez. Con demasiada rapidez y demasiado peso.

—Yo también te estaba buscando —murmuró.

Y se desmayó.

Capítulo 50

Dormí junto a él, ofreciéndole todo el calor que podía, monitoreando toda la noche la entrada de la cueva. Frente a esta pasaron las bestias del bosque en un desfile infinito, y los gruñidos y los siseos se desvanecieron solamente en la luz gris que se abrió antes de la aurora.

Cuando la luz líquida del sol pintó las paredes de piedra, Rhys estaba inconsciente, la piel color arcilla. Le controlé las heridas y vi que apenas si estaban mejor que el día anterior; de todas ellas, surgía un brillo aceitoso, feo.

Y cuando le puse a Rhys la mano sobre la frente, lancé una mala palabra. Calor.

El veneno de las flechas. Ese veneno que todavía estaba en el cuerpo.

El campamento ilyrio estaba tan lejos que yo no podría llevarnos hasta allá con mis poderes solamente…

Pero si ellos habían usado esas horrendas cadenas para anular los poderes de Rhys, las flechas de fresno para derribarlo, entonces ese veneno…

Pasó una hora. Rhys no mejoró. La piel dorada estaba pálida…, cada vez más pálida. Tenía la respiración corta.

—Rhys —dije yo con suavidad.

Él no se movió. Traté de sacudirlo. Si él me decía el nombre del veneno, tal vez yo encontraría algo que lo ayudara…

Él no se despertó.

Alrededor del mediodía, el pánico me apretó en un puño tenso.

No sabía nada de venenos, ni nada de remedios. Y ahí, lejos de todos… ¿Nos rastrearía Cassian a tiempo? Y Mor, ¿se transportaría hasta nosotros? Traté de despertar a Rhys, lo intenté una y otra vez.

El veneno lo había arrastrado a un sueño muy profundo. No quería arriesgarme a seguir esperando que llegara ayuda.

No quería arriesgarlo a él.

Así que lo envolví en tantas capas como pude, me llevé una sola, le besé la frente y me fui.

Estábamos solamente a pocos metros del lugar donde yo había cazado la noche anterior y cuando salí de la cueva, traté de no mirar las huellas que habían pasado tan cerca de la cueva y por encima. Huellas enormes, horribles.

Lo que yo iba a cazar era peor.

Teníamos agua corriente cerca, eso ya estaba…, así que hice la trampa, construí el lazo con manos a las que no permití un temblor.

Puse la capa nueva, rica, hermosa, en el centro del lazo. Y esperé.

Una hora. Dos.

Estaba por empezar a negociar con el Caldero, con la Madre, cuando cayó sobre el bosque un silencio terrorífico, familiar.

Como una onda que venía hacia mí, uno tras otro, los pájaros dejaron de gorjear, el viento dejó de suspirar en los pinos.

Y cuando se oyó un crujido fuerte en el bosque, seguido por un alarido que me perforó los oídos, metí una flecha en el arco y caminé al encuentro del Suriel.

Era tan horrendo como yo recordaba.

La ropa desgarrada que apenas ocultaba un cuerpo hecho no de piel sino de algo que parecía hueso sólido, gastado. La boca sin labios, los dientes demasiado grandes y los dedos —largos, como agujas— que golpeaba uno contra el otro mientras estudiaba la capa bella que yo había puesto en el centro de la trampa, como si fuera algo dejado por el viento.

—Feyre Rompemaldiciones —dijo y se volvió hacia mí; la voz una y muchas al mismo tiempo.

Bajé el arco.

—Te necesito.

Tiempo…, me estaba quedando sin tiempo. Lo sentía, una urgencia que me rogaba que me apurase a través del lazo.

—Qué cambios fascinantes ha traído este año en ti… —dijo el Suriel.

Un año. Sí, había pasado más o menos un año desde que yo había cruzado el muro por primera vez.

—Tengo preguntas —dije.

La cosa sonrió y se le vieron todos los dientes manchados, marrones, demasiado grandes.

—Tienes dos preguntas.

Una pregunta y una orden.

No perdí el tiempo; no con Rhys así, no cuando seguramente esos bosques estaban llenos de enemigos decididos a cazarnos.

—¿Qué veneno se usó en esas flechas?

—Destructor de la sangre —dijo él.

Yo no lo conocía, jamás había oído hablar de él.

—¿Dónde encuentro la cura?

El Suriel hizo sonar los dedos uno contra el otro, como si la respuesta estuviera en el sonido.

—En el bosque.

Siseé, las cejas arriba.

—Por favor, por favor, no seas críptico. ¿*Cuál* es la cura?

El Suriel inclinó la cabeza, el hueso brilló bajo la luz.

—Tu sangre. Dale tu sangre, Rompemaldiciones. Está llena del don de la cura del alto lord de Amanecer. Eso va a salvarlo de la rabia del destructor de la sangre.

—¿Eso es todo? —insistí—. ¿Cuánto?

—Unos pocos sorbos y ya está. —Me rozó la cara un viento vacío, seco, nada parecido a los velos neblinosos, fríos de siempre—. Yo te ayudé antes. Ahora te estoy ayudando. Y vas a liberarme antes de que yo pierda la paciencia, Rompemaldiciones.

Una parte primaria, humana de mí tembló cuando tomé la soga que le sostenía las piernas contra el suelo. Tal vez, se había dejado atrapar. Y sabía cómo liberarse…, lo había aprendido cuando yo lo salvé de los naga.

Una prueba…, de honor. Y un favor. Por la flecha que yo había arrojado para salvarlo el año anterior.

Pero metí una flecha en el arco, y fruncí el ceño ante el brillo del veneno que la cubría.

—Gracias por tu ayuda —dije y me preparé para escapar si él me atacaba.

Los dientes manchados del Suriel sonaron unos contra otros.

—Si quieres apurar la curación de tu pareja, además de tu sangre, hay una hierba con flores rosadas junto al arroyo. Que la mastique.

Yo disparé la flecha contra la soga antes de terminar de oír sus palabras.

La trampa se soltó. Y entonces, la palabra me resonó en la mente.

Pareja.

—¿Qué dijiste?

El Suriel se estiró despacio y era mucho más alto que yo, incluso cuando una lo miraba desde el otro lado del claro. No me había dado cuenta de que, a pesar del hueso, tenía músculos…, músculos poderosos.

—Si quieres… —El Suriel hizo una pausa, y sonrió, mostrando otra vez los dientes marrones, manchados—. Entonces, no sabías.

—Dilo. —Apreté los dientes.

—El alto lord de la Corte Noche es tu pareja. Por el lazo de apareamiento.

Yo no estaba segura de estar respirando.

—Interesante —dijo el Suriel.

Pareja.

Pareja.

Pareja.

Rhysand era mi pareja.

No un amante, no un esposo, sino mucho más que eso. Un lazo tan hondo, tan permanente que se honraba sobre todos los demás. Un lazo raro, extraordinario.

No la pareja de Tamlin.

Sino la pareja de Rhysand.

Yo estaba celoso y enojado…

Tú eres mía.

Las palabras se me escaparon, bajas y retorcidas.

—¿Él lo sabe?

El Suriel se aferró a los bordes de su nueva capa con los dedos como huesos.

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Sí. Desde…

—No. Que me lo diga él… quiero oírlo de sus labios.

El Suriel inclinó la cabeza.

—Estás…, estás sintiendo demasiado, demasiado rápido. No puedo leerlo.

—¿Cómo puedo ser su pareja? —Las parejas estaban formadas por dos iguales…, dos que encajaban juntos por lo menos en algunos sentidos.

—Él es el alto lord más poderoso que haya caminado esta tierra. Tú eres…, eres nueva. Estás hecha por todos los altos lores, por los siete. Diferente de todos los demás. ¿No son similares en eso? ¿No encajan?

Pareja. Y él sabía…, él lo había sabido siempre…

Miré hacia el río como si desde ahí pudiera ver el interior de la cueva, el lugar donde dormía Rhysand.

Cuando volví a mirar al Suriel, ya había desaparecido.

Encontré la semilla rosada y la arranqué del suelo mientras volvía caminando rápido hacia la cueva.

Por suerte, Rhys estaba medio despierto, las capas de abrigo que yo le había arrojado encima estaban esparcidas alrededor y me dedicó una sonrisa tensa cuando entré.

Le arrojé la semilla, y le manché el pecho desnudo con tierra.

—Mastícala.

Él parpadeó con debilidad.

Pareja.

Pero él obedeció, frunció el ceño mirando la planta mientras arrugaba unas hojas y empezaba a masticar. Hizo una mueca al tragar. Yo me arranqué la chaqueta, me levanté la manga y fui hasta él. Él lo había sabido y no me lo había dicho.

¿Y los otros? ¿Sabían? ¿Lo habían adivinado?

Él…, él me había prometido no mentirme, no guardarse cosas…

Y esto…, esto, *lo* más importante en mi existencia inmortal…

Me pasé una daga por el brazo, un corte largo y profundo y caí de rodillas frente a él. No sentí el dolor.

—Bebe esto… *Ahora*.

Rhys parpadeó de nuevo, las cejas arriba, pero yo no le di ninguna oportunidad de objetar, le tomé la parte posterior de la cabeza, levanté el brazo, se lo puse en la boca y se la apreté contra la piel.

Él hizo una pausa cuando la sangre le tocó el labio. Después abrió la boca, la lengua me rozó el brazo mientras tragaba la sangre, mi sangre. Un trago. Dos. Tres.

Le saqué el brazo de un tirón y la herida ya se estaba curando mientras yo volvía a colocar la manga en su lugar.

—No tienes derecho a hacer preguntas —dije y él levantó la vista hacia mí; el agotamiento y el dolor le marcaban la cara; la sangre le brillaba en los ojos. Parte de mí odiaba esas palabras, me odiaba por actuar así mientras él estaba lastimado pero no me importaba—. Solamente tienes derecho a contestarlas. Nada más.

Lo miré, el guerrero mestizo, ilyrio a medias, que era mi pareja por lazo de apareamiento.

—¿Hace cuánto que sabes que soy tu pareja?

Rhys se quedó inmóvil. Todo el mundo se quedó inmóvil.

Él tragó saliva.

—Feyre.

—¿Hace cuánto sabes que soy tu pareja?

—¿Tú…, tú enlazaste al Suriel? —Me importaba una mierda cómo se hubiera dado cuenta.

—Dije que no tienes derecho a hacer preguntas.

Me pareció que algo parecido al pánico le pasaba por los rasgos. Volvió a masticar la planta, como si eso ayudara inmediatamente, como si él supiera que quería estar en el mejor de los estados para enfrentarse a la situación, para enfrentarme a mí. El color ya le estaba volviendo a las mejillas, tal vez por la curación que yo llevaba en la sangre.

—Lo sospeché por un tiempo —dijo Rhys, y tragó saliva de nuevo—. Me sentí seguro en el momento en que Amarantha te estaba matando. Y cuando estuvimos de

pie en ese balcón de Bajo la Montaña…, después de que nos liberamos. Lo sentí cuando se hizo evidente entre los dos. Creo que cuando te Hicieron, eso aumentó el olor del lazo. Yo te miré entonces y la fuerza de esa verdad me golpeó como un puño.

Tenía los ojos muy abiertos, había tartamudeado como en medio de un shock…, aterrorizado. Y se había ido del balcón.

Eso había sido hacía casi medio año.

La sangre me latía en los oídos.

—¿Y cuándo ibas a decírmelo?

—Feyre.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

—No sé. Ayer quise hacerlo. O cuando notaras que ya no era un trato entre los dos. Esperaba que te dieras cuenta cuando te llevé a la cama y…

—¿Los otros lo saben?

—Amren y Mor sí. Azriel y Cassian lo sospechan.

Se me incendió la cara. Sabían…, todos sabían…

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tú estabas enamorada de él; ibas a casarte con él. Y después…, después estabas sufriendo mucho; no parecía correcto decírtelo.

—Yo merecía saber.

—La otra noche me dijiste que querías una distracción, divertirte, dijiste. No un lazo de apareamiento. Mucho menos un lazo con alguien como yo… un desastre. —Así que las palabras que yo había escupido en la Corte de las Pesadillas lo seguían persiguiendo.

—Me prometiste…, me prometiste que no habría secretos, ningún juego. Me lo prometiste, mierda.

Algo dentro mi pecho se rendía frente a sí mismo… Una parte de mí que yo creía terminada hacía mucho.

—Eso lo sé —dijo Rhys, el brillo otra vez en la cara—. ¿Tú crees que yo no quería decírtelo? ¿Crees que me gustaba oírte decir que me querías solamente para divertirte, para distraerte? ¿Crees que no me volvía tan loco, tan loco que esos hijos de puta consiguieron bajarme del cielo porque estaba muy ocupado preguntándome si decírtelo o esperar… o tal vez aceptar los fragmentos que tú quisieras darme y contentarme con eso? ¿O que pensando que lo mejor era dejarte ir para que no tuvieras que enfrentarte a una vida entera de asesinos y altos lores desesperados por estar conmigo?

—No quiero oír eso. No quiero que me expliques cómo supusiste que tú sabías más que yo, que yo no podría manejarlo…

—No hice eso…

—No quiero oírte decir que decidiste que yo iba a quedar en la ignorancia mientras tus amigos sabían, mientras *todos ustedes* decidían lo que era bueno para mí…

—Feyre…

—Llévame otra vez al campamento ilyrio. Ahora.

Él respiraba hondo, en jadeos grandes, audibles.

—Por favor.

Pero me le acerqué y le tomé la mano.

—*Llévame de vuelta ahora*.

Y entonces vi el dolor y la pena en los ojos color violeta. Los vi y no me importó, porque tenía una cosa dentro del pecho que se retorcía y se quebraba. No porque me dolía con tanta intensidad el corazón, sí, el corazón, que me di cuenta de que, de alguna forma, ese corazón se había curado en esos últimos meses. Y era Rhys el que lo había curado.

Y ahora me dolía.

Rhys vio eso y más en mi cara y yo no vi nada, excepto agonía en la suya cuando reunió sus fuerzas y, gruñendo de dolor, nos transportó al campamento ilyrio.

Capítulo 51

Entramos a un barro congelado frente a la casita de piedra.

Creo que él quería transportarnos directamente adentro pero le costaba manejar los poderes. Del otro lado del patio vi a Cassian y a Mor, en la ventana de la casa, tomando el desayuno. Los ojos se les abrieron de par en par y ya estaban cruzando la puerta.

—Feyre —gruñó Rhys, los brazos desnudos doblados mientras trataba de levantarse.

Yo lo dejé en el barro y me alejé hacia la casa.

La puerta se abrió de par en par y Cassian y Mor pasaron corriendo hacia nosotros, y nos revisaron el cuerpo centímetro a centímetro. Cassian se dio cuenta de que yo estaba en una sola pieza y corrió hacia Rhys, que estaba tratando de levantarse, la piel cubierta de barro pero Mor… Mor me vio la cara.

Yo fui hasta ella, fría y hueca.

—Quiero que me lleves a algún lugar lejano —dije—. Ahora mismo. —Necesitaba escaparme…, necesitaba pensar, necesitaba espacio y calma y silencio.

Mor nos miró a los dos, se mordió el labio.

—Por favor —dije y mi voz se quebró sobre la palabra.

Detrás, Rhys volvió a gemir mi nombre.

Mor volvió a mirarme la cara y me tomó la mano con fuerza.

Desaparecimos en medio del viento y la noche.

El brillo me golpeó, y me tragué lo que me rodeaba: montañas y nieve alrededor; el paisaje, resplandeciente y fresco bajo la luz del mediodía, tan limpio contra la suciedad que yo sentía dentro de mí misma.

Estábamos arriba, en los picos, y a unos cien metros, había una cabaña de troncos entre dos enormes colmillos de las montañas que la escondían del viento. La casa estaba a oscuras…, no había nada alrededor.

—La casa está guardada. Nadie puede entrar transportándose. En realidad, nadie puede pasar de este punto sin el permiso de nuestra familia. —Mor dio un paso adelante y la nieve le crujió bajo las botas. Sin el viento, el día era lo suficientemente moderado en cuanto al clima para recordarme que en el mundo ya había amanecido la primavera aunque yo estaba dispuesta a apostar a que todo quedaría bajo cero apenas desapareciera el sol. Seguí a Mor mientras algo me silbaba contra la piel.

—Tienes…, tienes permiso para entrar —dijo Mor.

—¿Porque soy su pareja?

Ella siguió atravesando la nieve, que le llegaba a la rodilla.

—¿Lo adivinaste tú o él te lo dijo?

—Me lo dijo el Suriel. Después de que fui a cazarlo para que me dijera cómo curar a Rhys.

Ella soltó una mala palabra.

—¿Está…, está bien él?

—Va a sobrevivir —dije. Ella no me hizo más preguntas. Y yo no me sentía con la suficiente generosidad como para dar información extra. Llegamos a la puerta de la cabaña, y ella la abrió con un movimiento de la mano.

Una habitación principal con paneles de madera; una cocina a la derecha; un comedor con un sofá cubierto de cueros a la izquierda; un pequeño vestíbulo al final; un pasillo que llevaba a dos dormitorios y un baño compartido; nada más.

—Cuando éramos jóvenes, nos mandaban aquí para que «reflexionáramos» —dijo Mor—. Rhys me pasaba libros y alcohol de contrabando.

Yo me encogí cuando oí el nombre.

—Es perfecto —dije, tensa. Mor hizo un movimiento con la mano y de pronto, el hogar ya estaba encendido y el calor se esparcía en la habitación. Unos platos de comida aterrizaron en las mesadas de la cocina y algo gruñó en los caños de la casa.

—Va a seguir ardiendo hasta que te vayas. —Levantó una ceja como preguntándome cuándo sería eso.

Desvié la vista.

—Por favor, no le digas dónde estoy.

—Él va a tratar de encontrarte.

—Dile que no quiero que me encuentre. Por un tiempo, no.

Mor se mordió el labio.

—No es asunto mío…

—Entonces, no digas nada.

Ella lo hizo de todos modos.

—Él quería decírtelo. Lo mataba no hacerlo. Pero…, nunca lo vi tan feliz como cuando está contigo. Y no creo que eso tenga nada que ver con que seas su pareja.

—No me importa. —Ella se quedó callada y yo sentí cómo se amontonaban las palabras que quería decirme. Así que dije—: Gracias por traerme aquí. —Una manera amable de pedirle que se fuera.

Mor inclinó la cabeza.

—Vuelvo en tres días. Hay ropa en los dormitorios, y toda el agua caliente que quieras. La casa está hechizada y te va a cuidar…, basta con que desees o digas lo que quieres…

Lo único que yo quería era soledad y quietud pero… un baño caliente sonaba como una linda forma de empezar.

Ella se fue antes de que yo pudiera decir nada.

Sola, nadie alrededor en kilómetros a la redonda, me quedé de pie en la cabaña silenciosa y miré la nada.

PARTE TRES

LA CASA DE LA NIEBLA

Capítulo 52

Había una bañera profunda, hundida en el suelo de la cabaña, lo suficientemente grande como para que entraran en ella las alas ilyrias. La llené con agua casi hirviendo y no me importó cómo operaba la magia de la casa, solamente que funcionara. Siseando y haciendo muecas, me metí adentro.

Tres días sin un baño…, ahora habría llorado por la emoción del calor, por la limpieza.

No me importaba que antes hubiera pasado semanas y semanas sin bañarme, en los tiempos en que conseguir agua caliente para la casucha de mi familia hubiera significado más problemas de los que valía la pena buscarse. En los tiempos en que ni siquiera teníamos bañera y necesitábamos baldes y baldes para limpiarnos.

Me lavé con un jabón oscuro que olía a humo y a pino y cuando terminé, me quedé sentada ahí, mirando cómo se deslizaba el vapor entre las pocas velas.

Pareja. Lazo de apareamiento.

Las palabras me persiguieron cuando salí del baño —antes de lo que hubiera querido— y me siguieron cuando me puse la ropa que encontré en un cajón del dormitorio: calzas oscuras, un suéter grande, color crema que me llegaba hasta la mitad del muslo y medias bien gruesas. Me crujía el estómago y me di cuenta de que no había comido nada desde el día anterior porque…

Porque él había estado herido y yo me había vuelto loca…, totalmente loca…, me había enloquecido que me lo sacaran, que lo hubieran bajado del cielo como a un pájaro.

Había actuado por instinto, en un impulso, un deseo feroz de protegerlo, que había venido desde tan abajo dentro de mí, desde las profundidades…

Desde una profundidad tan honda dentro de mí…

Encontré un frasco con sopa en la mesada de madera —seguramente lo había traído Mor— y saqué una olla de hierro forjado para calentarlo. Había pan fresco, crujiente cerca del horno, y me comí la mitad mientras esperaba la sopa.

Él lo había sospechado antes de que nos liberáramos de Amarantha.

El día de mi boda…, ¿la había interrumpido para salvarme de un error terrible o por sus propios intereses? ¿Porque yo era su pareja y le resultaba inaceptable permitir que me ligara a otro?

Me comí la cena en silencio; mi única compañía era el murmullo del fuego.

Y entonces, bajo el bombardeo de los pensamientos…, un latido de alivio.

Mi relación con Tamlin había estado condenada desde el principio. Yo me había ido…, y había buscado a mi pareja. Me había ido para ir hacia la persona con la que me unía el lazo de apareamiento.

Si lo que yo había buscado era una forma de salvarnos de la vergüenza, de los rumores, solamente esto lo lograría con facilidad, solamente el hecho de que yo hubiera encontrado mi verdadera pareja.

Yo ya no era una mentirosa sucia y traidora. Para nada. Aunque Rhys…, aunque Rhys hubiera sabido que yo era su pareja.

Mientras yo compartía la cama de Tamlin. Durante meses y meses. Él había sabido que yo compartía esa cama y no había dejado que se notara su rabia. O tal vez no le importaba…

Tal vez no quería ese lazo. Había esperado que se desvaneciera.

Entonces, yo no le debía nada a Rhys, no tenía nada de qué disculparme.

Pero él había sabido que yo reaccionaría mal. Que me dolería más de lo que iba a ayudarme.

¿Y si yo hubiera sabido?

¿Si hubiera sabido que Rhys era mi pareja cuando todavía amaba a Tamlin?

No, eso no justificaba que él no me lo hubiera dicho. No justificaba las últimas semanas, en las que yo me había odiado por desearlo tanto…; él hubiera podido decirme… Pero…, pero yo lo entendía.

Lavé los platos, barrí las migas de la pequeña mesa del comedor entre la cocina y el sofá y me metí en una de las camas.

Solamente una noche antes, había estado enroscada al lado de Rhys, contando respiraciones para asegurarme de que seguía con vida. Y la noche anterior a esa, había estado en sus brazos, los dedos de él entre las piernas, la lengua de él en la boca. Y ahora…, aunque la cabaña estaba tibia, las sábanas estaban frías. La cama era

grande… y estaba vacía.

A través de la ventanita de vidrio brillaba la tierra tapada por la nieve, azul bajo la luz de la luna. El viento era un gemido hueco, que arrojaba enormes ríos de nieve resplandeciente por encima de la cabaña.

Me pregunté si Mor le habría dicho a él dónde estaba yo.

Me pregunté si él vendría a buscarme.

Pareja.

Mi pareja.

Me despertó la luz del sol sobre la nieve y entrecerré los ojos contra ese brillo, maldiciéndome por no haber corrido las cortinas. Me llevó un momento recordar dónde estaba; por qué estaba ahí, en una cabaña solitaria, muy lejos, en las montañas de… No, no sabía en qué montañas estaba.

Una vez, Rhys había mencionado un lugar de retiro que Mor y Amren habían reducido a cenizas en una pelea. Me pregunté si el lugar sería este; si lo habrían reconstruido. Todo era cómodo, todo estaba usado pero en un estado relativamente bueno.

Ellos lo sabían. Mor y Amren.

Yo no conseguía decidir si los odiaba por eso.

Sin duda, Rhys les había ordenado que no dijeran nada y ellas habían respetado esa orden pero…

Armé la cama, me hice el desayuno, lavé los platos y después me quedé de pie en medio del comedor.

Me había escapado.

Exactamente como había esperado Rhys…, había escapado como le había dicho una vez que haría cualquiera en su sano juicio porque cualquiera en su sano juicio huiría de él inmediatamente… Como una cobarde, como una tonta, lo había dejado herido frente al campamento en el barro congelado.

Me había apartado de él…, un día después de decirle que nunca me apartaría, que no lo dejaría nunca.

Le había pedido sinceridad y frente a la primera prueba, ni siquiera había dejado que él me ofreciera su sinceridad. No le había ofrecido siquiera la amabilidad de escucharlo hasta el final.

Tú me ves.

Bueno, pero yo me había negado a verlo. Tal vez me había negado a ver lo que tenía delante de mis ojos.

Me había dado media vuelta y me había ido.

Y tal vez…, me dije, tal vez no debería haberlo hecho.

Ese día, el aburrimiento me golpeó con fuerza.

Un aburrimiento supremo, constante; estaba atrapada dentro de la casa con la nieve que se fundía lentamente en el clima moderado de la primavera, escuchando cómo caían las gotas de agua desde el techo.

Aburrirme me despertó la curiosidad y me convertí en una entrometida y cuando terminé de revisar los cajones y los armarios de los dos dormitorios (ropa, pedacitos de cinta, cuchillos y armas metidos entre ellos como si alguien los hubiera puesto ahí y después se hubiera olvidado), los armarios de la cocina (comida, alimentos preservados, ollas y sartenes, un libro de cocina manchado) y el área del comedor (mantas, libros, armas escondidas *en todas partes*), me aventuré hacia el almacén de suministros.

Para ser el retiro de un alto lord, la cabaña era… no común —porque todo estaba hecho y elegido con cuidado— pero sí… casual. Como si ese fuera el único lugar al que podían venir todos y dejarse caer en las camas y en el sofá y no ser otra cosa que ellos mismos, turnándose para cocinar y cazar y limpiar y…

Una familia.

Parecía la casa de una familia…, la familia que en realidad yo no había tenido nunca, que nunca me había atrevido a esperar. Había dejado de esperarla cuando me acostumbré al espacio y la formalidad de vivir en una mansión. A ser el símbolo de un pueblo quebrado, el ídolo dorado y el títere de una alta sacerdotisa.

Abrí la puerta del depósito; me recibió una bocanada de frío pero las velas se encendieron: la magia mantenía el lugar hospitalario para sus habitantes. Ahí dentro había estantes sin polvo (otra vez la magia, sin duda) y más comida. Libros, equipos de deportes, atados y sogas y (ah, sorpresa) más armas. Lo miré todo, todos esos recuerdos de aventuras pasadas y futuras, y casi las pasé por alto cuando pasé frente a ellas.

Media docena de latas de pintura.

Papel y algunas telas. Pinceles viejos y manchados de pintura, fabricados por manos perezosas.

Y acuarelas, pasteles, otros elementos para hacer arte…, algo que parecía carbonilla para hacer esquemas, pero… Yo miraba la pintura, los pinceles.

¿Cuál de ellos había tratado de pintar mientras estaba ahí…, o disfrutaba de un tiempo de descanso con todos?

Me dije a mí misma que el temblor de las manos era por el frío cuando estiré una para tomar el pote de pintura y abrí la tapa.

Seguía fresca. Seguramente la magia que preservaba ese lugar.

Espié en el interior oscuro, brillante del frasco que había abierto: azul.

Entonces, empecé a reunir las cosas que necesitaba.

Pinté todo el día.

Y cuando desapareció el sol, pinté toda la noche.

La luna se había puesto cuando me lavé las manos y la cara y el cuello y tropecé hacia la cama sin molestarme en un cambio de ropa; la inconsciencia me llevó lejos casi inmediatamente.

Pero estaba de pie, pincel en mano, antes de que el sol de primavera pudiera reiniciar su trabajo de deshielo de las montañas.

Solamente me detuve lo suficiente como para comer. El sol ya se ponía de nuevo, agotado por la forma en que había desgastado y comido la capa de nieve, cuando sonó un golpe en la puerta de entrada.

Salpicada de pintura…, el suéter color crema totalmente arruinado, me paralicé.

Más golpecitos, leves pero insistentes. Después:

—Por favor, no estés muerta.

Yo no sabía si era alivio o desilusión lo que se me hundió en el pecho cuando abrí la puerta y descubrí a Mor soplándose aire caliente en las manos frías.

Miró la pintura que yo tenía en el piel, en el pelo. Y el pincel, que llevaba en la mano derecha.

Y después miró lo que yo había hecho.

Entró desde la noche fría de primavera y soltó un largo silbido cuando cerró la puerta.

—Bueno…, no hay duda de que estuviste ocupada.

Sí.

Había pintado casi todas las superficies de la habitación principal.

No solamente con anchas bandas de color sino con algo más, pequeñas imágenes. Algunas eran básicas: grupos de estalactitas que caían desde los costados del umbral. Se fundían en los primeros disparos de la primavera, después estallaban en flores abiertas de verano, antes de ponerse más brillantes y profundas y convertirse en hojas de otoño. Flores alrededor de la mesa de cartas junto a la ventana, hojas y llamas ardientes alrededor de la mesa del comedor.

Y entre las decoraciones intrincadas, los había pintado a ellos. Fragmentos de Mor y de Cassian y de Azriel y de Amren… y de Rhys.

Mor subió hacia el gran hogar donde yo había pintado la repisa en negro con brillantes vetas de oro y bronce. Se tocó el pelo e inclinó la cabeza.

—Lindo —dijo y volvió a mirar la habitación.

Los ojos grandes cayeron sobre el umbral abierto del pasillo que daba hacia los dormitorios; hizo una mueca:

—¿Por qué están ahí los ojos de Amren?

Y sí, encima de la puerta, en el centro de la arcada, yo había pintado un par de brillantes ojos plateados.

—Porque ella siempre está vigilando.

Mor resopló.

—No, no sirve. Pinta mis ojos junto a los de ella. Así, la próxima vez que vengan aquí para emborracharse una semana entera, los machos de esta familia sabrán que *las dos* los estamos vigilando.

—¿Hacen eso?

—Antes sí. —*Antes de Amarantha*—. Todos los otoños, los tres se encerraban en esta casa durante cinco días y bebían y bebían y cazaban y cazaban y volvían a Velaris medio muertos pero sonriendo como locos. Me entibia el corazón saber que desde ahora van a tener que hacerlo con mis ojos y los de Amren en esa puerta.

Una sonrisa me subió a los labios.

—¿De quién son las pinturas?

—De Amren —dijo Mor y puso los ojos en blanco—. Estuvimos en esta casa un verano, todos, y ella quería enseñarse a sí misma a pintar. Lo hizo como dos días y después se aburrió y decidió que prefería cazar pobres criaturas indefensas…

Se me escapó una risa tranquila. Caminé hasta la mesa que había usado como superficie principal para mezclar y organizar la pintura… Y tal vez fui cobarde pero le di la espalda mientras decía:

—¿Novedades de mis hermanas?

Mor empezó a mirar en los armarios, ya fuera para buscar comida o para ver qué necesitaba yo. Dijo por encima del hombro:

—No. Todavía no.

—¿Y él…? ¿Está herido? —Lo había dejado en el barro congelado, herido y sin terminar de sacarse el veneno del cuerpo. Había tratado de no pensar en eso mientras pintaba.

—Sigue recuperándose pero bien. Enojado conmigo pero va a sobrevivir.

Combiné el amarillo dorado de Mor con el rojo que había usado para las alas ilyrias y los uní hasta que conseguí un anaranjado vibrante.

—Gracias…, gracias por no decirle que estoy aquí.

Un encogimiento de hombros. Sobre la mesa empezó a aparecer comida: pan fresco, fruta, guisos de algo que yo olía desde el otro lado de la cocina y que casi me hizo gruñir de hambre.

—Pero deberías hablar con él. Hacerlo sufrir por esto, claro pero… escucharlo hasta el final. —No me miró mientras hablaba—. Rhys siempre tiene sus razones y aunque tal vez sea un macho muy arrogante, en general, sus instintos tienen razón. Comete errores pero… Deberías escucharlo…

Yo ya había decidido que lo haría pero dije:

—¿Cómo fue tu visita a la Corte de las Pesadillas?

Ella se detuvo, la cara extrañamente pálida.

—Bien. Siempre es una delicia ver a mis padres. Como puedes imaginarte.

—¿Tu padre se está curando? —agregué el cobalto de los Sifones de Azriel al anaranjado y lo mezclé hasta que tuve un castaño espeso.

Una sonrisita amarga.

—Despacio. Yo casi le rompo algunos huesos más cuando lo visité. Mi madre me prohibió pisar la casa familiar. Qué vergüenza.

Una parte feroz de mí hizo una mueca de alegría.

—Una lástima —dije. Agregué un poco de blanco escarcha para aclarar el marrón, lo controlé de nuevo en la mirada que ella me dedicó y tomé un banquito donde poder ponerme de pie para pintar la arcada—. ¿Rhys te hace pasar por esto con frecuencia? ¿Soportar esas visitas?

Mor se reclinó contra la mesada.

—El día en que se convirtió en alto lord, Rhys me dio permiso para matarlos cuando yo quisiera. A veces, voy a esas reuniones, voy a la Corte de las Pesadillas para… recordarles eso. Y para mantener vivas las comunicaciones entre las dos cortes aunque esas comunicaciones sean siempre tensas. Si tuviera que ir allá mañana y asesinar a mis padres…, él ni siquiera parpadearía. Tal vez le causaría problemas…, pero…, estaría de acuerdo conmigo.

Puse mi concentración en el punto de marrón caramelo que había pintado junto a los ojos de Amren.

—Me siento mal por todo lo que pasaste.

—Gracias —dijo ella y se acercó a mirarme—. Visitarlos siempre me deja irritable.

—Cassian parecía preocupado. —Otra pregunta entrometida.

Ella se encogió de hombros.

—Cassian, creo, también saborearía la oportunidad de hacer pedazos esa corte entera. Empezando por mis padres. Tal vez le voy a dejar hacerlo un día. A él y a Azriel. A los dos. Sería un regalo perfecto para el solsticio.

Yo pregunté, tal vez con un tono demasiado casual:

—Me contaste sobre tu primera vez con Cassian pero ¿alguna vez tú y Azriel…?

Una risa aguda.

—No. ¿Azriel? Después de esa vez con Cassian, juré que no me acercaría a ninguno de los amigos de Rhys. A Azriel no le faltan amantes. Por eso no te preocupes. Él se las arregla mejor que nosotras para mantenerlas en secreto, pero… las tiene.

—Así que si alguna vez él se interesara, ¿tú…?

—El tema no sería yo, en realidad. Sería él. Yo podría sacarme toda la ropa frente a él y no se movería ni un centímetro. Tal vez desafió a esos hijos de puta de ilyrios y los dejó mal cada vez que lo enfrentaron pero, aunque Rhys lo haga Príncipe de Velaris, siempre se va a considerar un don nadie, un bastardo, un no bueno para nada. Especialmente para mí.

—Pero…, ¿tú estás interesada?

—¿Por qué haces esas preguntas? —La voz se volvió tensa, filosa. Más alerta que nunca.

—Estoy tratando de entender cómo funcionan juntos todos ustedes.

Un resoplido; inmediatamente desapareció de su cara la actitud alerta. Traté de no parecer demasiado aliviada.

—Tenemos cinco siglos de historias enredadas unas con otras para que revises. Buena suerte.

Claro. Terminé sus ojos…, marrón junto al mercurio de Amren. Pero casi como si fuera una respuesta, ella declaró:

—Pinta los de Azriel, junto a los míos. Y los de Cassian, cerca de los de Azriel.

Levanté las cejas.

Moví la cabeza y bajé del banquito mientras trataba de empezar a imaginar cómo pintar ojos color avellana.

Mor dijo con tranquilidad:

—¿Tan malo es… ser pareja de Rhys? ¿Ser parte de nuestra corte, nuestra familia, historias enredadas y todo?

Mezclé la pintura en el platito, y los colores giraron en un remolino como vidas entrelazadas.

—No —jadeé—. No. Para nada.

Y así tuve mi respuesta.

Capítulo 53

Mor se quedó conmigo esa noche, y hasta pintó algunas figuras rudimentarias, palitos en la pared junto a la puerta del depósito. Tres hembras con un pelo absurdamente largo que les flotaba detrás y se parecía al de ella; y tres machos alados a quienes se las arregló para hacerlos inflados de vientre en un gesto dedicado a su propia importancia. Yo me reía cada vez que miraba el dibujo.

Se fue después del desayuno; tuvo que caminar hasta el exterior donde ya no funcionaba el escudo y la saludé moviendo la mano desde lejos: una figura distante, que tembló antes de desaparecer en la nada.

Miré con los ojos fijos la expansión blanca, brillante, lo bastante fundida ya para que se vieran, de tanto en tanto, manchas de tierra pelada…, pedazos de pasto blanco por el invierno que se tendían hacia el cielo azul y las montañas. Yo sabía que el verano llegaría alguna vez, sí, incluso a esa tierra de sueños que se fundía ahora; lo sabía porque había visto cañas de pescar y equipo que sugería un clima tibio, pero era difícil imaginar que el hielo y la nieve se convertirían en pasto suave y flores silvestres.

Como un remolino, en imágenes muy breves, me vi ahí, corriendo a través de la colina que se alzaba bajo la costra delgada de nieve, atravesando los arroyitos que ya embarraban el suelo, alimentándome de bayas veraniegas mientras el sol se ponía

detrás de las montañas.

Y después, me iría a casa, a Velaris, donde caminaría por fin en las calles del barrio de los artistas y entraría en esos locales, esas galerías, y aprendería lo que pudieran enseñarme y tal vez, tal vez, un día, abriría mi propio local. No para vender mi trabajo pero sí para enseñar a otros.

Tal vez, enseñar a otros que como yo, se hubieran quebrado en algunos lugares y estuvieran tratando de luchar, tratando de entender quiénes eran en medio de la oscuridad y el dolor. Y después me iría a casa al final de todos los días, agotada pero contenta…, satisfecha.

Feliz.

Me iría a casa todos los días, a la casa de la ciudad, al encuentro de mis amigos, llenos de historias de sus propios días y nos sentaríamos todos alrededor de esa mesa y comeríamos juntos.

Y Rhysand.

Rhysand…

Él estaría ahí. Él me daría el dinero necesario para abrir mi propio local y como yo no iba a cobrarle a nadie, vendería mis pinturas para devolverle el dinero. Porque, fuera mi pareja o no, yo le devolvería el dinero.

Y él estaría en esta cabaña en el verano, volando sobre la colina, corriéndome a través de los arroyitos y en las montañas empinadas, cubiertas de pasto. Se sentaría conmigo bajo las estrellas, y me daría bayas gordas de verano. Y estaría en esa mesa de la casa de la ciudad, rugiendo de risa…, ya no cruel ni frío ni solemne. Nunca más esclavo ni puta de nadie.

Y de noche…, de noche, subiríamos juntos y él me susurraría historias sobre sus aventuras y yo le contaría mi día y…

Ahí estaba.

Un futuro.

El futuro que veía para mí misma, brillante como la salida del sol sobre el Sidra.

Una dirección y una meta y una invitación para ver qué más iba a ofrecerme la inmortalidad. Que ya no me parecía tan apática, tan vacía.

Yo estaba dispuesta a luchar hasta mi último aliento para conseguir ese futuro, para defenderlo.

Pasaron cinco días; pinté todas las habitaciones de la cabaña. Mor había transportado más pintura antes de irse y más comida de la que yo podía comer.

Pero después de cinco días estaba harta de la compañía de mis propios pensamientos, harta de esperar, harta de la nieve que se fundía, harta de las gotas de agua en el techo.

Por suerte, Mor volvería esa noche, y golpearía la puerta, impaciente como un trueno.

Me había bañado una hora antes, raspándome la pintura en lugares que ni siquiera creía que fuera posible mancharse y, cuando abrí la puerta de par en par hacia la fuerza del aire frío, el pelo todavía se me estaba secando.

Pero no era Mor la que estaba reclinada contra el marco.

Capítulo 54

Ahí estaba yo, mirando a Rhys.

Y él me miraba, los ojos fijos.

Tenía las mejillas rosadas de frío, el pelo negro enredado, y parecía estar congelándose ahí, las alas plegadas atrás.

Y supe que una palabra mía y él volvería a partir, volando hacia la noche helada. Que si cerraba la puerta, él no la empujaría.

Le temblaba la nariz por el olor de la pintura detrás de mí pero no dejaba de mirarme. Esperaba.

Pareja.

Mi… pareja.

Ese macho hermoso, fuerte, generoso… Que se había sacrificado y quebrado por su familia, su pueblo y seguía sin creer que hubiera hecho suficiente, sin creer que él fuera suficiente para nadie. Azriel pensaba que no se merecía a Mor. Me pregunté de pronto si Rhys…, si él sentía algo parecido con respecto a mí. Me aparté hacia un costado y sostuve la puerta abierta para que entrara.

Habría jurado que sentí una debilidad en las rodillas a través del lazo.

Pero Rhys miró lo que yo había pintado, se tragó los colores brillantes que daban vida a la cabaña, y dijo:

—Nos pintaste a nosotros.

—Espero que no te importe.

Él estudió el arco frente al pasillo de los dormitorios.

—Azriel, Mor, Amren y Cassian —dijo, señalando los ojos que yo había pintado —. Sabes bien que uno de ellos va a pintar un bigote debajo de los ojos de la persona que lo haya enojado ese día.

Cerré los labios para mantener la sonrisa en el interior.

—Mor ya prometió hacerlo.

—¿Y mis ojos?

Yo tragué saliva. De acuerdo, entonces. Nada de bailar alrededor del tema.

El corazón me latía con tanta fuerza que supe que él lo estaba oyendo.

—Tenía miedo de pintarlos.

Rhys me miró de frente.

—¿Por qué?

No más juegos, no más negociaciones.

—Primero, porque estaba furiosa contigo por no decirme. Después porque me daba miedo de que esos ojos me gustaran demasiado… y un día descubriera que tú no sentías lo mismo. Tercero porque me dio miedo de que, si los pintaba, empezara a desear que estuvieras aquí, a desearlo tanto que me pasaría con la vista fija en ellos todo el tiempo. Parecía una manera muy patética de pasar el tiempo.

Los labios se le torcieron un poco.

—Ah.

Dirigí mi mirada a la puerta cerrada.

—Volaste hasta aquí.

Él asintió.

—Mor no quería decirme dónde estabas pero no hay muchos lugares tan seguros como este. Como no quería que mis amigos de Hybern me rastrearan hasta ti, tenía que hacerlo a la manera antigua. Me llevó…, me llevó un tiempo.

—¿Estás…, estás mejor?

—Completamente curado. Rápido, diría yo, considerando que el veneno era el destructor de la sangre. Gracias a ti.

Evité su mirada y me volví hacia la cocina.

—Seguramente tienes hambre. Voy a calentar algo.

Rhys se enderezó.

—¿Me…, me hiciste comida?

—Calentar —dije—. No sé cocinar.

No parecía hacer ninguna diferencia. Pero fuera lo que fuera, el acto de ofrecerle comida lo había… Puse algo de sopa fría en una olla y encendí el quemador.

—No conozco las reglas —dije, la espalda hacia él—. Así que vas a tener que explicarme.

Él se quedó en el centro de la cabaña, mirando todos los movimientos que yo

hacía. Dijo, con la voz ronca:

—Es… es un momento importante cuando una hembra le ofrece comida a su pareja. Se remonta a los tiempos en que éramos bestias. Pero sigue importando. La primera vez importa. Algunas parejas que se unen hacen toda una fiesta, una reunión para que la hembra ofrezca comida a su pareja, formalmente… Entre los ricos, es común. Pero significa que la hembra… acepta el lazo.

Miré la sopa.

—Cuéntame la historia… cuéntame todo.

Él entendió la oferta: cuéntame mientras cocino y, al final, yo decido si te ofrezco la comida o no.

Una silla crujió contra el suelo de madera cuando él se sentó frente a la mesa. Durante un momento, solamente se oyó el silencio, interrumpido por el clac de mi cuchara contra la olla.

Después Rhys dijo:

—Me capturaron en la Guerra. El ejército de Amarantha.

Dejé de mover la cuchara; se me estrujaron las entrañas.

—Cassian y Azriel estaban en otras legiones, así que no tuvieron ideas de que nos habían tomado prisioneros, a todos, a mis fuerzas… y a mí. No supieron que los capitanes de Amarantha nos retuvieron durante semanas, nos torturaron y mataron a mis guerreros. Me clavaron pernos de fresno en las alas y después usaron las mismas cadenas que la otra noche para mantenerme atado. Esas cadenas son uno de los grandes tesoros de Hybern, piedra sacada del medio de sus tierras, capaces de anular los poderes de los altos fae. Incluso los míos. Así que me encadenaron entre dos árboles, me golpearon cuando quisieron, trataron de obligarme a decirles dónde estaban las fuerzas de la Corte Noche y usaron a mis guerreros, sus muertes, su dolor, para quebrarme.

»Solo que yo no me quebré —dijo, con la voz brusca— y ellos eran demasiado tontos y no sabían que yo era ilyrio y que lo único que tenían que hacer para que cediera era tratar de cortarme las alas. Tal vez fue una suerte; lo cierto es que no lo hicieron. Y Amarantha… a ella no le importaba que yo estuviera ahí. Yo era solamente el hijo de otro alto lord, y Jurian acababa de asesinar a su hermana. Lo único que le importaba era llegar hasta él, *matarlo* a él. Yo quería hacer una última declaración: matarla a cualquier costo, aunque significara desgarrarme las alas para liberarme. Vigilé a los guardias, aprendí el horario de Amarantha; supe dónde estaría en cada momento. Establecí un día, una hora. Me preparé y estaba listo…, tan listo para terminar con todo y esperar a Cassian y Azriel y Mor del otro lado. No había nada excepto la rabia y el alivio porque mis amigos no estaban ahí. Pero el día anterior al que yo había fijado en la mente para matar a Amarantha, para hacer lo que tenía que hacer y morir, ella y Jurian se enfrentaron en el campo de batalla.

Se detuvo, tragó saliva.

—Yo estaba encadenado en el barro, obligado a mirar y ellos lucharon entre sí.

Me obligaron a ver la forma en que Jurian me robaba la muerte de ella. Pero no fue así…; ella lo mató a él. Vi cómo ella le arrancaba el ojo y el dedo y cuando él estuvo en el suelo, la vi arrastrarlo de vuelta al campamento. Después escuché cómo lo destrozaba durante días, despacio. El grito de él era eterno. Ella estaba tan concentrada en torturarlo que no detectó la llegada de mi padre. En el pánico, mató a Jurian, cualquier cosa menos dejarlo en libertad y después huyó. Y así, mi padre me rescató… y le dijo a sus hombres, a Azriel, que me dejara los pernos de fresno en las alas como castigo por dejarme atrapar. Yo estaba tan mal herido que los que me curaban me informaron que si trataba de luchar antes de que se me curaran las alas nunca volvería a volar. Así que, mientras se llevaban a cabo las últimas batallas, tuve que volver a casa a recuperarme.

»Firmaron el Tratado y se construyó el muro. En la Corte Noche, nosotros habíamos liberado a nuestros esclavos hacía ya mucho. No confiábamos en que los humanos guardaran nuestros secretos, se reproducían tanto y con tanta frecuencia que mis antepasados no conseguían dominar todas las mentes humanas al mismo tiempo. Pero nuestro mundo había cambiado. La Guerra nos cambió a todos. Cuando volvieron, Cassian y Azriel eran diferentes; yo era diferente cuando volví. Vinimos aquí…, a esta cabaña. Yo todavía estaba tan herido que me trajeron ellos, entre los dos. Estábamos aquí cuando llegaron los mensajes sobre los últimos términos del Tratado.

»Se quedaron conmigo cuando yo rugí y prometí ante las estrellas que Amarantha pagaría todo lo que había hecho, que pagaría por cada crimen que hubiera cometido. Que el rey de Hybern pagaría por lo que había hecho. Los dos lados habían sufrido demasiadas muertes; era imposible llevar a la justicia a todos, dijeron ellos. Hasta mi padre emitió una orden para que todo se olvidara…, para poner la fuerza solamente en construir un futuro de coexistencia. Pero yo no me olvidé nunca de lo que Amarantha le había hecho a mis guerreros. Y nunca la perdoné. El padre de Tamlin… era amigo de ella. Y cuando mi padre lo mató, yo era tan presumido, mierda, que tal vez ella sintió un poquito de lo que yo había sentido cuando ella asesinó a esos soldados.

A mí me temblaban las manos mientras movía la sopa. No lo sabía…, no lo había pensado…

—Siglos más tarde, cuando Amarantha volvió a estas orillas, yo seguía deseando matarla. Y lo peor era que ella ni siquiera sabía quién era yo. Ni siquiera recordaba que yo era el hijo del alto lord, uno de sus prisioneros. Para ella, yo era solamente el hijo del hombre que había matado a su amigo… Yo era solamente el alto lord de la Corte Noche. Los otros altos lores estaban convencidos de que ella quería comercio y paz, eso solamente. Solamente Tamlin desconfió de ella. Yo lo odiaba pero él la había conocido personalmente… y si él no confiaba en ella…, yo supe que ella no había cambiado.

»Así que hice planes para matarla. No se lo dije a nadie. Ni siquiera a Amren.

Dejé que Amarantha pensara que estaba interesado en comerciar, en una alianza. Decidí que iría a la fiesta que iba a darse en Bajo la Montaña para celebrar con todas las Cortes el acuerdo de comercio con Hybern… Y cuando ella estuviera borracha, me metería en esa mente, le haría revelar cada una de las mentiras que había dicho, cada crimen que hubiera cometido y después le aplastaría el cerebro, lo convertiría en líquido antes de que los otros pudieran reaccionar. Estaba dispuesto a ir a la guerra por eso.

Me di vuelta, me recliné en la mesada. Rhys se miraba las manos como si la historia fuera un libro que sostenía ahí, un libro que estaba leyendo.

—Pero ella pensaba con más rapidez que yo…, actuaba con más rapidez que yo. Se había entrenado contra mi habilidad en particular y tenía poderosos escudos mentales. Yo estaba tan ocupado trabajando para atravesarlos que no pensé en la bebida que tenía en la mano. No había querido que ni Cassian ni Azriel ni nadie más fuera testigo de lo que yo iba a hacer esa noche…, así que nadie se molestó en oler la bebida.

»Cuando sentí que me arrancaban los poderes con el hechizo que ella había puesto en la bebida, los usé todos, todos al mismo tiempo, borré Velaris, las guardas mágicas, todo lo que era bueno, de las mentes de la Corte de las Pesadillas…, de los únicos a los que había permitido venir conmigo. Arrojé el escudo alrededor de Velaris, y lo uní a mis amigos y así, ellos tuvieron que quedarse o arriesgarse a que se hundiera la protección y usé lo que me quedaba de fuerza para contarles mente a mente lo que estaba pasando y ordenarles que no se acercaran. En unos segundos, Amarantha fue la dueña de todo mi poder.

Los ojos de él buscaron los míos. Débiles, perseguidos.

—Asesinó a la mitad de la Corte de las Pesadillas ahí mismo. Para probarme que era capaz. Como venganza por el padre de Tamlin. Y en ese momento, yo…, yo supe que no había nada que no haría para que ella no viera a mi corte, la verdadera corte. Para que no me mirara demasiado, a mí y a lo que yo amaba. Así que me dije que esa era una guerra nueva, un tipo de batalla completamente distinto. Y esa noche, cuando ella me siguió prestando atención, supe lo que quería. Supe que no era tanto cogerme como vengarse del fantasma de mi padre. Y si eso era lo que quería, eso iba a conseguir. La hice rogar, aullar y usé lo que me quedaba de poder para que el sexo fuera bueno para ella, tanto que quisiera más. Que *necesitara* más.

Me aferré a la mesa, sentía que iba a resbalarme y terminar en el suelo.

—Entonces, ella le echó la maldición a Tamlin. Y mi otro gran enemigo se convirtió en el único camino posible, la única forma en la que tal vez, ella tendría que liberarnos a todos. Todas las noches que pasé con Amarantha lo hacía sabiendo que ella se preguntaba si yo trataría de matarla. No podía usar mis poderes para lastimarla y ella se había protegido contra ataques físicos. Pero durante cincuenta años…, cada vez que estuve dentro de ella, pensé en eso, en matarla. Ella no tenía idea de eso. Ninguna. Porque yo era tan bueno en mi trabajo que ella pensó que además, lo

disfrutaba. Así que empezó a confiar en mí…, más que en los demás. Especialmente cuando le probé lo que podía hacerle a sus enemigos. Y yo me alegraba de hacerlo. Me odiaba pero estaba contento de poder hacerlo. Después de una década dejé de esperar ver a mis amigos o a mi pueblo. Me olvidé de esas caras. Dejé de tener esperanzas.

La plata le brilló en los ojos, y él parpadeó para eliminarla.

—Hace tres años —dijo con calma—, empecé a tener…, a tener sueños. Al principio, eran apenas imágenes instantáneas, como si estuviera mirando a través de los ojos de otra persona. Un hogar que rugía en una casa oscura. Un montón de paja en un granero. Una madriguera de conejo. Las imágenes eran borrosas, como mirar a través de un vidrio empañado. Eran breves…, un poquito aquí y allá, de vez en cuando, una cada tantos meses. No pensé nada sobre ellas hasta que una de las imágenes me mostró una mano… Una hermosa mano humana. Que sostenía un pincel. Y pintaba… flores sobre una mesa.

El corazón dejó de latirme en el pecho.

—Esa vez, traté de transmitir un pensamiento hacia el otro lado. La imagen del cielo de la noche…, la que me daba alegría cuando yo la necesitaba. El cielo abierto de la noche, las estrellas y la luna. No supe si alguien la recibía del otro lado pero lo intenté.

Yo no estaba segura de estar respirando.

—Esos sueños…, los relámpagos que yo recibía de esa persona, esa mujer…, los conservé como un tesoro. Eran un recordatorio de que había alguna paz en el mundo, alguna luz. De que había un lugar, una persona, que tenía la seguridad suficiente como para pintar flores en una mesa. Y siguió así durante años hasta…, hasta hace un año. Yo dormía cerca de Amarantha y me desperté por ese sueño…, un sueño que era más claro y más brillante, como si se hubiera despejado la niebla. Ella…, tú estabas soñando. Yo estaba en tu sueño, mirando, y tú tenías una pesadilla sobre una mujer que iba a cortarte el cuello mientras te perseguía el Bogge… Yo no conseguía alcanzarte, hablarte. Pero tú estabas viendo a mi raza. Y me di cuenta de que seguramente la niebla que había visto antes era el muro, y de que ahora tú…, tú estabas en Prythian.

»Te vi a través de tus sueños… y guardé las imágenes, las revisé una y otra vez, tratando de entender dónde estabas, quién eras. Tenías pesadillas tan horribles y las criaturas pertenecían a todas las cortes… Yo me despertaba con tu olor en la nariz y el sueño me perseguía todo el día, a cada paso. Y entonces, una noche, soñaste que estabas de pie entre colinas verdes, mirando los fuegos todavía apagados de Calanmai.

En mi cabeza había solo silencio.

—Yo me di cuenta…, sabía que hay solamente una celebración tan grande como esa; yo conocía esas colinas…, y supe que seguramente estarías ahí. Así que le dije a Amarantha… —Rhys tragó saliva—. Le dije que quería ir a la Corte Primavera el día

de Calanmai, que quería espiar a Tamlin y ver si encontraba a alguien que quisiera conspirar contra él en su propia Corte. Estábamos tan cerca del límite de la maldición… y ella estaba paranoica…, inquieta. Me dijo que le llevara traidores. Yo le prometí que lo haría.

Volvió a buscar sus ojos con los míos.

—Llegué ahí y te olí. Así que rastreé ese olor y… Y ahí estabas. Humana, completamente humana y en manos de esos hijos de puta que te arrastraban, que querían… —Movió la cabeza—. Pensé en asesinarlos ahí mismo pero entonces te empujaron y yo… me moví. Empecé a hablar sin saber lo que estaba diciendo, solamente que estabas ahí, que yo te estaba tocando y… —Soltó un suspiro y tembló.

Ahí estás. Te estuve buscando.

Sus primeras palabras… No habían sido una mentira, una amenaza para dominar a los otros inmortales.

Tuve la vaga sensación de que el mundo se me movía bajo los pies como arena que se aleja de la puerta.

—Me miraste —dijo Rhys— y supe que no tenías idea de quién era yo. De que había visto tus sueños pero tú no habías visto los míos. Y de que eras… eras solamente humana. Eras tan joven, tan fácil de romper y no tenías ningún interés en mí y yo supe que si me quedaba mucho, alguien me vería y se lo diría a ella y ella te encontraría. Así que empecé a alejarme, pensando que te alegraría librarte de mí. Pero entonces tú me llamaste, como si, lo supieras o no, no pudieras dejarme ir. Y yo supe…, supe que estábamos en terreno peligroso. De alguna forma, supe que no debía volver a hablarte, que no debía volver a pensar en ti.

»No quería saber por qué estabas en Prythian; ni siquiera quería saber tu nombre. Porque verte en mis sueños había sido una cosa pero en persona… Ahí mismo, bien abajo, en el fondo, creo que supe lo que eras para mí. Lo supe y no me permití admitirlo porque si había la menor de las posibilidades de que fueras mi pareja…, entonces, Feyre, ellos te habrían hecho cosas imposibles de poner en palabras.

»Así que te dejé ir. Y cuando te fuiste, me dijo que tal vez…, tal vez el Caldero había sido amable y no cruel porque me había dejado verte. Una vez. Una solamente. Un regalo a cambio de mis sufrimientos. Y cuando te fuiste, busqué a esos tres pictos. Me metí en sus mentes, les reformé las vidas, las historias y los llevé frente a Amarantha. Los hice confesar que iban a encontrarse con otros rebeldes esa noche. Los hice mentir y decir que la odiaban. Miré cómo ella los partía en dos mientras ellos todavía estaban vivos, y le juraban que eran inocentes. Lo disfruté… porque sabía lo ellos habían querido hacerte a ti. Y sabía que eso no era nada comparado con lo que habría hecho Amarantha si te encontraba.

Me puse una mano en el cuello. *Yo tenía mis razones para estar ahí*, me había dicho él una vez en Bajo la Montaña. *No pienses que no tuve que pagar por ese viaje, Feyre*.

Rhys seguía mirando la mesa mientras decía:

—Yo no sabía. Que estabas con Tamlin. Que te estabas quedando en la Corte Primavera. Amarantha me mandó ese día después del solsticio de verano porque le había gustado mi éxito en Calanmai. Yo estaba preparado para burlarme de él, tal vez para provocar una pelea. Pero entré en esa habitación y el olor era familiar pero estaba escondido… Y entonces vi el plato y sentí el hechizo y… Ahí estabas. Viviendo en la casa de mi segundo peor enemigo. Cenando con él. Olías a él. Mirándolo con…, con amor…

Se le pusieron blancos los nudillos.

—Así que decidí que tenía que asustar a Tamlin. Tenía que asustarte a ti y a Lucien pero sobre todo a Tamlin. Porque también vi cómo te miraba él. Así que lo que hice ese día… —Tenía los labios pálidos, tensos—. Me metí en tu mente y la sostuve lo suficiente como para que lo sintieras, como para que esa experiencia te aterrorizara, te lastimara. Hice que Tamlin me rogara…, como me había hecho rogar Amarantha, lo hice para demostrarle que él no tenía poder suficiente para protegerte. Y rogué, rogué…, quería que esa actuación bastara para obligarlo a mandarte del otro lado del muro. Al reino humano, lejos de Amarantha. Porque ella te iba a encontrar. Si tú rompías esa maldición, ella iba a encontrarte y te iba a matar.

»Pero yo era tan egoísta…, era tan estúpido y tan egoísta entonces que no pude irme sin preguntar tu nombre. Y tú me mirabas como si yo fuera un monstruo, así que me dije que, de todos modos, no importaba. Y mentiste cuando te lo pregunté. Yo supe que habías mentido. Tenía tu mente entre mis manos y tú tuviste el coraje y la previsión de mentirme en la cara. Así que me fui de nuevo. Vomité, lo vomité todo apenas me alejé lo suficiente.

Me temblaban los labios y los apreté con fuerza para sostenerlos.

—Volví una sola vez. Para asegurarme de que ya no estuvieras ahí. Fui con ellos el día que saquearon la mansión… para que la actuación fuera completa. Le había dicho a Amarantha el nombre de la chica, pensé que lo habías inventado. No tenía idea…, no tenía idea de que iba a mandar a alguien a buscar a Clare. Pero si yo admitía la mentira… —Tragó saliva—. Me metí en la cabeza de Clare cuando la trajeron a Bajo la Montaña. Le quité el dolor y le dije que gritara cuando todos esperaban que lo hiciera. Y ellos…, ellos le hicieron todas esas cosas y yo traté de arreglarlo pero… Después de una semana, no pude dejar que siguieran. Que la lastimaran así. Así que mientras la torturaban me metí en esa mente y lo terminé. Ella no sintió nada. No hubo dolor. No sintió nada de lo que le hicieron, ni siquiera al final. Pero… pero todavía la veo. Y a mis hombres. A los otros que maté por Amarantha.

Le corrieron dos lágrimas por las mejillas, rápidas y frías.

Él no se las limpió.

—Pensé que después de eso, se había terminado todo. Con la muerte de Clare, Amarantha creyó que tú estabas muerta. Así que estabas a salvo y mi pueblo estaba a salvo y Tamlin había perdido así que… yo había conseguido lo que quería. Habíamos

terminado. Y entonces…, yo estaba detrás del trono el día en que el Attor te trajo hasta nosotros. Y nunca, nunca conocí un horror así, Feyre, nada como el momento en que te vi hacer ese trato. Un terror irracional, estúpido… si yo ni siquiera te conocía… Ni siquiera sabía tu nombre. Pero pensé en esas manos de pintora, en las flores que te había visto crear. Y en cómo ella iba a divertirse quebrándote los dedos. Traté de no hacer nada, de mirar solamente mientras el Attor y sus secuaces te pegaban. Tuve que ver el asco y el odio en tu cara cuando me miraste, me viste amenazar con acabar con la mente de Lucien. Y después…, después supe tu nombre. Oírte decirlo…, fue como la respuesta a una pregunta que me había estado haciendo durante quinientos años.

»Ahí, en ese momento, decidí que iba a luchar. Que lucharía de la manera más sucia, mataría y torturaría y manipularía, pero iba a luchar. Si había alguna oportunidad de librarnos de Amarantha, tú eras esa oportunidad. Pensé…, pensé que el Caldero me había estado mandando esos sueños para decirme que tú eras la que nos salvarías. La que iba a salvar a mi pueblo.

»Vi tu primera prueba. Y fingí…, fingí que era esa persona que tú odiabas. Cuando quedaste tan mal herida en la lucha contra el Wyrm…, encontré una forma de alcanzarte. Una forma de desafiar a Amarantha, de esparcir las semillas de la esperanza en aquellos que supieran cómo leer el mensaje, una forma de mantenerte con vida sin parecer demasiado sospechoso. Y una forma de devolverle el golpe a Tamlin… de usarlo contra Amarantha, sí, pero… más que nada para devolverle el golpe por mi madre y mi hermana y por… por tenerte a ti. Cuando hicimos ese trato, tú estabas tan llena de odio que yo supe que había hecho bien el trabajo.

»Así que lo aguantamos. Te hice vestir así para que Amarantha no sospechara y te hice beber el vino para que no recordaras los horrores de todas las noches en esa montaña. Y esa última noche, cuando los encontré a los dos en el vestíbulo…, me puse celoso. Estaba celoso y enojado con él por haber usado el momento en que no lo notaban no para sacarte de ahí sino para estar contigo… Y…, y Amarantha vio esos celos. Me vio besarte para esconder la evidencia pero se dio cuenta. Por primera vez, se dio cuenta. Así que esa noche, después de que te dejé, tuve que…, tuve que servirla. Ella me mantuvo a su lado más de lo común, tratando de arrancarme algunas respuestas. Pero yo le di lo que ella quería oír: que tú no eras nada, que tú eras basura humana, que yo iba a usarte y descartarte. Después…, después quise verte. Una última vez. Solos. Pensé en contarte todo… pero yo era…, la cosa en la que me había convertido, ese que tú creías que era… no me atreví a destruir esa decepción.

»Y entonces llegó la última prueba y… cuando ella empezó a torturarte, se me rompió algo por dentro, algo que no conseguía explicar; verte gritar y sangrar me destruía. Me quebró… Creo que ahí me quebré por fin. Y cuando levanté el cuchillo para matarla, supe que…, supe claramente lo que eras. Supe que eras mi pareja y que estabas enamorada de otro macho y te habías destruido para salvarlo a él y que…, que a mí no me importaba. Si ibas a morir, yo moriría contigo. No podía dejar de

pensarlo mientras tú gritabas y yo trataba de matarla: eras mi pareja, mi pareja, mi pareja. Unida a mí por el lazo de apareamiento.

»Y entonces, ella te partió el cuello.

Le rodaron lágrimas por las mejillas.

—Y esa cosa hermosa, maravillosa que había entrado en mi vida, ese regalo del Caldero… ya no estaba. En mi desesperación, me aferré al lazo. No al trato que habíamos hecho…, el trato no era nada, el trato era menos que una tela de araña. Pero tomé ese lazo que había entre los dos y *tiré*, deseé que te sostuvieras, te quedaras conmigo, porque si conseguíamos liberarnos…, si nos liberábamos, entonces los siete estábamos ahí. Y podíamos traerte de vuelta. Y no me importaba si tenía que meterme en todas esas mentes para hacerlo. *Iba a obligarlos* a salvarte. —Le temblaban las manos—. Nos liberaste con tu último aliento y mi poder…, yo envolví el lazo en mi poder. El lazo que nos hacía pareja. Te sentía temblar ahí abajo…

Un hogar. Del otro lado del lazo había un hogar, le había dicho yo al Tallador de Huesos. No Tamlin, no la Corte Primavera sino… Rhysand.

—Y Amarantha murió y yo hablé con los altos lores mente a mente, los convencí de aceptar, de ofrecerte esa semilla de poder. Ninguno de ellos se negó. Creo que estaban en shock, tanto que ni siquiera pensaron en decir que no. Y…, y de nuevo tuve que mirar cómo Tamlin te sostenía entre sus brazos. Te besaba. Yo quería irme a casa, a Velaris, pero tenía que quedarme, asegurarme de que las cosas habían empezado a correr, de que estabas bien. Así que esperé todo lo que pude, después envié un tirón por el lazo. Y tú viniste a buscarme.

»Casi te lo dije ese día pero… estabas tan triste. Y tan cansada. Y por una vez, me miraste como si…, como si yo valiera algo. Así que me prometí que la próxima vez que te viera, te liberaría del trato. Porque yo era egoísta y sabía que si te dejaba ahora, él te encerraría y yo nunca volvería a verte. Cuando te dejé…, creo que el hecho de que ahora fueras Fae, hizo que el lazo se acomodara del todo. Yo ya sabía que eso estaba ahí, entre los dos, pero…, pero fue en ese momento que me golpeó…, me golpeó con tanta fuerza que entré en pánico. Sabía que si me quedaba un segundo más, te llevaría conmigo y a la mierda las consecuencias. Y tú me odiarías para siempre.

»Aterricé en la Corte Noche, Mor me estaba esperando y yo estaba tan frenético, tan… descontrolado…, que le conté todo. No la había visto en cincuenta años y mis primeras palabras fueron “Ella es mi pareja”. Y durante tres meses…, tres meses, traté de convencerme de que tú estabas mejor sin mí. Traté de convencerme de que todo lo que había hecho en Bajo la Montaña te había llevado a odiarme. Pero te sentía a través del lazo, a través de tus escudos mentales abiertos. Sentía tu dolor, tu tristeza y tu soledad. Te sentía en lucha para escaparte de la oscuridad de Amarantha igual que yo. Supe que ibas a casarte con él, y me dije que eras feliz. Que debía dejar que fueras feliz aunque eso me matase. Aunque tú fueras mi pareja, te habías ganado esa felicidad.

»El día de la boda había pensado en emborracharme completamente con Cassian, que no tenía idea de por qué, pero… Pero entonces, te volví a sentir. Sentí tu pánico y tu desesperación y te oí rogarle a alguien que te salvara, fuera quien fuese. Y me perdí. Me transporté a la boda y casi no recordaba la persona que tenía que ser…, el rol que se suponía que asumiera. Lo único que veía era a ti en ese estúpido vestido de novia…, tan flaca. Tan, tan flaca, y tan pálida. Y tuve ganas de matarlo por eso, pero tenía que sacarte de ahí. Tenía que hablar del trato, llevarte lejos, ver si estabas bien.

Rhys levantó la vista hacia mí, los ojos desolados.

—Me mataba mandarte de vuelta, Feyre. Ver cómo te ibas consumiendo, mes a mes. Me mataba saber que él compartía tu cama. No solamente porque tú eras mi pareja sino porque yo… —Miró al suelo un instante, después de nuevo arriba—. Porque yo sabía, desde el momento en que levanté el cuchillo para matar a Amarantha, sabía que estaba enamorado de ti.

»Cuando finalmente viniste…, decidí que no iba a decírtelo. No iba a decirte nada de todo esto. No iba a decirte que me olvidaba del trato, que podías irte: tu odio era mejor que enfrentar las otras dos alternativas: que no sintieras nada por mí o que…, que tal vez sintieras algo parecido y me permitiera amarte y después…, después te apartaran de mí. Mis amigos…, mi familia… Así que no te lo dije. Vi cómo te consumías. Hasta ese día…, el día en que él te encerró.

»Si yo hubiera estado ahí, lo habría matado. Pero rompí reglas fundamentales cuando te llevé conmigo. Amren dijo que si yo conseguía que admitieras que éramos pareja, eso resolvería todos los problemas pero…, yo no podía obligarte a aceptar el lazo. Y tampoco podía tratar de seducirte para que lo aceptaras. Aunque eso le diera a Tamlin una excusa para hacerme la guerra. Tú ya habías dado tanto… Yo no quería que pensaras que hacía todo eso para ganarte… pero tampoco podía dejarte, necesitaba estar cerca de ti y amarte y desearte. Sigo…

Se enderezó, y respiró hondo.

Lentamente, me di vuelta hacia el lugar en el que la sopa hervía con fuerza y la puse en un bol.

Él miró cada paso que di hacia la mesa, el bol humeante entre las manos.

Me detuve delante de él y lo miré hacia abajo.

Y pregunté:

—¿Me amas?

Rhys asintió.

Y yo me pregunté si «amor» no sería una palabra demasiado débil para lo que él sentía, para lo que había hecho por mí. Para lo que yo sentía por él.

Puse el bol frente a él.

—Come entonces.

Capítulo 55

Lo miré comerse todo, hasta el final, los ojos entre la sopa y el lugar donde lo esperaba yo, de pie, inmóvil.

Cuando terminó, apoyó la cuchara en el bol.

—¿No vas a decir nada? —dijo por fin.

—Iba a decirte lo que decidí apenas te vi en el umbral.

Rhys se retorció en el asiento y me miró.

—¿Y ahora?

Consciente de cada respiración, de cada movimiento, me senté sobre sus rodillas. Las manos de él me tomaron por los muslos con dulzura mientras yo estudiaba esa cara.

—Y ahora quiero que sepas que te amo, Rhysand. Quiero que sepas… —Los labios de él temblaron y yo le sequé la lágrima que se le había escapado por las mejillas—. Quiero que sepas —susurré— que yo también estoy quebrada y me estoy curando, pero que cada pedazo de mi corazón te pertenece. Y que me siento…, que es un honor para mí ser tu pareja.

Me rodeó con los brazos y me apretó la frente contra el hombro; le temblaba el cuerpo. Yo le pasé una mano por el pelo sedoso.

—Te amo —dije de nuevo. No me había atrevido a decirme a mí misma esas

palabras, no hasta ese momento—. Y volvería a pasar por todo lo que pasé para encontrarme contigo y, si viene la guerra, vamos a enfrentarla. Juntos. Ya no voy a dejar que me separen de ti. Y no quiero que nadie te lleve lejos.

Rhys levantó la vista y tenía la cara brillante de lágrimas. Se quedó inmóvil mientras yo me inclinaba y le besaba una lágrima. Después otra. Como él había besado las mías una vez.

Cuando tuve los labios húmedos y salados, me alejé un poquito para verle los ojos.

—Tú eres mío —susurré.

A él se le sacudió el cuerpo con algo que tal vez era un sollozo, pero puso sus labios sobre los míos.

Fue dulce…, suave. El beso que tal vez me habría dado si nos hubieran dado el tiempo y la paz suficientes para conocernos desde dos mundos separados. El tiempo para cortejarnos. Yo le pasé los brazos por los hombros y le abrí la boca y la lengua de él se deslizó en la mía, acariciándola. Mi pareja…, mi pareja.

Él se endureció contra mí y yo gemí dentro de esa boca.

El sonido soltó la rienda con la que él se dominaba, fuera la que fuese, y me levantó en un movimiento rápido y me puso sobre la mesa…, entre las pinturas, sobre ellas.

Volvió a besarme más y más, y yo le rodeé la espalda con las piernas y lo acerqué a mí. Él arrancó los labios de los míos y me los apoyó en el cuello, me pasó la lengua y los dientes sobre la piel y las manos se me deslizaron por debajo del suéter y subieron despacio, subieron hasta tomarme los senos. Yo me arqueé bajo ese roce y levanté los brazos mientras él me sacaba el suéter en un movimiento fácil, rápido.

Entonces, Rhys retrocedió para mirarme, el cuerpo desnudo desde la cintura. Yo tenía pintura en el pelo, en los brazos. Pero pensaba solamente en esa boca que me bajaba hacia los senos y los chupaba, solamente pensaba en esa lengua contra el pezón.

Le hundí los dedos en el pelo y él me pasó una mano por la cabeza…, sobre un poco de pintura. Soltó una risita baja y yo lo miré, sin aliento, mientras él tomaba esa mano y me trazaba un círculo alrededor del seno y después más abajo hasta que pintó una flecha que iba hacia abajo, sobre el vientre.

—Por si te olvidas dónde termina todo esto.

Yo le ladré, una orden silenciosa y él volvió a reír, la boca sobre el otro seno. Metió las caderas sobre las mías, provocándome, provocándome de una forma tan insistente que yo *tuve que* tocarlo, necesitaba *sentir más* de él. Tenía pintura en todas las manos, los brazos pero no me importó cuando lo tomé de la ropa. Él se movió lo suficiente para dejarme espacio para sacárselas, las armas y el cuero cayeron al suelo y revelaron ese cuerpo hermoso y tatuado, los músculos y las alas llenos de poder que ahora se elevaban por encima.

Mi pareja…, mi pareja.

La boca de él estalló sobre la mía, la piel desnuda tan tibia contra la mía y le tomé la cara entre las manos, lo manché de pintura. Le manché el pelo hasta que tuvo arroyos de azul y rojo y verde sobre la cabellera. Las manos de él me buscaron la cintura y yo levanté las caderas de la mesa para ayudarlo a sacarme las medias.

Rhys retrocedió de nuevo y yo solté un ladrido de protesta…, que se ahogó en un jadeo cuando él me tomó los muslos y me llevó al borde de la mesa, a través de las pinturas y los pinceles y las tazas de agua, y me puso las piernas sobre sus propios hombros a los costados de las alas hermosas… y se arrodilló frente a mí.

Se arrodilló sobre esas estrellas y montañas que había en la parte interior de sus rodillas. No se inclinaba ante nadie y nada…

Excepto su pareja. Su igual.

La primera lamida de la lengua de Rhys me puso en llamas.

Quiero que estés ahí, sobre la mesa, como un banquete personal, para mí solamente.

Gruñó su aprobación cuando yo gemí, cuando sintió el gusto de mi cuerpo y se desató sobre mí por completo.

Una mano me aferró las caderas a la mesa, trabajó sobre mí en grandes gestos abarcadores. Y cuando la lengua se metió dentro de mí, yo me levanté para tomar el borde de la mesa, para tomarme del borde del mundo del que estaba por caerme.

Él me recorrió el cuerpo hasta la unión de los muslos, a lamidas, a besos, mientras los dedos reemplazaban el lugar en el que había estado la boca, bombeándose dentro de mí mientras me lamía, los dientes leves pero claros…

Me incliné fuera de la mesa cuando me atravesó el orgasmo quebrándose sobre mí, partiendo mi conciencia en un millón de partes. Él siguió lamiéndome, los dedos todavía en movimiento.

—Rhys —dije, con la voz ronca.

Ahora, lo quería dentro de mí ahora.

Pero él siguió arrodillado, convirtiéndome en su banquete, la mano apoyada sobre mí para que yo siguiera sobre la mesa.

Yo volví a pasar sobre el borde. Y solamente cuando ya estaba temblando, medio sollozando, floja de placer, se levantó del suelo.

Me miró de arriba abajo, desnuda, cubierta de pintura, la cara y el cuerpo manchados y me dedicó una sonrisa lenta, satisfecha de macho.

—Tú eres mía —ladró y me levantó entre sus brazos.

Yo quería la pared…, quería que él me pusiera contra la pared pero él me llevó a la habitación que había estado usando y me puso sobre la cama con una amabilidad que hubiera roto el corazón de cualquiera.

Totalmente desnuda, miré cómo él se desabotonaba los pantalones y liberaba su enorme longitud. La boca se me secó cuando lo vi. Lo quería, quería todos y cada uno de esos centímetros gloriosos dentro de mí, quería clavarle las garras hasta que los dos estuviéramos forjados en una unidad.

Él no dijo nada mientras subía sobre mí, las alas atrás, plegadas. Nunca se había acostado con una hembra sin esconder las alas. Pero yo era su pareja. Cedería solamente por mí.

Y yo quería tocarlo.

Me levanté un poco, me estiré por encima de su hombro y le acaricié la poderosa curva del ala.

Rhys tembló y vi cómo se le movía el pene.

—El juego, más tarde —me gruñó.

Tenía razón.

Su boca encontró la mía, el beso abierto y profundo, un choque de lenguas y dientes. Me puso sobre las almohadas, y yo le puse las piernas alrededor de la espalda, con mucho cuidado para evitar las alas.

Aunque, cuando él se asomó a mi entrada, todo eso había dejado de importarme. Y entonces, se detuvo.

—*El juego, más tarde* —le ladré en la boca.

Rhys rio y a mí me vibraron los huesos y entonces, se deslizó dentro de mí. Abajo. Y abajo. Y abajo.

Yo casi respiraba, casi pensaba más allá del lugar donde se unían nuestros cuerpos. Él se quedó inmóvil dentro de mí y abrí los ojos y descubrí que me estaba mirando.

—Dilo de nuevo.

Yo sabía de qué hablaba.

—Tú eres mío —jadeé.

Rhys salió de mí despacio y volvió a entrar, despacio. Tan tortuoso, tan lento.

—Tú eres mío —volví a susurrar.

Otra vez, afuera y adentro.

—Tú eres mío.

Otra vez…, más rápido, más abajo esta vez.

Entonces lo sentí, el lazo entre los dos, como una cadena imposible de romper, como un rayo de luz inextinguible.

Con cada golpe, cada latido, el lazo brillaba con más y más claridad, más y más resplandeciente, más fuerte.

—Tú eres mío —susurré y le pasé las manos por el pelo, por la espalda, por las alas.

Mi amigo de tantos peligros.

Mi amante, el que me había curado el alma quebrada y agotada.

Mi pareja, que me había esperado contra toda esperanza, a pesar de todo.

Moví las caderas al mismo ritmo que él. Él me besó una y otra y otra vez, y se nos humedeció la cara. Sentí que me ardía cada centímetro del cuerpo y que cada centímetro se tensaba y perdí completamente el control cuando él susurró:

—Te amo.

El alivio me atravesó el cuerpo y volvió a meterse en mí, duro y rápido, apretando el placer que yo sentía hasta que vi y olí ese lazo entre los dos, hasta que se fundieron los gritos de los dos, y yo fui de él y él fue mío y fuimos el comienzo y el medio y el final. Fuimos una canción que se había cantado en el mundo desde la primera brasa de luz.

Rhys rugió cuando llegó al orgasmo y se hundió hasta la empuñadura. Afuera, las montañas temblaron, lo que quedaba de la nieve cayó como una cascada brillante, blanca, una cascada que terminó tragándose la noche allá abajo.

Cayó el silencio, interrumpido solamente por los jadeos de los dos.

Metí la cara manchada de pintura entre las dos manos cubiertas de colores y lo obligué a mirarme.

Los ojos de él estaban radiantes como las estrellas que yo había pintado una vez, hacía tanto tiempo…

Y le sonreí y dejé que el lazo que nos hacía pareja brillara claro y luminoso entre los dos.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, tranquilos, tocándonos con pereza, como si en realidad tuviéramos todo el tiempo en el mundo.

—Creo que me enamoré de ti —murmuró Rhys pasándome un dedo por el brazo — en el momento en que me di cuenta de que estabas partiendo esos huesos para hacer una trampa para el Gusano Middengard. O tal vez cuando me rechazaste por burlarme de ti. Me recordaste tanto a Cassian. Por primera vez en décadas, tuve ganas de reírme; de reírme, nada menos.

—¿Te enamoraste de mí porque yo te recordaba a tu amigo? —dije, con la voz sin expresión.

Él me tocó la nariz.

—Me enamoré de ti, sabelotoda, porque eras de los nuestros…, porque no me tuviste miedo y porque decidiste terminar tu victoria espectacular arrojándole ese pedazo de hueso a Amarantha como una jabalina. Entonces, sentí el espíritu de Cassian junto a mí y habría jurado que lo oí decir: *Si no te casas con ella, estúpido, me caso yo*.

Solté una risa y deslicé la mano cubierta de pintura sobre el pecho tatuado de él. Pintura…, sí.

Los dos estábamos envueltos en ella. Y la cama también.

Rhys siguió mi mirada y me sonrió con ese gesto tan suyo, tan positivo y tan travieso.

—Qué conveniente que la bañera sea lo bastante grande para los dos.

Se me calentó la sangre y me levanté de la cama pero él se movió con mayor rapidez y me levantó entre sus brazos. Estaba salpicado de pintura, el pelo empastado y las hermosas alas, pobres alas… Ahí estaban, sobre ellas, mis huellas digitales…

Desnuda me llevó al baño donde ya corría el agua: la magia de la cabaña trabajaba para nosotros.

Él bajó los escalones hacia el agua; el siseo de placer, como una caricia para el oído. Y tal vez yo haya gemido un poco cuando me cubrió el agua caliente y los dos nos sentamos en la bañera.

Junto al borde de piedra apareció una canasta de jabones y aceites y empujé a Rhys para hundirme bajo la superficie. El vapor se elevaba entre los dos… y Rhys levantó un pan de jabón con perfume a pino y me lo dio, después me pasó una esponja.

—Parece que alguien me ensució las alas.

A mí se me calentó la cara y se me tensó el vientre. Los machos ilyrios y sus alas…, tan sensibles.

Retorcí el dedo para pedirle que se diera vuelta. Él obedeció, abrió esas alas magníficas para que yo viera las manchas. Con cuidado, con muchísimo cuidado, enjaboné la esponja y empecé a lavar el rojo y el azul y el púrpura.

La luz de las velas danzaba sobre las cicatrices incontables, leves, casi invisibles excepto por el hecho de que, en esos lugares, la membrana se hacía más dura. Él temblaba todo el tiempo, las manos tomadas del borde de la bañera. Espié por encima de ese hombro grande para ver la evidencia de esa sensibilidad y dije:

—Por lo menos los rumores que sostienen que el ancho de las alas se corresponde con el tamaño de otras partes es verdad.

Los músculos de la espalda se tensaron mientras él ahogaba una risa.

—Qué boca tan sucia, tan perversa.

Pensé en todos los lugares en los que quería apoyar mi boca y me sonrojé un poco.

—Creo que hace un tiempo que me estoy enamorando de ti —dije, las palabras apenas audibles sobre el ruidito del agua mientras le lavaba las hermosas alas—. Pero lo supe en la Caída de las Estrellas. O casi llegué a saberlo y me asustó tanto que no quise mirar más de cerca. Fui cobarde.

—Tenías muy buenas razones.

—No. No. Tal vez…, por Tamlin, sí. Pero no tenía nada que ver contigo, Rhys. *Nada* que ver contigo. Nunca me dieron miedo las consecuencias de estar contigo. Aunque vayan a perseguirnos todos los asesinos del mundo… Vale la pena. *Tú* vales la pena.

La cabeza de él bajó un poco. Y dijo, con la voz ronca:

—Gracias.

Se me rompía el corazón por él…, por los años que había pasado pensando lo contrario. Le besé el cuello desnudo y él se inclinó para pasarme un dedo por la mejilla.

Terminé con las alas y lo tomé de un hombro para que me mirara.

—¿Y ahora? —Sin palabras, él tomó el jabón que yo tenía en las manos y me dio

vuelta para lavarme la espalda, frotando levemente con la esponja.

—Ahora tienes que decidir —dijo Rhys—. Podemos volver a Velaris y hacer que una sacerdotisa compruebe el lazo…, no una como Ianthe, lo prometo, y hacer declarar oficialmente que somos Pareja, que estamos unidos por el lazo de apareamiento. Podemos hacer una fiestita para celebrar…, una cena con nuestros… secuaces, digamos. A menos que prefieras una fiesta grande…, aunque creo que los dos estamos de acuerdo en que esas no nos gustan. —Las manos fuertes me desanudaron los músculos tensos y doloridos sobre la espalda, y yo gemí—. Podríamos también ir con una sacerdotisa y hacer que nos declarara marido y mujer además de pareja…, si quieres llamarme con una palabra más humana.

—¿Y cómo me llamarías tú?

—Compañera —dijo él—. Aunque llamarte mi esposa también suena muy, muy atractivo. —Los pulgares de él me masajearon la columna—. O si quieres esperar, podemos no hacer nada de eso. Somos pareja, lo grite o no el mundo. No hay apuro para decidir.

Yo me di vuelta hacia él.

—Yo hablaba de Jurian, del rey, de las reinas, y del Caldero pero me alegro de saber que tenemos tantas opciones en cuanto a nuestra relación. Y que vas a hacer lo que yo quiera. Seguramente, te tengo en la palma de la mano.

Los ojos de él bailaron con diversión felina.

—Qué cosita tan cruel, tan hermosa eres…

Yo resoplé. La idea de que él pensara que yo era hermosa…

—Lo eres —dijo él—. Eres lo más hermoso que vi en mi vida. Y lo pensé desde el primer momento en que te vi en Calanmai.

Y era estúpido, era estúpido que la belleza significara algo pero… a mí, me ardían los ojos.

—Y eso es bueno —agregó él— porque tú pensaste que *yo* era el macho más hermoso que hubieras visto nunca. Así que estamos a mano.

Me burlé y él se rio y las manos se me deslizaron por el cuerpo hasta la cintura y me acercaron a él. Rhys se sentó en el banco que tenía la bañera y yo lo monté, y le acaricié con pereza los brazos musculosos.

—Mañana —dijo Rhys, los rasgos serios, de pronto—. Nos vamos mañana a la propiedad de tu familia. Las reinas mandaron un aviso. Vuelven en tres días.

Yo me sobresalté.

—¿Y me lo dices *ahora*?

—Antes no podía, me desvié del tema —dijo él y le titilaron los ojos.

Y la luz en esos ojos, la alegría tranquila… me quitaron el aliento. Un futuro…, tendríamos un futuro, juntos. *Yo* tendría un futuro. *Una vida*.

La sonrisa de él se desvaneció hasta convertirse en algo… grande, algo lleno de reverencia y me estiré para tomarle la cabeza entre las manos…

Me empezó a brillar la piel…

Levemente, como si una luz interior estuviera brillándome bajo la piel, una luz que se escurría hacia el mundo. Una luz tibia y blanca, como la del sol…, como la de una estrella. Esos ojos llenos de maravilla, de asombro, se encontraron con los míos y Rhys me pasó un dedo por el brazo.

—Bueno, por lo menos ahora puedo mandarme la parte y decir que hice que mi compañera brillara de felicidad.

Me reí y el brillo aumentó. Él se reclinó sobre mí, me besó con suavidad y me derretí por él y le pasé los brazos alrededor del cuello. Él estaba contra mí, duro como una roca, empujando contra el lugar en que yo me había sentado. Con un único movimiento suave, podría volver a entrar en mí…

Pero se puso de pie en el agua, los dos totalmente empapados todavía, y yo le rodeé el cuerpo con las piernas mientras volvíamos al dormitorio. Las sábanas ya no eran las mismas: las había cambiado la magia de la casa y estaban tibias y suaves contra el cuerpo desnudo cuando él me apoyó ahí y me miró despacio. Yo brillaba…, brillaba pura como una estrella.

—¿Corte Día? —pregunté.

—No me importa de dónde viene —dijo él con rudeza y se sacudió el brillo del cuerpo.

Era una magia chica, me había dicho una vez, para poner el mayor énfasis sobre su propia identidad, sobre el aspecto que tenía su poder.

Y entonces, la majestad completa de Rhys se desató por completo y él llenó la habitación, el mundo, me llenó el alma con un poder de ébano brillante. Estrellas y viento y sombras; paz y sueños y el filo perfecto de las pesadillas. La oscuridad rebasó de él como hilos de vapor cuando estiró una mano y me puso la palma contra la piel brillante del vientre.

Con esa mano de noche abierta, vi cómo se colaba la luz a través de las sombras flotantes, y me levanté sobre los codos para besarlo.

Humo y niebla y rocío.

Gemí cuando sentí el gusto de Rhysand en los labios y él abrió la boca para mí, me dejó rozarle la lengua con la mía, tocarle los dientes. Todo lo que él era estaba frente a mí…, una última pregunta.

Yo lo quería todo.

Lo tomé de los hombros, lo guie hasta la cama. Y cuando él se puso boca arriba, vi el rayo de protesta de las alas plegadas. Pero susurré:

—Vamos, bebé ilyrio —y le pasé las manos por el vientre lleno de músculos…, más abajo. Él dejó de objetar.

Era enorme en mi mano…, tan duro y al mismo tiempo tan sedoso que le pasé un dedo en un gesto de asombro. Él siseó, el pene se le movió cuando le pasé el pulgar por la punta. Yo sonreí mientras lo hacía de nuevo.

Él me buscó pero yo lo congelé con una mirada.

—Ahora es mi turno —le dije.

Rhys me hizo una sonrisa haragana, maliciosa y se volvió a tender en la cama, poniéndose una mano bajo la cabeza. Esperaba.

Hijo de puta mandón.

Así que me incliné y lo tomé con la boca.

Él se sacudió con un ladrido:

—*Mierda…* —y yo me reí alrededor de él mientras lo tomaba más hasta el fondo de la boca.

Sus manos se habían convertido en puños sobre las sábanas, los nudillos blancos, mientras yo lo lamía, y lo tocaba apenas con los dientes. El gemido me incendió la sangre.

Me sorprendió que esperara un minuto entero antes de interrumpirme.

Un salto, como una fiera, eso explicaría mejor lo que hizo Rhys.

Un segundo, estaba en mi boca con la lengua sobre la cabeza…, y al siguiente, yo tenía sus manos en la cintura y él me daba vuelta para que estuviera de frente. Me abrió las piernas con las rodillas, abriéndome mientras me tomaba de la cadera y me levantaba, justo antes de volver a meterse en mí como en una vaina con un único golpe.

Yo gemí dentro de la almohada con cada centímetro glorioso, me levanté sobre los brazos mientras me tomaba de las sábanas con los dedos.

Rhys salió y volvió a entrar, y la eternidad estalló alrededor y yo pensé que tal vez me rompería en pedazos de deseo, deseo de más de él, más.

—Mírate —murmuró él mientras se movía dentro de mí y me besó la columna.

Yo me las arreglé para levantarme lo suficiente para ver el lugar en que nos uníamos…, para ver cómo la luz del sol brillaba en mí contra las ondas de la noche de él, cómo nos fundíamos y nos mezclábamos, nos enriquecíamos. Y esa visión me quebró tan completamente que llegué al orgasmo con su nombre en los labios.

Rhys me levantó contra él, una mano sobre el seno mientras la otra me recorría y acariciaba los nervios entre las piernas y yo no supe nunca dónde terminaba un orgasmo y empezaba el siguiente mientras él volvía a entrar una y otra vez, apoyándome los labios en el cuello, en la oreja.

Podría morir de esto, decidí. De desearlo, del placer de ser con él.

Él nos dio vuelta, se puso boca arriba y a mí, sobre él.

Hubo un brillo en la oscuridad…, un rayo de dolor que quedaba, una cicatriz. Y comprendí por qué me quería así, quería que termináramos así, conmigo sobre él.

Me rompió el corazón. Me incliné para besarlo, con suavidad, con ternura.

Cuando las dos bocas se encontraron, me deslicé sobre él y la forma en que nos unimos fue mucho más profunda, mientras él me murmuraba el nombre en el oído. Yo lo besé una vez y otra y otra y lo cabalgué despacio, con dulzura. Más tarde…, habría otras veces para volver a hacerlo con rapidez y fuerza. Pero ahora…, ahora yo no quería pensar en la razón por la que él quería terminar en esa posición: para que yo venciera la oscuridad manchada con mi luz.

Pero yo brillaría…, para él, brillaría. Para mi propio futuro, brillaría.

Así que me senté, los brazos apoyados sobre ese pecho ancho, y desaté esa luz en mí, la dejé espantar la oscuridad de lo que le habían hecho a él, mi amigo, mi compañero.

Rhys ladró mi nombre, levantó las caderas. Las estrellas giraron mientras él volvía a golpear hasta bien adentro.

Creo que, cuando el alivio me recorrió de nuevo y Rhys encontró el suyo y jadeó mi nombre muchas veces y se derramó en mí, la luz que irradiaba podría haber sido luz de estrellas, o tal vez mi propia visión fracturada.

Cuando terminamos, me quedé sobre su cuerpo, los dedos casi hundidos en ese pecho, y me maravillé de lo que él era. De lo que éramos los dos.

Me tiró del pelo húmedo.

—Vamos a tener que encontrar un modo de detener esa luz.

—Me es fácil esconder las sombras…

—Ah, pero solamente pierdes el control cuando estás enojada. Y como yo tengo la intención de hacerte tan feliz como pueda ser una persona…, tengo la sensación de que vamos a tener que aprender a controlar ese brillo maravilloso.

—Tú siempre estás pensando…, calculando…

Rhys me besó el borde de la boca.

—La próxima vez, Feyre, te voy a coger contra la pared.

—Tan fuerte que se van a caer los cuadros…

Rhys ladró una risa.

—Muéstrame otra vez lo que sabes hacer con esa lengua traviesa.

Y yo le di el gusto.

Estaba mal comparar: sabía que seguramente todos los altos lores eran capaces de hacer que una mujer no durmiera en toda la noche pero Rhysand era…, era como un animal hambriento. Tal vez, en total, dormí una hora esa noche aunque creo que yo también tuve la culpa.

No conseguía detenerme, no conseguía tener suficiente de ese gusto a Rhysand en la boca, de la sensación de él dentro de mí. Más, más, más… hasta que pensé que tal vez estallaría de placer.

—Es normal —dijo Rhys con un pedazo de pan en la boca, más tarde, los dos sentados a la mesa del desayuno. Apenas si acabábamos de entrar a la cocina. Él había dado un paso apartándose de la cama y así me había ofrecido una vista completa de sus alas gloriosas, la espalda musculosa, y ese cuerpo visto desde atrás y yo le había saltado encima. Nos habíamos caído al suelo y él había destrozado la alfombra con los espolones.

—¿Qué es normal? —dije. Casi no podía mirarlo sin incendiarme.

—El…, el frenesí —dijo él con cuidado como si tuviera miedo de que la palabra

equivocada fuera capaz de mandarnos otra vez una hacia el otro antes de haber consumido lo suficiente para restaurar las fuerzas del cuerpo—. Cuando una pareja acepta el lazo de apareamiento es…, es impresionante. Uno no puede resistirse. Y eso también tiene que ver con las bestias que fuimos. Seguramente es algo que aseguraba que la hembra quedara impregnada. —Se me detuvo el corazón—. Algunas parejas no dejan la casa durante una semana o más. Los machos se ponen tan volátiles que para ellos es peligroso estar en público. Vi a machos educados y racionales romper toda una habitación porque otro macho miró demasiado tiempo en dirección a sus compañeras cuando hacía muy poco que eran pareja.

Yo silbé. Me volvió a la mente otra habitación destrozada.

Rhys dijo con suavidad (sabía lo que me asustaba):

—Me gustaría creer que tengo más control que el macho promedio pero… Si estoy un poco nervioso, ten paciencia conmigo, Feyre.

Que admitiera eso…

—No tienes ganas de dejar esta casa.

—Lo que quiero es quedarme en esa habitación y cogerte hasta que los dos perdamos la voz.

Tan rápido, y yo ya estaba lista para él de nuevo, me dolía el cuerpo por el deseo de él pero…, pero teníamos que irnos. Reinas. Caldero. Jurian. Guerra.

—Sobre…, sobre el embarazo —dije.

Fue lo mismo que si hubiera arrojado un balde de hielo sobre los dos.

—No…, digo, yo no estoy tomando ningún tónico. Digo, no lo hice…

Él bajó el pan que tenía en la mano.

—¿Quieres empezar a tomarlo de nuevo?

Si lo hacía, si empezaba ese mismo día, eso sería negar lo que habíamos hecho la noche anterior pero…

—Si soy la compañera de un alto lord, se supone que tengo que darte descendientes, ¿no es verdad? Así que tal vez no debería…

—No se supone que me des absolutamente *nada* —ladró él—. Los descendientes son raros, sí. Muy raros y muy valiosos. Pero yo no quiero que los tengas a menos que quieras…, a menos que *los dos* querramos. Y ahora, con esta guerra, con Hybern… admito que me aterroriza que mi compañera esté embarazada con tantos enemigos a nuestro alrededor. Me aterroriza lo que *yo* sería capaz de hacer si estuvieras embarazada y amenazada. Si te hicieran daño…

Algo se me aflojó en el pecho, mientras me corría un escalofrío por la espalda al pensar en ese poder, la rabia que había visto en la Corte Noche, desatada sobre la Tierra.

—Entonces, empiezo a tomarlo hoy, cuando volvamos.

Me levanté de la mesa sobre rodillas temblorosas y fui hacia el dormitorio. Tenía que bañarme…, estaba cubierta de él, a pesar del desayuno, tenía la boca llena de él. Rhys dijo con suavidad desde atrás:

—Me harías… feliz, feliz más allá de la razón si un día me honraras con hijos, Feyre. Compartir eso contigo me haría… feliz.

Yo me di vuelta hacia él.

—Quiero vivir primero —dije—. Contigo. Quiero ver cosas y tener aventuras. Quiero aprender lo que es ser inmortal, ser tu compañera, ser parte de tu familia. Quiero estar… lista para los hijos. Y soy egoísta, quiero tenerte todo para mí por un tiempo.

La sonrisa de él era amable, dulce.

—Tómate todo el tiempo que necesites. Y si te tengo para mí solo durante el resto de la eternidad, tampoco eso me parece nada mal.

Fui hasta el borde de la bañadera antes de que Rhys me atrapara, me llevara al agua, y me hiciera el amor, lenta y profundamente, en medio del vapor que subía hacia el techo.

Capítulo 56

Rhys nos transportó al campamento ilyrio. No nos quedaríamos lo suficiente como para estar en peligro… y tendríamos diez mil guerreros ilyrios a nuestro alrededor: Rhys dudaba de que alguien fuera tan estúpido como para atacarnos.

Acabábamos de aparecer en el barro frente a la casita cuando Cassian dijo, con la voz lerda, desde atrás:

—Bueno…, ya era tiempo.

El ladrido salvaje, desatado que salió de la garganta de Rhys no era parecido a nada que yo hubiera oído antes y le tomé el brazo cuando él se dio vuelta hacia Cassian.

Cassian lo miró y se lanzó a reír.

Pero los guerreros ilyrios del campamento empezaron a disparar flechas al cielo, arrastrando con ellos a mujeres y chicos.

—¿Fue duro? —Cassian se ató el pelo negro con una tira de cuero gastada.

En ese momento, salía de Rhys una quietud prodigiosa, y el origen era el mismo lugar del que había surgido el ladrido un momento antes. Y para no verlo reducir el campamento a un montón de escombros, dije:

—Cuando Rhys te aplaste los dientes, Cassian, no vengas a llorar sobre mi hombro.

Cassian se cruzó de brazos.

—El lazo de apareamiento pica un poco, ¿eh, Rhys?

Rhys no dijo nada.

Cassian rio entre dientes.

—Feyre no parece demasiado cansada. Tal vez ella pueda darme una vueltita…

Rhys estalló.

Alas y músculos y dientes furiosos y los dos rodaron en el barro, puños al aire y…

Ah, Cassian había sabido exactamente lo que estaba diciendo, lo que hacía. Yo me di cuenta cuando se sacó de encima a Rhys, cuando Rhys no tocó ese poder que habría podido destruir montañas.

Cassian había visto el filo en los ojos de Rhys y había sabido que tenía que limarlo para que pudiéramos seguir adelante.

Rhys lo había sabido también. Y por eso nos había llevado ahí primero…, y no a Velaris.

De todos modos, eran un espectáculo, dos machos ilyrios que luchaban en medio del barro y las piedras, jadeando y escupiendo sangre. Ninguno de los otros ilyrios se atrevió a aterrizar en los alrededores.

No lo harían, me di cuenta yo, hasta que Rhys hubiera dominado su temperamento…, o abandonado el campamento. Si el macho promedio necesitaba una semana para ajustarse… ¿Cuánto necesitaría Rhysand? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Un año?

Cassian rio cuando Rhys le metió un puñetazo en la cara, hubo sangre. Cassian le devolvió otro y yo me encogí cuando la cabeza de Rhys golpeó contra un costado. Había visto luchar a Rhys antes, controlado y elegante, y lo había visto furioso; nunca tan… feroz.

—Van a estar un rato en eso —dijo Mor, reclinada contra el umbral de la casa. Mantenía la puerta abierta—. Bienvenida a la familia, Feyre.

Y yo pensé que esas tres palabras eran las más hermosas que hubiera escuchado nunca.

Rhys y Cassian pasaron una hora golpeándose hasta el agotamiento y cuando volvieron a la casa, arrastrando los pies, sucios y ensangrentados, una mirada a mi compañero fue lo único que necesité para desear otra vez el olor y la sensación de él, de su cuerpo.

Cassian y Mor buscaron inmediatamente un lugar diferente donde estar y Rhys no se molestó en sacarme toda la ropa: me inclinó sobre la cocina y me hizo gemir su nombre lo suficiente como para que oyeran los ilyrios que seguían girando en los alrededores.

Pero cuando terminamos, la tensión enroscada en esos hombros y esos ojos había

desaparecido… Y un golpe en la puerta hizo que Rhys me alcanzara un trapo húmedo para limpiarme. Un momento más tarde, los cuatro nos habíamos transportado a la música y la luz de Velaris.

A casa.

El sol apenas se había puesto cuando Rhys y yo caminamos de la mano hacia el comedor de la Casa del Viento y encontramos sentados ahí a Mor, Azriel y Cassian. Esperándonos.

Como uno, se pusieron de pie.

Como uno, me miraron.

Y como uno, se inclinaron.

Fue Amren la que dijo:

—Servimos y protegemos.

Todos se pusieron una mano sobre el corazón.

Esperaban…, esperaban mi respuesta.

Rhys no me había advertido y yo me pregunté si se suponía que las palabras que yo iba a decir vinieran de mi corazón, se pronunciaran sin agenda ni astucia. Así que hablé:

—Gracias —dije y me esforcé para que la voz fuera firme—. Pero prefiero que sean mis amigos y no que me sirvan y me protejan.

Mor guiñó el ojo y dijo:

—Somos tus amigos. Pero vamos a servirte y a protegerte.

Se me calentó la cara y les sonreí. Ellos eran…, eran mi familia.

—Ahora que ya terminamos con eso —dijo Rhys con lentitud desde detrás de mí —, ¿podemos comer? Por favor, me estoy muriendo de hambre. —Amren abrió la boca con una sonrisa torcida pero él agregó—: *No* digas lo que ibas a decir, Amren. —Le dirigió una mirada aguda a Cassian. Los dos seguían lastimados…, pero se curaban con rapidez—. A menos que quieras airearlo en el techo.

Amren hizo sonar la lengua y en lugar de eso, me señaló con el mentón.

—Oí que te salieron colmillos en el bosque y que mataste a algunas bestias de Hybern. Felicitaciones, muchacha.

—Le salvó el culito a Rhys, eso es lo que creo que deberíamos decir —dijo Mor y se llenó el vaso de vino—. El pobre Rhys se metió en un lío.

Tendí mi vaso hacia ella para que lo llenara.

—Es cierto que necesitan muchos mimos, muchísimos.

Azriel se ahogó con el vino y yo lo miré, y por una vez, la mirada era tibia. Suave, incluso. Sentí que Rhys se tensaba a mi lado y entonces, inmediatamente, desvié la vista del jefe de espías.

Una mirada a la culpa en los ojos de Rhys me dijo que lamentaba todo eso. Y que estaba peleando para dominarlo. Tan raros, los altos fae, con sus instintos primarios

de apareamiento. Esos instintos tan opuestos a sus antiguas tradiciones, a su educación.

Después de la cena, partimos a las tierras mortales. Mor llevaba el orbe; Cassian la llevaba a ella; Azriel volaba muy cerca y Rhys…, Rhys me sostenía con fuerza, los brazos fuertes, firmes alrededor. Íbamos en silencio, rugiendo sobre las aguas oscuras.

Viajábamos para mostrarles a las reinas el secreto que todos ellos habían sufrido para mantenerlo oculto durante tanto, tanto tiempo.

Capítulo 57

Por fin había amanecido la primavera en el mundo humano; y las flores de los narcisos y los azafranes levantaban la cabeza por encima de la tierra del deshielo.

Esta vez solamente estaban ahí la reina de mayor edad y la de pelo dorado.

Pero la escolta tenía el mismo número de guardias que la vez anterior.

Una vez más, con el vestido de gasa color marfil y la corona de plumas de oro, una vez más junto a Rhysand mientras las reinas y sus centinelas se transportaban al salón.

Pero ahora Rhys y yo nos dábamos la mano, sin ceder, sin cambiar el paso, una canción sin principio ni fin.

La reina de mayor edad deslizó los ojos astutos sobre nosotros, nuestras manos, nuestras coronas y se sentó sin pedirnos permiso, ajustándose alrededor las faldas del vestido verde esmeralda. La reina dorada se quedó de pie un momento más, la cabeza brillante, llena de bucles, un poco de costado. Los labios rojos se le movieron hacia arriba cuando se acomodó en el asiento que estaba junto al de su compañera.

Rhys no hizo mucho esfuerzo para bajar demasiado la cabeza cuando dijo:

—Apreciamos que os hayáis tomado el tiempo necesario para vernos de nuevo.

La reina más joven se limitó a hacer un gesto leve con la cabeza, la mirada ámbar saltó a nuestros amigos, Cassian y Azriel, a ambos lados de las ventanas curvas, en el

lugar exacto donde estaban de pie Elain y Nesta en sus mejores ropas, el jardín florecido de Elain detrás de las dos. Los hombros de ellas estaban tensos. Elain se mordía el labio.

Mor se quedó de pie del otro lado de Rhys; se había puesto un vestido azul verde que me recordaba las aguas calmas del Sidra; entre las manos, la caja de ónix que contenía el Veritas.

La reina más anciana nos miró a todos con los ojos entrecerrados, soltó un suspiro.

—Después del insulto grave que sufrimos la última vez… —Una mirada feroz dirigida a Nesta. Mi hermana le contestó con una mirada de llama pura, invencible. La vieja hizo sonar la lengua—. Después de eso, debatimos muchos días si volver o no. Como podéis ver, tres de las reinas creen que el insulto es imperdonable.

Mentirosa. Culpar a Nesta, tratar de sembrar discordia entre nosotros por la defensa que había hecho mi hermana…

Entonces, con calma sorprendente, le dije:

—Si ese es el peor insulto que habéis recibido en vuestra vida, diría que vais a tener muchas sorpresas cuando llegue la guerra.

Los labios de la más joven volvieron a moverse, los ojos color ámbar en llamas, la encarnación de un león. Ronroneó en mi dirección:

—Así que después de todo él se ganó vuestro corazón, Rompemaldiciones.

Sostuve esa mirada mientras Rhys y yo nos sentábamos en nuestros sillones y Mor en otro junto a nosotros.

—No creo —dije— que fuera mera coincidencia que el Caldero nos permitiera encontrarnos en las vísperas de otra guerra incipiente entre nuestros dos pueblos.

—¿El Caldero? ¿Dos pueblos? —La dorada jugó con el anillo de rubí que llevaba en el dedo—. *Nuestro* pueblo no invoca a un Caldero; *nuestro* pueblo no tiene magia. Yo creo que es *vuestro* pueblo… y el nuestro. Vos no sois mucho mejor que los Hijos de los Benditos. —Levantó una ceja muy cuidada—. ¿Qué les pasa a los Hijos cuando cruzan el muro? —Le dirigió una mirada a Rhys, a Cassian, a Azriel—. ¿Son vuestras presas? ¿O los usáis y los descartáis y dejáis que envejezcan y se enfermen mientras ustedes seguís jóvenes para siempre? Una lástima…, es tan injusto que vos, Rompemaldiciones, hayáis recibido lo que querían esos tontos cuando rezaban. Inmortalidad, juventud eterna… ¿Qué habría hecho lord Rhysand si vos envejecíais y él no?

Rhys dijo, con la voz firme:

—¿Hay algún punto al que queráis llegar con esas preguntas, además de oíros hablar a vos misma?

Una risita baja y ella se volvió hacia la reina anciana; el vestido amarillo crujió con el movimiento. La mujer más vieja tendió una mano arrugada hacia la caja entre los dedos finos de Mor.

—¿Es esa la prueba que pedimos?

No lo hagas, empezó a gemir mi corazón. *No les muestres*.

Antes de que Mor asintiera, yo dije:

—¿No es mi amor por el alto lord prueba suficiente de nuestras buenas intenciones? ¿No os habla así la presencia de mis hermanas aquí? Hay un anillo de hierro, un anillo de compromiso en la mano de hermana…, y sin embargo está con nosotros.

Elain luchaba contra el deseo de meterse la mano entre las faldas del vestido azul y rosado pero se quedó quieta, la frente alta, mientras las reinas la miraban.

—Yo diría que eso prueba solamente su estupidez —se burló la reina dorada—: estar comprometida con un hombre que odia a los Fae… y arriesgar esa unión asociándose con ustedes.

—*No* juzguéis un hecho sobre el cual no sabéis nada —siseó Nesta con veneno tranquilo.

La reina dorada plegó las manos sobre la falda.

—La víbora habla de nuevo. —Levantó las cejas y la miró—. Seguramente lo más prudente habría sido que no viniera a esta reunión.

—Ella ofrece su casa y arriesga su estatus social para que tengamos estas reuniones —dije yo—. Tiene derecho a oír lo que se dice. Derecho a estar aquí, como representante del pueblo que habita estas tierras. Mis dos hermanas tienen derecho.

La vieja interrumpió a la joven antes de que pudiera contestar y volvió a mover la mano arrugada hacia Mor.

—Muéstradnos, entonces…, probad que estamos equivocadas.

Rhys hizo un gesto sutil de asentimiento hacia Mor. No…, no, no estaba bien. No había que mostrarles, no había que revelarles el tesoro que era Velaris, nuestra casa…

La guerra es sacrificio, dijo Rhys dentro de mi mente a través de la rendija que yo mantenía abierta para él. *Si no nos jugamos a Velaris, nos arriesgamos a perder Prythian… y más.*

Mor abrió la tapa de la caja negra.

La esfera de plata brillaba como una estrella bajo un telescopio.

—Este es el Veritas —dijo ella en una voz que era joven y era vieja al mismo tiempo—. El regalo de mi primer antepasado a nuestra línea de sangre. Se ha usado muy pocas veces en la historia de Prythian, muy pocas veces soltamos la verdad en el mundo.

Levantó el globo para sacarlo del nido de terciopelo. No era más grande que una manzana madura y le cabía exactamente entre las manos como si el cuerpo entero de Mor, su ser entero, estuviera moldeado por el Veritas.

—La verdad es letal. La verdad es libertad. La verdad puede romper y arreglar y unir. El Veritas contiene la verdad del mundo. Yo soy la Morrigan —dijo y esos ojos no pertenecían del todo a este mundo. Se le paró el pelo sobre los brazos—. Ustedes saben que digo la verdad.

Puso el Veritas sobre la alfombra entre nosotros. Las dos reinas se inclinaron

hacia él.

Pero fue Rhys el que dijo:

—¿Queréis pruebas de nuestra bondad, de nuestras intenciones, para que podáis confiar el Libro a nuestras manos? —El Veritas empezó a pulsar, una red de luz que se abría a cada golpe de ese ritmo—. Hay un lugar dentro de mis tierras. Una ciudad de paz. Y de arte. Y de prosperidad. Como dudo de que vosotras o vuestros guardias se atrevieran a cruzar el muro, voy a mostraros la ciudad…, voy mostraros la verdad de esas palabras…, la verdad de ese lugar dentro del globo.

Mor extendió una mano y una nube pálida giró desde el globo y se fundió con esa luz que flotaba junto a nuestros tobillos.

Las reinas se encogieron, los guardias se acercaron con las manos sobre sus armas. Pero la nube siguió girando mientras la verdad de todo, la verdad de Velaris, se escurría desde el globo, desde el lugar desde el que la traía Mor, desde Rhys. Desde la verdad del mundo.

Y en la penumbra gris, apareció una imagen.

Velaris, vista desde arriba…, vista por Rhys, que volaba sobre ella. Un puntito en la costa pero cuando él bajó bruscamente, la ciudad y el río se volvieron más claros, más vibrantes.

Entonces la imagen giró y cambió, como si Rhys hubiera volado sobre su ciudad esa misma mañana. Pasaron botes y muelles, casas y calles y teatros. La imagen voló sobre el Arcoíris de Velaris, tan lleno de colores, tan hermoso bajo el sol nuevo de la primavera. Abajo, altos fae e inferiores, muchos felices y pensativos, amables y alegres, que le daban la bienvenida a Rhys y le hacían señales con la mano. Por un rato largo, imágenes de los Palacios, de los restaurantes, de la Casa del Viento. Todo…, toda esa ciudad secreta, maravillosa. Mi casa.

Y habría jurado que había amor en esa imagen. No podía explicar cómo la transmitía el Veritas pero los colores… Yo entendía los colores y la luz, lo que expresaban, lo que el globo tomaba del lazo que tenía con los recuerdos de Rhys, fuera el que fuese.

La ilusión se desvaneció y la luz y el color y la nube volvieron al globo como si el globo se los chupara.

—Esa es Velaris —dijo Rhys—. Durante quinientos años la mantuvimos en secreto para los que no pertenecen al reino. Y ahora vosotras sabéis. Eso es lo que protejo con los rumores, los murmullos, el miedo. La razón por la que luché por ustedes en la Guerra… y después subí al trono de mi propio reino de terror y me aseguré de que todos oyeran las leyendas. Si el costo de proteger mi propia ciudad y mi pueblo es el desprecio del mundo, entonces, estoy dispuesto.

Las dos reinas estaban con la boca abierta como si todavía vieran la ciudad en el aire. Mor se aclaró la garganta. Como si hubiera ladrado, la dorada se asustó y dejó caer un pañuelo adornado con puntillas al suelo. Se inclinó para levantarlo, las mejillas un poquito rojas.

Pero la vieja levantó los ojos hacia nosotros.

—Vuestra confianza es…, la apreciamos.

Esperamos.

Las dos caras se volvieron serias, inconmovibles. Y yo me alegré de estar sentada cuando la mayor dijo:

—Vamos a pensarlo.

—No hay tiempo para pensar —respondió Mor—. Cada día perdido es otro día para Hybern que se acerca cada vez más al muro para tirarlo abajo.

—Vamos a discutir con nuestras compañeras; después, os informaremos la decisión… A nuestro propio ritmo.

—¿Entendéis los riesgos? —dijo Rhys, sin ninguna señal de condescendencia. Solamente impresión, sorpresa—. Necesitáis esta alianza tanto como nosotros.

La reina más vieja encogió los hombros frágiles.

—¿Pensasteis que vuestra carta, vuestro regalo iba a conmovernos, vuestro ruego? —Hizo un gesto con el mentón hacia el guardia que estaba más cerca y el hombre buscó en la armadura y sacó una carta plegada. La mujer leyó—: «*Os escribo no como alto lord sino como un macho enamorado de una mujer que una vez fue humana. Os escribo para rogaros que actuéis con rapidez. Que salvéis a vuestro pueblo, que me ayudéis a salvar al mío. Os escribo para que un día conozcamos todos la verdadera paz. Para que un día podamos vivir en un mundo en el que la mujer que amo visite a su familia sin miedo al odio y a la represalia. Un mundo mejor*». —Puso la carta sobre la falda.

Rhys había escrito esa carta hacía semanas…, antes de que nos hubiéramos apareado. Yo me estiré sobre el espacio entre los dos y le tomé la mano y la apreté con dulzura. Los dedos de Rhys apretaron los míos.

Pero entonces la mujer mayor dijo:

—¿Quién puede asegurarnos que todos esto no sea una gran manipulación?

—¿Qué? —tartamudeó Mor.

La reina dorada asintió su acuerdo con lo que había dicho su compañera y le dijo a Mor:

—Muchas cosas han cambiado desde la Guerra. Desde vuestra «amistad» con nuestros antepasados, como la llamáis. Tal vez vos no sois quien decís ser. Tal vez el alto lord se ha metido en nuestras mentes para hacernos creer que sois la Morrigan.

Rhys estaba callado…, todos estábamos callados. Hasta que Nesta dijo con suavidad:

—Eso es una locura. Es hablar con dos locas. Como *tontas, tontas* estúpidas, arrogantes.

Elain tomó la mano de Nesta para callarla. Pero Nesta dio un paso adelante, la cara blanca de rabia.

—Dadles el Libro.

Las reinas parpadearon, se pusieron duras.

Mi hermana ladró:

—*Dadles…, el…, libro*.

Y la reina mayor siseó:

—No.

La palabra resonó dentro de mí.

Pero Nesta levantó un brazo en un gesto que nos abarcaba a nosotros, que abarcaba la habitación, el mundo:

—Aquí hay personas inocentes. En estas tierras. Si no vais a arriesgar vuestros cuellos contra las fuerzas que nos amenazan, entonces dad a esas personas una oportunidad de pelear. Dadle el libro a mi hermana.

La vieja suspiró con fuerza a través de la nariz.

—Tal vez sea posible una evacuación…

—Necesitaríais diez mil barcos —dijo Nesta y se le quebró la voz—. Necesitaríais una armada completa. Ya hice los números. Y si estáis preparándoos para la guerra, no vais a mandarnos los barcos. Aquí estamos, varados en este lugar.

La vieja se aferró a los brazos pulidos de la silla y se inclinó un poco hacia ella.

—Entonces, muchacha, sugiero que le pidáis a uno de vuestros machos alados que os transporte del otro lado del mar.

A Nesta se le movió la garganta.

—Por favor. —Yo no creía haber oído esas palabras en su boca—. Por favor…, no nos dejéis solos frente a esto.

La reina más anciana no se conmovió. Yo me había quedado sin palabras.

Les habíamos mostrado…, habíamos…, habíamos hecho todo. Hasta Rhys estaba en silencio; la cara, imposible de leer.

Pero entonces Cassian caminó hacia Nesta y los guardias se pusieron tensos cuando el ilyrio pasó junto a ellos y los dejó atrás como si fueran espigas en un campo.

Estudió a Nesta un momento largo. Ella seguía mirando a las reinas con furia, los ojos llenos de lágrimas…, lágrimas de rabia y desesperación, lágrimas que venían del fuego que ardía con tanta violencia dentro de ella. Cuando finalmente notó a Cassian, levantó la vista hacia él.

La voz de él era ronca cuando dijo:

—Hace quinientos años luché en campos de batalla no muy lejos de esta casa. Luché junto a humanos e inmortales, sangré con ellos. Y voy a volver a estar de pie en este campo de batalla, Nesta Archeron, para proteger esta casa… para proteger a vuestro pueblo. No puedo pensar en una manera mejor de terminar mi existencia que defender a los que más lo necesitan.

Vi una lágrima sobre la mejilla de Nesta. Y vi cómo Cassian levantaba una mano para sacársela.

Ella no se encogió cuando él la tocó.

No supe por qué pero miré a Mor.

Los ojos de ella estaban profundamente abiertos. No por celos o por irritación sino… por algo parecido al asombro, un asombro mezclado con respeto.

Nesta tragó saliva y finalmente, se dio vuelta y se alejó de Cassian. Él la miró un momento más antes de volverse hacia las reinas.

Sin ninguna señal, las dos se pusieron de pie.

Mor, de pie también, quiso saber:

—¿Es una suma de dinero lo que queréis? Decid el precio…

La reina dorada resopló una vez y los guardias se cerraron alrededor de las dos.

—Tenemos toda la riqueza que necesitamos. Vamos a volver a nuestro palacio para deliberar con nuestras hermanas.

—Ya nos dijisteis que no —insistió Mor.

La reina dorada mostró una sonrisa afectada…

—Tal vez. —Tomó la mano marchita de la vieja.

La anciana levantó el mentón.

—Apreciamos el gesto de confianza.

Y se fueron.

Mor soltó un insulto. Yo miré a Rhys con el corazón roto, a punto de preguntarle por qué no había insistido, por qué no había dicho más…

Pero los ojos de él estaban fijos en la silla en la que se había sentado la reina dorada.

Debajo, oculta antes por las faldas largas, voluminosas, una caja.

Una caja que la reina seguramente había sacado del lugar donde la tuviera escondida cuando se inclinó para recoger el pañuelo.

Rhys se había dado cuenta. Había dejado de hablar para que se fueran lo antes posible.

Cómo había contrabandeado ella esa caja de plomo era la menor de mis preocupaciones.

Porque la voz de la segunda parte del Libro, la última, llenó la habitación y me cantó:

Vida y muerte y renacimiento

Sol y luna y oscuridad

Podredumbre y juventud y huesos

Hola, cosa dulce. Hola, dama de la noche, princesa de la decadencia. Hola, bestia con colmillos y cervatillo tembloroso. Ámame, tócame, cántame…

Locura. La primera mitad del Libro había sido astuta, pero esta caja…, esta era caos y desorden y falta de reglas y alegría y desesperación.

Rhys la levantó con rapidez y la puso sobre la silla de la reina dorada. No necesitaba mi poder para abrirla: no había hechizos de altos lores que la protegieran.

Rhys abrió la tapa. Había una nota sobre el metal de la caja.

Leí vuestra carta. Sobre la mujer que amáis. Os creo. Y creo en la paz.

Creo en un mundo mejor.

Si alguien pregunta, robasteis esto durante la reunión.

No confiéis en las demás. La sexta reina no estaba enferma.

Eso era todo.

Rhys levantó el Libro de los Alientos.

Luz y oscuridad y gris y luz y oscuridad y gris…

Después miró a mis dos hermanas —Cassian estaba sentado cerca de Nesta— y dijo:

—Es vuestra opción, señoras, si queréis quedaros aquí o volver con nosotros. Habéis oído el estado de situación. Ya habéis hecho las cuentas sobre una evacuación. —Un gesto de asentimiento cuando buscó los ojos de Nesta, entre azules y grises—. Si queréis quedaros, habrá una unidad de mis soldados aquí en una hora para vigilar el castillo. Si queréis venir a vivir con nosotros a la ciudad que os mostramos…, sugiero que empecéis a empacar.

Nesta miró a Elain, que estaba callada, los ojos muy abiertos. El té que había preparado, el más fino, el más exótico que podía comprarse con dinero, seguía sobre la mesa…, intocado.

Elain tocó el anillo de hierro que llevaba en el dedo.

—Es tu decisión —dijo Nesta con una amabilidad inusual. Ella prefería irse a Prythian.

Elain tragó saliva, una paloma atrapada por un lazo.

—No…, no puedo… Yo…

Pero mi compañero asintió, con amabilidad. Comprendía.

—Vais a tener centinelas; nadie va a verlos, nadie. Se van a cuidar sin vuestra ayuda. Si cambiáis de idea, uno de ellos esperará en esta habitación todos los días al mediodía. Mi casa es vuestra casa. Las puertas estarán siempre abiertas para vosotras.

Nesta miró a Rhys y a Cassian, después a mí. La desesperación seguía en esa cara pálida pero… inclinó la cabeza. Y me dijo:

—Por eso pintaste estrellas en tu cajón.

Capítulo 58

Volvimos inmediatamente a Velaris, porque no confiábamos en que las reinas no notaran la desaparición del Libro, especialmente si la vaga mención de la sexta aludía a un juego sucio entre ellas.

Amren recibió la segunda mitad en minutos; ni se molestó en preguntar por la reunión: desapareció en el comedor de la casa de la ciudad y cerró las puertas detrás de ella. Así que nosotros esperamos.

Y esperamos.

Pasaron dos días.

Amren no había descifrado del código.

Rhys y Mor se fueron de tarde, temprano, a la Corte de las Pesadillas… para devolver el Veritas a Keir sin que él lo supiera y asegurarse de que el Administrador estuviera alistando las tropas. Cassian tenía informes: las legiones ilyrias estaban acampando en las montañas, y esperaban la orden para volar hacia el sitio en que se diera la primera batalla.

Habría una batalla, entendí yo de pronto. Aunque anuláramos el Caldero con el Libro, aunque *yo* pudiera detener a ese Caldero y al rey, impedirles derrumbar el

muro y destruir el mundo, él ya tenía ejércitos. Tal vez nosotros lleváramos la lucha hasta él cuando anuláramos el Caldero.

No recibimos ni una palabra de mis hermanas, ningún informe de los soldados de Azriel, nada que indicara que había algún cambio. Mi padre, recordé yo, todavía estaba en el continente, comerciando la Madre sabía qué bienes. Otra variable.

No hubo mensajes de las reinas. Yo pensaba sobre todo en una de ellas. En la reina de ojos dorados, la reina de dos caras que, además del color del león…, tenía un corazón de fiera.

Esperaba volver a verla.

Sin Rhys y sin Mor, Cassian y Azriel vinieron a quedarse en la casa de la ciudad mientras seguían planeando nuestra inevitable visita a Hybern. Después de esa primera cena, cuando Cassian abrió una de las *muy* antiguas botellas de vino de Rhys para que pudiéramos celebrar nuestro apareamiento con estilo, me di cuenta de que se habían quedado para hacerme compañía, para cenar conmigo…, me di cuenta de que los ilyrios habían decidido cuidarme.

Rhys lo dijo esa noche cuando le escribí una carta y la vi desaparecer. Aparentemente, no le importaba que sus enemigos supieran que estaba en la Corte de las Pesadillas. Si las fuerzas de Hybern lo rastreaban ahí…, buena suerte para ellos.

Yo le había escrito: *¿Cómo les digo a Azriel y a Cassian que no necesito que estén aquí para protegerme? La compañía está bien pero no necesito centinelas.*

Él me había contestado: *No se lo dices. Pon límites si cruzan ciertas líneas, pero tú eres su amiga… y mi compañera. Van a protegerte por instinto. Si los echas de la casa, se van a sentar en el techo.*

Yo escribí: *Ustedes, los machos ilyrios, son insoportables.*

Rhys dijo, solamente: *Qué bueno que lo compensamos con el ancho impresionante de las alas.*

Y aunque él estaba del otro lado del territorio, con esas palabras, a mí se me había calentado la sangre, se me habían encogido los dedos de los pies. Apenas si había conseguido sostener la pluma lo suficiente como para escribir: *Extraño el ancho impresionante de esas alas en la cama. A mi lado.*

Y él contestó: *Por supuesto que extrañas.*

Yo había siseado, y había puesto: *Hijo de puta.*

Casi había sentido la risa por el lazo de apareamiento. Rhys contestó: *Cuando vuelva, vamos a ese local del otro lado del Sidra y tú te pruebas esa ropita interior de puntillas.*

Me dormí pensando en eso, deseando que mi mano fuera la suya, rezando que él terminara lo que hacía en la Corte de las Pesadillas y volviera a mí cuanto antes. La primavera estallaba en las colinas y los picos que rodeaban Velaris. Quería navegar con él sobre esas flores amarillas y rojas.

Pero la tarde siguiente, Rhys seguía ausente, Amren seguía enterrada en el Libro, Azriel patrullaba la ciudad y la costa cercana y Cassian y yo estábamos terminado de

oír un concierto en el que tocaban nada menos que una sinfonía Fae, antigua y muy reverenciada. El anfiteatro estaba del otro lado del Sidra y aunque Cassian había ofrecido llevarme volando, yo preferí caminar. Hasta mis músculos ladraban en protesta contra la lección brutal que él me había dado esa mañana.

La música había sido hermosa…, rara pero hermosa, según me había contado Cassian, escrita en un momento en el que los seres humanos no caminaban todavía en la Tierra. Para él, la música era confusa, fuera de tono, pero…, a mí me había hechizado.

Volvíamos a través de uno de los muchos puentes que cruzaban el río, caminábamos en silencio como dos que se hacen compañía. Habíamos caminado con Amren, que en un momento había dicho gracias y se había ido, y ahora íbamos hacia el Palacio del Hilo y las Joyas porque yo quería comprar regalos a mis hermanas en agradecimiento por habernos ayudado. Cassian había prometido mandarlos con el próximo correo, el hombre que traería el último informe. Yo me pregunté si no le mandaría algo a Nesta él también ya que estaba…

Me detuve en el centro del puente de mármol, y Cassian se detuvo a mi lado mientras yo contemplaba el agua verde azul que corría, lenta, por abajo. Sentía los hilos de la corriente abajo, las vetas de sal y agua fresca que se unían, las algas que pasaban y cubrían el suelo con pecas de mejillones, el ruido leve de las criaturas chiquitas, rápidas sobre roca y barro. ¿Tarquin sentía esas cosas? ¿Dormía en su palacio isla sobre el mar y atravesaba nadando sus sueños de peces?

Cassian puso los brazos sobre la baranda de piedra, los Sifones rojos como lagunas de llamas vivas.

Tal vez porque era una mujer a la que le gustaba meter la nariz en asuntos de otras personas, yo le dije:

—Para mí significó mucho… lo que le prometiste a mi hermana el otro día.

Cassian se encogió de hombros, las alas inquietas.

—Haría eso por cualquiera.

—Y significó mucho para ella también. —Los ojos castaños se entrecerraron. Pero yo miraba el río en un gesto que quería ser casual—. Nesta es diferente de la mayoría —expliqué—. Parece rígida y feroz pero yo creo que eso es una pared. Un escudo…, como los que tiene Rhys en la mente.

—¿Para defenderse de qué?

—Del sentimiento. Creo que Nesta siente todo…, ve demasiado; siente todo lo que pasa. Y arde con todo. Mantener esa pared entre ella y el mundo le ayuda a no sentirse sobrepasada, a que no le importe demasiado.

—No parece preocuparse por nadie excepto Elain.

Yo lo miré y le sostuve la mirada, estudié esa cara bronceada, hermosa.

—Nunca va ser como Mor —dije—. Nunca va a amar con libertad y entregarse a cualquier que se cruce por su camino. Pero por los que quiere…, por ellos, yo creo que Nesta rompería el mundo. Se dejaría destrozar, hacer pedazos. Ella y yo tuvimos

nuestros…, nuestros problemas. Pero Elain… —La boca se me torció a un costado—. Ella nunca va a olvidar que le ofreciste defender a Elain, Cassian. Defender a los suyos. Va a recordar esa amabilidad mientras viva.

Él se enderezó, hizo sonar los nudillos contra el mármol suave.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Pensé…, pensé que debías saberlo. Solamente por eso. Para cuando la vuelvas a ver, sea cuando fuera y ella te enfurezca. Porque eso va a pasar, sin duda. Pero tienes que saber que, en el fondo, está agradecida y tal vez no posee la habilidad necesaria para decirlo. Pero el sentimiento…, el corazón…, están ahí.

Dejé de hablar, de empujarlo, pero el río que fluía entre los dos cambió de forma.

No fue un cambio físico. Fue un…, un temblor en la corriente, en el lecho de piedra, en las cosas que se arrastraban sobre él. Como una gota de tinta que se deja caer en el agua.

Cassian se enderezó, instantáneamente alerta y miró el río, las orillas a ambos lados.

—¿Qué mierda es eso? —murmuró. Tocó los Sifones de las dos manos con un dedo.

Yo miré con la boca abierta mientras alrededor de mi amigo se desplegaba una armadura negra que le cubrió las muñecas y los brazos, y reemplazó la túnica que antes estaba ahí. Capa tras capa, como una segunda piel, la armadura le fluyó hasta los hombros. Aparecieron los Sifones adicionales, y más armadura en el cuello, los hombros, el pecho, la cintura. Parpadeé y él ya tenía cubiertas las piernas, después los pies.

El cielo no tenía nubes, las calles estaban llenas de vida y charla.

Cassian siguió mirando a su alrededor, una rotación lenta para ver toda Velaris.

El río que estaba debajo siguió firme pero yo lo oía rodar como tratando de huir de…

—El mar —jadeé. La mirada de Cassian se lanzó hacia delante, hacia el río frente a nosotros, hacia los acantilados enormes, marcados en la distancia por las olas furiosas en el lugar en el que el agua dulce se encontraba con el océano.

Ahí, en el horizonte, una mancha negra. Una mancha en movimiento rápido…, cada vez más ancha a medida que se acercaba.

—Dime que son pájaros —dije. El poder me fluyó en las venas, y yo doblé los dedos y convertí las manos en puños, y deseé que el poder se calmara, se afirmara…

—No hay patrullas ilyrias que conozcan este lugar… —dijo él como si eso fuera una respuesta. La mirada me cortó—. A la casa de la ciudad ahora mismo.

La mancha negra se separó, se fracturó en infinitas figuras. Demasiado grandes para ser pájaros. Demasiado grandes…

—Tienes que hacer sonar la alarma… —dije.

Pero todos estaban viéndolo. Algunos señalaban, otros gritaban.

Cassian se me acercó pero yo di un salto atrás. El hielo me bailó en la punta de

los dedos, el viento me aullaba en la sangre. Los combatiría uno por uno…

—Ve a buscar a Azriel, a Amren…

Lo que venía del mar llegó a los acantilados. Criaturas incontables, de miembros largos…, algunas con soldados en los brazos… Una fuerza invasora.

—Cassian.

Pero ya había una hoja ilyria en las manos de Cassian, una igual a la que él llevaba en la espalda. Un cuchillo de lucha le brillaba en la otra. Me las entregó.

—Vuelve a la casa de la ciudad…, ahora mismo.

Yo no pensaba hacer eso. Usaría mi poder contra ellos, les congelaría las alas, los quemaría, los quebraría. Aunque hubiera tantos, aunque…

Rápido, como si los ayudara el viento, la fuerza llegó a los límites de la ciudad. Y cayeron flechas sobre los que corrían a cubrirse en las calles, aullando. Yo tomé las armas de Cassian, las empuñaduras frías de metal me sisearon sobre las palmas calientes.

Cassian levantó la mano en el aire. Una luz roja estalló en el Sifón, arriba, lejos, y formó una pared dura en el cielo sobre la ciudad, directamente frente a esa fuerza invasora.

Él apretó los dientes, gruñó mientras la legión alada chocaba contra el escudo. Y él sentía todos los impactos.

El escudo rojo y translúcido los empujó más, los hizo retroceder…

Los dos miramos con horror mudo cuando las criaturas se lanzaron contra el escudo, armas en manos…

No eran cualquier tipo de inmortal. Cualquier magia que se levantara en mí tembló, escupió y se apagó mirándolas.

Todos parecidos al Attor.

Todos de miembros largos, la piel gris, con hocicos de serpiente y dientes filosos. Y mientras la legión agujereaba el escudo de Cassian como si fuera una tela de araña, en esos brazos flacos, grises, vi guantes de esa piedra azulada que formaba las cadenas que retenían a Rhys, guantes que brillaban al sol.

Una piedra que rompía la magia, que la repelía. Tomada directamente del tesoro no santo del rey de Hybern.

Uno detrás de otro, los invasores atravesaron el escudo.

Cassian envió otra pared contra ellos. Algunas de las criaturas se desprendieron de la formación y aterrizaron en las afueras de la ciudad, vulnerables siempre, porque no estaban dentro del escudo. El calor que había estado aumentándome en las palmas se desvaneció, convertido en sudor pegajoso.

Todos gritaban en la ciudad. Y supe que los escudos de Cassian no resistirían el ataque siguiente…

—¡VETE! —rugió Cassian. Yo empecé a moverme, sabiendo que seguramente él estaba ahí porque yo estaba ahí, y que necesitábamos a Azriel y a Amren…

Muy arriba, sobre nosotros, tres criaturas chocaron contra el escudo rojo… Lo

atacaron con las garras, le arrancaron capa tras capa con los guantes de piedra azul.

Eso era lo que había detenido al rey en esos meses: había estado reuniendo su arsenal. Las armas para combatir la magia, para luchar contra los altos fae que confiaban en ella…

Abrieron un agujero y Cassian me arrojó al suelo, me apretó contra el mármol de la balaustrada, las alas abiertas sobre mí, las piernas tan sólidas como las bandas de roca tallada que yo tenía a mi espalda.

Aullidos en el puente, risa, siseos, y entonces…

Un ruido sordo, húmedo.

—Mierda —dijo Cassian—. *Mierda.*…

Él se movió un paso, y yo me lancé desde debajo de él para ver lo que era…, lo que era…

Sangre sobre el mármol blanco del puente, sangre brillante como rubíes bajo el sol.

Y ahí, sobre el poste de una de esas lámparas altas, elegantes, que flanqueaban el puente…, el cuerpo de ella, torcido, la espalda arqueada por el impacto como en las ondas de la pasión.

El pelo dorado estaba pelado hasta el cráneo. Le habían arrancado los ojos.

Se retorcía en el lugar en el que la habían empalado en el poste; el metal le atravesaba el torso leve, y la sangre y la carne se aferraban a la parte que quedaba arriba, sobre ella.

Alguien vomitó en el puente y siguió corriendo.

Pero yo no conseguía sacar los ojos de la reina dorada. O del Attor que pasó volando a través del agujero y aterrizó sobre el poste empapado de sangre.

—Saludos —siseó— de las reinas mortales. Y de Jurian. —Después se fue volando de nuevo, rápido, hábil, directamente hacia el distrito de teatros que Cassian y yo acabábamos de abandonar.

Cassian me había vuelto a apretar contra el puente. Ahora se lanzó hacia el Attor. Se detuvo, recordándome de pronto:

—*Vete*. Corre a casa. *Ahora*.

Pero yo gruñí.

Esa fue su última orden…, su adiós antes de lanzarse hacia el cielo detrás del Attor, que ya había desaparecido en las calles pobladas de gritos.

Alrededor de mí se abrían agujeros que atravesaban, uno tras otro, el escudo rojo, y las criaturas aladas entraban y dejaban caer en la ciudad a los soldados de Hybern que habían llevado a través del mar.

Los soldados eran de todas las formas y tamaños…, todos inmortales menores.

La boca de la reina dorada se abría y se cerraba como la de un pez fuera del agua. Salvarla…, ayudarla…

Mi sangre, tal vez yo…

Di un paso. Y entonces, el cuerpo de ella se derrumbó.

Y desde ese lugar que era el centro del poder en mí, fuera cual fuese, sentí que su muerte pasaba a mi lado…, en susurros.

En el silencio súbito estallaron el silbido y los golpes de las flechas, los alaridos, las alas en el aire.

Corrí. Corrí hacia mi lado del Sidra, hacia la casa de la ciudad. No confiaba en mí misma y en mi capacidad para transportarme…, casi no conseguía pensar por encima del pánico que me ladraba en la cabeza. Tenía minutos, tal vez, antes de que golpearan la cuadra. Minutos para llegar ahí y llevarme a todos los que pudiera conmigo. La casa estaba guardada. Nadie entraría ahí, ni siquiera esas cosas.

A mi lado corrían los inmortales, corrían en busca de refugio, en busca de amigos y familia… Llegué al final del puente, al lugar donde empezaban las colinas empinadas…

Los soldados de Hybern ya estaban sobre la colina, en los dos Palacios, riéndose de los gritos y los ruegos mientras entraban a la fuerza en los edificios, arrastrando a los que encontraban a su paso. La sangre corría sobre los adoquines en ríos pequeños.

Habían sido ellas. Las reinas habían…, sí, ellas habían entregado esa ciudad de arte y música y comida a esos…, a esos monstruos. Seguramente el rey había usado el Caldero para romper los hechizos que guardaban los reinos humanos.

Un *bum* poderoso sacudió el otro lado de la ciudad, y caí por el impacto, solté las armas, abrí las manos sobre los adoquines. Y giré hacia el río, tratando de levantarme; así, me lancé hacia los cuchillos.

Tanto Cassian como Azriel estaban en el cielo ahora. Y en la parte del cielo que ellos atravesaban, las criaturas morían. Volaron hacia ellos flechas de luces rojas y azules y esos escudos…

Se fundieron dos escudos, uno rojo, uno azul, hubo un siseo, y los dos escudos golpearon a las fuerzas aéreas. Piel y sangre, huesos fundidos…

Hasta que, desde el cielo, llegaron unas manos envueltas en piedra. Solamente unas manos. Cayeron sonando sobre los techos, salpicaron al tocar el río. Unas manos no, solamente lo que quedaba de ellas después del trabajo de los dos guerreros ilyrios.

Pero había muchos que ya habían aterrizado. Demasiados. Destrozaban los techos, rompían las puertas; los aullidos se elevaban y se cortaban bruscamente…

Eso no era un ataque para saquear la ciudad. Era un intento de exterminio.

Y frente a mí, apenas a unas cuadras, el Arcoíris de Velaris se bañaba en sangre.

El Attor y los suyos convergían ahí.

Como si las reinas les hubieran dicho dónde golpear, les hubieran señalado el lugar en el que Velaris estaba más indefensa. El fuego ardía, un humo negro manchaba el cielo…

Dónde estaba Rhys, dónde estaba mi compañero…

Del otro lado del río, otra vez una explosión.

Y de ese lado del río, la defensa no era ni Cassian ni Azriel. Era Amren.

Las manos leves de Amren señalaban hacia arriba y los soldados caían, caían

como si les hubieran fallado las alas. Se estrellaban contra las calles, ahogándose, moviendo los brazos, tratando de abrir las garras, aullando, como aullaban los habitantes de Velaris.

Yo di vuelta la cabeza como un látigo hacia el Arcoíris, apenas unas cuadras por delante…, un lugar sin protección. Sin defensa.

La calle que tenía frente a mí estaba vacía, el único pasaje seguro a través del infierno.

En el barrio de los artistas gritó una mujer. Y supe lo que tenía que hacer.

Me puse la hoja ilyria en la mano y me transporté hacia el Arcoíris ensangrentado y en llamas.

Este era mi hogar. Este era mi pueblo.

Si moría defendiéndolos, defendiendo ese pequeño lugar del mundo en el que florecía el arte…, si moría, que así fuera.

Me convertí en oscuridad, en sombra, en viento.

Me transporté hasta el límite del Arcoíris justo en el momento en que el primero de los soldados de Hybern daba vuelta la primera esquina que daba hacia la avenida junto al río, hacia los cafés en los que yo me había sentado y había reído. No me vieron hasta que llegué hasta ellos.

Hasta que mi hoja ilyria les pasó la cabeza.

Ya había dejado seis muertos a mi paso cuando me detuve al pie del Arcoíris, mirando al fuego y la sangre y la muerte… Eran demasiados. Demasiados soldados.

Nunca lo lograría. No podría matarlos a todos…

Vi a una joven hembra, piel verde y mucha agilidad, un pedazo oxidado de caño sobre los hombros. Defendía su espacio sin moverse, frente a su local…, una galería. Acurrucados dentro del local, sollozaban algunos clientes.

Frente a ellos, riéndose de la inmortal, de ese pedazo de metal que levantaba sobre la cabeza, giraban cinco soldados alados. Jugaban con ella, la provocaban.

Y ella seguía sin retroceder. Seguía sin dejar que se le notara el miedo en la cara. Había pinturas y objetos de arcilla rotos a su alrededor. Y en todas partes, aterrizaban más soldados, soldados que masacraban…

Del otro lado del río, otro *bum*… Amren o Cassian o Azriel, yo no lo sabía.

El río.

Desde la cima de la montaña, me vieron tres soldados. Corrieron hacia mí.

Pero yo corría más rápido que ellos, de vuelta hacia el río en el pie de la colina, en el Sidra, que seguía cantando.

Llegué al borde del muelle, del agua ya manchada de sangre, y golpeé el suelo con fuerza.

Como si respondiera, el Sidra se elevó.

Cedí al poder que me latía dentro de los huesos y la sangre y el aliento y me convertí en el Sidra, antiguo y profundo. El Sidra que se plegaba a mi voluntad.

Levanté los cuchillos y deseé que el río subiera más, le di forma, lo forjé.

Los soldados de Hybern se quedaron inmóviles cuando volví hacia ellos.

Y detrás de mí, surgieron lobos de agua.

Los soldados giraron en redondo y huyeron.

Pero mis lobos eran más rápidos que ellos. *Yo* era más rápida cuando corría con ellos, en el corazón de la manada.

Los lobos salieron del Sidra aullando, uno tras otro tras otro, tan colosales como el que yo había matado una vez; se derramaron sobre las calles, corriendo colina arriba.

Di cinco pasos antes de que la manada alcanzara a los soldados que se burlaban de la dueña de la galería.

Di siete pasos y los lobos los derribaron, el agua se les metió en la garganta y los ahogó.

Llegué hasta ellos y mi hoja cantaba cuando separé las cabezas de los cuerpos.

La dueña de la galería sollozaba cuando me reconoció, la barra oxidada todavía en el aire. Asintió…, una vez solamente.

Volví a correr, me solté entre los lobos de agua. Algunos soldados volaron hacia el cielo, aletearon y volvieron sobre sus pasos.

Así que mis lobos abrieron las alas que tenían ahora y los espolones y se convirtieron en halcones y águilas.

Los golpearon, se les metieron en las armaduras, los empaparon. Los soldados, que no se habían ahogado, se detuvieron en vuelo, rieron y se burlaron.

Yo levanté una mano al cielo y apreté los dedos hasta formar un puño.

El agua que los empapaba, les cubría las alas, las armaduras, las caras… se convirtió en hielo.

Era un hielo tan frío que había existido antes de la luz, antes de que el sol calentara la Tierra. Hielo de una zona envuelta en invierno, hielo de las partes de mí misma que no sentían ninguna piedad, ninguna simpatía por lo que les habían hecho a los míos, por lo que les estaban haciendo.

Docenas de soldados alados y congelados cayeron al mismo tiempo. Y se quebraron sobre los adoquines.

Mis lobos corrían entre ellos, desgarrando y ahogando y cazando. Y los que habían huido y llegado al cielo, esos se congelaron y se quebraron, se congelaron y se quebraron. Hasta que las calles estuvieron cargadas de hielo y sangre y pedazos rotos de alas y piedras.

Hasta que se acallaron los gritos de Velaris y los gritos de los soldados se convirtieron en una canción dentro de mi sangre. Uno de los soldados se levantó sobre los edificios pintados con colores brillantes… Yo lo conocía.

El Attor: aleteaba, frenético, la piel gris cubierta de sangre de inocentes, las manos en los guantes de piedra azul. Envié un águila de agua hacia él pero él fue más rápido, más ágil.

Se escapó de mi águila, y de mi halcón y de mi segundo halcón, y se elevó y se

abrió camino con las garras por el aire. Se estaba alejando más y más de mi poder…, de Cassian y de Azriel, que retenían el río y la mayor parte de la ciudad; se alejaban de Amren, del poder que poseía ella para enviar a tantos a la muerte sin ninguna herida visible.

Ninguno de mis amigos vio al Attor que se alejaba, libre todavía.

Volvería a Hybern…, al rey. Había elegido venir a Velaris, liderarlos. Para vengarse. Y yo no tenía duda de que la reina leona, la reina dorada había sufrido en esas manos. Como Clare.

¿Dónde estás?

La voz de Rhys sonó muy lejos dentro de mi cabeza, a través de la grieta en mi escudo.

¿Dónde estás?

El Attor se escapaba. Estaba más y más y más lejos cada vez…

¿Dónde…?

Enfundé la hoja ilyria y el cuchillo de lucha en el cinturón y luché para levantar las flechas que habían caído en la calle. Flechas disparadas contra mi pueblo. Flechas de fresno, cubiertas en ese veneno verdoso, tan familiar para mí. Destructor de la Sangre.

Estoy exactamente donde tengo que estar, le dije a Rhys.

Y después me transporté hacia el cielo.

Capítulo 59

Me transporté a un techo cercano, una flecha de fresno apretada en cada mano, buscando el lugar donde sabía que estaría el Attor, arriba, aleteando…

FEYRE.

Yo cerré con fuerza el escudo mental de diamante contra esa voz, contra él.

Ahora no. No en este momento.

Apenas si lo sentía golpeándose contra ese escudo. Rugiéndole. Pero ni siquiera él pudo abrirlo.

El Attor era *mío*.

A la distancia, corriendo hacia mí, hacia Velaris, una oscuridad poderosa se devoraba el mundo. Los soldados que caían en la nube negra no volvían a salir.

Mi compañero. La encarnación de la muerte. La noche triunfante.

Justo en ese momento, volví a ver al Attor, que viraba hacia el mar, hacia Hybern, todavía sobre la ciudad.

Me transporté, arrojando mi conciencia hacia él como una red, y me conecté con él mente a mente, usando la rienda como una soga que me guiaba a través del tiempo y la distancia y el viento…

Me uní a la mancha aceitosa de la maldad del Attor, puse toda mi concentración, mi ser entero en el centro de esa maldad. Un rayo de corrupción y de suciedad.

Cuando salí del viento y la sombra, estaba justo sobre él.

El Attor gritó, las alas se le curvaron cuando lo golpeé. Cuando le hundí las flechas envenenadas en las alas. Justo en medio del músculo principal.

El Attor se arqueó de dolor, la lengua bífida tocó el aire entre nosotros. La ciudad era una mancha más abajo, el Sidra apenas un arroyo desde la altura.

En un instante o menos, me envolví alrededor de él. Me convertí en una llama viviente que quemaba todo lo que tocaba, en algo tan irrompible como la pared de diamante que me rodeaba la mente.

El Attor se sacudió contra mí, aullando… pero esas alas, con las flechas clavadas…, y mi fuerza a su alrededor…

Caída libre.

Abajo, abajo, al mundo. A la sangre y el dolor. El viento nos desgarraba.

El Attor no podía librarse de mi abrazo en llamas. Ni de mis flechas envenenadas que le partían las alas. Que lo herían. La piel quemada me ardió en la nariz.

Mientras caíamos, la daga encontró el camino a mi mano.

La oscuridad que consumía el horizonte se nos acercó… como si me mirara.

Todavía no.

Todavía no.

Metí la daga entre las costillas del cuerpo huesudo de Attor.

—Esta es por Rhys —siseé en la orilla puntuda.

La reverberación del acero sobre el hueso me vibró en la mano.

Una sangre plateada me entibió los dedos. El Attor aulló.

Yo arranqué la daga, y la sangre flotó hacia arriba y me salpicó la cara.

—Esta es por Clare.

Le hundí otra vez la hoja y la retorcí.

Ahora los edificios tenían forma. El Sidra corría rojo pero el cielo estaba vacío…, libre de soldados. Y también las calles.

El Attor aullaba y siseaba, maldiciendo y rogando mientras yo me llevaba la daga.

Distinguí a varios abajo; distinguí las formas de mi pueblo. El suelo se levantó y vino a nuestro encuentro. El Attor temblaba tan violentamente que yo apenas si conseguía mantenerlo en mi abrazo caliente, mi abrazo de forja. Se le desprendía la piel quemada y los pedazos flotaban sobre nosotros.

—Y esto —jadeé y me acerqué para decirle esas palabras en la oreja, en el alma podrida, le deslicé la daga entre las costillas por tercera vez, y me regodeé en el desgarramiento de los huesos y la carne—, esto es por mí.

Conté los adoquines. Vi a la Muerte que llamaba con los brazos abiertos.

Mantuve la boca cerca de esa oreja, tan cerca como una amante, como nuestro reflejo en un charco de sangre, cada vez más claro.

—Te veo en el infierno —susurré y dejé la daga en ese costado.

El viento hacía ondear la sangre en los adoquines a apenas unos centímetros.

Y me transporté lejos, dejando al Attor donde estaba.

Oí el ruido y el líquido que estallaba y se desparramaba mientras yo atravesaba los pliegues del mundo, llevada por mi propio poder y la velocidad de la caída. Emergí a unos metros; a mi cuerpo le llevó un tiempo alcanzar a mi mente.

Me cedieron las piernas y las rodillas y choqué con un edificio de paredes rosadas. Con tanta fuerza que el recubrimiento se golpeó y se me quebró contra la columna, los hombros.

Jadeé, temblando. Y en la calle, abajo…, roto, la sangre abierta sobre los adoquines… Las alas del Attor eran una ruina retorcida. Más allá, lo único que quedaba eran pedazos de armadura, huesos partidos y carne quemada…

La ola de oscuridad, el poder de Rhysand, golpeó por fin mi lado del río.

Nadie gritó frente a la cascada de noche con pecas de estrellas que cortó toda la luz.

Pensé que oía un vago gruñido y un movimiento de garras…, como si esa fuerza hubiera buscado soldados escondidos en el Arcoíris… y entonces…

La ola se desvaneció. Sol.

Un crujido de botas frente a mí, el latido y el susurro de alas gigantescas.

Una mano sobre mi cara, una mano que me levantaba el mentón mientras yo miraba y miraba los restos esparcidos del Attor. Unos ojos color violeta se encontraron con los míos.

Rhys. Rhys estaba ahí.

Y…, y yo había…

Él se inclinó hacia mí, la frente cubierta de sudor, el aliento desparejo. Me puso un beso en la boca, con dulzura.

Para recordarnos a los dos. Quiénes éramos, lo que éramos. Mi corazón de hielo se fundió, el fuego que tenía en las entrañas se suavizó frente a ese hilo de oscuridad y el agua que me corría por las venas salió de ellas y volvió al Sidra.

Rhys retrocedió un poco, me acarició la mejilla con el pulgar. Había muchos que sollozaban, otros que lloraban.

Pero ya no había gritos de terror. No había derramamiento de sangre y destrucción.

Mi compañero murmuró:

—Feyre Rompemaldiciones, la Defensora del Arcoíris.

Le pasé los brazos por la cintura y me puse a llorar.

Y mientras su ciudad lloraba, el alto lord de la Corte Noche me sostuvo hasta que yo conseguí por fin enfrentar ese nuevo mundo manchado de sangre.

Capítulo 60

—Velaris está segura —dijo Rhys ya en las horas negras de la noche—. Ya restauré los hechizos de guarda que anuló el Caldero.

Hasta ese momento, no nos habíamos detenido a descansar. Trabajamos durante horas con el resto de la ciudad: curamos, emparchamos, buscamos respuestas como pudimos. Estaba casi desmayada sobre el sofá junto a Mor, las dos cubiertas de polvo y sangre. Como todos los demás.

Tendido sobre un sillón preparado para alas ilyrias, Cassian tenía la cara golpeada y se le curaba tan lentamente que me di cuenta de que, durante esos largos minutos en que defendió la ciudad sin ayuda de nadie, había abusado de su poder. Pero los ojos color avellana seguían brillando con las brasas de la rabia.

Amren no estaba mucho mejor. Le colgaba en tiras la ropa gris, chiquita, femenina; la piel pálida, como nieve por debajo. Medio dormida sobre el sillón frente al mío, se reclinaba contra Azriel, que seguía mirándola, alarmado, mientras perdía algo de sangre por las heridas. Sobre las manos llenas de cicatrices, los Sifones azules de Azriel estaban opacos, mudos. Completamente vacíos.

Antes, cuando yo ayudaba a los sobrevivientes del Arcoíris a atender a los heridos, contar los muertos y empezar los arreglos, Rhys había venido a verme de tanto en tanto mientras reconstruía las guardas mágicas con el poder que todavía le

quedaba en el arsenal. Durante uno de los breves períodos de descanso, me dijo lo que había hecho Amren de su lado del río.

Con el poder negro que poseía, había tejido ilusiones en las mentes de los soldados. Creyeron que habían caído al Sidra y que se estaban ahogando; creían que volaban a miles de metros de altura y habían caído, con rapidez, con velocidad, hacia la ciudad…, y se habían encontrado con la calle a unos metros solamente; se quebraron el cráneo. Contra los más crueles, lo más malvados, había desatado sus propias pesadillas… hasta que murieron de terror, murieron cuando se les detuvo el corazón.

Algunos cayeron al río y bebieron de su propia sangre mientras se ahogaban. Algunos desaparecieron por completo.

—Tal vez Velaris esté segura —contestó Cassian, sin molestarse siquiera en levantar la cabeza del lugar donde estaba apoyada, en el respaldo—, pero ¿durante cuánto tiempo? Gracias a esas reinas, esos gusanos, Hybern conoce este lugar. ¿A quién más van a vender la información? ¿Cuánto tiempo pasara hasta que vengan a olernos las otras cortes? ¿O hasta que Hybern vuelva a usar el Caldero para dominar nuestras defensas?

Rhys cerró los ojos, los hombros tensos. Yo veía el peso que caía sobre esa cabeza oscura.

Me hacía daño agregar a ese peso pero dije:

—Si todos vamos a Hybern a destruir el Caldero…, ¿quién va a defender la ciudad?

Silencio; a Rhys se le movió la garganta.

Amren dijo:

—Yo me quedo. —Cassian abrió la boca para objetar pero Rhys miró despacio a su Segunda. Amern le sostuvo la mirada y agregó—: Si Rhys tiene que ir a Hybern, entonces yo soy la única que tal vez pueda sostener la defensa de la ciudad hasta que llegue ayuda. Hoy fue una sorpresa. Una sorpresa mala. Cuando ustedes se vayan, vamos a estar preparados. Las nuevas guardas no van a caer con tanta facilidad.

Mor soltó un suspiro.

—¿Qué hacemos ahora entonces?

Amren dijo solamente:

—Dormimos. Comemos.

Y fue Azriel el que agregó, con la voz ronca como secuela de la rabia de la batalla:

—Y después, tomamos represalias.

Rhys no vino a la cama.

Y cuando salí del abaño, del el agua turbia de sangre y suciedad, él no estaba en ninguna parte.

Pero sentí el lazo entre los dos y fui hacia arriba, las piernas doloridas y duras. Estaba sentado en el techo, en la oscuridad. Las grandes alas abiertas por detrás, sobre las tejas.

Me deslicé sobre sus rodillas, y le pasé los brazos alrededor del cuello.

Él miraba la ciudad a su alrededor.

—Tan pocas luces esta noche. Tan pocas.

Yo no lo miré. Solamente le pasé un dedo por los rasgos de la cara, después el pulgar sobre la boca.

—No es culpa tuya —dije con calma.

Los ojos de él se desviaron hacia mí, apenas visibles en la oscuridad.

—¿Ah, no? Yo les entregué la ciudad. Dije que estaba dispuesto a arriesgarla pero… No sé a quién odio más: al rey, a esas reinas o a mí mismo.

Le saqué el pelo de la cara. Él me tomó la mano, me detuvo los dedos.

—Me dejaste fuera —jadeó—. Te cerraste contra mí. Con el escudo. Completamente. No pude entrar de ninguna forma.

—Lo lamento.

Rhys soltó una risa amarga.

—¿Lo lamentas? Tienes que estar impresionada. Ese escudo… Lo que le hiciste al Attor… —Movió la cabeza—. Él podría haberte matado.

—¿Vas a retarme por eso?

Las cejas de él se unieron. Después me hundió la cabeza en el hombro.

—¿Cómo voy a retarte por defender a mi pueblo? Iba a acogotarte, sí, por no volver a la casa de la ciudad. Pero…, decidiste pelear por los míos. Por Velaris. —Me besó el cuello—. No te merezco.

A mí, se me encogió el corazón. Porque él lo decía en serio…, se sentía así… Le volví a acariciar el pelo. Y después le dije; las palabras, únicos sonidos en la ciudad oscura, silenciosa:

—Nos merecemos el uno a la otra. Y merecemos la felicidad.

Rhys tembló contra mí. Y cuando sus labios encontraron los míos, yo lo dejé acostarme sobre el techo de tejas y hacerme el amor bajo las estrellas.

Amren consiguió descifrar el código la tarde siguiente. Las noticias no eran buenas.

—Para anular el poder del Caldero —dijo en lugar de saludarnos cuando nos reunimos alrededor de la mesa del comedor en la casa de la ciudad, después de llegar corriendo desde los diferentes arreglos que estábamos llevando a cabo con muy poco descanso—, hay que tocar el Caldero…, y decir estas palabras. —Las había escrito para mí en un pedazo de papel.

—¿Estás absolutamente segura? —dijo Rhys. Seguía con los ojos rojos desde el ataque; había estado curando y ayudando a los suyos durante todo el día.

Amren siseó.

—Estoy tratando de no sentirme insultada, Rhysand.

Mor se abrió paso entre los dos con los codos y miró las dos partes reunidas del Libro de los Alientos.

—¿Qué pasa si unimos las dos partes?

—No hay que unirlas —se limitó a decir Amren.

Con cada mitad, las voces de los tres se fundieron y cantaron y sisearon…, mal y bien y locura; oscuridad y luz y caos.

—Si las unes —aclaró Amren cuando Rhys la miró con la pregunta en los ojos—, se va a sentir el estallido de poder en todos los rincones, en todos los agujeros de la Tierra. No vas a atacar solamente al rey de Hybern. Vas a hacerte enemigos más antiguos y mucho más malvados. Hay cosas que están dormidas hace mucho tiempo… y deberían seguir así.

Me encogí un poquito. Rhys me puso una mano en la espalda.

—Entonces, vamos a hacerlo ahora mismo —dijo Cassian. Se le había curado la cara pero rengueaba un poquito de una herida que yo no veía debajo de la ropa de cuero. Él hizo un gesto con la mandíbula hacia Rhys—. Ya no puedes transportarte sin que te rastreen, Mor y Az van a llevarnos a todos, Feyre rompe el Caldero, y nos vamos. Llegamos y nos vamos antes de que nadie nos note y el rey de Hybern va a tener una nueva olla en su vajilla.

Yo tragué saliva.

—Podría estar en cualquier lugar del castillo.

—Sabemos dónde está —replicó Cassian.

Yo parpapeé y Azriel me dijo:

—Rastreamos y ahora sabemos que tiene que estar en los niveles más bajos. —Durante meses: espionaje, planificación para ese viaje—. El castillo está muy guardado, centímetro a centímetro, pero entrar no es imposible. Ya calculamos el momento propicio para que entre y salga un grupo chico, con rapidez y en silencio por supuesto, antes de que se den cuenta de lo que pasa.

Mor le dijo:

—*Pero* el rey de Hybern va a notar la presencia de Rhys apenas lleguemos. Y si Feyre necesita tiempo para anular el Caldero, y nosotros no sabemos *cuánto* tiempo necesita…, esa es una variable muy peligrosa.

—Ya lo pensamos —dijo Cassian—. Tú y Rhys nos transportan hasta la costa; nosotros volamos y él se queda. —A mí, iban a tener que transportarme, me di cuenta, porque yo no conseguía hacerlo a distancias muy grandes. Por lo menos, no sin muchas paradas intermedias—. En cuanto al hechizo —siguió Cassian—, es un riesgo que vamos a tener que aceptar.

Cayó el silencio mientras esperábamos la respuesta de Rhys. Mi compañero me estudió la cara, los ojos muy abiertos.

Azriel siguió insistiendo:

—Es un plan sólido. El rey no conoce nuestro olor. Arruinamos el Caldero y

desaparecemos antes de que se dé cuenta… Va a ser un insulto más grave que la ruta más directa, más sanguinaria que estuvimos considerando, Rhys. Los vencimos ayer, así que cuando entremos en ese castillo… —La venganza bailaba en esa cara, en general plácida— vamos a dejar algunos recordatorios…, para que recuerden que hay alguna razón para que hayamos ganado la última guerra…

Cassian asintió con amargura. Hasta Mor sonrió un poquito.

—¿Me estás pidiendo que me quede fuera mientras mi compañera entra en ese fuerte? —dijo Rhys finalmente, con demasiada calma.

—Sí —dijo Azriel con la misma calma que él, mientras Cassian se movía entre los dos, apenas—, si Feyre no consigue anular el Caldero con facilidad, con rapidez, lo robamos…, enviamos los pedazos de vuelta cuando terminemos de romperlo. En cualquier caso, Feyre te llama a través del lazo cuando terminemos…, tú y Mor nos llevan lejos. No van a poder rastrearte con suficiente velocidad si vienes solamente a buscarnos.

Rhysand se dejó caer en el sofá junto a mí y soltó un suspiro. Los ojos me recorrieron de arriba abajo.

—Si tú quieres ir, Feyre, estoy de acuerdo.

Si yo ya no hubiera estado enamorada de él, tal vez lo habría sentido en ese momento…, por esa falta de insistencia a pesar de que el plan volvía locos a sus instintos, por no encerrarme… al día siguiente a lo que había pasado en Velaris.

Y me di cuenta, me di cuenta en ese instante de lo mal que me habían tratado antes; ¿por qué si no, tenía yo los niveles de exigencia tan bajos? ¿Por qué sentía la libertad que me habían dado como un privilegio y no como un derecho?

Los ojos de Rhys se habían oscurecido y supe que había leído lo que yo sentía, pensaba.

—Tal vez seas mi compañera —dijo—, pero sigues siendo tu propia persona. Tú decides tu destino…, tus opciones. No yo. Ayer, elegiste. Eliges todos los días. Para siempre.

Tal vez Rhys entendía porque él también había estado indefenso y sin opciones, se había visto forzado a hacer cosas horrendas, porque a él también lo habían encerrado. Entrecrucé los dedos con los suyos y apreté. Juntos…, juntos íbamos a encontrar nuestra paz, nuestro futuro. Juntos pelearíamos por él.

—Vamos a Hybern —dije.

Una hora más tarde estaba subiendo las escaleras cuando me di cuenta de que todavía no sabía a qué habitación ir. Desde la cabaña, dormía en mi dormitorio pero…, ¿y el de él?

Con Tamlin teníamos habitaciones separadas. Y yo suponía…, suponía que ahora sería igual.

Estaba casi en mi dormitorio cuando Rhysand dijo, las sílabas lentas, detrás de

mí:

—Podemos ir a tu habitación si quieres pero… —Estaba reclinado en el marco de la puerta abierta de su espacio personal—. O tu habitación o la mía…, pero de ahora en más, compartimos una. Dime si llevo mi ropa a la tuya o al revés… Si te parece bien.

—¿No…, no quieres tu propio espacio?

—No —dijo él, con sinceridad—. A menos que tú lo quieras. Necesito que me protejas de mis enemigos con tus lobos de agua.

Yo resoplé. Él me había hecho contarle esa parte una y otra y otra vez. Yo levanté el mentón hacia su dormitorio.

—Tu cama es más grande.

Y así se arregló el asunto.

Cuando entré, la ropa ya estaba ahí, en un segundo armario junto al de Rhys. Miré la cama enorme, después el espacio bien abierto a nuestro alrededor.

Rhys cerró la puerta y fue hasta una pequeña caja en el escritorio…, después me la entregó en silencio.

A mí me latía el corazón cuando abrí la tapa. El zafiro estrella brilló a la luz de las velas, como si fuera uno de los espíritus de la Caída de las Estrellas atrapado en piedra.

—¿Es el anillo de tu madre?

—Mi madre me lo dio para recordarme que siempre estaría conmigo, incluso en la peor parte del entrenamiento. Y cuando llegué a la mayoría de edad, me lo sacó. Era una reliquia de familia…, lo habían pasado de hembra en hembra durante muchos, muchos años. Mi hermana no había nacido todavía, así que ella no se lo había dado a ella… Se lo dio a la Tejedora. Y me dijo si me yo me apareaba o me casaba, entonces la hembra tendría que ser lo bastante inteligente o lo bastante fuerte como para recuperarlo. Y si la hembra no era ninguna de esas cosas, entonces no sobreviviría al casamiento. Le prometí a mi madre que cualquier compañera o novia que yo tuviera pasaría…, pasaría la prueba. El anillo se quedó ahí durante siglos.

Se me calentó la cabeza.

—Dijiste que era algo valioso…

—Y es valioso. Para mí y mi familia.

—Así que mi viaje a la choza de la Tejedora…

—Era vital que supiéramos si sabías cómo detectar esos objetos. Pero…, elegí el objeto por egoísmo solamente…

—Y me gané el anillo de casamiento sin que me preguntaras si yo quería casarme contigo.

—Tal vez.

Incliné la cabeza.

—¿Quieres…, quieres que lo use?

—Solamente si tú quieres usarlo.

—Cuando vayamos a Hybern…, digamos que las cosas salen mal. ¿Se van a dar cuenta de que somos pareja? ¿Podrían usarlo en tu contra?

La rabia le brilló en los ojos.

—Si nos ven juntos y nos huelen a los dos, lo van a saber.

—Y si yo voy sola, con un anillo de boda de la Corte Noche…

Él ladró con suavidad.

Cerré la caja y dejé el anillo adentro.

—Cuando hayamos anulado el Caldero, quiero hacerlo todo. Declarar el lazo, casarnos, hacer una fiesta estúpida, invitar a todos en Velaris…, todo.

Rhys me sacó la caja de las manos y la puso sobre la mesa de luz antes de llevarme a la cama.

—¿Y si yo quiero ir un paso más allá de todo eso?

—Escucho —ronroneé yo mientras él me metía entre las sábanas.

Capítulo 61

Nunca me había puesto tanto acero encima. Hojas atadas a todo el cuerpo, escondidas en las botas, en los bolsillos internos. Y la espada ilyria sobre la espalda.

Hacía apenas unas horas había conocido una felicidad inmensa después de tanto horror y tanta pena. Apenas unas horas antes había estado en brazos de Rhys mientras él me hacía el amor.

Y ahora Rhysand, mi compañero y alto lord y amigo, estaba de pie junto a mí en el vestíbulo, junto a Mor y Azriel y Cassian, armados y listos en esas armaduras de escamas, todos demasiado callados.

Amren fue la que dijo:

—El rey de Hybern es viejo, Rhys…, muy viejo. No te quedes mucho.

Una voz me susurró cerca del pecho: *Hola, mentirosa bella, malvada*.

Las dos mitades del Libro de los Alientos, cada una metida en un bolsillo diferente. En una de ellas, estaba escrito el hechizo que iba a decir con mucha claridad. No me había atrevido a decirlo en voz alta aunque lo había leído más de una docena de veces.

—Entramos y salimos antes de que empieces a extrañarnos —dijo Rhysand—. Cuida Velaris.

Amren me estudió las manos enguantadas, las armas.

—Ese Caldero —dijo— hace que el Libro parezca inofensivo. Si falla el hechizo, o no pueden moverlo, te vas. Te vas… —Yo asentí. Ella nos miró a todos de nuevo —: Buen vuelo. —Supuse que esa era toda la preocupación que estaba dispuesta a mostrar.

Nos volvimos hacia Mor…, que tenía los brazos abiertos, esperándome. Cassian y Rhys se transportarían con Azriel, y dejarían a mi compañero a unos kilómetros de la costa; se encontrarían conmigo y Mor segundos más tarde.

Me acerqué a ella pero Rhys dio un paso y me cortó el camino, la cara tensa. Yo me puse en puntas de pie y lo besé.

—Voy a estar bien…, todos vamos a estar bien. —Los ojos de él sostuvieron los míos a través del beso y cuando me alejé, la mirada de él pasó directamente a Cassian.

Cassian se inclinó.

—Con mi vida, alto lord. La voy a proteger con mi vida.

Rhys miró a Azriel. Él asintió y se inclinó… y dijo:

—Con las vidas de los dos.

Eso fue suficiente para mi compañero…, que miró a Mor.

Ella asintió una vez pero dijo:

—Conozco mis órdenes.

Yo me pregunté cuáles eran… por qué no me lo habían dicho, pero ella me tomó la mano con fuerza.

Antes de que yo pudiera despedirme de Amren, nos habíamos ido.

Nos habíamos ido…, y caíamos por el aire hacia un mar oscuro como la noche…

Un cuerpo tibio golpeó contra el mío y me tomó entre las manos antes de que yo pudiera entrar en pánico y transportarme a alguna parte.

—Tranquila —dijo Cassian, y giró a la derecha. Miré cómo Mor seguía cayendo, después volvía a transportarse y desaparecía en la nada.

Ninguna señal ni un brillo que mostrara la presencia de Rhys cerca de mí, detrás de mí. Unos metros adelante, Azriel era una sombra rápida sobre el agua oscura. Íbamos hacia la tierra que nos esperaba.

Hybern.

No había ninguna luz que ardiera en ella, ninguna. Pero parecía… vieja. Como si esa tierra fuera una araña que había estado esperando en el centro de esa red durante mucho, mucho tiempo…

—Estuve aquí dos veces —murmuró Cassian—. Las dos veces, conté los minutos que faltaban para volver a irme.

Entendía las razones. Frente a nosotros, se alzaba una pared de acantilados blancos como el hueso, las cimas chatas y llenas de pasto, que llevaban de a poco a una serie de colinas inclinadas, desnudas. Una sensación terrible de vacío, de nada.

Amarantha había matado a todos sus esclavos para no tener que liberarlos. Había sido comandante en este país, una entre muchos. Si la fuerza que había atacado Velaris era una vanguardia… Tragué saliva, flexioné las manos dentro de los guantes.

—Ese es el castillo —dio Cassian a través de dientes apretados y giró.

En una curva de la costa, construido en el interior de los acantilados, frente al mar, había un castillo estrecho, medio destruido, levantado con piedra blanca.

No era mármol imperial, no era caliza elegante, era… blanco. Del color del hueso. Había tal vez una docena de agujas que rasguñaban el cielo de la noche. Unas pocas luces temblaban en las ventanas y balcones. Nadie afuera…, ninguna patrulla.

—¿Dónde están todos?

—Cambio de guardia. —Lo habían planeado bien—. Hay una puerta pequeña en el mar, al fondo. Mor va a esperarnos ahí…, es la entrada más cercana a los niveles inferiores.

—Supongo que no puede transportarnos al interior.

—Demasiadas guardas mágicas para arriesgar el tiempo que le costaría atravesarlas. Tal vez Rhys lo haría. Pero a él lo vamos a ver en la puerta cuando salgamos.

Se me secó la boca. Sobre mi corazón, el Libro dijo: *A casa…, llévame a casa*.

Y yo lo sentía, sí. Lo sentía cada vez más con cada metro que recorríamos en vuelo, más y más rápido, bajando mientras la llovizna del océano me congelaba hasta los huesos.

Antiguo…, cruel. Sin alianzas con nadie excepto él mismo.

El Caldero. Azriel no debería haberse preocupado por averiguar dónde estaba dentro del castillo. Yo no tenía ninguna duda de que él mismo se encargaría de llevarme directamente hasta él. Temblé…

—Tranquila —dijo Cassian de nuevo. Pasamos volando sobre la base de los acantilados hacia la puerta, junto al mar, frente a una plataforma. Mor estaba esperándonos, la espada desenvainada, la puerta abierta.

Cassian soltó la respiración que había aguantado un rato pero Azriel llegó primero, aterrizó con rapidez y en silencio y se metió en el castillo para revisar el vestíbulo.

Mor nos esperó…, los ojos fijos en Cassian mientras bajábamos. No hablaron pero la mirada fue demasiado larga para ser casual. Yo me pregunté qué detectaban con sus sentidos bien afinados, su entrenamiento.

El pasaje estaba oscuro, silencioso. Un segundo después, reapareció Azriel.

—Ya acabé con los guardias. —Tenía el cuchillo manchado de sangre, un cuchillo de madera de fresno. Los ojos fríos de Az rozaron los míos y agregó—: Apúrate.

Yo no necesitaba mucha concentración para rastrear el Caldero. Ese objeto tiraba de mí en cada respiración, me llevaba con fuerza hacia su abrazo oscuro.

Cada vez que llegábamos a un cruce, Cassian y Azriel se dividían, y volvían con hojas ensangrentadas, caras duras y volvían a pedirme sin palabras que me apurara.

Habían estado trabajando mucho esas últimas semanas, a través de las fuentes que tenía Azriel, fueran las que fuesen, y el trabajo había sido para hacer todo en los tiempos más convenientes. Si yo necesitaba más tiempo del que iban a darme…, si el Caldero no podía moverse…, tal vez nada de esto serviría. Pero yo no lamentaba esas muertes. Esas muertes ya no me importaban.

Ellos…, todos los de esa región, habían herido a Rhys. Habían traído *herramientas* para dominarlo. Habían enviado esa legión para arruinar y masacrar a mi ciudad.

Descendí a través de un calabozo antiguo, las piedras manchadas y oscuras. Mor se mantuvo a mi lado, vigilando. La última línea de defensa.

Si Cassian y Azriel terminaban lastimados, me di cuenta, ella se aseguraría de que yo saliera. Por los medios que fueran necesarios. Después volvería.

Pero no había nadie en el calabozo…, nadie: los ilyrios ya se habían encargado de ellos. Habían ejecutado todo con exactitud. Descubrimos una escalera que bajaba, bajaba, bajaba…

Yo la señalé, y sentí cómo me subía la náusea por la garganta.

—Ahí, es ahí abajo.

Cassian bajó primero; la hoja ilyria, manchada de sangre oscura. Ni Mor ni Azriel respiraron hasta que el silbido bajo de Cassian subió por las piedras de la escalera desde bien abajo.

Mor me puso una mano en la espalda y bajamos hacia la oscuridad.

Mi casa, suspiró el Libro de los Alientos. *Mi hogar*.

Cassian estaba de pie en una habitación redonda que quedaba debajo del castillo…, una bola de luz mágica le flotaba sobre el hombro.

Y en el centro de la habitación, sobre una pequeña tarima, estaba el Caldero.

Capítulo 62

El Caldero era ausencia y era presencia. Oscuridad y…, el lugar desde donde venía la oscuridad, fuera el que fuese.

Pero no vida. No alegría ni luz ni esperanza.

Era del tamaño de una bañera, forjado en hierro oscuro, las tres patas —esas tres patas que el rey había arrancado de los templos saqueados—, talladas como ramas horrendas cubiertas de espinas.

Nunca había visto nada tan horrible…, ni tan atractivo.

La cara de Mor ya no tenía color.

—Rápido —me dijo—. Solamente tenemos pocos minutos.

Azriel vigilaba la habitación, las escaleras por las que habíamos bajado, el Caldero, las patas. Di un paso para acercarme a la tarima pero él puso un brazo para detenerme.

—Escucha.

Así que yo escuché.

No palabras. Un latido.

Como sangre impulsada por algo en la habitación. Como si el Caldero tuviera pulso.

Lo igual llama a lo igual. Me moví hacia él. Mor estaba a mi espalda, pero no me

detuvo cuando di un paso para subir a la tarima.

Dentro del Caldero no había otra cosa que una negrura que giraba, oscura como la tinta.

Tal vez todo el universo venía de ahí.

Azriel y Cassian se tensaron cuando puse una mano en el labio de la olla. Me fluyó por dentro un dolor…, un dolor que era éxtasis y poder y debilidad. Era todo lo que era y todo lo que no era, el fuego y el hielo, la luz y la oscuridad, el diluvio y la sequía.

El mapa de la creación.

Retrocedí tropezando hacia mí misma, lista para leer el hechizo.

El papel temblaba cuando lo saqué del bolsillo. Cuando mis dedos rozaron la mitad del Libro que tenía en ese bolsillo.

Mentirosa de lengua dulce, dama de muchas caras…

Una mano sobre la mitad del Libro de los Alientos, la otra sobre el Caldero, di un paso hacia fuera de mí misma, y una sacudida me atravesó la sangre como si yo no fuera más que un pararrayos.

Sí, ahora lo ves, princesa de la basura…, ahora ves lo que tienes que hacer…

—Feyre —murmuró Mor; una advertencia.

Pero yo sentía la lengua extraña, los labios tan lejos como Velaris mientras el Caldero y el Libro fluían a través de mí, comulgando.

La otra mitad, siseó el Libro. *Trae la otra mitad…, queremos unirnos, queremos ser libres, que así sea*.

Saqué el Libro del bolsillo, me lo metí bajo el brazo mientras sacaba la otra mitad. *Maravillosa muchacha, pájaro hermoso…, tan dulce, tan generosa…*

Juntas, juntas, juntas.

—Feyre. —La voz de Mor cortó la canción de las dos mitades.

Amren había estado equivocada. Separadas, el poder se partía…, no era suficiente para atacar el abismo de la voluntad del Caldero. Pero juntas…, sí, si estaban juntas, el hechizo funcionaría apenas yo lo dijera.

Si el Libro estaba entero, yo me convertiría no en un conducto entre las dos partes sino en su dueña. No había forma de mover el Caldero…, tenía que ser ahora.

Mor se dio cuenta de lo que yo estaba por hacer y se lanzó hacia mí, maldiciendo.

Demasiado despacio.

Puse la segunda mitad del Libro sobre la primera.

Una onda silenciosa de poder me horadó los oídos, me quebró los huesos.

Después nada.

Desde muy lejos, Mor dijo:

—No podemos arriesgar…

—Dale un minuto —la cortó Cassian.

Yo era el Libro y el Caldero y el sonido y el silencio.

Era un río de vida a través del cual una cosa flotaba hacia la otra, fluyendo y

arremolinándose, una y otra y otra vez, una marea sin final ni principio.

El hechizo…, las palabras…

Miré el papel en la mano, pero no veía con los ojos, no conseguía mover los labios.

No era una herramienta, un peón, no sería un conducto, no sería la lacaya de esos, esos *objetos*.

Había memorizado el hechizo. Lo diría, lo suspiraría, lo pensaría…

Desde el fondo del pozo de mi memoria se formó la primera palabra. Caminé con mucho esfuerzo hacia ella, buscándola, esa única palabra, esa palabra que sería una soga que me guiaría hacia mí misma, hacia quién era yo…

Unas manos fuertes me tomaron de atrás, me arrancaron del lugar…

Me llenaron una luz sucia y una piedra cubierta de musgo, la habitación giró alrededor y jadeé y descubrí que Azriel me sacudía, los ojos tan abiertos que yo veía todo blanco alrededor de las pupilas. Qué había pasado, qué…

Arriba sonaron pasos. Azriel me empujó detrás de él instantáneamente, la hoja ensangrentada en el aire.

El movimiento me aclaró la cabeza lo suficiente como para sentir que algo húmedo y tibio me bajaba por el labio y el mentón. Sangre…, me había sangrado la nariz.

Pero los pasos se acercaban, y mis amigos tenían las armas en ángulo cuando bajó por los escalones un macho atractivo, de cabello castaño. Humano…, las orejas eran redondas. Pero los ojos…

Conocía el color de esos ojos. Los había mirado, envueltos en cristal durante tres meses.

—Tonta estúpida —me dijo.

—Jurian —jadeé.

Capítulo 63

Salvé la distancia entre mis amigos y Jurian, levanté la espada contra las dos hojas gemelas que estaban cruzadas sobre la espalda de él. Cassian dio un paso hacia el guerrero que bajaba y ladró:

—¡Tú!

Jurian se burló:

—Ascendiste en el rango, ¿eh? Felicitaciones.

Sentí que él se nos acercaba… Como una onda de noche y rabia, Rhys apareció a mi lado. El Libro desapareció instantáneamente, los movimientos tan rápidos cuando me lo sacó y se lo metió en la chaqueta que yo casi no conseguí registrar lo que había pasado.

Pero el momento en que el metal se me alejó de las manos… Madre adorada, ¿qué había pasado? Acababa de fracasar, era eso, había fracasado tan completamente, patéticamente paralizada por…

—Se te ve muy bien, Jurian —dijo Rhys, caminando hacia Cassian con gestos casuales y poniéndose entre mí y el antiguo guerrero—. Para ser un cadáver, quiero decir.

—La última vez que te vi —se burló Jurian— estabas calentando las sábanas de Amarantha.

—¿Así que te acuerdas? —musitó Rhysand, mientras yo sentía cómo se alzaba mi rabia dentro de mí—. Interesante.

Los ojos de Jurian se volvieron hacia Mor.

—¿Dónde está Miryam?

—Muerta —dijo Mor, con la voz sin expresión. La mentira se había dicho durante quinientos años—. Ella y Drakon se ahogaron en el mar Erythrian. —La cara impasible de la princesa de las pesadillas.

—Mentirosa —dijo Jurian, muy despacio—. Siempre fuiste tan mentirosa, Morrigan.

Azriel gruñó, un sonido como yo nunca había oído salir de esa boca.

Jurian lo ignoró, el pecho cada vez más agitado.

—¿Dónde llevaste a Miryam?

—Lejos de ti —jadeó Mor—. La llevé con el príncipe Drakon. Eran pareja, se habían apareado y casado la noche en que tú mataste a Clythia. Y ella nunca volvió a pensar en ti.

La rabia retorció la cara bronceada. Jurian…, héroe de las legiones humanas…, que a lo largo del camino de su vida se había convertido en un monstruo tan terrible como aquellos contra los que peleaba.

Rhys retrocedió para tomarme la mano. Habíamos visto lo suficiente. Yo tomé otra vez el borde del Caldero, y deseé que deseara obedecerme, venir con nosotros. Me preparé para el viento y la oscuridad.

Pero no llegaron.

Mor tomó las manos de Cassian y Azriel… y se quedó quieta.

Jurian sonrió.

Rhysand dijo, despacio, la mano sobre la mía, cada vez más apretada:

—¿Un truco nuevo?

Jurian se encogió de hombros.

—Me mandaron a distraerlos… mientras él hacía el hechizo. —La sonrisa se volvió lobuna—. No van a dejar este castillo a menos que él se lo permita. O divididos en pedazos.

La sangre se me enfrió en las venas. Cassian y Azriel se agacharon para prepararse para la lucha pero Rhys inclinó la cabeza. Yo sentí cómo se alzaba y se alzaba su poder oscuro como si estuviera a punto de deshacer a Jurian ahí mismo.

Pero no pasó nada. Ni siquiera un roce de viento con pecas de noche.

—Así están las cosas —dijo Jurian—. ¿No te acuerdas? No, tal vez te olvidaste. Qué bueno que yo estuviera ahí, siempre, siempre despierto, Rhysand. Ella robó el libro de hechizos del rey… para sacarte tus poderes.

Dentro de mí, como una llave que hace un sonido especial cuando encuentra su lugar en una cerradura, el centro húmedo del poder… se detuvo. Fuera cual fuese el hilo que unía mi mente y mi alma, algo lo cortó…, una mano invisible que nada movía lo apretó con mucha fuerza.

Busqué en la mente de Rhys…, el lazo…

Me encontré con una pared dura. No de diamante sino de piedra rara, sin sentimiento.

—Él se aseguró —siguió Jurian mientras yo me golpeaba contra esa pared interna, tratando de desplegar mis dones sin ningún éxito— de que ese libro volviera a él. Ella no sabía cómo usar la mitad de los hechizos. ¿Saben lo que se siente no poder dormir, beber o comer o respirar o *sentir*, durante quinientos años? ¿Entienden lo que es estar constantemente despierto, obligado a ver todo lo que hacía ella?

Eso lo había vuelto loco…, le había torturado el alma hasta enloquecerlo. Por eso, ese brillo agudo en los ojos.

—No puede haber sido tan malo —dijo Rhys aunque yo sabía que estaba luchando con toda su voluntad contra el hechizo que nos contenía, nos ataba— si estás trabajando para el amo de ella…

Un brillo de dientes demasiado blancos.

—Tu sufrimiento va a ser largo… y completo.

—Suena delicioso —dijo Rhys mientras se volvía en redondo, un grito silencioso para que empezáramos a correr.

Pero ahora había alguien más en la parte superior de las escaleras.

Yo lo reconocí…, en los huesos. El pelo negro hasta los hombros, la piel roja, la ropa más dedicada a la practicidad que al refinamiento. Era de altura sorprendentemente media pero con músculos como los de una persona joven.

Y la cara…, tal vez un poco más parecida en aspecto a la de un hombre humano de unos cuarenta años. Apuesto pero aburrido. Para esconder los ojos negros, playos, llenos del odio que le ardía en los rasgos.

El rey de Hybern dijo:

—La trampa fue tan fácil de armar que, sinceramente, estoy un poquito desilusionado por el hecho de que ustedes no la previeran.

Con un movimiento demasiado rápido para que lo viéramos, Jurian disparó una flecha de fresno a través del pecho de Azriel.

Mor aulló.

No tuvimos más remedio que ir con el rey.

La flecha de fresno estaba bañada en veneno y el rey de Hybern dijo que él lo haría fluir cuando quisiera. Si luchábamos, si no íbamos con él a la parte superior del castillo, el veneno iría directamente hasta el corazón de Azriel. Y sin magia, sin la habilidad de transportarnos…

Si yo podía llegar hasta Azriel, darle un poco sangre…, pensé… Pero llevaría demasiado tiempo, requeriría demasiados movimientos.

Cassian y Rhys llevaron a Azriel entre los dos; la sangre iba manchando el suelo cuando subimos las escaleras retorcidas del castillo.

Yo traté de no pisarla cuando los seguimos, Mor y yo, Jurian detrás. Mor temblaba, trataba de no hacerlo pero temblaba cuando miraba la parte posterior de la flecha, visible entre las alas de Azriel.

Ninguno de nosotros se atrevió a atacar al rey de Hybern que caminaba adelante, como guía. Él llevaba el Caldero, lo había hecho desaparecer con un chasquido de los dedos y una mirada extraña en mi dirección.

Sabíamos que no mentía. Un solo movimiento de su parte y Azriel moriría.

Ahora había guardias en todas partes. Altos fae y criaturas…, yo no sabía cómo clasificarlas; nos sonreían como si fuésemos la comida que estaban por degustar. Tenían los ojos muertos. Vacíos.

Ningún mueble, nada de arte. Como si el castillo fuera el esqueleto de una criatura enorme.

Las puertas de la habitación del trono estaban abiertas, y me detuve. Una habitación con un trono…, *la habitación del trono,* como la que había afilado la predilección de Amarantha por las muestras públicas de crueldad. La luz mágica brillaba sobre las paredes color hueso; las ventanas daban directo hacia el mar que se rompía más abajo.

El rey subió a una tarima tallada con un bloque único de esmeralda oscura…, el trono fabricado con huesos…, y entonces, sentí que la sangre se me escapaba de la cara. Huesos humanos. Marrones y suaves por el paso del tiempo.

Nos detuvimos frente a él; Jurian se burlaba a nuestras espaldas. Se cerraron las puertas por detrás.

El rey habló para nadie en particular:

—Ahora que ya mostré mi lado del trato, espero que ustedes hagan lo mismo con el suyo. —Desde las sombras cerca de la puerta del costado, salieron dos figuras.

Empecé a mover la cabeza como si así pudiera dejar de verlas…: ahí estaban, Lucien y Tamlin, que dieron varios pasos hacia la luz.

Capítulo 64

Rhysand se quedó quieto como la muerte. Cassian hizo una mueca amenazante. Entre los dos, Azriel trató de levantar la cabeza y no lo consiguió.

Pero yo estaba mirando a Tamlin…, esa cara que había amado y odiado tan profundamente, ahí, de pie, a unos diez metros.

Tenía puesta la bandolera de cuchillos…, hojas ilyrias, me di cuenta.

Llevaba el pelo rubio más corto, la cara más flaca que la última vez. Y los ojos verdes… Muy abiertos mientras me miraba de la cabeza a los pies. Muy abiertos cuando notaron la ropa de batalla, el cuero, la espada y los cuchillos ilyrios, la forma en que yo estaba de pie dentro de un grupo de amigos…, mi familia.

Había estado trabajando con el rey de Hybern.

—No —jadeé.

Pero Tamlin se atrevió a dar un paso hacia mí, mirándome como si yo fuera un fantasma. Lucien, el ojo de metal en movimiento, lo detuvo con una mano sobre el hombro.

—No —dije de nuevo, esta vez con mayor volumen.

—Y cuál fue el costo —dijo Rhysand con suavidad a mi lado. Yo desgarré, rompí la pared que separaba nuestras mentes, luché y empujé contra ese puño que paralizaba mi magia.

Tamlin lo ignoró, miró al rey.

—Tenéis mi palabra.

El rey sonrió.

Di un paso hacia Tamlin.

—¿Qué hiciste?

El rey de Hybern dijo desde el trono:

—Hicimos un trato. Si yo te entregaba, él aceptaría liderar mis fuerzas cuando entren a Prythian a través de su territorio. Y después yo usaría ese territorio como base para acabar con ese muro ridículo.

Moví la cabeza. No. Lucien se negó a enfrentarse a mi mirada suplicante.

—Estás loco —siseó Cassian.

Tamlin levantó una mano.

—Feyre. —Una orden…, como si yo no fuera más que un perro al que él podía llamar.

Yo no hice ningún movimiento. Tenía que liberarme; tenía que liberar mi poder…

—Tú —dijo el rey y me señaló con un dedo grueso— eres una hembra muy difícil de contener. Claro que también acordamos que vas a trabajar para mí una vez que vuelvas a casa de tu esposo pero no sé… ¿Esposo o prometido? No me acuerdo.

Lucien me miró a mí y miró a todos, la cara cada vez más pálida.

—Tamlin —murmuró.

Pero Tamlin no bajó la mano que había estirado hacia mí.

—Te llevo a casa.

Retrocedí un paso…, hacia el lugar en que Rhysand seguía sosteniendo a Azriel con Cassian.

—Y está esa otra cosa, claro. La otra cosa que yo quería —siguió el rey—. Bueno, que quería Jurian. Dos pájaros con una sola piedra. El alto lord de Noche muerto y saber quiénes eran sus amigos. Jurian estaba furioso por el hecho de que ustedes hubieran permanecido ocultos durante cincuenta años. Así que ahora lo sabes, Jurian. Y puedes hacer lo que quieras con ellos.

Alrededor de mí, mis amigos estaban tensos…, alerta. Hasta Azriel movía una mano ensangrentada, llena de cicatrices, hacia las hojas. La sangre se estaba transformando en un charco en el borde de mi bota.

Levanté la voz y dije, con firmeza, con claridad, a Tamlin:

—Contigo no voy a ninguna parte.

—Vas a decir algo muy distinto, querida —replicó el rey— cuando yo termine la última parte del trato.

El horror se me enroscó en las entrañas.

El rey levantó el mentón hacia mi brazo izquierdo.

—Rompe el lazo entre los dos.

—Por favor —susurré.

—¿De qué otra forma puede tener Tamlin a su novia? No es posible casarse con

una mujer que se va con otro macho una vez por mes…

Rhys estaba en silencio aunque tenía la mano cada vez más tensa sobre Azriel. Mirando, sopesando, estudiando lo que trababa su poder. La idea de que el silencio entre nuestras almas pudiera ser permanente…

La voz se me quebró cuando le dije a Tamlin, que seguía del otro lado del semicírculo rudo que habíamos formado frente a la tarima:

—No. No se lo permitas. Yo te dije, *te dije* que estaba bien. Que me había ido por mi propia…

—No estabas bien —ladró Tamlin—. Él usó ese lazo para manipularte. ¿Por qué crees que yo me iba todo el tiempo? Estaba buscando una forma de liberarte. Y tú te fuiste.

—Me fui porque en tu casa *iba a morirme*.

El rey de Hybern chasqueó la lengua.

—No es lo que esperabas, ¿verdad?

Tamlin le gruñó pero volvió a levantar la mano hacia mí.

—Feyre. —Una orden sin fisuras.

Rhys casi no respiraba, casi no se movía.

Y me di cuenta…, me di cuenta de que era para disimular el olor… Nuestro olor. Nuestro lazo de apareamiento.

La espada de Jurian estaba en el aire y él miraba a Mor como si pensara matarla primero. La cara pálida, sin sangre, de Azriel se retorció de rabia cuando notó esa mirada. Cassian, que seguía sosteniéndolo, miraba a todos, pensando, preparándose para pelear, para defender.

Yo dejé de golpear mi poder con el puño. Lo acaricié, con dulzura, con amor.

Yo soy Fae y no soy Fae, soy todos y ninguno, le dije al hechizo que me dominaba. *Tú no me dominas. Yo soy como tú…, real y no real, no mucho más que susurros reunidos de poder. Tú no me dominas*.

—Voy contigo —le dije a Tamlin…, a Lucien, que movía los pies, inquieto—. Si los dejas en paz. Si los dejas ir.

Tú no me dominas.

La cara de Tamlin se retorció de rabia.

—Son monstruos. Son… —No terminó y caminó hacia mí para tomarme del brazo. Para arrastrarme, sin duda para transportarme lejos.

Tú no me dominas.

El puño que me aferraba el poder se relajó, se desvaneció.

Tamlin se lanzó hacia mí para cruzar el metro que le faltaba para llegar. Tan rápido…, demasiado rápido.

Yo me convertí en niebla y sombra.

Me transporté a un lugar donde él no podría alcanzarme. El rey soltó una risita mientras Tamlin tropezaba.

Y caía cuando el puño de Rhysand le golpeaba la cara.

Jadeando, retrocedí hasta los brazos de Rhys que me rodearon la cintura, mientras la sangre de Azriel me mojaba la espalda. Detrás de nosotros, Mor saltó para llenar el espacio que había dejado libre Rhys, y se pasó el brazo de Azriel sobre el hombro.

Pero la pared de piedra espantosa seguía dentro de mi mente; bloqueaba el poder de Rhys.

Tamlin se puso de pie, se secó la sangre que le caía de la nariz mientras retrocedía hasta el lugar donde había quedado Lucien, con una mano sobre la empuñadura de la espada.

Y justo cuando se acercaba a su Emisario, tropezó. La cara se le puso blanca de rabia.

Y supe que Tamlin había entendido, justo un instante antes de que el rey se riera.

—Ah, no puedo creerlo. Tu novia te dejó porque encontró su pareja. La Madre tiene un sentido del humor retorcido, diría yo. Y qué talento…, dime, muchacha, ¿cómo desataste ese hechizo?

Yo lo ignoré. Pero el odio en los ojos de Tamlin hacía que sintiera que se me doblaban las rodillas.

—Lo lamento —dije y lo decía en serio.

Los ojos de Tamlin estaban en Rhysand, la cara casi feroz.

—¿Qué…? —ladró, el sonido más animal que Fae—. ¿Qué le hiciste?

Detrás de nosotros se abrieron las puertas y entraron muchos soldados. Algunos se parecían al Attor. Algunos eran todavía peores. Más y más, hasta que la habitación se llenó por completo, y se taparon las salidas; se oyeron los ruidos metálicos de las armaduras y las armas.

Mor y Cassian —Azriel, medio desmayado entre los dos— miraron fijamente a cada soldado y a cada arma, tratando de calcular la mejor manera de escapar. Los dejé hacerlo mientras Rhys y yo nos enfrentábamos a Tamlin.

—No pienso ir contigo —le escupí a Tamlin—. Y aunque lo hiciera… ¡Eres un *estúpido* cobarde! ¡Cómo pudiste vendernos así a él! ¿Tienes idea de lo que piensa hacer con ese Caldero?

—Ah, voy a hacer muchas, muchas cosas con el Caldero, querida —dijo el rey.

Y el Caldero apareció de nuevo entre los dos.

—Y voy a empezar ahora.

Mátalo, mátalo, mátalo.

Yo no sabía si la voz era mía o del Caldero. No me importaba. Me desaté.

Me rodearon espolones y alas y sombras, me rodearon el agua y el fuego…

Y después desaparecieron, ahogados mientras la mano invisible apretaba mi poder de nuevo…, con tanta fuerza que sentí que no podía respirar.

—Ah —me dijo el rey, chasqueando la lengua—, eso. Mírate. Una hija de las siete cortes…, igual a todos y diferente de todos. Cómo ronronea el Caldero en tu presencia. ¿Pensabas usarlo? ¿Destruirlo? Con ese Libro, podrías hacer lo que quisieras.

Yo no dije nada. El rey se encogió de hombros.

—Ya me lo vas a decir.

—Yo no hice ningún trato contigo.

—Tú no, cierto, pero tu amo sí… así que vas a obedecer.

Una rabia arremolinada me corrió por el cuerpo. Le siseé a Tamlin:

—Si me llevas, si me separas de mi compañero, te voy a destruir. Voy a destruir tu corte, voy a destruir todo lo que amas.

Los labios de Tamlin se afinaron. Pero se limitó a decir:

—No tienes idea de lo que dices.

Lucien se encogió.

El rey levantó la mandíbula hacia los guardias que estaban junto a la puerta por la que habían entrado Tamlin y Lucien.

—Muy cierto, muy cierto. —Las puertas volvieron a abrirse—. No va a haber destrucción —siguió diciendo el rey mientras entraban otros por la puerta… *cuatro mujeres…*

Cuatro. Cuatro humanas. Las cuatro reinas que quedaban.

—Porque —dijo el rey, mientras los guardias de las reinas formaban detrás, escondiendo algo en el centro de la formación— vas a entenderlo enseguida, Feyre Acheron, vas a entender que te conviene portarte bien.

Las cuatro reinas nos miraron, burlándose, el odio en los ojos. Odio.

Y se abrieron un poco para que pasaran sus guardias personales.

Un miedo como nunca había sentido me inundó el corazón cuando los hombres arrastraron a mis hermanas, atadas y amordazadas, y las pusieron frente al rey de Hybern.

Capítulo 65

Ese era un nuevo infierno. Algún nivel de pesadilla… Intenté despertarme…

Pero ahí estaban…, en camisón, la seda y el lazo sucios, desgarrados.

Elain sollozaba en voz baja, la mordaza empapada de lágrimas. El cabello revuelto como si hubiera peleado como una gata montesa, Nesta jadeaba cuando nos vio. Cuando vio el Caldero.

—Cometiste un error gravísimo —dijo el rey mirando a Rhysand, los brazos de mi amado, firmes a mi alrededor— cuando fuiste a buscar el Libro. Yo no lo necesitaba. Estaba satisfecho con dejar las cosas así como estaban, con dejarlo escondido. Pero apenas tus fuerzas empezaron a olfatear alrededor…, decidí que ¿quién mejor para ser mi contacto con el reino humano que Jurian, mi amigo recién renacido? Él acababa de pasar todos esos meses recuperándose del proceso y quería ver en qué se había transformado su antiguo hogar así que le gustó mucho visitar el continente durante un tiempo largo.

Las reinas lo miraron y sonrieron, sí, se inclinaron frente a él. Los brazos de Rhys se me apretaron alrededor en una advertencia silenciosa.

—Jurian, el valiente, el astuto, que había sufrido tanto al final de la Guerra…, ahora es mi aliado. Y está aquí para convencer a estas reinas de que me ayudarán en mi causa. Por un precio, claro, pero eso no tiene importancia. Y fue más sabio

trabajar para mí que permitir que ustedes, los monstruos de la Corte Noche, nos rigierais a todos, nos atacarais. Jurian tuvo razón en advertir a Sus Majestades que ustedes tratarían de llevarlos el Libro…, que les diríais mentiras de amor y bondad, cuando él, Jurian, había visto de lo que era capaz el alto lord de la Corte Noche. El héroe de las fuerzas humanas, renacido en un gesto de buena fe de mi parte, renacido para el mundo humano. Yo no quiero invadir el continente…, lo que quiero es trabajar con los humanos. Mis poderes protegieron a las cortes de los espías… y así les mostré los beneficios de aceptar el trato. —Una mueca burlona a Azriel, que apenas si consiguió levantar la cabeza para devolverle el gesto—. Tantos intentos impresionantes para infiltrarse en ese palacio sagrado, Cantor de Sombras…, una prueba contundente a Sus Majestades de que vuestra corte no era tan benevolente como vos queríais mostrar.

—Mentirosas —siseé y me volví hacia las reinas, pero no me alejé más de un paso de Rhys—. Sois unas mentirosas y si no liberáis a mis hermanas, voy a masacrar…

—¿Oís las amenazas, el lenguaje de la Corte Noche? —dijo el rey a las reinas mortales, los guardias a nuestro alrededor ahora, en un semicírculo—. Masacres…, ultimátums… Quieren acabar con la vida. Yo deseo darla.

Entonces, habló la reina más anciana, habló sin reconocer mi existencia, mis palabras:

—Entonces, mostradnos, probad que existe ese don que mencionasteis.

Rhysand me atrajo a él. Dijo con calma a la reina:

—Sois una tonta.

El rey lo interrumpió.

—¿En serio? ¿Por qué someterse a la vejez y la enfermedad cuando lo que yo ofrezco es tanto mejor? —Me hizo un gesto con la mano—. Juventud eterna. ¿Vais a negar que eso es un beneficio? Una reina mortal se convierte en alguien que puede reinar para siempre. Claro que hay riesgos: la transición puede ser… difícil. Pero un individuo con voluntad fuerte puede sobrevivir.

La reina más joven, la de cabello negro, sonrió levemente. Juventud arrogante…, y vejez amargada. Solamente las otras dos, las que vestían de negro y blanco, parecieron dudar… y se acercaron un poco unas a las otras y a los enormes guardias.

La reina vieja levantó la cabeza:

—Mostradnos. Una demostración de que se puede hacer, de que es seguro. —Y ese día, el día en que yo la había visto, ella me había hablado de eterna juventud…, me había escupido el tema a la cara. *Perra falsa*.

El rey asintió.

—¿Por qué creéis que le pedí a mi querida amiga Ianthe que averiguara a quién apreciaría Feyre Archeron como compañía para toda la eternidad? —Mientras el horror me llenaba los oídos con un silencio rugiente, miré a las reinas, la pregunta escrita en la cara. El rey explicó—: Ah, les pregunté a ellas primero. Parecían

demasiado…, demasiado humanas para traicionar a dos mujeres jóvenes, equivocadas. Ianthe no tuvo problemas. Consideradlo mi regalo de bodas —agregó, mirando a Tamlin.

Pero la cara de Tamlin se tensó.

—¿Qué?

El rey inclinó la cabeza, saboreando cada palabra:

—Creo que la alta sacerdotisa estaba esperando que volvierais para decíroslo, pero ¿no os preguntasteis por qué creía que yo podría romper el trato? ¿Por qué insistía tanto con eso? Hace tantos milenios que las altas sacerdotisas tienen que arrodillarse frente a los altos lores. Y durante esos años, ella vivió en esa corte extranjera…, una mente tan abierta… Cuando nos conocimos, cuando le pinté el retrato de un Prythian libre de altos lores, un lugar en el que las altas sacerdotisas podrían regir con gracia y sabiduría… No me llevó mucho tiempo convencerla.

Yo iba a vomitar. Tamlin, hay que darle crédito, parecía sentir lo mismo.

La cara de Lucien se había aflojado.

—Vendió…, vendió a la familia de Feyre… Os la vendió a vos.

Yo le había contado todo a Ianthe, todo sobre mis hermanas. Ella me había preguntado, quiénes eran, dónde vivían. Y yo estaba tan estúpida…, tan rota… que le había dado todos los detalles.

—¿Venderlas? —El rey resopló—. ¿O las salvó de las cadenas de la muerte mortal? Ianthe sugirió que eran dos mujeres de mucha voluntad. Sin duda van a sobrevivir. Y así van a probar a nuestras reinas que sí *se puede* hacer. Si se tiene la fuerza necesaria.

Se me detuvo el corazón.

—¡No os atrev…!

El rey me interrumpió inmediatamente:

—Yo sugeriría que te prepararas…

Y entonces, el infierno entero estalló en el salón.

Un poder, blanco, infinito, terrible, se nos metió en el cuerpo.

Lo único que sentí fue que el cuerpo de Rhysand cubría el mío mientras todos caíamos al suelo, sentí el grito de dolor cuando él recibió el golpe del poder del rey.

Cassian se retorció, las alas abiertas para proteger a Azriel.

Las alas de Cassian…, las alas…

El alarido del guerrero cuando sus alas se deshicieron bajo espolones de magia pura fue el sonido más terrible que yo hubiera oído en mi vida. Mor se lanzó hacia él pero ya era demasiado tarde.

Rhys se movió instantáneamente, como para lanzarse hacia el rey pero el poder nos golpeó de nuevo y de nuevo, Rhys cayó de rodillas.

Mis hermanas aullaban bajo las mordazas. Pero el alarido de Elain era una…, una advertencia. Una advertencia de que…

Desde mi derecha, que ahora estaba expuesta, Tamlin corría hacia mí. Para

tomarme entre sus brazos…

Yo le arrojé un cuchillo, con la fuerza más grande que conseguí utilizar.

Él tuvo que agacharse para esquivarlo. Y retrocedió cuando vio el segundo que yo preparaba; él tenía la boca abierta, mirándome a mí, a Rhys, como si distinguiera el lazo de apareamiento entre los dos.

Pero yo giré en redondo mientras los soldados nos rodeaban, tratando de separarnos. Giré y vi a Cassian y a Azriel en el suelo; a Jurian que se reía en voz baja, los ojos fijos en la sangre que brotaba de las alas destrozadas de Cassian…

Ya no eran alas…, eran pedazos de alas solamente…

Me acerqué a Cassian. Mi sangre, tal vez si…

Mor, de rodillas junto a él, se arrojó contra el rey con un grito de furia pura.

Él le envió un golpe de poder. Ella se agachó, el cuchillo en la mano…

Azriel gritó de dolor.

Ella se detuvo. Se detuvo a un paso del trono. El cuchillo cayó al suelo con un ruido metálico.

El rey se puso de pie.

—Qué reina poderosa eres —jadeó.

Y Mor retrocedió. Paso a paso.

—Qué presa —dijo el rey; la devoró con su mirada negra.

La cabeza de Azriel se levantó del sitio en que estaba acostado sobre su propia sangre, los ojos llenos de rabia y dolor mientras le ladraba al rey:

—*No os atreváis a tocarla…*

Mor miró a Azriel…, y ahora había miedo real en ella. Miedo… y algo más. No dejó de moverse hasta que volvió a arrodillarse junto a él y le apretó una mano sobre la herida. Azriel siseó pero cubrió esos dedos ensangrentados con los propios.

Rhys se puso entre el rey y yo mientras yo me dejaba caer de rodillas frente a Cassian. Me arremangué el cuero que me cubría el antebrazo…

—Pon a la más linda primero —dijo el rey. Mor ya estaba olvidada.

Me retorcí y en ese momento, los soldados me tomaron de atrás. Rhys ya estaba ahí pero Azriel volvió a gritar, se le arqueó la espalda cuando el veneno del rey volvió a subir dentro de él.

—Nada de ideas estúpidas, Rhysand, por favor. —Me sonrió—. Si alguno de ustedes interfiere, el Cantor de Sombras muere. Lamento lo de las alas del otro bruto. —Dedicó a mis hermanas algo parecido a una reverencia burlona—. Damas, os espera la eternidad. Probadle a sus Majestades que el Caldero es seguro para…, para individuos de voluntad fuerte.

Moví la cabeza; no podía respirar…, no conseguía pensar en una forma de salir del paso…

Elain temblaba, sollozaba mientras la arrastraban hacia delante. Hacia el Caldero.

Nesta empezó a sacudirse contra los hombres que la sostenían.

Tamlin dijo:

—Basta.

El rey no le hizo caso.

Lucien, que estaba junto a Tamlin, puso una mano en la espada.

—Basta.

Nesta aullaba contra los guardias, contra el rey, mientras Elain cedía paso tras paso en el camino hacia el Caldero. Mientras el rey movía la mano, el líquido llegaba hasta el borde… *No, no.*…

Las reinas se limitaron a mirar, las caras de piedra. Separados de mí por esos guardias, Rhys y Mor no se atrevían a mover un músculo.

Tamlin le escupió al rey:

—Esto no es parte del trato. *Detenedlo ahora mismo*.

—No me importa si es parte del trato —se limitó a decir el rey.

Tamlin se lanzó hacia el trono como si fuera a destruirlo.

La magia blanca, caliente, lo golpeó de frente y lo arrojó al suelo. Lo ató.

Tamlin se sacudió contra el collar de luz que llevaba en el cuello, en las muñecas. El poder dorado que siempre había sido suyo brilló y brilló… pero no consiguió nada. Yo me sacudí contra el puño que me sostenía, lo ataqué una y otra y otra vez…

Lucien dio un paso hacia adelante mientras Elain, tropezando entre dos guardias que la arrastraban y la levantaban. Ella empezó a patearlos, sollozando y golpeó con los dos pies el costado del Caldero como si quisiera empujarlo, tirarlo al suelo…

—*Suficiente*. —Y Lucien se lanzó hacia Elain, hacia el Caldero.

Pero el poder del rey lo ató a él también. En el suelo, junto a Tamlin, el único ojo sano abierto, Lucien tuvo el sentido común de parecer horrorizado mientras miraba al rey y a Elain.

—Os lo ruego —le supliqué al rey, que hizo un movimiento para que los guardias echaran a mi hermana al agua—. Os lo ruego, lo que vos queráis, os doy lo que queráis. —Me puse de pie de un salto, me alejé de Cassian y miré a las reinas—. Por favor…, no necesitáis pruebas, yo soy la prueba de que funciona. Jurian es la prueba de que es seguro.

La reina más anciana dijo:

—Vos sois una ladrona y una mentirosa. Conspirasteis con nuestra hermana. Vuestro castigo debería ser igual al de ella. Considerad esto un regalo…

El pie de Elain tocó el agua y ella aulló, aulló con un terror que me golpeó con tanta fuerza que empecé a sollozar.

—Os ruego —volví a decir a ninguno de ellos.

Elain, por quien Nesta habría matado y robado, por quien se habría prostituido. Elain, que había sido dulce y buena. Elain, que iba a casarse con el hijo de un lord que odiaba a los inmortales…

Los guardias empujaron a mi hermana al Caldero y la metieron adentro en un solo movimiento.

Mi grito no había terminado de sonar cuando su cabeza desapareció bajo el

líquido.

No volvió a salir.

El alarido de Nesta era el único sonido en el salón. Cassian se lanzó, ciego, hacia ese sonido…, gimiendo de dolor.

El rey de Hybern se inclinó levemente hacia las reinas.

—Mirad.

Detrás de la pared de guardias que nos separaban, Rhys convirtió la mano en puño. Pero no se movió, y ni Mor ni yo nos atrevíamos a movernos: la vida de Azriel colgaba de un hilo manejado por el rey.

Y como si una mano invisible lo hubiera volcado, el Caldero se inclinó hacia un costado.

Más agua de la que parecía posible salió de él en cascada. Agua negra, cubierta de humo.

Y Elain, como si la hubiera arrojado una ola, cayó boca abajo sobre las piedras.

Tenía las piernas tan pálidas, tan delicadas. Yo no recordaba la última vez que las había visto desnudas.

Las reinas se empujaron para mirar. Viva, tenía que estar *viva*, tenía que haber querido vivir…

Elain tragó aire de pronto, la columna se le levantó un poco, el camisón empapado casi entero todavía.

Y cuando se levantó del suelo sobre los codos, la mordaza en su lugar, cuando se retorció para mirarme…

Nesta volvió a rugir.

La piel pálida de Elain empezó a brillar. De alguna forma, la cara se le había vuelto más hermosa, de una hermosura infinita, y las orejas… Las orejas de Elain tenían puntas bajo el pelo mojado.

Las reinas retuvieron el aliento. Y durante un momento, yo pensé solamente en mi padre. En lo que haría, en lo que diría cuando su hija más amada lo mirara a los ojos y esa cara fuera la de una Fae.

—Así que podemos sobrevivir —dijo la joven de cabello oscuro, jadeando, los ojos brillantes.

Caí de rodillas y los guardias no se molestaron en tomarme de los brazos. Sollozaba. Eso que acaba de pasar, lo que había pasado…

—La gata montesa ahora, por favor —dijo el rey de Hybern.

Yo volví la cabeza como un látigo hacia Nesta y ella se quedó en silencio. El Caldero se enderezó.

Cassian volvió a moverse, volvió a caer en el suelo, pero retorció la mano, la movió. Hacia Nesta.

Elain seguía temblando sobre las piedras mojadas; el camisón levantado hasta los muslos, los senos chiquitos visibles a través del tejido empapado. Los guardias se rieron.

Lucien le ladró al rey por encima de la fuerza de la magia que le paralizaba la garganta…

—*No la dejéis así en el suelo, mierda.*…

Hubo un flash de luz y un chirrido y después Lucien caminó tropezando hacia Elain, libre de las ataduras mágicas. Tamlin, en cambio, quedó atado en el suelo, una mordaza de luz iridiscente en la boca. Pero tenía los ojos sobre Lucien…

Lucien se sacó el abrigo, se arrodilló frente a Elain. Ella se encogió para alejarse del abrigo, de él…

Los guardias arrastraban a Nesta hacia el Caldero.

Había diferentes tipos de tortura, me di cuenta de pronto.

Estaba la tortura que habíamos tolerado yo, Rhys…

Y estaba esto.

La tortura que Rhys había tratado de evitar todos esos años; las pesadillas que lo habían asaltado. Ser incapaz de moverse, de pelear… mientras un enemigo quebraba a los que él amaba. La agonía hacía ondas sobre esa mirada violeta…, la rabia y la culpa y la agonía… Ojos que eran espejos de los míos.

Nesta luchó todo el camino.

No se los hizo fácil. Arañó y pateó y se arrojó al suelo.

Pero no fue suficiente.

Nosotros no fuimos suficientes para salvarla.

Vi cómo la levantaban. Elain estaba temblando en el suelo, el abrigo de Lucien envuelto alrededor del cuerpo. No levantó la vista hacia el Caldero, ni hacia los pies que Nesta sacudía en el aire en el momento en que la metían en el agua.

Cassian volvió a moverse, las alas deshechas se retorcieron y perdieron más sangre, los músculos le temblaron. Frente a los gritos de Nesta, su rabia, los ojos de Cassian se abrieron, opacos, ciegos, una respuesta a alguna llamada de su sangre, una promesa que le había hecho a ella. Pero el dolor volvió a dominarlo.

Hundieron a Nesta en el agua hasta los hombros. Ella se retorció mientras el agua se abría en gotas alrededor. Nesta arañó y aulló su rabia, su desafío.

—*Abajo* —siseó el rey.

Los guardias hicieron el esfuerzo y le empujaron los hombros flacos. La cabeza dorada y marrón.

Y mientras le hundían la cabeza, ella siguió defendiéndose, pateando, y liberó uno de los brazos.

Con los dientes descubiertos, señaló con un dedo al rey de Hybern.

Un dedo, una maldición, el odio.

Una promesa.

Y cuando le metieron la cabeza bajo el agua, y la mano también, el rey de Hybern tuvo el sentido común de ponerse un poco nervioso.

El agua oscura hizo ondas un momento. La superficie se aquietó.

Vomité en el suelo.

Los guardias dejaron que Rhysand se arrodillara junto a mí frente al charco de sangre de Cassian…, le dejaron que me abrazara mientras el Caldero volvía a volcarse.

El agua cayó de nuevo, Lucien levantó a Elain en brazos para que no se mojara de nuevo. Los lazos que retenían a Tamlin desaparecieron, junto con la mordaza. Él se puso de pie instantáneamente, le mostró los dientes al rey. Hasta el puño que me retenía la mente se convirtió en una caricia solamente. Como si supiera ya que había ganado.

A mí, no me importaba. No ahora que Nesta estaba en el suelo.

Yo sabía que ella había cambiado.

Porque el Caldero había vuelto a Hacer a Elain… pero Nesta había cambiado.

Lo sentí incluso antes de que respirara por primera vez.

Como si al Hacerla, el Caldero… se hubiera visto obligado a darle más de lo que quería. Como si Nesta hubiera luchado antes de hundirse y hubiera decidido que si la arrastraban al infierno, ella se llevaría al Caldero con ella.

Como si ese dedo alzado fuera ahora una promesa de muerte contra el rey de Hybern.

Nesta respiró una vez. Y cuando miré a mi hermana, con esa belleza, que de alguna forma era más grande ahora, esas orejas… Cuando Nesta me miró a mí…

Rabia. Poder. Astucia.

Y después desapareció, y el horror y la impresión le arrugaron la cara pero ella no se detuvo, no se quedó quieta. Estaba libre…, estaba suelta.

Se puso de pie, tropezó un poco con esos miembros más largos, más flacos ahora, se arrancó la mordaza de la boca…

Chocó con Lucien, tomó a Elain de sus brazos y le gritó mientras él caía:

—¡¡Soltadla!!

Los pies de Elain se deslizaron sobre el suelo, pero Nesta la puso de pie y le pasó las manos por la cara, los hombros, el pelo…

—¡¡Elain, Elain, Elain!! —sollozó.

Cassian volvió a moverse…, tratando de responder a la voz de Nesta mientras ella sostenía a mi hermana menor y repetía su nombre una y otra y otra vez.

Pero Elain estaba mirando sobre el hombro de Nesta.

A Lucien…, cuya cara había visto realmente por primera vez.

Ojos castaño oscuros fijos en un ojo rojizo y uno de metal.

Nesta seguía llorando, rabiando, examinando a Elain…

A Lucien se le aflojaron las manos a los costados.

La voz se le quebró cuando le susurró a Elain:

—Tú eres mi pareja.

Capítulo 66

No me permití entender profundamente esa declaración.

Pero Nesta se dio vuelta en redondo y dijo:

—Ella *no es nada semejante* —y lo volvió a empujar.

Lucien no se movió ni siquiera un milímetro. Tenía la cara pálida como la muerte, los ojos fijos en Elain. Mi hermana no dijo nada; el anillo de hierro era un destello opaco en ese dedo.

El rey de Hybern murmuró:

—Interesante… Tan interesante. —Se volvió hacia las reinas—. ¿Veis? Os he mostrado no una sino dos veces que es seguro. ¿Quién quiere ser inmortal primero? Tal vez consigáis un lord Fae buen mozo para aparearos…

La reina más joven dio un paso adelante, los ojos sobre todos los hombres Faes. Como si fueran de ella, como si ella tuviera el poder de elegir al que le gustase.

El rey rio.

—Muy bien, entonces.

Me inundó el odio, un odio tan violento que ya no tuve control sobre mí misma, ninguna canción en mi corazón que no fuera un grito de guerra. Iba a matarlos. Iba a matarlos a *todos, a todos.*…

—Si estáis tan dispuesto a hacer tratos —dijo Rhys, bruscamente, levantándose

sobre sus pies y tirando de mí para que yo también lo hiciera—, tal vez yo pueda hacer uno con vos.

—¿Ah, sí?

Rhys se encogió de hombros.

No. No más tratos, no más sacrificios. No más entregarse pedazo a pedazo.

No más.

Y si el rey se negaba, no habría nada que hacer excepto ver morir a mis amigos…

Yo no podía aceptarlo. No lo toleraría…, eso no.

Y para Rhys, para la familia que yo había encontrado… Ellos no me necesitaban…, no realmente. Solamente servía para anular el Caldero.

Y les había fallado. Como había fallado a mis hermanas, cuyas vidas había sacudido por completo…

Pensé en el anillo que me esperaba en casa. Pensé en el anillo en el dedo de Elain, el anillo de un hombre que seguramente la cazaría y la mataría ahora que ella… Si es que Lucien le permitía irse…

Pensé en todas las cosas que quería pintar… y que ya nunca pintaría.

Pero por ellos, por mi familia de sangre y mi familia elegida…, por mi compañero… La idea que me golpeó de pronto no parecía tan terrible.

Así que no tuve miedo.

Me dejé caer de rodillas en un espasmo, me tomé de la cabeza mientras apretaba los dientes y sollozaba, sollozaba y jadeaba, me tiraba el cabello…

El puño de ese ataque no había tenido tiempo de dominarme cuando estallé dentro de otro.

Rhys me buscó pero yo desaté mi poder, un rayo de esa luz blanca, pura, lo único que podía escapar del dique, del hechizo del rey. Un rayo de luz que era solamente para Rhys, solamente por Rhys. Esperaba que él entendiera.

El rayo estalló en la habitación, ganó fuerza, siseó y volvió a caer.

Hasta Rhys se había quedado inmóvil…, el rey y las reinas, con la boca abierta. Mis hermanas y Lucien habían girado en redondo también, para mirarme.

Pero ahí, en la profundidad de la luz de la Corte Día…, yo recogí ese poder claro, purificador. Rompemaldiciones…, Rompehechizos. La luz barrió todas las trampas físicas, me mostró los ruidos de los hechizos y los encantamientos, me mostró la forma de atravesarlos… Yo ardí con mayor brillo, mirando…, mirando…

Enterrados en las paredes de hueso del castillo, las guardas mágicas eran un tejido fuerte.

Envié esa luz cegadora una vez más, una distracción, como el pase de manos en los trucos mientras cortaba las arterias de los antiguos hechizos de guarda.

Ahora solamente tenía que hacer mi parte, cumplir con mi rol.

La luz se desvaneció y yo quedé enroscada en el suelo, la cabeza entre las manos.

Silencio. Silencio mientras todos me miraban con la boca abierta.

Hasta Jurian había dejado de sentirse satisfecho consigo mismo ahí, en el lugar en

que estaba reclinado contra la pared.

Pero cuando bajé las manos, aspiré aire y parpadeé, yo tenía los ojos en Tamlin, en Tamlin solamente. Miré la sangre y a la Corte Noche y al anfitrión y después de nuevo a él mientras jadeaba:

—¿Tamlin?

Él no se había movido ni un milímetro. Más atrás, el rey me miraba con la boca abierta. Si sabía que yo acababa de romper los hechizos que guardaban el castillo, si sabía que era intencional, no era asunto mío…, todavía no.

Volví a parpadear como si tratara de aclararme la cabeza.

—¿Tamlin? —Me miré las manos, la sangre y cuando volví a mirar a Rhys, cuando vi a mis amigos de caras duras, amargas, y a mis hermanas empapadas, inmortales…

No había nada más que impresión en la cara confundida de Rhys cuando retrocedí alejándome de él.

Alejándome de todos ellos. Hacia Tamlin.

—Tamlin —me las arreglé para decir otra vez. El ojo de Lucien se abrió más mientras se ponía entre mí y Elain. Yo giré hacia el rey de Hybern—. ¿Dónde…? —Volví a mirar a Rhysand—. ¿Qué me hiciste? —jadeé, con la voz baja y gutural. Retrocedí hacia Tamlin—. ¿Qué me hiciste?

Sácalos. Saca a mis hermanas.

Sígueme la corriente, por favor, sígueme la corriente. Por favor…

No había ningún sonido, ningún escudo, ningún brillo de sentimiento en nuestro lazo. El poder del rey los había bloqueado completamente. No había nada que yo pudiera hacer en cuanto a eso, fuera o no la Rompemaldiciones.

Pero Rhys deslizó las manos en los bolsillos y ronroneó:

—¿Cómo hiciste para liberarte?

—¿Qué? —se desató Jurian, y empujó la pared para enderezarse mientras se acercaba a nosotros a grandes zancadas.

Pero yo me volví hacia Tamlin; ignoré los rasgos y el olor y la ropa, porque todo eso estaba mal. Él me miró con cansancio.

—No dejes que me lleve…, no dejes que me lleve otra vez… no… —Y cuando me golpeó la fuerza completa de lo que estaba haciendo, no conseguí retener los sollozos.

—Feyre —dijo Tamlin con dulzura. Y supe que había ganado.

Sollocé con más fuerza.

Saca de aquí a mis hermanas, le rogué a Rhys a través del lazo, tan lleno de silencio. *Abrí las guardas…, para ustedes, para todos ustedes, para que se vayan… Sácalos a todos.*

—No dejes que me lleve —sollocé de nuevo—. No quiero volver a…

Y cuando miré a Mor, cuando vi las lágrimas que le corrían por la cara mientras ayudaba a Cassian a ponerse de pie, supe que entendía lo que yo estaba haciendo.

Pero las lágrimas se desvanecieron, se convirtieron en pena por Cassian mientras volvía su cara hermosa, llena de odio, horrorizada hacia Rhys, y escupía:

—¿Qué le hiciste a esa pobre chica?

Rhys inclinó la cabeza.

—¿Cómo lo hiciste, Feyre? —No había mucha sangre en esa cara. Un último juego…, este era el último juego para los dos.

Moví la cabeza. Las reinas se habían corrido hacia atrás, los guardias formaban una pared para protegerlas.

Tamlin me miraba de cerca. Lucien también.

Así que me volví hacia el rey. Él sonreía. Como si supiera.

Pero yo dije:

—Romped el lazo.

Rhysand se quedó quieto, como muerto.

Me acerqué bruscamente al rey, caí de rodillas con un ruido fuerte frente al trono.

—Romped el lazo. El trato…, el… el lazo de apareamiento. Él me hizo hacerlo…, él me hizo jurarle…

—No —dijo Rhysand.

Yo lo ignoré mientras se me rompía el corazón aunque sabía que él no había querido decirlo…

—Hacedlo —le rogué al rey, mientras rezaba para que no notara los hechizos de guarda caídos, la puerta que yo había dejado abierta—. Sé que vos podéis. Liberadme…, liberadme de…

—*No* —dijo Rhysand.

Pero Tamlin estaba mirándonos, a una, al otro. Y yo lo miré, el alto lord que una vez había amado, y jadeé:

—No más. No más muertes…, no más matanzas —sollocé entre los dientes apretados. Me obligué a mirar a mis hermanas—. *No más*. Llévame a casa y que ellos se vayan. Dile que es parte del trato y que se vayan. Pero… no quiero más…, no…, por favor, Tamlin.

Lentamente, cada movimiento puro dolor, Cassian se movió lo suficiente para mirarme a través de un ala desgarrada. Y en esos ojos opacos por el dolor, yo vi… la comprensión.

La Corte de los Sueños. Yo había pertenecido a una corte de sueños. Y soñadores.

Y por esos sueños…, por lo que ellos habían trabajado para lograr, por eso que era el centro de sus vidas…, yo lo haría.

Saca de aquí a mis hermanas, le dije a Rhys por última vez, y mandé el mensaje hacia la pared de piedra entre los dos.

Miré a Tamlin.

—No más. —Los ojos verdes miraron los míos, y la pena y la ternura que había en ellos fueron las cosas más horrendas que yo hubiera visto nunca—. Llévame a casa.

Tamlin le dijo al rey, con la voz sin expresión:

—Que se vayan. Romped el lazo y que se termine todo. Sus hermanas vienen con nosotros. Ya habéis cruzado demasiadas líneas…

Jurian empezó a objetar pero el rey dijo:

—Muy bien.

—No —fue lo único que dijo Rhys.

Tamlin le mostró los dientes.

—A mí no me importa que ella sea tu pareja, mierda. No me importa si crees que tienes derecho a ella… Ella es *mía…*, y un día, un día voy a hacerte pagar cada dolor que ella sintió contigo, cada sufrimiento, toda la desesperación. Un día, tal vez cuando ella decida que quiere terminar contigo, voy estar feliz de cumplir mi promesa.

Idos…, idos… Llevaos a mis hermanas con vosotros.

Rhys me miraba.

—No lo hagas.

Pero yo retrocedí… hasta que golpeé el pecho de Tamlin, hasta que sus manos, tibias y pesadas, me aterrizaron en los hombros.

—Hacedlo —dijo Tamlin al rey.

—No —dijo Rhys y se le quebró la voz.

Pero el rey me señaló. Y yo aullé.

Tamlin me tomó del brazo y yo aullé y aullé por el dolor que me desgarraba el pecho, el brazo izquierdo.

Rhysand estaba en el suelo, rugiendo y tal vez dijo mi nombre, tal vez lo aulló mientras yo sollozaba y pateaba y me sacudía. Me estaban desgarrando, yo me moría, me moría…

No. No, no quería, no quería…

Un crujido en las orejas.

Y, cuando el lazo cedió, el mundo se partió en dos.

Capítulo 67

Me desmayé.

Cuando abrí los ojos, habían pasado apenas unos segundos. Mor estaba arrastrando a Rhys, que jadeaba en el suelo, los ojos salvajes, los dedos en movimiento permanente, las manos en un instante fueron puños y al instante siguiente, se abrieron…

Tamlin me arrancó el guante de la mano izquierda.

Piel pura, desnuda. Ningún tatuaje.

Yo sollozaba y sollozaba y los brazos de él me rodearon. Cada centímetro que tocaban era un error. Casi vomité por el olor de ese cuerpo.

Mor soltó el cuello de la chaqueta de Rhysand y él se arrastró…, *se arrastró* de vuelta hacia Azriel y a Cassian, la sangre le salpicó las manos, el cuello mientras él caminaba en cuatro patas a través del charco. La respiración ahogada me destrozaba, me partía el alma…

El rey le hizo un gesto con la mano.

—Tenéis libertad para iros, Rhysand. El veneno ya no está en el cuerpo de vuestro amigo. Las alas del otro, lamento decirlo, son un desastre.

No pelees…, no digas nada, le rogué a Rhys mientras él llegaba hasta sus hermanos. *Llévate a mis hermanas. Las guardas están bajas*.

Silencio.

Así que miré… miré una única vez, a Rhysand, y a Cassian y a Mor y a Azriel.

Ellos también me estaban mirando. Las caras ensangrentadas, frías y llenas de furia. Pero por debajo…, yo sabía que había amor por debajo. Entendían las lágrimas que me rodaban por la cara cuando les dije adiós sin palabras.

Entonces Mor, rápida como una víbora, se transportó hasta Lucien. Hasta mis hermanas. Para mostrarle a Rhys, me di cuenta, lo que yo había hecho, el agujero que había abierto a estallidos blancos. Para ellos, para que escaparan…

Mor empujó a Lucien con una palma en el pecho y el rugido de él sacudió los pasillos mientras ella tomaba a mis hermanas por el brazo y desaparecía.

El aullido de Lucien seguía sonando cuando Rhys se lanzó hacia adelante, tomó a Azriel y a Cassian y ni siquiera se volvió hacia mí mientras desaparecía.

El rey saltó sobre los pies, escupió su rabia contra los guardias, contra Jurian por no tener bien atrapadas a mis hermanas. Quiso saber qué había pasado con las guardas del castillo…

Yo casi no lo oía. Solamente había silencio en mi cabeza. Tanto silencio donde una vez había habido risa oscura y diversión traviesa. Un desierto sacudido por el viento.

Lucien movía la cabeza, jadeando y se volvió hacia nosotros.

—*Llévatela* —le ladró a Tamlin sobre los gritos del rey. Lucien…, el compañero de apareamiento de Elain…, ya lo era, un compañero que se volvía loco para defender lo que era suyo.

Tamlin lo ignoró. Yo también. Apenas si me las arreglaba para estar de pie pero enfrenté al rey cuando se dejó caer en el trono, las manos unidas y tan apretadas que tenía los nudillos blancos.

—Gracias —jadeé yo, una mano en el corazón, la piel tan pálida, tan blanca—. Gracias…

Las reinas se miraron unas a otras, después miraron a los guardias de ojos muy abiertos, y se acercaron como serpientes al Caldero, cada vez más sonrientes. Lobos que dan vueltas alrededor de una presa. Una de ellas le ladró a la otra… y el rey les murmuró algo a todas, algo que yo no me molesté en oír.

En medio de la discusión, Jurian caminó hasta Lucien riéndose entre dientes.

—¿Sabéis lo que hacen los bastardos ilyrios con las hembras lindas? No vais a tener una compañera…, por lo menos no una que os sea útil de alguna forma.

El gruñido de Lucien, su respuesta, fue feroz.

Yo escupí a los pies de Jurian.

—Tú puedes irte a la mierda, asqueroso hijo de puta.

Las manos de Tamlin se me tensaron sobre los hombros. Lucien giró hacia mí y el ojo de metal chirrió y se entrecerró. Se le acomodaron por dentro siglos de razón cultivada.

Yo no me estaba enloqueciendo de terror por el hecho de que se hubieran llevado

a mis hermanas.

Dije con tranquilidad:

—Las vamos a recuperar.

Pero Lucien me miraba con preocupación. Con demasiada preocupación.

Le dije a Tamlin:

—Llévame a casa.

Pero el rey cortó la discusión de las reinas:

—Dónde está…

Yo prefería la otra voz, divertida, arrogante y no esta voz brutal, chata… que cortaba el aire del salón.

—Tú ibas a… usar el Libro de los Alientos —dijo él—. Yo lo sentí…, lo sentí…

Yo le dije solamente:

—El error es vuestro.

La nariz de él se ensanchó una vez. Incluso el mar abajo, lejos, pareció retroceder, aterrorizado, frente a la rabia que hizo palidecer a esa cara rubicunda. Pero el rey parpadeó, y así, desapareció la mueca. Entonces, le dijo a Tamlin, con voz tensa:

—Cuando se recupere el Libro, espero vuestra presencia aquí.

Alrededor de mí giraba un poder, un olor a lilas y cedro y los primeros brotes verdes. Listo para transportarnos lejos…, a través de las guardas mágicas que ellos no sabían que yo había deshecho.

Así que dije al rey, a Jurian, a las reinas reunidas, ya casi en el labio del Caldero, discutiendo sobre quién entraría primero:

—Voy a encender vuestra propia pira con mis manos por lo que hicisteis a mis hermanas.

Después, ya no estábamos.

Capítulo 68

Rhysand

Aterricé en el suelo de la casa de la ciudad y Amren estuvo ahí instantáneamente, las manos sobre las alas de Cassian, la boca llena de malas palabras cuando vio el daño. Después, otra vez frente al agujero en el pecho de Azriel.

Ni siquiera bastaba con su sabiduría como sanadora. No, necesitaríamos un sanador en serio para los dos y rápido porque si Cassian perdía esas alas…, yo sabía que iba a preferir la muerte… Como cualquier ilyrio.

—¿Dónde está ella? —quiso saber Amren.

Dónde está ella, dónde está ella, dónde está ella.

—Saca el Libro de aquí —dije yo y dejé caer los pedazos al suelo. Odiaba el roce, la locura de esas páginas y la desesperación y la alegría. Amren ignoró la orden.

Mor no había aparecido…, tal vez estaba dejando a Nesta y Elain, escondiéndolas en un lugar que le pareciera seguro.

—¿Dónde está? —dijo Amren de nuevo…, y apretó una mano sobre la espalda destruida de Cassian. Yo sabía que no se refería a Mor.

Como si mis pensamientos la hubieran conjurado, apareció mi prima, jadeando, la cara devastada. Se dejó caer en el suelo frente a Azriel; le temblaban las manos

cubiertas de sangre mientras le sacaba la flecha del pecho; la sangre cayó como una lluvia sobre la alfombra. Ella pasó los dedos sobre la herida, dedos luminosos; su poder tejió hueso y venas y carne, los unió otra vez.

—¿Dónde está? —ladró Amren una vez más.

Yo no conseguía decirlo en voz alta.

Así que Mor lo dijo por mí mientras se arrodillaba frente a Azriel; por suerte mis dos hermanos se habían desmayado.

—Tamlin ofreció pasaje por sus tierras y nuestras cabezas en una bandeja a cambio de que el rey atrapara a Feyre, rompiera el lazo y él pudiera llevársela de nuevo a la Corte Primavera. Pero Ianthe lo traicionó…, y le dijo al rey dónde buscar a las hermanas de Feyre. Así que las hizo traer con las reinas para probarles que podía convertirlas en inmortales. Las puso en el Caldero. No pudimos hacer nada…, las convirtieron. Él nos tenía de las pelotas.

Los ojos color mercurio se volvieron hacia mí.

—Rhysand.

Me las arreglé para decir:

—Ya no teníamos opciones…, y Feyre lo sabía. Así que fingió liberarse del control que Tamlin pensaba que yo tenía sobre ella, sobre su mente. Fingió…, fingió que nos odiaba. Le dijo que quería ir a casa…, a Primavera, pero solamente si no había más muertes. Si nos dejaban ir.

—¿Y el lazo? —jadeó Amren, la sangre de Cassian en las manos mientras trataba de detener la corriente.

—Ella le pidió al rey que cortara el lazo. Y él lo hizo.

Yo pensé que me estaba muriendo…, sentía que se me estaba partiendo el pecho en dos.

—Eso es imposible —dijo Amren—. Ese tipo de lazo no se puede romper.

—El rey dijo que él lo haría.

—El rey es un tonto —ladró Amren—. Ese tipo de lazo *no se puede romper*.

—No —dije yo.

Las dos me miraron.

Me aclaré la cabeza, el corazón partido…, el corazón roto por lo que había hecho mi compañera por la forma en que ella se había sacrificado por mí y mi familia. Por sus hermanas. Porque había pensado…, había pensado que ella no era esencial. A pesar de todo lo que había hecho.

—El rey rompió el trato que hicimos. No se dio cuenta de que lo que rompía no era el lazo de apareamiento.

Mor se sobresaltó.

—¿Y Feyre…, ella sabe…?

—Sí —jadeé—. Y ahora mi pareja está en manos del enemigo.

—Ve a buscarla —siseó Amren—. *Ahora, ahora mismo*.

—No —dije; y odié la palabra.

Ellas me miraron con la boca abierta y yo quería rugir por la sangre que las cubría, frente a mis hermanos inconscientes, ahí, en la alfombra junto a ellas.

Pero conseguí decirle a mi prima:

—¿No estabas escuchando lo que le dijo Feyre? Prometió destruirlo… desde adentro.

La cara de Mor palideció, la magia ardió en el pecho de Azriel.

—Va a esa casa para destruirlo. Para destruirlos a todos —asentí—. Ahora es espía…, y tiene una línea directa conmigo. Lo que hace el rey de Hybern, adónde va, cuáles son sus planes, ella va a saberlo todo. Y me va a informar.

Porque entre los dos, leve y suave, escondido para que nadie lo encontrara…, había un susurro de color y alegría y sombra y… de ella. Nuestro lazo.

—Ella es tu pareja —me mordió Amren con las palabras—. No tu espía. *Ve a buscarla*.

—Ella es mi pareja. Y mi espía —dije con demasiada calma—. Y es la alta lady de la Corte Noche.

—¿Qué? —susurró Mor.

Yo acaricié con un dedo de metal ese lazo escondido tan abajo, tan lejos, dentro de los dos y dije:

—Si le hubieran sacado el otro guante, habrían visto el segundo tatuaje en el brazo derecho. Un tatuaje gemelo. Lo hicimos anoche, cuando salimos a escondidas; buscamos una sacerdotisa y yo le tomé juramento como alta lady.

—No…, no consorte —soltó Amren; una afirmación. Parpadeó. Yo nunca la había visto sorprendida…, nunca en muchos siglos.

—No consorte…, no esposa. Feyre es la alta lady de la Corte Noche. —Mi igual; ella iba a usar mi corona, iba a sentarse en un trono junto al mío. Nunca a un costado, nunca dedicada a la concepción y las fiestas y la crianza de los hijos. Mi reina.

Como en respuesta, un brillito de amor tembló por el lazo. Me doblé sobre el alivio, un alivio que amenazaba con romper cualquier calma que yo fingiera estar sintiendo.

—¿Y me estás diciendo que mi alta lady está rodeada de enemigos? —jadeó Mor. Una calma letal le pasó por la cara manchada de lágrimas.

—Lo que quiero decirte —dije, mirando la sangre coagulada en las alas de Cassian, bajo las manos de Amren. Bajo las de Mor, se iba deteniendo el sangrado de Azriel. Lo suficiente para mantenerlos vivos mientras llegaba el sanador—. Lo que quiero decirte —repetí, mientras mi poder se construía a sí mismo, se me frotaba contra la piel, los huesos, desesperado por salir al mundo— es que tu alta lady hizo un sacrificio por su corte… y ahora vamos a movernos cuando sea el momento correcto.

Tal vez el hecho de que Lucien estuviera unido a Elain por el lazo de apareamiento nos ayudaría de alguna forma. Yo encontraría el camino.

Y entonces, entonces ayudaría a mi compañera a acabar con la Corte Primavera,

con Ianthe, con esas reinas mortales, y con el rey de Hybern. Juntos, los haríamos pedazos. Lentamente.

—¿Y hasta entonces? —quiso saber Amren—. ¿Y el Caldero…? ¿Y el Libro?

—Hasta entonces —dije mirando hacia la puerta como si ella estuviera por entrar, toda risa y vibración y hermosura—, hasta entonces, vamos a la guerra.

Capítulo 69

Tamlin nos llevó a la grava del camino de entrada.

Yo me había olvidado de lo silencioso que era ese lugar.

De lo chico que era…, del vacío que lo consumía.

La primavera florecía en todas partes…, aire amable y perfumado de rosas.

Todo seguía siendo hermoso. Pero ahí estaban las puertas del frente detrás de las cuales me había encerrado. Ahí estaba la ventana que yo había golpeado tratando de salir. Una prisión bonita, cubierta de rosales.

Y sin embargo sonreí —me latía la cabeza— y dije, a través de las lágrimas:

—Pensé que nunca vendrías…

Y nos vendiste…, vendiste a todos los inocentes de esta tierra. Todo para tenerme de nuevo.

El amor…, el amor era un bálsamo tanto como un veneno.

Pero era amor lo que me ardía en el pecho. Junto al lazo que el rey de Hybern no había tocado siquiera, porque no había sabido la profundidad y la distancia que tendría que haber recorrido. No sabía lo que tendría que haber hecho para cortarlo. Para separarnos, a Rhysand y a mí.

Había dolido…, había dolido muchísimo el corte del trato entre los dos… y Rhys había hecho el trabajo como debía: su horror no había tenido grietas. Siempre

habíamos sido buenos para fingir…

Yo no había dudado de él, no había dicho otra cosa que *Sí* cuando él me llevó al templo la noche anterior, cuando hice mi juramento. A él, a Velaris, a la Corte Noche.

Y ahora…, una caricia dulce, enamorada a través del lazo, escondida por debajo del desierto que había quedado donde antes estaba el trato. Envié un brillo de sentimiento por la línea…, deseaba tocarlo, abrazarlo, reírme con él.

Pero mantuve esos pensamientos lejos de la cara. Mantuve todo lejos de la cara, todo excepto el alivio tranquilo mientras me recostaba en Tamlin, suspirando.

—Me da la impresión…, la impresión de que tuve un sueño o una pesadilla. Pero…, pero me acordaba de ti. Y cuando te vi hoy, empecé a atacarlo, a luchar porque sabía que tal vez fuera mi única oportunidad y…

—¿Cómo te liberaste del control? —dijo Lucien sin previo aviso, desde atrás.

Tamlin le gruñó: una advertencia.

Me había olvidado de que él estaba ahí. El compañero de mi hermana. Seguramente la Madre tenía sentido del humor, decidí.

—Yo quería…, quería… La verdad es que no sé cómo lo hice. Solamente quería liberarme…

Nos miramos de arriba abajo pero Tamlin me pasó el pulgar sobre el hombro.

—¿Estás…, estás herida?

Traté de no erizarme. Sabía lo que él quería decir. Y la idea de que pensara que Rhysand le haría eso a cualquiera…

—No…, no sé —tartamudeé—. No me acuerdo…, no me acuerdo de nada de eso.

El ojo de metal de Lucien se entrecerró un poco como si sintiera la mentira.

Pero yo levanté la vista hacia Tamlin y le pasé la mano por la boca. La piel desnuda, vulnerable.

—Eres real —le dije—. Me liberaste.

Fue todo un esfuerzo para mí no convertir las manos en garras y sacarle los ojos. Traidor, mentiroso… Asesino.

—Tú te liberaste a ti misma —jadeó Tamlin. Hizo un gesto hacia la casa—. Descansa primero…, después hablamos. Necesito…, necesito buscar a Ianthe. Y dejar algunas cosas claras.

—Yo…, esta vez quiero ser parte de todo —dije, y me detuve con firmeza aunque él trataba de arrearme otra vez hacia la prisión hermosa—. No más… No más dejarme afuera. No más guardias. Por favor. Tengo tanto que decirte de ellos…, pedacitos, lo que recuerdo pero… puedo ayudar. Y vamos a traer de vuelta a mis hermanas. Déjame ayudar.

Déjame llevarte en la dirección equivocada. Déjame ponerte de rodillas, a ti y a tu corte, y acabar con Jurian y esas reinas traidoras, esas reinas astutas. Y después deshacer a Ianthe en pedacitos y enterrarlos en un pozo para que nadie vuelva a encontrarlos.

Tamlin me miró la cara y finalmente asintió.

—Vamos a empezar a de nuevo. Y esta vez haremos las cosas de otra forma. Cuando te fuiste, me di cuenta… Me equivoqué. Me equivoqué tanto, Feyre. Lo lamento…

Demasiado tarde. Demasiado tarde, mierda. Pero le apoyé la cabeza sobre el hombro mientras él me pasaba el brazo por la cintura y me llevaba hacia la casa.

—No importa. Ahora estoy en casa.

—Para siempre —prometió él.

—Para siempre —repetí como un loro y miré hacia atrás, al lugar donde Lucien seguía de pie, sobre el camino de grava.

Como si supiera sobre mi segundo tatuaje bajo el guante, como si hubiera visto el brillo que yo mantenía en él.

Como si supiera que habían dejado entrar una zorra en el gallinero… y que él no podía hacer nada.

No a menos que no quisiera volver a ver a su pareja…, a mi hermana, Elain.

Le sonreí, una sonrisa dulce, dormida. De esa forma, empezó el juego entre Lucien y yo.

Llegamos a las grandes escaleras de mármol que llevaban a las puertas de la mansión.

Y así, sin saberlo, Tamlin llevó a la alta lady de la Corte Noche al corazón de su territorio.

RECONOCIMIENTOS

Gracias a las siguientes personas por bendecir mi vida más allá de toda medida:

A mi esposo, Josh: tú me llevaste a lo largo de este año. (A través de muchos años antes que este, pero de este en particular). No tengo palabras para describir lo mucho que te amo y lo agradecida que estoy por todo lo que haces. Por las incontables comidas que cocinaste para que yo no me viera obligada a dejar de escribir; por los cientos de platos que lavaste para que yo pudiera correr otra vez a mi cuarto y seguir trabajando; por las horas de pasear al perro, especialmente de mañana temprano, para que yo pudiera dormir aunque fuera un poco… Este libro es ahora un libro real solamente por ti. Gracias por llevarme en brazos cuando yo estaba demasiado cansada, por secarme las lágrimas cuando me pesaba el corazón y por venir conmigo a tantas aventuras en el mundo.

A Annie, que no puede leer esto, pero merece crédito, de todos modos; cada segundo contigo es un regalo, Annie. Gracias por hacer que un trabajo bastante solitario no lo fuera en absoluto… y por la risa y la alegría y el amor que trajiste a mi vida. Te amo, bebita.

A Susan Dennard, mi Hermana de la vida y *anam cara*: seguramente soy un disco rayado en este punto, pero *gracias* por ser una amiga a la que vale la pena esperar y por la diversión, los tiempos verdaderamente épicos que pasamos juntas. A Alex

Bracken, Erin Bowman, Lauren Billings, Christina Hobbs, Victoria Aveyard, Jennifer L. Armentrout, Gena Showalter, y Claire Legrand: tengo tanta suerte por tenerlos como amigos. Los adoro a todos.

A mi agente, Tamar Rydzinki: ¿qué haría yo sin ti? Tú fuiste mi roca, mi estrella guía y mi hada madrina desde el principio. Siete libros más tarde, sigo sin tener palabras para expresar mi gratitud. A mi editora, Cat Onder: trabajar contigo en estos libros ha sido un faro en mi carrera. Gracias por tu sabiduría, tu amabilidad y tu genio como editora.

A mis fenomenales equipos de Bloomsbury y CAA: Cindy Loh, Cristina Gilbert, Jon Cassir, Kathleen Farrar, Nigel Newton, Rebecca McNally, Natalie Hamilton, Sonia Palmisano, Emma Hopkin, Ian Lamb, Emma Bradshaw, Lizzy Mason, Courtney Griffin, Erica Barmash, Emily Ritter, Grace Whooley, Eshani Agrawal, Nick Thomas, Alice Grigg, Elise Burns, Jenny Collins, Linette Kim, Beth Eller, Diane Aronson, Emily Klopfer, Melissa Kavonic, Donna Mark, John Candell, Nicholas Church, Adiba Oemar, Hermione Lawton, Kelly de Groot, y todo el equipo de derechos en el extranjero: es un honor conocerlos y trabajar con ustedes. Gracias por hacer que mis sueños se hagan realidad. A Cassie Homer: gracias por *todo*. Eres un encanto.

A mi familia (especialmente a mis padres): los amo de aquí hasta la luna, ida y vuelta.

A Louisse Ang, Nicola Wilkinson, Elena Yip, Sasha Alsberg, Vilma Gonzalez, Damaris Cardinali, Alexa Santiago, Rachel Domingo, Jamie Miller, Alice Fanchiang, y los Trece Maas: su generosidad, su amistad y su apoyo significa muchísimo para mí.

Y por fin, a mis lectores. Ustedes son lo más grande. Realmente, lo más grande. Nada en este mundo habría sido posible sin ustedes. Gracias desde el fondo de mi corazón por todo lo que hacen por mí y mis libros.

SARAH J. MAAS. Es una joven autora norteamericana, nacida en la ciudad de Nueva York en el año 1986. Graduada Magna Cum Laude en el Hamilton College con una licenciatura en Escritura Creativa, y una diplomatura en Estudios Religiosos en 2008.

Vive en el sur de California, y le encanta leer historias de fantasía, coleccionar todo lo relacionado con Han Solo, beber café, la telebasura y las películas Disney. Cuando no está ocupada escribiendo novelas de fantasía, se la puede encontrar explorando la costa Californiana.

Trono de Cristal es su primera novela, publicada en agosto de 2012. A esta le precedieron una serie de cuatro relatos cortos a modo de precuela: *La asesina y el señor de los piratas* (enero 2012), *La asesina en el desierto* (marzo 2012), *La asesina en el submundo* (mayo 2012) y *La asesina en el imperio* (julio 2012), todas ellas protagonizadas por la heroína de «Trono de Cristal», Celaena Sardothien.

La saga «Trono de Cristal» consta además, de tres novelas ya publicadas en ingles y otras dos más todavía sin publicar. En septiembre de 2015 se anunció que se habían vendido los derechos para convertir la saga en una serie de televisión.

Actualmente compagina la escritura de «Trono de cristal», con la trilogía «Una corte de rosas y espinas».